— AUTORES CÉLEBRES —

LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN

Comedias

CASA EDITORIAL
GARNIER HERMANOS
6, Rue des Saints-Pères, 6
PARÍS

COMEDIAS

DE

D. LEANDRO FERNÁNDEZ

DE MORATIN

PARIS. — Imp. GARNIER HERMANOS, 6, rue des Saints-Pères
(BOUILLANT)

505:6

COMEDIAS

DE

D. LEANDRO FERNÁNDEZ

DE MORATIN

CON

UNA RESEÑA HISTÓRICA

SOBRE EL ESTADO DEL TEATRO ESPAÑOL

Y

LA LITERATURA DRAMÁTICA

EN EL SIGLO XVIII

EDICION AUMENTADA CON NOTAS LITERARIAS

Y UN JUICIO CRÍTICO SOBRE CADA COMEDIA

ARREGLADA POR PASCUAL HERNÁNDEZ

PARIS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

EL VIEJO Y LA NIÑA

APUNTES HISTÓRICOS Y CRÍTICOS

Moratin no era sólo un autor dramático, era un profundo filósofo, un crítico ilustrado de las costumbres de su época, á la par que el restaurador del buen gusto y reformador del teatro español. Lo que dice Larra en su juicio crítico sobre el *Sí de las Niñas* (Véase este juicio mas adelante en la introduccion de esta comedia), puede aplicarse lo mismo á la culpable tiranía y sórdido interes de un tutor, que á la estupidez de un viejo insensato que pretende hacerse amar de una niña y causa su infelicidad. Esto es lo que resulta del argumento del *Viejo y la Niña*.

En el año de 1786 leyó el autor esta comedia á la compañía de Manuel Martinez, y los galanes fueron de opinion de que tal vez no se sufriria en el teatro, por la sencilla disposicion de su fábula, tan poco semejante á las que entónces aplaudia la multitud; pero se determinaron á estudiarla á pesar de este recelo, persuadidos de que ya era tiempo de justificarse á los ojos del público, presentándole una obra original escrita con inteligencia del arte.

Costó no pequeña dificultad obtener licencia para representarla, y sólo pudo conseguirse haciendo en ella supresiones tan considerables, que resultaron truncadas las escenas, inconsecuente el diálogo, y toda la obra estropeada y sin órden. Á esta desgracia se añadió otra no ménos sensible. La segunda dama de la compañía, que frisaba ya en los cuarenta, no quiso reducirse á hacer el papel de doña Beatriz, á fin de conservar siquiera en el teatro las apariencias de su perdida juventud. La comedia volvió á manos del autor, y desistió por entónces de la idea de hacerla representar.

Dos años despues, creyendo que las circunstancias eran mas favorables, restableció el manuscrito y se lo dió á la compañía de Eu-

sebio Ribera, bien ajeno de prevenir el grave inconveniente que amenazaba. Una actriz, que por espacio de treinta años habia representado con aceptacion del público en algunas ciudades de Andalucia y en los sitios reales, mujer de gran talento, sensibilidad y no vulgar inteligencia en las delicadezas del arte, se hallaba entónces de sobresalienta en aquella compañía. Leyó la comedia, la aplaudió, la quiso para sí, y determinó representarla y hacer en ella el personaje de doña Isabel. Podia muy bien, aquella estimable cómica, desempeñar los papeles de Semiramis, Atalia, Clitemnestra y Hécuba; pero no era posible que hiciese el de una jóven de diez y nueve años, sin que el auditorio se burlase de su temeridad. El conflicto en que se vió el autor fué muy grande, considerando que debia sacrificar su obra por una tímida contemplacion, ó que habia de tomar sobre sí el odioso empeño de sacar de error á una dama, á quien ni la partida de bautismo ni el espejo habian desengañado todavía. Si la compañía de Martinez no hizo esta comedia porque una actriz se negó á fingir los caractéres de la edad madura, tampoco la compañía de Ribera debia representarla, miéntras no moderase otra cómica el infausto deseo de parecer niña.

Entre tanto, la comedia se iba estudiando y el autor anunciaba en silencio un éxito infeliz, que se hubiera verificado, si otro incidente no hubiese venido á disipar sus temores. El vicario eclesiástico no quiso dar la licencia que se le pedia para su representacion y el autor recogió su obra, agradeciendo la desaprobacion del juez, que le libertaba de la del patio.

Pasaron otros dos años y todo se halló favorable. Los censores aplaudieron el objeto moral, la regularidad de la fábula, la imitacion de los caractéres, la gracia cómica, el lenguaje, el estilo, la versificacion: todo les pareció digno de alabanza. Así varían las opiniones acerca del mérito de una obra de gusto; y tan opuestos son los principios que se adoptan para examinarla, que á pocos meses de haberla juzgado unos perjucicial y defectuosa, otros admiran su utilidad, y la recomiendan como un modelo de perfeccion.

El público, supremo censor en estas materias, oyó la comedia de *el Viejo y la Niña* representada por la compañía de Eusebio Ribera en el teatro del Príncipe el dia 22 de mayo de 1790. Aplaudió, si no el acierto, la aplicacion y los deseos del autor, que daba principio á su carrera dramática con una fábula en que tanto lucen la regularidad y el decoro.

Juana García desempeñó el papel de doña Isabel, reuniendo á

sus pocos años su agradable presencia y voz, la expresion modesta de semblante, y la regular compostura de sus acciones. Manuel Torres, uno de los mejores cómicos que entónces florecian, agradó sobremanera al público en el papel de don Roque, y Mariano Querol supo fingir el de Muñoz con tal acierto, que pudo quitar al mas atrevido la presuncion de competirle.

Representada esta comedia en los teatros de Italia por la traduccion que hizo de ella Signorelli, fué recibida con aplauso público: pero muchas ilustres damas, acostumbradas tal vez á los desenlaces de la *Misantropía* de Kotzbue, y la *Madre culpable* de Beaumarchais, hallaron el de la comedia de *el Viejo y la Niña* demasiado austero y melancólico, y poco análogo á aquella flexible y cómoda moralidad, que es ya peculiar de ciertas clases en los pueblos mas civilizados de Europa. Cedió el traductor con excesiva docilidad á la poderosa influencia de aquel sexo, que llorando manda y tiraniza: mudó el desenlace (para lo cual hubiera debido alterar toda la fábula), y por consiguiente, faltando á la verosimilitud, incurrió en una contradiccion de principios tan manifiesta, que no tiene disculpa.

Algunos críticos han tachado esta comedia de fria y supuesto que su accion es lánguida y poco dramática. Otros ménos severos hacen consistir su mérito dramático en el chiste del lenguaje y en las escenas entre Don Diego, Muñoz, Isabel y Ginés. Estas críticas son injustas; *el Viejo y la Niña* ofrece escenas muy patéticas y todo el interes dramático compatible con la severidad de las reglas de la comedia clásica, que restableció Moratin.

EL VIEJO Y LA NIÑA

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS

DON ROQUE.	MUÑOZ.
DON JUAN.	GINÉS.
DOÑA ISABEL.	BLASA
DOÑA BEATRIZ.	

La escena es en Cádiz, en una sala de don Roque.

El teatro representa una sala con adornos de casa particular, mesa, canapé y sillas. En el foro habrá dos puertas; una del despacho de don Roque, y otra que da salida á una callejuela, que se supone detras de la casa. Á los dos lados de la sala habrá otras dos puertas: por la de la derecha se sale á la escalera principal; la de enfrente sirve de comunicacion con las habitaciones interiores.

La accion empieza por la mañana, y concluye ántes de mediodía.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE. Muñoz!
MUÑOZ (*Responde desde adentro*). Señor!
D. ROQUE. Ven acá.
MUÑOZ (*Saliendo*). Ved que queda abandonada
La puerta y zaguan.
D. ROQUE. ¿No echaste
Al postigo las aldabas
Y el cerrojillo?
MUÑOZ. Sí eché.

D. ROQUE. Pues no hay que recelar nada
Miéntras á la vista estamos:
Y si Bigotillos ladra,
Al instante bajarás.
MUÑOZ. ¿Y á qué fin es la llamada?
D. ROQUE. Á fin de comunicarte
Un asunto de importancia.
Guarda el rosario, y escucha.
MUÑOZ. Guardo, y escucho.
D. ROQUE. Excusada
Cosa será repetirte,
Pues no debes olvidarla,
La estimacion y el aprecio
Que has merecido en mi casa.
Diez y seis años y medio,
Tres meses y dos semanas
Hace que comes mi pan.
En servidumbre tan larga...
MUÑOZ. Y bien, le he comido, ¿y qué?
D. ROQUE. Digo que esto solo basta
Á que tú, reconocido,
Cuando yo de ti me valga...
MUÑOZ. Vamos al asunto.
D. ROQUE. Vamos.
Sabrás, Muñoz, que la causa
De mi mal, lo que me tiene
Sin saber por dónde parta,
Es ese don Juan... ¿Qué dices?
MUÑOZ. ¿Yo acaso he dicho palabra?
D. ROQUE. Jurara...
MUÑOZ. (*Ap.* Lo que no suena
Oye, y lo que suena nada.)
Señor, adelante.
D. ROQUE. Digo
Que el autor de mi desgracia
Es ese don Juan, que vino
Á Cádiz ayer mañana,
Y aceptándome la oferta
Que le hice yo de mi casa...
MUÑOZ. La culpa la tenéis vos.
¿Quién os metió...
D. ROQUE. No sin causa

Hice el convite, Muñoz,
Porque él en Madrid estaba
Con don Álvaro de Silva
Su tio, con quien trataba
Yo, por tener á mi cargo
Aquello de la aduana...
Ya te acuerdas. Murió el tio:
Fuerza fué, pues le dejaba
Por su heredero, tratar
Con el sobrino, y en várias
Cartas que escribí, formando
Unas cuentas que quedaban
Sin concluir, por algunas
Cantidades devengadas,
Le dije que si queria
Venir á hospedarse á casa
Cuando pensara en volver
Á Cádiz... Mas ¿ quién juzgara
Que lo hubiese de admitir?
Un hombre de circunstancias
Como es él, que en la ciudad
Conocidos no le faltan
De su edad y de su humor,
¿ Á qué fin...? Ni fué mi instancia
Nacida de buen afecto;
Porque mal pudiera usarla
Con un hombre que en mi vida
Pienso no le vi la cara.

MUÑOZ. Pues ya estáis desengañado.

D. ROQUE. Sí lo estoy; pero aun me falta
Qué decir, porque esta noche,
Al pasar yo por la sala,
Noté que en el gabinete
Él y mi mujer estaban.

MUÑOZ. ¡ Bueno!

D. ROQUE. Acércome; mas no
Pude entenderles palabra.
Sólo vi que el tal don Juan
Como que la regañaba,
Iba á levantarse, y ella
Con acciones y palabras
Le detenia. Yo viendo

Aquello de mala data,
Di algunos pasos atras,
Hice ruido con las chanclas,
Entro, y la encuentro cosiendo
Unas cintas á mi bata,
Y á él entretenido en ver
Las pinturas y los mapas.

MUÑOZ. ¡ Qué prontitud de demonios!

D. ROQUE. ¿ Qué he de hacer en tan extraña
Situacion, Muñoz amigo?
¿ Qué debo hacer? De mi hermana
No me he querido fiar,
Porque en secreticos anda
Con Isabel, y sospecho
Que las dos...

MUÑOZ. Son buenas maulas.
En fin, lo que yo anuncié
Al pié de la letra pasa.
Viejo el amo y achacoso,
La mujer mocita y guapa...
Lo dije. No puede ser.
Si es preciso...

D. ROQUE. Tú me matas,
Muñoz, con eso ; pues cuando
Buscan alivio mis ansias
En tu consejo, te pones
Á reñirme cara á cara,
Sin decirme...

MUÑOZ. Como á mí
No se me dijo palabra
De la boda, no pensé
Que saliendo calabaza (1)
La tal boda, fuese yo
De provecho para nada.

D. ROQUE. Aquello ya se pasó.

MUÑOZ. Un mes ha no se acordaba
Nadie de Muñoz, y ahora...
Bien dicen : todo es mudanzas
Esta vida... ¡ Qué consultas

(1): *Salir calabaza*, es no corresponder una cosa ó una persona al concepto que se habia formado de ella.

Tan secretas y tan largas
Se celebraron aquí!
¡ Qué prodigios, qué alabanzas
De la novia! Y entre tanto
Vejete que se juntaba,
Ninguno hubo que dijese :
« Don Roque, ved que no es sana
Determinacion casaros.
Si ya tenéis enterradas
Tres mujeres, no llaméis
Á que os entierre la cuarta.
Ya no es bien visto. »

D. ROQUE. Muñoz,
Olvida cosas pasadas :
Díme lo que debo hacer.

MUÑOZ. ¡ Parece cosa de chanza!
¡ Un setenton enfermizo
Casarse! Y¿ con quién se casa?
Con una niña que apénas
En los diez y nueve raya.
Y despues, sin advertir
El riesgo que le amenaza,
Recibe en su casa á un hombre
Que la conoció tamaña (1),
Y ella y él desde chiquitos
Se han tratado, y aun se tratan,
Con harta satisfaccion.

D. ROQUE. ¿ Con que esa amistad es larga?

MUÑOZ. ¡ Toma! ¿ Con que no sabéis
Quién es ella?

D. ROQUE. Sé que estaba
En poder de su tutor
Don Pedro Antonio de Lara
Que la educó.

MUÑOZ. Bien está.
Tambien sabréis que pasaba
Muchas veces la tal niña,
Por vivir tan inmediata,
Á casa de vuestro amigo
Don Álvaro : allí trataba

(1) *Tamaña*, lo mismo que chiquita.

Con el sobrino dichoso.
Él no es mucho que pagara
Las visitas. ¡ Ya se ve!
Es atento... Se formaba
La tertulia, y entre tanto
Que los abuelos jugaban,
Ellos jugaban tambien,
Y todo era bulla y zambra.
En fin, la amistad nació
En la niñez : si ella es mala,
Si se debe sospechar,
Que del juguete pasara
Á otra cosa (que en la edad
Que tienen no será extraña),
Eso discurridlo vos,
Que yo no entiendo palabra.

D. ROQUE. ¡Ay, Muñoz, lo que me cuentas!
Ya se ve, fueron tan raras
Las veces que fuí allá,
Que no es mucho lo ignorara.
Trataba de mis negocios
Con don Álvaro... ¡ Pues vaya,
Que la aficion es de ayer!
Como quien no dice nada,
Sus diez años, por lo ménos,
Llevan de amor.

MUÑOZ. Cosa es clara.
(*Hace que se va y vuelve*).

D. ROQUE. ¿Te vas ?

MUÑOZ. Me voy.

D. ROQUE. No, Muñoz ·
Díme lo que se te alcanza
En este asunto, y qué puedo
Hacer.

MUÑOZ. Dale, ya me cansa
Tanto pedir parecer.
¿Qué dudáis? Que sin tardanza
El huésped y su criado
Salten de aquí; que la hermana
Pegota vaya tambien
Á mantenerse á su casa.

Guardad á vuestra mujer,
Señor don Roque, guardadla;
Que no sois nada galan,
Y ella es bonita y muchacha.
Jamas la consentiréis
Festines ni serenatas,
Ni amiguillas, ni paseos,
Ni cosa que la distraiga
De la aguja y del fogon.
Y no penséis que esto alcanza.
Por el pronto... pero al cabo,
Siempre... En fin, no digo nada.
Ello... Haced lo que os parezca.
Basta de consulta.
(*Quiere irse y don Roque le detiene.*)

D. ROQUE. Aguarda,
Muñoz. ¡ Que ha de ser preciso
Tal cuidado y vigilancia
Para conservar mi honor!

MUÑOZ. Y si miéntras que se trata
Aquí su conservacion,
Está el huésped en la sala
Arrullando á la señora,
No adelantaremos nada.

D. ROQUE. No temas, que le dejé
Encerrado en esa estancia
De mi despacho. Fingiendo
Que iba á escaparse la gata,
Torcí la llave, y no puede
Salir hasta que yo vaya.

MUÑOZ. ¡ Raro arbitrio! ¿ Con que harcis
Esa expulsion?

D. ROQUE. Sin tardanza;
Y tanto, que determino
Que ninguno duerma en casa
Esta noche.

MUÑOZ. ¿ No es mejor
Que ántes de comer se vayan?

D. ROQUE. Ello ha de ser; es preciso.

MUÑOZ. Allí viene vuestra hermana
La viudita, consejera
Y compinche de mi ama.

¡Eh! ya podéis empezar :
La ocasion la pintan calva.

ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ.

D.ª BEATRIZ. Roque, saca chocolate,
Que las pastillas del arca
Se acabaron.
D. ROQUE. ¿Se acabaron?
D.ª BEATRIZ. Sí; ¡cómo quedaron tantas!
D. ROQUE. Pues, señor, ¿quién se ha sorbido
Tanto chocolate? Vaya,
Que esto va malo, Beatriz.
Jamas he visto en mi casa
Tal desórden. Ya se ve,
Si parece una posada.
Mas he gastado en un mes,
Que en un año cuando estaba
Solo con Muñoz. Yo quiero
Poner remedio. Tú, hermana,
Es menester que recojas
Tus trasticos y te vayas;
Déjame con mi mujer,
Que no quiero tantas faldas
Junto á mí. Cuando la boda,
Viniste con tu criada
A recibir á la novia,
Asistirla, agasajarla...
En fin, á mangonear
Únicamente : excusada
Venida. Pero aun supuesto
Que ella te necesitara
En los primeros dos dias,
Las cuatro ó cinco semanas
Que ha que nos casamos, pienso,
Beatriz, que son muy sobradas,
Y que ya te puedes ir.
Tu marido, que Dios haya,
Te dejó por heredera,
Y entre créditos, alhajas

Y hacienda, quedó bastante
Para que no le lloraras.
Á mí no me necesitas
Para nada, para nada.
Si fuera decir...

D.ª BEATRIZ. Y díme,
¿Toda esa arenga, en sustancia,
Es porque me vaya?

D. ROQUE. Sí.

D.ª BEATRIZ. ¿Sí? Pues no me da la gana.

D. ROQUE. ¿Y por qué?

D.ª BEATRIZ. Porque conozco
Mejor que tú las marañas
Que estás urdiendo. Tú quieres
Echar á todos de casa,
Lo primero porque sientes
Cada ochavo que se gasta
Á par del alma, y despues
Para empezar con extrañas
Ridiculeces á dar
Que sentir á esa muchacha;
Y no lo merece, á fe.
Duélete de su desgracia,
No la aumentes. Una niña
Sin padres, abandonada
Á su tutor, á un bribon,
Que en lugar de procurarla
Un casamiento feliz,
Con un cadáver la casa,
Sólo porque viendo en ti
El cariño que mostrabas
Á Isabel, ni le pediste
Cuentas, ni él pudiera darlas.
Mas estimacion merece;
Pero tú quieres negarla
El alivio que halla en mí
Como en su amiga y su hermana;
Querrás, en fin, que no sea
Compañera, sino esclava...
Roque, ten juicio, por Dios.

D. ROQUE. Pero ¿quién te ha dicho nada
De eso, mujer? ¿Quién la oprime¿

¿Quién la riñe, quién la casca?
¿No la mimo, no procuro...?

D.ª BEATRIZ. Sí, procuras apurarla
El sufrimiento, y no sé,
De véras, como te aguanta.

D. ROQUE. ¡Hola! ¿Quieres que las cosas
Que debe hacer, no las haga?
¿Quieres que vaya á buscar,
Teniendo mujer en casa,
Quien me ponga el peluquin
Y me limpie la casaca?
¿Quisieras...

D.ª BEATRIZ. No quiero tal.

D. ROQUE. Que ya cubierto de canas,
Fuera un petimetre lindo,
Dijecito de las damas (1),
Vivarachito, monuelo,
Director de contradanzas,
Entre duende y arlequin?

D.ª BEATRIZ. ¿Quién te dice que tal hagas?

D. ROQUE. Vosotras; que todas sois
Ligeras y casquivanas.

D.ª BEATRIZ. Anda, que eres fastidioso,
Si los hay.

D. ROQUE. Y tú preciada
De sabidilla y doctora.

D.ª BEATRIZ. Sí, porque todas tus maulas
Te las entiendo.

D. ROQUE. Beatriz..

D.ª BEATRIZ. ¡Eh! Déjate de eso, y saca
Chocolate, corre.

D. ROQUE. Al fin,
Todo es quimeras, y en nada
Hemos quedado. ¡Ay señor!

(*Abre con la llave la puerta de su despacho, y se va por la del lado izquierdo.*)

(*Ap.* ¡Si no he de poder echarla!

(1) *Dijecito de las Damas*, joya, embeleso de las damas.

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ, GINÉS.

D.ª BEATRIZ. ¿ Á quién buscas?
GINÉS. Á mi amo.
D.ª BEATRIZ. Ahí en el despacho estaba.
Ya sale.
(*Vase D.ª Beatriz.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, GINÉS.

(*Sale don Juan del despacho de don Roque con una carta en la mano, y se la da á Ginés.*)

D. JUAN. Corre, Ginés;
Ve al puerto, lleva esta carta,
Y allí pregunta á cualquiera
Por don Diego de Arizabal
Que es capitan de navío,
Alto, moreno, que hablaba
Conmigo ayer por la noche.
GINÉS. Ya estoy.
D. JUAN. Y díle que á causa
De tener que prevenir
Ciertas cosas que me faltan,
No puedo pasar á verle.
Dale este papel, y aguarda
La respuesta, que es precisa,
Por escrito ó de palabra,
Y vuelve al instante.
GINÉS. Voy;
Pero sólo deseara
Saber si en estos encargos,
De la partida se trata
Que pensáis hacer de Cádiz.
D. JUAN. Ya es cosa determinada.
Y hoy mismo quiero salir,
O cuando mucho mañana.
GINÉS. ¿Y adónde iremos?
D. JUAN. Adonde

Léjos esté de mi patria.
Mi primo don Agustin
Es oidor en Guatemala,
Deudo (1) y amistad nos une.
Allí nada me hará falta.

GINÉS. ¿ Y aquí, señor?

D. JUAN. Aquí sólo
Tengo sustos y desgracias.
Déjame, por Dios, que estoy
Fuera de mí.

GINÉS. Muy extraña
Resolucion me parece.

D. JUAN. Tú, Ginés, no ignoras nada :
Bien sabes que desde niños
Nos quisimos, que la amaba
Mas que á mi vida... Mi tio,
Viendo que se retardadan
Sus asuntos, resolvió
Ir á Madrid : yo, que estaba
Sujeto á su voluntad,
Fuí con él... ¿ Y quién juzgara
Que esta ausencia causaria
A mi amor fatigas tantas?
Despedíme de ella, y nunca
La vi mas apasionada :
Lloró, suspiró, rogó
Que no la dejase. ¡ Ah! ¡ falsa,
Engañadora! Llegamos
Á Madrid, y en tan amarga
Ausencia, sólo con ver
Su letra me consolaba.
Escribióme mil finezas,
Yo la repetí otras tantas ;
Y al cabo de pocos meses
Ya no recibí mas cartas.
Á esta sazon, un amigo
Me escribió que se casaba
Isabel ; mas sin decirme
Con quién, ni como la ingrata
Pudo olvidar en un dia

(1) *Deudo*, parentesco.

Tantos años de esperanzas.
Muerto mi tio, dejé
A don Antonio Miranda
Mis poderes, para que
Dirigiese y arreglara
Mis intereses. Dispongo
Á toda prisa la marcha,
Resuelto á ocultarme en Cádiz
Hasta saber si era falsa
Ó cierta la ingratitud
De esa mujer. Di mil trazas
Para lograr este fin;
Y eligiendo la mas mala,
Resuelvo parar aquí,
Porque sabiendo la rara
Condicion de este don Roque,
El cual con nadie se trata,
Y es su casa una prision
Eternamente cerrada,
Juzgué ser fácil estar
En ella, sin que notara
Nadie mi venida. Llego
En fin, y encuentro casada
Á la pérfida Isabel.
¡Qué lance! cuando acababa
Ayer de llegar, y dice
Don Roque que está de gala
Porque es novio: llama luego,
Para que yo celebrara
La eleccion, á su mujer.
Viene al fin acompañada
De doña Beatriz. Si vieras...
Yo no la dije palabra.
Ella, la cruel, queria
Disimular: fueron vanas
Diligencias. Yo la vi,
Llorosa y acongojada,
Mirar á una y otra parte
Fuera de sí: no acertaba
Á hablar siquiera. ¡Ay de mí!
Él es un necio, y en nada
Reparó.

GINÉS. ¿Y habéis hablado
Con ella á solas?
D. JUAN. Estaba
Anoche en un cuarto de esos.
¡Con qué halago en sus palabras,
Qué hermosa, qué fementida,
Quiso moderar mi saña,
Quiso de nuevo engañarme!
Pero apénas empezaba,
Vino su marido. Ahora
Ni puedo ni quiero hablarla.
¿Qué ha de decir? ¿Cómo puede
Decir que tuvo constancia
Ni que amó de véras ¿Cómo?
GINÉS. Quizá, señor, obligada
Por su tutor... Ella es niña
Todavía, y como estaba
Tan oprimida.
D. JUAN. ¡Ay Ginés!
No hay disculpa, no has de hallarla:
Soy infeliz... Pero yo,
Con fuga precipitada
Mi patria abandono, y ella
Libre se queda y ufana
De su triunfo: ¿y no podré
Culpar su aleve inconstancia?
¿Su trato engañoso? Mira,
Ginés, vuélveme esa carta.
GINÉS. ¿Qué pensáis hacer? (*Le da la carta á don Juan.*)
D. JUAN. No sé;
Porque tengo tan turbada
La imaginacion, que dudo,
Resuelvo, temo, contrárias
Ideas á un tiempo mismo
Me martirizan el alma.
Vé adentro, recoge todos
Mis papeles en la caja;
Que ya tengo en el baul
Arreglado lo que falta.
¿Me seguirás?
GINÉS. Yo, señor,
Gustoso os acompañara

Al cabo del mundo : sólo
Me aflige vuestra desgracia.

D. JUAN. Sí, Ginés, no me abandones.

GINÉS. En mí no hallaréis mudanza :
Siempre os he querido bien.

D. JUAN. Pues haz lo que he dicho, y calla.

ESCENA V.

DON JUAN, DON ROQUE.

D. JUAN. Señor don Roque, supuesto
Que están ya verificadas
Nuestras cuentas, entraréis
Para firmar la cobranza :
Veréis los vales.

D. ROQUE. ¿ Qué es todo
En papel?

D. JUAN. ¡ Si no se halla
Dinero! Ademas que, ¿ cómo
Queréis que yo me arriesgara
Á venir por un camino
Con él?

D. ROQUE. (*Ap.* Como tú te vayas,
Todo va bueno.) Decia
Que os daré sobre la marcha
El recibito, y quedáis
Solventado. ¡ Buena paga
Era el tio! Le traté
Muchos años, y estimaba
Á sus amigos. Buen hombre,
Y alegre ; siempre de chanza.
¡ Pobre don Álvaro! ¿ Y cuánto,
Limpio ya de polvo y paja,
Os ha venido á quedar?

D. JUAN. Las haciendas en Chiclana
Y el vínculo.

D. ROQUE. ¿ Sí? No es mal
Bocado. Amigo, hoy se gasta
Mucho; y en no habiendo mucho,
Lo poco presto se acaba.
Vos habéis quedado bien.

Ahora tomaréis casa,
La pondreis á la moderna,
Buenos trastos; y mañana
Os casais; y la mujer,
Que tampoco irá descalza...
Viviréis como un señor.
¿ Y cuándo, cuando se trata
De buscar casa?

D. JUAN. (*Ap.* ¡ Qué tonto
Es el hombre!) No pensaba
En eso; porque si acaso
No se me proporcionara
Lo que intento, en Cádiz nunca
Faltan muy buenas posadas
Para quien tiene dinero.
Allí viene...
(*Mirando á la puerta del lado izquierdo.*)
(*Ap.* No he de hablarla.)

D. ROQUE. ¿ Con que, en fin, determináis?

D. JUAN. Si queréis dejar firmadas
Aquellas cuentas, entrad.

ESCENA VI.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE. Me dejó con la palabra
En la boca. El hombre tiene
Cosas bien estrafalarias.
Isabel!

D.ª ISABEL. ¡ Señor !

D. ROQUE. ¿ Con que
Nos quiere dejar mi hermana?
¿ Te lo ha dicho ?

D.ª ISABEL. No, señor.

D. ROQUE. Pues sí, parece que trata
De irse á su casa. Está ya
La pobrecilla cascada;
Y aunque es moza, los trabajos
Y pesadumbres acaban
Bastante. Tú ¿ qué me dices ?
¿ Sentirás que se nos vaya ?

D.ª ISABEL. Sí, señor; decidla vos
Que se quede.
D. ROQUE. ¿Sí? (*Ap.* Aquí hay maula.)
Es verdad que como vive
Tan cerca, que sus ventanas
Dan enfrente de las nuestras,
Desde aquí puedes hablarla
Todos los dias.
D.ª ISABEL. Su genio
Es muy amable; me agrada
Tanto, que nunca quisiera
Que se fuese.
D. ROQUE. ¿Sí? (*Ap.* Aquí hay maula.)

ESCENA VII.

D. ROQUE, D.ª ISABEL, MUÑOZ.

MUÑOZ. Señor, ahí vino el cajero
De monsieur Guillermo.
D. ROQUE. ¿Cuántas
Veces ha venido ya?
¿No le he dicho que esperaba
Cartas de nuestros amigos
De Hamburgo, y cuando las haya
Recibido....
MUÑOZ. Bien, ¿y qué?
Si no es esa la embajada
Que ha traido. (*Ap.* La paciencia
De un santo no me bastara.)
Dice que á las nueve en punto
En su escritorio os aguarda,
Y os entregará el dinero
Del importe de las granas
El inglés Anson... Manson...
¿Qué sé yo como se llama?
El inglés...
D. ROQUE. Sí, ya lo sé.
¿Y precisamente aguarda
Hoy á pagarlo?
MUÑOZ. Parece
Quel al primer viento se marcha.

D. ROQUE. Pues, y es preciso acudir.
¡ Que por una patarata
Le han de incomodar á un hombre,
Y hacerle salir de casa
Cuando quieren ! Tú, Muñoz,
Tampoco sirves de nada
Para estas cosas. Se ofrece
Escribir en una llana
Cuatro renglones, no sabes :
Vas á buscar una carta,
No entiendes el sobrescrito ;
Y yo...

MUÑOZ. ¿ Pues, pese á mi alma,
No lo sabéis años ha ?
¡ Cuidado que tenéis gana
De quimera ! Si no sé,
¿ Qué le hemos de hacer ? ¡ No es mala
La aprension, salir ahora,
Sin haber sobre que caiga,
Con esa pata de gallo (1) !

D. ROQUE. Muñoz, ¿ por eso te enfadas ?
Lo dije porque si fuera
Posible que me aliviaras
En ciertas cosas...

MUÑOZ. ¡ El diantre
De la invencion ! Vaya, vaya.

D. ROQUE. Vamos, Muñoz, no te enojes.
Toma un polvo.

MUÑOZ. ¡ La zanguanga (2)
Del polvito ! Tengo aquí.

D. ROQUE. Arrójalo, que eso es granzas.

MUÑOZ. Así me gusta.

D. ROQUE Este es
De aquello bueno de marras,
Del padre de la Merced.
¿ Te acuerdas ?

(Le da la caja : Muñoz la abre, y hallándola vacía, se la vuelve.)

(1) *Pata de gallo*, disculpa, escapatoria, razon tardía que se da cuando no se tiene otro remedio.

(2) *Zanguanga*, ficcion, pantomima.

MUÑOZ. Aquí no hay nada.
D. ROQUE. Es verdad : se me olvidó
Echar tabaco en la caja.
Ya la llenaré despues.
MUÑOZ (*Ap. y yéndose.*) ¡ Mala centella te parta !

ESCENA VIII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE. Este Muñoz es fatal.
D.ª ISABEL. Pero lo que mas me pasma
Es las respuestas que tiene.
D. ROQUE. Es su genio. (*Ap.* No la agrada
Porque es viejo.) Dame, dame
El peluquin. Esta bata
(*Harán lo que denota el diálogo.*)
Y el gorro ponlos allí.
Que sepa volviendo á casa
Dónde lo he de hallar. Ayer
Casi toda la mañana
Anduve buscando el gorro,
Porque mi señora hermana
Me le guardó, tan guardado,
Que ni aun ella se acordaba
Dónde le puso. Las cosas
Siempre en su lugar.
D.ª ISABEL. La caja
Del peluquin no la encuentro.
D. ROQUE. ¡ Válgate Dios ! Ahí estaba
Debajo de ese bufete.
Con cuidado, no se caiga.
Toma el gorro. Donde he dicho.
Así está bien. En el arca
Verás una chupa verde,
Que tiene boton de plata,
Y una casaca blanquizca :
Tráelo todo...
(*Se va doña Isabel por la izquierda. Don Roque, en justillo, se pasea por el teatro.*)
Esta muchacha...
¡ Ay señor ¡ y lo peor

Es que mi don Juan no salga.
Pues, yo me voy y se quedan
Solos. Buena va la danza !,
Únicamente Muñoz...
Y Muñoz está que salta
Conmigo, no sé por qué.
¡ Isabelilla ! ¿ despachas ?

D.ª ISABEL Estaba todo revuelto.
(*Sale con los vestidos.*)

D. ROQUE. Como aun no estás enterada
De las cosas, ni el paraje
Donde se ponen y guardan
Mis vestidos... ¡ Ah ! si vieras...
(*Dirá esto miéntras se viste, ayudándole doña Isabel.*)
Otro gallo me cantaba
Entónces, cuando vivia
Mi difunta Nicolasa.
¡ Qué puntualidad ! ¡ qué aseo !
Era una mujer muy guapa.
Y siendo moza, que apénas
Á los cuarenta llegaba
Cuando murió ; nunca, nunca
La pobrecita pensaba...

D.ª ISABEL. ¿ Vais en cuerpo ?

D. ROQUE. No por cierto,
Que hace un ambiente que pasma.
¡ Ella gustar de cortejos,
Ni como otras desolladas...
Qué ! jamas.

D.ª ISABEL. ¿ Traigo el capote ?

D. ROQUE. ¿ Cómo ?

D.ª ISABEL. ¿ Si queréis que traiga
El capote ?

D. ROQUE. El redingot.

D.ª ISABEL. Pues bien, eso preguntaba.

D. ROQUE. Sí, señor, muy hacendosa ;
(*Dirá esto miéntras doña Isabel le ace pilla el vestido.*)
Continuamente aplicada
Á la labor, eso si ;
Y las otras dos, la Pacha
Y la Manolita, todas
Fueron á cual mas honradas ;

A su marido y no mas.
Ya se ve, buenas cristianas.

D.ª ISABEL, (*Ap. al irse por la izquierda.*)
¡ Dios me dé paciencia ! ¡ Ay triste !

D. ROQUE. Si esta mujer no es negada,
Ha de conocer, preciso,
Que mis indirectas hablan
Con ella; y si las entiende,
Será regular que...

D.ª ISABEL (*Sale con el capote y se le pone á don Roque.*)
¿ Falta
Alguna cosa ?

D. ROQUE. No mas.
Haz que limpien esta sala ;
Que pongan bien esos trastos.
Yo no sé como mi hermana...
Pues ella bien alcanzó
Á Manolita. ¡ Extremada
Era en la limpieza ! Cuando
Quieras puedes preguntarla
Si todo no lo tenia
Como una taza de plata.
Era muy mujer ¡ oh ! aquella.
(*Se entra en el despacho.*)

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL, BLASA.

D.ª ISABEL. ¿ Qué es esto que por mí pasa ?
¡ Pobre Isabel !

BLASA. ¿ No sabéis,
Señora, como se marcha
Don Juan ?

D.ª ISABEL. Yo no sé. ¿ Pues cómo ?

BLASA. He visto á Ginés que anda
Recogiendo sus trebejos
Y á toda prisa los guarda.
Él, como es tan martagon (1),
Ni siquiera una palabra

(1) *Martagon*, astuto, reservado difícil de engañar.

Me ha querido responder :
Pero se van.

D.ª ISABEL. Que se vayan :
¿ Qué cuidado te da á ti ?

BLASA. Ninguno : sólo extrañaba
Que habiendo llegado ayer
Á las diez de la mañana,
Hoy á las nueve se vuelvan
Á marchar.

D.ª ISABEL. Tendrán posada
Mas á su gusto. ¿ Quién sabe?
Beatriz parece que llama.

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON ROQUE.

D. ROQUE (*Al salir del despacho*).
No hay remedio, erre que erre :
(*Ap.* Aquí hay alguna entruchada.)
Pues, burla burlando, ya
Las nueve no hay que esperarlas.
Vamos allá. Presto vuelvo :
Allí pronto se despacha,
Y el remusguillo (1) que corre,
Para tener delicada
La cabeza, no es muy bueno.
Presto vuelvo. (*Vase.*)

D.ª ISABEL. En sus palabras,
En sus acciones, hay siempre
Misterio ; siempre me habla
Con ambigüedad ; me observa...
Ya se fué. Soy desgraciada.
(*Mirando á la puerta por donde se fué don Roque.*)
¿ En qué le pude ofender ?

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

D. JUAN. ¿ Aun está aquí ?

(1) *Remusguillo*, vientecillo fresco

(*Al salir don Juan del despacho ve á doña Isabel, y hace ademan de volverse á entrar : doña Isabel le detiene.*)

D.ª ISABEL. No te vayas,
Solos estamos. ¡ Ay Dios !
¿ Tú me vuelves las espaldas ?
¿ Á tu Isabel ?

D. JUAN. ¡ Tu Isabel !
¿ Qué dulce expresion !

D.ª ISABEL. Declara
Á quien te quiere tu enojo...
Don Juan, no ignoro la causa ;
Pero escúchame, sabrás...

D. JUAN. ¿ Qué he de saber ? Que eres falsa,
Que me abandonaste, que...
Ya lo sé.

D.ª ISABEL. ¡ Don Juan !

D. JUAN. Ingrata !

D.ª ISABEL. Óyeme. ¿ Tan poco puedo
Contigo ?

D. JUAN. No, no te valgas
De artificios, que algun dia...
Pero ya es tarde : se acaba
El sufrimiento tambien
En los amantes.

D.ª ISABEL. ¿ No bastan
Estas lágrimas ?

D. JUAN. Fingidas.

D.ª ISABEL. No lo son.

D. JUAN. Déjame, aparta,
Isabel.

D.ª ISABEL. Cruel ! ¿ Qué quieres
De una mujer humillada ?

(*Doña Isabel le deja y se va despechada á un extremo del teatro. Don Juan la sigue.*)

D. JUAN. ¿ Qué he de querer ? ¿ ni qué puedes
Tú decir que satisfaga
Á mi indignacion ? Que fuiste
Por el tutor violentada
Hasta al pié de los altares ;
Que allí diste una palabra
Que repugnó el corazon ;
Que niña, desamparada

Y oprimida, al fin cediste;
Y que cuando suspirabas
Por mí, juraste otro amor.
¿Es eso lo que pensabas
Decirme? Pues mira, todo,
Todo es inútil; no alcanza
Á disculparte; no es cierto
Que me quisiste... ¡Inhumana!
¿Tú sabes qué golpe es este
Para mí?

D.ª ISABEL. Señor, yo amaba
De véras. ¡Ay! mis finezas
Ciertas fueron y no falsas,
Y sé que el poder del mundo
Que entónces se conjurara
Contra mí... Pero tú ignoras
Que habiendo sufrido tantas
Sinrazones y cautelas,
En mi daño conjuradas,
Los zelos pudieron sólo
Conseguir que me olvidara
De tu amor... No me olvidé,
Sino que desesperada,
Frenética, consentí
En lo que mas repugnaba.
Mi resolucion no fué
Ingratitud; fué venganza.

D. JUAN. ¡Isabel! celos ¿de quién?
¿Con qué motivo? Me engañas.

D.ª ISABEL. No te engaño.

D. JUAN. ¿Pues qué fué,
Isabel? ¿Quién envidiaba
Mi fortuna? ¿Quién te pudo
Persuadir? Dímelo.

D.ª ISABEL. Estaba
Mi tutor harto instruido
De todo. Juzgó lograda
Su victoria cuando vió
Que á los dos nos separaba
La suerte: entónces me dijo
Que era fuerza me casara
Con don Roque: repugné,

Él instó. ¡ Memoria amarga !
Divulgóse en la ciudad
Que don Álvaro pensaba
Casarte en Madrid : con esto
Vió su cautela lograda...
Fingió dos cartas...

D. JUAN. ¿ Qué dices?

D.ª ISABEL. Sí, don Juan, donde le daban
Cuenta dos amigos suyos
De que ya casado estabas,
Obedeciendo á tu tio.
Él dispuso que llegaran...

D. JUAN. ¡ Ah, indigno, que me has quitado
Lo que yo mas estimaba.

D.ª ISABEL. Hizo que las viera yo :
Logró su astucia villana.
¡ Ay ! una mujer amante
¡ Cómo se ciega y se engaña!
Instó de nuevo, y al fin...

D. JUAN. Deja, déjame que vaya
Á pasar á ese traidor
El pecho de una estocada.

D.ª ISABEL. Señor ¡ ay de mí ! Ya es tarde.
(*Deteniendo á don Juan.*)
¿ Qué piensas hacer? No añadas
Nuevos males á mi mal.
Quizá te está preparada
Mejor ventura que á mí :
No quieras, no, malograrla
Por esta infeliz mujer
Que ya no es tuya. Mis ansias,
Mis fatigas, yo sabré
Con paciencia tolerarlas :
Como tú vivas feliz,
Á Isabel eso la basta.

D. JUAN. ¡ Ay Dios ! ¡ ay Dios ! ¿Dónde estoy?
Con cada razon me matas.
Por compasion no te muestres
De mí tan enamorada.
¡ Mas yo me detengo aquí !
¿ Qué hay que esperar? Nada falta
Que saber : harto comprendo

Tu pasion y mi desgracia

D.ª ISABEL. No, don Juan; si asi te ausentas,
Del todo me desamparas:
Aunque te quedes en Cádiz,
Siempre viviré apartada
De tus ojos. ¿Qué te obliga
Á que dejes esta casa
Con tanta celeridad?
Mi corazon se dilata
Sólo con verte. No niegues
Este consuelo á tu amada
Isabel.

D. JUAN. ¡Qué ceguedad!
¿Eso intentas? Calla, calla,
Infeliz: no solicites
Lo que á ti y á mi nos daña.
¿Cómo quieres que se oculte
El amor que nos inflama?
¿Cómo quieres que yo pueda
Tolerar, viendo logradas
Por otro felicidades
Que sólo á mí destinabas,
Que sólo yo merecí?
¿No basta, díme, no basta
Que para siempre te pierda,
Sin que á mis penas se añadan
Celos, que han de producir
Desesperacion, venganzas?
¡Ay Dios! Déjame.

D.ª ISABEL. ¿Te vas?
¿Así te vas? ¡Qué villana
Accion! ¿Me dejas?

D. JUAN. No sé.
Fuerza será que me vaya...
El único medio es este
De impedir una desgracia
Próxima, terrible... Á entrambos
Nos está bien evitarla.

(*Don Juan se va por la puerta de la derecha; doña Isabel por la izquierda.*)

D.ª ISABEL. ¡Señor! dadme resistencia,
Que á tanto dolor ya falta.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE. Solos parece que estamos.
(*Don Roque, dejando el capote y sombrero sobre el canapé, observa si aquello está solo ; se acerca despues á la puerta de la derecha y llama á Muñoz.*)
Entra, Muñoz.
MUÑOZ. ¿ Y qué es ello?
D. ROQUE. Nada mas que preguntarte
Del encargo que te hecho...
MUÑOZ. ¿ Qué encargo ?
D. ROQUE ¿ No te advertí
Que los dos quedaban dentro ?
MUÑOZ. ¿ Qué dos ?
D. ROQUE. Don Juan é Isabel ;
Y que vieras...
MUÑOZ. Ya me acuerdo.
Yo no he visto nada.
D. ROQUE. ¿ No ?
¿ Con que don Juan se fué presto?
MUÑOZ. Un buen ratillo tardó.
D. ROQUE. Ya ; pero ¿ en ese intermedio
No se hablaron?
MUÑOZ ¿ Qué sé yo ?
D. ROQUE. Pues no te encargué que luego
Que yo me fuese estuvieras
Escuchando muy atento
Si los dos...
MUÑOZ. En el portal
Me he estado casi durmiendo.
D. ROQUE. ¿ Con que nada has hecho?
MUÑOZ. Nada.
D. ROQUE. ¡ Hombre ! ¿ nada ? Pues es cierto
Que se puede descuidar...
¡ Válgame Dios !
MUÑOZ. Yo me entiendo.

D. ROQUE. ¿ Qué entendiduras, Muñoz,
Son esas, ni qué misterio
Puede haber ?

MUÑOZ. Yo lo diré,
Yo lo diré claro y presto.
Que no quiero andar fisgando,
Que no quiero llevar cuentos
Entre marido y mujer ;
Yo sé muy bien lo que es eso.
Está un marido rabiando,
Hecho un diablo del infierno
Contra su mujer ; encarga
Para apurar sus recelos
Á un criado que la observe
Palabras y pensamientos.
Bien : observa, escucha, cuenta
Lo que vió, y arma un enredo
De mil demonios. Hay riñas,
Lloros, furias, juramentos,
Gritos... La mujer conoce,
Y es fácil de conocerlo,
Que toda aquella tronada
Vino por el soplonzuelo.
Trama un embuste, de suerte
Que el marido hecho un veneno
Se irrita contra el fisgon,
Le atesta de vituperios,
Y le echa de casa. Agur :
Perdió de una vez su empleo.
Pues cierto que las mujeres
No tienen modo de hacerlo
Con primor. Está el marido
Rechinando, ¿ y qué tenemos ?
Nada... Viene la señora :
Él se encrespa, bien, y luego
Anda el mimito, el desmayo,
La lagrimilla, el requiebro,
Y ¿ qué sé yo ? de manera
Que destruye en un momento
Cuanto el amo y el criado
Proyectaron. Y yo creo
Que cuando un marido tiene

Medio trabucado el seso
Con las caricias malditas,
Irá en mal estado el pleito
Del chismoso del criado,
Porque ellas no pierden tiempo.
Entónces entra el decir
Que es un bribon, embustero
El pobre correveidile,
Respondon, pelmazo, puerco,
Con un poco de borracho
Y otro poco de ratero.
El maridazo es entónces
Voto de amen (1), no hay remedio:
Ella logra cuanto quiere
De este modo, y... Yo me entiendo.

D. ROQUE. ¡Hombre! por amor de Dios...

MUÑOZ. Si digo que yo no puedo,
No puedo: no hay que moler,
Ya está dicho. Á perro viejo
No hay tús tús (2).

D. ROQUE. Mira, Muñoz,
Coge un cordel...

MUÑOZ. ¿Á qué efecto?

D. ROQUE. Y ahórcame.

MUÑOZ. No necesita
Ni cordeles ni venenos
Quien se casa á los setenta
Con muchacha de ojos negros.

D. ROQUE. ¡Dale bola con la edad!

MUÑOZ. ¡Dale con pedir consejo!

D. ROQUE. Tú mismo me aconsejaste,
No ha mucho, sobre el suceso
De ayer noche, y me dijiste...

MUÑOZ. De lo dicho me arrepiento.

D. ROQUE. Mira, Muñoz, como soy
Cristiano, que ya no puedo
Aguantarte. ¡Qué maldita
Condicion!

(1) *Voto de amen*, el que se conforma siempre y ciegamente con el de otro.

(2) *Tús tús*, embauco, engaño.

MUÑOZ. Pues yo ¿ qué he hecho
De malo ? ¿ Hice yo la boda ?
¿ D yo mi consentimiento
Para que viniera el huésped,
La hermana, ni el tacañuelo
De Ginés, ni la criada
Que me sisa los almuerzos ?
¿ Yo he de pagarlo sin ser
Arte ni parte ? ¿ Qué es esto?
D. ROQUE. Hombre, ven acá. ¿ Quién dice
Que tengas la culpa de ello ?
Sólo digo que he sentido
Que hayas andado tan lerdo
En hacer lo que te dije :
Esto es regular, sabiendo
Que se quedaban en casa,
Y juzgando... ¿ Ladró el perro?
MUÑOZ. No ha ladrado, ni se acuerda
De ladrar.
D. ROQUE. Pensé que el medio
Mas prudente era observar...
MUÑOZ. Muy en la memoria tengo
Que no ha diez meses deciais :
« Muñoz, ya este es otro tiempo :
Ya enviudé ; ¡ qué bien estoy
Sin desazones ni enredos ! »
Diez meses ha, no hará mas :
No se me olvidan tan presto
Las cosas. Ya estáis casado,
Lleno de desasosiegos ;
Lo pasado se olvidó ;
Y atarugado y suspenso
Con lo presente : « Muñoz,
¿ Qué dices ? Dame un consejo,
Un arbitrio... » ¿ Para qué ?
¿ Para deshacer lo hecho ?
No hay escape. ¿ No os casasteis ?
El que os ha metido en ello
Que os saque.
D. ROQUE. Yo no te digo,
Muñoz, que busquemos medios
De descasarme ; no tal.

MUÑOZ. ¿Con que no tal? ¡Eh! Me alegro.
Con que el arbitrio mejor
De lograr algun sosiego,
Que era separarse de ella...
D. ROQUE. ¡Ay hombre! déjate de eso.
¡Separarnos! No, señor.
Vaya: por ningun pretexto.
El mal era para mí
Entónces... Lo que pretendo
Es echar de casa á todos
Esos huéspedes molestos.
Para conseguirlo es fuerza
Que me ayudes, esto quiero;
Pues aunque he dicho á mi hermana
Que se vaya, y siempre observo
Las palabras de don Juan,
Para ver qué pensamiento
Es el suyo, ella me aturde,
Me saca mil argumentos,
Y tengo á bien de callar.
Él, afectando misterios,
Nunca responde á derechas,
De suerte...
MUÑOZ. ¡Para mi genio!
D. ROQUE. De suerte que yo no sé
Como salir de este empeño.
Ellos al cabo se irán;
Pero entre tanto no es bueno
Que don Juan con Isabel,
Dándole nosotros tiempo,
Tenga muchas conferencias.
Y hoy, para darme tormento,
Ese diablo de inglés
Quiere entregarme el dinero
De las granas: fuí allá;
Ya no estaba; con que tengo
Que volver precisamente.
Tres mil duros, nada ménos,
Importa: es fuerza volver.
MUÑOZ. ¿Y qué quiere decir eso?
D. ROQUE. Que es menester que me ayudes,
Muñoz; por Dios te lo ruego.

Una especie, (por la calle
Lo he venido discurriendo),
Una especie me ha ocurrido,
Muy bella para el intento.

MUÑOZ. ¿Qué es la especie?

D. ROQUE. Una bicoca.
Que ha de surtir buen efecto.

MUÑOZ. Y bien, decid la bicoca,

D. ROQUE. ¿Cómo?

MUÑOZ. Que lo digáis presto.

D. ROQUE. No es mas sino aparentar
Que los dos nos vamos luego.
Tú recogerás la capa,
Y dentro de tu aposento
Te has de esconder. Yo me voy;
Y observando si hay silencio
En esta pieza, te subes
Pasito á pasito, y viendo
Que no hay nadie en ella, entónces
Te ocultas con mucho tiento,
Que nadie te llegue á ver.
Satisfechas allá dentro
De que tú tambien te has ido,
Vendrán aquí sin recelo
A patullar. Isabel
Descubrirá sus secretos
Con Beatriz; las dos... En suma,
De esta manera sabremos
Cuanto hay que saber... ¿Te ries?

MUÑOZ. ¡Y qué mala gana tengo
De risitas! Pero á veces
No está en un hombre el ser serio.

D. ROQUE. Pero, ¿y á qué viene?... Dale
Con la risa.

MUÑOZ. Viene á cuento,
Sí, señor.

D. ROQUE. ¿Por qué?

MUÑOZ. ¿Por qué?
Está muy lindo el proyecto
Del escondite: una cosa
Solamente echo de ménos.
Ya se ve, no es esencial.

D. ROQUE. ¿Y qué cosa?
MUÑOZ. El agujero,
El rincon, la gazapera
Donde ha de estar encubierto
El centinela.
D. ROQUE. Es verdad:
Se me fué del pensamiento.
Debajo del canapé,
Que es muy fácil.
MUÑOZ. Ya lo veo. (*Se va y vuelve despues.*)
D. ROQUE. Muñoz, Muñoz, hombre, mira.
Muñoz... Pues estamos buenos.
Si no me cuesta la vida
Este embrollo, soy eterno.
Muñoz, amigo Muñoz,
Por Dios, mira.
MUÑOZ. ¿Qué hay de nuevo?
¿Otro proyecto mejor?
D. ROQUE. Que es preciso...
MUÑOZ. Ya lo entiendo:
Es preciso, bien está.
D. ROQUE. Mira.
MUÑOZ. Si todo el infierno
Viniera á casa, no juzgo
Que hubiese mas embelecos.
¡Caramba! ¿Es cosa de chanza?
¡Yo agazaparme! Primero...
Digo, á la vejez viruelas.
Yo debo de ser un leño,
Un zarandillo, un...
D. ROQUE. Muñoz,
Mira, Muñoz: ya no quiero
Nada de ti; ya conozco
Lo bien que pagas mi afecto.
¡Qué ley! ¡qué ley! Yo creí
Que tu aspereza y tu gesto
De vinagre, era apariencia
Nada mas... ¡Y yo, camueso
De mí, sin quererle echar,
Por mas que me lo dijeron
Sus amas! ¡Pero, señor,
Que haya de olvidar tan presto!...

¡ Qué ingratitud ! Cuantas veces
Se le ha ofrecido dinero,
Sabe que se lo he prestado ;
Sabe que yo he sido empeño
Para todos sus parientes ;
Sabe que en mi testamento
Le dejo cuanto en conciencia
Puedo darle.

MUÑOZ ¿ Y yo sé eso ?

D. ROQUE. ¿ Pues qué ? ¿ No sabes las mandas
Que dejo allí ?

MUÑOZ. No por cierto.

D. ROQUE. Toma ! un año de salario
Contado desde el momento
En que yo fallezca ; mando
Que si alguna cuenta tengo
Contra ti, se dé por nula ;
Mando tambien...

MUÑOZ. Yo no debo
Nada á nadie.

D. ROQUE. Hombre, pudiera
Suceder que en aquel tiempo
Me lo debieras.

MUÑOZ. Ya estoy.

D. ROQUE. Te mando un vestido nuevo,
Como le quieras, y todos
Los mios ; tambien te dejo
La caja de plata : en suma,
Ya lo he dicho, cuanto puedo
Dejarte. ¿ Y por una cosa
Tan fácil como te ruego,
Te enfureces como un tigre ?
En fin, se acabó : yo espero
Que te ha de pesar bien pronto.
Vete, que yo no te fuerzo.
¿ No quieres hacerlo ?... Vete.

MUÑOZ. Yo no he dicho que no quiero.

D. ROQUE. ¿ Pues qué has dicho ?

MUÑOZ. ¿ Qué sé yo ?

D. ROQUE. No, no gusto de rodeos :

(*Suena la campanilla al lado derecho. Muñoz quiere irse, y don Roque le va deteniendo.*)

Di lo que quieres hacer.
MUÑOZ. Han llamado. Qué... veremos
D. ROQUE. No hay veremos. Habla claro.
MUÑOZ. ¡ Si voy á abrir !
D. ROQUE. No ; primero
Has de resolverte.
MUÑOZ. Digo
Que si lo haré.
D. ROQUE. ¿ Cierto ?
MUÑOZ. Cierto.

ESCENA II.

DON ROQUE, DON JUAN.

D. ROQUE. ¡ Ay qué Muñoz ¡ ! Qué carácter
Tan temoso y tan soberbio !
En fin, dijo que lo hará.
(*Sale don Juan.*)
Y bien, don Juan, ¿ qué hay de bueno?
D. JUAN. Nada ocurre.
D. ROQUE. Cansadillo
Vendréis de correr el pueblo
Buscando casa. Es un diantre,
Es un diantre. Esta que tengo
Ya veis qué estrecha, qué antigua,
Llena toda de agujeros,
Sin comodidad ninguna ;
Me cuesta un horror. Y siento
Infinito no hallar otra ;
Porque, pongo por ejemplo,
Viene un huésped, es preciso
Todos los trastos ponerlos
Hacinados, arrastrar
Colchones... y removiendo
Las cosas de su lugar,
Se destruyen sin consuelo.
Y todo por no tener
De sobra un par de aposentos
Donde poner unas camas.
Es trabajo.
D. JUAN. Ya lo veo.

D. ROQUE. ¿Qué deciais?
D. JUAN. Sólo digo
Que tenéis razon en eso.
D. ROQUE. ¡Ah! ¿pues no la he de tener?
Como que mi hermana, viendo
La mucha incomodidad
Que hay en la casa, ha resuelto
Irse á la suya. Si aqui...
Vaya, es necesario verlo.
Es mucho engorro. Yo á vos
No os trato con cumplimiento,
Ni puede ser de otra suerte.
Ya lo veis; para poneros
(Por una noche no mas)
Esa cama, se ha revuelto
La casa; y cierto, me pesa
En el alma no poderos
Dar posada...
(*Aparte, al entrarse en el despacho*
Nada: como
Si se lo dijera á un muerto.)

ESCENA III.

DON JUAN, DOÑA BEATRIZ.

D. JUAN. ¡Qué indirectas! En mi vida
He sufrido tanto á un necio.
D.ª BEATRIZ. Ginés ha guardado ya
Todos los trastos, y creo,
Segun las señas, que os vais.
Si en algo á servirte acierto,
Manda con satisfaccion:
Te he conocido y te quiero
Desde tu primera edad,
Y sólo tu bien deseo.
No me digas el motivo
De tu partida: sospecho
La causa, no la pregunto;
Pero no mudes de intento,
Vete. Si no tienes casa
Donde vivir, yo la tengo;

Mas si te quieres quedar
En Cádiz (que no lo apruebo)...
En fin, si te quedas, trata
De mudar los pensamientos
(*Don Juan se sienta en una silla*)
A otra parte. Tus amigos,
Que tienes muchos y buenos,
Te divertirán. No des
Que decir. Es muy mal hecho
Turbar la paz de una casa,
Y en vez de amor y sosiego
Introducir disensiones.
Si la quisiste, ya es tiempo
De olvidarla : ya es casada ;
Ya no es tuya.

D. JUAN. Si un perverso
No usara de astucias viles,
No la viera yo en ajeno
Poder; ella fuera mia.
Si para amarse nacieron
Nuestras almas y debian
Unirse con nudo estrecho,
¡ Ay ! ¿ quién pudo desatarle ?
¿ Quién le rompe ? ¡ Qué tormento !

D.ª BEATRIZ. Está muy reciente el mal,
No extraño que digas eso;
Pero al fin...

D. JUAN. ¿ Y hay en la tierra
Justicia, virtud, respeto
Á la religion ? ¡ Valerse
De la autoridad que dieron
Las leyes, y esclavizar
Un corazon puro y tierno
Donde ya reside amor ?
¡ Qué atrocidad, qué violento
Sacrificio ! Ella turbada
Entre el pudor y el respeto,
Timida, engañada y sola...
Ya se ve, no pudo ménos.
¡ Tantos contra mi querida
Isabel ! Yo sin saberlo,
Ausente de ella cien leguas,

De tristes sospechas lleno;
Ella celosa de mí
Sin motivo, resistiendo
Mil astucias...¡ Desgraciada!
¡ Qué afliccion, qué desconsuelo
El tuyo! ¿ Y hay en la tierra
Piedad, virtud? No lo creo.

(*Levántase agitado, y llama acercándose á la puerta de la izquierda.*)

D.ª BEATRIZ ¡ Válgame Dios! yo estoy muerta.
¡ Juanito! ¡ qué descompuesto,
Qué perdido estás!

D. JUAN. ¡ Ginés!

D.ª BEATRIZ. Un hombre de entendimiento
Debe conocer...

D. JUAN. ¡ Ginés!

D.ª BEATRIZ. ¿No me escuchas?

ESCENA IV.

D. JUAN, D.ª BEATRIZ, GINÉS.

D. JUAN. Vuelve presto.
Mira...

GINÉS. Señor.

D. JUAN. Ve á la plaza,
Y en casa de don Anselmo
Pregunta, porque él me ha dicho
Que verá de componerlo
Con un capitan su amigo,
En cuyo buque podremos
Salir hoy mismo.

GINÉS. No acabo
De entender...

D. JUAN. Mira, don Diego
De Arizabal no nos puede
Llevar; pero podrá hacerlo
Un amigo suyo en otra
Embarcacion. Á este efecto
Quedó en hablarle y llevar
La razon á don Anselmo,

Y allí se ha de preguntar.
Yo voy entre tanto al puerto,
Y aquí me hallarás.

(*Ginés se va. Don Juan, despues de una breve suspension, haciendo una cortesía á doña Beatriz, se va tambien.*)

ESCENA V.

DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE.

D. ROQUE. Beatriz!
D.ª BEATRIZ. ¿Qué ocurre?
D. ROQUE. Saber deseo
Cuándo me dejas en paz,
Cuándo mudas de aposento:
Mas claro, cuándo te vas
Á tu casa.
D.ª BEATRIZ. Estoy en ello:
Lo pensaré.
D. ROQUE. No me empieces
Con tranquillas ni rodeos.
Ya te he dicho que te vayas,
Que te vayas. Pues es cierto
Que están las cosas baratas;
Y sobre todo no quiero
Mas huéspedes. ¿Hay tal tema?
Yo no digo que pretendo
Que te vayas y no vuelvas
En toda la vida á vernos;
No, señor, una vez ú otra
Cuando quieras, santo y bueno;
Pero eso de estarse aquí
Regalando, ni por pienso.
Mi mujer no necesita
Á su lado consejeros:
Con que así, fuera.
D.ª BEATRIZ. Está bien:
No te has de enfadar por eso.
D. ROQUE. Pero vete.
D.ª BEATRIZ. Ya me iré,
Déjalo estar.
D. ROQUE. Es que quiero

Que te vayas al instante.

D.ª BEATRIZ. Pues, al instante. ¡ Qué empeño !
No faltaba mas. Cuidado,
Hombre, que te vas haciendo
El ente mas fastidioso,
Mas ridículo y mas fiero,
Que se puede imaginar.
Tú quieres que en el momento
Que mandas te sirvan : quieres
Que hasta el mismo pensamiento
Te adivinen, porque todo
Lo sueles pedir á gestos.
Si encuentras alguna cosa
Puesta tres ó cuatro dedos
Mas allá de donde tú
La dejaste, armas un pleito.
Si estás alegre, por fuerza
Han de estar todos contentos ;
Y si te da la morriña (1)
(Que dura meses enteros),
Ninguno se ha de reir.
Si ves hablar en secreto,
Al instante te malicias,
Como eres tan majadero,
Que te burlan ó disponen
Asaltarte los talegos.
Si echan en la lamparilla
Un poco de aceite ménos,
Son ladrones, porque todo
Lo sisan para venderlo.
Si echan aceite de mas,
Que no tienen miramiento
Ni conciencia, y se conoce
Bien que no lo pagan ellos.
Genio como el tuyo, vaya,
No se ha visto; y lo que siento
Es que siempre va á peor.
Por esto, hermano, por esto
No me voy. Isabelita
Ántes de su casamiento

(1) *Morriña*, tristeza, melancolía.

Apénas te conocia ;
Yo la digo, yo la advierto
Mil cosas. Es menester
Que te vaya comprendiendo,
Que sepa tus extrañezas,
En fin, que te trate; y luego
Verás como, sin que nadie
Me lo avise, dejo el puesto ;
Que por no verte se puede
Dar muchísimo dinero.
Á Dios.

ESCENA VI.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE. ¡ Beatriz ! Á otra puerta.
Pero no perdamos tiempo :
Esta es la ocasion. Muñoz !
(*Acercándose á la puerta de la derecha.*)
Lo primero es lo primero.
Muñoz !

MUÑOZ. Vaya.

D. ROQUE. Mira, ahora
Es ocasion. Miéntras veo
Si alguno viene, te escondes,
Como tenemos dispuesto.
Vamos, hombre, ¡ qué pesado
Eres !

MUÑOZ. No soy mas ligero.

D. ROQUE, (*se encamina hácia el canapé. Muñoz se está quieto.*)
Despacha. Por este lado
Puedes entrar.

MUÑOZ. ¡El proyecto !

D. ROQUE. Hombre...

MUÑOZ. Dale ; si es inútil
Todo. ¿ Qué pensáis que haremos
Con el escondite? Nada,
Nada : si lo estoy ya viendo.
¿ Á qué es cansarse? Y supongo
Que hoy se van ; lo doy por hecho

Que los tres quedamos solos ;
Las inquietudes, los celos
No se acabarán jamas.

D. ROQUE. ¿ Por qué?

MUÑOZ. ¿ Pues no dais en ello?
Porque no puede hacer migas
Una niña con un viejo ;
No, señor. Si ha de vivir
Siempre metida en encierro,
Condenada de por vida
Á vestiros y coseros,
Á ver ese gesto, á oir
El contínuo cencerreo
De la tos, á calentar
Bayetas en el invierno
Para el vientre, á cocer yerbas,
Preparar polvos y ungüentos,
Parches, cataplasmas ; digo:
¿ Cómo la ha de gustar esto ?
Vaya. si no puede ser.
Todo será fingimiento...

D. ROQUE. Vamos, hombre.

MUÑOZ. Quiero hablar,
Que no soy ningun podenco.
Sí, señor, á cada paso
Habrá silbidos, acechos
Billeticos, tercerías.

D. ROQUE. En parte, Muñoz, comprendo
Tu razon : su genio es ese.

MUÑOZ. ¡ Dale bola! No es el genio;
La edad, la edad : ahí está,
En la edad está el misterio.
Los hombres y las mujeres,
Todos, poco mas ó ménos,
Son de una misma calaña.
Los chicos gustan de juegos,
De correr y alborotar,
Y poner mazas á perros.
Las muchachas, trasformando
En mantellina el moquero,
Van á misa y á visita,
Se dicen mil cumplimientos,

Y en cachivaches de plomo
Hacen comida y refresco.
Luego que son grandecillas
Olvidan tales enredos;
Ni piensan en otra cosa
Que en uno ú otro mozuelo
Que al salir de casa un dia
Las hizo al descuido un gesto.
Señora madre las guarda,
Las refiere mil ejemplos,
Y las hace por la noche
Repasar un libro viejo
En que dice no sé qué
De pudor y encogimiento.
El padre piensa que tiene
En la doncella un portento
De virtud; y ella entre tanto
Piensa en su lindo don Diego.
Pues no digo nada el cuyo (1),
Que anda, que bebe los vientos,
Y pasa noches enteras
Hecho un arrimon eterno (2),
Aguardando la ocasion
De ver un postigo abierto
Por donde doña Rosita
Le diga: « Cé, caballero. »
Ella y él por señas piden
Matrimonio presto, presto,
Y en eso nada hay de mal;
Mas ¿ por qué no lo pidieron
Cuando el uno en la plazuela
Con otros chicos traviesos
Jugaba á la coscojilla,
Y ella en el recibimiento
Con las muchachas de enfrente
Se estaba haciendo muñecos
De trapajos, y les daba
Sopitas de cisco y yeso?

(1) *Cuyo*, galan ó amante de alguna mujer.
(2) *Hecho un arrimon*, es decir, estar continuamente ó largo tiempo en acecho.

¿ Por qué? Porque con los años
Es preciso que mudemos
De inclinaciones, señor;
Y cuando se acerca el tiempo
De que la sangre nos bulle
Y nos pide galanteo,
Los mocitos se aficionan
Á las mozas, no hay remedio;
Porque cada cual se arrima
Á su cada cual. ¿ No es esto?
Y pensar que el genio causa
Esta inclinacion, es cuento;
Ó es menester confesar
Que todos tienen un genio
Cuando tienen cierta edad.
Yo, señor, en mí lo veo:
Fuí muchacho y mozalbete,
Y tuve por aquel tiempo
Las travesurillas propias
De un chiquito y de un mozuelo;
Pero despues se acabó.
¡ Ojalá no fuera cierto!
Y no espero, ¿ qué esperar?
Ni por asomo lo pienso,
Que ninguna picarilla
Que la rebose en el cuerpo
La robustez y el calor,
Se aficione de mi gesto.
Vamos, eso es disparate;
Y aunque es doloroso el verlo,
Señor don Roque de Urrutia,
Es preciso conocernos.

D. ROQUE. Muñoz, calla, calla, calla
Por Dios, y no hablemos de eso,
Que cada palabra tuya
Me parte de medio á medio.

MUÑOZ. ¡ Así pudiera explicarme
Del modo que lo comprendo.

D. ROQUE. Pues¿ qué mas has de decir?
Mal haya, amen...

MUÑOZ. El camueso
Que...

D. ROQUE. Calla.
MUÑOZ. Callo y me escurro.
(*Hace que se va y vuelve.*)
D. ROQUE. Vuelve, mira
MUÑOZ. Miro y vuelvo.
D. ROQUE. Hombre, si te he dicho ya
Que tienes razon, que es cierto
Cuanto dices y dirás;
Pero, Muñoz, ¿ *quid faciendum* (1)?
¿ Quieres que me tire á un pozo?
¿ Quieres...
MUÑOZ. Yo, señor, no quiero
Mas que decir mi sentir
Sin disfraces ni rodeos.
D. ROQUE. Ya me lo has dicho mil veces,
Y cada vez que te veo
Predicar sobre el asunto,
Me degüellas. Lo que quiero
Es que te escondas.
MUÑOZ. ¿ En dónde?
D. ROQUE. Aquí, vamos, entra presto,
Nadie viene. Vamos, hombre.
MUÑOZ. Por el alma de mi abuelo
Que disparate mayor...
D. ROQUE. Muñoz, lo dicho : acabemos,
O te escondes, ó te vas.
MUÑOZ. Si...
D. ROQUE. Vete, que no te quiero
Volver á ver en mi vida.
Vaya, marcha.
MUÑOZ. Ya me meto.
D. ROQUE. Por aquí.
MUÑOZ. Vamos allá.
(*Empieza Muñoz á meterse debajo del canapé.*)
D. ROQUE. Luego que te metas dentro,
Te tiendes de largo á largo,
Y descansas.
MUÑOZ. Ya lo entiendo.
D. ROQUE. ¿ Qué, no cabes?
MUÑOZ. No lo sé.

(1) *Quid faciendum*, ¿ qué se ha de hacer, qué remedio hay

D. ROQUE. ¿Cómo?
MUÑOZ. Que allá lo veremos.
D. ROQUE. Parece que viene gente.
MUÑOZ. Esta es otra.
D. ROQUE. Vaya, lerdo.
MUÑOZ. Aquí te quiero, escopeta.
(*No siéndole posible acabarse de ocultar, trata de salir, y don Roque le ayuda tirándole de las piernas.*)
D. ROQUE. Que vienen ya.
MUÑOZ. Si no puedo
Ir adelante ni atras,
Mas que venga un regimiento.
D. ROQUE. Pues haz por salir; á ver...
MUÑOZ. No hay que tirar tan de recio.
D. ROQUE. Es porque salgas aprisa.
MUÑOZ. Ya salí.
D. ROQUE. ¡Terrible aprieto!
MUÑOZ. Mas aprieto ha sido el mio,
Que por poco no reviento.

ESCENA VII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE. ¿Si habrá visto?... Pero no.
D.ª ISABEL. ¿Me llamábais?
D. ROQUE. No por cierto.
(*Ap.* Esta es escusa.) Parece
Que los huéspedes se fueron.
D.ª ISABEL. Pienso que sí.
D. ROQUE. ¿Qué me dices
De ese don Juan? Ves qué atento,
Qué entendido, qué buen mozo.
Quien le conoció chicuelo,
Y ahora le ve... Sin sentir
Nos vamos haciendo viejos.
(*Ap.* ¡Cómo calla la bribona!)
Y aun me parece que tengo
Especie de haberte visto
Alguna vez, allá en tiempo
De don Álvaro, en su casa.
D.ª ISABEL. Es verdad.

D. ROQUE. Sí, bien me acuerdo.
¡ Qué traviesos erais todos!
¡ Qué chillidos y qué estruendo
Andaba en la sala oscura
Por las noches del invierno,
Cuando íbamos á jugar
Al revesino don Pedro,
Don Andres y don Martin
De Urquijo! ¡Qué hombres aquellos!
Aquellos sí que eran hombres.
¿ Lloras?

D.ª ISABEL. No, señor.

D. ROQUE. Yo veo
Que lloras. Di la verdad.
¿ Qué tienes? Algun misterio
Hay aquí. Di. ¿ por qué lloras?

D.ª ISABEL. No lo extrañéis, pues me acuerdo,
Con eso que me decís,
De aquel venturoso tiempo...

D. ROQUE. De aquel tiempo cuando os ibais
Á retozar...

D.ª ISABEL. No por cierto.

D. ROQUE. Tú, don Juan y otras muchachas,
Y el hijo de don...

D.ª ISABEL. No es eso.

D. ROQUE. De don Blas, y en la cocina
No dejabais en su puesto
Ni vasija ni cacharro.
Isabel, aquellos juegos,
Aquellos juegos...

D.ª ISABEL, (*aparte.*) ¡ Ay triste!

ESCENA VIII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, GINÉS.

D. ROQUE. ¡ Hola! (*Ap.* Recado tenemos,
Y billetico tambien :
Yo he de verle.) ¿ Adónde bueno?

(*Ginés sacará una esquela en la mano : durante la escena la da á don Roque, quien la lee y se la vuelve á Ginés.*)

¿ Señor Ginés?

GINÉS. Á buscar
Á mi amo.
D. ROQUE. (*Ap.* Ya te entiendo.)
¿ Con que al amo?
GINÉS. Sí, señor.
D. ROQUE. ¿ Y ese papelillo abierto
Es para el amo tambien?
Dádmele acá.
GINÉS. Bueno es eso.
Si no es para vos.
D. ROQUE. No importa.
GINÉS. Advertid.
D. ROQUE. Yo nada advierto.
Es empeño el verle ya.
GINÉS. Ahí le tenéis, si es empeño.
D.ª ISABEL, (*aparte.*) ¡ Qué dirá el papel!
GINÉS, (*aparte.*) El hombre
Gasta mucho cumplimiento.
D.ª ISABEL, (*aparte.*) Llena de temor estoy.
D. ROQUE. Pues toma : llévale presto,
Que importa.
GINÉS. Si no está en casa,
Aquí á la puerta le espero.
D. ROQUE. Harás bien.
GINÉS. Agur, señores.
D. ROQUE. Á Dios, amigo.

ESCENA IX.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE. En efecto
Se va don Juan.
D.ª ISABEL. ¿ Cómo? Adónde?
D. ROQUE. (*Ap.* ¿ Si será el lloro por esto?)
Hoy mismo se ha de embarcar.
¿ Qué dices?
D.ª ISABEL. Yo nada.
D. ROQUE. El viento
Es propio para salir :
Y me parece muy bueno
Que vaya á América. Allí

Si se da por el comercio,
Hay muy buena porporcion;
Pero, en fin, cuando lo ha hecho,
Él sabrá por qué se va
Y á lo que va, que no es lerdo.
¿Qué dices?

D.ª ISABEL. Nada, señor.

D. ROQUE. Es un mozo muy atento
Y de bella inclinacion.
Yo he celebrado en extremo
Haberle tenido en casa;
Y aunque ha estado poco tiempo,
He conocido que tiene
Prendas de muy caballero.
¿Qué te parece? ¿Es verdad?

D.ª ISABEL. No hay duda, señor, es cierto.

D. ROQUE. ¿Estás triste?

D.ª ISABEL. No, señor.

D. ROQUE. ¿Qué, no te gusta que hablemos
De nuestro huésped?

D.ª ISABEL. Á mí
¿Qué se me puede dar de eso?

D. ROQUE. (*Sacando el reloj.*)
Dices bien. ¡Hola! ya es tarde.

D.ª ISABEL. ¿Salís otra vez?

D. ROQUE, (*Se pone el capote y el sombrero.*)
Sí, tengo
Que hacer mil cosas. Muñoz
Tambien ha de salir luego.
Cuando se vaya, tened
Cuidado si ladra el perro,
Ó si Álguien llama. Á Dios, chica.
(*Aparte al tiempo de irse por la derecha.*)
Tú caerás en el anzuelo.

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

D.ª BEATRIZ. ¿Vienes adentro, Isabel,
Ó te agrada que saquemos
Á esta pieza la labor?

D.ª ISABEL. ¡ Ay, Beatriz!
D.ª BEATRIZ. Dejemos eso,
Isabelita.
D.ª ISABEL. ¡ Ay de mí!
D.ª BEATRIZ. Vamos, hermana. ¿ Qué es esto?
¿ No ha de haber prudencia en ti?
¿ Es ese el ofrecimiento
Que me has hecho de olvidarle,
Y siguiendo mi consejo
Despedirle para siempre,
Ántes que llegue el extremo
De que lo sepa mi hermano?
D.ª ISABEL. Ya lo sabe; ya no es tiempo
De disimular con él.
Mis ojos se lo dijeron,
Mis suspiros.
D.ª BEATRIZ. ¿ Pues qué ha dicho?
D.ª ISABEL. Nada, pero yo, que advierto
En sus palabras y acciones
Mucho artificio y misterio,
He llegado á conocer
Que está resentido, inquieto,
Y celoso de don Juan.
D.ª BEATRIZ. No lo extraño; y aun por eso
Conviene que se apresure
Su marcha.
D.ª ISABEL. Ya la ha resuelto
Él mismo, y ha de embarcarse
Muy pronto, segun entiendo.
D.ª BEATRIZ. Eso es lo que debe hacer,
Y á ti te importa en extremo
No verle mas. Los combates
De amor se vencen huyendo;
No le admitas, no le escuches.
Si es noble, si es caballero,
Ha de conocer á cuanto
Le obliga el honor; ni creo
Que permita que mi hermano
Viva de ti descontento:
No querrá verte infeliz.
Si te quiere bien, si es cuerdo,
Si teme á Dios, con dejarte

Dará á tanto mal remedio.
D.ª ISABEL. ¡Qué bien dices! Tú me das
Valor, tú me das consuelo.
Yo misma, sí, yo sabré,
Dando fin á tanto yerro,
Decirle que me abandone,
Que se vaya, que no quiero
Volver á ver en mi vida
Á un hombre que ya aborrezco.
D.ª BEATRIZ. ¿Le aborreces? ¿Y has de ser
Tú la que le digas eso?
No, Isabel, no te conviene.
Vente conmigo allá adentro,
Y fingiendo que estás mala
Á tu retiro daremos
Disculpa, ven.
D.ª ISABEL. Ya te sigo.

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

D.ª ISABEL. Gente viene; mas ¿qué veo?
Él es: me voy. ¿Qué he de hacer?
¡Triste de mí! No, no quiero
Verle.
D. JUAN. ¡Isabel!
D.ª ISABEL. Si venís
Ó enamorado ó atento
Á despediros de mí,
Guarde vuestra vida el cielo,
Y os lleve con bien.
D. JUAN. Venia..
Á sólo decirte vengo...
D.ª ISABEL. Sí, que te vas. Ya lo sé:
Vete, yo te lo aconsejo.
D. JUAN. ¡Ah! que no sabes la pena...
D.ª ISABEL. Sí, ya sé lo que te debo:
Vete, y déjame morir.
D. JUAN. Ay Isabel! ¡Para esto
Volví á Cádiz! ¡para ver
Rotos los nudos estrechos,

La union mas apetecida
Que formó el trato y el tiempo!
¡Ay qué tiempo aquel! ¿Te acuerdas?
¿Te acuerdas?...

D.ª ISABEL. Yo desfallezco.

D. JUAN. Cuando de nuestra fortuna
Tú contenta y yo contento,
Esperábamos de amor
Galardones lisonjeros,
El trato, la inclinacion.
La edad, los alegres juegos,
Los mal fingidos desvíos...

D.ª ISABEL. Don Juan, ¡ay de mí! yo muero.

D. JUAN. Un suspiro, una palabra
De tu boca, un halagüeño
Mirar, toda mi ambicion
Era, todos mis deseos.
Ya se acabó. Si te quise,
Si en nuestros años primeros
Éramos los dos felices,
Pasó como sombra y sueño.
Ya sólo la muerte aguardo.

D.ª ISABEL. ¡Oh! ¡no lo permita el cielo
Yo sí, moriré de angustia;
Que no hay valor en el pecho
Para tanto padecer.

D. JUAN. Á Dios: ya no nos veremos
Otra vez. De ti apartado
Buscaré climas diversos.
Isabel, querida mia,
No te olvides del afecto
Que nos tuvimos los dos.
Ya nada de ti pretendo,
Sino que mi fe, mi amor
Viva en tu memoria eterno.
Quiéreme bien, piensa en mí.
Tal vez hallará consuelo
Mi dolor, cuando imagine
Que de la hermosa que pierdo
Alguna lágrima, algun
Tierno suspiro merezco.
Mas ¡qué digo! No, Isabel,

Olvida el cariño nuestro,
Ama á tu esposo y no mas:
Ámale, yo te lo ruego,
Y déjame ya partir.

D.ª ISABEL. ¡Señor!

D. JUAN. ¿Qué dices?

D.ª ISABEL. Ni puedo
Hablar, ni sé qué decirte.
¡Ah! ¡si vieses como tengo
El corazon!

D. JUAN. ¡Ah! si vieras...
Pero, á Dios, y este postrero
Abrazo confirme...

(*Quiere abrazarla y doña Isabel se retira.*)

D.ª ISABEL. Aparta.

D. JUAN. ¿Huyes?

D.ª ISABEL. Sí, de ti me alejo;
Que me ofreces mil peligros
En cada vez que te veo.

D. JUAN. ¡Cruel!

D.ª ISABEL. ¡Ah, don Juan! ¿qué quieres?
¿Qué quieres de mí? Si el cielo
Lo ordena así: ya lo ves.
Nuestro honor lo está pidiendo...
Mas no te vayas de Cádiz,
Ni me des mayor tormento:
No porque te pierda ausente
Quieras que te llore muerto;
Que á un infeliz mas le sirve
De afliccion que de consuelo
Buscar provincias remotas
Con tantos mares en medio.
Esta ciudad, patria tuya,
Ofrece muchos objetos,
Y tus penas cederán
Á la reflexion y al tiempo.
Baste á infundirte valor
Ver que yo te doy ejemplo,
Que me separo de ti
Entregada al mas acerbo
Dolor. Sí, que si no fuese
Este amor tan verdadero,

No fuera virtud en mí
Dejarte como te dejo.
Pero es preciso, don Juan;
Muera yo de sentimiento,
Ausente, desamparada
De mi bien; que alegre muero,
Si á costa de tanta pena
Pura mi opinion conservo.

D. JUAN. ¡Ay querida de mis ojos!
¿Quién te ha dado tal esfuerzo?

D.ª ISABEL. ¡Oh virtud! ¡oh dolorosa
Virtud!

(*Se va por la izquierda, Don Juan por la derecha. Queda sola la escena por un breve espacio.*)

ESCENA XII.

MUÑOZ.

Es preciso hacerlo:
Llegó el caso. No hay que darle
(*Encaminándose al canapé. Cuando está medio escondido, suena la campanilla á la derecha, y acaba de esconderse.*)
Vueltas, no tiene remedio.
¡Ay qué boda! ¡Ay qué don Juan!
Muñoz, ánimo y á ello.
No, pues ya no he de salir,
Aunque echen la puerta al suelo.

ESCENA XIII.

BLASA, GINÉS.

BLASA. Ya van, ya van. ! Hay tal prisa!
(*Atravesando el teatro, y vuelve á salir con Ginés.*)

GINÉS. Juzgué que estaba durmiendo.

BLASA. No, sino que se ha marchado
Sin decir nada allá adentro.
Vaya, que es muy fastidioso
El tal Muñoz.

GINÉS. Yo no entiendo
Como don Roque le aguanta.

BLASA. ¿Cómo? Bien fácil es eso
Porque hace doscientos años
Que está en la casa sirviendo;
Porque es viejo, que los dos
No se llevan mes y medio;
Porque es ruin como su amo;
Porque le ha cogido miedo;
Porque para cualquier cosa
Se vale de su consejo,
Y si Muñoz no lo dice,
No puede haber nada bueno;
Porque le sirve de espía;
Le va con todos los cuentos,
Y cuando sale su amo
Se está en el portal fingiendo
Que duerme ó reza, y no hay cosa
Que él no sepa; viene luego
Don Roque, y el estantigua
Maldito de su escudero
Cé por bé todo lo sopla.
GINÉS. ¡Haya pícaro de viejo!
BLASA. Rogando estoy á mi ama
Que me saque de este encierro,
Que volvamos otra vez
Á nuestra casa, y dejemos
Á esos hombres, que parecen
Dos espantajos de un huerto.
Vaya, que los dos...
GINÉS. Pues yo,
Blasilla, pronto los dejo.
BLASA Sí ¿cómo?
GINÉS. Como nos vamos
Allá... ¿qué sé yo? muy léjos.
BLASA. Y ¿cuándo?
GINÉS. Hoy mismo, si el aire
No nos pone impedimento.
BLASA. Dichoso tú, que de hoy mas
No verás á ese estafermo
De Muñoz, ni á mi don Roque
Tan regañon y tan terco.

ESCENA XIV.

BLASA, GINÉS, DOÑA ISABEL.

D.ª ISABEL. ¡ Blasa !
BLASA. ¡ Señora !
D.ª ISABEL. Prepara
Mi bastidor.
BLASA, (*yéndose.*) Voy corriendo.
D.ª ISABEL. ¿ En dónde estará tu amo ?
GINÉS. En la playa, miéntras vuelvo
Con la caja que quedó
Sobre la mesa allá adentro.
D.ª ISABEL. Ve por ella. ¡ Ay desdichada !
(*Vase Ginés por la izquierda.*)
No hay que hacer, se va en efecto.
¿ Qué precision puede haber
De cruzar un golfo inmenso,
Que nos ha de separar,
No sólo para no vernos,
Sino para no saber
Si mi bien es vivo ó muerto?
(*Sale Ginés con una caja cubierta de encerado.*)
Esto importa. Ginés, díle
Á tu señor que le espero,
Sin falta, al instante, ahora :
Pues no ha nada que salieron
Don Roque y Muñoz. En fin,
Dirásle que á todo riesgo
Venga, que le quiero hablar.
GINÉS. Voy, señora; pero temo...
D.ª ISABEL. ¿ Qué?
GINÉS. Que es ya mala ocasion ;
Porque está todo dispuesto,
Y al primer tiro de leva
Saldrán las naves del puerto.
D.ª ISABEL. ¡ Mísera ! Corre... ¡ Ay de mí !

ESCENA XV.

MUÑOZ.

Gracias á Dios que se fueron.
(Saca la cabeza, y sale despues sacudiéndose.)
¡ Canallas ! si tardo un poco
En salir, pierdo el pellejo.
¡ La Blasita ! ¡ Pues el otro
Bribon ! ¡ Y cómo me he puesto
De basura !... ¿ Si será
Verdad lo del testamento ?
¡ Qué buena gente hay en casa !
Los demonios del infierno
No son de raza peor :
Don Roque, malo va esto

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

D.ª BEATRIZ. En fin, parece que Dios
Todas las cosas ordena
Á favor nuestro. Don Juan,
Conociendo lo que arriesga
En quedarse, va á partir :
La escuadra se hará á la vela
En esta mañana misma.
Ya, Isabel, estoy contenta.
Y no presumas, hermana,
Que tu marido sospecha
De ti : na la ha visto, nada
Puede pensar en tu ofensa.
Con todo su mal humor
Él te quiere, y si te esmeras
En complacerle, verás

Disminuidas tus penas.

D.ª ISABEL. Sí, Beatriz, así lo haré :
Tú mi timidez ahuyentas.
Conozco mi error, conozco
Los peligros que me cercan
Miéntras dure una pasion
Que ya reprimir es fuerza.
¡ Oh! ¡ qué mal hice en llamarle!

D.ª BEATRIZ. Todo con el tiempo cesa ;
Si bien no es mucho que ahora
Turbada y débil te sientas,
Eres niña, y este golpe
Mucho sentimiento cuesta.

D.ª ISABEL. Dígalo quien como yo
Hubiese amado de véras.
(*Aparte en ademan de irse.*)
Álguien viene, él es sin duda.
¿ Adónde iré?

D.ª BEATRIZ. ¿ Qué te inquieta?
¿ Por qué te vas, si es mi hermano?

ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

D. ROQUE. *Ap.* ¿ (Qué entruchadas serán estas
De volver y de tornar?)
¿ Dónde está la bata vieja?
¿ Cuánto va que no se han puesto
Los pedazos de bayeta
En la espalda?

D.ª BEATRIZ. Si dijiste
Ayer que te los pusieran ;
No ha habido tiempo de hacerlo.

D. ROQUE. Idos de aquí.

D.ª BEATRIZ. (*Ap.* Ya nos echa.)
¿ Te quedas sin desnudar?

D. ROQUE. ¿ Qué don Juan?

D.ª BEATRIZ. ¿ Que si te quedas
Con ese vestido, ó quieres
La bata?

D. ROQUE. Cuando la quiera

Yo sabré llamar.

D.ª BEATRIZ. ¿ Te ha vuelto
El flato? ¿ Quieres que cuezan
Manzanilla?

D. ROQUE. No, señora.

D. BEATRIZ. Pues, hombre, ¿ qué te molesta?

D. ROQUE. Nada. ¿ Qué la importará
Que yo tenga lo que tenga?
¿ No he dicho que me dejéis?

(*Se quita el sombrero y el capote, los deja sobre el canapé, y acercándose á la puerta de la derecha llama á Muñoz.*)

D.ª BEATRIZ. Ven, Isabel.

ESCENA III.

D. ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE. Muñoz, entra.
¿ Con que el recado no es mas...

MUÑOZ. ¿ Ahora salimos con esa?
Sí, señor, no es nada mas
Que lo que dije ahí afuera.

D. ROQUE. ¿ Que vaya y diga á su amo
Que venga al punto?

MUÑOZ. Que venga.

D. ROQUE. ¿ Que los dos hemos salido?

MUÑOZ. Eso mismo.

D. ROQUE. ¿ Que le espera
Sin falta, sin falta?

MUÑOZ. Cierto.

D. ROQUE. ¿ Y dices que estaba inquieta,
Y lloraba?

MUÑOZ. No que no.

D. ROQUE. ¿ Y qué otra cosa era aquella
Que me empezaste á decir?

MUÑOZ. Eran alabanzas vuestras.

D. ROQUE. ¿ Con que, en efecto, estantigua
Me llamaron?

MUÑOZ. Y postema.

D. ROQUE. ¿ Y cenacho?

MUÑOZ. Y viejarron.

D. ROQUE. ¡ Habrá mayor insolencia!

¿ Con que todas esas flores
Dijo de mí?

MUÑOZ. Y otras treinta.

D. ROQUE. ¿ Y luego le dió el recado?

MUÑOZ. La del recado no es esa.

D. ROQUE. Pues Isabel...

MUÑOZ. Isabel
No trató de la materia.
Blasilla fué la que dijo
Que don Roque es un babieca,
Que parece un espantajo,
Que es sordo como una piedra,
Que le corrompe el aliento,
Que tiene hinchadas las piernas,
Que no puede ser casado,
Que...

D. ROQUE. Calla, por Dios, no quieras
Que vaya allá y de un porrazo
La mate. ¡ Haya picaruela,
Habladora, embusterona!

MUÑOZ. Yo no sé si es embustera;
Pero que lo dijo es cierto.

D. ROQUE. De suerte, que ya no queda
En esta casa ninguno
Que mi tormento no sea,
Mi repudricion... ¡ Infame!...
Si estoy por ir y cogerla
(*Paseándose inquieto por la escena.*)
De los cabellos, y darla
Á la pícara tal felpa...
¡ Válgame Dios ! ¿ Qué he de hacer?
Señor, si este mozo intenta
Salir hoy mismo de Cádiz;
Si al fin se marcha y nos deja;
Si yo le he visto en la playa
Aguardando á que venie
El bote ; si se despide
De mí ; si el tiempo se acerca
De salir, que de un instante
Á otro la señal esperan;
¡ San Antonio ! ¿ para qué
Le habrá mandado que venga?

MUÑOZ. Con el hijo de mi madre
Pudieran venirse á fiestas.
D. ROQUE. Pues en tal caso ¿ qué harias ?
MUÑOZ. Yo sé muy bien lo que hiciera.
D. ROQUE. Hombre, por san Juan bendito
Te suplico...
MUÑOZ. Ya comienza
Otra vez el pordioseo.
D. ROQUE. Que me digas lo que hicieras
Si fueras don Roque ahora.
MUÑOZ. Si fuera don Roque en esta
Ocasion, no dejaria
Vivir á Muñoz ; le diera
Mil quejas á cada instante
(*Don Roque se distrae sin atender á lo que Muñoz le dice.*)
Porque no huele y acecha ;
Le pidiera parecer
Una, cuatro, veinte, treinta
Veces, y... ¿ Qué, no me oís ?
D. ROQUE. Mira, Muñoz, la cabeza
La tengo como un tambor :
Vaya, no hay que darle vueltas ;
Lo que te he dicho has de hacer.
MUÑOZ. ¿ Que he de hacer ?
D. ROQUE. ¿ Ya no te acuerdas ?
MUÑOZ. ¿ De qué, señor ?
D. ROQUE. Es verdad.
¡ Si estoy loco !
MUÑOZ. ¿ Quién lo niega ?
D. ROQUE. Ya se ve, si no lo he dicho.
Es el caso que si espera
Á don Juan, quizá él no viene
Porque sabe ó se recela
Que estoy en casa. Ginés
(Vaya, como si lo viera)
Me habrá atisbado al entrar :
Pero en nuestra diligencia
Consiste. Mira : ya sabes
Dónde las llaves se cuelgan
¿ Conoces la del porton ?
MUÑOZ. ¿ Cuál, señor ?
D. ROQUE Aquella vieja.

MUÑOZ. Sí, ya estoy; la del postigo
Que cae á la callejuela.
D. ROQUE. Esa misma.
MUÑOZ. Si ha mil años
Que por allí nadie entra
Ni sale.
D. ROQUE. No importa nada:
Tráeme la llave.
MUÑOZ. ¿Y qué nueva
Invencion?
D. ROQUE. Ya la sabrás.
Ten cuidado no te sientan.

ESCENA IV.

D. ROQUE.

Ay señor! esto va malo,
(*Durante la escena se pasea, se sienta, se levanta, manifestando en sus acciones su agitacion.*)
Malo, malo. ¡Picaruela!...
¿Si parecerá la llave?
Muñoz dice bien: no es ella
Quien tiene la culpa; yo,
Yo la he tenido... Si fuera
Decir... pero si, enmendarse:
Cuando cumpla los ochenta.
Bien dice Muñoz; mal año
Si dice bien. Él me inquieta
Con sus cosas, pero encaja
Unas verdades tan secas...
Si yo hubiese consultado
Con él, no me sucediera
Este chasco: no por cierto.
¡Pobre don Roque, qué buena
La hiciste! ¡Pobre don Roque!
Pero quizá, si nos deja
Este don Juan, puede ser
Que lograra... Dios lo quiera.

ESCENA V.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE. ¿Pareció?
MUÑOZ. Pareció.
D. ROQUE. Y qué?
¿Ninguno te vió cogerla?
MUÑOZ. Nadie ha visto nada.
D. ROQUE. ¿No?
Pues anda y díla que venga.
MUÑOZ. ¿Á quién?
D. ROQUE. Á Blasa.
MUÑOZ. ¿A la niña
Deslenguada y bachillera
Que os trató de podrigorio?
¿Pues qué pretendéis con ella?
D. ROQUE. Entablar este proyecto,
(*Poniéndose el capote.*)
Con el cual, si no se yerra,
Á los dos he de pillar:
Pondré en claro mis sospechas,
Y entónces me han de pagar,
Juro á tal, la desvergüenza.
Llama á Blasilla.
MUÑOZ. Ahí parece
Que viene.
D. ROQUE. Pues salte afuera.
MUÑOZ. Con tanto preparativo,
Tanto vaya, torne y vuelva,
Se pasa el tiempo; ¿y qué hará
Lo que hizo Cascaciruelas.

ESCENA VI.

DON ROQUE, BLASA.

D. ROQUE. Oyes, Blasita.
BLASA. ¡Señor!
D. ROQUE. (*Ap.* Vamos á hacer la deshecha.)
Mira, yo voy á salir:
Si á eso de las doce y média

No he vuelto á casa, es señal
Que me quedo á comer fuera.

BLASA. ¿Fuera, señor?

D. ROQUE. Sí, porque
Un conocido me espera
Para un asunto, y tal vez
No querrá que á casa vuelva,
Y habré de comer con él.

BLASA. Vaya, señor, que no os dejan
Parar un punto.

D. ROQUE. Es preciso
Hacer yo mis diligencias.

BLASA. Y nosotras encerradas
En esta cárcel estrecha;
Si no es á misa, jamas
Damos por ahí una vuelta.

D. ROQUE. Las mujeres recogidas
Que tienen juicio y vergüenza,
Se están en casa, y no son
Busconas ni callejeras.
En casa, en casa. (*Ap.* Me voy,
Que ya el enojo me ciega.)
(*Se va, olvidándose del sombrero.*)

BLASA. ¡Digo, señor! ¿y el sombrero?
¡Señor! Sí... ¡Qué paso lleva!
¡Señor! ¿Cuánto va que pierde
Este viejo la chabeta?
Ya vuelve. Gracias á Dios.
(*Vuelve don Roque, Blasa le da el sombrero, y él se va.*)
Tomad el sombrero.

D. ROQUE. Venga.

ESCENA VII.

BLASA, MUÑOZ.

BLASA. ¡Qué singular es el hombre!
¿Y que haya mujer que quiera,
(*Blasa se pasea por el teatro. Cuando sale Muñoz y la ve, quiere retirarse.*)
En lo mejor de su edad,
Con una cara de perla,

Dos ojos como luceros,
Y un chiste que á todos prenda,
Enlodazarse en un viejo
Tan carcamal y tan bestia?
¡Guarda Pablo! Mejor es
Morir de puro doncella,
Que sufrir á un mamarracho
De un maridazo, alma en pena,
Con mas tachas y alifafes
Que el caballo de Gonela.
¿Qué es eso, señor Muñoz?
¿Os meten miedo las hembras?
Si os estorbo...

MUÑOZ. Sí, me estorbas.
BLASA. ¿Con qué os estorbo? ¿De véras?
MUÑOZ. No tengo gana de hablar.
BLASA. ¿Con que me iré?
MUÑOZ. Cuando quieras.
BLASA. ¡Qué ceño! Desde que estoy
En esta casa perversa,
Nunca os he visto reir,
Siempre con mal gesto.
MUÑOZ. Y ella,
Siempre hablar que te hablarás.
BLASA. Hago bien, que tengo lengua.
MUÑOZ. Hace mal.
BLASA. No, sino bien.
MUÑOZ. Vaya, no tengamos fiesta.
BLASA. Quiero hablar.
MUÑOZ (*amenazándola*) Calla.
BLASA. Si, quiero
Hablar. ! Dale! ¡Hay tal cansera!
Fastidiosazo de viejo.
MUÑOZ. Mira...
BLASA. Cara de laceria. (1)
MUÑOZ. Sí...
BLASA. Rodrigon, pitarroso,
Júdas: rabia, rabia.
MUÑOZ. Espera.

(1) *Cara de laceria*, lo mismo que «cara de mirisca.»

ESCENA VIII.

MUÑOZ, DON ROQUE.

MUÑOZ. ¡ Picarona ¡ Bien se ve
Que no hay en casa quien tenga
Calzones. ¡ Picaronaza,
Atrevida, desenvuelta ¡
¡ Á mí ! Va, yo no entiendo
Como he tenido paciencia.
El diablo sabe por qué.

D. ROQUE (*saliendo por la puerta del foro que da salida á la callejuela indicada. Deja el capote y sombrero en el canapé*).
Muñoz, ya estamos de vuelta.
Buena prevencion ha sido
Que pasaras á esta pieza
Para espantarlas de aquí.
Cuando cerrabas la puerta
Vi al canalla de Ginés,
Que estaba de centinela
En esa casa de al lado :
Yo torcí la callejuela,
Fingiendo no haberle visto ;
Y él, que me observaba, apénas
Me aparté un poco, marchó
Sin duda á llevar las nuevas
Á don Juan, ó don Demonio.

MUÑOZ. Pero bien, ¿ qué se granjea
Con ese embrollo maldito
De vueltas y de revueltas?
Cuidado, que mas parecen
Cosas de chicos que juegan,
Que no de señor mayor.

D. ROQUE. Mira, Muñoz, esta treta
Es para que si don Juan,
Como le han dicho que venga,
Por temor de hallarme aquí
Se ha detenido, y espera
Para asegurar el lance
Billete, recado ó seña,
Saliendo yo, desde luego

Su duda se desvanezca,
Y entónces...

MUÑOZ. ¿Y entónces, qué?

D. ROQUE. La cosa está ya dispuesta...
Pero no nos detengamos
En balde, que el tiempo aprieta.
Vete, por Dios, á tu cuarto.

MUÑOZ, (*aparte*) Mucha diversion me espera.

D. ROQUE. En tanto que yo la traigo
Hácia acá... Pero ¿no es ella?

MUÑOZ. La misma.

ESCENA IX.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

(*Al salir doña Isabel se sorprende de ver allí á don Roque.*)

D. ROQUE. ¿De qué te asustas?

D.ª ISABEL. Presumí que estabais fuera,
Porque Blasa...

D. ROQUE. Sí, he salido
A dar par ahí una vuelta,
Y... ¿Qué dices?

D.ª ISABEL. Nada.

D. ROQUE. ¿Qué?

D.ª ISABEL. Nada, señor.

D. ROQUE. No se pierda
El tiempo.

(*Cierra con llave la puerta de la izquierda.*)

D.ª ISABEL. Señor, ¿qué hacéis?
¡Ay de mí! La llave...

D. ROQUE. Deja
La llave, nada te importa
La llave.

D.ª ISABEL. Pero ¿á qué es esta
Prevencion?

D. ROQUE. Mira, Isabel,
Yo sé que á don Juan esperas:
Él va á venir.

D.ª ISABEL. ¡Señor!

D. ROQUE. Calla:
No me grites, que lo echas

Á perder. Él va á venir :
Yo me escondo en esa pieza ;
Tú, sentada en esta silla,
De modo que yo te vea,
Le has de recibir. Dirásle
Que ni un punto se detenga
En mi casa ; que á qué vienen
Todas esas morisquetas
De hacer que se va, y quedarse,
Que en su vida á verte vuelva ;
Y que aunque yo no sé nada,
Es muy fácil que lo sepa...
Pero á la puerta han llamado.

(*Suena la campanilla hácia el lado derecho. Don Roque coloca la silla á la distancia que le conviene. Doña Isabel no quiere sentarse. Don Roque, asiéndola de ambos brazos, la obliga á hacerlo.*)

Siéntate; la silla vuelta
Hácia este lado.

D.ª ISABEL. Advertid...

D. ROQUE. Excusadas advertencias.

D.ª ISABEL. Mirad, señor, lo que hacéis.

D. ROQUE. Isabelita, ten cuenta
Con lo que te he dicho. Mira
Que si noto alguna seña
Ó palabra, no podré
Reportarme, aunque mas quiera,
Y tendremos que sentir.

D.ª ISABEL. ¡Ay infeliz! ¡ Qué funesta
Situacion! Pero, es posible.

D. ROQUE. Presto : vamos, que ya llega.

D.ª ISABEL. Escuchadme.

D. ROQUE. Lo que he dicho
Harás. Cuidado con ella.

(*Amenazándola. Recoge el capote y el sombrero y se va á su despacho, dejando un poco entreabierta la puerta para observar desde adentro lo que suceda.*)

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

D.ª ISABEL. ¡ Ay ! ¡ desgraciada de mí !
¡ Ay qué augustia ! ¡ Quién pudiera
Avisarle ! No hay remedio.
D. JUAN. ¿ En fin, Isabel, ordenas
Que volviendo á verte ahora
Nuevo tormento padezca ?
¿ Á qué fin, Isabel mia,
Me detienes, si no espera
Alivio nuestro dolor ?
Pero ¿ qué pesar te aqueja ?
¿ Qué tienes ? Enjuga, hermosa,
Esas lágrimas : en ellas
Harto me dices ; no ignoro
De tus ojos la elocuencia.
Ya sé, mi bien, ya sé cuanto
Esta partida te cuesta ;
Pero...
D.ª ISABEL. Don Juan, ¿ qué decís ?
¿ Qué decís ? Idos, no sea
Que mi esposo...
D. JUAN. No receles,
Que no está en casa. No temas.
Y Ginés quedó advertido
De avisarme cuando venga.
D.ª ISABEL. En cualquiera ocasion debo
Serle fiel. Ved que si llega
A saber vuestra porfía...
D. JUAN. ¡ Cielos ! ¿ qué mudanza es esta ?
¿ Qué lenguaje, que no entiendo ?
Isabel, haz que yo sepa
Estos enigmas, que el alma
Tengo de tu voz suspensa.
Tú me llamaste, y ahora...
D.ª ISABEL. ¿ Yo os llamé ?
D. JUAN. ¿ Qué, me lo niegas ?
¿ Me lo niegas ? ¡ Ah cruel !
Pues...
D.ª ISABEL. Callad.

D. JUAN. Tú harás que pierda
El sentido, ingrata. ¿Cómo
Cupo en ti tanta fiereza?
D.ª ISABEL. Ignoro lo que decís.
D. JUAN. ¿Lo ignoras? Pero no quieras
Apurar mi sufrimiento,
Isabel, de esa manera.
D.ª ISABEL. Ya he dicho que os vais. Hacedlo:
No por vos, señor, padezca
Mi decoro.
D. JUAN. ¡Ah fementida
Mujer! ¡Que así mi firmeza
Pagas! ¿Para esto quisiste
Que viniese? ¿Para esa
Nueva traicion, que tenias
Contra mi vida dispuesta?
Si ya me aparté de ti,
Si ya mi fuga resuelta
Pensaba no verte mas,
¿Á qué me dices que vuelva?
¡Pérfida!
D.ª ISABEL. Mirad, señor,
Lo que decís; pues si llega
Vuestra ceguedad á tanto
Que alguno de casa os sienta...
Mi esposo...
D. JUAN. Sí, ya lo sé.
¿Le has dicho ya que no tema;
Que el amor que me juraste
Fué mentirosa apariencia?
Pero, aleve, ¿qué disculpa
Me das? ¿Ninguna te queda?
Callas, infiel, porque sabes
Que callando me atormentas.
¿Y yo me detengo? Á Dios.
Voy á morir: nada anhela
Tu amante, sino acabar
La vida que ya detesta:
Ni seré tan infeliz
Que cuando aspiro á perderla,
No lo consiga al impulso
De tempestades deshechas.

Así pudiera olvidar
Mi error pasado y mi pena,
Tus alevosos cariños...
¡ Ah ! ¿ qué digo ? No. Perezcan,
Perezcan... Yo las creí
Alivio de mis tristezas...

(*Saca unas cartas y las rasga. Doña Isabel se levanta, queriendo en vano contenerle.*)

Tuyas son. ¡ Traidoras cartas !
Míralas : tuya es la letra...
No quede memoria alguna...

D.ª ISABEL. ¿ Qué hacéis ? ¡ Ay de mí !

D. JUAN. No, deja,
Déjame.

D.ª ISABEL. ¡ Cielos ! ¡ Señor !...

D. JUAN. No las quiero, no. Me acuerdan
Tus engaños.

D.ª ISABEL. ¡ Infeliz !
¿ Qué nueva desdicha es esta ?
Idos, señor.

D. JUAN. Sí, cruel.

D.ª ISABEL. ¡ Pobre de mí ! Yo voy muerta.

(*Tuerce la llave de la puerta del lado izquierdo, y se va.*)

ESCENA XI.

D. ROQUE.

Mejor será. Sí, es mejor.

(*Sale apresuradamente de su despacho con capote y sombrero.*)

Hasta que embarcar le vea...
Vamos allá, no se escurra
Y tengamos otra fiesta.
¡ La Isebelita y su alma !
Esta es echadiza (1).

ESCENA XII.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ, DOÑA ISABEL.

D.ª BEATRIZ. Espera.

D. ROQUE. Voy de prisa.

(1) Es decir, solapada, fingida.

D.ª BEATRIZ. ¿ Qué ha ocurrido,
Hermano? que en esa pieza
He visto á Isabel llorosa,
Angustiada, descompuesta...
La pregunto y no responde;
Sólo suspirando alienta...
¿ Qué ha habido aquí?
D. ROQUE. Lo mejor
Es preguntárselo á ella,
Que yo no estoy para echar
Relaciones de comedia.
(*Vase al tiempo que doña Isabel sale por la parte opuesta. El diálogo indica la accion y movimiento de los personnajes.*)
D.ª ISABEL. ¡ Beatriz, hermana! ¡ Ay de mí!
D.ª BEATRIZ. ¿ Qué es esto, Isabel, que llena
De dudas me tienes?
D.ª ISABEL. Esto
Es sufrir penas acerbas;
Esto es nacer desdichada.
¿ Qué haremos? Llama. No ; deja,
Es mejor que... Yo no sé.
No estoy en mí.
D.ª BEATRIZ. Escucha, espera.
¿ Adónde vas?
D.ª ISABEL. Á evitar
Que le mate.
D.ª BEATRIZ. ¿ A quién? Sosiega
El temor.
D.ª ISABEL. ¿ Pues no ha salido
Detras de él? No me detengas :
Déjame que vaya...
D.ª BEATRIZ. ¿ Á qué?
D.ª ISABEL. Á morir, pues ya no queda
Otro remedio, Beatriz;
Ni hay mujer á quien suceda
Igual desgracia. Don Juan
Vino...
D.ª BEATRIZ. ¿ Qué dices?
D.ª ISABEL. Sí. En esa
Pieza se ocultó tu hermano.
Todo lo ha visto. Él se aleja,
Culpando mi ingratitud.

¡ Ay, Beatriz! ni se me acuerda
Lo que le dije, ni supe,
Ni era fácil que advirtiera...
¡ Mísera! ¿ qué pude hacer?

D.ª BEATRIZ. ¿ En fin, Isabel, te deja?
Pues si en él se va el peligro,
No así desmayes, ni cedas
Tan pronto á la desventura
Que acaso tú propia aumentas
Con tu temor.

D.ª ISABEL. Es verdad.
Pero ¡ ay de mí! cuando vuelva,
¿ Qué le diré? ¿ Quién podrá
Reducirle á que me crea?
Si está airado contra mí
Y confirmó su sospecha
Este acaso, no es posible
Que á mis razones atienda.
¡ Infeliz! ¿ Y vivo, y vivo?
¿ Cómo hay en mí resistencia?

D.ª BEATRIZ. No á la desesperacion
Te entregues de esa manera :
Y piérdase todo, como
La esperanza no se pierda.
Ven adentro; que no es bien
Exponerse á que te vea
Mi hermano al volver.

D.ª ISABEL. Bien dices.
Vamos... ¡ El tiro de leva!

(*Al encaminarse las dos hácia el lado izquierdo se oye á lo léjos un cañonazo. Doña Isabel cae desmayada en una silla.*)

¡ Ya se va, Beatriz! ¡ Dios mio!

D.ª BEATRIZ. ¿ Qué te da, hermana? No alienta,
¡ Isabel!... ¡ Válgame Dios!
No vuelve. Si llamo, es fuerza
Que esto se publique... ¡ Blasa!
Estas resultas esperan
Tales casamientos. ¡ Blasa!
Será preciso que venga.
Pero ya vuelve. ¡ Isabel!

D.ª ISABEL. Ay de mí!

D.ª BEATRIZ. ¿ Qué sientes? Prueba
Si te puedes sostener;
Iré por agua.
D.ª ISABEL. No, espera,
No te vayas.
D.ª BEATRIZ. No me iré.
Apóyate en mí.
D.ª ISABEL. ¡ Qué pena!
D.ª BEATRIZ. Llora, suspira; que ahora
Nadie nos ve.
D.ª ISABEL. ¡ Qué funesta
Venida!
D.ª BEATRIZ. Isabel, por Dios...
¿ Otra vez de eso te acuerdas?
D.ª ISABEL. Ya se fué; ya se acabó
El afan.
D.ª BEATRIZ. ¡ Qué así te quieras
Atormentar!
D.ª ISABEL. Ya se fué.
¡ Triste de la que se queda!
No volveremos á vernos
Jamas. ¿ Quién me lo dijera?
Mucho le quise, Beatriz,
Mucho le quise...
D.ª BEATRIZ. Si empiezas
De nuevo con esas cosas,
Te abandono.
D.ª ISABEL. ¡ Ay! ¿ tú me dejas?
D.ª BEATRIZ. No: descansa.
D.ª ISABEL. En fin se va,
Creyendo que le desprecia
Su amada, que le aborrece...
¡ Ah! no es verdad, no lo creas.
Te quiero, mi bien, te adoro;
No dudes de mi firmeza:
Primero y último amor
Es el que el mi pecho alberga.
Soy infeliz, no mudable.
Digna fué de tus finezas,
Isabel: ¡ ay! y la vida
La ha de costar esta ausencia;
D.ª BEATRIZ. Hermana, ven. Me parece

(*Mirando á la puerta de la derecha. Doña Isabel se levanta llena de agitacion.*)

Que ha entrado. No te detengas.

D.ª ISABEL. ¡ Desgraciada ! ¿ Adónde, adónde
Iremos que no me vea ?
¿ Cómo evitaré su enojo?
Helado temor me cerca.
¡ Si viene, mísera yo !

D.ª BEATRIZ. Vamos, Isabel.

D.ª ISABEL. Si fuera
Posible... Pero ¿ qué digo ?
Esta es ya mucha bajeza,
Mucho abatimiento es este ;
Aquí le espero resuelta.
Á quien todo lo ha perdido
¿ Qué peligro le amedrenta ?
Quita ; ya no voy contigo ;
Aquí le aguardo.

D.ª BEATRIZ. Qué intentas ?

ESCENA XIII.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE, MUÑOZ.

MUÑOZ. Pero yo ¿ qué le he de hacer?

D. ROQUE. Es que quiero que las veas,
Á ver por donde las toman.

MUÑOZ. Si la cosa está ya hecha,
¿ Qué diablos han de decir ?
¿ Ni qué importa...

D. ROQUE. ! Buena pieza !
Ya se fué don Juan ; cumplió
Por último su promesa.
Vaya bendito de Dios.
Ello es regular que tengas,
Ayudada de mi hermana,
Tu amiga y tu consejera,
Buena porcion de mentiras
Y de embolismos dispuesta
Para el caso ; pero ya
Conozco todas sus tretas,
Y las tuyas. Sí, por cierto,

Me ha enseñado la experiencia.

D.ª BEATRIZ. ¿Qué quieres decir con eso?

D. ROQUE. ¡Eh! ¿no lo dije? Ya empieza.
Pero hablemos de una vez.
Ya has visto que no te queda
Disculpa alguna; ya has visto
Que lo sé todo, y que es fuerza,
No siendo yo ningun tonto,
Que ésto me enfade y me duela.
Es regular.

D.ª ISABEL. Sí, señor;
Bien decís. Vuestra sospecha
Es justa, no he de negarlo;
Pero sabed...

D. ROQUE. ¡Bueno fuera
Que lo negaras!

MUÑOZ. Pues digo,
Que se morderá la lengua.

D.ª ISABEL. Sabed que yo, desgraciada,
Oprimida, con violencia
Os di la mano de esposa.
No hay remedio, ya soy vuestra.
Pero don Juan... Sí, señor,
Le quise, fué verdadera
Nuestra pasion.

D.ª BEATRIZ. ¡Isabel!
¿Qué es lo que dices?

D.ª ISABEL. No fuera
Justo engañaros; le amé.
Así lo quiso mi estrella.
Él igualmente... Dejad,
Dejadme, señor, que vierta
Estas lágrimas; que todo
Lo que callo dicen ellas.
En fin, engañado vos,
Yo sin tener quien volviera
Por mí, fuí víctima triste
De la avaricia perversa
De mi tutor.

D. ROQUE. Digo, ¿y cómo,
Entónces que conviniera
Hablarnos á todos claro,

Callaste como una muerta?

D.ª ISABEL. ¡Ah, señor! Con tantos años
¿Aun no tenéis experiencia
De lo que es una muchacha?
¿No sabéis que nos enseñan
Á obedecer ciegamente,
Y á que el semblante desmienta
Lo que sufre el corazon?
Cuidadosamente observan
Nuestros pasos, y llamando
Al disimulo modestia,
Padece el alma, y... No importa;
Con tal que calle, padezca.
El respeto, la amenaza,
La edad inocente y tierna,
La timidez natural,
Las siempre falsas ó inciertas
Noticias del mundo... ¡Ay triste!
No soy yo sola: no es esta
La primera vez que supo
La autoridad indiscreta
Oprimir la voluntad.

D. ROQUE. Muy bien. Y toda esa arenga
¿Qué quiere decir?

D.ª BEATRIZ. ¿Tan necio
Serás, que no lo comprendas?
Quiere decir, que si acaso
Estás airado con ella
Por lo que viste, ya han hecho
Cuanto apetecer pudieras
Separándose los dos.
¿Qué mas disculpa deseas?
Ya no hay motivos de enojo.

D. ROQUE. Cierto; es una friolera;
No ha habido nada; no importa
Nada; no vale la pena.
¿Es verdad? Lo que yo he visto
No ha sido nada, ¡eh! ¡Parlera
De Satanas!

D.ª ISABEL. Ya os he dicho
Que le he querido, y que fuera
Mentir negároslo; pero

El cielo ve mi inocencia.
Él sabe que en tal peligro
Logré con débiles fuerzas,
Sino vencer mi pasion,
Evitar efectos de ella.
Le llamé para decirle
Que en su patria se estuviera,
Donde parientes y amigos
Aliviaran sus tristezas;
Recelando que si ahora
Desesperado se ausenta,
Su mismo pesar le mate.
¡ Cuántos peligros le cercan !
Pero no, no se malogren
Los instantes. Ya deshecha
Esta amistad, acabada
La causa de vuestra queja,
Vos satisfecho quedáis ;
Yo triste, asombrada, llena
De dolor. ¡ Ah ! Ya se fué :
Ya se logró vuestra idea,
Se logró... Pero ¡ qué golpe
Tan terrible ! ¡ Qué violenta
Separacion ! Mucho vale
La virtud, pues tanto cuesta.
En fin, señor, por vos solo,
Por una pasion tan necia
Y una aborrecida union,
De vuestra edad tan ajena,
Yo perdí mi libertad,
Y él á la muerte se acerca.
Pero este esfuerzo cruel
Algun galardon espera :
Sí, que tanto sacrificio
Bien merece recompensa.
Ya está resuelto. Apartada
De vos, en la mas estrecha
Clausura vivir intento
Si es vida lo que me resta.
Allí...

D.ª BEATRIZ. ¿ Qué has dicho, Isabel ?
D. ROQUE. Mujer, ¿ qué clausura es esa ?

¿ Qué ? No, señor, en mi casa
La tendrás. ¡ Pues era buena
La invencion !

D.ª BEATRIZ. ¡ Hermana !

D.ª ISABEL. No.
Ya lo he pensado, y no queda
Otro arbitrio. ¿ Cómo quieres
Que mi trato no le ofenda ?
Lleno de desconfianzas
Vivirá : por mas que quiera
Tranquilizarle, jamas
Faltarán zelos y quejas.
Cada accion será un delito,
Cada palabra una prueba
Contra mí : su edad, su genio...
No es posible que convengan,
Para vivir en quietud,
Circunstancias tan opuestas.
Es preciso separarnos.
En tu casa, miéntras llega
Á efecto, estaré contigo.
Vos, señor, haced que sea,
Si fuere posible, hoy mismo.
Yo os lo suplico, si queda
Alguna reliquia en vos
De aquella aficion funesta
Que me habéis tenido.

D. ROQUE. Vamos,
No hablemos de esa materia.
Yo me olvidaré de todo,
Y...

D.ª ISABEL. No, no, señor, es fuerza
Que esta merced me otorguéis.

D. ROQUE. Tú, Beatriz, tendrás con ella
Mas autoridad : por Dios
Persuádela.

D.ª BEATRIZ. Ya no es esta
Ocasion, ni hallarse pueden
Razones que la contengan.
Basta que no te ofendió,
Basta que elegir pretenda
El medio de no ofenderte

Jamas ; y pues limpio queda
Tu honor, déjala vivir
En donde no te aborrezca.

D. ROQUE. ¿ Con que yo me he de quedar
Sin mujer por una tema?
¿ Con que yo tengo la culpa?
¡ Isabel !

D.ª ISABEL. Estoy resuelta.
Hacedlo. Á vuestra opinion
Importa que no se extienda
El caso por la ciudad :
El sigilo y la presteza
Convienen.

D. ROQUE. Tenéis razon :
Matadme, ya nada resta
Sino morirme de rabia.

D.ª ISABEL. No, vivid, señor ; y sea
Con mucha felicidad ;
Que yo habitaré contenta
En la soledad que abrazo,
Porque asegurada en ella
Tengamos quietud los dos.
Vamos, Beatriz.

D.ª BEATRIZ. No difieras
Un instante lo que pide.

D. ROQUE. ¡ Muñoz !

MUÑOZ. Otra moledera.

D. ROQUE. Pero bien, Muñoz, ¿ qué dices ?
Hombre, por Dios.

MUÑOZ. Si entendiera
Que pudiese haber quietud
Sin encierro, torno y verjas,
No os aconsejara tal :
Pero si es tan manifiesta
La dificultad, que nadie
Habrá que no la comprenda ;
Si es preciso, aunque ella fuese
Una santa Dorotea.
Vamos, eso es tan palpable,
Que no merece la pena
De gastar tiempo. ¿ Se va ?
Muy bien pensado. ¿ Se encierra ?

Lindamente. Á vos os quita
Quebraderos de cabeza,
Y ella en no viendo jamas
Esa cara, está contenta:
Con que, abreviarlo y agur.

D. ROQUE. ¿Con que ello ha de ser por fuerza?
¡Isabel!

(*Don Roque quiere detenerla. Doña Isabel, al acercarse á la puerta, le dirige las últimas palabras con entereza y resolucion.*)

D.ª ISABEL. No, no os escucho.

D. ROQUE. Pero ¿es posible que quieras...?

D.ª ISABEL. No me sigáis: apartad,
Que en vos se me representa
Un tirano aborrecido.
Léjos de vuestra presencia
Podré vivir; pero ved
Que si un error os empeña
En obligarme á ceder,
No bastará la prudencia,
Y es temible una mujer
Desesperada y resuelta. (*Vase.*)

D.ª BEATRIZ. Ya lo has visto: no la apures.

D. ROQUE. Haré todo lo que quiera.
Dejadme vivir en paz;
Dejadme... y Dios la haga buena.

D.ª BEATRIZ. Pero...

D. ROQUE. Sí, mañana mismo
Haremos la diligencia,
Mañana... Y que me perdone,
Que yo la perdono á ella.

ESCENA XIV.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE ¡Válgame Dios qué muchacha!
(*Se pasea por la escena, con ademanes del mayor sentimiento.*)
¡Válgame Dios!

MUÑOZ. No creyera...

D. ROQUE. Calla, que en cuanto me digas
Tendrás razon: pero deja

Que reniegue de mí mismo;
Pues yo, por mi ligereza,
He sido causa de todo.
Ya lo pago, y aunque sea
Tarde, reconozco ahora
Que no son edades estas
Para pensar en casorios.

MUÑOZ. Si muchos lo conocieran...
Pero sí... Cuanto mas viejos,
Mas niños y mas troneras.

FIN DE «EL VIEJO Y LA NIÑA.»

LA COMEDIA NUEVA

« Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro (dice el prólogo de su primera edicion); pero ni en los personajes ni en las alusiones, se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquiera copia, para que por ella pueda indicarse el original. Procuró el autor, asi en la formacion de la fábula como en la eleccion de los caractéres, imitar la naturaleza en lo universal, formando de muchos un solo individuo. »

En el prólogo que precede á la edicion de Parma se dice : « De muchos escritores ignorantes que abastecen nuestra escena de comedias desatinadas, de sainetes groseros, de tonadillas necias y escandalosas, formó un don Eleuterio; de muchas mujeres sabidillas y fastidiosas, una doña Agustina; de muchos pedantes erizados, locuaces, presumidos de saberlo todo, un don Hermógenes; de muchas farsas monstruosas, llenas de disertaciones morales, soliloquios furiosos, hambre calagurritana, revista de ejércitos, batallas, tempestades, bombazos y humo, formó *el Gran Cerco de Viena*; pero ni aquellos personajes, ni esta pieza existen (a) ».

Don Eleuterio es en efecto el compendio de todos los malos poetas dramáticos que escribian en aquella época, y la comedia de que se le supone autor, un monstruo imaginario, compuesto de todas las extravagancias que se representaban entónces en los teatros de Madrid. Si en esta obra se hubiesen ridiculizado los desaciertos de Cañizares, Añorbe ó Zamora, inútil ocupacion hubiera sido censurar á quien ya no podia enmendarse, ni defenderse. Las circunstancias de tiempo y lugar, que tanto abundan en esta pieza, deben ya necesariamente hacerla perder una parte del aprecio público, por haber desaparecido ó alterándose los ori-

(a) La creencia general, hoy dia, es que dos de estos personajes existian entónces, como decimos en las notas.

ginales que imitó; pero el trascurso mismo del tiempo la hará mas estimable á los que apetezcan adquirir conocimiento del estado en que se hallaba nuestra dramática en los veinte años últimos del siglo anterior. Llegará sin duda la época en que desaparezca de la escena (que en el género cómico sólo sufre la pintura de los vicios y errores vigentes); pero será un monumento de historia literaria, único en su género, y no indigno tal vez de la estimacion de los doctos.

Luego que el autor se la leyó á la compañía de Ribera, que la debia representar, empezaron á conmoverse los apasionados de la compañía de Martinez. Cómicos, músicos, poetas, todos hicieron causa comun, creyendo que de la representacion de ella resultaria su total descrédito y la ruina de sus intereses. Dijeron que era un sainete largo, un diálogo insulso, una sátira, un libelo infamatorio; y bajo este concepto se hicieron reclamaciones enérgicas al gobierno para que no permitiera su publicacion. Intervino en su exámen la autoridad del presidente del consejo, la del corregidor de Madrid y la del vicario eclesiástico : sufrió cinco censuras y resultó de todas ellas que no era un libelo, sino una comedia escrita con arte, capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro. Los cómicos la estudiaron con esmero particular, y se acercaba el dia de hacerla. Los que habian dicho ántes que era un diálogo insípido, temiendo que tal vez no le pareciese al público tan mal como á ellos, trataron de juntarse en gran número, y acabar con ella en su primera representacion, la cual se verificó en el teatro del Príncipe el dia 7 de febrero de 1792.

El concurso la oia con atencion, sólo interrumpida por sus mismos aplausos; los que habian de silbarla no hallaban la ocasion de empezar, y su desesperacion llegó al extremo, cuando creyeron ver su retrato en la pintura que hace don Serapio de la ignorante plebe que en aquel tiempo favorecia ó desacreditaba el mérito de las piezas y de los actores, y tiranizando el teatro, concedia su proteccion á quien mas se esmeraba en solicitarla por los medios que allí se indican. El patio recibió la leccion áspera que se le daba con toda la indignacion que era de temer en quien iba tan mal dispuesto á recibirla; lo restante del auditorio logró imponer silencio á aquella irritada muchedumbre, y los cómicos siguieron mas animados desde entónces, y con mas seguridad del éxito. Al exclamar don Eleuterio en la escena VII del acto II : *¡ Picarones! ¿ Cuándo han visto ellos comedia mejor?* supo decirlo el actor que desempeñaba este papel con expresion tan

oportunamente equívoca, que la mayor parte del concurso (aplicando aquellas palabras á lo que estaba sucediendo) interrumpió con aplausos la representacion. La turba de los conjurados perdió la esperanza y el ánimo, y el general aprecio que obtuvo en aquel dia esta comedia, no pudo ser mas conforme á los deseos del autor.

Manuel Torres sobresalió en el papel de don Pedro, dándole toda la nobleza y expresion que pide ; Juana García, en el de doña Mariquita, mereció general estimacion, nada dejó que desear, y dio á las tareas de los artífices asunto digno ; Polonia Rochel representó con acierto la presuncion necia de doña Agustina ; el excelente actor Mariano Querol pintó en don Hermógenes un completo pedante, escogido entre los muchos que pudo imitar ; Manuel García Parra excitó el entusiasmo del público en su papel de don Eleuterio ; la voz, el gesto, los ademanes, el traje, todo fué tan acomodado al carácter que representó, que parecia en él naturaleza lo que era estudio.

LA COMEDIA NUEVA

COMEDIA EN DOS ACTOS.

PERSONAS

DON ELEUTERIO.	DON PEDRO.
DOÑA AGUSTINA.	DON ANTONIO.
DOÑA MARIQUITA.	DON SERAPIO.
DON HERMÓGENES.	PIPÍ

La escena es en un café de Madrid inmediato á un teatro.

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro una puerta con escalera á la habitacion principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

La accion empieza á las cuatro de la tarde, y acaba á las seis.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, PIPÍ.

(*Don Antonio sentado junto á una mesa : Pipí paseándose.*)

D. ANTONIO. Parece que se hunde el techo, Pipí.

PIPÍ. Señor.

D. ANTONIO. ¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

PIPÍ. No, señor : poetas.

D. ANTONIO. ¿Cómo poetas?

PIPÍ. Sí, señor : ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino, uh!

D. ANTONIO. ¿Y con qué motivo se hace esa francachela?

PIPÍ. Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de

la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

D. ANOTNIO. ¿ Con que han hecho una comedia? ¡ Haya picarillos !

PIPÍ. ¿ Pues qué, no lo sabía Vd. ?

D. ANTONIO. No por cierto.

PIPÍ. Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

D. ANTONIO. En efecto, aquí está. (*Leyendo en el* Diario, *que está sobre la mesa.*) COMEDIA NUEVA INTITULADA : EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡ No es cosa ! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡ Si son el diantre ! ¡ Ay, amigo Pipí! ¡ cuánto mas vale ser mozo de café que poeta ridículo !

PIPÍ. Pues mire Vd., la verdad, yo me alegrara de saber hacer, así, alguna cosa...

D. ANTONIO. ¿ Cómo ?

PIPÍ. Así, de versos... ¡ Me gustan tanto los versos!

D. ANTONIO. ¡ Oh ! los buenos versos son muy estimables; pero hoy dia son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

PIPÍ. No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡ Válgame Dios ! ¡ cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

D. ANTONIO. ¡ Oiga! ¿ Tambien las señoras decian coplillas?

PIPÍ ¡ Vaya ! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡ Qué ! Si Vd. viera... Unas décimas componia de repente... No es asi la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

D. ANTONIO. ¿ Don Hermógenes está arriba ? ¡ Gran pedanton !

PIPÍ. Pues con ese se ha estado jugando; y cuando la decian : « Mariquita, una copla, vaya una copla, » se hacía la vergonzosa ; y por mas que la estuvieron azuzando á ver si rompia, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar porque decia que no encontraba el consonante ; pero doña Agustina, su cuñada... ¡ oh ! aquella sí. Mire Vd. lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

D. ANTONIO. Seguramente. ¿ Y quién es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ. ¡ Oh ! ese es don Serapio.

D. ANTONIO. Pero ¿ qué es? ¿ qué ocupacion tiene?

PIPÍ. Él es... mire Vd., á él le llaman don Serapio.

D. ANTONIO. ¡ Ah! sí Ese es aquel bullebulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los dias á saber quién dió cuchillada (1); y desdeque se levanta hasta que se acuesta, no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente (2) y las partes de por medio (3).

PIPÍ Ese mismo. ¡ Oh! ese es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oirle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesus; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una, se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

D. ANTONIO. ¿ Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPÍ. ¡ Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

D. ANTONIO. ¿ Qué me dices? ¿ Don Hermógenes se casa?

PIPÍ. ¡ Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresion, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

D. ANTONIO. Sí, serán. ¡ Cáspita sí serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿ qué harán entónces?

PIPÍ. Entónces, ¿ qué sé yo? ¡ Pero qué! No, señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

(1) *Quien dió cuchillada.* En Madrid y en el lenguaje particular de teatros, se llama cuchillada al exceso del producto de la entrada que tiene una compañía de cómicos, respecto de la entrada que tiene la otra; por consiguiente, el bullebulle de quien habla don Antonio, iba á un teatro y otro para saber el que tuvo la víspera mejor entrada.

(2) *Sobreliente*, el que en las comedias suple la falta del cómico ausente, haciendo su papel.

(3) *Partes de por medio*, los últimos papeles de una compañía.

D. ANTONIO. ¡ Ah ! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien donde les aprieta el zapato, y cual comedia es buena, y cual deja de serlo.

PIPÍ. Eso digo yo ; pero á veces... Mire Vd., no hay paciencia. ¡ Ayer, qué ! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponch, y empezaron á hablar de comedias : ¡ vaya ! yo no me pude acordar de lo que decian. Para ellos no habia nada bueno ; ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿ Qué sé yo cuanto dijeron aquellos malditos ? Y dale con el arte, el arte, la moral, y... Deje Vd. : las... ¿ Si me acordaré ? las... ¡ Válgate Dios ! ¿ Cómo decian ? Las... las reglas... ¿ Qué son las reglas ?

D. ANTONIO. Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, particularmente los Franceses.

PIPÍ. Pues, ya decia yo : esto no es cosa de mi tierra.

D. ANTONIO. Sí tal : aquí tambien se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas ; bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta) las que se han compuesto.

PIPÍ. Pues ya se ve : mire Vd., ¡ reglas ! No faltaba mas. ¡ Á qué no tiene reglas la comedia de hoy !

D. ANTONIO. ¡ Oh ! eso yo te lo fio : bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPÍ. Y las demas que van saliendo cada dia tampoco las tendrán : ¿ no es verdad Vd. ?

D. ANTONIO. Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No, señor.

PIPÍ. Bien : me alegro, Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá Vd. cuantas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice, si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entónces... ya¡ se ve ! mire Vd. si con nu buen situado podia él... (1).

D. ANTONIO. Cierto (*Ap.* ¡ Qué simplicidad !)

PIPÍ. Entónces escribiria. ¡ Qué ! todos los meses sacaria dos ó tres comedias... Como es tan hábil...

(1) *Situado*, salario, renta, etc., que está señalado sobre algunos bienes ó empresa productivos.

D. ANTONIO. ¿ Con que es muy hábil, eh?

PIPÍ. ¡ Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas ; pero no han querido los otros, y ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo : no nos ha gustado, ó así, andar, ¡ qué diantres ! Y luego como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire Vd. si ellos ... ¿ No es verdad ?

D. ANTONIO. Pues ya.

PIPÍ. Pero deje Vd., que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

D. ANTONIO. ¿ Con que es la primera ?

PIPÍ. La primera. ¡ Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como despues se hizo paje, y el amo se le murió á lo mejor, y él se habia casado de secreto con la doncella, y tenía ya dos criaturas, y despues le han nacido otras dos ó tres ; viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

D. ANTONIO. Y ha hecho muy bien.

PIPÍ. Pues ya se ve : lo que él dice, si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

D. PEDRO. Café.

(*Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de don Antonio; Pipí le servirá el café.*)

PIPÍ. Al instante.

D. ANTONIO. No me ha visto.

PIPÍ. ¿ Con leche ?

D. PEDRO. No... Basta.

PIPÍ. ¿ Quién es este?

(*Al retirarse, despues de haber servido el café á don Pedro.*)

D. ANTONIO. Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPÍ. Le veo venir aquí algunas veces, pero nunca habla; siempre está de mal humor.

ESCENA III.

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

D. SERAPIO. ¡ Pero, hombre, dejarnos así!

(*Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.*)

D. ELEUTERIO. Si se lo he dicho á Vd. ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

D. SERAPIO. ¿ Mañana? ¿ Con que mañana se ha de cantar, y aun no están hechas ni letra ni música?

D. ELEUTERIO. Y aun esta tarde pudieran cantarla, si Vd. me apura. ¿ Qué dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Despues unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos, etc., y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cual ha de ser; la que se pone en todas; se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

D. SERAPIO. ¡ El diantre es Vd., hombre! Todo se lo halla hecho.

D. ELEUTERIO. Voy, voy á ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase Vd.

(*Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro: saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.*)

D. SERAPIO. Voy allá; pero...

D. ELEUTERIO. Sí, sí, váyase Vd.; y si quieren mas licor, que lo suba el mozo.

D. SERAPIO. Sí, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos mas; Pipí!

PIPÍ. Señor!

D, SERAPIO. Palabra.

(*Don Serapio habla en secreto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro; Pipí toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.*)

D. ANTONIO. ¿ Cómo va, amigo don Pedro?

(*Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.*)

D. PEDRO. ¡ Oh, señor don Antonio! No habia reparado en Vd. Va bien.

D. ANTONIO. ¿ Vd. á estas horas por aquí? Se me hace extraño.

D. PEDRO. En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. Á fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apénas saben leer; dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

D. ANTONIO. Pues, con ese genio tan raro que Vd. tiene, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la corte.

D. PEDRO. No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos, y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero, ¿ qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

D. ANTONIO. Sí; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿ qué hace Vd. ?

D. PEDRO. Callo.

D. ANTONIO. ¿ Y si el silencio de Vd. le hace sospechoso ?

D. PEDRO. Me voy.

D. ANTONIO. No siempre puede uno dejar el puesto, y entónces...

D. PEDRO. Entónces digo la verdad.

D. ANTONIO. Aquí mismo he oido hablar muchas veces de Vd. Todos aprecian su talento, su instruccion y su probidad; pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

D. PEDRO. ¿ Y porqué ? Por que no vengo á predicar al café; porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana; porque no disputo, ni ostento erudicion ridícula, como tres ó cuatro ó diez pedantes que vienen aquí á perder el dia y á excitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿ Por eso me llaman áspero y extravagante ? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aquí, de que en un café jamas debe hablar en público el que sea prudente.

D. ANTONIO. Pues ¿ qué debe hacer ?

D. PEDRO. Tomar café.

D. ANTONIO. ¡Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene Vd. para esta tarde?

D PEDRO. Á la comedia.

D. ANTONIO. ¿Supongo que irá Vd. á ver la pieza nueva?

D. PEDRO. ¿Qué, han mudado? Ya no voy.

D. ANTONIO. ¿Pero, por qué? Vea Vd. sus rarezas.

(*Pipí sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.*)

D. PEDRO. ¿Y Vd. me pregunta por qué? ¿Hay mas que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

D. ELEUTERIO. ¡Hola! Parece que hablan de mi funcion.

(*Escuchando la conversacion de don Antonio y don Pedro.*)

D. ANTONIO. De suerte que, ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrário está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez...

D. PEDRO. Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento, si hubiera podido. Á mí me irrita lo que á Vd. le divierte. (*Guarda don Eleuterio papel y tintero; se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse en medio de los dos.*) Yo no sé: Vd. tiene talento y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero Vd. es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce Vd. y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace Vd. creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, Vd. dirá que se divierte; pero, amigo...

D. ANTONIO. Sí, señor, que me divierto. Y por otra parte, ¿no sería cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles...

D. ELEUTERIO. No, pues... Con permiso de Vds. La funcion de esta tarde es muy bonita seguramente: bien puede Vd. ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

D. ANTONIO. ¿Es este el autor?

(*Don Antonio se levanta y despues de la pregunta que hace á Pipí vuelve á hablar con don Eleuterio.*)

PIPÍ Él mismo.

D. ANTONIO. ¿Y de quién es? ¿Se sabe?

D. ELEUTERIO. Señor, es de un sugeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

D. PEDRO. Si es esta la primera pieza que da al teatro, aun no puede quejarse ; si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuanto interesan á una nacion los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

D. ELEUTERIO. Todo eso va bien ; pero lo cierto es que el sugeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta) y muchas gracias.

D. ANTONIO. ¿ Quince? Pues yo creí que eran veinticinco.

D. ELEUTERIO. No, señor ; ahora en tiempo de calor no se da mas. Si fuera por el invierno, entónces...

D. ANTONIO. ¡Calle! ¿ Con que en empezando á helar valen mas las comedias? Lo mismo sucede con los besugos (1). (*Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hácia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con don Antonio, parándose ó siguiéndole : lo cual formará juego de teatro.*)

D. ELEUTERIO. Pues mire Vd., aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaria de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía ; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡ Ya, ya ! Y luego, como son tantos á escribir y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas : comedias, follas (2), zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes... ¿ Qué sé yo cuánta ensalada trae allí? Y anda soli-

(1) *Lo mismo sucede con los besugos.* Besugo es un pez muy comun en las costas septentrionales de España. Se hace de él gran consumo en Madrid, y ántes de la construccion de los ferrocarriles, era su transporte muy largo desde el océano hasta dicha ciudad, de modo que sólo en invierno se llevaban besugos á Madrid.

(2) *Polla*, diversion teatral compuesta de varios pasos de comedia, inconexos, mezclados con otros de música.

citando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra á trecientos reales una con otra. ¡ Ya se ve ! ¿ Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato ?

D. ANTONIO. Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra á los autores de la corte.

D. ELEUTERIO. Malísima. Ya se Vd. como están los comestibles.

D. ANTONIO. Cierto.

D. ELEUTERIO. Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

D. ANTONIO. En efecto.

D. ELEUTERIO. El cuarto.

D. ANTONIO. Oh ! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

D. ELEUTERIO. Y si hay familia...

D. ANTONIO. No hay duda ; si hay familia, es cosa terrible.

D. ELEUTERIO. Vaya Vd. á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos (1) y medio pan tiene el gasto hecho.

D. ANTONIO. ¿ Y qué remedio ? Ahí no hay mas sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, d rlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente, y para mí tengo que...

D. ELEUTERIO. ¿ La ha leido Vd. ?

D. ANTONIO. No por cierto.

D. PEDRO. ¿ La han impreso ?

D. ELEUTERIO. Sí, señor. ¿ Pues no se habia de imprimir ?

D. PEDRO. Mal hecho. Miéntras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy expuesta ; y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

D. ANTONIO. ¡ Qué ! No, señor. Si le digo á Vd. que es cosa muy buena. ¿ Y dónde se vende ?

D. ELEUTERIO. Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle

(1) *Seis cuartos de callos*, es decir, una racion de guisado de tripas de vaca, ternera ó carnero, plato popular y muy barato en Madrid.

del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la...

D. PEDRO. ¿ Se acabará esta tarde esa relacion ?

D. ELEUTERIO. Como el señor preguntaba...

D. PEDRO. Pero no preguntaba tanto. ¡ Si no hay paciencia !

D. ANTONIO. Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPÍ. Si yo tuviera dos reales. ¡ Voto va !

D. ELEUTERIO. Véala Vd. aquí.

(*Saca una comedia impresa y se la da á don Antonio.*)

D. ANTONIO. ¡ Oiga ! es esta. Á ver. Y ha puesto su nombre Bien, así me gusta ; con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. (*Lee don Antonio.*) POR DON ELEUTERIO CRISPIN DE ANDORRA... « Salen el emperador Leopoldo, el rey de Polonia y Federico senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares á caballo. » ¡ Soberbia entrada ! « Y dice el emperador :

Ya sabéis, vasallos mios,
Que habrá dos meses y medio
Que el turco puso á Viena
Con sus tropas el asedio ;
Y que para resistirle
Unimos nuestros denuedos,
Dando nuestros nobles brios,
En reptidos encuentros,
Las pruebas mas relevantes
De nuestros invictos pechos. »

¡ Qué estilo tiene ! ¡ Cáspita ! ¡ Qué bien pone la pluma el pícaro !

« Bien conozco que la falta
Del necesario alimento,
Ha sido tal, que rendidos
De la hambre á los esfuerzos,
Hemos comido ratones,
Sapos y sucios insectos. »

D. ELEUTERIO. ¿ Qué tal ? ¿ No le parece á Vd. bien ?
(*Hablando á don Pedro.*)

D. PEDRO. ¡ Eh ! á mi, que...

D. ELEUTERIO. Me alegro que le guste á Vd. Pero no, donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto.

Búsquele Vd... ahí... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

D. ANTONIO. ¿ Muerta ?

D. ELEUTERIO. Sí, señor, muerta.

D. ANTONIO. ¡ Qué situacion tan cómica ! Y estas exclamaciones que hace aquí, ¿ contra quién son ?

D. ELEUTERIO. Contra el visir, que la tuvo seis dias sin comer, porque ella no queria, ser su concubina.

D. ANTONIO. ¡ Pobrecita ! ¡ Ya se ve ! El visir sería un bruto.

D. ELEUTFRIO. Sí, señor.

ANTONIO. Hombre arrebatado : eh ?

D. ELEUTERIO. Si, señor.

D. ANTONIO. Lascivo como un mico, feote de cara : ¿ es verdad (1) ?

D. ELEUTERIO. Cierto.

D. ANTONIO. Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

D. ELEUTERIO. Si, señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

D. ANTONIO. ¡ Enorme animal ! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡ No es cosa como le pone ! Oiga Vd., don Pedro.

D. PEDRO. No, por Dios ; no lo lea Vd.

D. ELEUTERIO. Es que es uno de los pedazos mas terribles de la comedia.

D. PEDRO. Con todo eso.

D. ELEUTERIO. Lleno de fuego.

D. PEDRO. Ya.

D. ELEUTERIO. Buena versificacion.

D. PEDRO. No importa.

D. ELEUTERIO. Que alborotará en el teatro si la dama lo esfuerza.

D. PEDRO. Hombre, si he dicho ya que...

D. ANTONIO. Pues á lo ménos, el final del acto segundo es menester oirle.

(*Lee don Antonio, y al acabar da la comedia á don Eleuterio.*

EMP. Y en tanto que mis recelos...
VISIR. Y miéntras mis esperanzas...
SENESC. Y hasta que mis enemigos...
EMP. Averiguo.

(1) Retrato de un libertino de la corte en tiempo de Moratin.

VISIR. Logre
SENESC. Caigan.
EMP. Rencores, dadme favor.
VISIR. No me dejes, tolerancia.
SENESC. Denuedo, asiste á mi brazo.
TODOS. Para que admire la patria
El mas generoso ardid
Y la mas tremenda hazaña.

D. PEDRO. (*Se levanta impaciente, en ademan de irse.*) Vamos : no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

D. ELEUTERIO. ¿ Disparates los llama Vd. ?

D. PEDRO. ¿ Pues no ?

(*Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se rie de entrambos.*)

D. ELEUTERIO. ¡ Vaya que es tambien demasiado ! ¡ Disparates ! Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leido la comedia. Cierto que me ha chocado. ¡ Disparates ! Y no se ve otra cosa en el teatro todoslos dias,y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiar.

D. PEDRO. ¿ Y esto se representa en una nacion culta?

D. ELEUTERIO. ¡ Cuenta que me ha dejado contento la expresion ! ¡ Disparates !

D. PEDRO. ¿ Y esto se imprime, para que los extranjeros se burlen de nosotros?

D. ELEUTERIO. ¡ Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal ! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy dia no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. ¡ Disparates ! ¡ Cuidado que...

PIPÍ. No haga Vd. caso.

D. ELEUTERIO, (*hablando con Pipí hasta el fin de la escena.*) Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de miedo por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor...

PIPÍ. ¡ Calle ! ¡ Hay traidor tambien ! ¡ Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor !

D. ELEUTERIO. Pues, como digo, el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda

tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él; de modo, que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de tello, y no hay cosa mas natural.

(*Lee don Eleuterio; lo suspende, y se guarda la comedia.*)

Y en tanto que mis recelos...
Y miéntras mis esperanzas...
Y hasta que mis...

¡Ah señor don Hermógenes! ¡á qué buena ocasion llega Vd.?

(*Sale don Hermógenes por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

D. HERMÓGENES, D. ELEUTERIO, D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPÍ.

D. HERMÓGENES. Buenas tardes, señores.

D. PEDRO. Á la órden de Vd.

D. ANTONIO. Felicísimas, amigo don Hermógenes.

D. ELEUTERIO. Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado para decidir la cuestion que se trata. (*Don Pedro se acerca á la mesa en que está el* Diario; *lee para sí, y á veces presta atencion á lo que hablan los demas.*) Todo el mundo sabe su instruccion y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del frances, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

D. HERMÓGENES. Vd. me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. Vd. solo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de Vd., el mas ameno de nuestros dias, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

D. ELEUTERIO. Vaya, dejemos eso.

D. HERMÓGENES. Su docilidad, su moderacion...

D. ELEUTERIO. Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

D. HERMOGENES. Estas prendas sí que merecen admiracion y encomio.

D. ELEUTERIO. Ya, eso sí; pero díganos Vd. lisa y llanamente Si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

D. HERMÓGENES. ¿ Disparatada ? ¿ Y quién ha prorumpido en un aserto tan...

D. ELEUTERIO. Eso no hace al caso. Díganos Vd. lo que le parece, y nada mas.

D. HERMÓGENES. Sí diré; pero ántes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ aliæ simplices, aliæ implexæ.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi, oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

D. ELEUTERIO. Hombre; pero si...

D. ANTONIO. (*Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.*)

Yo reviento.

D. HERMÓGENES. *Cai gar ai praxeis on mimeseis oi...*

D. ELEUTERIO. Pero...

D. HERMÓGENES. *Mythoi eisin yparchousin.*

D. ELEUTERIO. Pero si no es eso lo que á Vd. se le pregunta.

D. HERMÓGENES. Ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendria explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnicion, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

D. ELEUTERIO. Bien, todo eso es admirable; pero...

D. PEDRO. Este hombre es loco.

D. HERMÓGENES. Si consideramos el orígen del teatro, hallaremos que los Megareos, los Sículos y los Atenienses...

D. ELEUTERIO. Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

D. HERMÓGENES. Véanse los dramas griegos y hallaremos que Anaxippo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratino, Crátes, Epicrátes, Menecrátes y Pherecrátes...

D. ELEUTERIO. Si le he dicho á Vd. que...

D. HERMÓGENES. Y los mas celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe

necesariamente. Es así que la comedia del *Cerco de Viena*...

D. PEDRO. (*Se encamina hácia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.*)

Á Dios, señores.

D. ANTONIO. ¿Se va Vd., don Pedro?

D. PEDRO. ¿Pues quién, sino Vd., tendrá frescura para oir eso?

D. ANTONIO. Pero si el amigo don Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero que la pieza consabida léjos de ser un desatino...

D. HERMÓGENES. Ese es mi intento; probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

D. PEDRO. Pues yo delante de Vd. la propalo, y le digo que por lo que el señor ha leido de ella, y por ser Vd. el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento; y que Vd. es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no mas. Á Dios, señores.

(*Hace que se va y vuelve.*)

D. ELEUTERIO. (*Señalando á don Antonio.*)

Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

D. PEDRO. Á ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. Á mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas dictadas, mas que por el ingenio, por la necesidad ó la presuncion. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si Vds., como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle Vds. que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que miéntras

esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nacion, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

D. HERMÓGENES. Bien dice Séneca en su Epístola diez y ocho que...

D. PEDRO. Séneca dice en todas sus Epístolas que Vd. es un pedanton ridículo á quien yo no puedo aguantar. A Dios, señores.

ESCENA V.

DON ANTONIO, D. ELEUTERIO, D. HERMÓGENES, PIPÍ.

D. HERMÓGENES. ¡Yo pedanton! (*Encarándose hácia la puerta por donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.*) ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos mas delicados del derecho!

D. ELEUTERIO. ¡Lo que él entenderá de comedias cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

D. HERMÓGENES. Él será el pedanton.

D. ELEUTERIO. ¡Hablar así de una pieza que ha de durar lo ménos quince dias! Y si empieza á llover...

D. HERMÓGENES. Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.

D. ANTONIO. Nadie pone en duda el mérito de Vd., señor don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

D. ELEUTERIO. Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

D. ANTONIO. Sí, señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

D. ELEUTERIO. Buen pensamiento; sí, vaya Vd.

D. ANTONIO. En mi vida he visto locos mas locos.

ESCENA VI.

D. HERMÓGENES, D. ELEUTERIO.

D. ELEUTERIO. ¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oirle!

D. HERMÓGENES. *Aquila non capit muscas*, don Eleuterio. Quiero decir que no haga Vd. caso. Á la sombra del mérito crece la envidia. Á mí me sucede lo mismo. Ya ve Vd. si yo sé algo ..

D. ELEUTERIO. ¡Oh!

D. HERMÓGENES. Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que...

D. ELEUTERIO. Ninguno. Vamos; tan completo como Vd., ninguno.

D. HERMÓGENES. Que reunan el ingenio á la erudicion, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos. ¿Eh?

D. ELEUTERIO. Vaya, de eso no hay que hablar: es mas claro que el sol que nos alumbra.

D. HERMÓGENES. Pues bien, á pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir mas léjos, me lo dijeron en la puerta del Sol delante de cuarenta ó cincuenta personas.

D. ELEUTERIO. ¡Picardía! ¿Y Vd. qué hizo?

D. HERMÓGENES. Lo que debe hacer un gran filósofo. Callé, tomé un polvo, y me fuí á oir una misa á la Soledad.

D. ELEUTERIO. Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

D. HERMÓGENES. Esto lo digo para que Vd. se anime, y le aseguro que los aplausos que... Pero, dígame Vd., ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á Vd. á cuenta de los quince doblones?

D. ELEUTERIO. Nada, ni un ochavo. Ya sabe Vd. las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

D. HERMÓGENES. ¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasion mas crítica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando...

D. ELEUTERIO. Pues ¿qué hay de nuevo?

D. HERMÓGENES. Ese bruto de mi casero... El hombre mas ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza...

D. ELEUTERIO. No hay que afligirse. Mañana ó esotro es regular que me den el dinero; pagaremos á ese bribon, y si tiene Vd. algun pico en la hostería. tambien se...

D. HERMÓGENES. Sí, aun hay un piquillo; cosa corta.

D. ELEUTERIO. Pues bien; con la impresion lo ménos ganaré cuatro mil reales.

D. HERMÓGENES. Lo ménos. Se vende toda seguramente.

(*Vase Pipí por la puerta del foro.*)

D. ELEUTERIO. Pues con ese dinero saldremos de apuros: se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa Vd. Mariquita, como Vd. sabe, es aplicada, hacendosilla y muy mujer: Vds. estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden; entre tanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, Vd. saldrá colocado de hoy á maé ñana: una intendencia, una toga, una embajada, ¿qué sa yo? Ello es que el ministro le estima á Vd: ¿no es verdad?

D. HERMÓGENES. Tres visitas le hago cada dia.

D. ELEUTERIO. Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán...

D. HERMÓGENES. Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

D. ELEUTERIO. ¿Y qué dice?

D. HERMÓGENES. En uno de ellos puse por lema aquel celebérrimo dicho del poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pup er um tabernas regumque turres.*

D. ELEUTERIO. ¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

D. HERMÓGENES. Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.

D. ELEUTERIO. ¡Pues, no le digo á Vd.! Vamos, eso está conseguido.

D. HERMÓGENES. Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Baccho friget Venus*. Y entónces, ¡oh! entónces... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, D. SERAPIO, D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO.

(*Salen por la puerta del foro.*)

D. SERAPIO. El trueque de los puñales, créame Vd., es de lo mejor que se ha visto.

D. ELEUTERIO. ¿Y el sueño del emperador?

D.ª AGUSTINA. ¿Y la oracion que hace el visir á sus ídolos?

D.ª MARIQUITA. Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera precisamente en la ocasion mas...

D. HERMÓGENES. Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro...

D.ª AGUSTINA. Pero ¿Vd .hace caso de ella? ¡Qué tontería! Si no sabe lo que se dice... Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

D. SERAPIO. Serán... Deje Vd. Podrán ser ahora...

D. HERMÓGENES. Aquí está mi reloj (*Saca su reloj*) que es puntualísimo. Tres y média cabales.

D.ª AGUSTINA. ¡Oh! pues aun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente. (*Siéntanse todos, ménos don Eleuterio.*)

D. SERAPIO. ¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier dia... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

D.ª AGUSTINA. Estará lleno, lleno.

D. SERAPIO. Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. ELEUTERIO. Ya se ve... comedia nueva, autor nuevo, y...

D.ª AGUSTINA. Y que ya la habrán leido muchísimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

D. SERAPIO. Hoy los chorizos (1) se mueren de frio y de

(1) *Chorizos*: En tiempo de Moratin, los apasionados de la compañía del teaotr del Príncipe, se llamaban *Chorizos*, los de la compañía de la Cruz *Polacos* y los de la del teatro de los Caños, *Panduros*. Estas tres fraciones del público eran enemi as unas de otras.

miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la Gracios seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corra cien reales de entrada.

D. ELEUTERIO. ¿Con que la apuesta se hizo en efecto?¿Eh?

D. SERAPIO. No llegó el caso, porque yo no tenia en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos .. Pero! cómo los hice rabiar! y que...

D. ELEUTERIO. Soy con Vds.; voy aquí á la librería, y vuelvo.

D.ª AGUSTINA. ¿Á qué?

D. ELEUTERIO. ¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que...

D.ª AGUSTINA. Sí, es verdad. Vuelve presto.

D. ELEUTERIO, (*yéndose*) Al instante.

D.ª MARIQUITA.! ¡Qué inquietud! qué ir y venir! No para este hombre.

D.ª AGUSTINA. Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

D.ª MARIQUITA. ¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

D.ª AGUSTINA. Pero ¿por qué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres, y qué falta de comprension!

D.ª MARIQUITA. Pues; siempre me está Vd. diciendo eso. (*Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.*) Vaya, que algunas veces me... ¡Ay, don Hermógenes! no sabe Vd. qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

D. HERMÓGENES. No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

D.ª MARIQUITA. ¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quién le creyera á Vd.!

D. HERMÓGENES. Pues ¿Quién ama tan de véras como yo? ¿Cuando ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamas un amor comparable al mio?

D.ª AGUSTINA. ¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

D.ª MARIQUITA. ¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

D.ª AGUSTINA. ¡Me desespera!

D.ª MARIQUITA. Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? Mire Vd. para decirme: «Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos. Así que su hermano de Vd. coja esos cuartos, verá Vd. como todo se dispone; porque la quiero á Vd. mucho, y es Vd. muy guapa muchacha, y tiene Vd. unos ojos muy peregrinos, y... ¿Qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

D.ª AGUSTINA. Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

D.ª MARIQUITA. ¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquier friolera, casi siempre me responde en latin; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire Vd. qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros no casemos ó no.

D.ª AGUSTINA. ¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes; lo que le he dicho á Vd. Es menester que Vd. se dedique á instruirla y descortezarla; porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas; ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como Vd. habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces; para las mujeres instruidas es un tormento la fecundidad.

D.ª MARIQUITA. ¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que Vd. es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

D.ª AGUSTINA. Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

D. HERMÓGENES. Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los mártes dos ó tres hojas del *Diccionario*

de Rubíños. Despues aprenderá los logaritmos y algo de la estática; despues...

D.ª MARIQUITA. Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No, señor: si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa; yo cuidaré de la mia, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas! ¿Para qué? ¿para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó no, si el lance á oscuras ha de ser ántes de la batalla ó despues del veneno, y manoseando continuamente *gacetas* y *mercurios* (1) para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones... Y entre tanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las médias se cosen, y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á Vd. que comimos el domingo pasado, don Serapio?

D. SERAPIO. ¡Yo, señora! ¿Cómo quiere Vd. que...

D.ª MARIQUITA. Pues lléveme Dios, si todo el banquete no se redujo á libra y média de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y média hornada sin levantarse del asiento.

D.ª AGUSTINA. Esta es su cancion; siempre quejándose de que no come, y trabaja mucho. Ménos como yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. HERMÓGENES Sí, Mariquita, sí; en eso tiene razon, mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro; y los experimentos cotidianos nos enseñan que

(1) *Gacetas y Mercurios*, papeles públicos de la época.

toda mujer que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex*, *index*, é *infamis*; que es decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta sólo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfacion de todo mi auditorio, que es mas difícil hacer un soneto, que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la mujer que sepa componer décimas y redondillas, que la que sólo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

D.ª MARIQUITA. Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve, en comiendo versos no se necesita cocina.

D. HERMÓGENES. Bien está, sea lo que Vd. quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem*, que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

D.ª MARIQUITA. ¿Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tarde la comedia?

D. HERMÓGENES. No, señora, la aplaudirán.

D. SERAPIO. Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

D.ª MARIQUITA. No, pues no decian eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda Vd., hermana? Y aquel mas alto, á fe que no se mordia la lengua.

D. SERAPIO. ¿Alto? uno alto, eh? Ya le conozco. (*Se levanta.*) ¡Picaron, vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. ¡Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! que él fué el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de *El Monstruo mas espantable del ponto Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al...

D.ª MARIQUITA. ¿Qué tonterías está Vd. ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

D. SERAPIO. Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

D.ª MARIQUITA. Si no es ese.

D. SERAPIO. ¡Mayor gatallon! ¡Y qué mala vida dió á su mujer! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

D.ª MARIQUITA. Pero si no es ese, dale. ¿Á qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente; que no tiene ni capa ni chirlo, ni se parece en nada al que Vd. nos pinta.

D. SERAPIO. Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera... ¡eh!.... Pero el otro dia ¡qué cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben Vds. (*Vuelve á sentarse*) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramírez (1), y allí se están parlando en el recibimiento con la criada; despues les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó así; y luego se van á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero (2). Pero no hay remedio; ya estamos prevenidos los apasionados de acá, y á la primera comedia que echen en el otro corral, zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. Á ver...

D.ª MARIQUITA. ¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

D.ª AGUSTINA. Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia, y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Ademas de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame Vd. un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche Vd. un poco de alpiste á ese canario. Don Eleuterio, dé Vd. una vuelta por la cocina, y vea Vd. si empieza á espumar aquel puchero. Y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin el que necesita es preciso que... Y por otra parte, como él,

(1) *La Ramírez*, nombre de una cómica de aquel tiempo.

(2) *Degolladero;* en los patios de los teatros de aquel tiempo, se llamaba así el espacio vacío que se dejaba al extremo de la sala, para los que estaban en pié.

bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

D. HERMÓGENES. Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaria á imponer taciturnidad y admiracion á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

D.ª AGUSTINA. Pues ya se ve. Figúrese Vd. una comedia heróica como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafío á caballo por el patio tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego, y un ajusticiado; figúrese Vd. si esto ha de gustar precisamente.

D. SERAPIO. ¡Toma si gustará!

D. HERMÓGENES. Aturdirá.

D. SERAPIO. Se despoblará Madrid por ir á verla.

D.ª MARIQUITA. Y á mí me parece que unas comedias así debian representarse en la plaza de los toros

ESCENA II.

D. ELEUTERIO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, D. SERAPIO, D. HERMÓGENES.

D.ª AGUSTINA. Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

D. ELEUTERIO. Hasta ahora...

D.ª AGUSTINA. Deja; me parece que voy á acertar: habrá vendido... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

D. ELEUTERIO. Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

D. SERAPIO. ¡Ah! y cuide Vd. (*Levántase*) que les pongan buen engrudo, porque si no...

D. ELEUTERIO. Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

D.ª AGUSTINA. El *Diario* y la *Gaceta* la han anunciado ya ¿es verdad?

D. HERMÓGENES. En términos precisos.

D.ª AGUSTINA. Pues irán vendidos .. quinientos ejemplares.

D. SERAPIO. ¡Qué friolera! Y mas de ochocientos tambien.

D.ª AGUSTINA. ¿He acertado?

D. SERAPIO. ¿Es verdad que pasan de ochocientos?

D. ELEUTERIO. No, señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

D. SERAPIO. ¿Tres no mas? Harto poco es.

D.ª AGUSTINA. Por vida mia, que es bien poco.

D. HERMÓGENES. Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo; porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno, componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho, por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrário.

D.ª AGUSTINA. Dice bien, muy bien.

D. SERAPIO. ¡Qué! ¡Si en poniéndose á hablar este hombre!...

D.ª MARIQUITA. Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinticinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora ¿serán mas que tres?

D. ELEUTERIO. Es verdad; y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

D.ª MARIQUITA. Pues, seis reales: cuando esperábamos móntes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando*) ¡Pobrecita de mí!

D. HERMÓGENES. No así, hermosa Mariquita, desperdicie Vd. el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

D.ª MARIQUITA. ¡Perlas! si yo supiera llorar perlas, no tendria mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III.

D. ANTONIO, D. ELEUTERIO, D. HERMÓGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA.

D. ANTONIO. Á la órden de Vds., señores.

D. ELEUTERIO. ¿Pues cómo tan presto? ¿No dijo Vd. que iria á ver la comedia?

D. ANTONIO. En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

D. ELEUTERIO. ¿Aquel caballero de tan mal humor?

D. ANTONIO. El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale Pipí por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador*), en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulia, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

D.ª AGUSTINA. Si lo dije.

D. ANTONIO. Es mucha la gente que hay.

D. ELEUTERIO. Pues no, no es cosa de que Vd. se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase Vd. con nosotros y todos nos acomodaremos.

D.ª AGUSTINA. Sí, puede Vd. venir con toda satisfaccion, caballero.

D. ANTONIO. Señora, doy á Vd. mil gracias por su atencion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primera tonadilla; con que...

D. SERAPIO. ¿La tonadilla? (*Se levantan todos.*)

D.ª MARIQUITA. ¿Qué dice Vd.?

D. ELEUTERIO. ¿La tonadilla?

D.ª AGUSTINA. ¿Pues cómo han empezado tan presto?

D. ANTONIO. No, señora; han empezado á la hora regular.

D.ª AGUSTINA. No puede ser; si ahora serán...

D. HERMÓGENES. Yo lo diré (*Saca el reloj*): las tres y média en punto.

D.ª MARIQUITA. ¡Hombre! ¿qué tres y média? Su reloj de Vd. está siempre en las tres y média.

D.ª AGUSTINA. Á ver... (*Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oído y se le vuelve.*) Si está parado.

D. HERMÓGENES. Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

D.ª MARIQUITA. Consiste en que está parado, y nos ha

hecho Vd. perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

D.ª AGUSTINA. Vamos.

D. ELEUTERIO. ¡Cuidado, que es cosa particular! ¡Voto va sánes! La casualidad de...

D.ª MARIQUITA. Vamos pronto... ¿Y mi abanico?

D. SERAPIO. Aquí está.

D. ANTONIO. Llegarán Vds. al segundo acto.

D.ª MARIQUITA. Vaya, que este don Hermógenes...

Dª. AUGUSTINA. Quede Vd. con Dios, caballero.

D.ª MARIQUITA. Vamos aprisa.

D. ANTONIO. Vayan Vds. con Dios.

D. SERAPIO. Á bien que cerca estamos.

D. ELEUTERIO. Cierto que ha sido chasco estarnos así, fiados en...

D.ª MARIQUITA. Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

ESCENA IV.

DON ANTONIO, PIPÍ.

D. ANTONIO. ¿Con que estas dos son la hermana y la mujer del autor de la comedia?

PIPÍ. Sí, señor.

D. ANTONIO. ¡Qué paso llevan! Ya se ve, se fiaron del reloj de don Hermógenes.

PIPÍ. Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

D. ANTONIO. Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine, quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos, es un despropósito; pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro.

ESCENA V.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

D. ANTONIO. ¡Calle! ¿Ya está Vd. por acá? Pues y la comedia ¿en qué estado queda?

D. PEDRO. Hombre, no me hable Vd. de comedia (*Se sienta*), que no he tenido rato peor muchos meses ha.

D. ANTONIO (*sentándose junto á don Pedro.*) Pues ¿ qué ha sido ello ?

D. PEDRO. ¡ Qué ha de ser ! Que he tenido que sufrir (gracias á la recomendacion de Vd.) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

D. ANTONIO. ¿ Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza ?

D. PEDRO. Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamas á ver esas tonterías. Á mí no me divierten ; al contrário me llenan de, de... No, señor, ménos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates, pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad ; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare Vd. nuestros autores adocenados del dia con los antiguos, y dígame si no valen mas Calderon, Solis, Rójas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

D. ANTONIO. La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer á ella ; pero, dígame Vd., el pueblo, el pobre pueblo ¿ sufre con paciencia ese espantable comedion ?

D. PEDRO. No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traia visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente ; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oir desatinos, tan garrafales como los de hoy jamas se oyeron.

D. ANTONIO. ¿ Qué dice Vd. ?

D. PEDRO Es increíble. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caractéres mal expresados ó mal escogidos ; en vez de artificio, embrollo ; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de lin-

terna mágica. No hay conocimiento de historia, ni de costumbres ; no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni versificacion, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los dias.

D. ANTONIO. Y no hay que esperar nada mejor. Miéntras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacen de las extravagancias.

D. PEDRO. Pero ¿ no es fatalidad que despues de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices ? ¡ Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde ? ¿ Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente ?

D. ANTONIO. Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni Vd. ni yo podemos remediarlo. ¿ Y qué haremos?. .. Reir ó rabiar : no hay otra alternativa... Pues yo mas quiero reir que impacientarme.

D. PEDRO. Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios ; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional ; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

D. ANTONIO. Con todo, cuando se ve que... Pero ¿ qué novedad es esta ?

ESCENA VI

D. SERAPIO, D. HERMÓGENES, D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPÍ.

D. SERAPIO. Pipí, muchacho ; corriendo, por Dios, un poco de agua.

D. ANTONIO. ¿ Qué ha sucedido ?

(*Se levantan don Antonio y don Pedro.*)

D. SERAPIO. No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPÍ. Voy, voy allá.

D. SERAPIO. Despáchate.

PIPÍ. ¡ Por vida del hombre ! (*Pipí va detras de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él, y deja caer el vaso y el plato.*) ¿ Por qué no mira Vd. ?

D. HERMÓGENES. ¿ No hay alguno de Vds. que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

D. ANTONIO. Yo no, no traigo.

D. PEDRO. Pero ¿ qué ha sido? ¿ Es accidente ?

ESCENA VII.

D.ª AGUSTINA, D.ª MARIQUITA, D. ELEUTERIO, D. HERMÓGENES, D. SERAPIO, D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPÍ.

D. ELEUTERIO. Sí ; es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio.

(*Doña Agustina muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.*)

D. SERAPIO. Pues ya se ve. Anda, Pipí ; en tu cama podrá descansar esta señora...

PIPÍ. ¡ Qué ! si está en un camaranchon que...

D. ELEUTERIO. No importa.

PIPÍ ¡ La cama ! La cama es un jergon de arpillera y..

D. SERAPIO. ¿ Qué quiere decir eso ?

D. ELEUTERIO. No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPÍ. Yo bien, si Vds...

D.ª AGUSTINA. No, no es menester.

D.ª MARIQUITA. ¿ Se siente Vd. mejor, hermana?

D. ELEUTERIO. ¿ Te vas aliviando?

D.ª AGUSTINA. Alguna cosa.

D. SERAPIO. ¡ Ya se ve ! El lance no era para ménos.

D. ANTONIO. Pero ¿ se podrá saber qué especie de insulto ha sido este?

D. ELEUTERIO. ¿ Qué ha de ser, señor, qué ha de ser ? Que hay gente envidiosa y mal intencionada que...¡ Vaya ! No me hable Vd. de eso, porque...¡ Picarones ! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor ?

D. PEDRO. No acabo de comprender.

D.ª MARIQUITA. Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla; cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí habia una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y despues un entierro. . En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salia la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decia: «Madre, déme Vd. pan»; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! qué toser! qué estornudos! qué bostezar! qué ruido confuso por todas partes!... Pues, señor, como digo, salió la dama, y apénas hubo dicho que no habia comido en seis dias, y apénas el chico empezó á pedirla pan, y ella á decirle que no le tenia, cuando, para servir á Vds., la gente (que á la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venía al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto; en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡En lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo que era imposible que...

(*Siéntase junto á doña Agustina.*)

D. ELEUTERIO ¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, Vd. bien sabe lo que es la pieza; informe Vd. á estos señores... Tome Vd. (*Saca la comedia y se la da á don Hermógenes.*) Léales Vd. todo el segundo acto, y que me digan si una mujer que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea Vd., lea Vd., y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

D. HERMÓGENES. Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no

puedo encargarme de la lectura del drama. (*Deja la comedia sobre la mesa. Pipí la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y complacencia.*) Estoy de prisa. Nos veremos otro dia, y...

D. ELEUTERIO. ¿ Se va Vd. ?

D.ª MARIQUITA. ¿ Nos deja Vd. así?

D. HERMÓGENES. Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de Vds., no me moveria de aquí ; pero...

D.ª MARIQUITA. No se vaya Vd.

D. HERMÓGENES. Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo ; tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir ; murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apologia del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexion, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos.

D. ELEUTERIO. ¿ Qué defectos?

D. HERMÓGENES. Algunos que tiene.

D. PEDRO. Pues no decia Vd. eso poco tiempo ha.

D. HERMÓGENES. Fué para animarle.

D. PEDRO. Y para engañarle y perderle. Si Vd. conocia que era mala, ¿ por qué no se lo dijo? ¿ Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba Vd. el ingenio del autor, y le persuadia que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

D. HERMÓGENES. Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentera persuadirle que la comedia es mala.

D.ª AGUSTINA. ¿ Con que es mala ?

D. HERMÓGENES. Malísima.

D. ELEUTERIO. ¿ Qué dice Vd. ?

D.ª AGUSTINA. Vd. se chancea, don Hermógenes ; no puede ser otra cosa.

D. PEDRO. No, señora, no se chancea ; en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

D.ª AGUSTINA. Poco á poco con eso, caballero ; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que Vd. nos lo venga á repetir de ese modo. Vd. será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen ; pero...

D. PEDRO. Si Vd. es marido de esa (*Á don Eleuterio*) señora, hágala Vd. callar, porque aunque no puede ofenderme

cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

D.ª AGUSTINA. ¿ No entiendo ? ¿ Quién le ha dicho á Vd. que...

D. ELEUTERIO. Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves (*Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.*) cómo estás... ¡ Válgame Dios, señor ! Pero, amigo (*A don Hermógenes*), no sé qué pensar de Vd.

D. HERMÓGENES. Piense Vd. lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público ; pero soy su amigo de Vd., y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dice Platon y el abate Lampillas...

D. ELEUTERIO. Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que Vd. me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con Vd. ; si Vd. ha visto la obra lance por lance y verso por verso ; si Vd. me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas ; si Vd. me ha llenado de elogios y de esperanzas ; si me ha hecho Vd. creer que yo era un grande hombre, ¿ cómo me dice Vd. ahora es o? ¿Cómo ha tenido Vd. corazon para exponerme á los silbidos, al palmoteo, y á la zumba de esta tarde ?

D. HERMÓGENES. Vd. es pacato y pusilánime en demasía... ¿ Por qué no le anima á Vd. el ejemplo ? ¿ No ve Vd. esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna ? Escriben, los silban, y vuelven á escribir ; vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir... ¡ Oh almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos, y las maldiciones alabanzas !

D.ª MARIQUITA. ¿ Y qué quiere Vd. (*levántase*) decir con eso ? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿ Qué quiere Vd. decir ? Que mi pobre hermano vuelva otra vez...

D. HERMÓGENES. Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

D.ª AGUSTINA. Vaya Vd. con Dios, y haga Vd. cuenta que no nos ha conocido. ¡ Picardía ! No sé cómo (*Se levanta muy enojada, encaminándose hácia don Hermógenes, que se va retirando de ella*) no me tiro á él... Váyase Vd.

D. HERMÓGENES. ¡ Gente ignorante !

D.ª AGUSTINA. Váyase Vd.

D. ELEUTERIO. ¡ Picaron !

D. HERMÓGENES ¡ Canalla infeliz !

ESCENA VIII.

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPÍ.

D. ELEUTERIO. ¡ Ingrato, embustero ! ¡ Despues (*se sienta con ademanes de abatimiento*) de lo que hemos hecho por él!

D.ª MARIQUITA. Ya ve Vd., hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazon... Mire Vd. qué hombre ; despues de haberme traido en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo ménos es hombre de bien y no sabe latin ni se mete en citar autores, como ese bribon... ¡ Pobre de mí ! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar por el maldito empeño de Vds. de que me habia de casar con un erudito que supiera mucho... Mire Vd. lo que sabe el renegado (Dios me perdone), quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

D. ANTONIO. No se desconsuele Vd., señorita, que todo se compondrá. Vd. tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que las que ha perdido.

D.ª AGUSTINA. Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

D. ELEUTERIO. La paciencia (*se levanta con viveza*) la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

D.ª AGUSTINA. Pero, hombre, ¿ que no has de reflexionar...

D. ELEUTERIO. Calla, mujer ; calla por Dios, que tú tambien...

D. SERAPIO. No, señor ; el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camaradas que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame Vd. á mí ; la comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido, y...

D. ELEUTERIO. Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos ; pero lo que á mí me...

D. PEDRO. ¿ Todavía está Vd. en esa equivocacion ?

D. ANTONIO (*aparte á don Pedro*). Déjele Vd.

D. PEDRO. No quiero dejarle ; me da compasion... Y sobre todo, es demasiada necedad despues de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿ Por qué ha de serlo ? ¿ Qué motivos tiene Vd. para acertar? ¿ Qué ha estudiado Vd. ? ¿ Quién le ha enseñado el arte ? ¿ Qué modelos se ha propuesto Vd. para la imitacion ? ¿ No ve Vd. que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar ; que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa ; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender ? ¿ Pues por dónde Vd., que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno ? ¿ Qué, no hay mas sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor ? ¿ Qué, no hay mas que escribir comedias ? Si han de ser como la de Vd. ó como las demas que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios ; pero si han de ser buenas, créame Vd., se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion contínua, sensibilidad, juicio exquisito ; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

D. ELEUTERIO. Bien está, señor: será todo lo que Vd. dice ; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no me vale un cuarto, que he gastado en la impression lo que no tenia...

D. ANTONIO. No, la impresion con el tiempo se venderá.

D. PEDRO. No se venderá, no, señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

D. ELEUTERIO. Pues, vea Vd., no se venderá, y pierdo ese dinero ; y por otra parte... ¡Válgame Dios ! Yo, señor, seré lo que Vds. quieran, seré mal poeta, seré un zopenco ; pero soy hombre de bien. Ese picaron de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenia para pagar sus trampas y sus embrollos : me ha metido en nuevos gastos, y me deja

imposibilitado de cumplir, como es regular, con los muchos acreedores que tengo.

D. PEDRO. Pero ahí no hay mas que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que Vd. tenga, y arreglándose á una buena economía.

D.ª AGUSTINA. ¡Qué empleo ni qué facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

D. PEDRO. ¿Ninguna?

D. ELEUTERIO. No, señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba; despues me puse á servir á un caballero indiano, pero se murió; lo dejé todo, y me metí á escribir comedias, porque ese don Hermógenes me engatusó y...

D.ª MARIQUITA. ¡Maldito sea él!

D. ELEUTERIO. Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas...

D. ANTONIO. ¿Cuántas tiene Vd.?

D. ELEUTERIO. Cuatro, señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

D. PEDRO. (*aparte con ternura*) ¡Hijos tiene! ¡Qué lástima!

D. ELEUTERIO. Pues si no fuera por eso...

D. PEDRO. (*Ap.* ¡Infeliz!) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de Vd. pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazon de un padre. Dígame Vd.: ¿sabe Vd. contar? ¿Escribe Vd. bien?

D. ELEUTERIO. Sí, señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo... porque yo, señor, he sido paje... allí, como digo, no habia mas mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa; como, ya se ve, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso sí, lo que es honradez y... vaya! Ninguno ha tenido que...

D. PEDRO. Lo creo muy bien.

D. ELEUTERIO. En cuanto á escribir, yo aprendí en los escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía... Aquí tengo... Vea Vd... (*Saca un papel y se le da á don Pedro.*) Ello está escrito algo de prisa, porque esta es una tonadilla que se habia de cantar mañana... ¡Ay, Dios mio!

D. PEDRO. Me gusta la letra, me gusta.

D. ELEUTERIO. Sí, señor, tiene su introduccioncita, luego entran las coplillas satíricas con su estribillo, y concluye con las...

D. PEDRO. No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

D. ELEUTERIO. Ya.

D. PEDRO. Es menester que se deje Vd. de esas tonterías.

(*Volviéndole el papel.*)

D. ELEUTERIO. Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo...

D. PEDRO. Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; esta es una condicion precisa que exijo de Vd. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á Vd. sus desvaríos necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que Vd. tenga.

D. ELEUTERIO. Señor, ¿qué dice Vd.?

D.ª AGUSTINA. ¿De véras, señor? ¡Válgame Dios!

D.ª MARIQUITA. ¿De véras?

D. PEDRO. Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid; acabo de colocar á un mozo de mérito, que entendia en el gobierno de ellas. Vd., si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo; y desde luego puede Vd. contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á Vd. le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber, y cuanto conviene á una mujer de su estado y sus obligaciones. Vd., señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de don Hermógenes; porque, segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz; y si Vd. disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de Vds. todo el bien que pueda; no hay que dudarlo. Ademas yo tengo muy buenos amigos en la corte, y... Créanme Vds., soy algo áspero

en mi carácter, pero tengo el corazon muy compasivo.

D.ª MARIQUITA. ¡Qué bondad!

(*Don Eleuterio, su mujer y su hermana quieren arrodillarse á los piés de don Pedro; él lo estorba, y los abraza cariñosamente.*)

D. ELEUTERIO. ¡Qué generoso!

D. PEDRO. Esto es ser justo. El que socorre la pobreza evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace mas.

D. ELEUTERIO. Yo no sé cómo he de pagar á Vd. tantos beneficios.

D. PEDRO. Si Vd. me los agradece, ya me los paga.

D. ELEUTERIO. Perdone Vd., señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

D.ª AGUSTINA. Hemos sido muy imprudentes.

D. PEDRO. No hablemos de eso.

D. ANTONIO. ¡Ah, don Pedro! ¡qué leccion me ha dado Vd. esta tarde!

D. PEDRO. Vd. se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

D. ANTONIO. Su carácter de Vd. me confunde.

D. PEDRO. Eh! los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

D. ANTONIO. ¿Quién no querrá ser amigo de Vd.?

D. SERAPIO. Vaya, vaya, yo estoy loco de contento.

D. PEDRO. Mas lo estoy yo; porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja Vd. esa comedia (*al ver la comedia que está leyendo Pipí*); no se quede por ahí perdida, y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

D. ELEUTERIO. ¡Mal haya la comedia (*arrebata la comedia de manos de Pipí, y la hace pedazos*), amen, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

D.ª MARIQUITA. Yo encenderé la pajuela.

D.ª AGUSTINA. Y yo aventaré las cenizas.

D. PEDRO. Así debe ser. Vd., amigo, ha vivido engañado: su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instruccion le han hecho escribir disparates. El público

le ha dado á Vd. una leccion muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como Vd., le imitaran en desengañarse!

FIN DE LA COMEDIA NUEVA.

EL BARON

En el año 1787 escribió el autor una zarzuela intitulada *El Baron* que se debia representar en casa de la condesa viuda de Benavente, lo cual no llegó á verificarse; pero la obra corrió manuscrita con mas aprecio del que efectivamente merecia.

Una dilatada ausencia del autor dió facilidad á algunos para que, apoderándose de ella, la trataran como á cosa sin dueño. Alteraron á su voluntad situaciones y versos, añadieron personajes, aumentaron ó suprimieron, donde les pareció, varios trozos cantables y la desfiguraron de un modo lastimoso. Con estas enmiendas, supresiones y apostillas, la tomó á su cargo don José Lidon, organista de la capilla real, y compuso la música segun pudo y supo. Entre tanto cayó en poder de los que se llaman apasionados, juventud ociosa y alegre, y poco difícil en materias de gusto. Parecióles muy buena (como era de temer), la estudiaron á porfía, la representaron sin música en várias casas particulares, y por último, en el teatro público de Cádiz apareció mutilada y deforme.

Restituido el autor á su patria, vió la mala suerte que habia tenido su obra, y una de las mayores dificultades que tuvo que vencer fué la de persuadir á su amigo don José Lidon, á que diera por perdido el tiempo que habia gastado en componer la música, y á que desistiera del empeño que tenia en que los cómicos se la cantáran. Logrado esto, conoció la necesidad de corregirla, para lo cual suprimió todo lo añadido por mano ajena y todo lo cantable ; dio á la fábula mayor verosimilitud é interes, á los caractéres mas energía; y alterando el primer acto, y haciendo de nuevo el segundo, de una zarzuela defectuosa compuso una comedia regular.

Entre tanto que la estudiaban los mismos actores que con tanto celo y acierto habian desempeñado las dos primeras piezas del utor, la compañía de los Caños del Peral se dió por ofendida de

aquella preferencia. Sus protectores (gente poderosa y de grande influjo en la corte) meditaron una venganza poco delicada para desahogo de su mal fundado resentimiento. Hallaron un buen hombre que se prestó á sus miras, dilatando en tres actos la zarzuela de *El Baron*, suprimida la música, añadidos de propio caudal varios trozos, y lo restante copiado á la letra del original que estropeaba. Sin haberlo sospechado jamas, se halló de repente poeta ; puso por título á sus mal zurcidos retales el de *la Lugareña orgullosa ;* la llamó comedia original ; insultó en el prólogo al autor de *El Baron*, y la pieza contrahecha se estudió, se imprimió y se representó en el teatro de los Caños, ántes que en el de la Cruz estuviera corriente la de Moratin. ¡ Tanta fué la actividad con que se aceleró la ejecucion de aquella ratería ! El público no quedó, sin embargo, muy satisfecho del mérito de la obra, y siendo ya tan conocida la zarzuela de *el Baron*, la rapiña del autor intruso, su mala fe, sus cortos alcances y su ridícula presuncion le desacreditaron completamente.

La comedia de Moratin se representó en el teatro de la Cruz el dia 28 de enero del año 1803. Sabíase de antemano que iba á ser silbada ; el jefe que mandaba la expedicion era conocido y temible, la turba que tenia á sus órdenes numerosa é intrépida Durante la representacion intentaron los voceadores el ataque mas de una vez, pero el público logró contenerlos ; faltaban pocos versos para concluirla, y creyeron que era ya urgente hacer el último esfuerzo y cumplir el empeño que habian contraido. Voces, gritos, golpes, silbidos, baraunda espantosa, todo se puso en práctica, y aquella parte de auditorio á quien habia parecido bien la comedia, contribuyó con aplausos á que creciese el estrépito y la confusion. Unos pedian que se anunciase otra funcion para el dia siguiente, y otros gritaban que siguiese la misma.

En medio de este tumulto, que se dilataba con teson de una y otra parte, Antonio Pinto, amigo del autor, logró con dificultad que le oyeran, y dijo : « Los cómicos han creido que la comedia que se acaba de representar, es una de aquellas pocas composiciones que mas ilustran el teatro español. Una parte del público abunda en esta opinion y lo manifiesta de un modo indudable ; otra parece que la desaprueba y quiere que se anuncie para mañana pieza distinta. Deseando los cómicos acortar, quisieran saber si la comedia de *El Baron* ha de repetirse mañana, ó no. Lo que decida el público, eso harán ellos ; su obligacion es complacerle. » Esta alocucion, léjos de calmar el dósórden y conciliar

los ánimos, sirvió sólo de aumentarle y dividirlos, y hubiera durado mucho tiempo aquella discordia, si los conjurados, dando ya por seguro su triunfo, no hubieran salido atropelladamente á dar el anuncio á los que esperaban afuera. Corrió la voz por las esquinas y callejuelas, tabernas, cafés y tertulias, de que la comedia de Moratin habia sido silbada, noticia que llenó de regocijo á los que lamantándose continuamente de que nada se hace bueno en España, cuando alguna vez se hace, desestiman lo que echaban ménos y atropellan el mérito con quien son incapaces de compatir.

Algunos sabios y sabias se acostaron tarde aquella noche, ocupados en escribir coplillas mordaces é insípidas en celebridad de la gran victoria que habian logrado contra el talento y la aplicacion virtuosa, la parcialidad y la ignorancia. Corrieron estos opúsculos al otro dia de mano en mano, y á pocas horas de existencia perecieron en desprecio y olvido. En la segunda representacion no hubo mas ruido que el de los aplausos; los conspiradores no asistieron, el vino les habia reunido, y el vino está caro en Madrid. El público desapasionado vengó con su aprobacion los insultos anteriores, retuvo como frases proverbiales muchas expresiones de la comedia, y desde entónces oye siempre con aprecio esta fábula sencilla, verisímil, cómica, instructiva, y en la cual se observan, como en todas las otras del autor, los preceptos del arte y del buen gusto.

Antonio Ponce desempeñó con mucha inteligencia el difícil personaje del Baron; Antonio Pinto, para quien era muy acomodado el carácter de don Pedro, satisfizo las esperanzas del autor y del público; Mariano Querol en el de Pascual, acertó como siempre, lo hacia cuando copiaba la rústica y lerda sencillez de nuestros lugareños. El papel de la tia Mónica en boca de María Ribera se admiró como lo mas perfecto que puede presentar la ficcion dramática.

EL BARON

COMEDIA EN DOS ACTOS.

PERSONAS

DON PEDRO.	EL BARON.
LA TIA MÓNICA.	FERMINA.
ISABEL.	PASCUAL.
LEONARDO.	

La escena es en Illéscas en una sala de la casa de la tia Mónica.

El teatro representa una sala adornada á estilo de lugar. Puerta á la derecha que da salida al portal; otra á la izquierda para las habitaciones interiores, otra en el foro con escalera por donde se sube al segundo piso.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las diez de la noche.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

LEONARDO, FERMINA.

LEONARDO. Sí, Fermina; yo no sé
Qué extraña mudanza es esta;
Ni apénas puedo creer
Que en tres semanas de ausencia
Se haya trocado mi suerte
De favorable en adversa.
¿Qué misterios hay aquí?
¿Por qué su vista me niega
Isabel¿ ¿Por qué su madre,
Que me ha dado tales pruebas

De estimacion, me despide,
Me injuria ?... ¡Oh! ¡cuánto recela
Un infeliz!... Pero, díme,
Ese Baron que se hospeda
En esta casa...

FERMINA. ¿El Baron?

LEONARDO. Sí : ¿qué pretende? ¿Qué ideas
Son las suyas?

FERMINA. No es posible
Que un instante me detenga.
(*Mirando adentro con inquietud.*)

LEONARDO. Pero díme...

FERMINA. Es que si viene
Mi señora y os encuentra,
Hábra desazon.

LEONARDO. Despues
Que yo de tu boca sepa
Mi desventura, me iré.
Dí...

FERMINA. Pues bien, la historia es esta.
Ya sabéis que hace dos meses
Con muy corta diferencia
Que el Baron de Montepino
Se nos presentó en Illéscas.
Tomó un cuarto en la posada
De enfrente. Estando tan cerca,
Desde su ventana hablaba
Con nosotras .. bagatelas
Y chismes de vecindad ;
Vino hasta média docena
De veces á casa, y luego
Fué la amistad mas estrecha.
Hablaba de sus vasallos,
De su apellido y sus rentas,
De sus pleitos con el rey,
De sus mulas, et cetera.
Mi señora le escuchaba
Embebecida y suspensa,
Y todo cuanto él decia
Era un chiste para ella.
Hizo el diantre que á este tiempo
Se os pusiese en la cabeza

Ir á ver á vuestro primo;
Que, á la verdad, no pudierais
Haber ido en ocasion
Mas mala.

LEONARDO. Estando tan cerca
De Toledo, estando enfermo
De tanto peligro, ¿hubiera
Sido razon?...

FERMINA. Yo no sé...
Voy á acabar, no nos sientan.
Nuestro Baron prosiguió
Sus visitas con frecuencia;
Siempre al lado de mis amas,
Siempre haciéndolas la rueda (1),
Muy rendido con la moza,
Muy atento con la vieja,
De suerte que la embromó.
La ha llenado la cabeza
De viento; está la mujer
Que no vive ni sosiega
Sin su Baron; y él, valido
De la estimacion que encuentra,
Quejándose muchas veces
De que la posada es puerca,
De que no le asisten bien,
Que los gallos no le dejan
Dormir, que no hay en su cuarto
Ni una silla ni una mesa;
Tanto ha sabido fingir,
Y ha sido tan majadera
Mi señora, que ha enviado
Por la trágica maleta
Del Baron, y ha dado en casa
Eficaces providencias
Para que su señoría
Coma, cene, almuerce y duerma.
En efecto, ya es el amo;
Se le han cedido las piezas
De arriba; viene á comer,
Se sube á dormir la siesta,

(1) *Haciéndolas la rueda*, es decir, entorno de ellas, á su alrededor.

Vuelve á jugar un tresillo,
O sale á dar una vuelta
Con las señoras; despues
Vienen á casa, refresca,
Cena sin temor de Dios,
Vuelve á subir, y se acuesta.
Tal es su vida. El motivo
De haber venido á esta tierra
Ha sido, segun él dice...
¡Para el tonto que lo crea!
No sé qué lance de honor
De aquellos de las novelas;
Persecuciones, envidias
De la corte, competencias
Con no sé quien, que le obligan
Á andarse de ceca en meca...
En fin, mentiras, mentiras
Mal zurcidas todas ellas.
Esto es lo que pasa. Ahora
Inferid lo que os parezca.
Isabel os quiere bien;
Pero Patillas lo enreda
A veces, y...

LEONARDO. Sí, su madre
Es tal que podrá vencerla;
Y hará que me olvide, hará
Que á su pesar la obedezca...
¡Á su pesar!... Pero ¿quién
Me asegura su firmeza?
¿Quién sabe si, ya olvidada
Del que la quiso de véras,
A un hombre desconocido
Dará su mano contenta?...
Á Dios... (*Hace que se va, y vuelve.*)
Pero tú que sabes
Cuanto mi amor interesa,
Haz que yo la pueda hablar;
Díla el afan que me cuesta...
Díla, en fin, que no hay amante,
Por mas infeliz que sea,
Que si no merece afectos,

Desengaños no merezca. (*Vase.*

FERMINA. Pobrecillo! mucho temo
Que el tal Baron te la juega.
Y al cabo de tantos años
De ilusiones lisonjeras,
Tantos suspiros perdidos,
Tanto rondar á la puerta,
Tus proyectos amorosos
En esperanzas se quedan.
¿Y esto es amar? Esto es
Vivir remando en galeras.

ESCENA II.

LA TIA MÓNICA, FERMINA.

TIA MÓNICA. Fermina, ¿diste el recado
De que mi hermano viniera
Al instante?

FERMINA. Sí, señora.

TIA MÓNICA. Mucho tarda.

FERMINA. Si es un pelma.

TIA MÓNICA. Y es para una cosa urgente.

FERMINA. ¿Para qué?

TIA MÓNICA. ¡Cierto que es buena
La curiosidad!

FERMINA. ¡Señora!
¿Pues á qué santo es la fiesta?
¡No es cosa! ¡la paletina,
La saya rica, las vueltas
De corales! ....

TIA MÓNICA. Calla, loca.

FERMINA. ¡Válgame Dios! ¡si lo viera
El difunto!

TIA MÓNICA. ¿Qué difunto?

FERMINA. El que está comiendo tierra.

TIA MÓNICA. ¿Quién?

FERMINA. Mi señor, que en su vida
Pudo lograr que os pusierais
Una cinta, y os llamaba
Desastrada, floja y puerca,
Andrajosa, y...

TIA MÓNICA. Si no callas,
He de romperte las piernas,
Habladora.
FERMINA. Yo...
TIA MÓNICA. Bribona.
FERMINA. Si...
TIA MÓNICA. ¿Qué palabras son esas?
FERMINA. Señora, sí él lo decia,
Y los vecinos se acuerdan...
¡Válgame Dios! que yo no
Lo saco de mi cabeza.
Por cierto que muchas veces
Daba unas voces tremendas
Que alborotaba la casa,
Y os llamaba majadera...
TIA MÓNICA. Calla.
FERMINA. Y...
TIA MÓNICA. Calla.
FERMINA. Bien está.

ESCENA III.

DON PEDRO, LA TIA MÓNICA, FERMINA.

D. PEDRO. ¡Hola! ¿quién riñe?
TIA MÓNICA. Es con esta
Picudilla (1).
FERMINA. Mi señora
Me pone de vuelta y média
Porque digo la verdad,
Y porque...
TIA MÓNICA. Vete allá fuera.
FERMINA. Porque digo que mi amo...
TIA MÓNICA. Vete.
FERMINA. Ya me voy.
TIA MÓNICA. No vuelvas
Sin que te llame; y cuidado
No te plantes á la reja.

(1) Lo mismo que « picotera. »

ESCENA IV.

DON PEDRO, LA TIA MONICA.

D. PEDRO. Con que, mi señora hermana,
Asunto de consecuencia
Debe de ser el que ocurre.
Yo, como sé tus vivezas,
No me he dado mucha prisa
(*Se sienta.*)
A venir; pero se enmienda
Todo con haber venido.
Vaya pues.
TIA MÓNICA. Sólo quisiera.
(*Sentándose junto á don Pedro.*)
Que me dieras unos cuartos.
D. PEDRO. Para qué?
TIA MÓNICA. Para una urgencia.
D. PEDRO. ¿Urgencias tú?... Bien está:
¿Cómo cuanto?
TIA MÓNICA. Si tuvieras
Cien doblones...
D. PEDRO. Sí, los tengo
Pero ajusta bien la cuenta,
Que se acabará el dinero
A pocas libranzas de esas.
Doce mil reales me diste;
Si la mitad se cercena,
Quedan seis mil, nada mas.
TIA MÓNICA. Ya lo sé.
D. PEDRO. Pues bien, receta
Ello es tuyo, si lo quieres
Todo, allá te las avengas.
TIA MÓNICA. No, todo no, cien doblones
Me darás.
D. PEDRO. ¿Con que hay urgencias?
TIA MÓNICA. Sí, señor, lo necesito,
Y no quiero darte cuentas
De cómo, y cuándo, y por qué.
D. PEDRO. Pues yo tengo mis sospechas
De que tú quieres decirlo.
TIA MÓNICA. ¿Decirlo yo? No lo creas.

D. PEDRO. ¿ No ? Pues bien, no hablemos ya
Del asunto.
TIA MÓNICA. ¡ Bueno fuera
Que, siendo el dinero mio,
Cada vez que se me ofrezca
Gastar algo, te pidiese
El dinero y la licencia!
D. PEDRO. No dices mal.
TIA MÓNICA. Pues, tú quieres
Tenernos como en tutela.
¡ Buena aprension !
D. PEDRO. Si por cierto ;
Y á fe que es mala incumbencia
Querer mandar á una viuda
Tan verde y tan peritiesa,
Con paletina y brial.
TIA MÓNICA. ¿ No podré, cuando yo quiera,
Ponerme mi ropa ?
D. PEDRO. Sí ;
Pero me admiro de verla
Salir á lucirlo, al cabo
De medio siglo que lleva
De cofre.
TIA MÓNICA. Ya que lo tengo,
Quiero gastarlo.
D. PEDRO. Es muy cuerda
Resolucion; tanto mas,
Que convienen la decencia
Y el adorno á una señora
En cuya casa se hospeda
Todo un Baron.
TIA MÓNICA. Es verdad.
Ya entiendo tus indirectas.
Si, señor, le tengo en casa;
Ni un solo ochavo le cuesta
Comer y dormir aqui;
Le regalo, y le quisiera
Regalar con tal primor,
Que en vez de sufrir molestias,
No echara ménos su casa,
Su fausto y sus opulencias.
D. PEDRO ¡ Sus opulencias!... ¡ El pobre

Baron !... ¿ Y qué mala estrella
Redujo á su señoría
A ser vecino de Illéscas?
¿De qué enfermedad murieron
Sus lacayos? ¿En qué cuesta
Se rompió el coche, y cayeron
La chispa y la bandolera?
¿ Qué gitanos le murciaron (1)
El bagaje? ¿Qué miserias
Son las suyas, que se vino
Sin sombrero y sin calcetas?...
¿No podrás satisfacerme
Á estas dudas?

TIA MÓNICA. No tuviera
La menor dificultad.

D. PEDRO. Pero, en efecto, ¿me dejas
En la misma confusion?

TIA MÓNICA. Sí; piensa de él lo que quieras,
Nada importa.

D. PEDRO. ¿Y en efecto,
Hermana, hablando de véras,
Es un caballero ilustre?

TIA MÓNICA. De la primera nobleza
De España, muy estimado
En las córtes extranjeras,
Primo de todos los duques.

D. PEDRO. ¡Oiga!

TIA MÓNICA. Y es por línea recta
Nieto de no sé qué rey.

D. PEDRO. ¡No es cosa la parentela!

TIA MÓNICA. Si le trataras, verias
Qué conversacion tan bella
Tiene, qué cortés, qué afable,
Qué expresivo con cualquiera,
Y qué desinteresado.

D. PEDRO. Eso la sangre lo lleva.

TIA MÓNICA. Pero el pobre caballero
¡Válgame Dios! cuando cuenta
Sus desgracias...

D. PEDRO. ¿Qué desgracias?

(1) *Murciar*, en lenguaje de gitanos, es « hurtar ».

TIA MÓNICA. Hará llorar á las piedras.
Ha sido gobernador,
Yo no sé si de Ginebra...
Ello es en Indias; y un conde,
Hermano de una duquesa,
Cuñada de un primo suyo,
El picaron, mala lengua,
Le ha puesto en mal con el rey.
D. PEDRO. ¡Haya bribon!
TIA MÓNICA. Y por esta
Calumnia se ve obligado
Á disfrazar su grandeza
Y andar de aquí para allí;
Pero Dios querrá que venga
Á saberse la verdad,
Y entónces... ¡Pero si vieras
Cuánto favor le merezco
Al buen señor! Él me enseña
Todas sus cartas; y algunas
Que vienen en otras lenguas,
De Francia y de mas allá
De Francia, para que sepa
Lo que dicen, las explica
En español todas ellas.
Pero¡ qué cosas le escriben!
D. PEDRO. ¿Qué cosas?
TIA MÓNICA. Cosas muy buenas.
D. PEDRO. Ya.
TIA MÓNICA. Le dicen que se vaya
Á Lóndres, ó á Inglaterra,
Que el rey de allí le dará
Mucho dinero y haciendas...
Pero él no quiere salir
De España.
D. PEDRO. Pues no lo acierta.
¿Por qué no se va al instante
Á tomar esas monedas?
¿Qué puede esperar? ¿Que un dia,
Ahí en una callejuela,
Le conozcan, se le lleven,
Y le corten la cabeza
Por una equivocacion?

TIA MÓNICA. No, que segun las postreras
Noticias, van sus asuntos
De mejor semblante, y piensa
Dentro de poco poner
Tan en claro su inocencia,
Que al que levantó el embuste
Quizás le echarán á Ceuta.
D. PEDRO. Eso es natural... Y díme,
Hablando de otra materia
Que nos interesa mas
Y conviene tratar de ella,
¿Qué tenemos de tu hija?
TIA MÓNICA. Nada.
D. PEDRO. ¿Nada? ¿Estás dispuesta
Á casarla con Leonardo?
Lo supongo.
TIA MÓNICA. No, no es esa
Mi intencion.
D. PEDRO. ¡Calle! ¿Y por qué
Se ha mudado la veleta?
TIA MÓNICA. Porque sí.
D. PEDRO. Ya: ¿con que quieres
Hacerla morir doncella?
TIA MÓNICA. ¿Qué prisa corre el casarla?
D. PEDRO. ¡Oiga! ¡No es mala la idea!
¿Qué prisa corre? ¡Ahí es nada!
Tú, hermana, ya no te acuerdas
De cuando tuviste quince.
¡Qué prisa corre! ¡Es muy buena
La especie, por vida mia!
TIA MÓNICA. Digo bien.
D. PEDRO. Vamos, ya empiezas
Á delirar, y estas cosas
Piden discurso y prudencia.
Es menester que se case.
TIA MÓNICA. Pues yo no quiero que sea
Con un pelgar infeliz.
D. PEDRO. Muy bien; pero considera
Que casándose á mi gusto
Es suyo cuanto yo tenga;
Que Leonardo es un muchaho
De talento y buenas prendas;

Que en Madrid le dió su tio
Una educacion perfecta;
Y cuando llegó á faltarle
(Renunciando á las ideas
De ambicion, considerando
Que el producto de su hacienda
Bien cuidada, y sobre todo
Su moderacion, pudieran
Hacerle vivir feliz),
Vino, reclamó la oferta
Que le hiciste de casarle
Con Isabel... Lo desean
Entrambos; todo el lugar
Su esperada union celebra;
Tú lo has prometido, y...

TIA MÓNICA. Sí;
Pero las cosas se piensan
Mejor, y... Vamos... Yo sé
Lo que he de hacer; no me vengas
Á predicar.

D. PEDRO. Eso no.
Tú harás lo que te parezca;
Pero mira que es tu hija,
No la oprimas, no la tuerzas
La voluntad, ni presumas
Que con gritos y violencia
Has de extinguir en un dia
Una inclinacion honesta
Que el trato y el tiempo hicieron
Inalterable.

TIA MÓNICA. No temas
Nada... Yo me entiendo.

D. PEDRO. A Dios.
(*Se levantan los dos.*)

TIA MÓNICA. Anda con Dios.

D. PEDRO. (*Ap.* ¡ Qué cabeza !)
Voy á contar los seis mil,
Y haré que el muchacho venga
Conmigo para traerlos.
Á mas ver.

TIA MÓNICA. ¡ Qué mosca leva !

ESCENA V.

LA TIA MÓNICA, EL BARON.

BARON. Señora, muy buenas tardes.
TIA MÓNICA. Estoy á vuestra obediencia,
Señor Baron.
BARON. Hoy ha sido
Mucho mas larga la siesta.
TIA MÓNICA. ¡ Qué, no, señor !... A las tres
Ya estaba haciendo calceta.
Mi alcoba es un chicharrero,
Y la calor la desvela
Á una, de modo que...
BARON. Cierto.
Aquí faltan unas piezas
De verano... Ya se ve ;
¡ Estas casas tan mal hechas !
¿ Estuvisteis mucho tiempo
En Madrid ?
TIA MÓNICA. Muy poco ; apénas
Estuve un mes.
BARON, (*paséandose.*)
De ese modo
Es casualidad que viérais
Mi casa.
TIA MÓNICA. ¿ En qué calle está ?
BARON. Es un caseron de piedra
Disforme.
TIA MÓNICA. ¿ En qué calle ?
BARON. Y tengo
Pensado, luego que vuelva,
Echarle al suelo.
TIA MÓNICA. ¿ Por qué ?
BARON. Para hacerle á la moderna.
TIA MÓNICA. Será lástima.
BARON. No tal:
Ademas, que se aprovechan
Todos los jaspes, y al cabo
Por mucho, mucho, que pueda
Gastarse, vendrá á costar

Tres millones... y aun no llega.

TIA MÓNICA. ¿ Y hácia adónde está?

BARON. He pensado
Reducirle cuanto sea
Posible ; y segun los planes
Que me vinieron de Antuerpia (1),
Queda mas chico y mejor.
Una colunata abierta,
Circular, y en el ingreso
Esfinges, grupos y verjas.
Gran fachada, escalinata
Magnífica, cinco puertas,
Peristilo egipcio, y dentro
Su jardin con arboledas,
Invernáculos, estanques,
Cascada, gruta de fieras,
Saltadores, laberinto,
Aras, cenotafios, bellas
Estatuas, templos, ruinas...
En fin, cuatro frioleras
De gusto. Y sobre la altura
Del monte que señorea
El jardin, un belveder
De mármoles de Florencia,
Con bóvedas de cristal,
En medio de una plazuela
De naranjos del Perú.

TIA MÓNICA. ¡ Válgame Dios ! ¡ qué grandeza !

BARON. Todo es vuestro ; allí estaréis
Servida como una reina.
Mi palacio, mis sorbetes,
Mis papagayos, mi mesa,
Mis carrozas de marfil
Con muelles á la chinesca,
Todo es para vos.

TIA MÓNICA. Señor,
Tanto favor me avergüenza.

BARON. Mas merecéis, mas os debo ;

(1) Ambéres.

Que habéis sido, en mi deshecha
Fortuna, el íris de paz,
Y es justo que á tanta deuda
Corresponda... Mas decidme
(Que entre los dos la reserva
Y el misterio no están bien),
Un jóven que nos pasea
La calle, y atentamente
Nuestras ventanas observa,
¿ Quién puede ser ? Él es nuevo
En el lugar.

TIA MÓNICA. De manera,
Señor Baron, que...

BARON. Esta noche...
No sé si estabais despierta...
Ello era tarde, sonó
Una cítara, y con ella
Un romance de Gazul,
Cierto moro que se queja
De que su mora por otro
Nuevo galan le desdeña.
¿ No me diréis...

TIA MÓNICA. Sí, señor...
(Ap. ¡ Válgame Dios ! yo estoy muerta !)
Por mas que procuro...

BARON. En fin,
¿ Podré yo saber quién sea ?

TIA MÓNICA. Sí señor, sí... Ya se ve,
Como él es de aquí...

BARON. ¿ De Illéscas ?

TIA MÓNICA. Sí, señor, y ha vuelto ahora
De Toledo... Pero ella...
No, señor... nunca...

BARON. Ya estoy.

TIA MÓNICA. Él es un tonto, y se empeña
En que... Vaya ! Lo primero
Que la dije : cuando vuelva,
Cuidado, no ha de ponerme
Los piés en casa.

BARON. ¡ Discreta
Prevencion ! Si Isabelita
No le quiere, que no venga.

TIA MÓNICA. ¡Qué ha de querer! No, señor,
Nada de eso ¿Pues no fuera
Un disparate?... No digo
Que la muchacha merezca
Un marqués...
BARON ¡Merece tanto,
Doña Mónica!... es muy bella,
Muy amable... Ved que es mucho,
Mucho, lo que me interesa
Su felicidad... Á Dios,
(*Asiéndola de la mano, y apretándosela con expresion de cariño.*)
Que aun no es tiempo de que os deba
Decir mas. Llegará el dia
De mi fortuna y la vuestra.

ESCENA VI.

LA TIA MÓNICA, FERMINA.

(TIA MÓNICA, *se pasea con inquietud; se pára; interrumpe ó acelera el discurso, segun lo indican los versos.*)
No hay que dudar; él está
Perdido de amor por ella;
Es claro, es claro... ¡Y el otro
Picaruelo!... Como vuelva,
Ni de noche ni de dia,
A hacernos la centinela,
Yo le aseguro... ¡Qué dicha!
Pero ¿quién me lo dijera
Dos meses ha? ¿quién? Y ahora
Las señoronas de Illéscas,
Las hidalgotas, que son
Mas vanas y... Ya me llega
Mi tiempo á mí... ¡Presumidas!
Rabiarán cuando lo sepan.
Fermina!
FERMINA, (*responde desde adentro, y sale despues.*)
¡Señora!
TIA MÓNICA. ¿En dónde
Está Isabel?

FERMINA. En la pieza
De comer.
TIA MÓNICA. ¿Sola?
FERMINA. Solita.
TIA MÓNICA. ¿Y qué hace allí?
FERMINA. Se pasea
De un lado al otro, suspira,
Llora un poquito, se sienta,
Se queda suspensa un rato,
Se pone á coser, lo deja,
Vuelve á llorar...
TIA MÓNICA. ¿Y á qué es eso
FERMINA. Á que no está muy contenta.
TIA MÓNICA. ¿Por qué?
FERMINA. Porque... yo no sé
Por qué... Locuras, rarezas,
Juventudes.
TIA MÓNICA. ¿Con que tú
No sabes de qué procedan
Esa inquietud y esos lloros?
FERMINA. Yo sí.
TIA MÓNICA. Pues dílo: ¿qué esperas?
FERMINA. Que me prometáis oirme.
Con mucho amor,
TIA MÓNICA. No me tengas
Impaciente.
FERMINA. Que si digo
Alguna cosa que escueza,
No me pongáis como un trapo...
TIA MÓNICA. Vamos.
FERMINA. Que no haya quimeras
Y...
TIA MÓNICA. Despacha.
FERMINA. Y venga yo
Á pagar culpas ajenas.
TIA MÓNICA. ¿Has acabado?
FERMINA. Ya empiezo,
Puesto que me dais licencia.
El mal que tiene es amor;
Y ya que explicarme deba
Claramente, vos tenéis
La culpa de su dolencia.

TIA MÓNICA. ¿Yo?
FERMINA. Sí, señora; Leonardo...
TIA MÓNICA. No me le nombres; no quieras
Que me irrite.
FERMINA. Bien está;
Si os enfada, no se vuelva
Á mentar. Aquel mocito,
Hijo de doña Manuela,
Que en otro tiempo os debió
Mil cariños y fiñezas;
Aquel, como, ya se ve,
Tiene bonita presencia,
Es halagüeño y cortés,
Y sabe explicar sus penas,
Prendó á la niña... Esto es cosa
Muy regular y muy puesta
En razon, y el que lo extrañe
Poco entiende la materia.
¡Ahí es nada! juventud,
Discrecion, obsequio, prendas
Estimables, juramentos
De amor y constancia eterna.
¿Y esto no ha de enamorar?
Pues, digo, ¿somos de piedra?
Despues...
TIA MÓNICA. No me digas mas.
FERMINA. Callaré como una muerta;
Y si los demas callaran
Tambien...pero sí, ya es buena
La gente de este lugar.
TIA MÓNICA. ¿Pues qué?
FERMINA. Nada.
TIA MÓNICA. No me vengas
Con misterios.
FERMINA. Como hay tantos
Bribones, malas cabezas.
Dicen que... Pero chiton
No quiero ser picotera.
TIA MÓNICA. ¿Qué dicen?
FERMINA. E-ta mañana,
Ahí al lado de la iglesia,
Cierto conocido vuestro...

El nombre nada interesa
Para el caso... me llamó,
Y me dijo : « Picaruela,
Que no nos has dicho nada... »

ESCENA VII.

PASCUAL, LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA. ¿A qué vienes tú ? ¡No es buena
(*Pascual sacará en la mano un pequeño envoltorio de papel. A las primeras palabras de la tia Mónica hace ademan de volverse por la puerta que entró.*)
La gracia! Sin que te llamen
Ya te he dicho que no vengas.
¿Lo entiendes?
PASCUAL. Muy bien está.
TIA MÓNICA. Para eso tienes la pieza
De los perros.
PASCUAL. Bien está.
TIA MÓNICA. Y que nunca te suceda
Subir cuando yo esté hablando
Con álguien ; cuenta con ella.
PASCUAL. Bien está.
TIA MÓNICA. ¡ No es mala maña !
PASCUAL. Bien, yo, como...
TIA MÓNICA. Oyes, ¿qué llevas ?
PASCUAL. Un rebujo.
TIA MÓNICA. ¿Qué ?
PASCUAL. Un papel.
TIA MÓNICA. Pero ¿ quién... Llámale, lerda.
(*Fermina va hácia la puerta para detener á Pascual.*)
¿Qué es eso?
PASCUAL. Es un cucurucho
De papel.
TIA MÓNICA. ¡ Mira qué flema !
Á ver.
PASCUAL. Me voy con los perros.
TIA MÓNICA. Yo he de perder la paciencia.
¿ No te le ha dado mi hermano?
PASCUAL. Sí, señora.
TIA MÓNICA, (*quitándole el papel de la mano.*)

Pues, ¿qué esperas?
Dámele acá, y vete.

PASCUAL (*aparte, al tiempo de irse*).
Siempre
Se enfada, cuando...

TIA MÓNICA. ¿Qué rezas?

PASCUAL. Cuando... Si por mas que uno
Quiere... nada, nunca acierta.

ESCENA VIII.

LA TIA MÓNICA, FERMINA.

TIA MÓNICA. Prosigue.

FERMINA. Pues me decia:
« ¿Con que la boda está hecha
Del Baron é Isabelita? »
Yo, señor, de esa materia
No sé nada, dije yo.
« ¡Qué no sabes! á tu abuela.
Tú callas porque conoces
El disparate que piensa
Tu señora; pero ya
Por todo el lugar se suena.
Todos dicen que á su hija
La esclaviza, la violenta,
Llevada del interes.
¿De donde la vino á ella,
La locona, emparentar
Con marqueses ni princesas?
¿De dónde? ¿No han sido siempre
En toda su parentela,
Alta y baja, labradores?
¿Pues qué mas quiere? ¿Qué intenta?
¿Por qué no casa á Isabel
Con un hombre de su esfera,
Que la pueda mantener
Con estimacion, que sea
Hombre de bien, que el honor
Vale por muchas grandezas;
Y no entregarla á un bribon,
Que nadie sabe en Illéscas

Quién es, ni de dónde vino,
Ni adónde va, ni qué espera.
¡ Galopin ! ¡ que ha de ser él
Baron ! como yo abadesa.
¡ Desarrapado ! que vino
Sin calzones y sin médias,
Y heredero de tu amo,
Con poquísima vergüenza,
De galas que no son suyas
Adornado se presenta
Por el pueblo. ¡ Badulaque !
¡ Ay, si alzara la cabeza
El que pudre, y en su casa
Tantos desórdenes viera !
Pobrecito, no murió
De gota, murió de aquella
Maldita mujer, que fué
Su purgatorio en la tierra,
Ridícula, fastidiosa,
Atronada, tonta y vieja... »

TIA MÓNICA. Vamos, calla, bueno está,
Y que digan lo que quieran :
(*Paseándose con inquietud.*)
Eso es envidia y no mas.

FERMINA. (*Ap.* No has llevado mala felpa.)
Ya se ve, todo es envidia.

TIA MÓNICA. Yo haré lo que me parezca.

FERMINA. Ya se ve.

TIA MÓNICA. No necesito
Que ninguno de ellos venga
A gobernarme.

FERMINA. Seguro.

TIA MÓNICA. ¿ Si están que se desesperan
Los picarones ... En fin,
Querrá Dios que yo los vea
Confundidos, que me aparte
De ellos, y que nunca vuelva
Á este maldito lugar.

FERMINA. ¿ Sí ? ¡ Válgame Dios, qué buena
Determinacion, señora !
¿ Y adónde iremos ?

TIA MÓNICA. ¡ Qué necia

Eres ! Á Madrid.

FERMINA. ¡ Qué gusto!
A Madrid... ¿ Con que, de véras,
Á Madrid ? ¿ Con el Baron ?

TIA MÓNICA. Pues ya se ve.

FERMINA. ¡ Qué contenta
Se pondrá la señorita !
¡ Qué felicidad la nuestra !
¡ A Madrid ! (*Aparte.* ¡ Pobre Isabel!
Ya está dada tu sentencia.)
El Baron, señora.

TIA MÓNICA. Vete...
Ah ! mira ; sacude aquella
Ropa, y avisad al sastre.

ESCENA IX.

LA TIA MÓNICA, EL BARON.

(*El Baron saldrá muy pensativo, con unos papeles en la mano.*)

TIA MÓNICA. Vaya, me alegro. ¿ Qué nuevas
Tenemos ? ¿ No respondéis ?
¡ Ay, señor !

BARON. ¡ Cómo se mezclan
Entre las mayores dichas
Los cuidados y las penas !
Aquel sugeto de quien
Os dije veces diversas
Que va á Madrid disfrazado,
Y allí examina y observa,
Ve á mis gentes, y conduce
Toda la correspondencia,
Ya llegó.

TIA MÓNICA. ¿Sí? ¿ Y ha traido
Alguna noticia buena?

BARON. Esa es carta de mi hermana ;
Si queréis, podéis leerla.

(*La da uno de los papeles, y lee la tia Mónica.*

TIA MÓNICA. « Mi querido hermano : he recibido la última tuya, y la sortija de diamantes que me envías de parte de esa señora, á quien darás en mi nombre las mas atentas

gracias, asegurándola de los vivos deseos que tengo de conocerla, y diciéndola tambien que no la envío por ahora cosa ninguna, para que no juzgue que aspiro á pagar sus expresiones y la merced que te hace con dádivas que, por muy exquisitas que fueran, siempre serian inferiores al cordial afecto que la profeso. Nuestro primo el arzobispo de Andrinópoli ha escrito desde Cacabélos, y parece que dentro de pocos dias llegará á su diócesis. Mil expresiones del condestable y del marqués de Famagosta su cuñado. Ya puedes considerar cuál habrá sido nuestra alegría al ver aclarada tu inocencia, y castigados tus enemigos. El rey desea verte; lo mismo tus amigos y deudos, y mas que todos tu querida hermana

La vizcondesa de Mostagan. »

¡Válgame Dios, qué fortuna!

(*Le vuelve la carta.*)

Os doy mil enhorabuenas.
Gracias á Dios.

BARON. ¡Ay, señora!

TIA MÓNICA. ¿Qué pesadumbre os aqueja
En tanta felicidad?

BARON. La mayor, la mas funesta
Para mí... Ved esa carta,
Y hallaréis mi muerte en ella.

(*Da otro papel á la tia Mónica, que lee tambien*).

TIA MÓNICA. « En efecto, amado sobrino, tus cosas se han compuesto como deseábamos. Ayer se publicó la resolucion del rey; declara injustos cuantos cargos se te han hecho; y el conde de la Península, tu acusador, está sentenciado á prision perpétua en el castillo de las Siete-Tórres. Quedo disponiendo á toda prisa los coches y criados que deben conducirte; y entre tanto no puedo ménos de recordarte que tu boda con doña Violante de Quincózes, hija del marqués de Utrique, capitan general de las islas Filipínas y Costa Patagónica, concluido este asunto que la retardó, no tiene al presente ninguna dificultad. El caballero Wolfango de Remestein, jefe de escuadra del emperador (que se halla en Madrid de vuelta de los baños de Trillo), será el padrino; y esperamos con ansia ver efectuado este consorcio en que tanto interesan las dos

familias. Recibe por todo mis enhorabuenas, y manda á tu tio que te estima.

El príncipe de Siracusa.»

¿Con que, segun esto...

ARON. ¿Veis

(*Toma el papel, y se le guarda con los demas.*)

Como se tratan y acuerdan
Entre los grandes señores
Cosas de tal consecuencia?
Porque lleva en dote cinco
Villas y catorce aldeas;
Porque es única, y porque
Nuestro sucesor pudiera
Añadir á mis castillos
De plata y mis bandas negras
Dos águilas, siete grifos
Verdes, y nueve culebras;
¡Por eso yo he de perder
Mi libertad!... Si pudiera
Resolver.... ¿Y por qué no?
Piense lo que le parezca
El de Siracusa, y diga
El senescal lo que quiera,
Mi eleccion es libre... Pero,
¿Qué he de hacer en tan estrecha
Situacion? En un lugar
Miserable... Ni hay quien tenga
Comercio, ni hay corredores,
Ni se pueden girar letras,
Ni .. ¡Vaya! es cosa perdida...
Si á lo ménos conocieran
Mi firma, yo libraria
Sobre Esmirna ó Filadelfia
Diez mil rixdalers, y entónces...

TIA MÓNICA. ¿Y entónces?

BARON. Yo resolviera.
Yo evitara que me hallasen
Aquí; dejara dispuestas
Las cosas; me marcharia
Con la mayor diligencia
Á Montepino, que dista
Unas diez y siete leguas.

Ibais allá, y un domingo
En mi capilla secreta
Nos desposábamos.

TIA MÓNICA. ¿Quién?

BARON. ¿Pues no adiviná is quién sea
El objeto de mi amor?
Isabel.

TIA MÓNICA. ¡Señor!...

BARON. Por ella
Todo lo despreciaré.

TIA MÓNICA. Permitid...

(*Quiere arrodillarse, y el Baron lo estorba.*)

BARON. ¿Qué hacéis?

TIA MÓNICA. Quisiera
Hablar, y no puedo hablar,
Porque es tanta la sorpresa
Y el gozo... ¡Bendito Dios!

BARON. No os admire la violencia
De mi pasion; tanto pueden
La hermosura y la modestia.
Pero ¿ha llegado á entender
Isabel cuanto la aprecia.
Su huésped? ¿Ha conocido
Cuánto su favor desea?
¿Sabe acaso...

TIA MÓNICA. Ella, señor,
No tiene pizca de lerda,
Y aunque nunca la haya dicho
Sino así, por indirectas...
Ya se ve, no era posible
Ménos, sino que advirtiera
Grande inclinacion en vos.

BARON. Y vuestro hermano ¿qué piensa
De mí? ¿Qué dice? ¿Ha sabido
Algo?

TIA MÓNICA. Á lo ménos sospecha
Mucho, porque es malicioso...
¡Vaya!... Pero no hay quien pueda
Contar con él para nada;
Siempre estamos de contienda,
Y, ya lo veis, es muy rara
La vez que pisa mis puertas.

Hombre extravagante, y...
BARON. Pero
Es vuestro hermano, y no fuera
Justo pasar adelante
En ello, sin darle cuenta.
Ademas, que yo conservo
Una especie... y no debierais
Olvidarla vos. Me acuerdo
Que una vez, hablando en estas
Cosas, dijisteis que quiere
Mucho á Isabelita. y piensa
Darla en dote... ¿cuánto?
TIA MÓNICA. Puede
Darla mucho si él quisiera.
¡Oh! si...
BARON. ¿Pues qué, no querrá?
TIA MÓNICA. Si es muy bruto.
BARON. Eso me llena
De admiracion. ¿No querrá?
Pues cuando Isabel no muestra
Repugnancia, cuando vos
Entráis en ello contenta,
¡Cuando quiero yo!...
TIA MÓNICA. Señor,
No os alteréis, son rarezas:
Cosas suyas.
BARON. Pues no importa
Es menester que lo sepa
TIA MÓNICA. Inútil será.
BARON. ¿Por qué
Conviene que yo le vea;
Yo le hablaré.
TIA MÓNICA. Bien está;
Pero no esperéis que ceda.
Es muy cabezudo.
BARON. Y cuando
Ese temor nos detenga,
¿Qué os parece que podemos
Hacer? Suponed que llega
Mi tren; que se llena el pueblo
De látigos y libreas;
Que mi primo el archiduque,

No habrá remedio, me lleva
A la corte ... ¿ Y Isabel ?
¿ Y mi amor ?... Cuando se encuentra
Un gran señor sin dinero,
¡ Qué chiquito que se queda !
¡ Maldito dinero ! amen.

TIA MÓNICA. Si para la fuga vuestra
Bastaran... Ello es tan poco
Que casi me da vergüenza
Ofrecéroslo. Aquí tengo
Cien doblones ; si os sirvieran...

(*Saca el papel que la dió Pascual, le toma el Baron y le guarda.*)

BARON. Á verlos... ¿ y en oro ? Bien...
Muy bien... Iré como pueda.
En una mula... Al instante
Doy allá mis providencias
Para que mi mayordomo
Traiga un coche, que se queda
En la ermita, y llegará
Cuando todo el mundo duerma.
Viene, os avisa ; estaréis
Prevenidas. de manera
Que salís de aquí á las dos
De la noche, con la fresca,
Y reventando seis tiros
Estáis á las ocho y média
En Montepino. Nos dice
Una misa muy ligera
Mi capellan ; nos desposa,
Y si es menester nos vela,
Y á las diez ya sois mi madre.

TIA MÓNICA. Pero, señor...

BARON. ¿ Qué os inquieta ?

TIA MÓNICA. Nada .. ¿ Es un sueño ?

BARON. Conviene
Qué dispongáis cuanto sea
Necesario. Por mi parte
No omitiré diligencia...
Y... á Dios.

TIA MÓNICA. Bien está...
(*Aparte al tiempo de irse.* No se

Lo que me pasa. Estoy fuera
De mí... Loca, loca... y tiemblo
Toda, de piés á cabeza.) (*Vase.*)

BARON, (*paseándose.*

Cansado estoy de mentir.
Por mas que diga esta vieja...
Sí, yo he de verle... Si al cabo
Ha de darla el dote, venga,
Que estoy de prisa... Se toman
Los cuartos, y á Dios, Illéscas;
A Dios tontos, que me voy
Adónde jamas os vea.
Sí... caramba! Y este nuevo
Amante que nos acecha
No me gusta, no.

ESCENA X.

EL BARON, FERMINA.

(*Saca Fermina varios vestidos de mujer que pondrá sobre una silla; se acerca á la puerta de la derecha y llama.*)

FERMINA. ¡ Pascual!

BARON. ¡ Oiga! ¿ Qué galas son esas?

FERMINA. Son vestidos de mi ama,
Que con suma ligereza
Se han de achicar, alargar,
Aforrar, tapar troneras,
Guarnecer, desfigurar,
De tal modo que parezcan
Nuevecitos... y empeñada
Su merced en que lo hiciera
Yo... ¡ Buena droga! ¿ Pues qué,
No hay sastres? ¡ Cómo receta!

BARON. ¡ Pobre Fermina!

FERMINA. ¡ Pascual! (*Llama.*)
¡ Eh! se estará en la bodega
Estudiando á Carlo Magno.
¡ Pascual! (*Llama.*)

BARON. Le diré que venga.

FERMINA. No, señor, yo iré.

BARON. Si voy
Á salir, nada me cuesta
Decírselo.
FERMINA. Muchas gracias.

ESCENA XI.

EL BARON, FERMINA, PASCUAL.

(*Al irse el Baron sale Pascual por la misma puerta.*)

BARON. Dime, Pascual, ¿ será esta
Buena ocasion para ver
Á don Pedro ?
PASCUAL. De manera
Que como suele acostarse
Despues de cenar, y cena
Unas veces tarde, y otras
Presto, y otras... Ello, buena
Hora es de verle.
BARON. ¿ Sí ?
PASCUAL. Digo,
Como él esté ya de vuelta
En su casa, entónces... Pero
Si no ha vuelto, de por fuerza
Él...
BARON. Ya estoy.
PASCUAL. De juro...
BARON. Á Dios.
¡ Famosas explicaderas ! (*Vase.*)
PASCUAL. ¿ Me llamabas ?
FERMINA. Sí ; al instante,
Aprisa, de una carrera
Has de ir á casa del sastre.
PASCUAL. Allá voy. (*Hace que se va, y vuelve.*)
FERMINA. Oyes, badea (1),
Si no te he dicho el recado
Que le has de dar, ¿ á qué es esa
Locura ?
PASCUAL Á que no me digan
Que soy sosonazo y pelma.

(1) *Badea*, persona floja, mentecata.

FERMINA. Díle que venga al instante,
Al instante, que le espera
El ama. ¿Lo entiendes?
PASCUAL. Sí.
FERMINA. Pues anda, y mueve esas piernas.

ESCENA XII.

ISABEL, FERMINA.

ISABEL. Fermina, Leonardo viene;
Le he visto desde la reja,
Y va á subir. Quiero hablarle,
Quizá por la vez postrera.
Mi madre, que está rezando
En su cuarto, nos franquea
La ocasion. Tú... sí, Fermina,
Débate yo la fineza,
Si me quieres bien... En ese
Pasillo estarás, y observa
Si sale mi madre ó llama,
Ó alguno viene de afuera,
Y avísame; no nos hallen
Juntos, y todo se pierda.
¿Lo harás por mí?... Pero él viene...
Amiga, no te detengas:
Á Dios.
FERMINA. Voy allá.

ESCENA XIII.

LEONARDO, ISABEL.

LEONARDO. ¡Isabel!
ISABEL. ¡Leonardo! ¡quién lo dijera!...
¡Leonardo!
LEONARDO. ¿Y quién, al dejarte
Tan cariñosa y tan tierna,
Debió temer que hallaria
Tantos males á su vuelta?
¿Este breve tiempo ha sido
Bastante...

ISABEL. ¡ Fatal ausencia
La tuya !
LEONARDO. En fin, sepa yo
De una vez cuál es mi pena,
Cuál es mi suerte... Disipa
Las dudas que me atormentan.
¿ Díme si puede ser cierto
Lo que ya todos recelan ?...
¿ Si esas lágrimas me anuncian
Amor, si debo creerlas ?
ISABEL. Leonardo, no es ocasion
De que los instantes pierdas,
Burlándote de mi fe
Con dudas que son ofensas.
No es ocasion. Si lo fuese,
Mucho decirte pudiera;
Pero donde el tiempo falta
Están por demas las quejas.
Yo te he querido, y te quiero...
Sabe Dios cuánta violencia
Padezco al decirlo, y cuánto
Sufre una mujer honesta
Si lo que debe al silencio
Tiene que decir la lengua.
Te quiero... y voy á perderte.
LEONARDO. ¿ Eso dices ?... ¿ Nada esperas
De mí ?
ISABEL. Si lo que hasta ahora
Fué temor, ya es evidencia ;
Si mi madre al escuchar
Tu nombre, toda se altera ;
Si no quiere que atravieses
Los umbrales de mis puertas ;
Si manda que sus criados
Ni aun te saluden siquiera,
Y... Pero ¿ qué mas? si ahora
Acaba de darme cuenta
De ese enlace aborrecido...
¡ Mísera yo !
LEONARDO. Nada temas.
ISABEL. Y ha de ser pronto, segun
Pude alcanzar... Está ciega,

Fuera de sí... ¿ Qué podemos
Hacer ? ¿ Qué esperanza resta ?

LEONARDO. Pero, Isabel, dueño mio,
¡ Qué extraño dolor te aqueja !
¿ Tú infeliz, viviendo yo ?...
No así de temores llena
Me quites todo el valor ;
Que mal tenerle pudiera
Viéndote desconsolada
Y en triste llanto deshecha.
Veré á tu madre, y si tienen
Las pasiones elocuencia,
Yo la sabré reducir ;
O cuando burladas viera
Mis esperanzas, amor
Muchos ardides inventa,
Y nada me detendrá
Como tú, Isabel, me quieras.

ISABEL. ¿ Resuelves hablarla ?

LEONARDO. Sí.

ISABEL. ¿ Qué has de decirla que sea
Bastante al fin que procuras ?

LEONARDO. ¿ Qué le diré ? Que si piensa
Hacerte infeliz, venderte
Á una soñada opulencia,
Dar tu mano á un impostor,
Faltar á tantas promesas,
Perderme, burlarme á mí...
Cosa difícil intenta.
La diré que tú eres mia ;
Que al bárbaro que pretenda
Privarme de ti, rompiendo
Los nudos que amor estrecha,
Sangre ha de costarle y muerte ;
Si á tanto aspira, prevenga
El pecho á mi espada, y juzgue
Que para usurpar la prenda
De mi cariño, no basta
Que engañe, seduzca y mienta ;
Debe lidiar y vencer.
Tú serás la recompensa
Del valor, ya que tu llanto

Y tu eleccion se desprecian;
Y el mas infeliz, al golpe
De su enemigo perezca.

ISABEL. ¿Eso has de hacer?

LEONARDO. Ó dejar
Que en solo un punto se pierdan
Tantos años de esperanzas,
Tan bien pagadas finezas,
Tan puro amor... Pero no,
No los instantes que vuelan
Se malogren... Voy á hablarla.
Á Dios... La desgracia nuestra,
Resolucion, osadía
Pide, no cobardes quejas.

ISABEL. Todo es en vano. La vas
Á irritar, no á convencerla.

LEONARDO Sí, cederá.

ISABEL. Mal conoces
Su obstinacion.

LEONARDO. Cuando sea,
Tanta, y este medio falte,
Otros eficaces quedan.

ISABEL. ¡Duros, sangrientos!

LEONARDO. Quien ama
Como yo, todo lo intenta.
Es mucho lo que me importa,
Para que vacile y tema;
Vale mucho mi Isabel
Para exponerme á perderla.

(*Cogiéndola con ternura de la mano, y besándosela.*)

ISABEL. Leonardo, mi bien... No sé
Qué decir... Haz lo que quieras.
En tal peligro, tú solo
Sabes lo que mas convenga;
¡Yo, infeliz! ¿qué he de saber?
Llorar... Á Dios: él te vuelva
Mas venturoso á mi vista,
Y este afan alivio tenga.

LEONARDO. Siempre fué de los osados
La fortuna compañera;
El cobarde que la teme,
Siempre la ha tenido adversa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON.

¡Válgate Dios por el hombre!
(*Se sienta junto á una mesa, en que habrá dos luces.*)
Cuando no nos hace falta,
Á las cuatro de la tarde
Está metido en la cama;
Y hoy, que me interesa el verle,
No parece por su casa.
¡Oh! ¡si é cuenta de la dote
Quisiera dar unas cuantas
¡Onzas!... Gran golpe!... Es verdad
Que el tal abuelito es caña (1);
Muy socarron...

ESCENA II.

EL BARON, LEONARDO.

(*Leonardo sale hablando entre sí; al ver al Baron exclama complacido de hallarle.*)

LEONARDO. ¡Qué mujer,
Qué carácter, qué ignorancia...
Qué insensible!... Ah!...
BARON. (*aparte con timidez.*)
Malo! ahora
Este demonio me envasa.
LEONARDO. ¡Señor Baron!
BARON. (*levantándose.*)
¡Oiga! ¿Qué
Se ofrece?
LEONARDO. Cuatro palabras.
BARON. Decid catorce, y sentaos;
Que no es bien que...

(1) *Caña*, en lenguaje de gitanos, lo mismo que « maula ».

LEONARDO. Nada, nada;
Estoy bien así...¿Sabéis
Quién soy?
BARON. Yo no; pero basta
Veros, para conocer
Que sois hombre de importancia.
Tomad asiento. (*Vuelve á sentarse.*)
LEONARDO. Ya he dicho
Que no.
BARON. Bien.
LEONARDO. Á mí me llaman
Leonardo; soy un vecino
De este pueblo. Esa muchacha
Me quiere...
BARON. ¿Quién?
LEONARDO. Isabel.
BARON. Ya.
LEONARDO. Yo la quiero; se trata
De violentar su albedrío;
Y á mí, de véras, me enfada
Este proyecto. La niña
Os aborrece de ganas;
Y pensar, ni por asomo,
Que porque su madre es fatua,
Y vos un señor, ó un pillo
(Que de esto no sé palabra),
Por eso ella y yo debemos
Tolerar ofensa tanta,
Es locura. De los dos
Uno solo ha de lograrla.
Con que, si sois...¿quién lo duda?...
Caballero, y os agravia
El que intenta disputaros
El cariño de una dama,
Esta noche á média noche
Os espero en esas tapias
Cerca del camino. Allí
Veremos quien...
BARON. ¡Qué bobada!
Eh! no, señor, yo no quiero
Mataros, no.
LEONARDO. Muchas gracias;

Pero ha de ser.

BARON. ¿Ha de ser?
¿Y á média noche?

LEONARDO. Sin falta.

BARON. Allí en las tapias de...

LEONARDO. Sí;
Cosa de un tiro de bala
De aquí... Pero, si queréis,
Yo os esperaré en la plaza;
Iremos juntos.

BARON. No tal:
Yo iré solo... Ello me causa,
Cierto, me da compasion,
Así, por una niñada...
¡Qué diantres!... quitar la vida
Á un hombre de circunstancias
Como vos.

LEONARDO. No os dé cuidado.

BARON. ¿Qué edad tenéis?

LEONARDO. La que basta
Para no temer la muerte.

BARON. ¿Tenéis madre?

LEONARDO. Sí, y hermanas...
¿Y vos, qué tenéis? ¿Cordura
Ó miedo, ú cómo se llama?

BARON. ¿Miedo yo?

LEONARDO. Digo, pudiera
Suceder.

BARON, (*levantándose con viveza.*)
¡Qué petulancia!
¡Qué insulto!

LEONARDO. ¿No le tenéis?
Pues bien, espero que vaya
El señor Baron.

BARON. Sin duda.

LEONARDO. ¿A las doce?

BARON Hora menguada
Para vos... Iré á la doce.

LEONARDO. A Dios.
(*Hace que se va y vuelve.*)

BARON. Agur.

LEONARDO. Aun me falta

Que decir, porque no quiero
Dejaros en ignorancia.
Ved que si no vais, la burla
Os ha de salir muy cara;
Y donde quiera que os vea,
Solo ú con gente, con armas
O sin ellas, en la calle,
En cualquiera parte... en casa,
En la iglesia, os atravieso
El pecho de una estocada.

ESCENA III.

BARON.

¡Estamos bien!... ¡Yo salir!
Y el tal hombre tiene trazas
(*Paseándose*)
De hacer lo que dice... ¡Yo
Salir!. . Saldré; pero falta
Saber por dónde.., Sí, el aire
Seco de Illéscas me daña...
Cosa de miedo no tengo...
Él me conoció en la cara
Que no soy espadachin...
Esto de que yo me vaya
Sin dar un susto al zurraco
Del viejecito, es chanada.
Eso no... ¿Pues qué, en Illéscas
Se sabe mas que en Triana?
(*Saca el reloj.*)
Las ocho... Pero si espera
En efecto, si se enfada
Porque no voy, si me encuentra
Luego y me... ¡Cosa mas rara!
¡Calle! ya está el otro aquí.

ESCENA IV.

DON PEDRO, EL BARON.

BARON. Si os ha dicho la criada
Que os fuí á buscar, sería

Mejor que á mí me avisaran,
Y hubiera pasado allá.

D. PEDRO. Á mí no me han dicho nada,
Ni vengo por vos. Queria
Hablar un rato á mi hermana
De un chisme que me han contado;
Una especiota de tantas
Que corren por el lugar...
Es la gente muy bellaca,
Y sobre una friolera
Miente, desatina, y hablan
¡ Cosas que... vaya !

BARON. Y en fin,
¿ Qué ha sido ?

D. PEDRO. Nada en sustancia;
Pero que tal vez pudiera
Tener resultas muy malas.
Mi hermana no considera
Estas cosas, tiene en casa
Una muchacha, y la pobre
Chica, honesta, bien criada,
Que nunca ha dado ocasion
Á decir una palabra
Contra su conducta, pierde
Por su madre lo que gana
Por sí.

BARON. Doña Isabelita
Es un conjunto de gracias
Y perfecciones, y el verla
Oscurecida, eclipsada
En un lugarote, expuesta
Á que la entreguen mañana
Á un rústico labrador
Sín modales, ni crianza,
Ni estudios, da compasion.
Bien que no falta, no falta
Quien tal vez sabrá extraerla
De esta atmósfera, elevarla
Á mayor sublimidad,
Y hacer que en ella recaigan,
Y en su familia, los dones
Que la fortuna contrária

Les negó.

D. PEDRO. ¡ Qué tontería !
No, señor, no es desdichada
Tanto como vos decís,
Ni tan oscura y opaca
La atmósfera, ni hay eclipses,
Ni es menester levantarla
Tan alto... ¡ Qué ! No, señor.
En este lugar se casan
Muy bien las niñas. Es cierto
Que no hay aquí (y es desgracia)
Una juventud de alcorza,
Corrompida y perfumada,
Cigarrera, petulante,
Ociosa, habladora y fatua,
Como la que he visto yo
Ir bailando contradanzas
Allá en la puerta del Sol.
De eso no tenemos nada...
Pero hay jóvenes honrados,
Ricos, de buena crianza,
Atentos, que nunca insultan
Al decoro de las canas;
Que á las mujeres, ni las
Adoran ni las ultrajan,
Las estiman ; que si ignoran
Las locas extravagancias
Que inventa el lujo, se visten
Como la modestia manda...
La instruccion no es mucha; pero
Tienen aquella que basta
Para ser hombres de bien,
Para gobernar su casa,
Dar buen ejemplo á sus hijos,
Y hacerles amable y grata
La virtud, que ellos practican.
Isabel no está enseñada
A otra cosa, ni la inquietan
Ambiciosas esperanzas.
Tiene un novio que la quiere;
Ella le estima en el alma;
Yo soy contento, y espero

Que no pasen dos semanas
Sin que haya boda... Tendremos
Gran comida, trisca y danza,
Y á la tarde chocolate,
Agua de limon y orchata.

BARON. Mucho me admira ese modo
De pensar.

D. PEDRO. Y á mí me pasma
(*Imitando el tono grave y ponderativo del Baron.*)
El vuestro. ¿ Queréis que sea
Vizcondeza ó almiranta?

BARON. Quisiera verla feliz.

D. PEDRO Pues, si lo queréis, dejadla.

BARON. Pero si la suerte hiciese
Que se la proporcionara
Otro destino mejor...

D. PEDRO. ¿ Mejor que verse casada
Á su gusto en su lugar?
No puede ser.

BARON. Yo pensaba
Que su madre, en este caso,
Debiera ser consultada
Y obedecida.

D. PEDRO. Su madre
Es una pobre aldeana,
Y no sabe mas de mundo
Que los chiquillos que maman ;
Pero no importa. El encargo
De convertirla y sacarla
De error, no es cosa difícil ;
Y á pesar de su ignorancia,
Dentro de muy pocas horas
Conocerá quién la engaña.

BARON. ¿ Pues quién se atreve?...

D. PEDRO. Hay bribones
Que viven de enredo y trampa.

BARON. ¿ Qué me decís?

D. PEDRO. Sí, señor;
Pero á bien que están tomadas
Las callejuelas, y espero...

BARON. Pero ¿ que ha sido ? ¿ qué pasa ?

D. PEDRO. No es cosa : un cierto sugeto

Que ignora, segun la traza,
Con quién las ha, miente, pilla
Dinero, adula á mi hermana,
Introduce enemistad
En nuestra familia, y causa
Mil disgustos... Pero el tal
Picaron que así nos trata,
O se arrepiente esta noche,
O le enterramos mañana.

BARON. (*con turbacion*)
¡ Oiga!... Pues... Señor don Pedro,
Si me permitís que vaya...
Tengo que escribir... Estuve
Á buscaros... sólo para
Tener el gusto de veros,
Y... pues...

D. PEDRO. Ya estoy.

BARON. Aunque basta
Para mayores empresas
La prudencia consumada
Que os adorna, si queréis
Valeros de mí, me holgara
Infinito concurrir
En cuanto yo pueda y valga
Á vuestros fines.

D. PEDRO. Lo estimo.

BARON. Os tengo aficion, y cuantas
Veces os miro, me acuerdo
De Pero Núñez de Várgas,
Mi bisabuelo. El retrato
Que tenemos en mi casa
Tanto se os parece, que...

D. PEDRO. ¡ Calle !

BARON. Sí, la misma gracia
De mirar, la ceja corva,
Y esa nariz prolongada,
Robusta y...

D. PEDRO. ¡ Cierto que es buena
Fatalidad ! ¿ Quién pensara
Que...

BARON. ¿ Cómo ?

D. PEDRO. Digo que es fuerte

Desdicha. Un señor de tanta
Suposicion parecerse
Á un pobre demonio, es gaita.

BARON. Pues no lo dudéis.

D. PEDRO. Ya estoy.

BARON. Diez mil escudos me daba
En onzas de oro mi primo
El duque de... por la tabla
No mas.

D. PEDRO. ¿ Sin el marco ?

BARON. Pues,
Sin el marco.

D. PEDRO. ¡ Pieza rara
Será el tal cuadro !

BARON. Allí tengo
Todo lo mejor de Italia...

D. PEDRO. Buenas noches.

BARON. Á mas ver.
Repito lo dicho, y...

D. PEDRO. Gracias,
Señor Baron.

BARON, (*aparte, tomando una de las luces, y yéndose por la puerta de foro.*)
Este viejo
Es un talego de maulas.

ESCENA V.

DON PEDRO, ISABEL.

D. PEDRO. Mucho miedo lleva el nieto
De Pero Núñez... ¡ Qué charla
Tiene ! y...

ISABEL. ¡ Señor !

D. PEDRO. ¡ Isabel !
¿ Que es eso ? ¡ Qué acongojada
Estás, qué triste !

ISABEL. ¿ Queréis
Qué no lo esté ? Ni esperanza
De consuelo tengo ya,
Viendo que el ruego no basta,
Ni la sumision ni el llanto,

Ni razones, ni amenazas.
En vano Leonardo quiso
Persuadirla y moderarla;
Mas la irritó.

D. PEDRO. Ya lo sé;
Ya me lo ha dicho... Y estaba
Enfadadillo ademas.
En la juventud nos falta
Moderacion... Ni es posible
Usar de aquella templanza
Que dan los años. Leonardo
Se ve ofendido; mi hermana
Es terca; no será mucho
Que de una en otra palabra,
La disputa haya venido
Á parar en lo que paran
Todas, cuando las pasiones
Nos acaloran y arrastran.

ISABEL. Es verdad, bien lo temí...
Se lo dije; pero estaba
Empeñado en verla.

D. PEDRO. Y bien,
¿ Cómo ha de ser? Es desgracia
Inevitable.

ISABEL. Tal vez
Otras mayores me aguardan.
¿ Sabéis que intenta reñir
Con el Baron?... Si esto pasa...
Si muere... ó vuelve culpado
De un homicidio, ¡ qué infausta
Victoria ! ¡ Qué objeto horrible
Para mí !

D. PEDRO. No temas nada,
Isabelita ; valor.
¿ Presumes tú que llegara
Á tener efecto, haciendo
Yo papel en esta farsa?
No por cierto. El tal Baron
No gusta de cuchilladas,
Leonardo al salir le dijo
Que á las doce le esperaba
Ahí afuera. Esta sería

Resolucion temeraria
Y necia en otra ocasion,
Pero como aquí se trata
De acosarle, de aburrirle,
De obligarle á que se vaya
O que desista, y nos diga
Claro y en pocas palabras
Que es un tunante, conviene
Llenarle de miedo al mandria,
Y ya lo está. No hay peligro ;
El uno teme y se guarda,
Y al otro le guardo yo;
Ten segura confianza
En mí.

ISABEL. Sólo en vos pudiera
Tenerla.

D. PEDRO. Verás burlada
La malicia de tu huésped;
Verás que tu madre acaba
De conocer hasta dónde
Las apariencias engañan.
Sí, consuélate. Ya sabes
Que siempre he sido en tu casa
Tu amigo y tu protector;
Que no hay cosa, por extraña
Que fuese ,que me detenga
Cuando de tu bien se trata.
¿ No te acuerdas de que siendo
Chiquitita me llamabas
El otro papá ? ¿ que has sido
Alivio de mis desgracias ?
¿ Que en esta ocasion soy yo
Quien ha de suplir la falta
De tu buen padre, y hará
Que vivas afortunada
Y muy contenta ?... ¿ Lo sabes ?

ISABEL. Sí, señor, lo sé.

D. PEDRO. Pues calma
Esa agitacion.

ISABEL. Mi llanto,
Mi turbacion, no la causa
El temor... Ya es alegría

(*Besando la mano á don Pedro, y acariciándole*),
Ternura, dulce esperanza,
Y agradecimiento.

D. PEDRO. Vamos,
Un minuto : ¡ eso faltaba !

ISABEL. ¡ Querido padre !

D. PEDRO. ¡ Hija mia !

ISABEL. ¿ Me queréis ?

D. PEDRO. Pregunta es vana.
¿ No te he de querer ? ¿ No ves
Que á mí tambien se me arrasan
Los ojos ?... Pero tu madre
Viene.

ISABEL. Ya no me acobarda
Su vista ; pues tengo en vos
Un amigo que me ampara.

ESCENA VI.

DON PEDRO, LA TIA MÓNICIA, ISABEL.

TIA MÓNICA. ¡ Oiga !... Los dos en consulta.
¿ Qué negocios de importancia
Tendrán que tratar ? ¿ No he dicho
(*Á Isabel.*)
Mil veces que no me salgas
Acá afuera ?

ISABEL. Yo salí...

TIA MÓNICA. Ya sabes que no me agrada
Tanto palique.

ISABEL. Señora,
Sí...

TIA MÓNICA. Vete. Tú la levantas
De cascos ; tú me la pierdes.
(*Isabel hace una cortesía y se va.*)

D. PEDRO. ¿ Yo, mujer ?

TIA MÓNICA. Sí, tú... ¿ Qué estabas
Diciéndola ?

D. PEDRO. Que te sufra.

TIA MÓNICA. Habrás venido á inquiertarla,
Á llenarla de ilusiones
La cabeza, y que no haga

Cosa que la mande yo.

D. PEDRO. No tal; he venido á causa
De que ya por el lugar
Dicen todos que la casas
Con el Baron; me preguntan
Á mí que no sé palabra,
Y hago un papel infeliz...
¡ Es fuerte cosa ! no hablan
De otra materia en las tiendas,
En la botica, en la plaza,
En casa del alojero (1);
¡ Y á mí no me dices nada
De este bodorrio !

TIA MÓNICA. Á su tiempo
Lo sabrás; y esos que pasan
La vida en chismotear,
Verán despues si se engañan,
Ó aciertan.

D. PEDRO. Pero si vieras
Qué risa les da, y qué ganas
Me dan á mí de rabiar.
¿ Quién ha de tener cachaza
Para sufrir que se digan
Tales cosas de una hermana ?
Yo te digo la verdad;
Si quieres ver acalladas
Esas voces, desmentir
Los enredos que levantan
Contra ti, cásala presto.

TIA MÓNICA. Presto será.

D. PEDRO. Y que se vaya
Ese Baron, ó ese infierno,
Que nos tiene alborotadas
Las cabezas.

TIA MÓNICA. Cuando quiera
Hallará la puerta franca.

D. PEDRO. ¿ Y si no quiere ?

TIA MÓNICA. Si no
Quiere, no tengo yo cara

(1) *Alojero*, que hace ó vende aloja, esto es, una bebida compuesta de agua, miel y especias.

Ni desvergüenza bastante
Para echarle de mi casa.
A un señor de su carácter,
A quien he debido tantas
Atenciones, ¿ te parece
Que es regular se le hagan
Esos desaires ? Tú allá
Con tu gramática parda
Sabrás mucho ; pero en punto
De urbanidad y crianza,
Sabes muy poco.

D. PEDRO. En efecto,
La tal noticia no es falsa. (*Se sienta.*)

TIA MÓNICA. ¿ Qué noticia ?

D. PEDRO. La de estar
Persuadida y confiada
En que el Baron ha de ser
Tu yerno... ¡ Ilusion mas rara
No se dará !... ¡ Vanidad
Maldita, que asi nos saca
De juicio y nos pierde !... Un hombre
De tan ilustre prosapia,
Primo de condes y duques,
Biznieto de doña Urraca.
Y chozno del rey don Silo,
Venir á hacernos la gracia
De casarse con tu hija...
¡ Que desatino !

TIA MÓNICA. ¿ Á qué llamas
Desatino? ¿ Por ventura
Te parece cosa mala,
Cuando vemos favorable
La ocasion, aprovecharla ?
¿ Será la primera vez
Que un caballero se casa
Con una mujer humilde ?
¿ Quién ignora lo que arrastra
Una pasion ?

D. PEDRO. ¡ Qué pasion,
Mujer, ni qué calabaza!
Cuidado que... ¿ Dónde has visto
Pasiones de esa calaña ?

En las comedias, que vienen
Príncipes de Dinamarca
Vestidos de jardineros,
Y están de amores que rabian
Por alguna pastorcita,
Con su zurron y sus cabras.
Se dicen flores, hay zelos,
Desdenes, lloros, mudanzas...
Se casan al fin, y luego
Salen con la patochada
De que la tal moza es hija
Del duque de Transilvania,
Y otros delirios así :
Pero en el mundo no pasa
Nada de eso.

TIA MÓNICA. ¿ No ?

D. PEDRO. Jamas.
Y cuando en amores trata
Algun señoron con una
Jovencilla bien carada,
Huérfana, plebeya y pobre,
Ojo avizor, que allí hay trampa.
No señor, los matrimonios
De esa gente no se entablan
Por trato y cariño. Cogen
La pluma, y en una llana
De papel suman partidas.
Cuatros y dos seis, llevo nada ;
Ocho y siete quince, llevo
Una, y cuatro cinco ; sacan
El total al pié, y segun
Lo que en el ajuste ganan,
Hay boda ó no hay boda... Y sea
La novia gibosa y chata
Y tuerta, y el novio manco,
Viejo, gotoso y con sarna ;
Conózcanse mucho, ó nunca
Se hayan hablado palabra,
Con amor ó sin amor...
¡ Bendígalos Dios ! se casan.

TIA MÓNICA. Eso sí, como te dejen

Hablar, piquito no falta,
Ni murmuracion... En fin,
Si te incomoda y te enfada
Cuanto digo y pienso, vete ;
Déjame en paz, no me traigas
Cuentos, ni alborotes mas
Con esas extravagancias
Á tu sobrina. Yo soy
La que debe gobernarla,
Sé lo que mas la conviene;
Nadie como yo se afana
Tanto por ella... Es mi hija,
Y á este amor ninguno iguala.

D. PEDRO. ¿Y por ese amor la quieres
Precipitar, entregarla
Á un hombre desconocido,
Trapalon, tuno de playa?...
¡Y tú tan boba!... ¿No ves
Que es un pícaro y te engaña?
¿No lo ves ?

TIA MÓNICA. No, porque tengo
Antecedentes que bastan
Á persuadirme ; tú no
Los tienes, por eso ensartas
Tanto disparate.

D. PEDRO. Pero
Yo te concedo de gracia
Que es un señor; que él y el rey
Meriendan juntos : ¿qué sacas
De aquí? ¿ Le darás tu hija?

TIA MÓNICA. ¿Tuvieras tú repugnancia
En dársela?

D. PEDRO. Sí

TIA MÓNICA. Se ve
Que no eres su madre, y hablas
Como un viejo sin cabeza.

D. PEDRO. Hablemos claros, hermana.
Ese cariño de madre
Que me ponderas con tanta
Frecuencia, no es el motivo
Que te dirige; y si tratas
De engañarme á mí, no pierdas

El tiempo. Mira, tú rabias
Por hacer gran papelon ;
Siempre has sido tiesa y vana
Muy amiga de mandar,
Enemiga declarada
De quien tiene mas dinero,
Mejor jubon, mejor saya
Que tú. Te comes de envidia
Cuando ves que á las hidalgas
Las llaman doñas ; te lleva
Dios cuando las ves sentadas
En la iglesia junto al banco
De la justicia ; y por darlas
Que merecer, por vengarte
De la humillacion pasada,
Eres tú capaz, no sólo
De entregar esa muchacha
A un hombre indigno, sino
De ponerte á la garganta
Un dogal.

TIA MÓNICA. ¿ Yo?

D. PEDRO. Tú... ¡ Qué ideas
Tienes tan descabelladas
De grandeza ! ¿ No es verdad
Que ya á tus solas aguardas
El feliz momento en que
Oigas que todos te llaman
Excelencia, que ñoría (1)
Es cosa bien ordinaria?
¿ No es cierto que allá en tu mente
El plan de vida repasas
Que has de tener? Coches, modas,
Brillantes, sedas y holandas
Mesa para los hambrientos
Que por lo que adulan tragan...
Baile, academias, teatros.
Solemne robo de banca,
Prodigalidad, miseria,
Orgullo, bajeza y trampas.
Llamar cultura á la infame

(1) *Noria*, abreviacion ó contraccion de « señoría. »

Depravacion cortesana,
Bestia á todo hombre de bien,
Y á todo acreedor, canalla. .
¿No es ese tu plan? ¿No es esta
(*Levantándose*)
La gran fortuna que guardas
Á mi sobrina infeliz?...
Y esa ambicion insensata,
Esa vanidad, ¿te atreves
Á desmentirla y llamarla
Amor de madre?

TIA MÓNICA. ¿Me quieres
Dejar en paz? Vete, calla.

D. PEDRO. ¿Sabes el mal que apeteces?
¿Sabes tú que donde falta
Moderacion, no hay placer?
¿Sabes que donde no haya
Virtud, no hay felicidad?

TIA MÓNICA. Hombre. por Dios, no me hagas
Desesperar.

ESCENA VII.

EL BARON, LA TIA MÓNICA, DON PEDRO.

BARON. (*Sale por la puerta del foro con una luz en la mano, que dejará sobre la mesa.*)
¿Permitís
Que un solo instante os distraiga
De vuestra conversacion?

TIA MÓNICA. No era cosa de importancia.
Y aunque lo fuese...

BARON. Me alegro
De hallaros juntos... Yo estaba
Indeciso... pero es fuerza
Salir una vez de tantas
Inquietudes, explicarme
Con claridad, no dar causa
Á disgustos, ni sufrir
En mi decoro la mancha
Mas pequeña. Yo, señor
Don Pedro, por la desgracia

Que acaso sabéis, me vi
En la situacion amarga
De abandonar mis amigos,
Mis conveniencias, mi patria...
Disfrazado, fugitivo,
Hube de fingir en várias
Partes nombre y calidad;
Y cuando despues de tantas
Desventuras vi lucir
Algun rayo de esperanza,
Vine á este pueblo, creyendo
Que estar á poca distancia
De la corte me sería
Favorable. Vuestra hermana
Me vió, la conté mi historia,
Condolióse al escucharla;
Me hospedó aquí, donde á fuerza
De atenciones no esperadas,
Y tal vez no merecidas,
Alivio hallaron mis ansias.
Isabel... ¿Cómo pensáis
Que fuese fácil tratarla
Sin quererla bien?... Yo os ruego
Que no os alteréis; me falta
Poco que añadir, y espero
Que tendréis la tolerancia
De no interrumpir á quien
Por última vez os habla.
Digo que la quise bien,
Y aunque su madre os lo calla
Traté de hacerla mi esposa,
En la segura esperanza
De conseguirlo, y creyendo
Que vos no perdierais nada.
Pero he visto que en el pueblo
Se murmura, se propagan
Mil calumnias contra mí;
Hay alguno que nos guarda
La puerta, y tan atrevido
Que me insulta y me amenaza:
Hay alguno que desprecia
Mi carácter, que me trata

De seductor, y...

D. PEDRO. ¿ Por quién
Lo decís ?

BARON. Por nadie. Tantas
Injurias no las toleran
Los Benavides de Vargas...
Con dos renglones pudiera
Confundir á quien me agravia,
Y... no lo haré... Tengo ya
Noticia de que me aguardan
En la corte ; mi contrário
Está preso, el rey me llama,
Quiere verme, y es preciso
Que con diligencia parta.
Pero en tanto, no os daré
Disgusto. El tiempo que haya
De estar en Illescas (puesto
Que hasta pasado mañana
No vendrán mis coches), pienso
Alojar en la posada
Que cuando vine ocupé ;
Y os juro que de esta casa
Saldré luego que amanezca ;
Y aunque en el pueblo quedara
Muchos meses, nunca en ella
Pondré los piés. Ya que tanta
Ofensa ha sido aspirar
Á esta union abominada,
Ahí os queda la infeliz
Isabel, sacrificadla...
Yo la quise hacer dichosa,
Vos no queréis, y esto basta.

TIA MÓNICA. ¡ Válgame Dios ! pero...

BARON. No,
No os canséis.

TIA MÓNICA. ¡ Fuerte desgracia
Es esta !... Porque otros digan...
Miéntras yo no he dado causa,
Miéntras la niña está pronta
Á lo que su madre manda...
¡ Ánimas benditas, pues
Cierto !... Y tú ¿ qué dices ?...

D. PEDRO. Nada.
Que el Baron habla muy bien,
Que le tomo la palabra,
Que si la cumple, debemos
Darle todos muchas gracias...
Y que me voy á acostar.
TIA MÓNICA. ¡ Qué necedad, qué ignorancia
¡ Si es muy tonto !... Pero yo,
Señor, porque...
D. PEDRO. Consoladla,
Señor Baron.
BARON. No hay remedio.
TIA MÓNICA. ¡ Qué mujer tan desdichada !
BARON. Es preciso hacerlo así,
Lo exigen las circunstancias ;
Mi estimacion es primero
Que mi amor.
D. PEDRO. (*Ap.* ¡ Qué zalagarda
Me ha querido armar !...) Á Dios,
Mónica, duerme y descansa.
Señor Baron, buenas noches.
¿ Quedamos en que mañana,
Luego que amanezca...
BARON. Sí.
D. PEDRO. ¿ Os iréis á la posada ?
BARON. Ya lo he dicho.
D. PEDRO. ¿ Y no volvéis
Aquí ?
BARON. No.
D. PEDRO. ¿ Y así que os traigan
El equipaje, los tiros
Y las carrozas de nácar,
Os vais ?
BARON. Me iré.
D. PEDRO. Lindamente.
(*Ap.* Pues con todo, no me engañas.

ESCENA VIII.

EL BARON, LA TIA MÓNICA.

TIA MÓNICA. ¿ Qué es lo que pasa por mí ?
Señor Baron de mi alma,

¿Qué es esto?

BARON. Ver si por medio
De un artificio se calma
La envidia, el odio, el furor
De esa gente temeraria.

TIA MÓNICA. ¿Qué decís?

BARON. Ficcion ha sido;
Jamas han salido vanas
Mis promesas, no temáis.

TIA MÓNICA. Yo al escucharos estaba
Muerta, muerta... Si quisieran
Sangrarme, no me sacaran
Gota de sangre.

BARON. Lo creo.
Pero todo ha sido traza
Para deslumbrarle.

TIA MÓNICA. Bien,
Bien hecho.

BARON. Fué necesaria
Precaucion... Pero escuchad
Lo que se ha de hacer sin falta.
Mañana pasaré el dia
En el meson; cuando caiga
La noche saldré de Illescas,
Dejo en Toledo encargada
Al arcediano la mula,
Tomo su coche, y me plantan
Las colleras de un tiron,
Ántes que anochezca, en Parma,
Un lugarcito pequeño,
El primero que se halla
De mis estados, cruzando
El lago de Nicaragua.
Hoy es lúnes, bien; estoy
El miércoles en mi casa;
Juéves, viérnes... sale justa
La cuenta. Estad preparadas,
Tenedlo todo dispuesto,
Y el sábado sin tardanza
Ninguna, recibiréis
Á média noche una carta,
Que os dará mi mayordomo;

Y al instante, acompañadas
De él y de un negro, salís
A donde el coche os aguarda,
Y... ya lo he dicho, el domingo
Se logran mis esperanzas.
¿Con que, estáis? Á média noche.

TIA MÓNICA. Sí, sí, ya estoy enterada;
El sábado. Bien está.

BARON. Ved que en esa confianza
Me voy, y os espero.

TIA MÓNICA. ¿Pues,
Señor, teméis que no vaya?
Aunque fuera menester
Ir solas, á pié y descalzas,
Fuéramos; vidid seguro.

BARON. Podéis llevar la criada
Tambien, para que os asista.
Y advertid que se levanta
Ya un fresquecillo al salir
El sol, que molesta y daña:
Cuidado, abrigarse bien,
Porque aunque tiene persianas
El coche, pieles y estufa,
Estáis algo delicada
Y es bueno cuidarse.

TIA MÓNICA. Así
Lo haré.

BARON. Si esto se llegara
Á saber, tal vez sería
Cosa muy aventurada.
Ya veis que en Madrid me ofrecen
Una rica mayorazga,
Hermosa, ilustre. Su padre
Es caudatario del papa;
Su primo duque de Ulonia;
Nobleza mas acendrada
Que la suya, mas antigua,
Es imposible encontrarla,
Aunque expriman la de todos
Los príncipes de Alemania.
No es fácil, pues, renunciar
Á este enlace sin que haya

Desazones, y á este fin
Pienso escribir unas cartas
Para evitar desde luego
Que vengan por mí, con várias
Excusas que fingiré.
De esta manera se gana
Tiempo... Pero á nadie, á nadie
Habéis de decir palabra.

TIA MÓNICA. Bien está, señor.

BARON. A nadie.
Y cuando digan mañana
O esotro que me marché,
Fingid que no sabéis nada.

TIA MÓNICA. Bien está.

BARON. Disimulad
El corto tiempo que falta ;
Idme á buscar ; logre yo
La posesion suspirada
De Isabel, y hasta ese punto
Nadie entienda lo que pasa.

TIA MÓNICA. Ya, ya estoy.

BARON. Despues veréis
Que en esta dicha os alcanza
Aun mas de lo que esperáis.

TIA MÓNICA. Pues, señor, ¿ qué mas ?...

BARON. Pensaba
En no decíroslo ; pero
Hablemos en confianza.
¿ Vos, qué edad podéis tener ?
Estáis fresca, bien tratada,
Robusta y ágil... Es cierto
Que no deja de hacer falta
La dentadura.

TIA MÓNICA. ¡ Ay señor,
Que no es la vejez la causa
Jaquecas y corrimientos,
Y pesadumbres...

BARON. Mi hermana
La vizcondesita cumple
Veintidos años por pascua,
Y está lo mismo que vos;
Y porque no se la caiga

Un diente que la ha quedado,
Sólo come cosas blandas,
Sémola, huevos mejidos,
Puches, y así... La obstinada
Tos que padecéis, los flatos,
La debilidad y náuseas
Del estómago, se curan
Mudando de temple y aguas
Y alimentos. Con un poco
De ejercicio y unas cuantas
Friegas que os den, se disipa
La hinchazoncilla que carga
Á las piernas, y en dos dias
Os hallaréis fuerte y apta
Para las segundas nupcias.

TIA MÓNICA. ¿Quién, yo?... ¡Pero, señor... ¡Vaya!
¡Jesus, qué calor!

BARON. Amiga,
La viudez desconsolada
Es un estado terrible,
Y en él las jóvenes pasan
Muchos trabajos... Á ver
Un polvo.

TIA MÓNICA. Y en la de plata.

(*Saca una caja y se la da al Baron, el cual despues de tomar un polvo se la guarda como distraido.*)

BARON. Mi tio, de quien algunas
Veces os hablé, se halla
Viudo y sin hijos; si muere,
Todos sus estados pasan
A un extranjero, cuñado
Del hospodar de Valaquia;
Y esto es doloroso.

TIA MÓNICA. Cierto,
Siendo una nacion...

BARON. Yo tomara
Que fuese nacion no mas;
Pero lo que nos enfada
Es que, ademas de extranjero,
Es hereje.

TIA MÓNICA. ¡Vírgen santa!
¡Hereje!

BARON. Pues ved qué gusto
Nos dará, que si mañana
Llegase á faltar el tio,
Todos sus bienes los haya
De gozar aquel mastin,
Que no entiende una palabra
De español, ni sabe el credo,
Ni va á misa.

TIA MÓNICA. ¡Qué canalla!

BARON. Ni ayuna, ni...

TIA MÓNICA. ¡Picaron!

BARON. Pues por eso se pensaba
Hacerle una burla; el tio
Está en lo mismo, y se allana
Á todo. El fin es casarle,
Y si la novia se encarga
De darle en dos ó tres años
Dos ó tres chiquillos, basta,
No la piden mas, y el otro
Se queda tocando tablas.
Con que ved si...

TIA MÓNICA. Yo, señor,
Aunque á la verdad estaba
Bien ajena de pensar
En eso... pero se trata
De serviros, y podéis
Mandarme como á una esclava.
Y en todo aquello que yo
Pueda y...

BARON. Bien.

TIA MÓNICA. Sí estoy turbada,
Señor, y no sé...

BARON. Al instante
Quiero escribir lo que pasa
Al príncipe vuestro esposo,
Que está esperando con ansia
La resolucion.

TIA MÓNICA. Decidle
Mil cosas.

BARON. Ya estoy.

TIA MÓNICA. Y gracias
Infinitas.

BARON. Bien. Ahora
Voy á poner esas cartas.
Cuidad que no suba nadie
Por allá arriba, ni hagan
Ruido.
TIA MÓNICA. Bien está.
BARON. Porque
Al instante que las haya
Cerrado, me iré á dormir.
TIA MÓNICA. ¿ Sin cenar ?
BARON. No tengo gana,
He comido bien.
TIA MÓNICA. Siquiera
Unas sopas.
BARON. Nada, nada.
TIA MÓNICA. Ó un huevecito escalfado.
BARON. No, no es menester. Mañana
Llevará un posta los pliegos
Á Madrid, y así que él parta,
Me voy al meson... Á Dios.
Un abrazo. (*Abrazándose.*)
TIA MÓNICA. Y mil.
BARON. Honrada
Dueña.
TIA MÓNICA. Servidora vuestra.
BARON. Á Dios... La ausencia no es larga.
TIA MÓNICA. Con todo, señor, si ahora,
No llorase, reventara.
Enternecida y enjugándose las lágrimas. Toma una de las luces para ir alumbrando al Baron, el cual se la quita; la coge de la mano, se la besa respetuosamente, y se va con la luz por la puerta del foro.)
BARON. Hasta el domingo... ¿Qué hacéis?
TIA MÓNICA. Alumbraros.
BARON. No faltaba
Mas.
TIA MÓNICA. Pero si yo...
BARON. Vos sois
Mi madre, no mi criada.

ESCENA IX.

TIA MÓNICA.

¡Bendito, bendito, amen!
¡Con qué respeto me trata
El pobrecito!... ¡Qué humilde!
Si á boca llena me llama
Su madre... Pero no dice
Bien; no, señor... Si me faltan
Algunos dientes, tambien
Tengo las muelas muy sanas,
Gracias á Dios... ni me huele
La boca, ni... Pues me agrada
La especie de... ¡Bueno fuera
Que nos viniese de extranja (1)
El otro bribon, aullando
En su lengua chapurrada!
¡Maldito!... Pues aunque él viva
Mas años que Mariblanca,
Yo le juro que no lleve
Ni un alfiler, ni una hilacha.
No, señor, todo á los niños...
¡Ay hijos de mis entrañas!
¡Angelitos!... ¡Sí, pues poco
Los querrá su padre! ¡vaya!

ESCENA X.

PASCUAL, LA TIA MÓNICA.

PASCUAL. Pues, señor, ya fuí allá,
Y dije que le esperaban
Al instante.
TIA MÓNICA. ¿Á quién?
PASCUAL. Al sastre.
TIA MÓNICA. ¿Despues de dos horas largas,
Te vienes con eso?
PASCUAL. Pues
Fuí y dije, digo: el ama

(1) *Extranja*, lo mismo que « del extranjero ».

Está esperando al señor
Juan, y dice que le aguarda,
Que no deje de ir corriendo,
Corriendo, porque hace falta
Que vaya, y...

TIA MÓNICA. Bien : ¿y qué dijo?

PASCUAL. ¿Quién, él? Él no ha dicho nada.

TIA MÓNICA. ¿Pues qué, no le has visto?

PASCUAL. ¿Yo?
No por cierto.

TIA MÓNICA. ¿Qué, no estaba?

PASCUAL. Sí, señora.

TIA MÓNICA. ¿Y no le dieron
El recado?

PASCUAL. La Colasa
Se le dió.

TIA MÓNICA. ¿Con que vendrá?

PASCUAL. ¡Que ha de venir!

TIA MÓNICA. Pues acaba,
¿Por qué no viene?

PASCUAL. Porque
Parece que esta mañana...
Pues, señor, el pobre sastre
Subió á poner unas tablas
Al palomar, y una red
Para tapar la ventana,
Y estando allí se le fué
La cabeza, como andaba
Clavando clavos, y el pelo
Se le enredó en una escarpia...
Y desde allí se cayó
Sobre el palo donde enganchan
La garrucha cuando tienen
Que subir sacos de paja;
Y desde allí se cayó
Al tejado de la Marta;
Y desde allí cayó al suelo,
Y desde allí por la trampa
De la cueva, zas, cayó
Á la cueva, porque estaba
Sin cerrar, y desde allí
Se cayó en una tinaja

De aguardiente... Y desde allí
Le llevaron á la cama,
Y miéntras esté acostado
No quiere salir de casa...
Con que no puede venir.

TIA MÓNICA. Soy en todo afortunada;
Por que tanto, cuando yo
Le llamo, se descalabra.
Toma esa ropa... Cuidado,
(*Harán lo que denotan los versos*)
Y llévala adentro... Aguarda,
¿No ves que lo arrugas todo?

PASCUAL. Es porque no se me caiga.

TIA MÓNICA. ¡Mira qué aliño!

PASCUAL. Si...

TIA MÓNICA. Suelta;
Fermina vendrá doblarla:
Déjalo.

PASCUAL. Bien.

TIA MÓNICA. Oyes, di,
¿Por qué dejaste que entrara
Leonardo esta tarde?

PASCUAL. ¿Yo?
Porque...Luego se me pasa
Todo... Ya no sé porque.

TIA MÓNICA. Cuidado con que le abras
La puerta otra vez... Estás?

PASCUAL. Ya estoy.

TIA MÓNICA. Miéntras no le llaman,
No hay para que venga. Dile
Si vuelve otra vez, que el ama
Te ha dicho que no le dejes
Subir, que está fastidiada
Dél, que no quiere ni oirle
Ni verle mas, que se vaya.
¿Lo entiendes?

PASCUAL. Pues ya se ve
Que lo entiendo. Si yo esta da
En lo propio, y cuando vino
Dije, digo: no está en casa
El ama, y él dice: tonto,
Si la he visto á la ventana..

Con que entró, y aquí se estuvo.
Salió despues... Yo pensaba.
Que no volviera, y á poco
Cátale otra vez. Se para
Á la puerta, y dice... No,
Entónces no dijo nada;
Cogió y se entró derechito,
Sin hablar una palabra.
Con que yo, como le vi
Así, que no preguntaba
Cosa ninguna...

TIA MÓNICA. ¿ Dos veces
Estuvo?

PASCUAL. Dos... Pues si anda
Siempre... ¡ Toma !... y hace señas...
Y anoche á las once dadas
Estuvo cantando, y...

TIA MÓNICA. Bien,
Ya lo sé.

PASCUAL. No era guitarra,
Era otra especie de...

TIA MÓNICA. Sí,
Ya estoy.

PASCUAL. De instrumento.

TIA MÓNICA. Calla.
¡ Picarones !... todos, todos
Son contra mí, todos tratan
De burlarme; pero yo
Les prometo...

(*Se va con mucho enfado sin atender á lo que dice Pascual.*)

ESCENA XI.

PASCUAL.

Pues cantaba
Unas coplas... Eso sí,
Las coplas eran muy guapas,
Y... ¡ Calle ! ya se marchó.
Si está medio espiritada
Esta mujer... ¡ Ay, qué rico

(*Se accera á donde está la ropa, desdobla una bata, y la examina por todas partes con admiracion.*)

Zagal! .. No, señor, que es bata,
Y con su cola y sus vuelos
Largos, y sus cintas... ¡Anda
Majo!... ¡Y cómo cruje!... Apuesto
Que á mí me viene pintada.
¡Vaya, vaya, estas mujeres
Qué cosas tan buenas gastan!
Y es bien anchota... Probemos
(*Se pone la bata, mírase á uno de los espejos, y empieza á pasearse de un lado á otro, afectando ademanes mujeriles.*)
Á ver... ¡Qué! si está cortada
Para mí... ¡Pobre Pascual,
Siempre vestido de lana
Churra!... ¡Ay qué guapo! Así va
La médica por la plaza;
Lo mismo, lo mismo, así.

ESCENA XII.

PASCUAL, FERMINA, LA TIA MÓNICA.

FERMINA. ¿Qué estás haciendo? ¡No es mala
La diversion!
PASCUAL. ¡Ay! ¡qué susto
Me has dado!
FERMINA. Vamos despacha.
(*Harán lo que indica el diálogo.*)
Ropa fuera... ¡Se habrá visto
Mayor zangandungo!
PASCUAL. Vava,
No te enfades... tira...
FERMINA. Poco
Á poco, que me lo rasgas.
¡Por vida de...
PASCUAL. No te enfades,
Mujer.
TIA MÓNICA, *llamando desde adentro.*
Fermina!
FERMINA. ¡Ay ¡que llama.
PASCUAL. ¿Qué te parece, si viene
Y nos pilla?
FERMINA. Me alegrara.

PASCUAL. Como está sobre la chupa
Se arruga todo y se atasca.
TIA MÓNICA, (*vuelve á llamar desde adentro.*)
¡ Fermina !
PASCUAL. ¡ Válgate Dios!
Tira, mujer.
FERMINA. Si no alargas
Un poco el brazo... ; Ay! que viene.
PASCUAL. Ya se ve que viene.
FERMINA. Marcha,
Corre.
PASCUAL. ¿ Adónde?
FERMINA. ¿ Qué sé yo!
Al desvan.
PASCUAL. Arriba patas.
Al desvan... Oyes, por Dios
Que no digas...
(*Hace que se va, y vuelve.*)
FERMINA. Corre y calla.
(*Vase Pascual por la puerta del foro con la bata á medio quitar y arrastrando.*)

ESCENA XIII.

FERMINA, LA TIA MÓNICA.

TIA MÓNICA. ¿ Donde estás, sorda, que grito
(*Sale.*)
Como una desesperada,
Y no respondes ?
FERMINA. Aquí,
Doblando esta ropa.
TIA MÓNICA. Acaba
Presto, y danos de cenar.
FERMINA. ¿ Son las nueve?
TIA MÓNICA. Poco falta.
FERMINA. ¿ Pero no he de hacer la sopa
De almendra?
TIA MÓNICA. No, que no baja
El señor Baron. Está
Escribiendo, y cuando haya
Cerrado sus pliegos, quiere
Recogerse.

FERMINA. ¡Cosa extraña!
Sin cenar... no lo acostumbra.
TIA MÓNICA. Oyes, mira que mañana
Á eso de las cinco debe
Salir. Tenle preparada
La manteca, el chocolate,
Bollos, agua de naranja,
En fin, lo que toma siempre
¿Estás?
FERMINA. Bien.
TIA MÓNICA. Deja entornada
La ventana, que sino
Cuando estás entre las mantas
Y á oscuras, eres un tronco.
FERMINA. ¿Con que en efecto se marcha
El Baron? ¿Y qué, no lleva
Una tortilla con magras,
Ó un poco de...
TIA MÓNICA. Si no sale
Del lugar.
FERMINA. ¡Ay desdichada!
¿Con que vuelve?
TIA MÓNICA. No por cierto.
Nos deja, se va de casa
Y no vuelve mas.
FERMINA. Agur,
¿Pero cómo...
TIA MÓNICA. Ya me enfada
Tanto preguntar. Recoge
(Ladra un perro á lo léjos)
Esos vestidos, y saca
La cena, y déjame en paz.
Pero... ¿qué es eso?
FERMINA. Que ladra
El Turco.
TIA MÓNICA. Si aquel zopenco
De Pascual... No hay quien le haga
Entender... Le tengo dicho
Que me le deje en la cuadra
Encerrado... Él se alborota
Con un mosquito que pasa.
(Vuelve á ladrar.)

FERMINA. Ladra mucho... No haya gente
En el corral.
TIA MÓNICA. Pues si estaba
Durmiendo el señor Baron,
Cierto que... Mira quién anda
En la escalera.
FERMINA. ¿Quién es?

ESCENA XIV.

PASCUAL, LA TIA MÓNICA, FERMINA.

PASCUAL. ¿Quién ha de ser? La fantasma.
TIA MÓNICA. ¿Pues de dónde vienes?
PASCUAL. Yo
Lo diré... Porque la gata,
Como maya tanto... digo:
Si se queda allí encerrada
Y empieza á rabiar... Con que
Fuí... ¡Pero qué! si se escapa
Y... vete á cogerla... ¡ya!
Michita, michita, nada:
Miz, miz, miz... Un arañazo
Me tiró que... (*La ira el perro.*)
TIA MÓNICA. ¿Cómo ladra
Tanto ese perro?
PASCUAL. Sí... ¡Calle!
Lo mejor se me olvidaba:
¿Pues no ha de ladrar el pobre
Chucho? Yo tambien ladrara;
¡Toma!... Y cuenta que es verdad
Que desde aquella ventana
De arriba... no la grandota
Donde están las alcarrazas,
Sino la de mas allá...
TIA MÓNICA. ¿Y bien, qué?
PASCUAL. Se descolgaba
El Baron, poquito á poco.
TIA MÓNICA. Calla, bruto.
PASCUAL. ¡No, que es chanza
Si le he visto yo.
FERMINA. ¿De véras

A MÓNICA. Anda, ve, mete en la cuadra
El perro, y duerme, que estás
Perdido de vino.
PASCUAL. Vaya
Con Dios... pero yo le vi.
TIA MÓNICA. ¿Qué has de ver, tonto?
PASCUAL. Sí estaba
Yo en el desvan y le vi.
¡Dale!... Y con la soga larga
Del tendedero, á la cuenta,
¿Qué sé yo?... debió de atarla...
Ello yo le vi, y el pobre
Turco se desgañifaba:
Huauh, huauh, huauh...

ESCENA XV.

ISABEL, La TIA MÓNICA, FERMINA, PASCUAL.

ISABEL. Madre, ¿no habéis
Sentido el rumor que anda
En la calle? Gritos, golpes...
Yo estoy atemorizada.
Parece que alguno de ellos
Iba huyendo, y le acosaban
Otros...
TIA MÓNICA. Y bien, ¿qué tenemos?
Serán los mozos, que pasan
De ronda.
FERMINA. ¡Válgame Dios!
(*Suena á lo léjos un pistoletazo.*)
¿No ha sonado un tiro?
ISABEL. Calla.
FERMINA. ¿Qué será?
PASCUAL. ¡Qué miedo!
ISABEL. Vamos
Á la reja de la sala.
TIA MÓNICA. Alguna quimera, que
Al cabo no será nada.
Vamos.
(*Suenan golpes à la puerta.*)
PASCUAL. ¡Ay!

ISABEL. ¡Qué golpes!
TIA MÓNICA. Lleva
Esa luz, mira quién llama.
PASCUAL. ¿Y he de abrir?
TIA MÓNICA. Si no conoces
Quién es, no... Fermina, baja
Con él.
PASCUAL. Mucho miedo llevo;
Fermina, no te me vayas,
(*Fermina tomando una de las luces se va con Pascual, y continúan los golpes á la puerta.*
Los dos juntitos.
FERMINA. ¡Qué prisa
Tienen! Ya van.
TIA MÓNICA. ¡Es desgracia
Por cierto! Precisamente
Esta noche que me encarga
Que nadie suba, que nadie
Le incomode ni distraiga,
Porque tiene que escribir,
Y ha de recogerse para
Madrugar... ladridos, voces,
Carreras, tiros, patadas,
Alboroto... Si anduviese
Por el lugar una sarta
De diablos, no hubieran hecho
Mayor estrépito.

ESCENA XVI.

LA TIA MÓNICA, ISABEL, D. PEDRO, FERMINA, PASCUAL.

(*Don Pedro saldrá muy alborozado. Pascual trae debajo del brazo un envoltorio, y le pondrá sobre la mesa. Fermina delante con la luz.*)

D. PEDRO. Hermana,
Isabel, albricias; nuestro
Huésped cumplió su palabra.
TIA MÓNICA. ¿Cómo?
ISABEL. ¿Qué decís?
D. PEDRO. Que ya

No tenéis Baron en casa.
Tal prisa lleva, que habiendo
Puerta, eligió la ventana
Para salir; y pudiendo
Irse en carrozas doradas
Con tiros napolitanos,
Lacayos, pajes y guardias,
Por el camino de Esquivias
Va, que el diablo no le alcanza.
Pacorrillo el sacristan,
Y el chico de la Tomasa
Nuestra vecina, que son
Dos galgos si se desatan,
Le siguen; pero yo temo
Que su diligencia es vana.
Él al principio se quiso
Hacer el guapo; dispara
Una pistola; erró el tiro;
Y á consecuencia, descargan
Dos ó tres palos en él,
Tan fuertes, que si le plantan
Otro igual... Bien que no quiso
Su fortuna que acertaran.
Entónces, tirando al suelo
Ese hatillo que llevaba,
Dió á correr; y segun va,
Sus piés no son piés, son alas.

TIA MÓNICA. Fermina, ven, que me quieren
Volver loca, ven.

(*Coge una de las luces, se va apresuradamente por la puerta del foro, y Fermina detras.*)

ESCENA XVII.

DON PEDRO, ISABEL, PASCUAL, LEONARDO.

D. PEDRO. Desata
Ese rebujo, y veamos
El equipaje y las galas

(*Pascual desata el envoltorio, poniendo en la mesa lo que saca de él.*)

De aquel caballero... ¿ Y tú,

Niña, no me dices nada?

ISABEL. Confusa estoy... De alegría
No acierto á decir palabra.
Pero?... y Leonardo?

D. PEDRO. Leonardo
No se ha muerto, ni le matan,
Ni corre peligro... Mira.

(*Saldrá Leonardo fatigado y lleno de polvo, y se sienta.*)

Ya está aquí, ¿le ves? Ensancha
Ese corazon... ¿Qué nuevas
Nos das?

LEONARDO. Que el Baron se escapa;
Tal ligereza de piernas
Jamas la vi.

D. PEDRO. Que se vaya
Enhorabuena... ¡Quién sabe!
Tal vez el susto que acaba
De llevar será su enmienda.
Así el infeliz se salva
De un presidio, en donde léjos
De reprimirse las malas
Inclinaciones, se aumentan;
Donde los delitos hallan
Castigo, no correccion.

ESCENA XVIII.

LA TIA MÓNICA, FERMINA, D. PEDRO, ISABEL, LEONARDO.

(*La tia Mónica, confusa y llena de abatimiento, se sienta.*)

FERMINA. ¡Marchóse por la ventana
El pícaro! Allí no hay mas
Que una chupa desgarrada,
Un sombrero viejo, un par
De calcetas... nuestra bata
De boda en una gatera,
Cubierta de telarañas,
La cuerda que le ha servido
De escalera, y unas chanclas.

D. PEDRO. Aquí debe parecer

Lo demas. Mira, una caja
(*Irá mostrando lo que dicen los versos.*)
Y esta es la tuya; un pedazo
De galon; una cuchara
De plata...

FERMINA. ¡ Qué picardía !
La que le di esta mañana
Con el vaso de conserva.

D. PEDRO. Un estuche, dos barajas,
Un anillo... tambien tuyo...
Y aquí hay dinero... Él estafa,
Pero restituye.

FERMINA. Es hombre
De conciencia delicada.

TIA MÓNICA. Bien está ; dejadme sola,
Idos, que ya es tarde... Baja,
Pascual, y cierra las puertas.
Idos.

D. PEDRO. ¿ Qué pasion te afana ?

TIA MÓNICA. ¡ Picaron !... ¡ maldito !... ¡ Y yo
Tan sencilla, tan bonaza...
¡ Y burlarme así !

ISABEL. ¡ Querida
Madre !

LEONARDO. No es tiempo de tanta
Afliccion.

D. PEDRO. Un error breve,
Que no ha producido infaustas
Resultas, puede ser útil,
Porque instruye y desengaña.
Quisiste salir de aquella
Humilde esfera en que estabas,
Y te expuso esta ilusion
Á un abismo de desgracias.
Horror me da contemplar
Cuantos males preparaba
Tu ceguedad.

TIA MÓNICA. Ya lo veo,
Y eso me angustia y me mata.

D. PEDRO. Mira tu consuelo aquí.
Sobrina, llega y abraza
Á tu madre.

TIA MÓNICA. ¡ Ay Dios !

(*Isabel abraza con ternura á su madre. Don Pedro, asiendo de la mano á Leonardo, le obliga á que se acerque. Isabel y Leonardo se arrodillan á los pies de la tia Mónica.*)

D. PEDRO. Tus hijos
Son estos, y sólo aguardan
Tu bendicion para ser
Felices... No temas nada,
Leonardo; llega, que ya
Mudaron las circunstancias.

TIA MÓNICA. Es verdad... ¡ Ay hija mia !
(*Abrazando con ternura á Isabel y Leonardo.*)
Y tú... perdóname tantas
Locuras, Leonardo... tuya
Es Isabel.

LEONARDO. ¡ Madre !

(*Los dos besan las manos á la tia Mónica, se levantan y abrazan á don Pedro.*)

ISABEL. ¡ Amada
Madre !

TIA MÓNICA. Perdonadme.

(*Se levanta y se acerca á don Pedro, que asiéndola de ambas manos la recibe y habla cariñosamente.*)

D. PEDRO. ¿ Ves
Cómo á este placer no iguala
Otro ninguno ? Esta es
La felicidad mas alta;
Esta... y los sueños que excita
La ambicion, promesas falsas.
Vive contenta en el seno
De tu familia, estimada,
Querida y en dulce paz;
Que el fausto, la pompa vana
De las riquezas no pueden
Hacer que disfrute el alma
Estas dichas... ¡ Infeliz
El que no sabe apreciarlas !

FIN DE « EL BARON. »

LA MOJIGATA

Escrita y no corregida todavía á satisfaccion del autor la comedia de la *Mojigata*, empezaron á verse copias de ella desde el año de 1791. Durante los viajes de Moratin fuera de España, corrió esta pieza igual fortuna que la de el Baron, con poca diferencia. La representaron en muchas casas particulares de la capital, y se celebró el acierto con que la desempeñaron varios aficionados en casa del abogado Perez de Castro, y en la de la marquesa de Santiago. Los cómicos de las provincias la incluyeron en su caudal, y la representaban frecuentemente; sólo mereció el autor la estimacion que le profesaban los actores de Madrid que se abstuviesen de darla al público, sabiendo que se proponia hacer en ella alteraciones muy esenciales, y que no podia serle agradable saber que la representaban sin su aprobacion por manuscritos tan viciados y tan llenos de errores suyos y ajenos.

Á su vuelta hizo en ella las correcciones que le parecieron convenientes; y estudiada y ensayada por los cómicos de la compañía de la Cruz, se representó en aquel teatro el dia 19 de mayo de 1804. No hubo parcialidades, ni venganzas, ni conspiracion, ni alboroto; la experiencia habia dado á conocer la inutilidad de estos medios, y el nombre del autor aseguraba ya los aplausos. El público la recibió con aprecio particular, pero algunos críticos publicaron delicadas observaciones, en que manifestaron por una parte su laudable anhelo de ver el arte en toda su perfeccion, y por otra su corta inteligencia para indicar á los que le practican los medios de lograrlo. Las censuras produjeron elogios y defensas; y es de notar que unos y otras se escribieron con urbanidad y moderacion, prendas no muy comunes en este género de escritos, y que hoy dia totalmente se desconocen.

El autor, impasible en medio de estas disputas, y únicamente deseoso de que nadie le defendiese aunque muchos le criticasen, si algo encontró en aquellos opúsculos digno de atencion, supo

aprovecharlo, y prescindiendo de todo lo que no le pudo convencer, remitió á sus propias observaciones en los efectos del teatro, las enmiendas que hizo sucesivamente en esta y en las demas composiciones suyas.

Ponce desempeñó con perfeccion el papel de don Claudio. Pinto manifestó su acreditada inteligencia en el de don Luis, como Francisco Vaca en el de don Martin. Josefa Virg, estimable actriz, cuya flexibilidad se ha prestado siempre á los caractéres mas difíciles y mas opuestos entre sí, representó con acierto el descaro, el impaciente deseo de libertad, la astucia, la falsa devocion de doña Clara. María García sobresalió en el personaje de doña Ines. Para inferir que el de Perico mereció la aceptacion pública, baste decir que le hizo Querol. Francisco Lopez causó el sentimiento de que el papel del demandadero no fuese mas largo; porque en él pintó con excelencia un viejecillo tan pusilánime, inepto, encogido, frio y ñoño como el autor le imaginó.

JUICIO CRÍTICO

DE DON MARIANO JOSÉ DE LARRA

SOBRE LA MOJIGATA Y SU AUTOR.

Nada mas temible en las conmociones políticas que las reacciones; ellas hacen desandar á los partidos, por lo comun, mucho mas camino del que durante su progresivo movimiento anterior lograron avanzar. La literatura no es la que ménos se ha esentido en nuestro país y en várias épocas recientes, de esta lastimosa verdad. Un nombre solo de un hombre, envuelto en la ruina de su partido, suele bastar á proscribir una obra inocente; al paso que la suspicacia del vencedor, recelándose de su misma sombra, suele hallar en las frases mas indiferentes alusiones peligrosas capaces de comprometer su seguridad. Hé aquí la razon por que se ha escrito con libertad é independencia en épocas ciertamente mucho mas atrasadas que las que nosotros hemos alcanzado.

La mayor parte de las obras de nuestros autores que han corrido y corren en manos de todos constantemente, no hubieran visto jamas la luz pública si hubieran debido sujetarse por primera

vez á la censura parcial y opresora con que un partido caviloso y débil ha tenido en nuestros tiempos cerradas las puertas del saber. Y decimos débil, porque tanto mas tiránico es un partido, cuanto ménos fuerza moral, cuanto ménos recursos físicos tiene de que disponer. Desprovisto de fuerzas propias, va á buscarlas en las ajenas conciencias y teme la palabra. Sólo un gobierno fuerte y apoyado en la pública opinion, puede arrastrar la verdad y aun buscarla; inseparable compañero de ella, no teme la expresion de las ideas porque indaga las mejores y las mas sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible.

El teatro es acaso el ramo que mas se ha resentido de estas funestas verdades; por ellas hemos visto interceptadas malamente comedias que respiran la mas pura moral, entre ellas la *Mojigata*. Al verla representar de nuevo en el dia, no sabemos si sea mas de alabar la ilustrada providencia de un gobierno reparador, que la ofrece de nuevo á la pública expectacion, que de admirar la crasa ignorancia que la envolvió por tantos años en la ruina de una causa momentáneamente caida. ¿Tan hipócrita es un partido que tiene por enseña el fanatismo que se creyó atacado en la *Mojigata*? ¡Tanto le ofende la fiel representacion de los extravíos humanos! ¡Tan ligada se halla con ellos su existencia!

La *Mojigata* era conocida y sabida ya de memoria de todo el mundo; por lo tanto, si bien es indudable que tiene mérito suficiente para llamar al teatro numerosa concurrencia, eslo tambien para nosotros que ha debido á su larga prohibicion la mayor parte de la importancia que en esta ocasion se le ha dado; esto es tanto mas cierto, cuanto que estamos acostumbrados á ver sin entrada otras composiciones del mismo Moratin, escapadas de la comun prohibicion. Para hablar literalmente de la *Mojigata*, necesitaríamos estar mas seguros de nuestras propias fuerzas; seríanos indispensable ademas dedicar á su exámen un artículo mas extenso de lo que las actuales circunstancias nos permiten; porque en el caso de que nos atreviésemos, como pudiéramos atrevernos tal vez, á hallar en ella lunares, de que no hay obra humana exenta, ¿qué de razones no necesitaríamos acumular para contrarestar la opinion pública, tan exclusiva cuando llega á cobijar bajo su proteccion un nombre una vez proclamado célebre? El mérito de Moratin, por otra parte, es tan generalmente reconocido, que creemos inútil insistir en esta ocasion en la ampliacion de sus bellezas; y con respecto á sus defectos, sólo diremos que la diferencia que existe entre los hombres de gran talento y la

medianía, es que de aquellos se puede decir que suelen alguna vez incurrir en faltas y de esta, por el contrário, que suelen alguna vez tener bellezas. Esto es todo lo que nos parece que se puede decir con respecto á Moratin en parangon con los que despues de él han escrito comedias del mismo género en nuestro país. Agréguese á esto una consideracion; en todos los países, el primero que se ha elevado, el primer reformador, ha llevado y debido llevar la mejor parte de reputacion, porque es preciso proceder siempre por comparacion; apénas hay en el mundo otra manera de raciocinar.

Por lo que hace á comparar á Moratin con Moliere, como han pretendido algunos hacerlo, bueno y justo es que se diga que Moratin es el Moliere español; esto, sin embargo, creemos segun nuestras cortas luces, que la *Mojigata* no podrá nunca sostener la comparacion al lado del *Hipócrita* de Moliere (1), que es la comedia de este con que tiene mas relacion, si exceptuamos el desenlace, que es infinitamente superior en la *Mojigata*, porque pocas veces anduvo feliz Moliere en desenlaces. El mérito principal de Moratin parécenos estribar mas en la pintura local de las costumbres de su época y en el manejo de los modismos de la lengua, que en la pintura del corazon humano, sin que por esto queramós decir que fuese ignorante de él Moratin; la gracia de Moliere es mas candorosamente cómica y se trasluce ménos al poeta; presenta las situaciones solas y esto basta en él para hacer reir. Moratin ayuda á la situacion con una sátira mas decidida; no se contenta con exponer el cuadro ridículo sencillamente á la vista del expectador; echa ademas en la balanza, para inclinarla á su favor, el peso de su propia opinion; sus gracias toman muchas veces gran parte de realce de su mordacidad. Sea hecho este paralelo de paso con el respeto debido á ambos ingenios peregrinos y para decir que por las expuestas razones, Moliere es mas universal que Moratin; este es mas local, su fama por consiguiente mas perecedera é insegura.

(1) *Tartuffe*, comedia de Moliere.

LA MOJIGATA.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS

DON LUIS.	DON CLAUDIO.
DON MARTIN.	LUCÍA.
DOÑA CLARA.	PERICO.
DOÑA INÉS.	EL TIO JUAN.

La escena es en Toledo, en una sala de la casa de D. Luis.

El teatro representa una sala de paso con algunos adornos, mesa y sillas. Á la derecha habrá una puerta por donde se va á la calle; otra á la izquierda para las habitaciones interiores; otra en el foro, que es la del cuarto de D. Claudio, y á un lado y otro de ella dos ventanas usuales.

La accion empieza á las diez de la mañana, y se acaba á las cinco de la tarde.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, DON MARTIN.

D. MARTIN. Mira, hermano, si no quieres
Que riñamos muy de véras,
No hablemos mas del asunto;
Dejémoslo.

D. LUIS. Tú te inquietas
Por nada. Cuando las cosas
No van segun tus ideas,

Regañas, gritas...

D. MARTIN. ¿Y cómo
He de llevar en paciencia
Lo que está pasando? ¿Y cómo
He de aprobarlo? ¿No es ella
Mi sobrina? ¿No eres tú
Mi hermano?

D. LUIS. Nadie lo niega;
Pero, pues, yo soy su padre,
Y está á mi cargo y tutela,
Déjamela gobernar.

D. MARTIN. Es verdad... ¡Y la gobiernas
Perfectamente!... ¿Á qué vienen
Dilaciones y reservas?
Llegó don Claudio á Toledo;
Se han visto ya; pues ¿qué esperas?
Cásalos.

D. LUIS Yo te diré.
Me escribió veces diversas
Don Pedro sobre el asunto;
Me levantó á las estrellas
Los méritos de su hijo;
Yo, que me acordaba apénas
De haberle visto pequeño,
Esperaba á que vinieran
Ciertos informes de Ocaña
Para darle una respuesta
Decisiva; pero el padre,
Que gasta poca paciencia,
Sin avisarme le hizo
Venir aquí. Siendo fuerza
Admitirle, no juzgué
Conveniente que supiera
Inés nuestras intenciones.
Al principio observé en ella
Un agrado indiferente,
Que presumí que pudiera
Con el trato ser amor;
Pero despues! tan diversa
Se le ha mostrado, que siempre
Le recibe con tibieza
Ó seriedad. Yo, entre tanto,

Me confirmo en la sospecha
De que don Claudio es un poco
Simple, de mala cabeza...
Esta noche no ha dormido
En casa... Yo sé que juega...
En fin, ello es necesario
Indagar qué vida lleva,
Y sobre todo saber
Si Inés admite contenta
Esta boda, ó la repugna.

D. MARTIN. Es una cosa muy puesta
En razon... Segun la niña
Lo determine y resuelva;
Y la autoridad del padre...

D. LUIS. Esa autoridad se templa
En estos casos; pues todo
Lo demas fuera violencia
É injusticia.

D. MARTIN. Sí, blandura,
Mimo, cariñitos... Deja,
Deja, que ya verás pronto
Los efectos.

D. LUIS. Quien te oyera
Hablar así, pensaria
Segun lo que tú lo esfuerzas,
Que la muchada camina
Á su perdicion derecha,
Y que su padre la ofrece
Medios para que se pierda.

D. MARTIN. Si observase la conducta
De su prima, allí aprendiera
Á servir á Dios, á ser
Humilde, juiciosa y quieta.

D. LUIS. Eso sí.

D. MARTIN. Pues ya se ve
Que sí.

D. LUIS. ¿Pues quién te lo niega?

D. MARTIN. Es que yo sé bien porque
Lo digo... Hay gran diferencia
De prima á prima.

D. LUIS. ¿Y quién dice
Que no?

D. MARTIN. Por mas que lo quieras
Negar.
D. LUIS. ¡Cierto que la tuya
Es una niña muy bella!
Siempre está metida en casa;
Ayuna cuando la observa
Su padre; cuando se va,
Se abalanza á la despensa
Y se desquita...
D. MARTIN. No hay tal.
D. LUIS. Sí hay tal. Hace sus novenas,
Reza la corona, tiene
Oracion mental, se encierra
En su cuarto, abre el balcon,
Y á oscuras, porque no pueda
Verla su padre, se pasa
La niña las noches frescas
De verano patullando
Con el cabo de bandera
De ahí al lado.
D. MARTIN. No hay tal cosa.
D. LUIS. Sí hay tal cosa. Como emplea
En el servicio de Dios
Las horas de esta manera,
No cose jamas, no aplancha,
No hace un punto de calceta,
No mueve un trasto, ni quiere
Ocuparse en las faenas
Propias de toda mujer,
Y deja el encargo de ellas
Á su prima; pues la vida
Contemplativa y austera
No la permite atender
Á las cosas de la tierra.
Cuando su padre la ve,
Libros devotos hojea;
Cuando queda sola, entónces
Es la lectura diversa;
Coplas alegres, historias
De amor, obrillas ligeras,
Novelas entretenidas,
Filosóficas, amenas,

Donde predicando siempre
Virtud, corrupcion se enseña.
Estas obras de moral,
Don Benito se las presta;
Ese estudiante andaluz,
Opositor á prebendas,
Que vive en el guardillon.

D. MARTIN. Pues yo te doy por respuesta
Que no he visto tales libros,
Ni pienso que ella los lea,
Ni sé de tal don Benito,
Ni he sospechado que tenga
Con nadie conversacion.

D. LUIS. Pues todo es verdad.

D. MARTIN. ¡ Perversa
Envidia !

D. LUIS. No hay tal envidia.

D. MARTIN. Bien está ; dí lo que quieras ;
No me podrás persuadir
Que la muchacha no es buena.
Y sobre todo, pensar
Que su disimulo llega
Á tanto, que siendo alegre
Y revoltosa y traviesa,
Sólo por disimular
En un convento se encierra
Para siempre, es un delirio
Que solo tú le dijeras.

D. LUIS. No la he visto profesar.

D. MARTIN. Profesará.

D. LUIS. Bien pudiera
Ser, pero...

D. MARTIN. Profesará.

D. LUIS. No seré yo quien lo crea.

D. MARTIN. Profesará, sí, señor,
Profesará.

D. LUIS. Si te empeñas
En que ha de ser...

D. MARTIN. Y será ;
Porque yo quiero que sea,
Y será.

D. LUIS. Bien, no te enfades,

Pero si la trampa hiciera
Que renunciase las tocas,
¡ Qué chasco para quien piensa
Heredarla en vida !

D. MARTIN. No ;
Por ese lado no temas.
No es niña de las de ahora,
No es cabecilla, ni anhela
Á mas que á dejar el mundo
Por la estrechez de una celda.

D. LUIS. Ello así parece ; pero
Haces muy mal en creerla.

D. MARTIN. Porqué ?

D. LUIS. Porque apenas dice
Palabra que verdad sea.
Si yo la conozco, si
La observo, si sé sus tretas
Mejor que tú; si no puede
Engañarme con aquella
Fingida virtud que á ti
Te enamora y embelesa.

D. MARTIN. ¿ Fingida virtud?

D. LUIS. Fingida,
Y la causa es manifiesta.
Cuando era niña mostraba
Candor, excelentes prendas ;
Pero tú, queriendo ver
Mayor perfeccion en ella,
Duro, inflexible emprendiste
Corregir las mas ligeras
Faltas ; gritabas, no hacia
Cosa en tu opinion bien hecha...
Tu rigor produjo sólo
Disimulacion, cautelas ;
La opresion, mayor deseo
De libertad ; la frecuencia
Del castigo, vil temor;
Y careciendo de aquellas
Virtudes que no supiste
Darla, aparentó tenerlas.
La hiciste hipócrita y falsa;
Y así que adquirió destreza

Para engañar á su padre,
Le engaño de tal manera,
Que sólo cuando mas vicios
Tuvo, la creyó perfecta

D. MARTIN. ¡ Bien ¡ muy bien!... Voy admirado
De razones tan discretas.

D. LUIS. ¿ Te vas?

D. MARTIN. Se acabó el sermon
Y van á cerrar la iglesia.
Mira, tu don Claudio sube
Cantando por la escalera.
¿ Si habrá dormido esta noche
Al fresco?... ¡ Qué tres cabezas,
El padre, la señorita
Y el yerno !... ¡ Qué tres !

(*Se va don Martin por la puerta del lado derecho y por la misma sale don Claudio,*)

ESCENA II.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

D. LUIS. Ya era
Tiempo de volver á casa,
Te aguardamos con la cena
Hasta las once, y al cabo
No te vimos... Nunca vuelvas
A trasnochar de ese modo.

D. CLAUDIO. Es que me detuve ahí cerca,
En casa de un conocido,
Que tiene una tos muy recia
Y calentura, y...

D. LUIS. Pues mira
Que cuando otra vez suceda
No te canses en venir,
Porque haré cerrar las puertas
Y que te lleven los trastos
Al meson... ¡ Pero que tengas
Tan poco juicio, que ayer
(Y eso que fué la primera
Vez) en casa de don Juan
Tales locuras hicieras !

Fumar donde nadie fuma,
Silbar, rascarse las piernas
Y rebañar con el dedo
Las jícaras y lamerlas;
Interrumpir cuando hablaban
Los demas, no dar respuesta
Con tino ni reflexion.
¿Qué gracias eran aquellas
Tan pesadas que dijiste?
¿Quién te pudo dar licencia
Para correr por la casa,
Y derretir la menteca
En la cocina, escaldar
Al gato, y...

D. CLAUDIO. De esa manera,
Cuando vaya á alguna parte
Me habré de estar hecho un bestia.
Si no permiten un poco
De libertad...

D LUIS. Pero es fuerza
Que esa libertad moderen
El respecto y la prudencia.

D. CLAUDIO. Yo no sé como entenderlo.
Si uno calla, luego empiezan.
A ecir que des un huron;
Si no calla...

D. LUIS. Si no encuentras
Medio, no es mucho que en ambos
Extremos necio parezcas.
Si ves que al ir á decir
Una gracia se te suelta
Un disparate, y el ceño
De los demas te demuestra
Que fuiste poco gracioso,
¿Porqué repites la escena?
¿Porqué quieres que á ti solo
Te escuchen? ¿Porqué no piensas
Antes lo que has de decir?
¡Que haya cátedras y escuelas
De saber hablar, y el arte
De callar nadie le enseña!

(*Hace que se va, y vuelve.*)

D. CLAUDIO, (*aparte*). Si me apura mas, tan fijo
Que le digo cuatro frescas.
D. LUIS. Mira que voy á escribir
A mi cuarto. Si te quedas
En casa, por Dios te pido
Que no vayas á esa pieza
Jalbegada del rincon
A repetir la tarea
De tu canticio infernal;
Que despues de ser tan bella
La voz que tienes, no sabes
Dejarlo, á todos molestas,
Y das tales alaridos
Que en la vecindad se quejan.
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

DON CLAUDIO, PERICO.

PERICO, *saliendo por la puerta del lado derecho.*
¡Señor!
D. CLAUDIO. ¡Periquillo! ¿Cómo?...
PERICO. Como que estoy ya de vuelta.
Un abrazo y otro, y mil.
Vine anoche, estábais fuera...
D. CLAUDIO. Si, tuve que hacer.
PERICO. Al fin
No es la prision muy estrecha
Cuando hay asuetos nocturnos.
D. CLAUDIO. Ya llevé mi reprimenda.
¿Y qué dices? ¿Qué hay de bueno
Por Ocaña? ¿Cómo dejas
A mi padre?
PERICO. Tan contento
De la dicha que os espera.
Me dió una carta... Y por cierto
Que al mudarme la chaqueta
Me la dejé en el meson.
D. CLAUDIO. ¿Y no te ha dado siquiera
Algunos cuartos?
PERICO. ¿A mí?
Ni el valor de una peseta.

Dice que yo no le sirvo,
Que os presente á vos la cuenta,
Y que me pagueis sin falta,
Pronto, y en buena moneda.

D. CLAUDIO. Bien dicho, pero no tengo
Un maravedí.

PERICO. ¡Pues fuera
Coca de ver!... ¿Por ventura,
En tres semanas y media
Que falto de aquí...

D. CLAUDIO. Sí, amigo.
¿Qué quieres? á uno le tienta
El diablo, y...

PERICO. ¿Qué mayor diablo
Que tener mala cabeza?

D. CLAUDIO. Es verdad que yo he gastado
En comprar mil frioleras
Tambien; pero lo de anoche...

PERICO. ¿Y qué ha sido?

D. CLAUDIO. Una merienda
Ahí en casa del Zurdillo.

PERICO. ¡Bueno!

D. CLAUDIO. ¿Qué quieres que hiciera?
Estuvo la Catujilla,
Y aquella moza trigueña.

PERICO. ¿La Virtudes?

D. CLAUDIO. Esa misma;
Yo, y el hijo de la Crespa.

PERICO. Adelante.

D. CLAUDIO. ¡La Catuja,
Hombre, qué chica tan bella!

PERICO. Al caso.

D. CLAUDIO. Pues merendamos;
Y para alegrar la fiesta,
Un sargento de milicias
Que le falta media oreja,
Viene, y... ¿Sabes de quién es
Primo? De la Molinera.

PERICO. Ya

D. CLAUDIO. Pues amigo; sacó
La barajilla; se empeña
El juego, y... ¡vaya!... Diez duros

Que importó la francachela,
Por una parte, y por otra
El... ¡maldito de Dios sea!
Si en el sacanete (1) siempre
Tengo una suerte perversa...
Eso sí, yo le gané
Las cuatro manos primeras;
Pero despues se volvió
El naipe, y en hora y media
Que duró aquello, perdí
Cuanto puse y mas que hubiera.
Él echó cuatro porvidas;
Se levantó de la mesa
Diciendo que era ya tarde;
Fuése, y á todos nos deja
Sin blanca.

PERICO. ¿Y á las muchachas
Tambien?

D. CLAUDIO. Puse yo por ellas,
Porque no era regular...

PERICO. ¿Con que, en fin, de la remesa
Que vino ya no hay un cuarto?

D. CLAUDIO. Nada, y... Yo no sé qué hiciera.
Y ese prendero maldito
Me va cogiendo las vueltas
Por un poco que le debo.

PERICO. ¿Tambien esa?

D. CLAUDIO. Tambien esa.
Y dice que ha de venir
A ver si don Luis encuentra
Modo de que yo le pague.

PERICO. Y bien, dejarle que venga.

D. CLAUDIO. ¡Toma! pues si el viejo sabe
Eso, la hiciéramos buena.

PERICO. ¿Qué, ya empieza á regañar
El suegro en flor?

D. CLAUDIO. Me revienta.

PERICO. ¿Y doña Inés?

D. CLAUDIO. Doña Inés
Ya viste que andaba seria

(1) *Sacanete*, juego de naipes.

Conmigo cuando te fuiste;
Pues de la propia manera
Ha seguido... De las dos
Primas la que mas me peta
Es la Clarilla. Esa sí.
Y no he dejado de hacerla
Algunos cocos. A mí
Me gusta.

PERICO. ¡Qué desvergüenza!
Si quiere cantar maitines,
¿A qué vendrá distraerla?
Pero...

D. CLAUDIO. ¿Qué es eso?

PERICO. Dejadme.

D. CLAUDIO. ¿Qué te suspende?

PERICO. (*Hace ademanes de discurrir y vacilar en la resolucion.*)
Quisiera
Ver si... No... Bien puede ser;
Pero... ¡Divina ocurrencia!
Y se ha de hacer, no hay remedio.

D. CLAUDIO. ¿Pero qué?

PERICO. Veréis qué idea.
¿Supongo que ya sabeis
El gran fortunon que espera
Don Martin?

D. CLAUDIO. ¿Lo de Sevilla?
Algo sé.

PERICO. Despues de cena
Me contó ayer la criada
El caso letra por letra.
Ello es que los viejos tienen
En Sevilla (ó por mas señas
Ya no lo tienen) un primo
Beneficiado, que deja
Por su heredera absoluta
Á doña Clara. La herencia
Es un horror... ¿Qué sé yo?
Casas, molinos, jaciendas (1).

(1). *Jaciendas.* por « haciendas » Los andaluces aspiran la *h* hasta el punto de confundirla con la j.

Jolivas... (1) En fin, el lance
Es que como da en la tema
De ser monjata, su padre
(Sin que nadie se lo pueda
Disputar) todo lo pilla.
Él por instantes espera
La copia del testamento,
Teniendo noticias ciertas
De que ya el beneficiado
Goza de la vida eterna.
Pues aquí de mi invencion.
¿Esta Clara se mosquea
Cuando la dicen que es linda?
¿Chilla cuando la requiebran?
Si uno se arrima, ¿le vuelve
Un torniscon, ó se alegra?

D. CLAUDIO. Siempre que he llegado á hablarla
Se ha mostrado muy risueña;
Pero como yo no hacia
Intencion...

PERICO. ¿Qué, de quererla?
Pues ya es preciso. La otra
No os gusta, ni vos á ella;
Y al contrario, si podeis
Alzaros con la prabenda
De la novicia, y...

D. CLAUDIO. ¡Qué pillo
Eres para cosas de estas!

PERICO. Si en la gran Compluto fuí (2)
El coco de las escuelas.

D. CLAUDIO. Pues mira, tú la has de hablar,
Periquillo, y cuando veas...

PERICO. ¡Yo!? Pues me he de casar yo?

D. CLAUDIO. Hombre, si me da vergüenza...
Vergüenza no, sino asi
Como...

PERICO. ¡Pues cierto que es buena.

(1) *Jolivas*, por « olivas » por la razon que se ha dicho en la nota precedente.

(2) *Ciudad de los carpetamos*, donda está situada hoy dia Alcalá de Henares, en la provincia de Madrid. Es patria de Cervántes.

Ocasion de timideces,
Y melindres é indirectas!
Vaya que no he visto tal!

D. CLAUDIO. ¿Pues y si luego nos echa
Noramala?

PERICO. Probaremos.
Hágánse las diligencias,
Y si da en que ha de ser santa,
Por muchos años lo sea.

D. CLAUDIO. Gente viene.

PERICO. Y es, no ménos,
El señor Juan de Corella,
Demandadero mayor,
Por gracia de la abadesa,
Del consabido convento.
Segun dijo Lucigüela
Anoche... Ya sé á qué viene.
Esperad en esa pieza
Miéntras se va.

(*Vase don Claudio por la puerta del foro*)

ESCENA IV.

PERICO, EL TIO JUAN.

PERICO. ¡Señor Juan!
¡Oh, señor Juan¡

TIO JUAN. Esta esquela
Traigo para don Martin,
¿Se puede entrar?

PERICO. Está fuera.

TIO JUAN. ¿Sois de la casa?

PERICO. ¿Pues no?
Y es mucho que no se acuerda
El señor Juan. A recados
Al convento me despean.

TIO JUAN. Como yo no paro allí
Un instante...

PERICO. ¿Y la parienta?
Siempre tan robusta¡ eh! vaya.

TIO JUAN. Si se murió por cuaresma.

PERICO. ¡Hombre!

TIO JUAN. ¡Toma!... Yo no sé
Si aquí os la deje ó si vuelva.
Estoy tan harto de andar...
Es sobre aquello de Illescas.
PERICO. Si, de Illescas... Por aquel
Censillo de las bodegas.
(*Quitándole al tio Juan el papel de la mano.*)
Bien, pues yo se la daré
A don Martin cuando venga.
TIO JUAN. Mejor es.
PERICO. Sí, y él irá
Por allá con la respuesta.
TIO JUAN. No se olvide.
PERICO. Quedo en ello.

ESCENA V.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO. (*Despues de haber leido el papel, hace extremos de alegria.*)
¡Lindo!
D. CLAUDIO. ¿Qué locura es esa,
Hombre, que...
PERICO. ¡Santo papel,
Que asi nuestro mal remedias!
(*Lee el papel, y luego le dobla y se le guarda.*)
« J. M. y J. — Mi señor don Martin : á consecuencia del aviso que recibimos el otro dia que Vd. nos habia hecho la caridad (Dios se lo pague) de cobrarnos en Illescas, cuando volvió de Madrid, los tres mil y cuatrocientos reales de aquel censillo, habia dado órden á don Lorenzo el mayordomo para que pasase á ver á Vd. y se hiciera cargo de ellos ; pero desde ayer está el pobrecito con un cólico terrible; el Señor quiera mejorarle, que harto se le rogamos todas. El dador de esta es persona muy segura, y podrá entregarle dicha cantidad. Vd. perdone estos enfados, dando memorias á todos los de su casa, y á nuestra Clara en particular, que deseamos verla, y pedimos á Dios la dé su gracia para que le sirva. — B. L. M. de Vd. su mayor servidora. Juana María de la Resurreccion del Señor, abadesa indigna. »
D. CLAUDIO. ¿Y qué sacamos con eso?

PERICO. ¡ Ahi es una friolera!
¿ Este don Martin me ha visto?
D. CLAUDIO. ¿ Yo, qué sé?
PERICO. Vamos con flema.
Cuando llegamos de Ocaña
Un mes ha, ¿ no estaba él fuera?
D. CLAUDIO. En Madrid, que luego vino.
PERICO. Muy bien; y ántes de su vuelta
¿ No me fuí yo?
D. CLAUDIO Sí.
PERICO. ¿ Y anoche
No me estuve en esas piezas
De ahí adentro, que ninguno
Me vió sino la doncella?
D. CLAUDIO. Tú lo sabrás.
PERICO. Yo lo sé...
Y don Martin, por mas señas,
No es medio cegarro?
D. CLAUDIO. Y mucho
PERICO. ¿ Sí? Pues la trampa está hecha.
Si no pagais al prendero,
Se enfada, viene, lo cuenta,
Y nos pierde... Sin dinero
Ninguno paga sus deudas.
Yo conozco al señor Juan,
Y él no sabe quien yo sea...
Por otra parte, las madres
No han de ser ton avarientas,
Que hoy mismo quieran los cuartos.
Mañana tomo soleta
Y voy á Madrid...
D. CLAUDIO. ¿ A qué?
PERICO. A encargos y diligencias
Sobre el pleito.
D. CLAUDIO. Ya.
PERICO. Pues bien.
Me voy; y aunque el hombre vuelva
¿ A quién dirá el desdichado
Que entregó la triste esquela?
Sospechan en mí, no importa;
Me escriben, respondo; vuelta
A escribir y á responder;

Los canso se desesperan...
Y si el asunto va mal,
Que me escriban á Ginebra.
Ademas, como se logre
Que doña Clarita os quiera,
Entónces... Pero ella viene.

D. CLAUDIO. Háblala, mira, no pierdas
Este lance.

PERICO. ¿ Pero vos
Teneis trabada la lengua ?

D. CLAUDIO. Ya viene. A Dios.
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

PERICO. ¿ No hay remedio ?
Pues buen ánimo, y á ella.

(*Se sienta de espaldas á la puerta por donde sale doña Clara, y hablará como si creyese estar solo. Doña Clara escucha y le observa.*)

ESCENA VI.

PERICO, DOÑA CLARA

PERICO. ¡ Válgate el diantre la niña,
Que presto ha dado por tierra
Con mi buen señor !

Dª. CLARA. ¡ Perico !

PERICO. ¡ Y ahí es decir que nos queda
Esperanza... pobecito !...
De que se seque y se muera.
¿ Que ha de esperar ? Que la encierren,
La pelen, y no la vea
Jamas,

Dª. CLARA. ¿ Si será por mí ?

PERICO. ¡ Ay amor ! ¿ Y no valiera
Mas decírselo ? ¿ Ha de ser
Tan cruda, tan indigesta,
Que viendo á aquel infeliz...
No puede ser, aunque fuera.
Un serpenton.

Dª. CLARA. Periquillo !

PERICO. ¿ Quién ha de haber que consienta
Que un muchacho, tan muchacho,

Y de casa solariega,
Se nos muera tontamente.
Sin motivo de mas fuerza
Que porque la tal Clarita
Es graciosa y pispireta,
Y porque tiene la boca
Coloradilla y pequeña,
Y porque tiene los ojos
Negritos, y... Pues por esa
Razon, ella ha de curarle,
Ya que el mal nos vino de ella.
¡ Señora!

(*Se levanta fingiendo sorpresa de haber visto á Doña Clara.*)

Dª. CLARA. ¿ Qué, ya has venido
De Ocaña ?

PERICO. Y aun mejor fuera
No haber venido.

Dª. CLARA. ¿ Porqué ?

PERICO. Por nada... ¡ Si lo supiera !...

Dª. CLARA. ¿ Estás malo ?

PERICO. No, señora.

(*Se va retirando, y finge hablar entre si algunas expresiones, segun lo indica el diálogo.*)

Me voy...

Dª. CLARA. A dónde ?

PERICO. A la iglesia,
A rezar.

Dª. CLARA. ¿Porqué yo vengo
Te vas?

PERICO. Pero ¿ qué se arriesga?

Dª. CLARA. ¿ Qué dices ?

PERICO. Si el desdichado
Pierde su salud por estas
Timideces, para mí
Será un cargo de conciencia.
Señora, si me quereis
Escuchar...

Dª. CLARA. Dí lo que quieras.

PERICO. ¿ Estamos solos ?

Dª. CLARA. Parece
Que sí.

ERICO. Yo tiemblo...

Dª. CLARA. No temas.
PERICO. Si me prometeis callar...
Dª. CLARA. Extraño que me lo adviertas.
PERICO. Pues, señora, perdonad
Mi atrevimiento, y...
Dª. CLARA. ¿Que intentas?
¿Aqué quieres atreverte?
PERICO. No os altereis. Quien espera
Hallar compasion en vos
No vendrá á haceros ofensa.
Dª. CLARA. En fin ¿qué quieres?
PERICO. Contaros
Un chasco, una morisqueta
De amor. Don Claudio se quiere
Volver á Ocaña; no encuentra
Quietud en Toledo, y juzga
Que es el remedio la ausencia.
Él no quiere á doña Inés;
La aborrece.
Dª. CLARA. ¿Qué me cuentas?
PERICO. Y al mismo tiempo por otra
Está que se desespera.
Dª. CLARA. ¿Qué dices? ¡Cosas del mundo!
¿Con que es de Ocaña?... Por fuerza,
De allí será.
PERICO. No señora,
No es de allí.
Dª. CLARA. ¡Pues qué! ¿Pudiera
Tener ya en Toledo amores?
Dímelo todo... y no temas
Que se lo cuente á mi prima,
No.
PERICO. ¿Con que ha de ser? Pues ea.
Señora, él os quiere, y...
Dª. CLARA. ¿Cómo?
PERICO. Y os quiere de tal manera
Que es frenesí.
Dª. CLARA. ¡Qué osadía!
Pues... Vete, vete, y no vuelvas
A verme nunca.
PERICO. De vos
No esperaba otra respuesta.

Por falta de reprension
Y de consejos no queda,
Que bien claro se lo he dicho;
Pero la pasion le ciega...
Quedad con Dios. (*Hace que se va.*)

Dª. CLARA. Oyes, mira.

PERICO. ¿Qué he de ver? Harto se muestra
Que no teneis caridad.
¿Qué podeis decir que sea
Nuevo para mí? ¿Que vais
A ser monja? Enhorabuena.
¿Que es un loco? Los amores
Pierden la mejor cabeza.
(*Hace que se va.*)

Dª. CLARA. Mira.

PERICO. Dejadme por Dios.

Dª. CLARA. ¿Con que esa pasion es cierta?

PERICO. ¡Ay señora! ¿Lo dudais?

Dª. CLARA. ¿Pues quien me asegura de ella?

PERICO. Vuestros ojos.

Dª. CLARA, (*riéndose.*)
¡Ah bribon!...

PERICO. Pero si se considera,
Yo no sé qué inconveniente
Puede haber...

Dª. CLARA. Calla, que empiezas
A irritarme.

PERICO. Otras habria
Que admitiesen la fineza
De un amante tan leal;
Pero vos... ¡Ah! si yo os viera
Casada con él... casada,
Entre los mimos y fiestas
De hermosas criaturitas,
Vivarachitas, traviesas
Como su madre!

Dª. CLARA. Perico,
Vete... ¡Ay Dios! toda me inquietas.

PERICO. Aunque mireis con horror.
El matrimonio, pudiera..

Dª. CLARA. No yo no le tengo horror.

PERICO. ¿Pues qué detencion es esa?

Él es de buena familia,
De buena edad, buenas prendas...
Dª. CLARA. Eso sí; no es mal muchacho.
PERICO. La verdad: ¿no le quisiérais
Para marido? ¿No os gusta?
¿No tiene linda presencia?
Dª. CLARA. Si, déjame.
PERICO. ¡Pobrecillo!
¡Qué desesperadas nuevas
Le voy á dar!.. Es inútil
Hablar mas de la materia.
(*En ademan de irse.*)
Dª. CLARA. ¿Te vas?
PERICO. ¿Qué he de hacer?
Dª. CLARA. Atiende.
Díle...
PERICO. Sí, que nunca os vea.
Dª. CLARA. No es eso.
PERICO. Que si quiere
Morir de amor, que se muera.
Dª. CLARA. No sino... Tú no me entiendes.
PERICO. ¿Cómo quereis que os entienda?
Dª. CLARA. Díle... Que es un atrevido...
¡Ay, Periquillo! ¡me cuesta..
Tanto rubor!
PERICO. ¡Qué locura!
¡Vaya! Sobre que se juega
Limpio.
Dª. CLARA. Díle que vendré
A hablar con él esta siesta
Aquí mismo; que me espere...
Pero decirlo pudieras
Como que sale de tí.
PERICO. Oh! bien. A mi cargo queda.
Pero, ¿no le digo mas?
Dª. CLARA. Harto es eso.
PERICO. Mas quisiera.
Dª. CLARA. Vete, vete.
PERICO. Pero no
Me le riñais cuando venga.
¿No?
Dª. CLARA. Bien, no le reñiré

PERICO. Que el quereros no es ofensa.
(*Vase por la derecha.*)
Dª. CLARA. A Dios, picarillo, á Dios.

ESCENA VII

DOÑA CLARA, LUCÍA.

Dª. CLARA. Muchacha, estoy muy contenta.
Ya no hay tocas, y a no hay torno.
LUCÍA. ¿ Pues qué novedad es esa ?
Ya sé que no le ha de haber.
Dª. CLARA. Sí; pero no es lo que piensas.
Don Claudio está enamorado
De mí.
LUCÍA. ¡ Calle!
Dª. CLARA. Sí; y no creas
Que es un pasatiempo, no;
Es cariño muy de veras.
A la siesta nos veremos
Para tratar lo que deba
Disponerse, y...
LUCÍA. Ya que hablais
De eso, sabed que os espera
En la esquina, deseando
Un ratillo de parleta,
El hijo de la escribana.
Dª. CLARA. Anda, ve, y dile que vuelva
Despues, ó no venga mas.
LUCÍA. Es ingratitud muy fea.
Dª. CLARA. ¿ Qué importa? Le quise ayer.
Porque imaginé que fuera
Preciso valerme de él;
Pero ya tiene licencia
De mudarse.
LUCÍA. Yo no alcanzo
Porque con tal ligereza
De ese don Claudio os fiais
Dª. CLARA. ¿ Qué sabes tú, majadera ?
Si desde el punto que vino
Observé la indiferencia
Que gastaba con mi prima;

En el estrado y la mesa
Se sentaba junto á mí,
Y yo, que no soy muy lerda...
Ayer mismo me cogió,
Sin que nadie lo advirtiera,
Esta mano, y la apretó
Tanto, y dijo : « ¡Ay, Clara bella,
Monilla, guapita! »

LUCÍA. Yo vos
¿Qué dijísteis?

Dª. CLARA. ¿Qué pudiera
Decirle estando allí todos?
Me puse... asi... muy contenta.
Le miré, y no mas.

LUCÍA. El gusto
Será, si las cosas llegan
A efecto, ver á los viejos.

Dª. CLARA. ¿Qué han de hacer cuando lo sepan?
Y sobre todo, primero
Soy yo.

LUCÍA. ¿No temeis la fiera.
Condicion de don Martin?

Dª. CLARA. ¿Y porqué debo temerla?

LUCÍA. Porque si os casais, no habrá
Quien su cólera detenga.
Y como le habeis sabido
Embobar con apariencias
De santica...

Dª. CLARA. Hija, en el mundo
El que no engaña no medra;
Y hoy mas que nunca conviene
Usar de astucia y reserva.
Fingir, fingir... Si mi padre
Trata de heredarme, y piensa,
Despues de haberme tenido
Tan abatida y sujeta,
Que he de sepultarme en vida,
Valiente chasco se lleva.
Harto he sufrido. Ya es tiempo
De romper estas cadenas,
De vengarme, y de vivir,

LUCIA, (*mirando adentro*).

Vuestra prima.
Dª. CLARA. Salte afuera,
Que la he dicho que tenia
Que hablar á solas con ella...
Y al arrimon le dirás...
Que me duele la cabeza.

ESCENA VIII.

DOÑA CLARA, DOÑA INÉS.

Dª. INÉS. Y bien, Clarita. ¿qué ocurre?
Dª. CLARA. Que me saques de una extrema
Inquietud.
Dª. INÉS. ¿Cuál es la causa?
Dª. CLARA. Como tu bien me interesa
Tanto... Díme, este don Claudio,
Que segun todos sospechan
Ha venido á ser tu novio,
¿Es de tu gusto? De veras,
¿Le quieres?
Dª. INÉS. ¿Yo? No por cierto.
¿Imaginas que pudiera
Prendarme de él?
Dª. CLARA. ¡Lindamente
Disimulas!
Dª. INÉS. ¡Qué simpleza!
Dª. CLARA. ¿Con que no le quieres?
Dª. INÉS. No.
Porque no hay cosa que vea
En él que no me disguste.
Dª. CLARA. ¿Y si tu padre se empeña
En ello?
Dª. INÉS. No, no es capaz
De empeñarse en que yo sea
Infeliz... Me quiere mucho,
Y tiene mucha prudencia.
Dª. CLARA. No te puedo ponderar,
Inés, cuanto me consuela
Que pienses así. Yo estaba
En extremo descontenta,

Temiendo que ibas á hacer
Una locura.

Dª. INÉS. No temas.

Dª. CLARA. Él, en efecto, parece
Un hidalguito de aldea,
Vanidoso, tonto y pobre,
Aturdido, mala lengua...
¡ Y qué figura tan rara !

Dª. INÉS. En eso, prima, no aciertas ;
Que es buen mozo.

Dª CLARA. Si te gusta,
Inés, en buen hora sea.

Dª. INÉS. Pero ¿ qué tiene que ver
Que le quiera ó no le quiera
Para decir la verdad?
Él me fastidia, me apesta,
No puedo sufrirle ; pero
Es buen mozo.

Dª. CLARA. No hay belleza
Sino en Dios ; las criaturas
Todas somos imperfectas.

Dª. INÉS. ¿ Ya empiezas con eso ?

Dª. CLARA. En fin,
Si este partido desprecias,
¿ Quién sabe que no te inclines
A la religion, y seas
Monja tambien ?

Dª. INÉS Prima, yo
Soy muy profana, muy lega,
Y algo apegadilla al mundo.

Dª. CLARA. ¿ Pero no ves que nos cercan
En el siglo mil peligros ?

Dª. INÉS. Sí, ya lo sé ; ¿ pero piensas
Que en la soledad tambien
Mil peligros no se encuentran ? (1)

(1) *En la copia primitiva, decia el autor lo siguente, que habiendo sido suprimido por la censura, tuvo que modificarse.*

? Quien ignora que puede una
Estar vestida de jerga ?
Encerrada en un rincon
Y que en un rincon padezca

Dª. CLARA. Practicando la virtud...
Dª. INÉS. Praticándola, en cualquiera
Estado serás feliz...
Dª. CLARA Pero no dudes que aquella
Vida penitente, humilde,
Es mas pura y mas perfecta.
D. INÉS. Sí, pero lleva consigo
Obligaciones tan serias,
Que el empeño de cumplirlas.
Hará temblar á cualquiera,
Mucho de Dios necesita
La que á tanto se resuelva;
Porque si las cumple bien,
Prodigioso esfuerzo cuesta;
Y sino, despues de amarga
Vida ¡ qué suerte la espera !
Dª. CLARA. Eso si, tú siempre... Vamos,
Se conoce que no apruebas
Mi eleccion.
Dª. INÉS. ¿ No he de aprobarla ?
Sí, prima; y no te parezca

Las mismas debilidades
Que á los demas nos molestan ?
D. CLARA. Practicando la virtud.
D. INÈS. Si, la virtud; pero esta
Virtud en todas las clases,
La hallarás, lo cual es prueba,
De que el hombre santifica
El estado, no que sea
El estado quien le dé
Las perfecciones que tenga.
D. CLARA. ¡ Dudas que en las religiones...
D. INÈS. ¡ Cómo es fácil que pudiera
Dudar de esto ? Yo conozco
Religiosas muy perfectas;
Muchas, no todas, que tienen
Una virtud verdadera,
Que son, digámoslo así
Angeles acá en la tierra;
Si, pero tambien he visto
En casadas y doncellas
Mucha religion, honor
Recogimiento, prudencia,
Resignacion y alegria
En los males que nos cercan.
En una palabra, he visto

Que yo la repugne en tí
Porque á mi no me convenga.
Yo, que me conozco, y veo
Mi débil naturaleza,
Llena de temor, elijo
La ménos difícil senda.
Tú vas por otra, y vas bien,
Si tienes constancia y fuerzas,
Y mucha virtud, que al fin
La perfeccion está en ella.

Dª. CLARA. Eso apetezco, esa es
La felicidad que anhela
Mi corazon.

Dª. INÉS (*con ironía*). ¡ Qué bien haces!

Dª. CLARA. Allí viviré contenta.

Dª. INÉS. Y aun aquí no vives triste.

Dª. CLARA. ¿ Cómo ?

Dª. INÉS. Digo, que no dejas
De procurar distracciones...

Dª. CLARA ¿ Qué quieres decir ?

Dª. INÉS. Honestas,
Se supone.

Para mas confusion vuestra,
Que todos sirven á Dios
Cuando servirle desean.

D. CLARA. Pero no me negaras
Es vida menos expuesta
La que yo elijo.

D. INÈS. Seria;
Por lo menos imprudencia
Querértelo persuadir :
Si tu inclinacion es cierta
Síguela, pero no juzgues,
Que quien no te imita, yerra.
No hay estado que se oponga
A la moral mas austera ;
Y sólo es mejor aquel
Que se admitió sin violencia.
Casada yo con un hombre
A quien el amor me uniera,
Cumpliendo de esposa y madre
Obligaciones estrechas,
Puedo ser tan virtuosa
Como tú con la correa
Tu escapulario, tus tocas,
Y tus felpas de estameña.

Dª. CLARA. Pero...
Dª. INÉS. Anoche,
Con aquel tiple y aquellas
Coplas... ¡ Tal cual ! Ello sí,
Cantaron mil desvergüenzas ;
Pero la sierva de Dios
Allí se estuvo muy quieta...
Y hubo tosecilla y...
Dª. CLARA. Calla,
Que te arrancaré la lengua.

ESCENA IX.

DON MARTIN, PERICO, DOÑA CLARA, DOÑA INÉS.

(*Perico sale vestido ridículamente con casaca, manguito y baston, un parche en un ojo, y cojeando.*)

D. MARTIN. Entrad, caballero. Niñas...
(*Vanse doña Clara y doña Inés.*)
PERICO. Pues aquí teneis la esquela.
(*Le da la esquela á don Martin.*)
D. MARTIN. Si me permitis...
PERICO. Leed.
(*Lée don Martin. Perico se pasea y se limpia el sudor con un pañuelo.*)
D. MARTIN. ¡ Válgame Dios !
PERICO ¿ Qué os inquieta ?
D. MARTIN. ¿ Con que el pobre don Lorenzo...
PERICO. Sí, amigo, ! quién lo dijera !
Despues de diez años largos
Que no le he visto, se acuerda
De morirse... ¡ Es mucho trago !
Y ahí es decir que me queda
Otro hermano.
D. MARTIN. ¿ Luego vos
Sois su hermano ?
PERICO. Un mes me lleva.
Yo me llamo don Sempronio
De Hinestrosa ; mi parienta
Se llama doña María
Godinez Ribadeniera ;
De mis hijas, la mas gorda

Se llama doña Teresa;
La menor, doña Guiomar;
Y entrambas por consecuencia
Son sobrinas del difunto.

D. MARTIN. ¿Murió?

PERICO. No; pero sospechan
Que morirá... Si quereis
Entregarme lo que reza
El papelito.

D. MARTIN Al instante,
Voy allá...
(*Hace que se va, y vuelve.*)
Pero ello es fuerza
Que hiciese algun disparate
Al comer.

PERICO. Sino que sea
Que ayer tarde merendó
Un cochinillo con setas...

D. MARTIN. Eso basta.

PERICO. Ya se ve
Que basta y sobra, y pudiera
Ser suficiente á matar
Al Convidado de piedra.

D. MARTIN. Cierto que ha sido un...

PERICO. Anoche
A eso de las once y media
Le entró tal calenturon,
Que pensamos que se fuera
Por la posta... Convulsiones,
Hipo, delirio... ¡Tremenda
Noche! Todos aturdidos,
Toda la casa revuelta...
Juntáronse tres doctores,
De los de mas reverendas,
Que tienen atarugadas
De difuntos las iglesias... (1)

(1) *He aquí lo que se lée en la copia primitiva del autor, ántes de pasar por la censura* :

Comenzaron á tratar,
De la dignidad excelsa
Del arte, su antigüedad

Todo se volvio visages,
Y polvos, y citas griegas!
Pero viendo que el paciento
No mejoraba con ellas,
Le recetaron la uncion,
Y... tomaron las pesetas

D. MARTIN. ¡ Que desgracia !

PERICO. La mayor
Que sucedernos pudiera...
Si me quereis despachar...

D. MARTIN. (*Hace que se va, y vuelve.*)
La pobre doña Vicenta
¿ Cómo está ?

PERICO. ¿ Cómo ha de estar?
Traspasada... Si quisiérais
Despacharme...

D. MARTIN. Sí, al momento
Iré, si me dais licencia,
Á buscar ese dinero.

PERICO. Id con Dios.

Sus notorias preeminencias
Y blasones, despreciando
Bisturí, vendaje y tienta;
Todo se volvió dicterios
Bramidos y citas griegas;
Pero cuando se acordaron
Del enfermo, allí fué ella;
Allí fué sacar retazos
Vengan al caso ó no vengan
De Hipócrates el divino
Y una infinita caterva
De homicidas, que trataron
De cólicas verdinegras;
Dale con el mesenterio
El piloro, las vertebras,
El tejido celular
Y la hemorroidal interna;
Y dale con que si el clister
Fué invencion de la cigüeña.
Enfin, viendo que el paciente
No mejoraba con esas,
Le recetaron la uncion
Que es para el alma muy buena.

ESCENA X.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO. Tenemos hechas
Mil diligencias. La niña
Mas blanda está que una breva.
D. CLAUDIO, (*desconociéndole.*)
¡Periquillo!
PERICO. El mismo soy.
D. CLAUDIO. He vuelto á saber qué nuevas...
PERICO. Bien está.
D. CLAUDIO. Pero ¡qué traje,
Hombre!...
PERICO. Vamos, no se pierdan
Los instantes. La monjita
Por vos se deshace y quema.
Á la siesta no salgais,
Que ha de venir á esta pieza
Á hablar con vos del asunto
Matrimonial.
D. CLAUDIO. Sí ¿De veras?
PERICO. De veras... Pero id al cuarto,
Que si don Martin nos viera
Hablar, éramos pedidos.
Al cuarto.
CLAUDIO. Pero ¿qué intentas?
PERICO. Al cuarto.

ESCENA XI

PERICO, DON MARTIN.

D. MARTIN. Pues aquí está
(*Le da un papel con dinero.*)
Todo, y en buena moneda.
Contadlo.
PERICO. No, ¿para qué?
D. MARTIN. Sí, contadlo, que pudiera
Haber equivocacion.
PERICO. ¿Y las niñas están buenas?
(*Se pone á contar el dinero sobre la mesa.*)
D. MARTIN. Sin novedad.

PERICO. ¡Cuántas veces
Me escribió mi hermano de ellas!
D. MARTIN. Pues apénas las conoce.
PERICO. No importa para que sepa
Sus prendas y las estime.
Uno, dos, tres... ¿Ya no piensa
Doña Clarita en casarse?
D. MARTIN. ¡Ay! no, señor; esa lleva
Otro destino mejor.
PERICO. ¿Con que al fin está resuelta
A dejar el siglo? ¡Bueno,
Bueno, bueno!... Y dos son treinta:
Treinta y uno, treinta y dos,
Treinta y tres... Y mas valiera
Que la imitase su prima
D. MARTIN. No es para malas cabezas
Esa vocacion.
PERICO. Ya sé
Que es un poquillo sardesca;
Pero su padre...
D. MARTIN. ¡Su padre!
Siempre estamos en quimera
Por eso.
PERICO. Cuarenta y ocho.
Cuarenta y nueve, cincuenta.
(*Envuelve el dinero en el papel y le guarda.*)
Cabal está... Sí, don Luis
No tiene aquella prudencia,
Aquel tino... Con que, amigo...
D. MARTIN. Dad á la madre abadesa
Memorias, y vos mandad.
PERICO. Sólo serviros desea
Don Sempronio de Hinestrosa.
D. MARTIN. Me holgara de que pudiera
El pobre enfermo escapar.
PERICO. Es muy duro de cabeza,
Y si da en que no ha de ser,
Se habrá de morir por tema.
D. MARTIN. ¡Pobre mozo!
PERICO. Sí por cierto,
D. MARTIN. Permitid...
(*Don Martin quiere irle acompañando y él lo rehusa.*)

PERICO. No ; que es molestia.
D. MARTIN. Hasta la puerta no mas.
PERICO. Vos haréis que no me mueva
De aquí,
D. MARTIN. Pues mandad, y á Dios.
(*Vase por la puerta del lado izquierdo y despues Perico por la derecha.*)
PERICO. Esto sí qne me contenta.
La muchacha ya nos quiere,
El viejo dió las pesetas,
Don Claudio revive, y yo
Tenga mi cobranza cierta.
Fortunilla, no te mudes
De madre mimoma en suegra.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CLARA, LUCIA, DON CLAUDIO.

(*Estarán cerradas las ventanas, y el teatro oscuro. Doña Clara y Lucía se encaminan hácia la puerta del cuarto de don Claudio.*)
Dª. CLARA. Pisa quedito, no sea
Que la gente alborotemos.
LUCÍA. Mucho temo que nos pillen.
Dª CLARA. Chito.
LUCÍA. Si apénas resuello.
Dª. CLARA. Mira si aguarda don Claudio.
LUCÍA. Alla voy.
(*Lucía se adelanta, llama, y sale don Claudio.*)
Si sale el viejo
Y en estos malos fregados
Coge á la niña, ¡qué bueno
¡Don Claudio!
D. CLAUDIO. ¿Quién es?
LUCÍA. Salid.

D. CLAUDIO. Ya te sigo; pero llevo
Un miedo que es un horror?...
LUCÍA. No temais, que á mayor riesgo
Nos esponemos nosotras.
Vos sois hombre de provecho,
Y os importarán muy poco
Treinta palos mas ó ménos.
Aquí está.
Dª. CLARA. Señor don Claudio.
D. CLAUDIO. Doña Clara, mucho os debo,
Mucho, mucho...
Dª. CLARA. Ten cuidado
No nos oigan y lo echemos
Todo á perder.
(*Lucía se retira*).
Periquillo
Me habló del cariño vuestro.
Yo vengo á saber de vos
Si lo que asegura es cierto;
Porque me admira infinito
Que un hombre... que un caballero
De prendas, así varie
De inclinaciones tan presto.
Mi prima, ¿en qué desmerece
Para que os deba un desprecio?
¿Es ménos linda que yo?
D. CLAUDIO. Es que no consiste en eso,
Sino...
Dª. CLARA. ¿Pues en qué consiste?
D. CLAUDIO. Yo, acá, bien me lo comprendo;
Pero no me sé explicar.
Tiene doña Inés un cierto
No sé qué, que no me gusta.
La verdad... Yo no me meto
En si es bonita ó es fea,
En si tiene ó no buen genio,
Pero...
Dª. CLARA. Ved que vuestro padre
Aprueba este casamiento,
Y á este fin os envió.
D. CLAUDIO. Pero bien, si no la quiero.
Dª. CLARA. Yo no alcanzo la razon.

D. CLAUDIO. No yo tampoco lo entiendo.
Ella es muy buena muchacha,
Muy honrada, no lo niego;
En fin, yo...
Dª. CLARA. Mucho arriesgais,
Don Claudio; pues al saberlo
Mi padre, el vuestro, y mi tio,
Se habrán de enfadar por ello,
Y con razon.
D. CLAUDIO. ¿Y qué importa?
Dª. CLARA. Y daréis un sentimiento
Á mi prima.
D. CLAUDIO. ¡Eh! Doña Inés,
Segun lo que en ella veo
No podrá sentirlo mucho.
Dª. CLARA. ¿Porqué no?
D. CLAUDIO. Porque sospecho
Que no me quiere gran cosa.
Dª. CLARA. Si á vuestros merecimientos
Igualara su pasion,
Mucho debiera quereros...
Pero es menester tambien
Para amar entendimiento.
D. CLAUDIO. ¡Oh, si fuera como vos!
Dª. CLARA. Yo, don Claudio, no pretendo
Canonizar mi conducta
A costa de su desprecio.
Solo sé que de las dos
Es tan diferente el genio,
Tan opuestas las costumbres,
Que en nada nos parecemos.
Esto habrá dado ocasion
Para que algunos sugetos
De prendas muy estimables
(Tal vez sin yo merecerlo)
Pongan los ojos en mí;
Pero, don Claudio, os protesto
Que, ingrata á su amor, hallaron
Sólo indiferencia y tedio.
Siempre retirada en casa,
Sin dar que decir al pueblo,
Mis galas son este, traje

Humilde, mis pasatiempos
La devocion, la lectura
De libros santos y buenos;
Y aun así... ¡ Somos tan malos !...
Mas no todas hacen esto.
Mi prima... Es al fin mi sangre,
Y sobre todo, no quiero
Que nadie piense de mí
Que sus acciones reprendo.
Jesus ! eso no.

D. CLAUDIO. Es verdad;
Pero acá bien conocemos
Lo que va de prima á prima,
Ese garbito, ese aseo,
Ese modo de mirar,
Doña Clara, ¡ es mucho bueno !

Dª. CLARA. Y sobre todo, don Claudio,
La virtud, recogimiento
Y santo temor de Dios
Es lo principal. Yo veo
Muchas de mi edad (y acaso
Tengo bien cerca el ejemplo)
Que interpretando á su modo
Procederes deshonestos,
Llaman cultura y donaire
Lo público del exceso,
Lo escandaloso del vicio...
¡ Ay, mi don Claudio, qué tiempos
Alcanzamos !... Ya se ve,
¡ El mundo, el mundo !

D. CLAUDIO. Ello es cierto
Que se ven cosas que pasman...
(*Ap.* Si dura el sermon, reviento.)

Dª. CLARA. Por eso, no haciendo cuenta
Ni de los bienes que heredo
En Sevilla, ni pagada
De amorosos rendimientos,
Blandas caricias que tanto
Pueden en mi débil sexo,
Un claustro fué mi eleccion.

D. CLAUDIO. Con que al fin...

Dª. CLARA. Ántes des ver...

D. CLAUDIO. ¿Y despues?
Dª CLARA. Mucho os estimo,
Don Claudio.
D. CLAUDIO. Pero pensemos...
Dª. CLARA. Si es verdad que me quereis...
D. CLAUDIO. ¿Si es verdad? ¿Pues no ha de serlo?
¡Toma! ¿Quereis que lo jure?
Dª. CLARA. ¡Jurar! ¡ay Dios! no por cierto:
Vaya ¡jurar!
D. CLAUDIO. Pues amiga,
Una vez que resolvemos
Casarnos, y está el asunto.
De tal manera. .
Dª CLARA. Hablad quedo.
D. CLAUDIO. Que importa la diligencia
Y... ¡Vaya! Como están ellos
En que os habeis de...
(*Sale Lucía apresurada: al quererse entrar sale doña Inés. Lucía se aparta á un lado, la deja pasar y se va.*)
LUCIA. Señora,
Que viene gente. Escapemos
Aprisa.

ESCENA II.

DOÑA CLARA, DON CLAUDIO, DOÑA INÉS, DON MARTIN.

Dª INÉS. ¿Quién anda aquí?
¿Es Clara?
Dª. CLARA. Callad.
D. CLAUDIO. Me alegro.
(*D. Claudio tropieza en una silla y cae con ella, se aturde, y no, acierta á su cuarto.*)
Dª. INÉS. ¿Quién es?
D. CLAUDIO. Ya he perdido el tino;
Me pillaron, esto es hecho.
Dª. CLARA. Callad.
D. MARTIN. ¡Que no han de dejarme
(*Al oirse adentro las voces de don Martin, suena ruido de abrir ventanas.*)
Nunca dormir con sosiego!

Dª. CLARA. Mi padre... Somos perdidos.
Ya no hay escape... Este viejo
De... ¡Por vida!...

ESCENA III.

DOÑA CLARA, DON CLAUDIO, DOÑA INÉS, DON MARTIN.

(*Al salir don Martin abre una de las ventanas, y se ilumina el treato.*)

D. MARTIN. ¿Qué bolina
Anda por aquí, qué estruendo?
¡Hola don Claudio! ¿Qué haceis
Aqui?

D. CLAUDIO. ¿Yo qué culpa tengo?...
(*Vase, y entra en su cuarto.*)

D. MARTJN. ¡Qué respuesta!... ¿Y la Inesita?

Dª. INÉS. Si acabo de entrar.

D. MARTIN. Lo creo.
¿Y tú?

Dª. CLARA. Lo mismo... Yo acabo
De entrar... Estaba leyendo
En Kempis, y el escuchar
Este ruido, vine luego
A ver quien era.

D. MARTIN. ¿Ello el cabo,
Inesita, no sabremos
La verdad?... ¿Pues quien estaba
Aqui? ¿quién? Dilo.

Dª. INÉS. Yo entiendo
Que sin duda era don Claudio
Con mi prima.

Dª. CLARA. ¡Bueno es eso!
¿Inés, yo?...

ESCENA IV.

LUCÍA, DOÑA CLARA, DOÑA INÉS, DON MARTIN.

LUCÍA. ¿Qué ha sido?

D. MARTIN. Nada;

Cosa de poco momento.
Que estaban hablando á oscuras
Mi sobrina y el monuelo
Botarate de don Claudio.
¡Qué libertades! ¡qué excesos!
Y echa la culpa á su prima.

Dª. CLARA. ¿Piensas de mí?...

Dª. INÉS. Yo no pienso
Mal de nadie; pero digo
Las cosas como las veo.

D. MARTIN. ¿Con que habrá sido esta niña?

Dª. INÉS. Puede ser.

D. MARTIN. ¡Que atrevimiento!

Se encamina colérico hácia doña Inés, y doña Clara le detiene.

Mira...

Dª. CLARA. Dejadla... Bien haces,
Inés, yo te lo agradezco.
Bien haces, que soy muy mala;
Prima, muy mala... No tengo
Disculpa, acúsame mas,
Cúlpame, que mas merezco
Por mis pecados.

D. MARTIN. ¿Y tienes
Corazon para estar viendo
Sin confundirte?...

Dª. INÉS. Si yo...

Dª. CLARA. No os enfadeis, dad asenso
A cuanto diga, señor.
Si yo misma lo confieso
Que soy muy gran pecadora.
Dios ha elegido este medio
Para probarme... Creed
Cuanto dice... O á lo ménos
Perdonadla, perdonadla,
(*Se arrodilla, y llora.*)
Querido papá.

Dª. INÉS. ¡Que extremo
De iniquidad!... ¿Es posible,
Clara?...

D. MARTIN. Vete, que no quiero
Verte, picarona... Vete.

Dª. INÉS. Advertid...

D. MARTIN. Huye al momento
De mi presencia...¡Embustera!
¡Basilisco! Alza del suelo,
(*Levanta á doña Clara, y la abraza cariñosamente.*)
Hija de mi corazon,
No llores, que me enternezco,
Y sé tu virtud... ¡Qué envidia
La teneis todos!
Dª. INÉS. No puedo
Sufrir mas. (*Vase.*)
D. MARTIN. Anda, que yo
Contaré todo el suceso
A tu padre... Lo sabrá,
Sí, lo sabrá, sin remedio,
(*Abre Lucía la otra ventana.*)
Lo sabrá.
Dª. CLARA. No, padre mio,
Por Dios...
D. MARTIN. Vamos allá adentro,
Niña, vamos...
(*Cogiendo de la mano á doña Clara.*)
Lo sabrá,
Yo se lo diré bien presto,
Yo se lo diré.
Dª. CLARA. Señor...
D. MARTIN. Yo se lo diré.

ESCENA V.

LUCÍA, DON CLAUDIO.

LUCÍA. ¡Qué enredo
De los diantres inventó!
D. CLAUDIO, *asomándose á la puerta de su cuarto.*)
¿Se han ido ya?
LUCÍA. Ya se fueron,
¿No lo veis?
D. CLAUDIO. ¿Y en qué quedamos?
LUCÍA. En que supo revolverlo
Doña Clara de tal modo,
Que va el padre hecho un veneno,

Creyendo que doña Inés
Fué la culpada.

D. CLAUDIO. ¡Qué ingenio
Tiene! Vaya, si es muy guapa...
Con que di, ¿cómo podremos
Hablarnos y ventilar
Este asunto?... Que me temo
Que no ha de llegar á colmo.

LUCÍA. Yo, señor, si en algo acierto
A serviros...

D. CLAUDIO. La dirás
Que estoy á todo dispuesto,
Que haga de su capa un sayo (1)...
Y que era preciso vernos
Otra vez, y hablar, y...

LUCÍA. Bien.

D. CLAUDIO. Pues bien.

LUCÍA. ¿Veis este pañuelo
Qué roto y qué malo está?

D. CLAUDIO. Á fe que no es nada nuevo.

LUCÍA. ¿Estáis en que os serviré
Con solicitud y esmero?

D. CLAUDIO. Sí, ya estoy.

LUCÍA. ¿Que mediaré
Siempre con igual empeño
En vuestro favor?

D. CLAUDIO. Se entiende.

LUCÍA. ¿Y que guardaré el secreto?

D. CLAUDIO. Preciso.

LUCÍA. Pues si tuvierais
Ahí á mano algun dinero...
Poco... como medio duro...

D. CLAUDIO. Precisamente no tengo.

LUCÍA. Vaya que sí.

D. CLAUDIO. No, de véras.

LUCÍA. Vaya que sí.

D. CLAUDIO. ¿Quieres verlo?
Si llegan á doce cuartos
(*Saca el bolsillo y cuenta unos cuartos.*)

(1) *Hacer de su capa un sayo*, es el derecho que cada cual tiene de hacer lo que le parezca bajo su responsabilidad.

Será mucho... Quince y medio.
Tómalos.

LUCÍA. ¡Qué tiñería!

D. CLAUDIO. ¿No los quieres?

LUCÍA. Sí, los quiero.
(*Toma los cuartos y se los guarda.*)
Vengan... ¿Pero me daréis
Despues...

D. CLAUDIO. Sí, yo te lo ofrezco.

LUCÍA. ¿El medio duro?

D. CLAUDIO. Un doblon
Te tengo de dar lo ménos,
Cuando mi padre me envíe
Algun socorro.

LUCÍA. Ya entiendo.
Pues cuidado. Agur.

D. CLAUDIO. Á Dios.

ESCENA VI.

DON CLAUDIO, PERICO.

D. CLAUDIO. ¡Hombre, qué falta me has hecho!

PERICO. He tenido ocupaciones
Muy graves... Ahí os entrego
La citada carta. (*Le da una carta.*)

D. CLAUDIO. Venga.

PERICO. Ítem mas: vuestro prendero
¡Gran picaron! me ha leido
Una lista de tres pliegos,
En que consta lo vendido,
Prestado, empeñado, y resto.

D. CLAUDIO. ¿Hay hombre mas fastidioso?

PERICO. Como pide su dinero,
No es extraño que fastidie.
Y pues ha salido á cuento,
Yo tambien quiero pediros
(Aunque os fastidie por ello)
Alguna ayuda de costa.

D. CLAUDIO. Vamos, calla, no gastemos
El tiempo.

PERICO. Es que me debéis

Catorce duros, lo ménos.
D. CLAUDIO. Ya me enfadas.
PERICO. Es que salgo
Mañana de aquí, y no puedo
Esperar.
D. CLAUDIO. Ó calla, ó vete.
PERICO. Es que desde el mes de enero
Del año pasado, estoy
Como un esclavo sirviendo
Al señor don Claudio Pérez,
Y me ha dado en este tiempo,
Á cuenta de mis salarios,
Percances y emolumentos,
La cantidad de cuarenta
Y dos reales; añadiendo
Á esta suma unos calzones
Verdes, que segun sintieron
Los peritos...
D. CLAUDIO. Si no callas,
Una zurra te prometo
Solemne.
PERICO. ¿Zurra? Acabóse.
Yo me vengaré en silencio.
Y puesto que Periquillo,
Indigno lacayo vuestro,
Tiene en su poder la suma
De tres mil y cuatrocientos
Reales de vellon...
D. CLAUDIO. ¿Qué dices?
PERICO. Por legítimo derecho
Habidos...
D. CLAUDIO. ¡Calle! ¿Con qué...
PERICO. Y no me pagáis, y en premio
De mis servicios recibo
Amenazas y denuestos,
Y...
D. CLAUDIO. ¡Periquito!
PERICO. Ya caigo.
¡Periquito! y á buen tiempo.
D. CLAUDIO. Si...
PERICO. No, señor, se acabó:
(Quiere irse, y don Claudio le va deteniendo.)

Soy un bergante.
D. CLAUDIO. Dejemos
Eso, y díme...
PERICO. ¡Picardía!
¡Á un hombre de mi talento
Y mi probidad, tratarle
Como no se trata á un negro!
D. CLAUDIO. Aunque no me lo des todo...
PERICO. ¿Todo? Sí, ya estoy en eso.
D. CLAUDIO. Pero siquiera...
PERICO. Este mozo
Necesita mucho arreglo.
Casa atrasada, que pide
Juez interventor.
D. CLAUDIO. Entremos
Á mi cuarto, y me dirás
Por dónde ha venido el cuervo,
Y... Vamos, allí se hará
La distribucion.
PERICO. Veremos.
D. CLAUDIO. ¿Pues qué, no has de darme?
PERICO. Poco.
D. CLAUDIO. Anda, que...
PERICO. El mucho dinero
Es causa de muchos vicios,
Nos hace ingratos, soberbios,
Insufribles, tontos...
D. CLAUDIO. Álguien
Viene... Mira que te espero.
PERICO. Bien está.
D. CLAUDIO. Por Dios no dejes
De...
PERICO. Quedo enterado... Adentro.

ESCENA VII.

PERICO, DON LUIS.

D. LUIS. ¡Oiga! ¿Ya estás por acá,
Inocente? ¿Qué hay de bueno
En Ocaña? ¿Cómo dejas
Á tu señor?

PERICO. Gordo y fresco.
D. LUIS. ¿ Te dió carta para mí ?
PERICO. Dice que por el correo
Os escribió, y no le ocurre
Nada que decir de nuevo.
Para el señorito traigo
Cuatro letras.
(*Éntrase Perico en el cuarto de D. Claudio.*)
D. LUIS. Bien.

ESCENA VIII.

DON LUIS, LUCÍA.

D. LUIS (*sentándose junto á una mesa*).
No puedo
Tranquilizarme. Asegura
Tanto mi hermano el suceso...
Sí, mejor es... La criada
Podrá servir á mi intento,
La sorprenderé... No es cosa
Ántes de saber si es cierto...
Pero si lo fuese, y tantos
Años y tantos desvelos
Se malograsen... Lucía ! (*Llama.*)
¡ Cuál será mi sentimiento !
¡ Oh juventud ! ¡ oh temible
Juventud !... Disimulemos.
(*Sale Lucía.*)
LUCÍA. ¿ Qué mandáis, señor?
D. LUIS. Te hago
Salir aquí porque tengo
En la cabeza una idea,
Y decírtela pretendo...
Sé tu honradez, y presumo
Que contigo nada arriesgo.
LUCÍA. Sí, señor, bien os podéis
Fiar de mí.
D. LUIS. Así lo creo.
Ya has visto como don Claudio
Pasó de Ocaña á Toledo,
Y habrás conocido bien,
Como todos, el objeto

De esta venida, aunque á nadie
Se lo dije, previniendo
Lo que nos sucede ya.
Inés no le quiere, y veo
Que el carácter de uno y otro
Son de tal modo diversos,
Que fuera temeridad
Seguir adelante en ello.
Esto me da pesadumbre,
Porque si á Ocaña le vuelvo,
Su padre lo sentirá.
Es mi amigo, sé su genio,
Y tal vez podrá creer
Que esta boda se ha deshecho
Por mí, sin mirar las causas
Que me han obligado á hacerlo.
Yo... ¿ Qué quieres que te diga?
Por todas partes encuentro
Dificultades. Mi hermano
Tan obstinado, tan necio...
¡ Sacrificar á su hija
De ese modo !... Te confieso
Que á no saber con certeza
Que Clara le tiene afecto,
Y él la corresponde, nunca
Hubiera pensado en ello;
Pero pudiendo casarla
Con la ocasion que tenemos
En la mano...

LUCÍA. Ya se ve,
En siendo un partido bueno...

D. LUIS. Pues estamos... ¿ Y cuál puede
Hallarse mejor ?

LUCÍA. Es cierto.

D. LUIS. Ella conoce muy bien
Los procederes violentos
De su padre; disimula...
¿ Y qué ha de hacer?

LUCÍA. ¡ Tal empeño
De señor ! ¡ Querer por fuerza
Que se pudra en un encierro !
Pero sí, lo que ella dice :

Un año falta lo ménos
Para profesar, y un año
Da lugar á mil proyectos.

D. LUIS. Si por esa friolera
Que hubo esta tarde, se ha puesto
Furioso, desesperado...
Yo me levanté el primero,
Escuché desde esa pieza,
Y al cabo todo el misterio
No era nada... Si se quieren,
¿No han de procurar los medios
De hablarse? ¿No es natural
Que se aprovechen del tiempo
Mas oportuno?

LUCÍA. Así es.
Yo por mi parte la absuelvo.
Pero fué temeridad
Exponerse á tanto riesgo;
Porque si mi hermano llega
Mas pronto y con mas silencio,
Y descubre que es su hija,
De un golpe la hubiera muerto.

LUCÍA. ¡Ay, señor, que todavía
No se me ha quitado el miedo!

D. LUIS. Ya se ve, como no tienen
Ocasion... Cuando queremos
Una cosa, se atropella
Por todo... Los devaneos
De los mozos no me admiran,
Y aunque ya pasó, me acuerdo
Que en mi juventud no fuí
Ningun padre del desierto.

LUCÍA. Ella está que se desvive
Por él.

D. LUIS. Yo no desapruebo
Del todo esa inclinacion;
Bien que el asunto es muy serio,
Y se debe proceder
Con madurez... Pero temo
No lo echen todo á perder...
¿Y cuál es su pensamiento?

LUCÍA. Como salió don Martin

Á lo mejor, no hubo tiempo
De nada; pero el criado
De don Claudio es muy travieso,
Y él se encargará de todo;
Porque predicar convento
Es necedad.

D. LUIS. Ya lo sé.

LUCÍA. Jamas ha pensado en ello
Doña Clara; pero quiere
Esperar la suya, y luego...

D. LUIS. Ya se ve... Pero el criado
¿Qué ha de saber? ¿Qué talento
Tiene, ni qué?.. No, señor,
Así no va bien... Yo espero
Hallar un medio mejor...
Yo lo pensaré... Y quedemos
En que á nadie has de decir
Cosa ninguna.

LUCÍA. Os prometo
Que no chistaré.

D. LUIS. Cuidado
Con hablar... Y tambien quiero
Que si determinan algo,
Me avises; porque recelo
Que si no se les dirige,
La yerren de medio á medio.
Son muchachos, no reparan
En nada... Pero silencio;
Ya lo he dicho.

LUCÍA. Bien está.

D. LUIS. Pues vete, no te echen ménos
Tus amas.

(*Vase Lucía.*)

Cayó en el lazo.
Así podré contenerlos.
No se determinarán
Á un atentado, creyendo
Que estoy de su parte, y pueden
Valerse de mi consejo
Y mi autoridad... En tanto
No faltará algun pretexto
Para apartarle de aquí.

Ella es muy astuta, y temo
Que... ¡Yo solo!... Harto difícil
Ha de ser... Pero ¡qué enredos
(*Levántase.*)
De niña! ¡Qué educacion!
¡Qué frutos vamos cogiendo!
¡Y ¡Inés! Y mi pobre Inés!
¡Válgame Dios!

ESCENA IX.

DON LUIS, PERICO.

D. LUIS. ¿Está adentro
Don Claudio?
PERICO. En su cuarto queda,
Sí, señor; está leyendo
Un libro...
D. LUIS. ¿Qué libro?
PERICO. Aquel
De Marcolfa y Cacaseno.
Se divierte... ¿Mandáis algo?
D. LUIS. Nada; que te vayas presto.
PERICO. Con vuestra licencia...
(*Haciendo cortesías.*)
D. LUIS. Vete.
No gusto de cumplimientos.
Vete.
(*Vase Perico por la puerta de la derecha.*)

ESCENA X.

DON LUIS, DON MARTIN.

D. MARTIN. ¿Has salido de casa?
D. LUIS. Si quieres algo, voy luego
Á salir.
D. MARTIN. Sólo que veas
Si alguna razon tenemos
De Sevilla. Y no te canses
En buscar en el correo
Las cartas, que allí no hay nada;
Ya está visto... Si á don Diego

El chantre no le han escrito
Algo, ó... mira, ahora me acuerdo,
Tal vez don Juan, como tiene
Amistad y parentesco
Con los dos testamentarios,
Sabrá decir qué hay en esto.
Yo no salgo, porque estoy
Ocupado en ese enredo
De las cuentas del monjío... (1)
¡Es buena cosa por cierto!
Á Dios.

(*Hace que se va, y vuelve.*)

Pero ¿qué salida
Ha dado tu agudo ingenio
Sobre el lance de esta tarde?
Ya se ve; los documentos
Morales, la permitida
Libertad, el trato honesto,
La contemplacion, el mimo
De su padre... no hay remedio:
¿Qué ha de resultar?... Preciso:
Infamias y desenfreno,
Y escándalos...

D. LUIS. Mejor es
Callar.

D. MARTIN. Y procedimientos

(*Don Martin se pasea, don Luis quiere responderle y se contiene.*)

De libertinaje... Y yo
Soy tonto, y soy majadero,
Y no sé mi obligacion...

(1) *En el original primitivo, se lee ademas*

Y suben!... Que, sin consuelo,
No, las monjitas ya saben
Vender la toca á buen precio.

D. LUIS. Eso si.

D. MARTIN Pero los otros...
Nos avisan de que ha muerto
El primo, y sin enviar
La copia del testamento,
Ó siquiera una razon
De lo que deja dispuesto,
Se están con tanta paciencia

Ya se ve, como no leo
Libros, y no sé de mundo,
Ni tengo instruccion, ni entiendo
Nada de cosa ninguna...
Y con este humor tan negro
Que Dios me dió, no es extraño
Que incurra en mil desaciertos,
Y haya educado tan mal
Á tu sobrina. Yo siento
Mucho que la tonta quiera
Vivir en un monasterio,
Porque al lado de tu hija
Pudiera en muy poco tiempo
Adelantar... Estos hombres
Sabios, doctos, estupendos,
Que nada ignoran, y nadie
Sabe lo que saben ellos,
¡Qué lástima no aplicarlos
Á rectores de colegios!

D. LUIS. Vamos, Martin, no me apures
La paciencia... ¿No podremos
Vernos jamas sin que haya
Quimeras y sentimientos?

D. MARTIN. Yo lo digo, como eres
Tan letrado y tan...

D. LUIS. Dejemos
Eso por Dios.

D. MARTIN. Y tan hábil,
Y... Vaya, si te molesto,
Callaré.

D. LUIS. Sí, me molestas.

D. MARTIN. Pues, de hoy mas, alto silencio.
Una cosa te queria
Decir, pero ya la dejo,
Á bien que á mí no me importa.

D. LUIS. ¿Y qué cosa?

D. MARTIN. Un chisme, un cuento.

D. LUIS. ¿Será algun otro delito
De Inés?

D. MARTIN. No, del caballero
De Ocaña don Claudio.

D. LUIS. ¿Y qué?

D. MARTIN. Ayer encontré á un sugeto
Que sabe todas sus maulas.
Dice que no hay en Toledo
Mayor calavera; dice
Que entre los bailes, juego,
Las meriendas en el rio,
Las tremolinas y excesos
Cotidianos, ha gastado
Todo lo suyo y lo ajeno;
Que le han heredado en vida
Chalanes, bodegoneros,
Rufianes y pelanduscas.
¿Qué te parece?
D. LUIS. Lo creo.
El muchacho es abonado
Para todo.
D. MARTIN. Yo celebro
Mucho tu serenidad.
D. LUIS. ¿Qué quieres? ¿que alborotemos
La casa?
D. MARTIN. No; pero...
D. LUIS. Á mí
Nada me coge de nuevo.
Si es un bien, le sé gozar;
Si es un mal, busco el remedio;
Y si no le tiene, sé
Sufrir, y sufro en silencio.
D. MARTIN. Sentencias y mas sentencias,
Muy erudito y muy lerdo.
Ahí tienes á tu querida
Inesita, al embeleso
De su padre. Á Dios.
(*Hace que se va.*)

ESCENA XI.

DOÑA INÉS, DON LUIS, DON MARTIN.

D.ª INÉS. Señor...
Mucho me alegro de veros
Juntos.
D. MARTIN. ¿Sí? Pues nos verás

Separados al momento.

(*Don Martin quiere irse, y le detiene doña Inés.*)

D.ª INÉS. No, señor, no os vais; delante
De vos aclarar pretendo
Un engaño que me ofende.

D. MARTIN. Pues, sobrinita, ahí te dejo
Á tu padre. Cuanto quieras
Le puedes mentir sin miedo;
Anchas tragaderas tiene,
Y tú un piquito muy bello.
No haré yo falta.

D.ª INÉS. Esperad.

D. MARTIN. Lo dicho dicho. Hasta luego.

ESCENA XII.

DON LUIS, DOÑA INÉS.

D. LUIS. ¿Lloras, Inés?

D.ª INÉS. Pues, señor,
¿No he de llorar? ¿Cómo puedo
Sufrir una acusacion,
Que apoya con tal empeño
Mi tio?... ¿Seré insensible?...

D. LUIS. Eres muy niña, y el tiempo
Te enseñará á conocer,
Con dolorosos ejemplos,
Que la inocente virtud
Es muchas veces objeto
De la envidia, la venganza,
Y el encono mas perverso...
Pero, Inés, para vencer
Todo su furor, tenemos
Una conciencia segura,
Y hay un Dios que la está viendo.

D.ª INÉS. ¡Padre!

D. LUIS. ¡Mi querida Inés!

(*Abazando á doña Inés.*)

D.ª INÉS. Pero ¿sabéis el suceso?

D. LUIS. Lo sé, nada ignoro ya.
Todo cuanto me dijeron
Contra ti, calumnia ha sido.
Tu padre está satisfecho,

¿ Quieres mas ?

D.ª INÉS. Eso me basta.

D. LUIS. Era imposible un exceso
Tan culpable en tu prudencia,
En tu decoro, en tu honesto
Proceder... Con que ya ves
Que el llorar no viene á cuento,
Á no ser que... Pero no.

D.ª INÉS. ¿ Qué decís ?

D. LUIS. Que fueran zelos.

D.ª INÉS. ¡ Zelos ! ¿ Y de quién ? ¿ De un hombre
Tan aturdido, tan lleno
De extravagancias ?

D. LUIS. Sería
Mucha locura en efecto.

D.ª INÉS. Bien sabéis lo que os he dicho
Acerca de él, lo que pienso
De su conducta, y que sólo
Pudiera vuestro precepto
Obligarme...

D. LUIS. No, hija mia.
¿ Obligarte ? No lo intento.
Tu padre es tu amigo, y quiere
Que vivas feliz... Ni debo
Corresponder de otro modo
Á tu amor y tu respeto.
No te casarás con él,
No será tu esposo un necio
Sin virtud y sin honor.
Él sale.

D.ª INÉS. Me voy adentro,
Si lo permitís.

D. LUIS. ¿ Ni verle
Quieres ?

D.ª INÉS. Señor, no lo puedo
Remediar, es insufrible.

ESCENA XIII.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

D. CLAUDIO (*aparte*). ¿ Aun no se ha marchado el viejo ?
¡ Qué posma !

D. LUIS. ¿Y qué es lo que escribe
Tu padre?
D. CLAUDIO. Que se ha resuelto
Á venir, y que mañana
Por la noche nos veremos,
Ó esotro dia á comer.
D. LUIS. Gran placer me da con eso.
D. CLAUDIO. Y á mí.
D. LUIS. Somos muy amigos...
Y habrá diez años, lo ménos,
Que no le he visto... sí habrá.
D. CLAUDIO (*aparte*). ¿Por qué no se estará quieto
En su lugar?
D. LUIS. ¿Qué decias?
D. CLAUDIO. Nada, que estoy muy contento.
D. LUIS. Pues es menester que tú,
Mañana en amaneciendo,
Montes á caballo y vayas
Á recibirle. Este obsequio,
Como que sale de ti,
Le agradará.
D. CLAUDIO. Ya lo veo,
Pero yo... Si puede ser
Que se detenga en Ciruelos.
D. LUIS. Y bien, allí le hallarás.
D. CLAUDIO. Es que el cura es algo nuestro;
Como primo de mi madre
Viene á ser... Sí, dicho y hecho,
Primo... No hay mas que son primos.
D. LUIS. ¿Y qué importa el parentesco
Para que salgas mañana?
D. CLAUDIO. Es que si... Pero no puedo
Ciertamente, porque...
D. LUIS. ¿Tienes
Que visitar al enfermo
De anoche? Perico irá
Contigo... Ve disponiendo
Lo que hubieres menester.
Si quieres mis dos podencos,
Te los daré.
D. CLAUDIO. ¿Para *qué*
Tengo de llevar los perros

D. LUIS. Para cazar.
D. CLAUDIO. Yo no gusto
De cazar.
D. LUIS. Pues no por eso
Te detengas, no los lleves.
D. CLAUDIO ¿No es mejor estarnos quedos,
Si él al cabo ha de venir?
D. LUIS. Pues porque ha de venir, quiero
Que salgas á recibirle;
Si no viniera, ¿á qué efecto
Era el salir?
D. CLAUDIO. (*Aparte.* ¡Qué manía!)
Si estoy sin botas.
D. LUIS. Yo tengo
Botas, y te las daré;
Y espuelas, y silla y freno,
Y látigo... No hará falta
Nada, nada.
D. CLAUDIO. Lo agradezco.
¿Y dónde he de hallarle?
D. LUIS. Tú
Sigue el camino derecho,
Y al cabo darás con él.
Ello es menester hacerlo;
Con que á las cuatro podrás
Salir, y gozar el fresco
De la mañana.
D. CLAUDIO. Si está
Nublado.
D. LUIS. No tengas miedo.
D. CLAUDIO. ¿Y si en medio de esos trigos
Nos descarga un aguacero?
D LUIS. Llevad las capas.
D. CLAUDIO. Estoy
Tan malo...
D. LUIS. ¿De qué?
D. CLAUDIO. Del pecho.
D. LUIS. ¡Aprension! Luego que salgas
Al campo, te pones bueno.
(*Vase por la puerta del lado derecho.*)

ESCENA XIV.

DON CLAUDIO, DOÑA CLARA.

D. CLAUDIO. Se fué... ¡Cuidado que es chasco!
¡Se habrá visto tal empeño!
D.ª CLARA. Aguardando que se fuera
He estado para poderos
Hablar.
D. CLAUDIO. Pero ¿y don Martin?
D.ª CLARA. Está en su cuarto escribiendo;
No hay que temer.
D. CLAUDIO. No volvamos
Á la de márras.
D.ª CLARA. Ya dejo
Centinela.
D. CLAUDIO. Pues, amiga,
Este don Luis es un terco.
Pues no le ocurre al maldito...
D.ª CLARA. Ya lo sé; si he estado oyendo
La disputa.
D. CLAUDIO. Y bien, ahora
¿Qué se ha de pensar, qué haremos?
Mi padre viene... Por fuerza
Viene... ¡Toma! Ya le siento
Llegar.
D.ª CLARA. Por eso conviene
Aprovechar los momentos.
D. CLAUDIO. Pero si quiere que salga
Mañana.
D.ª CLARA. Yo ya le entiendo.
Él nos quiere separar;
Es malicioso en extremo...
Y el fuego de amor, don Claudio,
Mal puede estar encubierto.
Pero en fin, á vos os toca,
No á mí, procurar los medios
Mas conducentes. Obrad
Con actividad, y espero
En Dios que ha de coronar
Nuestros designios honestos.
D. CLAUDIO. Ya se ve, que aquí no vamos

Á hacer ningun gatuperio,
Sino á casarnos no mas;
Sólo que yo me recelo...
D.ª CLARA. ¿Qué receláis?
D. CLAUDIO. ¿Qué sé yo?
Pero, amiga, si me meto
En este embrollo y despues
Lo huelen... Como tenemos
Tantos avizoradores
Encima, y como...
D.ª CLARA. ¡Qué necios
Temores en un amante!
D. CLAUDIO. Y como despues me quedo
Solo, porque Periquillo
Se va sin falta.
.ª CLARA. ¿Á qué efecto
Se va, ó adónde?
D. CLAUDIO. Á Madrid,
Sobre encargos que le ha hecho
Mi padre, y para que lleve
Al abogado unos pliegos
Que importa que no se pierdan;
Porque como tiene el pleito
Con el alcalde mayor
Dos años ha, sobre aquello
De la viña del juncar...
Y el agente es un mostrenco,
Que está la mitad del año
Fuera, y la mitad enfermo,
Quiere que Perico vaya
Á ver...
D.ª CLARA. ¿Y lo dejaremos
Así, don Claudio? Y si el otro
Se va, ¿no tendréis aliento
Para nada?
D. CLAUDIO. Sí, señora;
Pero es menester primero
Ir allá á casa de un quídam,
Para que le consultemos...
D.ª CLARA. Pues, don Claudio, en tales casos
La prontitud, el secreto
Y la prudencia...

D. CLAUDIO. ¡ Prudencia !
Bastante prudencia tengo,
Lo que sobra... Pero el diablo
Lo enreda, y...
D.ª CLARA. Mirad que el tiempo
Es precioso, que mañana
Os vais, que viene á Toledo
Vuestro padre ; á mí me quieren
Sepultar en un convento...
No nos veremos jamas,
Y me perderéis, y os pierdo.
D. CLAUDIO. Pues bien, al instante voy
Á salir, á ver si encuentro
Á ese muchacho.
D.ª CLARA. Avisadme
De lo que hubiereis dispuesto
D. CLAUDIO. De preciso.
D.ª CLARA. No perdáis
La fortuna que os ofrezco;
Hagamos las diligencias,
Y obre Dios.
D. CLAUDIO. ¡ Es gran proyecto !
Pero no se ha de lograr.
D.ª CLARA. Y si nosotros queremos,
¿ Quién lo ha de impedir ? Mi padre
Se pondrá furioso, y luego
Habrá de ceder... Si acaso
Teméis que os azote el vuestro...
D. CLAUDIO. ¿ Qué me ha de azotar ?... Sí, ¡ toma !
Mi padre es un pobre viejo,
Con mas vanidad y mas
Trampas, y anegado en pleitos
Que le desuellan... Don Luis
No sabe palabra de esto.
Pero, amiga, si no fuera
Porque es del ayuntamiento,
Y á cuantos encuentra al paso
Los lleva á la cárcel presos,
Y luego sudan... ¡ por fuerza !
Para salir, no hay remedio...
Si el año que por desgracia
No multamos, no comemos.

D.ª CLARA. Pues bien ¿ qué os detiene ?
D. CLAUDIO. Á mí
Me detiene... Yo me entiendo,
Porque al cabo es un embrollo
Del demonio, y tengo un miedo
De que...
D.ª CLARA. Bien está, don Claudio.
Si vuestro amor fuera cierto,
Él diera resolucion
Para mayores empeños.
Ya os conozco; bien está.
(*En ademan de irse : don Claudio la detiene.*)
D. CLAUDIO. Clarita, vaya.
D.ª CLARA. ¡ Perverso !
D. CLAUDIO. ¡ Morenilla !
D.ª CLARA. ¡ Seductor !
D. CLAUDIO. Oye.
D.ª CLARA. No, no quiero veros.
D. CLAUDIO. Calla, pobrecita mia.
D.ª CLARA. Dejadme. Á Dios.
D. CLAUDIO. Acabemos
De una vez esas angustias,
Y haya paz.
D.ª CLARA. ¡ Ay ! ¡ Cómo puedo
Hallar paz, si el corazon
Se rompe dentro del pecho !
¡ Qué léjos estaba yo
De saber amar, qué léjos !
Sola, ignorante, apartada
De los lazos lisonjeros
Que ofrece el mundo, ¿ quién pudo
Hacer que cayera en ellos ?
Por vos mi quietud perdí;
Por vos, ingrato, me veo
Apartada de la senda
De perfeccion, y este ciego
Amor me arrastra, y no deja
Lugar al entendimiento.
¡ Qué desengaño !... ¡ Y qué tarde
Viene !... Pero ¿ á quién me quejo ?
Yo soy la culpada... Quise
A un hombre, y este es el premio...

Son fementidos, y vos
Falso, mas que todos ellos (*Llora.*)
Cobarde, inflexible al llanto
De una infeliz.

D. CLAUDIO. Por san Pedro
Que no sé lo que me pasa
Ni á qué son esos extremos.
Si digo que voy allá,
Que entre los dos... En efecto,
Ello hoy mismo se ha de hacer;
Y aunque despues eche ternos
Vuestro padre, y rabie el mio,
Y don Luis se caiga muerto,
Si nos casamos, de todo
Lo demas se me da un bledo.
Y no haya mas, ni lloréis
Así, que ya me enternezco...
¡Cáscaras! Si estoy que no
Me llega la ropa al cuerpo
Hasta ver en qué quedamos...
Voy á la consulta, y vuelvo.

(*Se va don Claudio por la puerta de la derecha. Doña Clara sonriéndose se enjuga las lágrimas, y se va por el lado opuesto.*)

D.ª CLARA. Anda con Dios... Ya parece
Que se le ha quitado el miedo.
Valen mucho unos suspiros
Bien ponderados y á tiempo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

PERICO, DOÑA CLARA.

PERICO. Rendido estoy. ¡Qué malditas
(*Siéntase.*)
Callejuelas! Empinadas,
Tuertas, angostas... ¡Por cierto

Que los trabajos que pasa
El que sirve á un loco ! Pero,
Como dicen en Ocaña,
A buen bocado, buen grito
¡ Oh señorita !
(*Sale doña Clara. Perico se levanta.*)

D.ª CLARA. ¿ Aquí estabas ?
PERICO. Vengo en busca de don Claudio,
Que me dijo...
D.ª CLARA. No está en casa.
PERICO. Si me dijo que viniese
Volando, que me esperaba...
D.ª CLARA. Pues no ha venido.
PERICO. Á buscarle.
(*Hace que se va, y vuelve.*)
D.ª CLARA. Pero ¿ en qué estado se hallan
Esas cosas ? ¿ Qué ha resuelto ?
PERICO. ¡ Ay señora de mi alma !
Que don Luis nos descompone
Nuestro plan.
D.ª CLARA. No temas nada.
PERICO. ¡ Ay señora ! que mi amo
En cada paso se atasca,
Se atolondra... Hemos corrido
La ciudad y su comarca.
Buscando á un cierto don Lúcas,
Muy amigo y camarada,
Hombre de bien, si los hay,
Que para estas zalagardas
De bodorrios clandestinos
No tiene igual en España.
Le hablamos, nos dió un consejo,
Y en verdad que no se halla
Otro mejor.
D.ª CLARA. Pues á mí
Me ocurre... Sí... Y eso basta.
Una obligacion...
PERICO. Seguro.
D.ª CLARA. De matrimonio, firmada
Por los dos...
PERICO. Pues si es la idea
De don Lúcas.

D.ª CLARA. Si llegara
El caso de que mi tio
Maliciase lo que pasa,
Hecho y firmado el papel...
PERICO. Hatillo, y salto de mata (1).
D.ª CLARA. Bien que... Mira, de ningun
Modo ha de salir mañana.
PERICO. Se entiende.
D.ª CLARA. Y si nos apuran,
Fuga, depósito.
PERICO. ¡ Oh Clara
Prudentísima y sutil !
Eso ha de ser.
D.ª CLARA. Si le falta
Dinero...
PERICO. ¿ No ha de faltarle ?
¿ Pues bolsa mas apurada
Que la suya, quién la vió ?
D.ª CLARA. Yo tengo algunas alhajas
Que empeñar, cuyo valor
Para cuanto ocurra alcanza;
Y una vez fuera de aquí,
Y libre de esta canalla
Que me cerca...
(*Al ver doña Clara á don Martin que asoma por la puerta de la izquierda, fingiendo no haberle visto, prosigue sin turbarse lo siguiente del diálogo, mudando el tono y la accion.*)
Sólo siento,
¡ Sábelo Dios !... que no hayan
Seguido mi parecer.
Yo he querido ser descalza,
Porque á mas austeridad,
Mayor corona se aguarda ;
Pero en mí no hay albedrío,
Y debo hacer lo que manda
Mi papá.
PERICO. ¿ Y á qué demonios
Viene... ¡ Hay hembra mas bellaca !
(*Ve á don Martin, y finge igualmente no haberle visto.*)
Y dice bien que es locura.

(1) *Salto de mata*, huída ó escape por temor del castigo.

Una niña delicada
Como vos... ¡Eh! no, señor;
Las penitencias relajan
La salud, siendo excesivas.
Ya probaréis lo que anda
Por allá, y en siendo monja
Negra, cenicienta ó blanca,
Calzada y todo, veréis
Qué trabajillos se pasan.
¿Es cosa de chirinola (1)
Vivir siempre emparedada?
¿Sin una pizca de coche,
Sin un palmo de ventana?
¿Comer en cifra (2) y cenar
Acelgas y remolachas?
¡Ahí es un grano de anis!

D.ª CLARA. Con este lenguaje engaña
El enemigo á los hombres.

En el original primitivo del autor, se lée este trozo con las siguientes variantes que la censura de aquel tiempo no podia consentir:

Y no es mala circunstancia,
Para ser bueno, estar bueno;
No pienses que Dios se enfada
Porque gastemos zapatos
Ó chinelas ó alpargatas.
Ademas, que en siendo monja
Negra, cenicienta ó parda,
Calzada y todo, veréis
Qué trabajitos se pasan.
¿Es cosas de chirinola,
Vivir siempre emparedada?
¿La castidad, la obediencia,
La pobreza voluntaria,
Y estar maullando el latin
De la noche á la mañana?
¡Ahí es una bagatela!
Y si echáis la sobrecarga
De mas ay unos, mas rezos,
Cilicios y zurribandas,
No hay monja para dos dias.

(1) *Chirinola*, bagatela, broma.

(2) *Comer en cifra*, es decir, comer brevemente, con parsimonia; hacer penitencia.

Difícil nos pinta y ardua
La senda del bien, y así
Del sumo bien nos aparta.

ESCENA II.

DON MARTIN, DOÑA CLARA, PERICO.

D. MARTIN. Vamos, niña, ya te he dicho
Que estos extremos me cansan.
Pues no, bien claro te habló
El padre fray Gil... ¡ No es nada!
¡ Capuchinita se quiso
Meter ! Es cosa muy santa,
¿ Quién lo duda ? Pero debes
Considerar, que no alcanzan
Todas una resistencia
Tan grande y tan continuada
Como allí se necesita.
¿ Qué la sucedió á sor Blasa
De la Trasverberacion ?
Bien te acuerdas que muchacha
Tan robustona, tan fuerte...
Perdió el color y las ganas
De comer... Vómitos, flatos,
Ya la purgan, ya la sangran,
Ya va mejor, ya peor ;
Al año y medio que estaba
En el convento, murió.
PERICO. Don Martin, aconsejadla,
Desimpresionadla bien.
D. MARTIN. ¿ Quién eres tú ?
PERICO. Soy de casa,
Periquillo.
(*Hace una cortesía, y se va por la puerta de la derecha.*)
D. MARTIN. ¡ Ah ! sí, el criado
De don... Á Dios. Buena traza
Tiene ese mancebo... No,
Y en lo que te dijo hablaba
Como un libro. Con que vamos,
Ya te he dicho que no hagas
Calendarios, ¡ he ! que estás

Tristona y desmejorada
De pensar en eso: ¿entiendes?

D. LARA. Sí, señor.

D. MARTIN. Despues que vayas
Conociendo aquellas cosas,
Le darás á Dios mil gracias
De estar allí. Y no te empieces
Luego con extraordinarias
Penitencias á afligir,
No, señor... Ser moderada,
Obediente, calladita,
Acudir á lo que mandan
Las superioras, tratar
Á las otras como hermanas...

D.ª CLARA. Sí lo son en el Señor.

D. MARTIN. Pues por eso digo. Amarlas
Mucho... Y no meterse en chismes
Ni rencillas, nada, nada
De eso. Ser muy puntual
En todo aquello que encarga
La regla: sí, pues en esto
Estriba ser buena y santa.
Porque sino, el enemigo...

D.ª CLARA. (*Fingiendo excesiva timidez* (1).)

(1) *En el original del autor se lee lo siguiente, probablemente suprimido por la censura:*

D.ª CLARA. ¡Ay padre! eso no. —¡Qué horror!
Si estoy atemorizada
De un ejemplo que he leido
Muy espantoso.

D. MARTIN. Di, vaya,
Di el ejemplo si te acuerdas.

D.ª CLARA. Pues dice que allá en Italia,
En un convento de monjas
(Y no sé si eran bernardas),
En un pasillo tenian
Una cruz de caravaca;
Y una monja muy devota
Luego que se levantaba
Iba á hacer tres reverencias
Á la cruz cada mañana.
Una vez dejó de hacerlas,
Porque atravesó una gata
Con un pedazo de congrio

D. MARTIN. Aguarda
La ocasion, y...
D.ª CLARA. ¡ Dios nos libre !
D. MARTIN. Lazos y redes nos arma (1).

En la boca; ella irritada,
Ya se ve, no se acordó
De qué allí la cruz estaba;
Cogió un látigo y marchó,
Las faldas arremangadas
Tras de la gata golosa;
Y aquella misma semana
Una leguita que habia,
De vida muy arreglada,
Oyó de noche una voz
Que dijo, como se hallaba
En duda la salvacion
De la madre sor fulana.
Refirióselo á la otra,
La cual, viendo la amenaza
Del cielo, se arrepintió
De su culpa y murió santa.
D. MARTIN. ¿ Pues no te lo dije yo?
Es menester mucha maña
Porque sino, el enemigo..

(1) *El original del autor añade* :

D. MARTIN. En hallando descuidada
Á la pobre religiosa,
Con él está siempre en arma,
La destruye, y cuantas veces
Viendo que su astucia es vana,
No pudiendo mas, las pilla
Del hábito, las arrastra
Por la celda, las azota,
Las muerde, y luego las baja
Á la puerta y las zambulle
De cabeza en una charca!
Pues mil veces lo he leido
En los libros : no, no es chanza.
D.ª CLARA. ¡ Ay papá!
D. MARTIN. Pero estas cosas,
Á quien de véras se aparta
Del mundo, no deben darle
Susto ni desconfianza;
Al contrário, ten valor,
Que hallándote preparada,
El diablo poco podrá
Ofenderte.
D.ª CLARA. Dios lo haga.

D.ª CLARA. Como el traidor sólo busca
La perdicion de las almas,
La carne es frágil, y el siglo
Todo engañifas y trampas...
Ay, papá!
(*Asiendo de las manos á don Martin.*)

D. MARTIN. Calla, hija mia,
No te atemorices, calla;
Ten resolucion, que el diablo
Se vuelve á puertas cerradas,
Como dijo el otro.

D.ª CLARA. ¡Somos
Tan débiles!

D. MARTIN. Vaya, vaya,
No mas... ¡Qué diantre! No puede
Uno decirla palabra
Sin que... (*Ap.* ¡Pobrecita!...) ¡Eh! voy
A ver si tenemos cartas
De Sevilla. Se lo dije
Á mi hermano, y como gasta
Aquella sorna, me hará
Rabiar ántes que las traiga.

D.ª CLARA. La mano, papá.
(*Se arrodilla, y le besa la mano.*)

D. MARTIN. Á Dios, niña.

D.ª CLARA. Él nos conserve en su gracia.
Voyme á la oracion mental,
Que hoy viérnes será muy larga.

ESCENA III.

DON MARTIN, DON CLAUDIO.

D. MARTIN. Esto se llama virtud,
Lo demas es patarata.
Ya se ve, todo consiste
En una buena enseñanza.
(*Al irse don Martin por la puerta de la derecha, tropieza con don Claudio, que sale apresuradamente.*)
¡Hombre, que... Pero ¿por qué
No miras?...

D. CLAUDIO. No reparaba.

D. MARTIN. Reparar.
D. CLAUDIO. Vengo de prisa.
D. MARTIN. ¡ Calavera !
D. CLAUDIO. Como entraba
De prisa.
D. MARTIN. ¿ Y á qué vendrán
Esas prisas ?
D. CLAUDIO. ¿ Quién pensara
Que estuvierais tan al paso ?
D. MARTIN. ¡ Badulaque ! (*Vase.*)
D. CLAUDIO. Nada falta
Sino que Perico venga
Y acabemos la maraña.
¿ Periquillo, estás ahí ?
(*Se entra en su cuarto y cierra por dentro.*)

ESCENA IV.

DOÑA CLARA, DON LUIS.

D.ª CLARA. Don Claudio... digo... Yo entrara,
(*Se encamina al cuarto de don Claudio, halla cerrada la puerta, duda y observa por un lado y otro si álguien la ve.*)
Pero... Cerró... No, no puede
Ser... Si me espero á que salga...
Todo es peligros... ¡ Qué vida
Esta tan desesperada !
Presa, oprimida, estudiando
Templum templi y *laudo laudas*,
Y *quis vel qui* (1). Pero no,
No perdamos la esperanza ;
Por hoy paciencia, que ya
Será otra cosa mañana.
Pues, ¿ no lo dije ?
(*Mirando á la puerta del lado derecho, por donde sale despues don Luis.*)
D. LUIS. ¿ Qué buscas ?
D.ª CLARA. ¡ Válgame Dios !
(*Hace que busca por el suelo alguna cosa, despues quiere irse, y don Luis la detiene.*)

(1) Estas palabras latinas son ejemplos de la gramática.

D. LUIS. ¿ Qué ?
D.ª CLARA. Buscaba
Una estampa muy devota
Que me dió el padre Berlanga,
Y ni sé dónde la... ni...
¡ Cuánto siento no encontrarla !
D. LUIS. ¿ Te vas ? Ven aquí.
D.ª CLARA. Señor.
D. LUIS. Ven acá. ¿ Por qué te extrañas
Así ? Cuando nos juntamos
En la mesa, no me hablas,
Y despues, ó estás metida
En tu cuarto, ó si me hallas,
Huyes de verme... ¿ Qué es esto ?
¿ Conmigo tan enfadada ?
D.ª CLARA. ¿ Enfadada ? No, señor.
D. LUIS. ¿ Al tiempo que te separas
De tu familia, y nos dejas
Para siempre, así me tratas ?
D.ª CLARA. Perdon, mi querido tio,
Perdon.
(Quiere arrodillarse y D. Luis lo estorba.)
D. LUIS. ¡ Ay niña ! levanta,
Que no gusto de eso. Díme...
Pero quisiera que hablaras
Con ingenuidad. ¿ Estás
Contenta ?
D.ª CLARA. Siento en el alma
Un gozo, que no es posible
Explicarle con palabras.
D. LUIS. Yo presumí que el temor
Á tu padre fuese causa
De callar y darle gusto,
Aunque hubiese repugnancia
En ti.
D.ª CLARA. ¡ Cómo ! No, señor.
D. LUIS. Las hijas bien educadas
Hacen tales sacrificios
Muchas veces.
D.ª CLARA. En mi falta
Ese mérito.
D. LUIS. ¿ Por qué ?

D.ª CLARA. Porque no me venzo en nada.
Doy gusto á mi padre, y sigo
Mi vocacion.
D. LUIS. ¡ Cosa extraña !
D.ª CLARA. ¿ Pues esto os puede admirar ?
No lo entiendo.
D. LUIS. Una muchacha
Bonita, de genio alegre,
Que por instantes aguarda
Heredar un patrimonio
En que mire asegurada
Su fortuna, ¿ se desprende
De todo, renuncia tantas
Felicidades, se encierra
En una celda, se aparta
Del mundo? No hay medio, ó es
Muy embustera ó muy santa.
Pero díme, si no es esa
Tu inclinacion, ¿ por qué engañas
Á quien te puede servir,
Á quien te quiere en el alma
Á pesar de tus defectos?
¿ Aun no te dan estas canas
Bastante seguridad ? (1)

(1) *En el original hay añadido lo siguiente :*

D. LUIS. Si tu padre por su rara
Condicion, te da temor
¿ Por qué á mí no me declaras
Tus intenciones ? ¿ Soy yo
Tu enemigo? ¡ Qué ! ¿ no bastan
El parentesco, la edad,
El amor, las circunstancias
Que ocurren, para que dejes
Conmigo de ser ingrata ?
¿ No me dirás la verdad?
D.ª CLARA. Yo, señor, no oculto nada.
D. LUIS. Pero si la suerte hiciese
Que se te proporcionara
Alguna colocacion
Pudiera.....
D.ª CLARA. ¿ Yo ser casada?
No, señor.
D. LUIS. ¿ Tanto aborreces
Ese estado ?
D. CLARA. Soy muy mala

D.ª CLARA. Pero ¿ quién os dice...
D. LUIS. ¡ Ingrata !
D.ª CLARA. ¡ Por cuántos medios procura
El enemigo que caiga
En el pecado !... Pues no,
No ha de rendir mi constancia ;
Que Dios...
D. LUIS. Oyes, niña, mira

Soy muy mala, sí, señor :
Dejadme, que Dios me llama
Por esta senda; dejadme;
Allí el mérito se labra
Con la mortificacion;
Allí viviré apartada
Del siglo, donde es peligro
Todo, é ilusiones vanas.
D. LUIS. Sí, donde todo es peligro
E ilusion, y donde tantas
Virtudes verás tambien,
Virtudes las mas sagradas
Que inspira naturaleza;
Virtudes que al contemplarlas
Con atencion, se ve en ellas
La felicidad cifrada
De los estados ; virtudes,
No estériles, no encerradas
En un sepulcro : ¡ Qué orgullo
Es el nuestro ! ¡ Oh ! qué ignorancia !
Unos sólo ven horror
En el claustro ; desgraciadas
Víctimas, celo imprudente,
Seduccion, vana observancia,
Ambicion, desobediencia
Al príncipe; otros se apartan
Del mundo para lograr
El derecho que buscaban
De abominar á los hombres;
Nada es bueno si no alcanzan
Su aprobacion : sólo en ellas
La virtud se ve extractada.
¡ Ah ! Quien de véras la busque
Confesará que se halla
En una y en otra parte,
Á pesar de cuanto claman
La impiedad y el fanatismo :
Verá cuán pura y cuán santa
Cuán humilde es la virtud :
Y si en él acaso falta.
Verá á lo ménos que debe
Conocerla y adorarla.

Que yo no gusto de maulas.
¿ Á mí te vienes con frases
De mision?... Eh ; no me hagas
Enfadar. Si yo te falto,
¿ Quién con mayor eficacia,
Con mas cariño, sabrá
Defenderte de la extraña
Tenacidad de tu padre,
Vencer su cólera, y cuantas
Ocasiones se presenten
Oportunas emplearlas
En tu favor? Este empeño,
Nacido de su ignorancia,
Y el plan que has seguido, haciendo
La gazmoña y la beata,
Te han reducido á tal punto,
Que no sé yo cómo salgas ;
Pero al fin es tiempo ya
De que se acabe esta farsa ;
Es tiempo de que conozca
Tu padre que no te agrada
La vida contemplativa ;
Que tu inclinacion te llama
A otro estado en que podrás
Vivir contenta y honrada,
Como buena madre, y buena
Esposa, y buena cristiana.

D.ª CLARA. ¡ Yo ! ¿ Qué decís?...

D. LUIS. Si no quiere
Entenderlo, si desbarra
Como suele, en mí tendrás
Todo el apoyo que basta,
Y... Vamos, es menester
No hacerse la mojigata ;
No mentir, no aparentar
Perfecciones que te faltan...
Tenerlas y no fingirlas.

D.ª CLARA. Pero, señor...

D. LUIS. Si llegaras
Á ocultar (que no es posible)
Toda la flaqueza humana,
Con diabólico artificio,

Que el vulgo ignorante aplauda;
Aunque seduzcas al mundo,
¡ Infeliz ! á Dios no engañas.

D.ª CLARA. Pero ¿ no sabré de dónde
Nace este error ? ¿ Qué malvada
Lengua os informa de mí ?
¿ Quién me calumnia y me infama ?
Pero no... Yo la perdono ;
Es mi prima y eso basta,
Y ántes perderé la vida
Que ofenderla.

D. LUIS. ¿ Qué artimaña
Es esa ? ¿ Á qué viene ahora
Mezclar á tu prima en nada ?

D.ª CLARA. Es muy diverso su modo
De pensar ; es muy contrária
Á su conducta la mia.
Cada accion, cada palabra
Que advierta en mí, pensará
Que es una censura amarga
De sus deslices... ¡ Qué mal
Me conoce ! ¡ Qué mal paga
Mi cariño !... Pues si somos
Frágil barro, ¿ quién extraña
Que ceda á la tentacion
El mas prevenido, y caiga ?
Y cuando para sufrirla
Los vínculos no bastaran
De la sangre, ¿ olvidaria
Yo la caridad cristiana ?...
¿ No sabré (si Dios me asiste)
Padecer y perdonarla ?

D. LUIS. Acabemos, lengüecita
De víbora, que me falta
Ya el sufrimiento... Si quieres
Hacer el papel de santa
Bendita, con ese amor
Y esa caridad que gastas,
Vete, que en vez de engañarme,
Cólera y tedio me causas.

(Doña Clara hace una reverencia en ademan de irse. Don Luis la coge de la mano, se reprime, y la habla con expresion cariñosa.)

Mi amistad, mi proteccion
Te ofrezco, y todo se acaba
Si quieres ser con tu tio
Humilde, sencilla y franca.
Yo disiparé el peligro
Urgente que te amenaza;
Yo haré que ni la opinion
Pública te culpe en nada,
Ni tu padre se disguste
Á vista de tal mudanza.
Jóvenes hay en Toledo
De buena sangre, de honradas
Prendas, y alguno hallaremos
Para ti.

D.ª CLARA. ¡Qué temeraria
Proposicion!

D. LUIS. ¿Cómo?

D.ª CLARA. ¿Yo,
Señor?...

D. LUIS. ¡Pues qué!

D.ª CLARA. ¿Yo casada?

D. LUIS. ¿Con que no?

D.ª CLARA. Conozco y huyo
Las vanidades mundanas...
Tengo ya mejor esposo.

D. LUIS. Bien está.
(*Inquieto y reprimiendo el enojo.*)

D.ª CLARA. Que no se cansa
De amar.

D. LUIS. Muy bien.

D.ª CLARA. Y con premios
Eternos corona y paga
Los afanes de esta vida
Transitoria.

D. LUIS. ¿Sí? Pues anda...
Vete de aquí... Y nunca, nunca
Me vuelvas á hablar palabra...

D.ª CLARA. Bien, señor.
(*Hace una cortesía y se va.*)

D. LUIS. Nunca, porque
No sé si tendré templanza

Para sufrirte... ¡ Embustera !
¡ Oh virtud, cómo te ultrajan !

ESCENA V.

DON LUIS, PERICO.

PERICO. Ahí he encontrado en la puerta
Á un mozo con esta carta
(Le da una carta.)
De parte de... ¿ Cómo dijo ?
De...

D. LUIS. ¿ De don Juan de Miranda ?

PERICO. Cierto... que ha venido inclusa
En otra que le enviaba
El mismo sugeto.

D. LUIS. Sí.

PERICO. Que perdonéis la tardanza,
Porque hoy ha comido fuera,
Y no ha vuelto por su casa
Hasta las tres.

D. LUIS. ¿ No te ha dicho
Don Claudio...

PERICO. ¿ Lo de la marcha
Sí, señor, si ya está todo
Prevenido.

D. LUIS. La criada
Se levantará temprano...
Oyes, y quiero que vayas
Con él. ¿ Entiendes ?

(Vase don Luis por la puerta del lado izquierdo.)

PERICO. Ya estoy.

ESCENA VI.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO. ¡ Calle ! que tiene cerrada
La puerta.

(Se acerca á la puerta de don Claudio, y hallándola cerrada llama.)

¡ Señor ! .. Perico.

D. CLAUDIO. Vamos, que ya te esperaba
Con impaciencia.
PERICO. ¿Y qué ha habido?
D. CLAUDIO. Que está la paz ajustada
Con el prendero. Él se lleva
Las cosas algo baratas,
Pero al cabo yo no habia
De poder desempeñarlas,
Con que... Y sobre todo, habiendo
Apuros, nadie repara.
¿Y la vieja?
PERICO. Mi señora
Doña Brígida Menchaca,
Viuda reverenda, dice:
Que hará lo que se la manda,
Por caridad, por serviros,
Porque no quiere que haya
Escándalos...
D. CLAUDIO. Muy bien.
PERICO. Pero
Digo que allí no se trata
Mas de que por una noche
Tenga la niña posada
Segura, y al otro dia
Testigos, clérigo, y arda
Bayona.
D. CLAUDIO. Pues ya.
PERICO. Y supongo
Que tenemos despachada
La escritura del papel.
D. CLAUDIO. Aquí está.
(*Da un papel á Perico*)
PERICO. ¡Viveza extraña!
D. CLAUDIO. Ahi he puesto los regalos
Que la hago yo. Doña Clara
Pondrá lo que á mí me dé,
Firma luego, y santas pascuas.
PERICO. (*Lee el papel y le guarda.*)

« Yo, don Claudio Meliton Pérez y Peréz, caballero hijodalgo, natural de Ocaña; y yo, doña Clara Francisca Bustillo, doncella toledana. Estando en perfecta salud y con nuestro cabal entendimiento, hacemos de mancomun la

presente obligacion de contraer himeneo marital y consorcio de primeras nupcias, al instante, ó cuanto mas presto fuere posible; que tal es nuestra última voluntad. Y queremos ser obligados por justicia, si alguno de nosotros se llamase antana, lo que Dios no quiera ni permita, amen. Y amen de esto, nos hemos dado mano y palabra y nos hemos dado otras frioleras, las cuales van puestas al fin de esta escritura, por modo de inventario. Fecha en Toledo, etc. — Yo don Claudio Meliton Pérez y Pérez, caballero hijodalgo, natural de Ocaña. »

Lindamente, y está todo
Dicho con suma elegancia.
¿ Son estas las frioleras ?

(*Don Claudio saca un envoltorio de papel y Perico le guarda.*)

D. CLAUDIO. Esas son.

PERICO. Pues á buscarla.

(*En ademan de irse.*)

ESCENA VII.

LUCÍA, DON CLAUDIO, PERICO.

PERICO. ¿ Qué tenemos, chica ?

LUCÍA. Sólo
Deciros que doña Clara
Está que se desespera.

PERICO. Pues ya voy á consolarla.

LUCÍA. Dice que si habéis resuelto
Algo...

PERICO. Y mucho, y que no falta
Ya sino...

(*Hace que se va, y vuelve.*)

Di, ¿ la Inesita
Y su padre están de guardia,
De modo que yo no pueda
Entrar sin llevar sotana ?

LUCÍA. No temas.

PERICO. Es que al señor
Don Luis, con aquella pausa
Le tengo un miedo cerval.

LUCÍA. Cuando he venido quedaba
En su cuarto; doña Inés

Está cosiendo en la sala
Del jardin.

PERICO. ¿ Sí ? Pues logremos
La ocasion, no se nos vaya.

ESCENA VIII.

DON CLAUDIO, LUCÍA.

LUCÍA. ¿ Y qué habéis dispuesto ?

D. CLAUDIO. Yo,
Mujer, no dispongo nada...
Ello, ó me caso, ó el diablo
Viene y tira de la manta.

LUCÍA. Es que don Luis... Pero cuenta,
Que os lo digo en confianza...
Cuidado.

D. CLAUDIO. Bien.

LUCÍA. Ya lo sabe
Todo, y como...

D. CLAUDIO. ¡ Qué desgracia !

LUCÍA. Lo sabe ; pero...

D. CLAUDIO. ¿ Lo sabe,
Vamos, ya me...

LUCÍA. Es que mi ama ..

D. CLAUDIO. No hay que hacer... Somos perdidos.
Preciso... Salto de mata ..
¿ Qué tengo ya que esperar ?

LUCÍA. Pero escuchad lo que pasa,
Y despues...

D. CLAUDIO. Cierto ; y despues
Vendrá el viejo, se lo planta
Al otro viejo, y me meten
Entre puertas, y...

LUCÍA. No hay nada
De eso. Al contrário. Don Luis
Está en serviros, y trata
De que os caséis.

D. CLAUDIO. Pues ya estoy ;
Por eso es toda la rabia.
Porque él me quiere casar
Con aquella remilgada

De Inés, y yo no la quiero.
LUCÍA. Si no es eso.
D. CLAUDIO. ¿Y lo callabas,
Mujer?... ¿Y no me lo has dicho
Dos horas ha?... Corre, llama
Á Perico.
LUCÍA. Si no es eso.
D. CLAUDIO. Voy á ver si en la posada
Encuentro mulas... Sí, vamos,
Si yo lo premeditaba,
Si lo dije, si Perico
Me ha metido en esta danza.
LUCÍA. Si no me queréis oir.
Si es locura declarada
La que tenéis. Si don Luis
Está de enojo que salta
Contra su hermano, porque
Mete monja á doña Clara.
Si el mismo don Luis me ha dicho
Que era mejor os casarais
Con ella. Si me mandó
Que no os dijera palabra,
Porque él sabrá disponerlo
Con su hermano, sin que haya
Peloteras, y os caseis
De bien á bien. Si él se encarga
De todo, ¿á qué viene ahora
Esa furia?
D. CLAUDIO. Á que pensaba
Que... Pero ¿es cierto, Lucía?
No puede ser, tú me engañas.
LUCÍA. No, señor.
D. CLAUDIO. ¿Con que es verdad?
LUCÍA. Yo se lo he dicho á mi ama...
D. CLAUDIO. ¿Y qué dice?
LUCÍA. Como está
Con don Luis tan enfadada,
No lo ha querido creer.
D. CLAUDIO. Pues ya se ve que eso es maula.
LUCÍA. No, señor.
D. CLAUDIO. Pues yo te digo
Que sí.

LUCÍA. Pues yo me fiara
De él, y fuera lo mejor.
D. CLAUDIO. Lo mejor fuera afufarlas...
No hay que hacer, si todas son
Astucias y zalagardas
De este don Luis ó este infierno.

ESCENA IX.

PERICO, LUCÍA, DON CLAUDIO.

PERICO. Ya tenemos despachada
Esta comision. Lucía,
La religiosa te llama
Para no sé qué envoltorio;
Corre.
LUCÍA. Allá voy.
D. CLAUDIO. Mira, aguarda.
(*Don Claudio se pasea, y hace que busca alguna cosa en los bolsillos. Lucía le coge las vueltas, y alarga la mano para recibir lo que piensa que va á darla. Al fin de la escena, don Claudio saca las yescas, enciende un cigarro y fuma.*)
LUCÍA. ¿Qué mandáis?
D. CLAUDIO. Yo te diré.
LUCÍA. (*aparte.*)
Ya llegó la suspirada
Flota. Ya tengo pañuelo.
D. CLAUDIO. Me parece á mí...
LUCÍA. ¡Qué guapa
Estaré con él!
D. CLAUDIO. Quisiera...
Es verdad que doña Clara...
LUCÍA. ¿Y qué tiene que ver ella
Con eso?
D. CLAUDIO. Ya; pero...
LUCÍA. Vaya,
Señor, si ha de ser.
D. CLAUDIO. Al cabo
Ello...
LUCÍA. Me le haré de gasa.
D. CLAUDIO. Pero no, no nos metamos
En camisa de once varas.

Vete, vete.

LUCÍA. ¡Haya pelon!

ESCENA X.

DON CLAUDIO, PERICO.

D. CLAUDIO. ¿Y el papel?
PERICO. Ella le guarda.
D. CLAUDIO. ¿Y qué te dió?
PERICO. Véislo aquí.
(Saca envuelto en un pañuelo lo que indica el diálogo.)
¡Cosas suyas! Tres medallas,
Un par de ligas manchegas,
Una cruz de Caravaca,
Estas dos santas Teresas
De barro, y una navaja.
D. CLAUDIO. Bien... Pero ¿qué te parece?
¿Hemos de salir mañana?
PERICO. No por cierto.
D. CLAUDIO. ¿Y si don Luis
Aprieta?
PERICO. Buenas palabras.
Que está bien, que es grande idea,
Que sin que él os lo mandara
Lo hubierais hecho, que apénas
Haya luz saldréis de casa.
D. CLAUDIO. ¿Y luego?
PERICO. Y luego cenáis,
Buenas noches, y á la cama.
Y despues, cuando esté toda
La familia sosegada,
Inquietud, sudor, bostezos
Horripilacion y bascas.
Me levanto, enciendo un cabo,
Hago estrépito, se alarman
Todos.. ¿Qué será? Si es flato,
Si es cólico, si es terciana...
Y cuando amanezca Dios
(Esto es, á las once dadas),
Os sentís algo mejor,
Coméis poquito y sin ganas,

Hablais con voz enfermiza,
Dormís una siesta larga,
Y os quedáis como si todo
Hubiera sido una chanza.

D. CLAUDIO. ¡ Oh ! como tú no me faltes,
Ningun peligro me atasca.

PERICO. Sí, pero no os atasquéis
Tampoco aunque yo me vaya,
Porque no hay duda, he de irme.

D. CLAUDIO. ¿ Tan presto ?

PERICO. De madrugada,
No hay remedio. Ese maldito
Demandadero me ataja
Las callejuelas... Si vuelve
Segunda vez y me halla,
Nos destruye... Ahí en la esquina
Le vi que se encaminaba
Hácia aquí ; pude lograr,
Diciéndole no sé cuantas
Mentiras, que se volviese.
Pero si cojo la rauta (1),
Entónces, ancha es Castilla...
Ah ! sí, ya no me acordaba
De que hay que buscar los trastos.
Voy allá.

D. CLAUDIO. ¿ Para qué ?

PERICO. Para
Que don Luis se tranquilice,
Viendo que ya se preparan
Los chismes de cabalgar.
El que vive de la trampa,
Mi don Claudio, es menester
Que no se descuide en nada.
(*Vase al cuarto de don Claudio.*)

(1) *Rauta*, voz que sólo tiene uso en las frases *coger* ó *tomar la rauta*, que equivalen á irse ó tomar el camino.

ESCENA XI.

DON CLAUDIO, DON LUIS, DON MARTIN.

D. LUIS. (*Don Luis saca un papel en la mano.*)
Mucho sentirá mi hermano
Esta novedad... ¿ Tú estabas
Aquí ?
D. CLAUDIO. Sí, señor... ¿ Qué diantre
De papel será el que saca ?
¿ Cuánto va...
D. LUIS. Déjame solo.
D. CLAUDIO. ¿ Cuánto va que la muchacha
Se le ha dejado pillar ?
(*Don Claudio se entra en su cuarto.*)
D. LUIS. No sé qué medios me valgan
Para templarle. Un carácter
Como el suyo, que no guarda
Moderacion, ni previene
Ni tolera las desgracias...
Él viene aquí.
D. MARTIN. (*saliendo.*) Ya me han dicho
Que has recibido una carta
De Sevilla... Yo no entiendo...
Á mí no me escriben nada,
Ni una letra.
D. LUIS. Sí, porque
Ha ocurrido una mudanza
Bien imprevista... ¿ Dijiste
Al primo que se casaba
Inesilla ?
D. MARTIN. No por cierto.
Sólo le escribí que Clara,
Manifestando deseos
De ser religiosa, estaba
Resuelta á empezar muy pronto
Su noviciado, y que...
D. LUIS. Y basta
Eso para conocer
Que tuvo razon sobrada
De revocar su primera
Disposicion.

D. MARTIN. Con que... ¡ Vaya !
Pues... Á ver...
D. LUIS. Toma.
(*Le da el papel á don Martin.*)
MARTIN. En efecto,
Es una botaratada
De aquel hombre... Siempre fué
Medio loco...
(*Despues de haber leido, tira el papel sobre la mesa.*)
¿ Quién pensara
Esta salida, despues
De tanto esperar y tantas
Promesas?... Si me escribió
Habrá dos ó tres semanas,
Diciéndome que sus males
No le daban esperanzas
De vida, que ya tenia
Todas sus deudas pagadas,
Y arreglado el testamento;
Que á Clarita la dejaba
Por heredera, y que... Yo
Respondí dándole gracias
Como era razon...
D. LUIS. Y en vista
Del aviso que le dabas,
Debió de reflexionar
Que estando determinada
Clara á ser monja, sería
Inútil favor nombrarla
En el testamento; y quiso
Que su prima Inés gozara
De esta merced, pues está
Sin colocar... No es extraña
Resolucion.
D. MARTIN. Dices bien.
No hay cosa mas acertada...
Y la niña lo merece,
Lo merece... ¡ Bribonaza !
¡ Desenvuelta ! .. Así va el mundo.
¡ La prenda de mis entrañas,
La pobrecita, quedar
De esta manera burlada !...

¡ Y el otro bruto salirnos
Al cabo con la zanguanga
De que no lo necesita !
¿ Y qué, á mí no me hace falta ?

ESCENA XII.

EL TIO JUAN, DON LUIS, DON MARTIN.

TIO JUAN. Muy buenas tardes, señores.
D. MARTIN. ¿ Qué tenemos ?
TIO JUAN. Que me manda
Venir la madre abadesa
Á decir á doña Clara
Que mañana por la tarde
La Aragonesita ensaya
Al órgano el villancico
Que han de cantar en la octava...
Es aquel de : *Pastorcillo*,
Pastorcillo, come y calla,
Come y calla... Con que dijo
Que viniera y avisara
Para que...
D. MARTIN. Bien.
TIO JUAN. Pero ¿ qué
Diré ?
D. MARTIN. Que bien, que mañana
Irá por allá.
TIO JUAN. (*Hace que se va y vuelve.*)
¿ Os han dado
Una esquelita firmada
De la abadesa ?
D. MARTIN. Tambien.
TIO JUAN. No lo digo porque haga
Falta, sino...
D. MARTIN. Ya llevó
El dinero.
TIO JUAN. Es que me encarga
La abadesa...
D. MARTIN. ¿ Qué encargó ?
TIO JUAN. Que os dijera que no es tanta
La urgencia, que haya de ser

Hoy mismo.

D. MARTIN. ¡ Desatinada
Prevencion !... Si ya le he dado
El dinero.

TIO JUAN. ¿ Á quién ?

D. MARTIN. ¡ Machaca !
Á don Sempronio.

TIO JUAN. ¿ Y quién es
Don Sempronio ?

D. MARTIN. ¡ Qué pesada
Taravilla de preguntas !
¡ Vaya que el hombre me cansa
De véras !

TIO JUAN. Pero...

D. MARTIN. Al hermano
De don Lorenzo... Aun no acaba
De entenderlo.

TIO JUAN. Es que no tiene
Tal hermano.

D. MARTIN. Es que me enfada
De véras el señor Juan.
Váyase de aquí, ¿ qué aguarda ?

TIO JUAN. Señores, lléveme Dios
Si yo entiendo una palabra...
Sobre que no hay tal hermano.

D. MARTIN. Sobre que viene con ganas
De impacientarme... Si digo
Que estuvo conmigo, vaya,
¿ Qué replicar ? Es un cojo,
Tuerto, cargado de espaldas,
Gangoso, muy hablador.

TIO JUAN. ¡ Gangoso !... Si en esta sala
Di yo el papel á un mocito...
La verdad, yo estoy en brasas...
Quise volver, y le hallé
Ahí cerca. Dijo que estabais
Fuera ; dije que vendria
Despues ; dijo que excusara
El venir, porque estas noches
No soléis cenar en casa,
Y no os venís á acostar
Hasta las doce muy largas.

Con que yo...

D. MARTIN. Pero ¿ no ves
Cuánto disparate ensarta
Este menguado ?

TIO JUAN. Si el otro
Fué quien me dijo...

D. LUIS. Apostara
Que te han hecho alguna burla.

D. MARTIN. ¿ Qué burla ? Si es que desbarra
Ese infeliz, y no sabe
Lo que está diciendo.

D. LUIS. Calla,
Que hemos de ver si... ¡ Perico !

PERICO, (*desde adentro.*)
¡ Señor !

D. LUIS. ¡ Perico !

ESCENA XIII.

PERICO, D. LUIS, D. MARTIN, EL TIO JUAN.

PERICO. ¿ Quién llama ?
(*Al ver al tio Juan se sorprende, y hace ademan de buscar algo debajo de la mesa y entre las sillas.*)

TIO JUAN. Él es sin duda... No hay mas,
Que es él.

PERICO. No sé donde paran
Estas espuelas...

D. LUIS. Escucha
Un recado.

PERICO. Están atadas
Con un cordel.
(*Quiere volverse á entrar en el cuarto de don Claudio, pero don Luis le trae asiéndole del cuello.*)

D. LUIS. Oye aquí
Primero.

PERICO. Voy á buscarlas.

D. LUIS. ¿ Quién es aquel don Sempronio
Que dijo que le enviaba
La abadesa ?

PERICO. Yo, señor,
¿ Qué he de saber ? No sé nada.

D. LUIS. ¿ Con que no ?
PERICO. Cierto que no.
D. LUIS. Si no lo dices, canalla,
Te he de hacer ahorcar.
PERICO. ¿ No mas ?
D. LUIS. Dílo al instante.
D. MARTIN. Despacha.
PERICO. ¡ Ah, demandadero indigno,
Qué banderilla me plantas !
No te lo demande Dios.
D. LUIS. Vamos, cuando esta mañana
Vino el señor, ¿ á quién dió
La esquela ?
PERICO. Bien excusada
Pregunta. ¿ Pues no lo ha dicho ?
Á mí.
D. MARTIN. ¿ Y el otro fantasma
Que vino por el dinero ?
PERICO. Yo fuí.
D. MARTIN. ¿ Con aquella pata ?
PERICO. Sí, señor, y con aquel
Parche y aquella casaca.
D. LUIS. ¡ Picaron !... Cosa mas...
D. MARTIN. Di,
¿ Y el dinero en dónde pára ?
D. LUIS. ¿ Qué hiciste de él ?
PERICO. ¿ Qué sé yo ?
TIO JUAN. ¡ Vamos que el mocito es caña !
D. MARTIN. ¿ Qué has hecho de él ?
PERICO. No le tengo
Aquí ; dejadme que vaya
Á casa de un conocido,
Y os le traigo sin tardanza.
D. MARTIN. Pues corre.
(*Don Martin le da un evilon para que se vaya. Don Luis le vuelve á asir, y queda entre los dos.*)
D LUIS. No hay que soltarle.
PERICO. Pero iré bajo palabra
De honor.
D. LUIS. Ó entrega el dinero,
Ó vas á pagar tus maulas
Á un calabozo.

PERICO. ¡ Qué empeño !...
D. LUIS. Y en tanto que el señor llama
Á la justicia...
TIO JUAN. Allá voy.
(*Hace que se va, y vuelve.*)
PERICO. Aquí está el dinero.
(*Saca un bolsillo, don Martin le toma, cuenta el dinero y se lo guarda.*)
D. MARTIN. Daca,
Ratero.
PERICO. ¡ Ratero á mí !
D. MARTIN. ¿ Y está todo ?
PERICO. Lo que falta
Don Claudio os lo pagará,
Que yo no me pringo en nada.
D. MARTIN. Vamos á ver.
D. LUIS. Pues, amigo,
Ya habéis visto lo que pasa,
Y así diréis á las madres
Que cuando mi hermano salga
Irá por allá.
TIO JUAN. Está bien.
PERICO. La del humo.

ESCENA XIV.

D. LUIS, D. MARTIN, PERICO, D. CLAUDIO.

D. LUIS. ¡ Buena alhaja
De mozo nos ha venido !
¿ Y en estos enredos anda
Tu señor ?
D. MARTIN. ¿ Pues qué creias ?
D. LUIS. Nunca pensé que llegara
Á tal.
D. MARTIN Sí, que el jovencito
Es sugeto de esperanzas.
D. LUIS. Pero es menester saber
Qué ha habido en esto, y qué... Llama
Á ese muchacho.
PERICO. ¡ Don Claudio !
¡ Señor don Claudio !

D. LUIS. Esto pasa
De travesura, y es cosa
Muy séria para dejarla
Así.
PERICO. Si pudiera yo
Entre tanto...
(*En ademan de quererse ir por la puerta del lado derecho.*)
D. LUIS. No te vayas...
Quieto.
PERICO. Bien está.
D. CLAUDIO, (*saliendo de su cuarto.*)
¿ Qué ocurre ?
D. LUIS. ¿ Para esto has venido á casa,
Claudio ? Nunca te creí
Inclinado á tan villanas
Acciones. El hospedaje,
La amistad, la confianza,
¿ Se pagan así ?
D. MARTIN. ¡ Bribon !
D. CLAUDIO. Toma, ¿ pues qué ?
D. MARTIN. ¡ Le matara
De un golpe !
D. CLAUDIO. Maldito sea
El papel y... Yo pensaba
Que no os pudiera ofender
Tanto, tanto...
D. LUIS. ¡ Es buena gracia
Por mi vida ! ¿ Te parece
Que es para ménos la chanza ?
D. CLAUDIO. Ya ; pero en cumpliendo como
Hombre de bien.
D. LUIS. ¿ Y á qué llamas
Cumplir como hombre de bien,
Despues de hacer una infamia ?
¿ Qué dirá tu padre cuando
Lo sepa ? ¿ No ves que basta
Para quitarle la vida
Esta pesadumbre ?
D. CLAUDIO. ¡ Vaya,
Que lo ponderan !... ¡ Mi padre !
¿ Cuánto va que no se enfada ?
D. LUIS. ¿ Qué dices ? ¿ Estás en ti ?

D. CLAUDIO. Pues digo bien ; ya me cansa
Tanto exagerar las cosas.
¡ Mi padre !... Pues apostara
La cabeza á que mi padre
Lo aprueba, y me da las gracias.
Y sobre todo... ¡ Cuidado
Que parece que me tratan
Como á un chiquillo !... ¡ Oh ! pues yo
Por bien soy como una malva ;
Pero por mal... ¿ Si querrán
Que me acoquine y les vaya
A pedir perdon ?... Parece
Que es alguna cosa extraña
Segun se ponen... La quiero ;
Ya se ve, me da la gana
De quererla ; ella me quiere
Tambien á mí ; con que pata (1).
¡ Toma !... El papel ya está hecho ;
Su padre quiso encerrarla ;
Ella no quiere ser monja
Francisca, ni mercenaria,
Ni dominica, ni alforja ;
Ha querido ser casada,
Y se ha casado conmigo.

D. MARTIN. ¿ Cómo ? ¿ Qué ?... ¿ Qué ha sido ?

D. LUIS. Calla,
Déjale hablar.

PERICO. Si mi amo
Está diciendo patrañas,
Si sueña.

D. LUIS. Calla, ó te mando

(*Con ímpetu colérico. Perico se va atemorizado por la puerta de la izquierda.*)

Tirar por una ventana...
Vete de aquí.

D. CLAUDIO. Digo bien.
Si no hay cosa que yo haga
Que no se tilde y se riña.
Pues yo bien quieto me estaba.

(1) *Pata.* « Estar pata », expresion provincial que equivale « ¡ Corriente ! » « En paz ».

Ella quiso... ¿ Yo, qué habia
De hacer? ¿ Dormirme en las pajas?
Y al cabo que...

D. MARTIN. ¿ Pero cómo...

D. CLAUDIO. El cómo es cosa muy larga
De contar... Que sois mi suegro,
Cabalito, en dos palabras...
Y lo que ha de ser por fuerza,
Tomarlo de buena gana.

D. MARTIN. Si...

(*Lleno de turbacion y de inquietud, llama acercándose á la puerta del lado izquierdo.*)

¡ Válgame Dios! No sé
Lo que me sucede... ¡ Clara!

ESCENA XV.

D.ª CLARA, D. LUIS, D. MARTIN, D. CLAUDIO.

D.ª CLARA. Señor... Padrecito mio,
¿ Me llamáis á mí?

D. CLAUDIO. Te llama
Porque ya lo sabe todo.
Entre los dos me majaban
Á sermones... El papel
Nos le han pillado, eso pasa.

D. MARTIN. Ya lo comprendo... ¡ Dios mio!
Déjame, que he de matarla.

(*Huye doña Clara, y se pone al lado de don Claudio. Don Luis detiene á su hermano, que hace ademanes de cólera.*)

D. LUIS. ¿ Qué vas á hacer?

D.ª CLARA. Claudio, presto,
Sácame de aquí.

D. MARTIN. ¡ Malvada!...
¡ Hija inobediente!... ¿ Así
Lo que te quise me pagas?
La he de matar.

D.ª CLARA. Al instante
Llévame de aquí, ¿ qué aguardas?
El papel le tengo yo,
Tu mujer soy, no tu dama;
En cualquier parte hallaremos

Proteccion... Nada nos falta.
Miéntras yo viva á ninguno
Necesitas.

D. MARTIN. ¡Desgraciada!

(*Don Martin, sintiéndose desfallecido, se apoya en la mesa. Don Luis le sostiene y le encamina á la puerta de la izquierda.*)

No puedo estar...

D. LUIS. Mira, vete
Allá adentro... No adelantas
Nada con verla.

D. MARTIN. Es verdad...
Pero has de hacer que se vayan
Sin dilacion.

D. LUIS. Bien.

D. MARTIN. Que no
Me pongan los piés en casa
Nunca, nunca.

ESCENA XVI.

DON LUIS, DOÑA CLARA, DON CLAUDIO.

D. CLAUDIO. Vamos.

(*Don Claudio y doña Clara hacen ademan de irse por la puerta del lado derecho. Don Luis los detiene.*)

D. LUIS. ¿Cómo?
¿Y á dónde iréis?

D.ª CLARA. Él lo manda.
No faltará quien nos quiera
Recibir.

D. CLAUDIO. Si aquí nos halla,
Puede hacer un desatino.
Vamos.

D. LUIS. ¿Quieres que se añada
El escándalo al absurdo
Que habéis hecho?

D.ª CLARA. Estoy muy harta
De sufrirle...¿No habéis visto
Cuánto le irrita que haya
Pensado en casarme, como
Cualquiera mujer se casa?
¿No ha de tener esto fin?

¿ He de virir siempre esclava?...
Chico, vámonos... Y no,
No temáis que esto dé causa
Á escándalos. Hay papeles,
Prendas, testigos que bastan
Á probar que es mi marido
Y yo su mujer. Mañana
Á las ocho, con un sí
Y una bendicion se acaba
Todo, y entónces...

D. CLAUDIO. Entónces,
No han de pasar dos semanas
Sin que me venga á pedir
Limosna, y...

D. LUIS. (*con mucho enojo.*)
¡ Pícaro !

D. CLAUDIO. Vaya,
Que... Pues digo bien; la herencia
Viene, y en habiendo plata...

D. LUIS. (*tomando la carta que está sobre la mesa, se la da á doña Clara. Esta la lee, y hace ademanes de sorpresa y abatimiento.*)
Mira, infeliz, en qué estriban
Tu orgullo y tus esperanzas.

D.ª CLARA. ¿ Qué es esto? ¡ Ay de mí ! ¿ Es posible?
Moriré desesperada.
¡ Inés la heredera !

D. LUIS. Sí.
El cielo quiere premiarla,
Y á ti te castiga.

D. CLAUDIO. ¡ Calle !
Pues cierto que...

D.ª CLARA. ¡ Desdichada !

D. LUIS. ¿ Qué te admira? Si engañaste
Á tu padre, ¿ qué esperabas
Sino vivir infeliz?

D.ª CLARA. ¡ Qué miseria nos aguarda!
¡ Qué afrentas ! Inés, llegó
El tiempo de tu venganza.
¡ Ay ! mi padre vuelve... ¿ En dónde
Me ocultaré?

(*Don Claudio y doña Clara se retiran al fondo del teatro.*)

ESCENA XVII.

D. MARTIN, D.ª INÉS, D. LUIS, D.ª CLARA, D. CLAUDIO.

D. MARTIN. No, te cansas
En balde... No quiero verla.
D.ª INÉS. Pero, señor...
D. MARTIN. Que se vaya,
Que se vaya, que me deje
Morir.
D.ª INÉS. Pobre, abandonada
De su padre, ¿ adónde irá ?
D. MARTIN. Que no me mire á la cara
Nunca.
D.ª INÉS. Prima, ven aquí
(*Doña Clara se acerca tímida y confusa y vuelve á retirarse al ver el enojo de don Martin.*)
Llega, humíllate á sus plantas,
Bésale la mano.
D. MARTIN. Quita.
D.ª INÉS. Por mí, señor.
D. MARTIN. Vete, aparta,
¡ Hija indigna !
D. LUIS. Pero, hermano,
Es menester perdonarla...
¿ Qué quieres hacer?
D. MARTIN. Que vea
Cuántas desdichas arrastra
Su delito.
D.ª INÉS. Yo no puedo
Ver sin que me llegue al alma
La desgracia de mi prima...
¿ He de tolerar que salga
De aquí con la maldicion
De su padre, rodeada
De afliccion y de miserias ?
Hambre, desnudez la aguardan,
Remordimientos crueles
Que al mal obrar acompañan...
No, si la virtud consiste
En acciones, no en palabras,

Hagamos bien... Padre mio,
No me negueis esta gracia.
Permitid que con mi prima
Toda mi fortuna parta;
Que no, no quiero riquezas
Si no he de saber usarlas
En amparar infelices...
¡ Oh maldito el que las haga
Estériles, y perece
Sobre el tesoro que guarda !

D. MARTIN. ¡ Inés, sobrina !

(*Don Martin y don Luis expresan su sorpresa y su ternura.*)

D. LUIS. ¡ Querida
Inés !

D. MARTIN. ¡ Tú sí que eres santa !

D.ª INÉS. No, señor, soy compasiva,
Nada mas... Pero se pasa

(*Va adonde está doña Clara, y la trae de la mano.*)

El tiempo, y es menester
Que hoy mismo quede firmada
Mi cesion.

D.ª CLARA. (*besando las manos á doña Inés.*)
Inés, yo he sido
Para contigo muy mala;
Perdóname.

D. INÉS. ¡ Qué locura !
Yo no me acuerdo de nada,
De nada.

D. MARTIN. Yo sí me acuerdo,
Ni puedo olvidarlo... ¡ Falsa,
Hipócrita, aborrecible
Mujer !

D. LUIS. ¡ Cómo te arrebata
El furor !... Pero conviene
Ceder á las circunstancias.
Hágase lo que propone
Inés; con ella reparta
Sus bienes, yo lo consiento;
Pero ha de ser sin que haya
Ni firmas, ni obligacion...
Se lo ha prometido y basta.
Así podrá contenerlos

En su deber, y obligada
Clara de la inevitable
Necesidad de agradarla,
Sabrá arreglar su conducta,
Reprimir la extravagancia
De su marido, y en fin,
Si en ella estímulos faltan
De honor, hará el interes
Lo que la virtud no alcanza.
Y tú, porque yo lo pido,
Por no dejar desairada
Á la pobre Inés, que está
Pendiente de tus palabras,
Perdónalos.

(*Don Claudio se acerca: él y doña Clara se arrodillan delante de don Martin, que haciéndolos levantar, se encamina á doña Inés y la abraza.*)

D. MARTIN. Bien... Alzad,
Hijos... Y no me habléis nada,
No... Que es mucha la inquietud
Que siento... ¡ Qué mal pensaba
De ti !... ¡ Bendita !... ¡ Hija mia !
¡ Querida Inés !

D. LUIS. Encargada
Queda de ser protectora
De su prima y de esta casa,
Y amparo de tu vejez...
¡ Oh ! ¡ quiera el cielo colmarlas
De dichas, y en amistad
Vivan verdadera y larga !

D.ª INÉS. Sí, señor, sí, viviremos
Siempre amigas, siempre hermanas.
(*Doña Inés y doña Clara se abrazan.*)

D. LUIS. Lo espero así...
(*Asiendo de las manos á doña Inés con expresion de ternura.*)
Pero tú
No sabes cómo se halla
Mi corazon. Al placer
Que siento por ti, no igualan
Todas las felicidades
De la tierra... Ni trocara
La dicha de ser tu padre

Por el trono de un monarca.
¡ Ojalá fuese el ejemplo
Público !... Si esto miraran
Aquellos á quienes tanto
Las apariencias arrastran,
Distinguieran la virtud
Verdadera de la falsa.

FIN DE LA MOJIGATA.

EL SÍ DE LAS NIÑAS

El *Sí de las Niñas* se representó en el teatro de la Cruz el dia 24 de enero de 1806, y si puede dudarse cuál sea entre las comedias del autor la mas estimable, no cabe duda en que esta ha sido la que el público español recibió con mayores aplausos. Duraron sus primeras representaciones veintiseis dias consecutivos, hasta que, llegada la cuaresma, se cerraron los teatros como era costumbre. Miéntras el público de Madrid acudia á verla, y se representaba por los cómicos de las provincias, una culta reunion de personas ilustres é inteligentes se anticipaba en Zaragoza á ejecutarla en un teatro particular, mereciendo por el acierto de su desempeño la aprobacion de cuantos fueron admitidos á oirla. Entre tanto se repetian las ediciones de esta obra; cuatro se hicieron en Madrid durante el año de 1806, y todas fueron necesarias para satisfacer la comun curiosidad de leerla, excitada por las representaciones del teatro.

¡Cuánta debió ser entónces la indignacion de los que no gustan de la ajena celebridad, de los que se ganan la vida buscando defectos en todo lo que otros hacen, de los que escriben comedias sin conocer el arte de escribirlas, y de los que no quieren ver descubiertos en la escena vicios y errores, tan funestos á la sociedad como favorables á sus privados intereses! La aprobacion pública reprimió los ímpetus de los críticos folicularios; nada imprimieron contra esta comedia, y la multitud de exámenes, notas, advertencias y observaciones á que dió ocasion, igualmente que las contestaciones y defensas que se hicieron de ella, todo quedó manuscrito.

En cuanto á la ejecucion de esta pieza, basta decir que los actores se esmeraron á porfia en acreditarla, y que sólo excedieron al mérito de los demas, los papeles de doña Irene, doña Francisca y don Diego. En el primero se distinguió María Ribera por la inimitable naturalidad y gracia cómica con que supo ha-

cerle. Josefa Virg rivalizó con ella en el suyo, y Andres Prieto, nuevo entónces en los teatros de Madrid, adquirió el concepto de actor inteligente, que hoy sostiene todavía con general aceptacion.

JUICIO CRÍTICO

DE DON MARIANO JOSÉ DE LARRA

SOBRE EL « *Sí de las Niñas* ».

En el dia podemos decir que han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educacion que no podian ménos de indignar á los hombres sensatos de fines del siglo pasado y aun á principios de este. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas, hijas de una religion mal entendida y del espíritu opresor que ahogó en España, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habian llegado á establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, así como la marcha del gobierno, era una pauta de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados á no discurrir, á no sentir nuestros abuelos por sí mismos, no permitian discurrir ni sentir á sus hijos. La educacion escolástica de la universidad, era la única que recibian los hombres; y que si una niña salia del convento á los veinte años para dar su mano á aquel que le designaba el interes paternal, se decia que estaba bien criada ; era bien criada si sacrificaba su porvenir al capricho ó á la razon de estado ; si abrigaba un corazon franco y sensible, si por desgracia habia osado ver mas allá que su padre en el mundo, cerrábanse las puertas del convento para ella y habia de elegir por fuerza el esposo divino que la repudiaba ó que no la llamaba á sí por lo ménos. Moratin quiso censurar este abuso, y asunto tan digno de él no podia ménos de inspirarle una gran composicion. De estas breves reflexiones puede inferirse que el *Sí de las Niñas* no es una comedia de carácter, destinada como el *Hipócrita* ó el *Avaro*, á presentar eternamente al hombre de todos los tiempos y países un espejo en que vea y reconozca su extravio ó su ridícula pasion ; es una verdadera comedia de época, en una palabra, de circunstancias enteramente locales, destinada á servir de documento histórico ó de modelo literario. En nuestro entender, es la obra maestra de Moratin y

la que mas títulos le granjea á la inmortalidad. El plan está perfectamente concebido. Nada mas ingenioso y acertado que valerse, para convencer al tio, de la contraposicion de su mismo sobrino. Así no fuera éste teniente coronel, porque por mucha que fuese en aquel tiempo la sumision de los inferiores en las familias, no parece natural que un teniente coronel fuese tratado como un chico de la escuela, ni recibiese las dos ni las tres onzas para ser bueno. Acaso la diferencia de las costumbres haga mas chocante esta observacion en nuestros dias, y nos inclinamos á creer esto, porque confesamos que sólo con mucho miedo y desconfianza osamos encontrar defectos á un talento tan superior. El contraste entre el carácter maliciosamente ignorante de la vieja y el desprendido y juicioso de D. Diego es perfecto. Las situaciones sobre todo del tercer acto, tan bien preparado por los dos anteriores, que pudieran llamarse de exposicion, porque toda la comedia está encerrada en el tercer acto, son asombrosas y desaniman al escritor que empieza. Esta es la ocasion de hacer una observacion esencial. Moratin ha sido el primer poeta cómico que ha dado un carácter lacrimoso y sentimental á un género en que sus antecesores sólo habian querido presentar la ridiculez. No sabemos si es efecto del carácter de la época en que ha vivido Moratin, en que el sentimiento empezaba á apoderarse del teatro, ó si es un resultado de profundas y sábias meditaciones. Esta es una diferencia esencial que existe entre él y Molière. Este habla siempre al entendimiento y le convence presentándole el lado risible de las cosas. Moratin escoge ciertos personajes para cebar con ellos el ansia de reir del vulgo; pero parece dar otra importancia, para sus espectadores mas delicados, á las situaciones de sus héroes. Convence por una parte con el cuadro ridículo al entendimiento; mueve por otra al corazon, presentándole al mismo tiempo los resultados del extravío; parece que se complace en poner á la boca del precipicio á su protagonista, como en el *Sí de las Niñas* y en el *Baron;* ó en hundirle en él cruelmente como en el *Viejo y la Niña* y en el *Café*. Un escritor romántico creeria encontrar en esta manera de escribir alguna relacion con Victor Hugo y su escuela, si nos permiten los clásicos esta que ellos llamaran blasfemia. En nuestro entender este es el punto mas alto á que puede llegar el maestro; en el mundo, está el llanto siempre al lado de la risa; parece que estas afecciones no pueden existir una sin otra en el hombre; y nada es por consiguiente mas desgarrador ni de mas efecto, que hacernos regar con llanto la misma impresion del placer. Esto es jugar con el

corazon del espectador; es hacerse dueño de él completamente, es no dejarle defensa ni escape alguno. El *Sí de las Niñas* ha sido oido con aplauso, con indecible entusiasmo, y no sólo el bello sexo ha llorado, sino que nosotros los hombres hemos llorado tambien y hemos reverdecido con nuestras lágrimas los laureles de Moratin que habian querido secar y marchitar la ignorancia y la opresion. ¿Es posible que se haya creido necesario conservar en esta comedia algunas mutilaciones meticulosas? ¡Oprobio á los mutiladores de las comedias del hombre de talento! La indignacion del público ha recaido sobre ellos y tanto en la *Mojigata* como en el *Sí de las Niñas*, los espectadores han restablecido el texto por lo bajo; felizmente la memoria no se puede prohibir.

EL SÍ DE LAS NIÑAS

COMEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAS

DON DIEGO.	RITA.
DON CÁRLOS.	SIMON.
DOÑA IRENE.	CALAMOCHA.
DOÑA FRANCISCA.	

La escena es en una posada de Alcalá de Henáres.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas, etc.

La accion empieza á las siete de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, SIMON.

(*Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.*)

D. DIEGO. ¿ No han venido todavía ?

SIMON. No, señor.

D. DIEGO. Despacio la han tomado por cierto.

SIMON. Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara.

D. DIEGO. Sí. Yo no digo que no la viese ; pero con média hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON. Ello tambien ha sido extraña determinacion la de

estarse Vd. dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. DIEGO. Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

SIMON. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿ Pues hay mas en esto que haber acompañado Vd. á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid ?

D. DIEGO. Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

SIMON. Adelante.

D. DIEGO. Algo, algo... Ello tú lo has de saber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON. Sí, señor.

D. DIEGO. Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON. Bien está, señor. Jamas he gustado de chismes.

D. DIEGO. Ya lo sé, por eso quiero fiarme de ti. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita ; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella ; he leido muchas de las cartas que escribia; he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara : en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla ; he procurado observarla en estos pocos dias ; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON. Sí por cierto... Es muy linda y...

D. DIEGO. Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... y sobre todo aquel candor, aquella inocencia. Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... sí, señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON. No hay que decírmelo.

D. DIEGO. ¿ No ? ¿ Por qué ?

SIMON. Porque ya lo aidvino. Y me parece excelente idea.

D. DIEGO. ¿ Qué dices ?

SIMON. Excelente.

D. DIEGO. ¿ Con que al instante has conocido...

SIMON. ¿ Pues no es claro ?... ¡ Vaya ¡... Dígole á Vd. que me parece muy buena boda ; buena, buena.

D. DIEGO . Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON. Seguro que sí.

D. DIEGO. Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMON. Y en eso hace Vd. muy bien.

D. DIEGO. Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

SIMON. ¿ Locura ? ¡ Buena locura !... ¿ Con una chica como esa, eh ?

D. DIEGO. Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo ; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON. Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que Vd. tiene ¿ para quién ha de ser ?

D. DIEGO. Dices bien... ¿ Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo ?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No, señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMON. Pero siendo á gusto de entrambos, ¿ qué pueden decir ?

D. DIEGO. No, yo ya sé lo que dirán ; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

SIMON. Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas.

D. DIEGO. ¡ Qué, hombre! ¿ Qué hablas de siete ú ocho años ? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMON. ¿Y bien, qué ?

D. DIEGO. Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMON. Pero si yo no hablo de eso.

D. DIEGO. ¿Pues de qué hablas?

SIMON. Decia que... Vamos, ó Vd. no acaba de explicarse, ó yo le entiendo al reves... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

D. DIEGO. ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMON. ¿Con Vd.?

D. DIEGO. Conmigo.

SIMON. ¡Medrados quedamos!

D. DIEGO. ¿Qué dices?... ¿Vamos, qué?...

SIMON. ¡Y pensaba yo haber adivinado!

D. DIEGO. ¿Pues qué creias? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMON. Para don Cárlos, su sobrino de Vd., mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

D. DIEGO. Pues no, señor.

SIMON. Pues bien está.

D. DIEGO. ¡Mire Vd. qué idea! ¡Con el otro la habia de ir á casar!... No, señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON. Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

D. DIEGO. Que se haga hombre de valor y...

SIMON. ¡Valor! ¿Todavía pide Vd. mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó Vd. entónces del valor de su sobrino; y yo le vi á Vd. mas de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

D. DIEGO. Sí, señor, todo es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

SIMON. Si está Vd. bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

D. DIEGO. ¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarian con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada

que la ha servido en Madrid, y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamas observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detras de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupacion y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMON. Yo nada, señor.

D. DIEGO. Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Sólo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

SIMON. En fin, señor, yo desearé que salga como Vd. apetece.

D. DIEGO. Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMON. ¿Pues qué ha hecho?

D. DIEGO. Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza á su regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

SIMON. Sí, señor.

D. DIEGO. Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON. Así es la verdad.

D. DIEGO. Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribia las tales cartas.

SIMON. ¿Qué dice Vd.?

D. DIEGO. Sí, señor. El dia 3 de julio salió de mi casa, y á fines de setiembre aun no habia llegado á sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMON. Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á Vd. pesadumbre...

D. DIEGO. Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON. ¡Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

D. DIEGO. Me parece que están ahí... Sí. Busca al mayoral, y díle que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberemos salir mañana.

SIMON. Bien está.

D. DIEGO. Ya te he dicho que no quiero que esto se traslúzca, ni... ¿Estamos?

SIMON. No haya miedo que á nadie lo cuente.

(*Simon se va por al puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.*)

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

D.ª FRANCISCA. Ya estamos acá.

D.ª IRENE. ¡Ay qué escalera!

D. DIEGO. Muy bien venidas, señoras.

D.ª IRENE. ¿Con que Vd., á lo que parece, no ha salido?

(*Se sientan doña Irene y don Diego.*)

D. DIEGO. No, señora. Luego, mas tarde daré una vuelteeilla por ahí... He leido un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

D.ª FRANCISCA. Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero, mire Vd., mire Vd. (*Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de cipres, la regla de san Benito, una pililla de cristal... mire Vd. qué bonita, y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí! ¡Ay! y una campanita de barro bendito para los truenos!... ¡Tantas cosas!

D.ª IRENE. Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

D.ª FRANCISCA. ¡ Cómo me quieren todas ! ¡ Y mi tia, mi pobre tia, lloraba tanto !... Es ya muy viejecita.

D. IRENE. Ha sentido mucho no conocer á Vd.

D.ª FRANCISCA. Sí, es verdad. Decia, ¿ por qué no ha venido aquel señor ?

D.ª IRENE. El padre capellan y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

D.ª FRANCISCA. Toma (*Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene,*) guárdamelo todo allí, en la excusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... ¡ Válgate Dios ! ¡ Eh ! ¡ ya se ha roto la santa Gertrúdis de alcorza !

RITA. No importa, yo me la comeré.

ESCENA III.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO.

D.ª FRANCISCA. ¿ Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí ?

D.ª IRENE. Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. DIEGO. Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

D.ª IRENE. ¡ Y qué fresco tienen aquel locutorio ! ¡ Está hecho un cielo !... (*Siéntase D.ª Francisca junto á doña Irene.*)

D.ª FRANCISCA (*aparte*). Pues con todo, aquella monja gorda que se llama la madre Angústias, bien sudaba... ¡ Ay ! cómo sudaba la pobre mujer !

D.ª IRENE. Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero vaya, no sabía qué hacerse con su sobrina la buena señora... Está muy contenta de nuestra eleccion.

D. DIEGO. Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas á quienes debe Vd. particulares obligaciones.

D.ª IRENE. Sí, la tia de acá está muy contenta ; y en cuanto á la de allá, ya lo ha visto Vd. La ha costado mucho despegarse de ella ; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda Vd. de la expresiva que estuvo, y...

D. DIEGO. Es verdad. Sólo falta que la parte interesada

tenga la misma satisfaccion que manfiestan cuantos la quieren bien.

D.ª IRENE. Es hija obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre.

D. DIEGO. Todo eso es cierto, pero...

D.ª IRENE. Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. DIEGO. Sí, ya estoy; pero ¿no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre...

D.ª FRANCISCA. ¿Me voy, mamá?

(*Se levanta y vuelve á sentarse.*)

D.ª IRENE. No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede ménos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde Vd. la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá Vd. visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviárselo á su tio carnal el electo obispo de Mechoacan.

D. DIEGO. Ya.

D.ª IRENE. Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte; particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpétuo de Zamora, no puede oir hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

D.ª FRANCISCA. Válgate Dios qué mos[illegible]tan...

D.ª IRENE. Pues murió en olor de santidad.

D.ª DIEGO. Eso bueno es.

D.ª IRENE. Sí, señor; pero como la familia ha venido tan á ménos... ¿Qué quiere Vd.? Donde no hay facultades... Bien que por lo que pueda tronar, ya se le está escribiendo la vida, y ¿quién sabe que el dia de mañana no se imprima con el favor de Dios?

D. DIEGO. Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

D.ª IRENE. Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Castrogeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

D. DIEGO. ¿Con que para cada año un tomo?

D.ª IRENE. Sí, señor, ese plan se ha propuesto.

D. DIEGO. ¿Y de qué edad murió el venerable?

D.ª IRENE. De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

D.ª FRANCISCA. ¿ Me voy, mamá ?

D.ª IRENE. Anda, vete. ¡ Válgate Dios, qué prisa tienes !

D.ª FRANCISCA. ¿ Quiere Vd. (*Se levanta y despues, al acabarse la escena, hace una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á doña Irene y se va al cuarto de esta*) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego ?

D. DIEGO. Sí, hija mia. Á ver.

D.ª FRANCISCA. Mire Vd., así.

D. DIEGO. ¡ Graciosa niña ! Viva la Paquita, viva.

D.ª FRANCISCA. Para Vd. una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DON DIEGO

D.ª IRENE. Es muy gitana y muy mona, mucho.

D. DIEGO. Tiene un donaire natural que arrebata.

D.ª IRENE. Qué quiere Vd. ? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de Vd., que tanto se ha empeñado en favorecerla.

D. DIEGO. Quisiera sólo que se explicase libremante acerca de nuestra proyectada union, y...

D.ª IRENE. Oiria Vd. lo mismo que le he dicho ya.

D. DIEGO. Sí, no lo dudo, pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, sería para mí una satisfaccion imponderable.

D.ª IRENE. No tenga Vd. sobre ese particular la mas leve desconfianza ; pero hágase Vd. cargo de que á una niña no le es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre : Yo le quiero á Vd.

D. DIEGO. Bien, si fuese á un hombre á quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un

hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa que... Ademas, que hay ciertos modos de explicarse...

D.ª IRENE. Conmigo usa de mas franqueza. Á cada instante hablamos de Vd., y en todo manifiesta el particular cariño que á Vd. le tiene... ¡ Con qué juicio hablaba ayer noche despues que Vd. se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese Vd podido oirla.

D. DIEGO. ¿ Y qué? ¿ Hablaba de mí?

D.ª IRENE. ¡ Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

D. DIEGO. ¡ Calle! ¿ Eso decia?

D.ª IRENE. No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una mujer de cuarenta años, lo mismo... ¡ Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿ Pues no da lástima, señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veintidos: ella, niña sin juicio ni experiencia, y él niño tambien sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿ quién ha de gobernar la casa? ¿ Quién ha de mandar á los criados? ¿ Quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

D. DIEGO. Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

D.ª IRENE. Lo que sé decirle á Vd. es, que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... y al mismo tiempo mas divertido y decidor. Pues, para servir á Vd., ya tenia los cincuenta y seis muy largos de talle cuando se casó conmigo.

D. DIEGO. Buena edad... No era un niño, pero...

D.ª IRENE. Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entónces un boquirubio con los cascos á la je

neta (1)... no, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla (2).

D. DIEGO. Oiga !... Mire Vd. si dejó sucesion el bueno de don Epifanio.

D.ª IRENE. Sí, señor, ¿ pues por qué no?

D. DIEGO. Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿ Y fué niño ó niña?

D.ª IRENE. Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

D. DIEGO. Cierto que es consuelo tener, así, una criatura y...

D.ª IRENE. ¡ Ay señor! Dan malos ratos, pero ¿ qué importa? Es mucho gusto, mucho.

D. DIEGO. Yo lo creo.

D.ª IRENE. Sí, señor.

D. DIEGO. Ya se ve que será une delicia y...

D.ª IRENE. ¿ Pues no ha de ser ?

D. DIEGO. Un embeleso, el verlos juguetear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

D.ª IRENE. ¡ Hijos de mi vida ! Veintidos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales sólo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á Vd. que...

ESCENA V.

SIMON, D.ª IRENE, D. DIEGO.

SIMON (*sale por la puerta del foro*). Señor, el mayoral está esperando.

D. DIEGO. Díle que voy allá... ¡ Ah ! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. (*Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un som-*

(1) *Con los cascos á la jineta*, con poco juicio; atolondrado.
(2) *Alfombrilla*, lo mismo que sarampion.

brero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro) ¿ Con que supongo que mañana tempranito saldremos?

D.ª IRENE. No hay dificultad. Á la hora que á Vd. le parezca.

D. DIEGO. ¿ Á eso de las seis, eh?

D.ª IRENE. Muy bien.

D. DIEGO. El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una média hora ántes.

D.ª IRENE. Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, RITA.

D.ª IRENE. ¡ Válgame Dios ! ahora que me acuerdo... ¡ Rita ¡... Me le habrán dejado morir. ¡ Rita !

RITA. Señora.

(*Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.*)

D.ª IRENE. ¿ Qué has hecho del tordo ? ¿ Le diste de comer ?

RITA. Sí, señora. Mas ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

D.ª IRENE. ¿ Hiciste las camas ?

RITA. La de Vd. ya está. Voy á hacer esotras ántes que anochezca, porque si no, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

D.ª IRENE. ¿ Y aquella chica qué hace ?

RITA. Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito (1).

D.ª IRENE. ¡ Qué pereza tengo de escribir ! (*Se levanta y se entra en su cuarto.*) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado mi pobre hermana.

RITA. ¡ Qué chapucerías ! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡ Qué poco me gustan á mí las mujeres gazmoñas y zalameras !

(*Éntrase en el cuarto de doña Francisca.*)

(1) Nombre del tordo.

ESCENA VII.

CALAMOCHA.

(*Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigos y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.*)

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo me da de entrar... ¡Ay! ay ¡... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que si no, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados están... (*Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.*) ¡Oiga!... ¿Seguidillitas?... Y no canta mal.. Vaya, aventura tenemos... ¡Ay! ¡qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII.

RITA, CALAMOCHA.

RITA. Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... (*Forcejeando para echar la llave.*) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA. ¿Gusta Vd. de que eche una mano, mi vida?

RITA. Gracias, mi alma.

CALAMOCHA, ¡Calle!... ¡Rita!

RITA. ¡Calamocha!

CALAMOCHA. ¿Qué hallazgo es este?

RITA. ¿Y tu amo?

CALAMOCHA. Los dos acabamos de llegar.

RITA. ¿De véras?

CALAMOCHA. No, que es chanza. Apénas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé adónde fué, ni con quién habló, ni cómo lo dispuso; sólo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. Á caballo otra vez, y vuelta á correr y á

sudar y á chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al colegio mayor á ver á un amigo, miéntras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

RITA. ¿ Con que le tenemos aquí ?

CALAMOCHA. Y enamorado mas que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA. ¿ Qué dices ?

CALAMOCHA. Ni mas ni ménos.

RITA. ¡ Qué gusto me das !.., Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA. ¿ Amor ?... ¡ Friolera !... El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA. ¡ Ay, cuándo la señorita lo sepa !

CALAMOCHA. Pero acabemos. ¿ Cómo te hallo aquí ? ¿ Con quién estás ? ¿ Cuándo llegaste ? qué...

RITA. Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto, en suma, cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita tia, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo, esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y antos suspiros estrellados en las tapias del corral. Á pocos dias de haberle escrito, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus médias azules, y la madre y el novio que vienen por ella ; recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aque-

llas buenas mujeres y en dos latigazos llegamos ántes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aquí tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la han visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

CALAMOCHA. Sí. No digas mas... Pero... ¿Con que, el novio está en la posada?

RITA. Ese es su cuarto, (*señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca*), este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA. ¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

RITA. No por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo; porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pié, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA. Bien... Á Dios.

(*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademan de irse.*)

RITA. ¿Y adónde?

CALAMOCHA. Yo me entiendo... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA. Un criado viene con él.

CALAMOCHA. ¡Poca cosa!... Mira, díle en caridad que se disponga, porque está de peligro. Á Dios.

RITA. ¿Y volverás presto?

CALAMOCHA. Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apénas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA. Sí. De la señorita y mio.

CALAMOCHA. ¡Bribona!

RITA. ¡Botarate! Á Dios.

CALAMOCHA. Á Dios, aborrecida.

(*Éntrase con los trastos al cuarto de don Cárlos.*)

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

RITA. ¡Qué malo es!... Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí!... Sí, la quiere, bien se conoce... (*Sale Calamocha*

del cuarto de don Cárlos, y se va por la puerta del foro.) ¡Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entónces, ¿qué ha de hacer una?... Quererlos: no tiene remedio, quererlos... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea; que está ciega por él? ¡Pobrecita! ¿Pues no seria una lástima que... Ella es.

(*Sale doña Francisca.*)

D.ª FRANCISCA. ¡Ay, Rita!

RITA. ¿Qué es eso? ¿Ha llorado Vd.?

D.ª FRANCISCA. ¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA. Señorita, por Dios, no se aflija Vd.

D.ª FRANCISCA. Ya, como tú no lo has oido... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que si no... Pero bien sabe la Vírgen que no me sale del corazon.

(*Se va oscureciendo lentamente el teatro.*)

RITA. Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?... No se acuerda Vd. ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

D.ª FRANCISCA. ¡Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero ¿qué me vas á contar?

RITA. Quiero decir que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galan, tan fino...

D.ª FRANCISCA. ¡Qué rodeos!... Don Félix. ¿Y qué?

RITA. Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

D.ª FRANCISCA. Y bien... Y luego volvió, y le vi, por mi desgracia, muchas veces... mal aconsejada de ti.

RITA. ¿Por qué, señora?... ¿Á quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. Él no entró jamas por las puertas, y cuando de noche hablaba con Vd., mediaba entre los dos una distancia tan

grande, que Vd. la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire Vd. que todo cuanto hemos leido á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... ¿ Se acuerda Vd. de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche, de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y expresion ?

D.ª FRANCISCA. ¡ Ay Rita! Sí, de todo me acuerdo, y miéntras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA. Eso no lo puedo yo creer.

D.ª FRANCISCA. Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA. ¡ Qué bobería ! Desengáñese Vd., señorita. Con los hombres y las mujeres sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de todo ; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creíble que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero (1) y la conversacion á oscuras, y en todo aquel tiempo bien sabe Vd. que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

D.ª FRANCISCA. Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (*Señalando el pecho.*) ¿ Qué habrá dicho al ver la carta ?... ¡ Oh ! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡ Válgate Dios ! Es lástima... Cierto. ¡ Pobre Paquita !... Y se acabó... No habrá dicho mas... nada mas.

RITA. No, señora, no ha dicho eso.

D.ª FRANCISCA. ¿ Qué sabes tú ?

RITA. Bien lo sé. Apénas haya leido la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero...

(*Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.*)

D.ª FRANCISCA. ¿ Adóndevas ?

RITA. Quiero ver si...

D.ª FRANCISCA. Está escribiendo.

RITA. Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á

(1) *Terrero*, lo mismo que « galanteo. »

anochecer .. S eñorita, lo que he dicho á Vd. es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

D.ª FRANCISCA. ¿ Qué dices ? No me engañes.

RITA. Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de habla conmigo.

D.ª FRANCIS CA. ¿ De véras ?

RITA. Si, señ ora... Y le ha ido á buscar para...

D.ª FRANCISC A. ¿ Con que me quiere ?... ¡ Ay Rita ! Mira tú si hicimos bien de avisarle... ¿ Pero ves qué fineza ?... ¿ Si vendrá bueno ? ¡ Correr tantas leguas sólo por verme... porque yo se lo mando !... ¡ Qué agradecida le debo estar !... ¡ Oh ! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agrad ecimiento y amor.

RITA. Vo y á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, haber una de Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

D.ª FRANCISCA. Dices bien... Pero no, él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conv eniente... ¿ Y cómo has de avisarme ?... Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA. No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿ me entiende Vd. ?

D.ª FRANCISCA. Sí, bien.

RITA. Pues entónces no hay mas que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablar é de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar... Ademas, que si está allí don Diego...

D.ª FRANCISCA. Bien, anda, y así que llegue...

RITA. Al instante.

D.ª FRANCISCA. Que no se te olvide toser.

RITA. No haya miedo.

D.ª FRANCISCA. ¡ Si vieras qué conso lada estoy !

RITA. Sin que Vd lo jure, lo creo.

D.ª FRANCISCA. ¿ Te acuerdas cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mi ?

RITA. Si, bien me acuerdo.

D.ª FRANCISCA. ¡ Ah !... Pues mira como me dijo la verdad.

(*Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; y Rita por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro.*)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (*Acércase á la puerta del foro y vuelve.*) ¡ Qué impaciencia tengo !... Y dice mi madre que soy una simple, que sólo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

D.ª IRENE. Sola y á oscuras me habéis dejado allí.

D.ª FRANCISCA. Como estaba Vd. acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho mas fresco.

D.ª IRENE ¿ Pero aquella muchacha qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios... ¿ Y don Diego no ha venido ?

D.ª FRANCISCA. Me parece que no.

D.ª IRENE. Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razon...

D.ª FRANCISCA. Bien; sí, señora, ya lo sé. No me rina Vd. mas.

D.ª IRENE. No es esto reñirte, hija mia; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para

considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria), los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquíntida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿ Qué dices ?

D.ª FRANCISCA. Yo, nada, mamá.

D.ª IRENE. Pues nunca dices nada. ¡ Válgame Dios, señor ! En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Rita sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*)

D.ª IRENE. Vaya, mujer, yo pensé que en toda la noche no venias.

RITA. Señora, he tardado porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon le hace á Vd. tanto daño...

D.ª IRENE. Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos ; si no me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí y llévate la otra á mi cuarto, ycorre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA. Muy bien.

(*Toma una luz y hace que se va.*)

D.ª FRANCISCA (*aparte á Rita*).

¿ No ha venido ?

RITA. Vendrá.

D.ª IRENE. Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada para que la lleve al instante al correo... (*Vase Rita al cuarto de doña Irene.*) Y tú, niña, ¿ qué has de cenar ? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

D.ª FRANCISCA. Como las monjas me hicieron merendar...

D.ª IRENE. Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (*Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al medio dia, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que estén.

RITA. ¿ Y nada mas ?

D.ª IRENE. No, nada mas... ¡ Ah ! y házmelas bien caldositas.

RITA. Sí, ya lo sé.

D.ª IRENE. ¡ Rita !

RITA. Otra. ¿ Qué manda Vd. ?

D.ª IRENE. Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero, no. señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir á Simon que digo yo que me haga el gusto de echarla en el correo : ¿ lo entiendes ?

RITA. Sí, señora.

D.ª IRENE. ¡ Ah ! mira.

RITA. Otra.

D.ª IRENE. Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (*Vase Rita por la puerta del foro.*) ¡ Qué noche tan mala me dió !... Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios cantando el Malbruc y la Jota (1) !... Ello por otra parte divertia, cierto... pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

D.ª IRENE. Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡ Tan buen cristiano ! ¡ tan atento ! ¡ tan bien hablado ! ¡ Y con qué garbo y generosidad se porta !... Ya se ve,

(1) Las ediciones primitivas dicen: el *Gloria Patri* y la *Oracion del Santo Sudario.*

un sugeto de bienes y de posibles... ¡ Y qué casa tiene ! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡ Qué ropa blanca ! ¡ qué batería de cocina ! ¡ y qué despensa, llena de cuanto Dios crió !... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

D.ª FRANCISCA. Sí, señora, bien lo oigo ; pero no la queria interrumpir á Vd.

D.ª IRENE. Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua : pajaritas del aire que apetecieras las tendrias, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de véras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡ Pues no es cosa particular, señor !

D.ª FRANCISCA. Mamá, no se enfade Vd.

D.ª IRENE. ¡ No es buen empeño de !... ¿ Y te parece á ti que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso ?... ¿ No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito ?... ¡ Perdóneme Dios !

D.ª FRANCISCA. Pero... Pues ¿ qué sabe Vd. ?

D.ª IRENE. ¿ Me quieres engañar á mí, eh ? ¡ Ay hija ! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion para que tú me engañes.

D.ª FRANCISCA (*aparte*). ¡ Perdida soy !

D.ª IRENE. Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pié y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡ Mire Vd. qué juicio de niña este ! Que, porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita ; pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sépalo Vd., si no lo sabe.

D.ª FRANCISCA. Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á Vd.

D.ª IRENE. Sí, que no sé yo...

D.ª FRANCISCA. No, señora, créame Vd. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

D.ª IRENE. Mira si es cierto lo que dices.

D.ª FRANCISCA. Sí, señora, que yo no se mentir.

D.ª IRENE. Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ello.

D.ª FRANCISCA. (*aparte*). ¡ Pobre de mí !

ESCENA V.

DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Don Diego sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston.*)

D.ª IRENE. ¿ Pues cómo tan tarde?

D. DIEGO. Apénas salí, tropecé con el rector de Málaga y y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (*Siéntase junto á doña Irene..*) Y á todo esto, ¿ cómo va?

D.ª IRENE. Muy bien.

D. DIEGO. ¿ Y doña Paquita?

D.ª IRENE. Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar soló en dar gusto á su madre y obedecerla.

D. DIEGO. ¡ Qué diantre! ¿ Con que tanto se acuerda de...

D.ª IRENE. ¿ Qué, se admira Vd.? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

D. DIEGO. No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra; y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos... (*Asiendo de una mano á doña Francisca la hace sentar inmediata á él.*) Pero de véras, doña Paquita, ¿ se volveria Vd. al convento de buena gana?... La verdad.

D.ª IRENE. Pero si ella no...

D. DIEGO. Déjela Vd., señora, que ella responderá.

D.ª FRANCISCA. Bien sabe Vd. lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

D. DIEGO. Pero eso lo dice Vd. tan afligida y...

D.ª IRENE. Si es natural, señor. ¿ No ve Vd. que...

D. DIEGO. Calle Vd. por Dios, doña Irene, y no me diga Vd. á mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica

esté llena de miedo, y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga. Pero... si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

D.ª FRANCISCA. No, señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

D. DIEGO. ¡ Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡ pero mandar!... ¿ Y quién ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?... ¿ Pues cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... ¡ Eh ! no, señor, eso no va bien... Mire Vd., doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie ; pero tampoco he creido imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia de esas que viven en una decente libertad... Decente, que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿ cuál sería entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante mas apetecible que yo ? ¡ Y en Madrid ! figúrese Vd., ¡ en un Madrid !... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallara en Vd. todo cuanto yo deseaba.

D.ª IRENE. ¿ Y puede Vd. creer, señor don Diego, que...

D. DIEGO. Voy á acabar, señora, déjeme Vd. acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como Vd., las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud, pero si á pesar de todo esto la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno, sepa Vd. que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo ; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á Vd., Paquita, sinceridad. El cariño que á Vd. la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de Vd. no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á na-

die se le hace dichoso por fuerza. Si Vd. no halla en mi prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame Vd., la menor disimulacion en esto, nos daria á todos muchísimo que sentir.

D.ª IRENE. ¿ Puedo hablar ya, señor?

D. DIEGO. Ella, ella debe hablar, y sin apuntador, y sin intérprete.

D.ª IRENE. Cuando yo se lo mande.

D. DIEGO. Pues ya puede Vd. mandárselo, porque á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con Vd. no.

D.ª IRENE. Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¡ En qué concepto nos tiene Vd. !... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le di parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo, y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envía memorias con el ordinario.

D. DIEGO. Y bien, señora, ¿ qué escribió el padrino? Ó por mejor decir, ¿ qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

D.ª IRENE. Sí, señor, que tiene que ver, sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á Vd. que ni un Padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada con un empleillo infeliz en el ramo del viento (1), que apénas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto... Casi toda la carta venia en latin, no le parezca á Vd., y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

D. DIEGO. Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á Vd. la deba disgustar.

D.ª IRENE. Pues ¿ no quiere Vd. que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que... Ella otros amores ni otros cuidados ! Pues si tal hubiera... válgame Dios !.., la mataba á golpes, mire Vd.... Respóndele,

(1) Empleillo de poca monta, ó como suele decirse, de « chicha y nabo. »

una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Díselo para que se tranquilice. y...

D. DIEGO. Yo, señora, estoy mas tranquilo que Vd.

D.ª IRENE. Respóndele.

D.ª FRANCISCA. Yo no sé qué decir. Si Vds. se enfadan.

D. DIEGO. No, hija mia; esto es dar alguna expresion á lo que se dice, pero ¡ enfadarnos ! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

D.ª IRENE. Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que Vd. nos hace... Por eso mismo...

D. DIEGO. No se hable de agradecimiento ; cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

D.ª IRENE. ¿ Pues no ha de estarlo ? Responde.

D.ª FRANCISCA. Sí, Señor, que lo estoy.

D. DIEGO. Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

D.ª IRENE. No, señor, todo al contrário... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

D. DIEGO. En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

D.ª FRANCISCA. Gracias, señor don Diego... ¡ Á una huérfana, pobre, desvalida como yo !...

D. DIEGO. Pero de prendas tan estimables, que la hacen á Vd. digna todavía de mayor fortuna.

D.ª IRENE. Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

D.ª FRANCISCA. ¡ Mamá !

Levántase doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mútuamente.)

D.ª IRENE. ¿ Ves lo que te quiero ?

D.ª FRANCISCA. Sí, señora.

D.ª IRENE. ¿ Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pio (1) sino el de verte colocada ántes que yo falte ?

D.ª FRANCISCA. Bien lo conozco.

D.ª IRENE. ¡ Hija de mi vida ! ¿ Has de ser buena ?

D.ª FRANCISCA. Sí, señora.

(1) *Pio* significa aquí « deseo, anhelo. »

D.ª IRENE. ¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

D.ª FRANCISCA. ¿Pues qué, no la quiero yo á Vd.?

D. DIEGO. Vamos, vamos de aquí. (*Levántase don Diego, y despues doña Irene.*) No venga alguno y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

D.ª IRENE. Sí, dice Vd. bien.

(*Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detras, y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.*)

ESCENA VI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

RITA. Señorita... ¡Eh! chit... señorita...

D.ª FRANCISCA. ¿Qué quieres?

RITA. Ya ha venido.

D.ª FRANCISCA. ¿Cómo?

RITA. Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de Vd., y ya sube por la escalera.

D.ª FRANCISCA. ¡Ay Dios!... ¿Y qué debo hacer?

RITA. ¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio. Y mire Vd. que en el paraje en qué estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

D.ª FRANCISCA. Sí... Él es.

RITA. Voy á cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolucion.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

D.ª FRANCISCA. No, no, que yo tambien... Pero no lo merece.

ESCENA VII.

D. CÁRLOS, D.ª FRANCISCA.

(*Sale don Cárlos por la puerta del foro.*)

D. CÁRLOS. ¡Paquita!... ¡vida mia!... Ya estoy aquí... ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

D.ª FRANCISCA. Bien venido.

D. CÁRLOS. ¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada mas alegría?

D.ª FRANCISCA. Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe Vd... Sí, bien lo sabe Vd... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

D. CARLOS. ¿ En dónde ?

D.ª FRANCISCA. Ahí, en ese cuarto.

(*Señalando al cuarto de doña* **Irene.**)

D. CÁRLOS. ¿ Sola ?

D.ª FRANCISCA. No, señor.

D. CÁRLOS. Estará en compañía del prometido esposo.

(*Se acerca al cuarto de doña Irene se detiene, y vuelve.*)

Mejor... Pero ¿ no hay nadie mas con ella?

D.ª FRANCISCA. Nadie mas, solos están... ¿ Qué piensa Vd. hacer ?

D. CÁRLOS. Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... Él tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una mujer tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de Vd., ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de Vd. merece la primera atencion.

D.ª FRANCISCA. Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

D. CÁRLOS. No importa.

D.ª FRANCISCA. Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

D. CÁRLOS. ¿ Cuál ?... No. Eso no.

D.ª FRANCISCA. Los dos están de acuerdo, y dicen...

D. CÁRLOS. Bien... Dirán... Pero no puede ser.

D.ª FRANCISCA. Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

D. CÁRLOS. ¿ Y Vd. qué esperanza le da ?... ¿ Ha prometido quererle mucho ?

D.ª FRANCISCA. ¡ Ingrato !... ¿ Pues no sabe Vd. que... ¡ Ingrato !

D. CÁRLOS. Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

D.ª FRANCISCA. Y el último.

D. CÁRLOS. Y ántes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... ¿ Digo bien ?

(*Asiéndola de las manos.*)

D.ª FRANCISCA. ¿ Pues de quién ha de ser ?

D. CÁRLOS. ¡ Hermosa ! ¡ Qué dulce esperanza me anima !... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aqui. ¿ Vd. me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligacion mil y mil veces prometida ? Pues á eso mismo vengo yo... Si Vds. se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de Vd. sabrá quién soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien mas que tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato ni mas querido que yo ; es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para Vd. algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

D.ª FRANCISCA. ¿ Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo ?

D. CÁRLOS. Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

D.ª FRANCISCA. Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

D. CÁRLOS. Ni hay otra... Pero Vd. debe serenarse y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

D.ª FRANCISCA. ¿ Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre ?... ¡ Me quiere tanto !... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamas ; que siempre seré obediente y buena... ¡ Y me abrazaba con tanta ternura ! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar Vd. para salir de estos ahogos...

D. CÁRLOS. Yo le buscaré... ¿ No tiene Vd. confianza en mí ?

D.ª FRANCISCA. ¿ Pues no he de tenerla ? ¿ Piensa Vd. que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase ? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿ qué habia yo de hacer ? Si Vd. no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto sin tener á quien volver los ojos ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero Vd. ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

(*Se enternece y llora.*)

D. CÁRLOS. ¡ Qué llanto !... ¡ Cómo persuade !... Si,

Paquita, yo solo basto para defenderla á Vd. de cuantos quieran oprimirla. Á un amante favorecido ¿ quién puede oponérsele ? Nada hay que temer.

D.ª FRANCISCA. ¿ Es posible ?

D. CÁRLOS. Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y sólo la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.

RITA, DON CÁRLOS, DOÑA FRANCISCA.

RITA. Señorita, adentro. La mamá pregunta por Vd. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y Vd., señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

D. CÁRLOS. Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

D.ª FRANCISCA. Ni yo.

D. CÁRLOS. Hasta mañana. Con la luz del dia veremos á este dichoso competidor.

RITA. Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente ; con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin.

(*Se va por la puerta del foro.*)

D.ª FRANCISCA. Hasta mañana.

D. CÁRLOS. Á Dios, Paquita.

D.ª FRANCISCA. Acuéstese Vd., y descanse.

D. CÁRLOS. ¿ Descansar con celos ?

D.ª FRANCISCA. ¿ De quién ?

D. CÁRLOS. Buenas noches... Duerma Vd. bien, Paquita.

D.ª FRANCISCA. ¿ Dormir con amor ?

D. CÁRLOS. Á Dios, vida mia.

D.ª FRANCISCA. Á Dios.

(*Éntrase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA IX.

DON CÁRLOS, CALAMOCHA, RITA.

D. CÁRLOS (*paseándose con inquietud*).

¡ Quitármela ! No... Sea quién fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... me-

diando yo... ¡Sesenta años! Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAMOCHA (*saliendo por la puerta del foro*).

Pues, señor, tenemos un medio cabrito asado, y... á lo ménos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia extraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que sería bueno...

D. CÁRLOS. Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

CALAMOCHA. Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

RITA (*saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.*)

¿Quién quiere sopas?

D. CÁRLOS. Buen provecho.

CALAMOCHA. Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA. La real moza se ha comido ya média cazuela de albondiguilas... Pero lo agradece, señor militar.

(*Éntrase en el cuarto de doña Irene.*)

CALAMOCHA. Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. CÁRLOS. ¿Con que vamos?

CALAMOCHA. ¡Ay! ay! ay! (*Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve; se acerca á don Cárlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*) ¡Eh! chit, digo...

D. CÁRLOS. ¿Qué?

CALAMOCHA. ¿No ve Vd. lo que viene por allí?

D. CÁRLOS. ¿Es Simon?

CALAMOCHA. Él mismo... Pero ¿quién diablos le...

D. CÁRLOS. ¿Y qué haremos?

CALAMOCHA. ¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir y... ¿Me da Vd. licencia para que...

D. CÁRLOS. Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON, CALAMOCHA, DON CÁRLOS.

(*Sale Simon por la puerta del foro.*)

CALAMOCHA. Simon. ¿ tú por aquí ?

SIMON. Á Dios, Calamocha. ¿ Cómo va ?

CALAMOCHA. Lindamente.

SIMON. ¡ Cuánto me alegro de...

D. CÁRLOS ¡ Hombre, tú en Alcalá ! ¿ Pues que novedad es esta ?

SIMON. ¡ Oh ! ¡ que estaba Vd. ahí, señorito ! ¡ Voto á sánes !

D. CÁRLOS ¿ Y mi tio ?

SIMON. Tan bueno.

CALAMOCHA. ¿ Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON. ¿ Quién me habia de decir á mí... ¡ Cosa como ella ! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y Vd. de cada vez mas guapo... ¿ Con que Vd. irá á ver al tio, eh ?

CALAMOCHA. Tú habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON. ¡ Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino ! ¡ Ya, ya !

CALAMOCHA. ¿ Alguna cobranza tal vez eh ?

D. CÁRLOS. Puede ser. Como tiene mi tio ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿ No has venido á eso?

SIMON. ¡ Y qué buena maula le ha salido el tal administrador ! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña... ¿ Con que Vd. viene ahora de Zaragoza ?

D. CÁRLOS. Pues... Figúrate tú.

SIMON. ¿ O va Vd. allá ?

D. CÁRLOS. ¿ Adónde ?

SIMON. A Zaragoza. ¿ No está allí el regimiento ?

CALAMOCHA. Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿ no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas ?

SIMON. ¿ Qué sé yo ? Algunos van por la posta y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA (*aparte separándose de Simon*).

¡ Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla !

D. CÁRLOS. Pero aun no me has dicho si mi tio está en Madrid ó en Alcalá ; ni á qué has venido, ni...

SIMON. Bien, á eso voy... Sí, señor, voy á decir á Vd... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CÁRLOS, SIMON, CALAMOCHA.

D. DIEGO (*desde adentro*).

No, no es menester ; sí, hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(*Don Cárlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.*)

D. CÁRLOS. ¡ Mi tio !...

(*Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo ; repara en don Cárlos y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.*)

D. DIEGO. ¡ Simon !

SIMON. Aquí estoy, señor.

D. CÁRLOS. ¡ Todo se ha perdido !

D. DIEGO. Vamos... Pero... ¿ Quién es ?

SIMON. Un amigo de Vd., señor.

D. CÁRLOS. Yo estoy muerto.

D. DIEGO. ¿ Cómo un amigo ?... ¿ Qué ?... Acerca esa luz.

D. CÁRLOS. ¡ Tio !

(*En ademan de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.*)

D. DIEGO. Quítate de ahí.

D. CÁRLOS. ¡ Señor !

D. DIEGO. Quítate. No sé cómo no le... ¿ Qué haces aquí ?

D. CÁRLOS. Si Vd. se altera y...

D. DIEGO. ¿ Qué haces aquí ?

D. CÁRLOS. Mi desgracia me ha traido.

D. DIEGO. ¡ Siempre dándome que sentir, siempre ! Pero... (*Acercándose á don Cárlos*) ¿ Qué dices ? De véras, ha ocurrido alguna desgracia ? Vamos... ¿ Qué te sucede ?... ¿ Por qué estás aquí ?

CALAMOCHA. Porque le tiene á Vd. ley, y le quiere bien, y...

D. DIEGO. Á ti no te pregunto nada. ¿ Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa ?... ¿ Por qué te asusta el verme ?... Algo has hecho ; sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

D. CÁRLOS. No, señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que Vd. me ha inspirado tantas veces.

D. DIEGO. ¿Pues á qué viniste?... ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus jefes?... Sácame de esta inquietud, Cárlos... Hijo mio, sácame de este afan.

CALAMOCHA. Si todo ello no es mas que...

D. DIEGO. Ya he dicho que calles... Ven acá. (*Asiendo de una mano á don Cárlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Díme qué ha sido.

D. CÁRLOS. Una ligereza, una falta de sumision á Vd. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

D. DIEGO. ¿Y qué otra cosa hay?

D. CÁRLOS. Nada mas, señor.

D. DIEGO. ¿Pues qué desgracia era aquella de que me hablaste?

D. CÁRLOS. Ninguna. La de hallarle á Vd. en este paraje... y haberle digustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

D. DIEGO. ¿No hay mas?

D. CÁRLOS. No, señor.

D. DIEGO. Míralo bien.

D. CÁRLOS. No, señor... Á eso venia. No hay nada mas.

D. DIEGO. Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

D. CÁRLOS. Considere Vd., tio, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede Vd. creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. DIEGO. Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, de virtud...

D. CÁRLOS. Bien está, pero ya he dicho los motivos...

D. DIEGO. Todos estos motivos no valen nada... ¡ Porque le dió la gana de ver al tio !... Lo que quiere su tio de Vd. no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*alza la voz y se pasea inquieto*) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que Vd. ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

D. CÁRLOS. Señor, si...

D. DIEGO. No hay remedio... Y ha de ser al instante. Vd. no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA. Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

D. DIEGO. Pues con ellos (*á Calamocha*) y con las maletas al meson de afuera... Vd. (*á don Cárlos*) no ha de dormir aquí... Vamos (*á Calamocha*), tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (*Á Simon.*) ¿ Qué dinero tienes ahí ?

SIMON. Tendré unas cuatro ó seis onzas.

(*Saca de un bolsillo algunas monedas y se las da á don Diego.*)

D. DIEGO. Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces ?... (*Á Calamocha.*) ¿ No he dicho que ha de ser al instante ?... Volando. Y tú (*á Simon*), vé con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se haya ido.

(*Los dos criados entran en el cuarto de don Cárlos.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CÁRLOS.

D. DIEGO. Tome Vd. (*le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien se lo que me hago... ¿ No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer ?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre ; y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

D. CÁRLOS. Ya lo sé.

D. DIEGO. Pues bien ; ahora obedece lo que te mando.

D. CÁRLOS. Lo haré sin falta.

D. DIEGO. Al meson de afuera. (*Á los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Cárlos, y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir, miéntras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningun pretexto, ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro, marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

D. CÁRLOS. Sí, señor.

D. DIEGO. Mira que lo has de hacer.

D. CÁRLOS. Sí, señor, haré lo que Vd. manda.

D. DIEGO. Muy bien. Á Dios... Todo te lo perdono... Vete conDios... Y yo sabré tambien cuando llegas á Zaragoza; no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. CÁRLOS. ¿Pues qué hice yo?

D. DIEGO. Si te digo que lo sé, y que te le perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

D. CÁRLOS. Quede Vd. con Dios.

(*Hace que se va, y vuelve.*)

D. DIEGO. ¿Sin besar la mano á su tio, eh?

D. CÁRLOS. No me atreví.

(*Besa la mano á don Diego y se abrazan.*)

D. DIEGO. Y dame un abrazo por si no nos volvemos áver.

D. CÁRLOS. ¿Qué dice Vd.? No lo permita Dios.

D. DIEGO. ¿Quién sabe, hijo mio? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

D. CÁRLOS. No, señor, ahora no.

D. DIEGO. Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de órden mia. Y mira como lo gastas... ¿Juegas?

D. CÁRLOS. No, señor, en mi vida.

D. DIEGO. Cuidado con eso... Con que, buen viaje. Y no te acalores; jornadas regulares y nada mas... ¿Vas contento?

D. CÁRLOS. No, señor. Porque Vd. me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

D. DIEGO. No se hable ya de lo pasado... Á Dios...

D. CÁRLOS. ¿Queda Vd. enojado conmigo?

D DIEGO. No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero

ya se acabó... No me des que sentir. (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*) Portarse como hombre de bien.

D. CÁRLOS. No lo dude Vd.

D. DIEGO. Como oficial de honor.

D. CÁRLOS. Así lo prometo.

D. DIEGO. Á Dios, Cárlos. (*Abrazándose.*)

D. CÁRLOS. (*Aparte, al irse por la puerta del foro.*)
¡ Y la dejo !... ¡ Y la pierdo para siempre !

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá, en hora buena... Pero no es lo mismo escribírselo, que... Despues de hecho, no importa nada... ¡ Pero siempre aquel respeto al tio !... Como una malva es.

(*Se enjuga las lágrimas, toma la luz y se va á su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.*)

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

(*Salen del cuarto de Doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*)

RITA. Mucho silencio hay por aquí.

D.ª FRANCISCA. Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA. Precisamente.

D.ª FRANCISCA. ¡ Un camino tan largo !

RITA. ¡ Á lo que obliga el amor, señorita !

D.ª FRANCISCA. Sí, bien puedes decirlo, amor... Y yo ¿ qué no hiciera por él ?

RITA. Y deje Vd., que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entónces será ella... ¡ El pobre don Diego qué chasco se va á llevar ! Y por otra parte, vea Vd. qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

D.ª FRANCISCA. Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia...

Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mujeres.

RITA. ¡Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene.*)

D.ª FRANCISCA. ¿Á qué vas?

RITA. El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

D.ª FRANCISCA. Sí, tráele, no empiece á cantar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y vé con cuidado, no despierte mamá.

RITA. Sí, mire Vd. el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton que rechina, que...

D.ª FRANCISCA. Te puedes llevar la luz.

RITA. No es menester, que ya sé dónde está.

(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA XV.

SIMON, DOÑA FRANCISCA.

(*Sale Simon por la puerta del foro.*)

D.ª FRANCISCA. Yo pensé que estaban Vds. acostados.

SIMON. El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en donde he de tender el rancho (1)... Y buen sueño que tengo.

D.ª FRANCISCA. ¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMON. Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

D.ª FRANCISCA. ¿Los arrieros?

SIMON. No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

D.ª FRANCISCA. ¿Quiénes dice Vd. que son?

SIMON. Un teniente coronel y su asistente.

D.ª FRANCISCA. ¿Y estaban aquí?

SIMON. Sí, señora, ahí en ese cuarto.

D.ª FRANCISCA. No los he visto.

(1) El *rancho*, el cuerpo.

SIMON. Parece que llegaron esta tarde y... Á la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(*Vase al cuarto de don Diego.*)

ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

D.ª FRANCISCA. ¡ Dios mio de mi alma ! ¿ Qué es esto ?... No puedo sostenerme... ¡ Desdichada !

(*Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*)

RITA. Señorita, yo vengo muerta.

(*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa ; abre la puerta del cuarto de don Cárlos y vuelve.*)

D.ª FRANCISCA. ¡ Ay que es cierto !... ¿ Tú lo sabes ambien ?

RITA. Deje Vd., que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿ cómo podia engañarme ? Si yo misma los he visto salir.

D.ª FRANCISCA. ¿ Y eran ellos?

RITA. Sí, señora. Los dos.

D.ª FRANCISCA. Pero ¿ se han ido fuera de la ciudad ?

RITA. Si no los he perdido de vista hasta que salieron por la Puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

D.ª FRANCISCA. ¿ Y es ese el camino de Aragon ?

RITA. Ese es.

D.ª FRANCISCA. ¡ Indigno!... ¡ Hombre indigno !

RITA. ¡ Señorita !

D.ª FRANCISCA. ¿ En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA. Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible... Si no alcanzo á discurrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

D.ª FRANCISCA. ¿ Pues no le quise mas que á mi vida?... ¿ No me ha visto loca de amor?

RITA. No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

D.ª FRANCISCA. ¿ Qué has de decir? Que no me ha querido nunca ni es hombre de bien... ¿ Y vino para esto? ¡ Para engañarme, para abandonarme así !

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

RITA. Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Celos... ¿ Por qué ha de tener celos?... Y aun eso mismo debiera enamorarle mas... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

D.ª FRANCISCA. Te cansas en vano. Di que es un pérfido, dí que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA. Vamos de aquí, que puede venir álguien y...

D.ª FRANCISCA. Sí, vámonos... Vamos á llorar... ¡ Y en qué situacion me deja!... Pero ¿ ves qué malvado?

RITA. Sí, señora, ya lo conozco.

D.ª FRANCISCA. ¡ Qué bien supo fingir!... ¿ Y con quién? Conmigo... ¿ Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿ Mereció mi cariño este galardon?... ¡ Dios de mi vida! ¿ Cuál es mi delito, cuál es?

(*Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*)

DON DIÉGO, SIMON.

D. DIEGO. Aquí, á lo ménos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡ Cómo ronca este!... Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (*Simon despierta, y al oir á don Diego se incorpora y se levanta.*) ¿ Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON. ¿ Qué, estaba Vd. ahí, señor?

D. DIEGO. Sí, aquí me he salido, porque allí no puedo parar.

SIMON. Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

D. DIEGO. Mala comparacion. Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON. En efecto, dice Vd. bien... ¿ y qué hora será ya?

D. DIEGO. Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON. ¡ Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. DIEGO. Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON. ¡ Pero si Vd. viera qué apesadumbrado le dejé! ¡ qué triste!

D. DIEGO. Ha sido preciso.

SIMON. Ya lo conozco.

D. DIEGO. ¿ No ves qué venida tan intempestiva?

SIMON. Es verdad... Sin permiso de Vd., sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... ¿ Me parece que el castigo no pasará adelante, eh?

D. DIEGO. ¡ No, qué! No, señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazon. (*Suenan á lo léjos tres palmadas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.*) ¿ Qué ha sonado?

SIMON. No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. DIEGO. Calla.

SIMON. Vaya, música tenemos, segun parece.

D. DIEGO. Sí, como lo hagan bien.

SIMON. ¿ Y quién será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

D DIEGO. Puede ser.

SIMON. Ya empiezan, oigamos... (*Tocan una sonata desde*

adentro (1). Pues dígole á Vd. que toca muy lindamente el pícaro de barberillo.

D. DIEGO. No, no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite. Buen estilo, pero canta demasiado quedo.

SIMON. ¿ Quiere Vd. que nos asomemos un poco á ver á este ruiseñor ?

D. DIEGO. No, dejarlos... ¡ Pobre gente ! ¡ Quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música !... No gusto yo de incomodar á nadie.

(*Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado y observan.*)

SIMON. ¡ Señor !... ¡ Eh ! Presto, aquí á un ladito.

D. DIEGO. ¿ Qué quieres ?

SIMON. Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

D. DIEGO. ¿ Sí ?... Retirémonos.

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA. Con tiento, señorita.

D.ª FRANCISCA. ¿ Siguiendo la pared no voy bien ?

(*Vuelven á probar el instrumento.*)

RITA. Sí, señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

D.ª FRANCISCA. No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

(1) Las coplas que canta D. Cárlos en voz baja, si el actor es capaz de hacerlo, son las siguientes :

Si duerme y reposa
La bella que adoro,
Su paz deliciosa
No turbe mi lloro,
Y en sueño corónela
De dichas amor.
Pero si su mente
Vagando delira
Si me llama ausente
Si celosa espira,
Diréla mi bárbaro,
Mi fiero dolor.

RITA. ¿ Pues no ha de ser ?... La seña no puede mentir.

D.ª FRANCISCA. Calla... (*Repiten desde adentro la sonata anterior.*) Sí, él es... ¡ Dios mio !... (*Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.*) Vé, responde... Albricias, corazon. Él es.

SIMON. ¿ Ha oido Vd. ?

D. DIEGO. Sí.

SIMON. ¿ Qué querrá decir esto ?

D. DIEGO. Calla.

D.ª FRANCISCA. (*Doña Francisca se asoma á la ventana. Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones mas ó ménos largas que deben hacerse.*)

Yo soy. Y ¿ qué habia de pensar viendo lo que Vd. acaba de hacer ?... ¿ Qué fuga es esta ?... Rita (*apartándose de la ventana, y vuelve despues*), amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... ¿ Para siempre ? ¡ Triste de mí !... Bien está, tírela Vd... Pero yo no acabo de entender... ¡ Ay, don Félix ! nunca le he visto á Vd. tan tímido... (*Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla, y no hallándola vuelve á asomarse.*) No, no la he cogido, pero aquí está sin duda... ¿ Y no he de saber yo hasta que llegue el dia los motivos que tiene Vd. para dejarme muriendo ?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de Vd. Su Paquita de V. se lo manda... Y ¿ cómo le parece á Vd. que estará el mio ?... No me cabe en el pecho... Diga Vd. (*Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.*)

RITA. Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

D.ª FRANCISCA. ¡ Infeliz de mí !... Guíame.

RITA. Vamos... (*Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.*) ¡ Ay !

D.ª FRANCISCA. ¡ Muerta voy !

ESCENA III.

DON DIEGO, SIMON.

D. DIEGO. ¿ Qué grito fué ese ?

SIMON. Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

D. DIEGO. Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡ Buenos estamos !

SIMON. No encuentro nada, señor.

(*Tentando por el suelo cerca de la ventana.*)

D. DIEGO. Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMON. ¿ Le tiraron desde la calle ?

D. DIEGO. Sí... ¿ Qué amante es este ?... ¡ Y diez y seis años, y criada en un convento ! Acabó ya toda mi ilusion.

SIMON. Aquí está.

(*Halla la carta y se la da á don Diego.*)

D. DIEGO. Vete abajo y enciende una luz... En la caballeriza, ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante.

(*Vase Simon por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

DON DIEGO.

¿ Y á quién debo culpar ? (*Apoyándose en el respaldo de una silla.*) ¿ Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo ?... ¿ Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir ?... ¡ La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos !... ¡ Qué esperanzas tan halagüeñas concebí ! ¡ Qué felicidades me prometia !... ¡ Celos !... ¿ Yo ?... ¡ En qué edad tengo celos !... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza ¿ de qué provienen ? ¿ Cómo he de llamarlos ? Otra vez parece que... (*Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.*) Sí.

ESCENA V.

RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA. Ya se han ido... (*Rita observa, escucha, asómase despues á la ventana, y busca la carta por el suelo.*) ¡ Válgame Dios !... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡ Pobrecita de mi alma !... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡ Ojalá no los hubiéramos conocido !... ¿ Y este

maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON. Ya tenemos luz...

(*Sale con luz. Rita se sorprende.*)

RITA. ¡Perdida soy!

D. DIEGO. (*acercándose*) ¡Rita! ¿Pues tú aquí?

RITA. Sí, señor, porque...

D. DIEGO. ¿Qué buscas á estas horas?

RITA. Buscaba... Yo le diré á Vd... Porque oimos un ruido tan grande...

SIMON. ¿Sí, eh?

RITA. Cierto... Un ruido y... Y mire Vd. (*Alza la jaula que está en el suelo*), era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?.. No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido. Preciso.

SIMON. Sí, algun gato.

RITA. ¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

SIMON. Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato...

RITA. Se le hubiera comido.

(*Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*)

SIMON. Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

D. DIEGO. Tráeme esa luz.

RITA. ¡Ah! Deje Vd., encenderemos esta (*Enciende la vela que está sobre la mesa*), que ya lo que no se ha dormido...

D. DIEGO. ¿Y doña Paquita duerme?

RITA. Sí, señor.

SIMON. Pues mucho es que con el ruido del tordo...

D. DIEGO. Vamos.

(*Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

D.ª FRANCISCA. ¿Ha parecido el papel?

RITA. No, señora.

D.ª FRANCISCA. ¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA. Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una

luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles. (*Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*)

D.ª FRANCISCA. Ellos eran sin duda... Aquí estarian cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

RITA. Yo no lo encuentro, señorita.

D.ª FRANCISCA. Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA. Á lo ménos por aquí...

D.ª FRANCISCA. ¡Yo estoy loca! (*Siéntase.*)

RITA. Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

D.ª FRANCISCA. Cuando iba á hacerlo, me avisaste y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que la habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme sería imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria : pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una mujer?... ¡Hay tantas mujeres!... Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon!... ¡Perdon de haberle querido tanto!

RITA. ¡Ay, señorita! (*Mirando hácia el cuarto de don Diego*) que parece que salen ya.

D.ª FRANCISCA. No importa, déjame.

RITA. Pero si don Diego la ve á Vd. de esa manera...

D.ª FRANCISCA. Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

D. DIEGO, SIMON, D.ª FRANCISCA, RITA.

SIMON. Voy enterado, no es menester mas.

D. DIEGO. Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, miéntras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas

á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Con que vete, no se pierda tiempo.

(*Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.*)

SIMON. Voy allá.

D. DIEGO. Mucho se madruga, doña Paquita.

D.ª FRANCISCA. Sí, señor.

D. DIEGO. ¿Ha llamado ya doña Irene?

D.ª FRANCISCA. No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA VIII.

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

D. DIEGO. ¿Vd. no habrá dormido bien esta noche?

D.ª FRANCISCA. No, señor. ¿Y Vd.?

D. DIEGO. Tampoco.

D.ª FRANCISCA. Ha hecho demasiado calor.

D. DIEGO. ¿Está Vd. desazonada?

D.ª FRANCISCA. Alguna cosa.

D. DIEGO. ¿Qué siente Vd.?

(*Siéntase junto á doña Francisca.*)

D.ª FRANCISCA. No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

D. DIEGO. Algo será; porque la veo á Vd. muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene Vd., Paquita? ¿No sabe Vd. que la quiero tanto?

D.ª FRANCISCA. Sí, señor.

D. DIEGO. Pues ¿por qué no hace Vd. mas confianza de mí? ¿Piensa Vd. que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

D.ª FRANCISCA. Ya lo sé.

D. DIEGO. ¿Pues cómo, sabiendo que tiene Vd. un amigo, no desahoga con él su corazon?

D.ª FRANCISCA. Porque eso mismo me obliga á callar.

D. DIEGO. Eso quiere decir que tal vez yo soy la causa de su pesadumbre de Vd.

D.ª FRANCISCA. No, señor, Vd. en nada me ha ofendido... No es de Vd. de quien yo me debo quejar.

D. DIEGO. ¿Pues de quien, hija mia?... Venga Vd. acá...

(*Acércase mas.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulacion... Dígame Vd., ¿no es cierto que Vd. mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á Vd. entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

D.ª FRANCISCA. Ni con otro.

D. DIEGO. ¿Será posible que Vd. no conozca otro mas amable que yo; que la quiera bien, y que la corresponda como Vd. merece?

D.ª FRANCISCA. No, Señor; no, señor.

D. DIEGO. Mírelo Vd. bien.

D.ª FRANCISCA. ¿No le digo á Vd. que no?

D. DIEGO. ¿Y he de creer, por dicha, que conserve Vd. tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

D.ª FRANCISCA. Tampoco, no, señor... Nunca he pensado así.

D. DIEGO. No tengo empeño de saber mas... Pero de todo lo que acabo de oir, resulta una gradísima contradiccion. Vd. no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. Vd. me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ese? De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de Vd. en términos que apénas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme exclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

(*Váse iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del dia.*)

D.ª FRANCISCA. Y ¿qué motivos le he dado á Vd. para tales desconfianzas?

D. DIEGO. ¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de Vd. sigue aprobándola, y llega el caso de...

D.ª FRANCISCA. Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con Vd.

D. DIEGO. ¿Y despues, Paquita?

D.ª FRANCISCA. Despues... y miéntras me dure la vida seré mujer de bien.

D. DIEGO. Eso no lo puedo yo dudar... Pero si Vd. me con-

sidera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame Vd., estos títulos ¿ no me dan algun derecho para merecer de Vd. mayor confianza? ¿No he de lograr que Vd. me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

D.ª FRANCISCA. ¡ Dichas para mí !... Ya se acabaron.

D. DIEGO. ¿ Por qué ?

D.ª FRANCISCA. Nunca diré por qué.

D. DIEGO. ¡ Pero qué obstinado, qué imprudente silencio !... cuando Vd. misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

D.ª FRANCISCA. Si Vd. lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe Vd., no me lo pregunte.

D. DIEGO. Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será Vd. mi mujer.

D.ª FRANCISCA. Y daré gusto á mi madre.

D. DIEGO. Y vivirá Vd. infeliz.

D.ª FRANCISCA. Ya lo sé.

D. DIEGO. He aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña; enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, ménos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, orígen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educacion, la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

D.ª FRANCISCA. Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

D. DIEGO. Sea cual fuere, hija mia, es menester que Vd. se anime... Si la ve á Vd. su madre de esa manera, ¿ qué ha de decir ?... Mire Vd. que ya parece que se ha levantado.

D.ª FRANCISCA. ¡ Dios mio!

D. DIEGO. Sí, Paquita ; conviene mucho que Vd. vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... ¡ Mire Vd. qué desórden este! ¡ qué agitacion! ¡ qué lágrimas! Vaya, ¿me da Vd. palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

D.ª FRANCISCA. Y Vd., señor... Bien sabe Vd. el genio de mi madre. Si Vd. no me defiende, ¿ á quién he de volver los ojos ? ¿ Quién tendrá compasion de esta desdichada ?

D. DIEGO. Su buen amigo de Vd... Yo... ¿ Cómo es posible que yo la abandonase, criatura, en la situacion dolorosa en que la veo ?

(*Asiéndola de las manos.*)

D.ª FRANCISCA. ¿ De véras ?

D. DIEGO. Mal conoce Vd. mi corazon.

D.ª FRANCISCA. Bien le conozco.

(*Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.*)

D. DIEGO. ¿ Qué hace Vd., niña ?

D.ª FRANCISCA. Yo no sé... ¡ Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con Vd. !... No, ingrata, no, infeliz... ¡ Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

D. DIEGO. Yo bien sé que Vd. agradece como puede el amor que la tengo... Lo demas todo ha sido... ¿ qué sé yo ? una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero Vd., inocente, Vd. no ha tenido la culpa.

D.ª FRANCISCA. Vamos... ¿ No viene Vd. ?

D. DIEGO. Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

D.ª FRANCISCA. Vaya Vd. presto.

(*Encaminándose al cuatro de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.*)

D. DIEGO. Sí, presto iré.

ESCENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

SIMON. Ahí están, señor.

D. DIEGO. ¿ Qué dices ?

SIMON. Cuando yo salia de la puerta, los vi á lo léjos que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo ; se detuvieron, y apénas llegué y le dije al señorito lo que Vd. mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso habia gente aquí, y Vd. no queria que le viesen.

D. DIEGO. ¿ Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMON. Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... Á mí me ha dado compasion el verle así, tan...

D. DIEGO. No me empieces ya á interceder por él.

SIMON. ¿ Yo, señor ?

D. DIEGO. Sí, que no te entiendo yo... ¡ Compasion !... Es un pícaro.

SIMON. Como yo no sé lo que ha hecho.

D. DIEGO. Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON. Bien está, señor.

(*Váse por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.*)

D. DIEGO. Díle que suba.

ESCENA X.

DON CÁRLOS, DON DIEGO.

D. DIEGO. Venga Vd. acá, señorito, venga Vd... ¿ En dónde has estado desde que no nos vemos ?

D. CÁRLOS. En el meson de afuera.

D. DIEGO. ¿ Y no has salido de allí en toda la noche, eh ?

D. CÁRLOS. Sí, señor, entré en la ciudad y...

D. DIEGO. ¿ Á qué ?... Siéntese Vd.

D. CÁRLOS. Tenia precision de hablar con un sugeto...

(*Siéntase.*)

D. DIEGO. ¡ Precision !

D. CÁRLOS. Sí, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

D. DIEGO. Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Por qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

(*Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Cárlos, luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademan de irse.*)

D. CÁRLOS. Pues si todo lo sabe Vd., ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni Vd. ni yo quedaremos contentos?

D. DIEGO. Quiere saber su tio de Vd. lo que hay en esto, y quiere que Vd. se lo diga.

D. CÁRLOS ¿Para qué saber mas?

D. DIEGO. Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!

D. CÁRLOS. Bien está.

D. DIEGO. Siéntate ahí... (*Siéntase don Cárlos.*) ¿En dónde has conocido á esta niña?... ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido? ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

D. CÁRLOS. Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento para que se esparciese un poco... Yo no sé qui ve en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos.... El intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo (1). Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando

(1) *Félix de Toledo*, nombre que da Calderon al galan, en muchas de sus comedias.

que llegase á noticia de Vd... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á Vd. refiriéndole...

D. DIEGO. Prosigue.

D. CÁRLOS. Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia extrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que miéntras viva me hará infeliz.

D. DIEGO. Vaya... Vamos, sigue adelante.

D. CÁRLOS. Mi asistente (que, como Vd. sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo), con mil artificios que á cada paso le occurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fuí para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis jefes, y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la di á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna; porque ni me convenia nombrale á Vd., ni quise exponerla á que las miras de interes, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fuí ciego de amor adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí; me

recordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe Vd., no hay para qué decírselo.

D. DIEGO. ¿ Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. CÁRLOS. Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á Vd., echarme á sus piés, referirle todo lo ocurrido y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Sólo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

D. DIEGO. Pues ya ves, Cárlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. CÁRLOS. Sí, señor.

D. DIEGO. Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á ti te hizo... ella misma, no ha média hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que...

D. CÁRLOS. Pero no el corazon.

(*Levántase.*)

D. DIEGO. ¿ Qué dices?

D. CÁRLOS. No, eso no... Sería ofenderla... Vd. celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy, y lo seré... Vd. se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte Vd. jamas el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

D. DIEGO. ¿ Qué temeridad es esta?

(*Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia don Cárlos, el cual se va retirando.*)

D. CÁRLOS. Ya se lo dije á Vd.... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva Vd. feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me

niegue á lo ménos el consuelo de saber que Vd. me perdona.

D. DIEGO. ¿ Con que en efecto te vas?

D. CÁRLOS. Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

D. DIEGO. ¿ Por qué?

D. CÁRLOS. Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... entónces...

D. DIEGO. ¿ Qué quieres decir?

(*Asiendo de un brazo á don Cárlos, le hace venír mas adelante.*)

D. CÁRLOS. Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

D. DIEGO. ¡ Cárlos !... ¡ Qué horror !... ¿ Y tienes corazon para decírmelo?

D. CÁRLOS. Álguien viene... (*Mirando con inquietud hácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademan de irse por la puerta del foro. Don Diego va detras de él y quiere impedírselo.*) Tal vez será ella... Quede Vd. con Dios.

D. DIEGO. ¿ Adónde vas?... No, señor, no has de irte.

D. CÁRLOS. Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á Vd. inquietudes crueles.

D. DIEGO. Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

D. CÁRLOS. Pero si...

D. DIEGO. Haz lo que te mando. (*Éntrase don Cárlos en el cuarto de don Diego.*)

ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

D.ª IRENE. Con que, señor don Diego, ¿ es ya la de vámonos?... Buenos dias... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*) ¿ Reza V.?

D. DIEGO (*paseándose con inquietud*). Sí, para rezar estoy ahora.

D.ª IRENE. Si Vd. quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿ qué tiene Vd., señor?... ¿ Hay alguna novedad?

D. DIEGO. Sí, no deja de haber novedades.

D.ª IRENE. Pues qué... Dígalo Vd. por Dios... ¡ Vaya vaya, !... No sabe Vd. lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entónces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido, de manera que...

D. DIEGO. Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿ Qué hacen esas muchachas ?

D.ª IRENE. Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. DIEGO. Muy bien. Siéntese Vd... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*siéntanse los dos*) por nada de lo que yo diga ; y cuento, no nos abandone el juicio cuando mas le necesitamos... Su hija de Vd. está enamorada...

D.ª IRENE. ¿ Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí, señor, que lo está, y bastaba que yo lo dijese para que...

D. DIEGO. ¡ Este vicio maldito de interrumpir á cada paso ! Déjeme Vd. hablar.

D.ª IRENE. Bien, vamos, hable Vd.

D. DIEGO. Está enamorada ; pero no está enamorada de mí.

D.ª IRENE. ¿ Qué dice Vd. ?

D. DIEGO. Lo que Vd. oye.

D.ª IRENE. Pero ¿ quién le ha contado á Vd. esos disparates ?

D. DIEGO. Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo á Vd., bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿ qué llanto es ese ?

D.ª IRENE. (*llorando*) ¡ Pobre de mí !

D. DIEGO. ¿ Á qué viene eso ?

D.ª IRENE. ¡ Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí !

D. DIEGO. Señora doña Irene...

D.ª IRENE. Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vámos al decir... ¿ Quién lo creyera de Vd. ?... ¡ Válgame Dios !... ¡ Si vivieran mis tres

difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

D. DIEGO. Mire Vd., señora, que se me acaba ya la paciencia.

D.ª IRENE. Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno ; y un dia del Córpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Cármen que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. DIEGO. Pero ¿ es posible que no ha de atender Vd. á lo que voy á decirla ?

D.ª IRENE. ¡ Ay! no, señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor... Vd. ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligacion en que está... ¡ Hija de mi alma y de mi corazon!

D. DIEGO. Señora doña Irene, hágame Vd. el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que Vd. sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure Vd. el sufrimiento, por amor de Dios.

D.ª IRENE. Diga Vd. lo que le dé la gana.

D. DIEGO. Que no volvamos otra vez á llorar y á...

D.ª IRENE. No, señor, ya no lloro.

(*Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.*)

D. DIEGO. Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó ménos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, léjos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor... En este supuesto...

D.ª IRENE. Pero ¿ no conoce Vd., señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien ?

D. DIEGO. Volvemos otra vez á lo mismo... No, señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

D.ª IRENE. ¿ Qué ha de saber Vd., señor, ni qué traza tiene eso de verdad ? ¡ Con que la hija de mis entrañas, encerrada en un convento... ayunando los siete revier nes, acompañada de aquellas santas religiosas! Ella que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del

cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe Vd. el genio que tiene Circuncision... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

D. DIEGO. Aquí no se trata de ningun desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de Vd. es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncision, y la Soledad y la Candelaria, y todas las tias, y las parientas, y las madres, y Vd., y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; Vd. ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea Vd. ese papel, y verá si tengo razon.

(*Saca el papel de don Cárlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano contenerla.*)

D.ª IRENE. ¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Vírgen santa!... ¡Rita! ¡Francisca!

D. DIEGO. Pero ¿á qué es llamarlas?

D.ª IRENE. Sí, señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quién es Vd.

D. DIEGO. Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

RITA. ¡Señora!

D.ª FRANCISCA. ¿Me llamaba Vd.?

D.ª IRENE. Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿Á quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

(*Presentando el papel abierto á doña Francisca.*)

RITA (*aparte á doña Francisca.*) Su letra es.

D.ª FRANCISCA. ¡ Qué maldad!... Señor don Diego, ¿ así cumple Vd. su palabra?

D. DIEGO. Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga Vd. aquí... (*Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.*) No hay que temer... Y Vd., señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme Vd. ese papel... (*Quitándola el papel de las manos á doña Irene.*) Paquita, ya se acuerda Vd. de las tres palmadas de esta noche.

D.ª FRANCISCA. Miéntras viva me acordaré.

D. DIEGO. Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, yo lo he dicho. (*Lee.*) « Bien mio : si no consigo hablar con Vd., haré lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apénas me separé de Vd., encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé como no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Cárlos, no don Félix... Don Diego es mi tio. Viva Vd. dichosa, y olvide para siempre á su infeliz amigo — *Cárlos de Urbina.* »

D.ª IRENE. ¿ Con que hay eso?

D.ª FRANCISCA ¡ Triste de mí !

D.ª IRENE. ¿ Con que es verdad lo que decia el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(*Se encamina hácia doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.*)

D.ª FRANCISCA. ¡ Madre!... Perdon.

D.ª IRENE. No, señor, que la he de matar.

D. DIEGO. ¿ Qué locura es esta?

D.ª IRENE. He de matarla.

ESCENA XIII.

DON CÁRLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

D. CÁRLOS. Eso no... (*Sale don Cárlos del cuarto precipitadamente ; coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

D.ª FRANCISCA. ¡ Cárlos!

D. CÁRLOS (*acercándose á don Diego*). Disimule Vd. mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

D.ª IRENE. ¿ Qué es lo que me sucede, Dios mio?... ¿ Quién es Vd. ?... ¿ Qué acciones son estas?... ¡ Qué escándalo!

D. DIEGO. Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de Vd. está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Cárlos... No importa... Abraza á tu mujer.

(*Don Cárlos va adonde está doña Francisca, se abrazan, y ambos se arrodillan á los piés de don Diego.*)

D.ª IRENE. ¿ Con que su sobrino de Vd. ?

D. DIEGO. Sí, señora, mi sobrino ; que con sus palmadas, y su papel me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿ Qué es esto, hijos mios, qué es esto?

D.ª FRANCISCA. ¿ Con que Vd. nos perdona y nos hace felices?

D. DIEGO. Sí, prendas de mi alma... Sí.

(*Los hace levantar con expresiones de ternura.*)

D.ª IRENE. ¿ Y es posible que Vd. se determine á hacer un sacrificio...

D. DIEGO. Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡ Cárlos !. . ¡ Paquita! ¡ Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

D. CÁRLOS. (*besándole las manos*). Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á Vd. en tanta pérdida...

D.ª IRENE. ¡ Con que el bueno de don Cárlos! Vaya que...

D. DIEGO. Él y su hija de Vd. estaban locos de amor, miéntras Vd. y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece ; estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido à tiempo el error en que estaba... ¡ ay de aquellos que lo saben tarde !

D.ª IRENE. En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos

anos se gocen... Venga Vd. acá, señor, venga Vd., que quiero abrazarle... (*Abrázanse don Cárlos y doña Irene; doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo muy galan... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA. Sí, dígaselo Vd., que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

D.ª FRANCISCA. ¿Pero ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

D. DIEGO. Paquita hermosa (*Abraza á doña Francisca*), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (*asiendo de las manos á doña Francisca y á don Cárlos*) seréis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. CÁRLOS. ¡Bendita sea tanta bondad!

D. DIEGO. Hijos, bendita sea la de Dios.

FIN DE EL SÍ DE LAS NIÑAS.

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS

En la primera edicion de esta comedia halló Moratin la oportunidad que deseaba de manifestar el alto aprecio que siempre habia hecho del mérito de Moliere. El prólogo que puso en ella es un panegírico del poeta frances, y su traduccion un tributo de agradecimiento que dedicó á tan digno maestro el mas apasionado de sus imitadores.

« Ha traducido á Moliere (dice el citado prólogo) con la libertad que ha creido conveniente para traducirle en efecto, y no estropearle ; y de antemano se complace al considerar la sorpresa que debe causar á los criticadores la poca exactitud con que ha puesto en castellano las expresiones del original, cuando hallen páginas enteras en que apénas hay una palabra que pueda llamarse rigurosamente traducida. ¿ Quién le perdonará la osadía de omitir en su version pasajes enteros, abreviarlos ó dilatarlos, alterar algunas escenas, conservar en otras el resultado, prescindir del diálogo en que las puso el autor, y sustituir en su lugar otro diferente? Esto se llama traducir, exclamarán llenos de zelo y de erudita indignacion. »

Creia Moratin que siempre se habian traducido mal en español las comedias de Moliere, por haber llegado á persuadirse que lo que es gracioso y expresivo en frances, conservará su gracia y su energía traduciéndolo literalmente ; por haberse impuesto la ley de no añadir ni alterar nada de lo que dijo el autor, quedando por consiguiente sin compensacion las muchas bellezas que se pierden en el paso de una lengua á otra, por no haberse atrevido á modificar ó suprimir del todo lo que el buen gusto y la decencia repugnan ya lo que exigen otros tiempos y otras costumbres, tan diferentes de las que el autor conoció. Traducciones desempeñadas con tan escrupulosa fidelidad, en vez de recomendar la obra que copian, la deterioran y la desacreditan. Suprimió pues el traductor de esta

comedia las digresiones que halló en el original, relativas á los trajes que se usaban en Francia en el año de 1661, entónces y ahora impertinentes á la fábula. Motivó las salidas y entradas de los interlocutores donde vió que Moliere habia descuidado este requisito. Añadió á las ficciones de la astuta Isabel (llamada en la traduccion doña Rosa) todo el cúmulo de circunstancias indispensables para hacer el engaño verosímil, y de consiguiente disminuyó por este medio la estúpida credulidad de Sganarelle (don Gregorio) que en la pieza francesa es notoriamente excesiva. Omitió en el diálogo muchas expresiones, que si fueron aplaudidas cuando se escribieron, ya no las sufre la decencia del teatro. Hizo desaparecer en el carácter de Isabel la indecorosa desenvoltura con que, abandonando su casa, va derecha á la de su amante (á quien no conoce sino de vista) para entregarse en sus manos, y autorizarle á que disponga de ella á su voluntad :

> Allons sans crainte aucune,
> A la foi d'un amant commettre ma fortune.

Nada de esto hay en la traduccion. Nada hay tampoco de los incidentes violentos que preparan el desenlace, cuando escondida la pupila (sin dejarse ver de ninguno), el galan desde la ventana, los dos hermanos, el comisario y el escribano desde la calle, ajustan el casamiento, sin que se averigüe primero quién es la que se casa, y á la luz de un farol atropellan y firman un contrato de tal entidad; en lo cual no parece sino que todos ellos han perdido el juicio, segun son absurdas las inconsecuencias de que abunda aquella situacion. El traductor desechó todo esto, y simplificando el desenredo, conservó la sorpresa, sin perjuicio de la verosimilitud ; y en él, como en toda la comedia, añadió nuevos donaires cómicos, y nuevos rasgos característicos, para suplir con ellos lo que podia perderse en los pasajes que le fué necesario variar ó suprimir. *La comedia española* (decia frecuentemente Moratin) ha de llevar basquiña y mantilla ; y si en las piezas originales que compuso se advierte religiosamente observada esta máxima, puede asegurarse que en la *Escuela de los Maridos* no aparece el menor indicio de su procedencia ; tal es la imitacion fiel de las costumbres nacionales que en ella se advierte ; y tal es el diálogo castellano con que supo animarla y hacerla española.

Ya estaba concluida esta obra, cuando una pérfida invasion alteró la quietud de España en el año de 1808. El rumor espantoso de la guerra hizo enmudecer á las musas, desanimó á las

artes, y ocupada la capital, como toda la Península, por los ejércitos enemigos, el mayor empeño que tenian los que mandaban entónces era el de mantener y multiplicar las diversiones públicas, dar novedad y esplendor á los espectáculos, y hacer que un pueblo oprimido cantase al son de las cadenas. Fueron muy poderosas las instancias que se le hicieron á Moratin para que diese al teatro nuevas producciones; pero no existian ya los motivos que le habian estimulado á ocuparse en esto. Nada quiso hacer de nuevo, y sólo se pudo conseguir que diese á los cómicos y á la prensa la traduccion de *la Escuela de los Maridos*, advirtiendo él mismo en el prólogo que con ella se despedia para siempre del teatro.

Representada en el del Príncipe el dia 17 de marzo de 1812, fué recibida con el aprecio que era de esperar, en atencion al deseo que generalmente se manifestaba de ver alguna otra composicion suya, despues del largo silencio que habia guardado. Es poco elogio de Isidoro Maíquez decir que hizo con perfeccion el papel de don Enrique, acostumbrado á sobresalir en otros de mas difícil desempeño. Josefa Virg, que con tanto primor habia sostenido su parte en *la Mojigata* y el *Sí de las Niñas*, correspondió en el carácter de doña Rosa al concepto de excelente actriz que tenia asegurado ya en el público. Eugenio Cristiani acertó á representar el de don Gregorio con toda la expresion y movimiento cómico que requiere aquel ridículo personaje. María Garcia y Gertrúdis Torre, en lo poco que tuvieron que hacer contribuyeron eficazmente al mayor lucimiento de esta obra.

LA ESCUELA
DE LOS MARIDOS

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS

DON GREGORIO.
DON MANUEL.
DOÑA ROSA.
DOÑA LEONOR.
JULIANA.
DON ENRIQUE.
COSME.
UN COMISARIO.
UN ESCRIBANO.
UN LACAYO } No hablan.
UN CRIADO }

La escena es en Madrid, en la plazuela de los Afligidos.

La primera casa á mano derecha inmediata al proscenio es la de D. Gregorio, y la de enfrente la de D. Manuel. Al fin de la acera, junto al foro, está la de D. Enrique, y al otro lado la del comisario. Habrá salidas de calle practicables para salir y entrar los personajes de la comedia.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las ocho de la noche.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, DON GREGORIO.

D. GREGORIO. Y por último, señor don Manuel, aunque Vd. es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de Vd. ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada mas; y me va muy lindamente con hacerlo así.

D. MANUEL. Ya; pero das lugar á que todos se burlen, y ...

D. GREGORIO. ¿ Y quién se burla? Otros tan mentecatos como tú.

D. MANUEL. Mil gracias por la atencion, señor don Gregorio.

D. GREGORIO. Y bien, ¿ qué dicen esos graves censores? ¿ Qué hallan en mí que merezca su desaprobacion?

D. MANUEL. Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa extravagancia que te hace tan ridículo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

D. GREGORIO. En eso tienen razon, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Sí así lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudiria; porque, gracias á Dios, le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

D. MANUEL. ¡ Es raro empeño el que has tomado de recordarme tan á menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos años de ventaja; yo he cumplido cuarenta y cinco, y tú cuarenta y tres; pero aunque los mios fuesen muchos mas, ¿ sería esta una razon para que me culparas el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio, y... ¿ Pues qué, la vejez nos condena por ventura á aborrecerlo todo, á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿ O deberemos añadir á la deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordidez que repugne á cuantos nos vean; y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un orígen de disgustos y de recíproco aborrecimiento, que...

D. GREGORIO. La pobre Rosita vivirá mas dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor destinada á ser esposa de un caballaro de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano... Las dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educacion de entrambas; y previno que si andando el tiempo que-

ríamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecia esta union; y en caso de no verificarse, esperaba que las buscaríamos una colocacion proporcionada, fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor, y yo de Rosita : tú has enseñado á la tuya como has querido, y yo á la mia como me ha dado la gana, ¿ estamos ?

D. MANUEL. Sí ; pero me parece á mí...

D. GREGORIO. Lo que á mí me parece es que Vd. no ha sabido educar la suya ; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que mas le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pispireta ; séalo en buen hora. Permites que tenga criadas, y se deje servir como una señorita ; lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas, y oir las dulzuras de tanto enamorado zascandil ; muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mia viva á mi gusto, y no al suyo ; que se ponga un juboncito de estameña ; que no me gaste zapaticos de color sino los dias en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á todo ; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero ; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalbetes antojadizos ; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha ; que no salga de casa jamas sin llevar escolta... La carne es frágil, señor mio ; yo veo los trabajos que pasan otros, y puesto que ha de ser mi mujer, quiero asegurarme de su conducta, y no exponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, DOÑA ROSA, JULIANA, DON GREGORIO, DON MANUEL.

(*Lastres salen con mantilla y basquiña de casa de don Gregorio, y hablan inmediatas á la puerta.*)

D.ª LEONOR. No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

JULIANA. ¡ Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle, ni poder hablar con persona humana! ¡ Qué fastidio!

D.ª LEONOR. Mucha lástima tengo de ti.

D.ª ROSA. Milagro es que no me haya dejado debajo de llave, ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

JULIANA. Le echaria yo mas alto que...

D. GREGORIO. ¡ Oiga ! ¿ Y adónde van Vds., niñas?

D.ª LEONOR. La he dicho á Rosita que se venga conmigo para que se esparza un poco. Saldremos por aquí por la puerta de San Bernardino, y entraremos por la de Fuencarral. Don Manuel nos hará el gusto de acompañarnos...

D. MANUEL. Sí por cierto : vamos allá.

D.ª LEONOR. Y mire Vd.: yo me quedo á merendar en casa de doña Beatriz... Me ha dicho tantas veces que por qué no llevo á esta por allá, que ya no sé qué decirla : con que, si Vd. quiere, irá conmigo esta tarde; merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardin, y al anochecer estamos de vuelta.

D. GREGORIO. Usted (*Á doña Leonor, á Juliana, á don Manuel y á doña Rosa, segun lo indica el diálogo*) puede irse adónde guste ; Vd. puede ir con ella... Tal para cual, Vd. puede acompañarlas si lo tiene á bien; y Vd. á casa.

D. MANUEL. Pero, hermano, déjalas que se diviertan, y que...

D. GREGORIO. Á mas ver.

(*Coge del brazo á doña Rosa, haciendo ademan de entrarse con ella en su casa.*)

D. MANUEL. La juventud necesita...

D. GREGORIO. La juventud es loca, y la vejez es loca tambien muchas veces.

D. MANUEL. Pero ¿ hay algun inconveniente en que se vaya con su hermana?

D. GREGORIO. No, ninguno; pero conmigo está mucho mejor.

D. MANUEL. Considera que...

D. GREGORIO. Considero que debe hacer lo que yo la mande... y considero que me interesa mucho su conducta.

D. MANUEL. Pero ¿ piensas tú que me será indiferente á mí la de su hermana ?

JULIANA, (*aparte.*) ¡ Tuerto maldito!

D.ª ROSA. No creo que tiene Vd. motivo ninguno para...

D. GREGORIO. Vd. calle, señorita, que ya la explicaré yo á

Vd. si es bien hecho querer salir de casa sin que yo se lo proponga, y la lleve, y la traiga, y la cuide.

D.ª LEONOR. Pero ¿ qué quiere Vd. decir con eso?

D. GREGORIO. Señora doña Leonor, con Vd. no va nada. Vd. es una doncella muy prudente. No hablo con Vd.

D.ª LEONOR. Pero ¿ piensa Vd. que mi hermana estará mal en mi compañía?

D. GREGORIO. ¡Oh, qué apurar! (*Suelta el brazo de doña Rosa y se acerca adonde están los demás.*) No estará muy bien, no señora; y hablando en plata, las visitas que Vd. la hace me agradan poco, y el mayor favor que Vd. pueed hacerme, es el de no volver por acá.

D.ª LEONOR Mire Vd., señor don Gregorio, usando con Vd de la misma franqueza, le digo que yo no sé cómo ella to mará semejantes procedimientos; pero bien adivino e efecto que haria en mí una desconfianza tan injusta. Mi hermana es; pero dejaria de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces, y esa opresion en que Vd. la tiene.

JULIANA. Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera á las mujeres! Pues qué, ¿ estamos entre Turcos, que dicen que las tienen allá como esclavas, y que por eso son malditos de Dios? ¡ Vaya, que nuestro honor debe ser cosa bien quebradiza, si tanto afan se necesita para conservarle! Y qué, ¿ piensa Vd. que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo crea Vd ; y al hombre mas ladino le volvemos tarumba cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo mas seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime, á grandísimo peligro se expone; nuestro honor se guarda á sí mismo, y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo de mi sé decir, que si me tocara en suerte un marido tan caviloso como Vd. y tan desconfiado, por el nombre que tengo que me las habia de pagar.

D. GREGORIO. Mira la buena enseñanza que das á tu familia, ¿ves? ¿ Y lo sufres con tanta paciencia?

D. MANUEL. En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme, sino de reir ; y bien considerado, no la falta razon. Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor

excesivo no es á propósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las celosías, ni á los cerrojos. Bien poco estimable sería una mujer, si sólo fuese honesta por necesidad y no por eleccion. En vano queremos dirigir su conducta, si ántes de todo no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro que, á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temeria que peligrase mi honor en manos de una persona á quien sólo faltase la ocasion de ofenderme, si por otra parte la sobraban los deseos.

D. GREGORIO. Todo eso que dices no vale nada. (*Juliana se acerca á doña Rosa, que estará algo apartada. Don Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve á retirarse.*)

D. MANUEL. Será lo que tú quieras... Pero insisto en que es menester instruir á la juventud con la risa en los labios, reprender sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad; y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones, que baile, que frecuente los teatros; porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) no hay cosa que mas contribuya á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye acaso tanto como los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi mujer, pero estoy bien léjos de tiranizarla; para ninguna cosa la daré mayor libertad que para esta resolucion, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los mios. Mas quiero verla ajena, que poseerla á costa de la menor repugnancia suya.

D. GREGORIO. ¡Qué blandura, qué suavidad! Todo es miel y almíbar... Pero permítame Vd. que le diga, señor hermano, que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla despues, y que se verá Vd. sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su mujer, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

D. MANUEL. Y ¿por qué ha de hacerse esa mudanza?

D. GREGORIO. ¿Por qué?

D. MANUEL. Sí.

D. GREGORIO. No sé. Si Vd. no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

D. MANUEL. ¿Pues hay algo en eso contra la estimacion?

D. GREGORIO. ¡Calle! ¿Con que si Vd. se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

D. MANUEL. ¿Y por qué no?

D. GREGORIO. ¿Y consentirá que gaste blondas y cintas flores y abaniquitos de anteojo y...

D. MANUEL. Sin duda.

D. GREGORIO. ¿Y que vaya al Prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoniaca y merienda en el rio, y...

D. MANUEL. Cuando ella quiera.

D. GREGORIO. ¿Y tendrá Vd. conversacion en casa, chocolate, lotería, baile, fortepiano y coplitas italianas?

D. MANUEL. Preciso.

D. GREGORIO. ¿Y la señorita oirá las impertinencias de tanto galan amartelado?

D. MANUEL. Si no es sorda.

D. GREGORIO. ¿Y Vd. callará á todo, y lo verá con ánimo tranquilo?

D. MANUEL. Pues ya se supone.

D. GREGORIO. Quítate de ahí que eres un loco .. Vaya Vd. adentro, niña: Vd. no debe asistir á pláticas tan indecentes. (*Hace entrar en su casa á doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta, y se pasea colérico por el teatro.*)

ESCENA III.

DON MANUEL, DON GREGORIO, DOÑA LEONOR, JULIANA.

D. MANUEL. Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vivirá conmigo en libertad honesta, la trataré bien, haré estimacion de ella, y probablemente corresponderá como debe á este amor y á esta confianza.

D. GREGORIO. ¡Oh! qué gusto he de tener cuando la tal esposa le...

D. MANUEL. ¿Qué?... Vamos, acaba de decirlo.

D. GREGORIO. ¡Qué gusto ha de ser para mí!

D. MANUEL. Yo ignoro cual será mi suerte; pero creo que si no te sucede á ti el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

D. GREGORIO. Sí, rie, búrlate. Ya llegará la mia, y veremos entónces cuál de los dos tiene mas gana de reir.

D.ª LEONOR. Yo le aseguro del peligro con que Vd. le amenaza, señor don Gregorio, y desprecio la infame sospecha que Vd. se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mí propia en mucho; pero si Vd. hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atreveria á decir otro tanto.

JULIANA. Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien, y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como Vd., pan bendito.

D. GREGORIO. Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

D. MANUEL. Tú tienes la culpa de que ella hable así... Vamos, Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

D.ª LEONOR. Pero ¿no irá Vd. por mí?

D. MANUEL. ¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el criado de doña Beatriz puede acompañaros. Á Dios, Gregorio. Con que quedamos en que es menester mudar de humor, y en que esto de encerrar á las mujeres es mucho desatino. Soy criado de Vd.

(*Don Manuel y las dos mujeres se van por una de las calles.*)

D. GREGORIO. Yo no soy criado de Vd. Vaya Vd. con Dios.

ESCENA IV.

DON GREGORIO.

Dios los cria, y ellos se juntan... ¡Qué familia! Un hombre maduro empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfadada y mujer de mundo; unos criados sin vergüenza ni... No, la prudencia misma no bastaria á corregir los desórdenes de semejante casa... Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena con estos ejemplos, y tal vez pudieran malograrse las

ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla... Pondremos remedio... Muy buena es la plazuela de Afligidos, pero en Griñon estará mejor. Sí, cuanto ántes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

ESCENA V.

DON ENRIQUE, COSME, DON GREGORIO.

(*Salen los dos primeros de la casa de don Enrique, y observan á don Gregorio, que estará distante.*)

COSME. ¿Es él?

D. ENRIQUE. Sí, él es; el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

D. GREGORIO. Pero ¿no es cosa de aturdirse al ver la corrupcion actual de las costumbres?...

D. ENRIQUE. Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él, y ver si logro de alguna manera introducirme.

D. GREGORIO. En vez de aquella severidad que caracterizaba la honradez antigua (*se acerca un poco don Enrique por el lado derecho de don Gregorio, y le hace cortesía.*), no vemos en nuestra juventud sino excesos de inobediencia, libertinaje y...

D. ENRIQUE. Pero ¿este hombre no ve?

COSME. ¡Ay! es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo tuerto. Vamos por el otro.

(*Hace que don Enrique pase por detras de don Gregorio al lado opuesto.*)

D. GREGORIO. No, no, no... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la corte no pudiera ménos de. .

(*Estornuda y se suena.*)

D. ENRIQUE. No hay remedio; yo quiero introducirme con él.

D. GREGORIO. ¿Eh? (*Se vuelve hácia el lado derecho, y no viendo á nadie, prosigue su discurso.*) Pensé que hablaban... A lo ménos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

COSME. Acérquese Vd.

D. GREGORIO. ¿Quién va? (*Vuelve por el lado derecho; se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera, repara en don Enrique, que le hace cortesías con el sombrero. Don Gregorio*

se aparta, y don Enrique se le va acercando.) Las orejas me zumban... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen á... ¿Es á mí?

COSME. Ánimo.

D. GREGORIO. Allí ninguno de estos barbilindos viene con sus... ¡Qué diablos!... ¡Dale!... ¡Vaya, que el hombre es atento!

D. ENRIQUE. Mucho sentiria, caballero, haberle distraido á Vd. de sus meditaciones.

D. GREGORIO. En efecto.

D. ENRIQUE. Pero la oportunidad de conocer á Vd., que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfaccion tan apetecible, que no he podido resistir al deseo de saludarle...

D. GREGORIO. Bien.

D. ENRIQUE. Y de manifestarle á Vd. con la mayor sinceridad cuánto celebraria poderme ocupar en servicio suyo.

D. GREGORIO. Lo estimo.

D. ENRIQUE. Tengo la dicha de ser vecino de Vd. en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte, que me proporciona...

D. GREGORIO. Muy bien.

D. ENRIQUE. ¿Y sabe Vd. las noticias que hoy tenemos? En la corte aseguran como cosa muy positiva...

D. GREGORIO. ¿Qué me importa.?

D. ENRIQUE. Ya; pero á veces tiene uno curiosidad de saber novedades, y...

D. GREGORIO. ¡Eh!

D. ENRIQUE. Realmente. (*Despues de una larga pausa prosigue don Enrique. Se pára, deseando que don Gregorio le conteste, y viendo que no lo hace, sigue hablando.*) Madrid es un pueblo en que se disfrutan mas comodidades y diversiones que en otra parte... Las provincias en comparacion de esto... Ya se ve, ¡aquella soledad, aquella monotonía!... Y Vd., ¿en qué pasa el tiempo?

D. GREGORIO. En mis negocios.

D. ENRIQUE. Sí; pero el ánimo necesita descanso, y á veces se rinde por la demasiada aplicacion á los asuntos graves... Y de noche, ántes de recogerse, ¿qué hace Vd.?

D. GREGORIO. Lo que me da la gana.

D. ENRIQUE. Muy bien dicho. La respuesta es exactísima, y desde luego se echa de ver su prudencia de Vd. en no

querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Cierto que... Yo, si Vd. no estuviese muy ocupado, pasaria, así, algunas noches á su casa de Vd., y...

D. GREGORIO. Agur.

(*Atraviesa por entre los dos, se entra en su casa, y cierra.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

D. ENRIQUE. ¿ Qué te parece, Cosme ? Ves qué hombre este?

COSME. Asperillo es de condicion, y amargo de respuestas.

D. ENRIQUE. ¡ Ah! ¡ Yo me desespero !

COSME. ¿ Y por qué ?

D. ENRIQUE. ¿ Eso me preguntas? Porque veo sin libertad á la prenda que mas estimo, en poder de ese bárbaro, de ese dragon vigilante que la guarda y la oprime.

COSME. Auto en favor. Eso que á Vd. le apesadumbra, debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa Vd., señor don Enrique, para que se tranquilice y se consuele, que una mujer á quien celan y guardan mucho, está ya medio conquistada, y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galan. Yo no soy enamoradizo, ni entiendo de esos filis; pero muchas veces oí decir á algunos de mis amos anteriores (corsarios de profesion), que no habia para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de estos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisbadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, á vista de los amantes de su mujer, la martirizan y la desesperan. Y ¿ qué sucede ? Lo que es natural, naturalísimo ; que el tímido caballero, animándose al ver el justo resentimiento de la señora por los ultrajes que ha padecido, se lastima de su situacion, la consuela, la acaricia, la arrulla ; y ella, como es regular, se lo agradece, y... en fin, se adelanta camino. Créame Vd.. la aspereza del consabido tutor le facilitará á Vd. los medios de enamorar á la pupila.

D. ENRIQUE. ¿ Qué facilidades me propones, cuando sabes

que hace ya tres meses que suspiro en vano? Ganado el pleito, por el cual emprendí mi viaje de Córdoba á Madrid, entretengo con dilaciones á mi buen padre, impaciente de verme; huyo del trato de mis amigos, de las muchas distracciones que ofrece la córte; me vengo á vivir á este barrio solitario para estar cerca de doña Rosita y tener ocasiones de hablarla; hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

COSME. Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece á mí que Vd. pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para...

D. ENRIQUE. ¿Y qué he de hacer yo, si lá casa está cerrada siempre como un castillo; si no hay dentro de ella criado ni criada alguna de quien poder valerme; si nunca sale por esa puerta sin ir acompañada de su feroz alcaide?

COSME. ¿De suerte, que ella todavía no sabe que Vd. la quiere?

D. ENRIQUE. No sé qué decir. Bien me ha visto que la sigo á todas partes, y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva á misa á San Márcos, allí estoy yo; si alguna vez se va á pasear con ella hácia la Florida, al Cementerio ó al camino de Maudes, siempre la he seguido á lo léjos. Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazon; pero ¿quién sabe si ella ha comprendido este idioma, y si agradece mi amor ó le desestima?

COSME. Á la fe que el tal lenguaje es un poco oscuro, si no le acompañan las palabras ó las letras.

D. ENRIQUE. No sé qué hacer para salir de esta inquietud, y averiguar si me ha entendido y conoce lo que la quiero... Discurre tú algun arbitrio...

COSME. Sí, discurramos.

D. ENRIQUE. Á ver si se puede...

COSME. Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien. Á casa.

D. ENRIQUE. ¿Pues qué importa que...

COSME. No ve Vd. que si el amigo estuviese ahí detras de las persianas avizorándonos con el ojo que le sobra... No, no, á casa... Y despacito, como que...

D. ENRIQUE. Sí, dices bien.

(*Vanse los dos, encaminándose lentamente á casa de don Enrique.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sale don Manuel por una de las calles, llega á su casa, tira de la campanilla, despues de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como ántes.)

DON MANUEL.

Abre.

ESCENA II.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(*Salen los dos de casa de don Gregorio.*)

D. GREGORIO. Bien, vete, que ya sé la casa, y aun por las señas que me das tambien caigo en quién es el sugeto.

(*Se aparta un poco de doña Rosa, y vuelve despues.*)

D.ª ROSA. ¡ Oh! ¡ Favorezca la suerte los ardides que me inspira un inocente amor!

D. GREGORIO. ¿ No dices que has oido que se llama don Enrique?

D.ª ROSA. Sí, don Enrique.

D. GREGORIO. Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y déjame, que yo estaré con ese aturdido y le diré lo que hace al caso.

Vuelve á apartarse, y se queda pensativo. Entre tanto doña Rosa se entra y cierra la puerta. Don Gregorio llama á la de don Enrique.)

D.ª ROSA. Para una doncella demasiado atrevimiento es este... Pero ¿ qué persona de juicio se negará á disculparme, si considera el injusto rigor que padezco?

D. GREGORIO. No perdamos tiempo... ¡ Ah de casa!... Gente de paz... Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me viniese haciendo tantas reverencias; pero yo le haré ver que su proyecto insensato no le...

ESCENA III.

COSME, DON GREGORIO, DON ENRIQUE.

(*Al salir Cosme da un gran tropezon con don Gregorio.*)

D. GREGORIO. ¡ Qué bruto de... ¡ No ve Vd. qué modo de salir!... ¡ Por poco no me hace desnucar, el bárbaro!

(*Miéntras don Gregorio busca y limpia el sombrero que ha caido por el suelo, sale don Enrique, y durante la escena le trata con afectado cumplimiento, lo cual va impacientando progresivamente á don Gregorio.*)

D. ENRIQUE. Caballero, siento mucho que...

D. GREGORIO. ¡ Ah! precisamente es Vd. el que busco.

D. ENRIQUE. ¿ Á mí, señor?

D. GREGORIO. Si por cierto... ¿ No se llama Vd. don Enrique ?

D. ENRIQUE. Para servir á Vd.

D. GREGORIO. Para servir á Dios... Pues, señor, si Vd. lo permite, yo tengo que hablarle.

D. ENRIQUE. ¿ Será tanta mi felicidad, que pueda complacerle á Vd. en algo ?

D. GREGORIO. No ; al contrário, yo soy el que trato de hacerle á Vd. un obsequio, y por eso me he tomado la libertad de venir á buscarle.

D. ENRIQUE. ¿ Y Vd. venia á mi casa con ese intento?

D. GREGORIO. Sí, señor... ¿ Y qué hay en eso de particular?

D. ENRIQUE. ¿ Pues no quiere Vd. que me admire, y que envanecido con el honor de que...

D. GREGORIO. Dejémonos ahora de honores y de envanecimientos... Vamos al caso.

D. ENRIQUE. Pero tómese Vd. la molestia de pasar adelante.

D. GREGORIO. No hay para qué.

D. ENRIQUE. Sí, sí, Vd. me hará este favor.

D. GREGORIO. No por cierto. Aquí estoy muy bien.

D. ENRIQUE. ¡ Oh! No es cortesía permitir que Vd....

D. GREGORIO. Pues yo le digo á Vd. que no quiero moverme.

D. ENRIQUE. Será lo que Vd. guste. Cosme, volando, baja un taburete para el vecino.

(*Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete ; despues se detiene dudando lo que ha de hacer.*)

D. GREGORIO. Pero si de pié le puedo á Vd. decir lo que...

D. ENRIQUE. ¿ De pié ? ¡ Oh ! no se trate de eso.

D. GREGORIO. ¡ Vaya, que el hombre me mortifica en forma !

COSME. ¿ Le traigo ó le dejo? ¿ Qué he de hacer ?

D. GREGORIO. No le traiga Vd.

D. ENRIQUE. Pero sería una desatencion indisculpable...

D. GREGORIO. Hombre, mas desatencion es no querer oir á quien tiene que hablar con Vd.

D. ENRIQUE. Ya oigo.

(*Don Enrique hace ademan de ponerse el sombrero; pero al ver que don Gregorio le tiene aun en la mano, queda descubierto, le hace insinuaciones de que se le ponga primero. Don Gregorio está impaciente, y al fin se le ponen los dos.*)

D. GREGORIO. Así me gusta... Por Dios, dejémonos de ceremonias, que ya me... ¿ Quiere Vd. oirme?

D. ENRIQUE. Sí, por cierto, con muchísimo gusto.

D. GREGORIO. Dígame Vd. : ¿ sabe Vd. que yo soy tutor de una jóven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama doña Rosita?

D. ENRIQUE. Sí, señor.

D. GREGORIO. Pues bien, si Vd. lo sabe, no hay para qué decírselo... ¿ Y sabe Vd. que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aun mas que por el pupilaje, por estar destinada al honor de ser mi mujer?

D. ENRIQUE (*con sorpresa y sentimiento*).

No sabía eso.

D. GREGORIO. Pues yo se lo digo á Vd. Y ademas le digo, que si Vd. gusta, no trate de galanteármela y la deje en paz.

D. ENRIQUE. ¿ Quién?... ¿ Yo, señor?

D. GREGORIO. Sí, Vd. No andemos ahora con disimulos.

D. ENRIQUE. Pero ¿ quién le ha dicho á Vd. que yo esté enamorado de esa señorita?

D. GREGORIO. Personas á quienes se puede dar entera fe y crédito.

D. ENRIQUE. Pero repito que...

D. GREGORIO. ¡ Dale!... Ella misma.

D. ENRIQUE. ¿ Ella?

(*Se admira, y manifiesta particular interes en saber lo restante.*)

D. GREGORIO. Ella. ¿ No le parece á Vd. que basta? Como

es una muchacha muy honrada, y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acaba de hacerme relacion de todo lo que pasa. Y me encarga ademas que le advierta á Vd. que ha entendido muy bien lo que Vd. quiere decirla con sus miradas desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos; que no ignora sus deseos de Vd.; pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que Vd. se obstine en manifestarla una pasion tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

D. ENRIQUE. ¿ Y dice Vd. que es ella misma la que le ha encargado...

D. GREGORIO. Sí, señor, ella misma, la que me hace venir á darle á Vd. este consejo saludable, y á decirle que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de Vd., le hubiera dado este aviso mucho tiempo ántes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comision; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto ántes sepa Vd. que basta ya de guiñaduras, que su corazon todo es mio, y que si tiene Vd. un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miras hácia otra parte. Á Dios, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir á Vd.

(*Se aparta de ellos adelantándose hácia el proscenio.*)

D. ENRIQUE. Y bien, Cosme, ¿ qué me dices de esto?

COSME. Que no le debe dar á Vd. pesadumbre, que alguna maraña hay oculta; y sobre todo, que no desprecia su obsequio de Vd. la que le envía ese recado.

D. GREGORIO. Se ve que le ha hecho efecto.

D. ENRIQUE. ¿ Con que tú crees tambien que hay algun artificio?

COSME. Sí... Pero vamos de aquí, porque está observándonos.

(*Los dos se entran en la casa de don Enrique. Don Gregorio, despues de haberlos observado, se pasea por el teatro.*)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

D. GREGORIO. Anda, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita... Ya se ve, una niña virtuosa como ella es, con la educacion que ha tenido... Las miradas

de un hombre la asustan, y se da por muy ofendida.

(*Miéntras don Gregorio se pasea y hace ademanes de hablar solo, doña Rosa abre su puerta y habla sin haberle visto; él por último se encamina á su casa, y le sorprende hallar á doña Rosa.*)

D.ª ROSA. Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle no habrá entendido mi intencion... Oh! es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas!

D. GREGORIO. ¡ Vamos á verla y á contarla... ¡ Calle! ¿ Qué, estabas aquí ?... Ya despaché mi comision.

D.ª ROSA. Bien impaciente estaba. ¿ Y qué hubo?

D. GREGORIO. Que ha surtido el efecto deseado, y el hombre queda que no sabe lo qué le pasa. Al principio se me hacia el desentendido; pero luego que le asegüré que tú propia me enviabas, se confundió, no acertaba con las palabras, y no me parece que te volverá á molestar.

D.ª ROSA. ¿ Eso dice Vd.? Pues yo temo que ese bribon nos ha de dar alguna pesadumbre.

GREGORIO. Pero ¿ en qué fundas ese temor, hija mia?

D.ª ROSA. Apénas habia Vd. salido, me fuí á la pieza del jardin á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenia en tirar piedras al emparrado. Le reñí desde el balcon diciéndole que se fuese de allí, pero él se reia y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues bien, cuando iba á cerrar la ventana, viene uno por el aire que pasó muy cerca de este hombro, y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, acércome á cogerle, y... ¿ Qué le parece á Vd. que era?

D. GREGORIO. ¿ Qué sé yo ? Algun mendrugo seco, ó algun troncho, ú así...

D.ª ROSA. No, señor. Era este envoltorio de papel.

(*Saca de la faltriquera un papel envuelto, y segun lo indica el diálogo, le desenvuelve y va enseñándole á don Gregorio la caja y la carta.*)

D. GREGORIO. ¡ Calle !

D.ª ROSA. ¡ Y dentro esta caja de oro !

D. GREGORIO. ¡ Oiga !

D.ª ROSA. Y dentro esta carta dobladita como Vd. la ve, con su sobrescrito, y su sello de lacre verde, y...

GREGORIO. ¡ Picardía como ella !... ¿ Y el muchacho ?

D.ª ROSA. El muchacho desapareció al instante... Mire Vd., el corazon le tengo tan oprimido, que...

D. GREGORIO. Bien te lo creo.

D.ª ROSA. Pero es obligacion mia devolver inmediamente la caja y la carta á ese diablo de hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de... Porque atreverme yo á que Vd. mismo...

D. GREGORIO. Al contrario, bobilla : de esa manera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

D.ª ROSA. Pues tome Vd.

(*Le da la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. Don Gregorio lee el sobrescrito, y hace ademan de ir á abrir la carta : doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.*)

D. GREGORIO. *Á mi señora doña Rosa Jiménez. — Enrique de Cárdenas.* ¡ Temerario, seductor ! Veamos lo que te escribe, y...

D.ª ROSA. ¡ Ay ! No por cierto : no la abra Vd.

D. GREGORIO. ¿ Y qué importa ?

D.ª ROSA. ¿ Quiere Vd. que él se persuada á que yo he tenido la ligereza de abrirla ? Una doncella debe guardarse de leer jamas los billetes que un hombre la envie, porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No, señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion alguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que pierda toda esperanza, y no vuelva nunca á intentar locura semejante.

D. GREGORIO. Tiene muchísima razon. (*Se aparta hácia un lado, y vuelve despues á hablarla muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja, la envuelve curiosamente y se la guarda.*) Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sazonados frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

D.ª ROSA. Pero si Vd. tiene gusto de leerla...

D. GREGORIO. No, nada de eso.

D.ª ROSA. Léala Vd. si quiere, como no la oiga yo.

D. GREGORIO. No, no, señor. Si estoy muy persuadido de

lo que me has dicho. Conviene llevarla así. Voy allá en un instante... Me llegaré despues aquí á la botica á encargar aquel ungüentillo para los callos... Volveré á hacerte compañía, y leeremos un par de horas en *Desiderio y Electo*... ¿ Eh ? Á Dios.

D.ª ROSA. Venga Vd. pronto.

(*Se entra doña Rosa en su casa.*)

ESCENA V.

DON GREGORIO, COSME.

D. GREGORIO. El corazon me rebosa de alegría al ver una muchacha de esta índole. Es un tesoro el que yo tengo en ella de modestia y de juicio. ¡ Ah ! Quisiera yo saber si la pupila de mi docto hermano sería capaz de proceder así. No, señor, las mujeres son lo que se quiere que sean. (*Va á casa de don Enrique y llama. Al salir Cosme, desenvuelve el papel, le enseña la carta cerrada, se lo pone todo en las manos, y se va por una calle.*) Deo Gracias.

COSME. ¿ Quién es ? ¡ Oh señor don...

D. GREGORIO. Tome Vd., dígale Vd. á su amo que no vuelva á escribir mas cartas á aquella señorita, ni á enviarla cajitas de oro, porque está muy enfadada con él... Mire Vd., cerrada viene. Dígale Vd. que por ahí podrá conocer el buen recibo que ha tenido, y lo que puede esperar en adelante.

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

D. ENRIQUE. ¿ Qué es eso ? ¿ Qué te ha dado ese bárbaro ?

COSME. Esta caja con esta carta, que dice que Vd. ha enviado á doña Rosita...

(*Don Enrique le oye con admiracion, abre la carta y la lee cuando lo indica el diálogo.*)

D. ENRIQUE. ¿ Yo ?...

COSME. La cual doña Rosita se ha irritado tanto, segun él asegura, de este atrevimiento, que se la vuelve á Vd. sin haberla querido abrir... Lea Vd. pronto, y veremos si mi sospecha se verifica.

D. ENRIQUE. « Esta carta le sorprenderá á Vd. sin duda.

El designio de escribírsela, y el modo con que la pongo en sus manos, parecerán demasiado atrevidos; pero el estado en que me veo no me da lugar á otras atenciones. La idea de que dentro de seis dias he de casarme con el hombre que mas aborrezco, me determina á todo; y no queriendo abandonarme á la desesparacion, elijo el partido de implorar de Vd. el favor que necesito para romper estas cadenas. Pero no crea Vd. que la inclinacion que le manifiesto sea únicamente procedida de mi suerte infeliz; nace de mi propio albedrío. Las prendas estimables que veo en Vd., las noticias que he procurado adquirir de su estado, de su conducta y de su calidad, aceleran y disculpan esta determinacion. En Vd. consiste que yo pueda cuanto ántes llamarme suya; pues sólo espero que me indique los designios de su amor, para que yo le haga saber lo qué tengo resuelto. Á Dios, y considere Vd. que el tiempo vuelva, y que dos corazones enamorados con média palabra deben entenderse. »

COSME. ¿ No le parece á Vd. que la astucia es de lo mas sutil que puede imaginarse? ¿ Sería creíble en una muchacha tan ingeniosa travesura de amor?

D. ENRIQUE. ¡ Esta mujer es adorable! Este rasgo de su talento y de su pasion acrecen la que yo la tengo (*Don Gregorio sale por una de las calles, y se detiene. Despues se acerca.*); y unido todo á la juventud, á las gracias y á la hermosura...

COSME. Que viene el tuerto. Discurra Vd. lo qué le ha de decir.

ESCENA VII.

DON GREGORIO, DON ENRIQUE, COSME.

D. GREGORIO. Allí se están amo y criado como dos peleles... Con que dígame Vd., caballerito, ¿ volverá Vd. á enviar billetes amorosos á quien no se los quiere leer? Vd. pensaba encontrar una niña alegre, amiga de cuchicheos y citas, y quebraderos de cabeza. Pues ya ve Vd. el chasco que le ha sucedido... Créame, señor vecino, déjese de gastar la pólvora en salvas. Ella me quiere, tiene muchísimo juicio, á Vd. no le puede ver ni pintado; con que lo mejor es una buena retirada y llamar á otra puerta, que por esta no se puede entrar.

D. ENRIQUE. Es verdad, su mérito de Vd. es un obstáculo invencible. Ya echo de ver que era una locura aspirar al cariño de doña Rosita, teniéndole á Vd. por competidor.

D. GREGORIO. Ya se ve que era una locura.

D. ENRIQUE. ¡ Oh! yo le aseguro á Vd. que si hubiese llegado á presumir que Vd. era ya dueño de aquel corazon, nunca hubiera tenido la temeridad de disputársele.

D. GREGORIO. Yo lo creo.

D. ENRIQUE. Acabó mi esparanza, y renuncio á una felicidad que, estando Vd. de por medio, no es para mí.

D. GREGORIO. En lo cual hace Vd. muy bien.

D. ENRIQUE. Y aun es tal mi desdicha, que no me permite ni el triste consuelo de la queja; porque al considerar las prendas que le adornan á Vd., ¿ cómo he de atreverme á culpar la eleccion de doña Rosa, que las conoce y las estima?

D. GREGORIO. Vd. dice bien.

D. ENRIQUE. No haya mas. Esta ventura no era para mí; desisto de un empeño tan imposible... Pero si algo merece con Vd. un amante infeliz (*Don Enrique dará particular expresion á estas razones y á las que dice mas adelante, deseoso de que don Gregorio las perciba bien, y acierte á repetirlas*), de cuya afliccion es Vd. la causa, yo le suplico solamente que asegure en mi nombre á doña Rosita que el amor que de tres meses á esta parte la estoy manifestando es el mas puro, el mas honesto, y que nunca me ha pasado por la imaginacion idea ninguna de la cual su delicadeza y su pudor deban ofenderse.

D. GREGORIO. Si, bien está, se lo diré.

D. ENRIQUE. Que como era tan voluntaria esta eleccion en mí, no tenia otro intento que el de ser su esposo, ni hubiera abandonado esta solicitud si el cariño que á Vd. le tiene no me opusiera un obstáculo tan insuperable.

D. GREGORIO. Bien, se lo diré lo mismo que Vd. me lo dice.

D. ENRIQUE. Sí, pero que no piense que yo pueda olvidarme jamas de su hermosura. Mi destino es amarla miéntras dure mi vida, y si no fuese el justo respeto que me inspira su mérito de Vd., no habria en el mundo ninguna otra consideracion que fuese bastante á detenerme.

D. GREGORIO. Vd. habla y procede en eso como hombre de buena razon... Voy al instante á decirla cuanto Vd. me

encarga... (*Hace que se va, y vuelve.*) Pero créame Vd., don Enrique, es menester distraerse, alegrarse y procurar que esa pasion se apague y se olvide. ¡ Qué diantre! Vd. es mozo y sugeto de circunstancias ; con que es menester que... Vaya, vamos, ¿ para qué es el talento?... Con que... ¡ Eh! Á Dios.

(*Se aparta de ellos encaminándose á su casa. Don Enrique y Cosme se van, y entran en la suya.*)

D. ENRIQUE. ¡ Qué necio es!

ESCENA VIII.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(*Llama don Gregorio á su puerta y sale doña Rosa.*)

D. GREGORIO. Es increíble la turbacion que ha manifestado el hombre al ver su billete devuelto y cerrado como él le envió... Asunto concluido. Pierde toda esperanza, y sólo me ha rogado con el mayor encarecimiento que te diga que su amor es honestísimo, que no pensó que te ofendieras de verte amada, que su eleccion es libre, que aspiraba á poseerte por medio del matrimonio; pero que, sabiendo ya el amor que me tienes, sería un temerario en seguir adelante... ¿ Qué sé yo cuánto me dijo?... Que nunca te olvidará, que su destino le obliga á morir amándote... Vamos, hipérboles de un hombre apasionado... Pero que reconoce mi mérito y cede, y no volverá á darnos la menor molestia... No, es cierto que él me ha hablado con mucha cortesía y mucho juicio, eso sí... Compasion me daba oirle... Con que y tú ¿ qué dices á esto?

D.ª ROSA. Que no puedo sufrir que Vd. hable de esa manera de un hombre á quien aborrezco de todo corazon, y que si Vd. me quisiera tanto como dice, participaria del enojo que me causan sus procederes atrevidos.

D. GREGORIO. Pero él, Rosita, no sabía que tú estuvieras tan apasionada de mí, y considerando las honestas intenciones de su amor, no merece que se le...

D.ª ROSA. ¿ Y le parece á Vd. honesta intencion la de querer robar á las doncellas? ¿ Es hombre de honor el que concibe tal proyecto, y aspira á casarse conmigo por

fuerza sacándome de su casa de Vd., como si fuera posible que yo sobreviviese á un atentado semejante?

D. GREGORIO. ¡ Oiga ! Con que...

D.ª ROSA. Sí, señor, ese pícaro trata de obtenerme por medio de un rapto... Yo no sé quién le da noticia de los secretos de esta casa, ni quién le ha dicho que Vd. pensaba casarse conmigo dentro de seis ú ocho dias á mas tardar; lo cierto es que él quiere anticiparse, aprovechar una ocasion en que sepa que me he quedado sola, y robarme... ¡ Tiemblo de horror !

D. GREGORIO. Vamos, que todo eso no es mas que hablar y...

D.ª ROSA. Sí, como hay tanto que fiar de su honradez y su moderacion... ¡ Válgame Dios ! ¿ Y Vd. le disculpa?

D. GREGORIO. No por cierto; si él ha dicho eso realmente, procede mal, y el chasco sería muy pesado... Pero ¿ quién te ha venido á contar á ti esas...

D.ª ROSA. Ahora mismo acabo de saberlo.

D. GREGORIO. ¿ Ahora ?

D.ª ROSA. Sí, señor, despues que Vd. le volvió la carta.

D. GREGORIO. Pero, chica, si no hice mas que llegarme ahí á casa de don Froilan el boticario, hablé dos palabras con el mancebo, me volví al instante, y...

D.ª ROSA. Pues en ese tiempo ha sido. Luego que cerré me puse á dar unas sopas á los gatitos, oigo llamar, y creyendo que fuese Vd., bajé tan alegre... Mi fortuna estuvo en que no abrí. Pregunto quién es, y por la cerradura oigo una voz desconocida que me dijo : « Señorita, mi amo sabe que vive Vd. cautiva en poder de ese bruto que se quiere casar con Vd. en esta semana próxima. No tiene Vd. que desconsolarse; don Enrique la adora á Vd., y es imposible que Vd. desprecie un amor tan fino como el suyo. Viva Vd. prevenida, que de un instante á otro, cuando su tutor la deje sola, vendrá á sacarla de esta cárcel, la depositará á Vd. en una casa de satisfaccion, y... Yo no quise oir mas, me subí muy queditito por la escalera arriba, me metí en mi cuarto... Yo pensé que me daba algun accidente.

D. GREGORIO. Ese era el bribon del lacayo.

D.ª ROSA. Á la cuenta.

D. GREGORIO. Pero se ve que este hombre es loco.

D.ª ROSA. No tanto como á Vd. le parece. Mire Vd. si sabe disimular el traidor, y fingir delante de Vd. para engañarle

con buenas palabras, miéntras en su interior está meditando picardías... Harto desdichada soy por cierto, si á pesar del conato que pongo en conservar mi decoro y honestidad, he de verme expuesta á las tropelías de un hombre capaz de atreverse á las acciones mas infames.

D. GREGORIO. Vaya, vamos, no temas nada, que...

D.ª ROSA. No : esto pide una buena resolucion. Es menester que Vd. le hable con mucha firmeza, que le confunda, que le haga temblar. No hay otro medio de librarme de él, ni de obligarle á que desista de una persecucion tan obstinada.

D. GREGORIO. Bien, pero no te desconsueles así, mujercita mia ; no, que yo le buscaré y le diré cuatro cosas bien dichas.

D.ª ROSA. Dígale Vd., si se empeña en negarlo, que yo he sido la que le he dado á Vd. esta noticia. Que son vanos sus propósitos. Que por mas que lo intente no me sorprenderá; y en fin, que no pierda el tiempo en suspiros inútiles, puesto que por su conducto de Vd. le hago saber mi determinacion, y que si no quiere ser causa de alguna desgracia irremediable, no espere á que se le diga una cosa dos veces.

D. GREGORIO. ¡ Oh! sí... Yo le diré cuanto sea necesario.

D.ª ROSA. Pero de manera que comprenda bien que soy yola que se lo dice.

D. GREGORIO. No, no le quedará duda ; yo te lo aseguro.

D.ª ROSA. Pues bien. Mire Vd. que le aguardo con impaciencia; despáchese Vd. á venir. Cuando no le veo á Vd., aunque sea por muy poco tiempo, me pongo triste.

D. GREGORIO. Sí, éntrate que al instante vuelvo, palomita, vida mia, ojillos negros... ¡ Ay ! ¡ Qué ojos !... Eh! Á Dios... (*Doña Rosa se entra en su casa y cierra.*) En el mundo no hay hombre mas venturoso que yo ; no puede haberle... (*Da una vuelta por la escena lleno de inquietud y alegría; despues llama á la puerta de don Enrique.*) Digo, señor caballero galanteador, ¿ podrá Vd. oirme dos palabras?

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, COSME, DON GREGORIO.

D. ENRIQUE. ¡ Oh! señor vecino, ¿ qué noveda d le trae á Vd. á mis puertas?

D. GREGORIO. Sus extravagancias de Vd.

D. ENRIQUE. ¿ Cómo así?

D. GREGORIO. Bien sabe Vd. lo que quiero decirle; no se me haga el desentendido como lo tiene de costumbre... Yo pensé que Vd. fuese persona de mas formalidad, y en este concepto le he tratado, ya lo ha visto Vd., con la mayor atencion y blandura; pero, hombre, ¿ cómo ha de sufrir uno lo que Vd. hace sin saltar de cólera? ¿ No tiene Vd. vergüenza, siendo un sugeto decente y de obligaciones, de ocuparse en fabricar enredos, de querer sacar de su casa con engaño y violencia á una mujer honrada, de querer impedir un matrimonio en que ella cifra todas s us dichas? ! Eh! que eso es indigno.

D. ENRIQUE. ¿ Y quién le ha dado á Vd. noticias tan ajenas de verdad, señor don Gregorio?

D. GREGORIO. Volvemos otra vez á la misma cancion. Rosita me las ha dado. Ella me envía por última vez á decirle á Vd. que su eleccion es irrevocable, que sus planes de Vd. la ofenden, la horrorizan, que si no qui ere Vd. dar ocasion á alguna desgracia, reconozca su desat ino, y salgamos de tanto embrollo.

(*Empieza á oscurecerse lentamente el teatro, y al acabarse el acto queda á média luz.*)

D. ENRIQUE. Cierto que si ella misma hubiese dicho esas expresiones, no sería cordura insistir en un obsequio tan mal pagado ; pero...

D. GREGORIO. ¿ Con que Vd. duda que sea verdad?

D. ENRIQUE. ¿ Qué quiere Vd., señor don Gregorio? Es tan duro esto de persuadirse uno á que...

D. GREGORIO. Venga Vd. conmigo.

(*Hasta el fin de la escena va y viene don Gregorio unas veces hácia su puerta, y otras adonde está don Enrique, para que le siga.*)

D. ENRIQUE. Porque al fin, como Vd. tiene tanto interes en que yo me desespere y...

D. GREGORIO. Venga Vd., venga Vd... ¡ Rosa!

D. ENRIQUE. No es decir esto que Vd...

D. GREGORIO. Nada. No hay que disputar. Si quiero que Vd. se desengañe... ¡ Rosita! Niña!!

D. ENRIQUE. ¡ Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza á quien no ha cometido otro delito que adorarla !...

D. GREGORIO. Vd. lo verá. Ya sale.

ESCENA X.

D.ª ROSA, D. ENRIQUE, D. GREGORIO, COSME.

D.ª ROSA. ¿ Qué es esto ?... (*Sorprendida al ver á don Enrique.*) ¿ Viene Vd. á interceder por él, á recomendármele para que sufra sus visitas, para que corresponda agradecida á su insolente amor?

D. GREGORIO. No, hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varon toma á juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño cuando le aseguro que tú no le puedes ver, y que á mí me quieres, que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es tan presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

D.ª ROSA. ¿ Pues no le he manifestado á Vd. ya cual es mi deseo, que todavía se atreve á dudar? ¿ De qué manera debo decírselo?

D. ENRIQUE. Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuanto el vecino me ha dicho de parte de Vd., y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesparado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que Vd. le pronuncie delante de mí.

D.ª ROSA. Cuanto el señor le ha dicho á Vd., ha sido por instancias mias, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle á Vd. los íntimos afectos de mi corazon.

D. GREGORIO. ¿ Lo ve Vd. ?

D.ª ROSA. Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme à disimularla De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero....

D. GREGORIO. ¿ Lo ve Vd. ?

D.ª ROSA. Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que, unida en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar lugar á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio mas insoportable que la misma muerte.

D. GREGORIO. ¿ Lo ve Vd. ?... Sí, monita, sí ; yo cuidaré de cumplir tus deseos.

D.ª ROSA. No hay otro medio de que yo viva contenta. (*Manifiesta en la expresion de sus palabras que las dirige á don Enrique, y en sus acciones que habla con don Gregorio.*)

D. GREGORIO. Dentro de muy poco lo estarás.

D.ª ROSA. Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar con tanta libertad...

D. GREGORIO. No hay mal en eso.

D.ª ROSA. Pero en mi situacion bien puede disimularse que use de alguna franqueza con el que ya considero como esposo mio.

D. GREGORIO. Sí, pobrecita mia... Sí, morenilla de mi alma.

D.ª ROSA. Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

D. GREGORIO. Ven aquí, perlita (*Abraza á doña Rosa; ella extiende la mano izquierda, y don Enrique, que está detras de don Gregorio, se la besa afectuosamente, y se retira al instante*); consuelo mio, ven aquí, que yo te prometo no dilatar tu dicha... Vamos, no te me angusties ; calla, que... Amigo (*Volviéndose muy satisfecho á hablar á don Enrique*), ya lo ve Vd. Me quiere, ¿ qué le hemos de hacer?

D. ENRIQUE. Bien está, señora; Vd. se ha explicado bastante, y yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre que no ha tenido la fortuna de agradarla.

D.ª ROSA. No puede Vd. hacerme favor mas grande porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que...

D. GREGORIO. Vaya, vamos, que eso es ya demasiado.

D.ª ROSA. ¿ Le ofendo á Vd. en decir esto ?

D. GREGORIO. No por cierto... ¡ Válgame Dios! No es eso,

sino que tambien da lástima verle sopetear de esa manera... Una aversion tan excesiva...

D.ª ROSA. Por mucha que le manifieste, mayor se la tengo.

D. ENRIQUE. Vd. quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de Vd. una persona que tanto la ofende.

D.ª ROSA. Vaya Vd. con Dios, y cumpla su palabra.

D. GREGORIO. Señor vecino, yo lo siento de véras, y no quisiera haberle dado á Vd. este mal rato; pero...

D. ENRIQUE. No, no crea Vd. que yo lleve el menor resentimiento; al contrário, conozco que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el mérito de entrambos. Á mí me toca sólo callar, y cumplir cuanto ántes me sea posible lo que acabo de prometerla. Señor don Gregorio, me repito á la disposicion de Vd.

D. GREGORIO. Vaya Vd. con Dios.

D. ENRIQUE. Vamos pronto de aquí, Cosme, que reviento de risa.

(*Retirándose hácia su casa; entran en ella los dos, y cierra la puerta.*)

ESCENA XI.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

D. GREGORIO. De véras te digo que este hombre me da compasion.

D.ª ROSA. Ande Vd., que no merece tanta como Vd. piensa.

D. GREGORIO. Por lo demas, hija mia, es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darte toda la recompensa que merece. Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia. Mañana mismo quedaremos casados, y...

D.ª ROSA (*turbada*). ¿ Mañana ?

D. GREGORIO. Sin falta ninguna. Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla; y haces como que repugnas lo que estás deseando. ¿ Te parece que no lo conozco ?

D.ª ROSA. Pero...

D. GREGORIO. Sí, amiguita, mañana serás mi mujer. Ahora mismo voy ántes que oscurezca aquí á casa de don Sim-

plicio el escribano, para que esté avisado y no haya dilacion. Á Dios, hechicera.

(*Don Gregorio se va por una calle. Doña Rosa entra en su casa y cierra.*)

D.ª ROSA. ¡ Infeliz de mí ! ¿ Qué haré para evitar este golpe?

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

(*La escena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitacion que denota el diálogo.*)

D.ª ROSA. No hay otro medio... Si me detengo un instante, vuelve, pierdo la ocasion de mi libertad, y mañana... No... primero morir. Declarándoselo todo á mi hermana y á don Manuel pidiéndoles amparo, consejo... es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré á mi amante, y él dispondrá cuanto fuere menester sin que mi decoro padezca... (*Don Gregorio sale por una calle á tiempo que doña Rosa s encamina á casa de su hermana : se detiene, y al conocerle duda lo qué ha de hacer.*) Vamos, pero... Gente viene... Y es él... Desdichada ! ¡ Todo se ha perdido !

D. GREGORIO. ¿ Quién está ahí, eh? ¡ Calle ! ¡ Rosita ! ¿ Pues cómo ? ¿ Qué novedad es esta ?

D.ª ROSA. ¿ Qué le diré ?

D. GREGORIO. ¿ Qué haces aquí, niña ?

D.ª ROSA. Vd. lo extrañará.

Indica en la expresion de sus palabras que va previniendo la ficcion con que trata de disculparse.)

D. GREGORIO. ¿ Pues no he de extrañarlo ? ¿ Qué ha sucedido ? Habla.

D.ª ROSA. Estoy tan confusa y...

D. GREGORIO. Vamos, no me tengas en esta inquietud. ¿ Qué ha sido?

D.ª ROSA. ¿ Se enfadará Vd. si le digo...

D. GREGORIO. No me enfadará. Dílo presto... Vamos.

D.ª ROSA. Sí, precisamente se va Vd. á enojar; pero... Pero tenemos una huéspeda.

D. GREGORIO. ¿ Quién ?

D.ª ROSA. Mi hermana.

D. GREGORIO. ¡ Cómo !

D.ª ROSA. Sí, señor, en mi cuarto la dejo encerrada con llave para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba á llamar á doña Ceferina, la viuda del pintor, á fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse á dormir esta noche á casa, porque al cabo, estando ella conmigo... como es una mujer de tanto juicio, y...

D. GREGORIO. Pero ¿ qué enredo es este, señor, que hasta ahora lléveme el diablo si yo he podido entender cosa ninguna?...¿ Á qué ha venido tu hermana?

D.ª ROSA. Ha venido... Mire Vd., le voy á revelar un secreto que le va á dejar aturdido... ¿ Pero no se ha de enfadar Vd., no ?

D. GREGORIO ¡ Dale !...¿ Lo quieres decir, ó tratas de que me desespere? ¿ Á qué ha venido tu hermana?

D.ª ROSA. Yo se lo diré á Vd... Mi hermana está enamorada de don Enrique.

D. GREGORIO. ¿ Ahora tenemos eso ?

D.ª ROSA. Sí, señor. Hace mas de un año que se quieren y casi el mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por esto fué la mudanza desde la calle de Silva á la plazuela de Afligidos, pretextando Leonor que queria vivir cerca de mi casa, no siendo otro el motivo que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, adonde tambien se mudó inmediatamente don Enrique, para tener mas ocasion de verle y hablarle, aprovechándose de la libertad que siempre la ha dado el bueno de don Manuel.

D. GREGORIO. Pero este don Enrique ó don demonio, ¿ á cuántas quiere ? ¡ Si yo estoy lelo !

D.ª ROSA. Yo le diré á Vd. Continuaron estos amores hasta que don Enrique, zeloso de un don Antonio de Escobar, oficial de la secretaría de guerra, con quien la vió una tarde en el jardin botánico, la envió un papel de despedida lleno de expresiones amargas, y desde entónces no ha querido volverla á ver. Parecióle conveniente ademas pagar con zelos que él la diese, los que le habia causado el tal don Antonio; y desde entónces dió en seguirme adonde quiera que fuese, y á hacerme cortesías, y rondar la

casa, todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiase de envidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de don Enrique, pero me propuse callar y despreciarle, hasta que informada esta tarde de todo por lo que me dijo Leonor (la cual vino á hablarme muy sentida, creyendo que yo fuese capaz de corresponder á ese trasto), resolví decirle á Vd. lo que á mí me pasaba, omitiendo todo lo demas para que la estimacion de mi hermana no padeciese... ¿Qué hubiera Vd. hecho en este apuro? ¿No hubiera Vd. hecho lo mismo?

D. GREGORIO. Con que... Adelante.

D.ª ROSA. Pues como yo la dijese á Leonor que inmediatamente haria saber al dichoso don Enrique, por medio de Vd., cuanto me desagradaba su mal término, se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese; pero yo le aseguré que no desistiria de mi propósito. Pensó llevarme á casa de doña Beatriz para estorbármelo; Vd. no quiso que fuera con ella, y no parece sino que algun ángel le inspiró á Vd. aquella repugnancia. Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe Vd.; pero falta decirle que así que Vd. me dejó para ir á verse con el escribano, llegó mi hermana, la conté cuanto habia ocurrido, y... Vaya, no es posible ponderarle á Vd. la afliccion que manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperacion que me hizo temblar, que la chica habia ido á su casa á decir que esta noche no iria, porque doña Beatriz se habia puesto mala, y la habia rogado que se quedase con ella. Y que tambien iba encargada de avisar á don Enrique, en nombre mio, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi cuarto que da al jardin. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus zelos cuantas satisfacciones quiera pedirla.

D. GREGORIO. ¡Picarona! enredadora! desenvuelta!... Y bien, ¿tú qué la has dicho?

D.ª ROSA. Amenazarla de que Vd. y D. Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello; afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

D. GREGORIO. ¿Y ella?

D.ª ROSA. Ella me respondió que si no la sacan arrastrando de los cabellos, no se irá. Que en hablando con

D. Enrique y desvaneciendo sus quejas, ni á Vd., ni á D. Manuel, ni á todo el mundo teme.

D. GREGORIO. Mi hermano merece esto y mucho mas... Pero ¿ cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No, señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que... Vamos.

(*Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.*)

D.ª ROSA. No, señor, por Dios, no entre Vd. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó á su casa, ó á lo ménos á la de doña Beatriz, si teme que D. Manuel extrañe ahora su vuelta.

(*Hace que se va hácia su casa y vuelve.*)

D. GREGORIO. Muy bien, aquí espero á que salga.

D.ª ROSA. Pero no se descubra Vd., no la hable, no se acerque, no la siga... Si le viese á Vd. sería tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente... Si ella quiere enmendar este desacierto, aun hay remedio, y mucho mas si ese hombre se va como ha prometido... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero por Dios, retírese Vd. y no trate de molestarla.

D. GREGORIO. ¡ Marta la piadosa!... ¡ Cierto que merece ella toda esa caridad!

D.ª ROSA. Es mi hermana.

D. GREGORIO. ¡ Y qué poco se parece á ti la dichosa hermana!... Vamos, entra, y veremos si logras lo que te propones.

D.ª ROSA. Yo creo que sí.

D. GREGORIO. Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

D.ª ROSA. No será menester. Voy allá... (*Hace que se va, y vuelve.*) Pero repito que no se descubra Vd., ni la hostigue, ni...

D. GREGORIO. Bien, sí, la dejaré que se vaya adónde quiera.

D.ª ROSA (*se encamina hácia su casa y vuelve.*)

¡ Ah! mire Vd. Así que ella salga, éntrese Vd. y cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

D. GREGORIO. Pero ¿ qué sientes?

D.ª ROSA. ¿ Qué sé yo ? ¿ Le parece á Vd. que estará poco disgustada con todo lo que ha sucedido ?...Nada me duele ; pero deseo descansar y dormir... Con que... buenas noches.

D. GREGORIO. A Dios, Rosita... Pero mira que si no sale...

D.ª ROSA. Yo le aseguro á Vd. que saldrá.

(*Entrase dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia hácia su casa, impaciente del éxito.*)

D. GREGORIO. Y á todo esto, ¿ en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escolios á algun tratado de educacion... ¡ La niña y su alma !... Bien que ¿ cómo habia de resultar otra cosa de la independencia y la holgura en que siempre ha vivido ?... ¡ Mujeres ! ¡ qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os zela y os guarda !... Pero no, señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras, y á las cinco en Griñon... ¡ Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lúnes y cada mártes con estos embudos! No por cierto... Allá mi hermano verá lo que... ¡ Oiga ! Parece que baja ya la niña bien criada.

(*Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colocándose hácia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.*)

D.ª ROSA. No te canses en quererme persuadir. Vete... Ántes que todo es mi estimacion... Vete, Leonor, ya te lo he dicho... ¿ Y qué importa que me oigan ? ¿ Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aqui.

D. GREGORIO. En efecto la echa de casa... (*Sale doña Rosa de su cuarto con basquiña y mantilla semejantes á las que saca doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.*) ¿ Y adónde irá la doncellita menesterosa ?... Ganas me dan de... Pero no, cerremos primero.

ESCENA II.

DON ENRIQUE, COSME, DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

(*Los dos primeros salen de su casa.*)

D. ENRIQUE. ¿ Dijiste al ama que no me espere?

COSME. Sí, señor.

D. ENRIQUE. Pues, cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo, he de hablarla esta noche.

(*Cierra Cosme la puerta con llave.*)

COSME. ¡ Noche toledana!

D. ENRIQUE. Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo seremos felices.

(*Doña Rosa, despues de haberse alejado un poco hácia el fondo del teatro, vuelve encaminándose á casa de don Manuel; don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.*)

D.ª ROSA. Él se acerca á la puerta de don Manuel. ¿ Qué haré?... Ya no es posible... (*Se retira llena de confusion hácia el fondo del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.*) ¡ Infeliz de mí!

D. ENRIQUE. ¿ Quién es?

D.ª ROSA. Yo.

D. ENRIQUE. ¿ Doña Rosita?

D.ª ROSA. Yo soy.

D. ENRIQUE. Á mi casa.

D.ª ROSA. Pero ¿ qué seguridad tendré en ella?

D. ENRIQUE. La que debe Vd. esperar de un hombre de honor.

D.ª ROSA. Yo iba á la de mi hermana; pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y...

D. ENRIQUE. Está Vd. conmigo... Pasará Vd. la noche en compañía de mi ama, mujer anciana y virtuosa... Mañana daré parte á un juez, y á él, á don Manuel, á su tutor de Vd.. y á todo el mundo, les diré que es Vd. mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á exponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga Vd.

(*Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.*)

D.ª ROSA. Allí está.

D. ENRIQUE. Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

D.ª ROSA. Allí, allí.

D. ENRIQUE. Si, ya le distingo... No hay que temer, quieto se está... ¡ Y qué bien hace en estarse quieto!... Adentro.

(*Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detras.*)

D. GREGORIO. Pues, señor, se marchó á casa del galan. No puede llegar á mas el abandono y la... Pero ¡ qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y

presumido de que todo se lo sabe!... Vamos á darle la infausta noticia... (*Se encamina á casa de don Manuel; despues se detiene.*) No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo.... Al fin es.. hija de un amigo mio... Sí, mejor es... Allí pienso que ha de virvir el comisario...

(*Va en casa del comisario y llama.*)

ESCENA III.

UN COMISARIO, UN ESCRIBANO, UN CRIADO, DON GREGORIO.

(*Salen los tres primeros por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.*)

COMISARIO. ¿ Quién anda ahí?

D. GREGORIO. ¡ Ah! ¿ No es Vd. el señor comisario del cuartel?

COMISARIO. Servidor de Vd.

D. GREGORIO. Pues, señor... Oiga Vd. aparte... (*Se aparta con el comisario á poca distancia de los demas.*) Su presencia de Vd. es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder... ¿ Conoce Vd. á una señoritaque se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

COMISARIO. Sí, de vista la conozco y al caballero que la tiene consigo... Y me parece que ha de ser un don Manuel de Velasco.

D. GREGORIO. Hermano mio.

COMISARIO. ¡ Oiga! ¿ Es Vd. su hermano?

D. GREGORIO. Para servir á Vd.

COMISARIO. Para hacerme favor.

D. GREGORIO. Pues el caso es, que esta niña, hija de padres muy honrados y virtuosos, perdida de amores por un mancebito andaluz que vive aquí en este cuarto principal...

COMISARIO. ¡ Calle! ¡ Don Enrique de Cárdenas! le conozco mucho.

D. GREGORIO. Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar su casa, venirse á la de su amante... Vamos, ya Vd. conoce lo que puede resultar de aquí.

COMISARIO. Sí... En efecto.

D. GREGORIO. Ello hay de por medio no sé qué papel de

matrimonio; pero no ignora Vd. de lo que sirven esos papeles cuando cesa el motivo que los dictó... ¡ Eh! ¿ me explico?

COMISARIO. Perfectamente... ¿ Y ella está adentro?

D. GREGORIO. Ahora mismo acaba de entrar... Con que, señor comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella, de impedir que el tal caballero... Ya ve Vd.

COMISARIO. Sí, sí, es cosa urgente. Vamos... Por fortuna tenemos aquí al señor, que en esta ocasion nos puede ser muy útil... (*Alza un poco la voz volviéndose hácia el escribano que está detras, el cual se acerca á ellos muy oficioso.*) Es escribano...

ESCRIBANO. Escribano real.

D. GREGORIO. Ya.

ESCRIBANO. Y antiguo.

D. GREGORIO. Mejor.

ESCRIBANO. Mucha práctica de tribunales.

D. GREGORIO. Bueno.

ESCRIBANO. Cocido en testamentarías, subastas, inventarios, despojos, secuestros y...

D. GREGORIO No, ahí no hallará Vd. cosa en que poder...

ESCRIBANO. Y muy hombre de bien.

D. GREGORIO. Por supuesto.

ESCRIBANO. Es que...

COMISARIO. Vamos, don Lázaro, que esto pide mucha diligencia.

D. GREGORIO. Yo aquí espero.

COMISARIO. Muy bien. (*Llama el criado á la puerta de don Enrique, se abre, y entran los tres. La escena vuelve á quedar oscura.*)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DON MANUEL.

D. GREGORIO. Veamos si está en casa este inalterable filósofo, y le contaremos la amarga historia... (*Llama en casa de don Manuel, abren la puerta, se supone que habla con algun criado, queda la puerta entornada, y don Gregorio se pasea esperando á su hermano.*) ¿ Está? Que baje inmediatamente, que le espero aquí para un asunto de mucha importancia... ¡ Bendito Dios! ¡ En lo qué han para-

do tantas máximas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ¡ Qué lástima de tutor ! Vaya si... majadero mas completo y mas pagado de su dictámen... ¡ Oh, señor hermano ! (*Don Manuel sale de la puerta de su casa y se detiene inmediato á ella.*)

D. MANUEL. Pero ¿ qué extravagancia es esta? ¿ Por qué no subes?

D. GREGORIO. Porque tengo que hablarte y no me puedo separar de aquí.

D. MANUEL (*adelantándose hácia donde está don Gregorio*). En hora buena... ¿ Y qué se te ofrece?

D. GREGORIO. Vengo á darte muy buenas noticias.

D. MANUEL. ¿ De qué?

D. GREGORIO, Sí, te vas á regocijar mucho con ellas... Díme, mi señora doña Leonor ¿ en dónde está?

D. MANUEL. ¿ Pues no lo sabes? En casa de su amiga doña Beatriz. Allí quedó esta tarde, yo me vine porque tenia una porcion de cartas que escribir, y supongo que ya no puede tardar. De un instante á otro... Pero ¿ á qué viene esa pregunta?

D. GREGORIO. ¡ Eh ! Así, por hablar algo...

D. MANUEL. Pero ¿ qué quieres decirme?

D. GREGORIO. Nada... Que tú la has educado filosóficamente, persuadido (y con mucha razon) de que las mujeres necesitan un poco de libertad, que no es conveniente reprenderlas ni oprimirlas, que no son los candados ni los cerrojos los que aseguran su virtud, sino la indulgencia, la blandura y... en fin, prestarse á todo lo que ellas quieren... ¡ Ya se ve ! Leonor, enseñada por esta cartilla, ha sabido corresponder como era de esperar á las lecciones de su muastro.

D. MANUEL. Te aseguro que no comprendo á qué propósito puede venir nada de cuanto dices.

D. GREGORIO. Anda, necio, que bien merecido está lo que te sucede, y es muy justo que recibas el premio de tu ridícula presuncion... Llegó el caso de que se vea prácticamente lo que ha producido en las dos hermanas la educacion que las hemos dado. La una huye de los amantes; y la otra, como una mujer perdida y sin vergüenza, los acaricia y los persigue.

D. MANUEL. Si no me declaras el misterio, dígote que...

D. GREGORIO. El misterio es que tu pupila no está donde

piensas, sino en casa de un caballerito, del cual se ha enamorado rematadamente; y sola y de noche, y burlándose de ti, ha ido á buscar mejor compañía... ¿ Lo entiendes ahora ?

D. MANUEL. ¿ Dices que Leonor...

D. GREGORIO. Sí, señor, la misma...

D. MANUEL. Vaya, déjate de chanzas, y no me...

D. GREGORIO. Di, que el niño es chancero !... ¡ Se dará tal estupidez ! Dígole á Vd., señor hermano, y vuelvo á repetírselo, que la Leonorcita se ha ido esta noche á casa de su galan, y está con él, y lo he visto yo, y se quieren mucho, y hace mas de un año que se tienen dada palabra de matrimonio, á pesar de todas tus filosofías... ¿ Lo entiendes ?

D. MANUEL. Pero es una cosa tan ajena de verisimilitud...

D. GREGORIO. ¡ Dale !... Vamos, aunque lo vea por sus ojos no se lo harán cree... ¡ Cómo me repudre la sangre !... Amigo, dígote que los años sirven de muy poco cuando no hay esto, esto.

(*Señalándose con el dedo en la frente.*)

D. MANUEL. Ello es que tú te persuades á que...

D. GREGORIO. Figúrate si me habré persuadido... Pero mira, no gastemos prosa ; ven y lo verás, y en viéndolo, espero y confío que te persuadirás tambien. Vamos.

(*Se encamina á casa de don Enrique, y despues vuelve.*)

D. MANUEL. ¡ Haber cometido tal exceso, cuando siempre la he tratado con la mayor benignidad, cuando la he prometido mil veces no violentar, no contradecir sus inclinaciones !

D. GREGORIO. Ya temia yo que no habia de ser creido, y que perderíamos el tiempo en altercaciones inútiles. Por eso, y porque me pareció conveniente restaurar el honor de esa mujer, siquiera por lo que me interesa su pobrecita hermana, he dispuesto que el comisario del cuartel vaya allá, y vea de arreglarlo, de manera que evitando escándalos, se concluya, si se puede, con un matrimonio.

D. MANUEL. ¿ Eso hay ?

D. GREGORIO. Toma ! Ya están allá el comisario y un escribano que venia con él... Digo, á no ser que Vd. halle en sus libros algun texto oportuno para volver á recibir

en su casa á la inocente criatura, disimularla este pequeño desliz, y casarse con ella... Eh?

D. MANUEL. ¿Yo? No lo creas. No cabe en mí tanta debilidad, ni soy capaz de aspirar á poseer un corazon que ya tiene otro dueño. Pero á pesar de cuanto dices, todavía no me puedo reducir á...

D. GREGORIO. ¡Qué terco es!... Ven conmigo, y acabemos esta disputa impertinente.

(*Se encamina con su hermano hácia casa de don Enrique, y al llegar cerca, salen de ella el comisario y el criado. El teatro se ilumina como en la escena III.*)

ESCENA V.

EL COMISARIO, UN CRIADO, D. GREGORIO, D. MANUEL.

COMISARIO. Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia. Los dos se quieren, son libres, de igual calidad... No hay otra cosa que hacer sino depositar inmediatamente á la señorita en una casa honesta, y desposarlos mañana... Las leyes protegen este matrimonio y le autorizan.

D. GREGORIO. ¿Qué te parece?

D. MANUEL. (*reprimiéndose.*)

¿Qué me ha de parecer?... Que se casen.

D. GREGORIO. Pues, señor, que se casen.

COMISARIO. Diré á Vd., señor don Manuel. Yo he propuesto á la novia que tuviese á bien de honrar mi casa, en donde asistida de mi mujer y de mis hijas, estaria, si no con las comodidades que merece, á lo menos con las que pueden proporcionarla mis cortas facultades; pero no ha querido admitir este obsequio, y dice que si Vd. permite que vaya á la suya, la prefiere á otra cualquiera. Es cierto que esta eleccion es la mejor; pero he querido avisarle á Vd. para saber si gusta de ello, ó tiene alguna dificultad.

D. MANUEL. Ninguna... Que venga. Yo me encargo del depósito.

COMISARIO. Volveré con ella muy pronto.

(*Se entra con el criado en casa de don Enrique. El teatro queda oscuro otra vez.*)

D. GREGORIO. No me queda otra cosa que ver... Pero ¿cuál es mas admirable, el descaro de la pindonga, ó la frescura

de este insensato que se presta á tenerla en su casa despues de lo que ha hecho; que la toma en depósito de manos de su amante para entregársela despues tal y tan buena?... ¡Ay! Si no es posible hallar cabeza mas destornillada que la suya... No puede ser.

D. MANUEL. No lo entiendes, Gregorio... Mira, tú has hecho intervenir en esto á un comisario para evitar los daños que pudieran sobrevenir, y has hecho muy bien... Yo la recibo por la misma razon; para que su crédito no padezca; para que no se trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad, que todo lo atisba y lo murmura; para que mañana se casen como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto; para manifestar á Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad ni de sus afectos; para confundirla con mi modo de proceder, comparado al suyo... Pero... ¡Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud?

D. GREGORIO. Calla, que... (*Salen por una calle doña Leonor, Juliana, y el lacayo con un farol, y habiendo pasado ya por delante de la puerta de don Enrique, al volverse don Gregorio las ve. Doña Leonor al ver gente se detiene un poco. Se ilumina el teatro.*) Sí... Ahí la tienes. Pídela perdon.

D. MANUEL. ¡Yo! ¡Qué mal me conoces!

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

D. MANUEL. Leonor, no temas ningun exceso de cólera en mí, bien sabes cuánto sé reprimirla; pero es muy grande el sentimeinto que me ha causado ver que te hayas atrevido á una accion tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu albedrío, que no tienes amigo mas fino, mas verdadero que yo... No, no esperaba recibir de ti tan injusta correspondencia... En fin, hija mia, yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme; y atento sólo á que tu estimacion no pierda en la lengua ponzoñosa del vulgo, te daré en mi casa el auxilio que necesitas, y te entregaré yo mismo el esposo que has querido elegir.

D.ª LEONOR. Yo no entiendo, señor don Manuel, á qué se dirige ese discurso... ¿Qué accion indecorosa? ¿qué agra-

vio? ¿ qué esposo es ese de quien Vd. me habla ?... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto á su persona de Vd., mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo hacer ni pensar cosa ninguna impropia de una mujer honesta, que estima en mas que la vida su honor y su opinion.

D. MANUEL, (*volviéndose á don Gregorio.*)

¿ Oyes lo que dice?

D. GREGORIO. (*acercándose á doña Leonor.*)

Ya se ve que lo oigo... Con que, Leonorcita... Ahorremos palabras... ¿ De dónde vienes, hija?

D.ª LEONOR. De casa de doña Beatriz.

D. GREGORIO. ¿ Ahora vienes de allí, cordera?

D.ª LEONOR. Ahora mismo... ¿ No ve Vd. á Pepe que nos ha venido á acompañar?

D. GREGORIO. ¿ Y no sales de casa de don Enrique?

D.ª LEONOR. ¿ De quién? ¿ De ese que vive aquí en... ¡ Eh ! no por cierto.

D. GREGORIO. ¿ Y no habéis concertado vuestro casamiento á presencia del comisario?

D.ª LEONOR. Me hace reir... ¿ Ves qué desatino, Juliana?

D. GREGORIO. ¿ Y no estáis enamorados mucho tiempo ha?

D.ª LEONOR. Muchísimo tiempo... ¿ Y qué mas?

D. GREGORIO. ¿ Y no estuviste en mi casa esta noche? ¿ y no te hicieron salir de allí? ¿ y no te fuiste derechita á la de tu galan? ¿ y no te vi yo?

D.ª LEONOR. Esto pasa de chanza. Vd. no sabe lo que se dice... (*Asiendo del brazo á don Manuel se dirige hácia su casa.*) Vamos á casa, don Manuel, que ese hombre ha perdido el poco entendimiento que tenia : vamos.

ESCENA VII.

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, EL COMISARIO, EL ESCRIBANO, COSME, UN CRIADO, DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

(*El criado saldrá con linterna. La luz del teatro se duplica.*)

D.ª ROSA. Leonor !... Hermana !...

(*Corriendo hácia doña Leonor, la coge de las manos y se las besa.*)

D. GREGORIO. ¡ Huf !...

(*Al reconocer á doña Rosa, se aparta lleno de confusion.*)

D.ª ROSA. Yo espero de tu buen corazon que has de perdonarme el atrevimiento con que me valí de tu nombre para conseguir el fin de mis engaños. El ejemplo de tu mucha virtud hubiera debido contenerme; pero, hermana mia, bien sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

D.ª LEONOR. Todo lo conozco, Rosita... La eleccion que has hecho no me parece desacertada; repruebo solamente los medios de que te has valido... Mucha disculpa tienes, pero toda la necesitas.

D.ª ROSA. Cuanto digas es cierto, pero... (*Volviéndose á don Gregorio que permanece absorto y sin movimiento.*) Vd. ha sido la causa de tanto error, Vd... No me atreveria á presentarme ahora á sus ojos, si no estuviese bien segura de que en todo lo que acabo de hacer, aunque le disguste, le sirvo... La aversion que Vd. logró inspirarme distaba mucho de aquella suave amistad que une las almas para hacerlas felices... Tal vez Vd. me acusará de liviandad, pero puede ser que mañana hubiera Vd. sido verdaderamente infeliz, si yo fuese ménos honesta.

D. ENRIQUE. Dice bien, y Vd. debe agradecerla el honor que conserva y la tranquilidad de que puede gozar en adelante.

D. MANUEL. (*acercándose á don Gregorio.*)

Esto pide resignacion, hermano... Tú has tenido la culpa, es necesario que te conformes.

D.ª LEONOR. Y hará muy mal en no conformarse; porque ni hay otro remedio á lo sucedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

JULIANA. Y conocerá que á las mujeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ¡ Hombre mas tonto !

COSME, *hablando con Juliana.*

Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

D. GREGORIO. (*No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera sólo, y va aumentándose sucesivamente la energía de su expresion.*)

No, yo no acabo de salir de la admiracion en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento; ni es posible que Satanás en persona sea capaz de mayor per-

fidia que la de esa maldita mujer... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y... ¡ Ah desdichado del que á vista de lo que á mí me sucede se fie de ninguna! La mejor es un abismo de malicia y picardías ; sexo engañador, destinado á ser el tormento y la desesperacion de los hombres... Para siempre le detesto y le maldigo y le doy al demonio si quiere llevársele.

(*Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso hácia ella. Don Manuel quiere contenerle, él le aparta, entra en su casa, y cierra por dentro.*)

D. MANUEL. No dice bien... Las mujeres, dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano... Con que, señor comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrará la boda.

D.ª ROSA. ¿ La mia no mas?

D. MANUEL. Si tu hermana me perdona una breve sospecha con tanta dificultad creida, no sería don Enrique el solo dichoso; yo tambien pudiera serlo.

D.ª LEONOR. Hoy es dia de perdonar.

D.ª ROSA. Sí, bien merece tu perdon y tu mano el que supo darte una educacion tan contrária á la que yo recibí.

D.ª LEONOR. Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazon, y bien sabe que miéntras yo viva es prenda suya.

D. MANUEL. ¡ Querida Leonor!

(*Se abrazan don Manuel y doña Leonor.*)

JULIANA. ¡ Excelente leccion para los maridos, si quieren estudiarla!

FIN DE LA ESCUELA DE LOS MARIDOS

EL MÉDICO Á PALOS

Escribió Moratin la traduccion libre de la comedia de Moliere intitulada le *Médecin malgré lui*, para que la representase en un dia destinado á su beneficio el gracioso de la compañía cómica de Barcelona Felipe Blanco, á quien debia particulares atenciones de amistad. Siguió en la version de esta pieza los mismos principios que le habian dirigido en la precedente. Simplificó la accion, despojándola de cuanto le pareció inútil en ella. Suprimió tres personajes, MM. Robert, Thibaut, y Perrin, y por consiguiente dejó perder la graciosa escena segunda del primer acto, y la segunda del tercero, para no interrumpir la fábula con distracciones meramente episódicas, sujetándola á la estrecha economía que pide el arte, sin la cual, á fuerza de ornatos viciosos, se entorpece la progresion dramática y se debilita el interes. Redujo á tres las cinco palizas que halló en la pieza original. Pasó en silencio la existencia inútil de un amante que no aparece en la escena, y esta omision le facilitó el medio de dar á la resistencia obstinada de don Gerónimo un motivo mas cómico, y mas naturalidad al desenlace.

Omitió igualmente las lozanías y expresiones demasiado alegres del supuesto médico, que no se hubieran tolerado en ningun teatro de España, y se hallan en la escena primera del primer acto, en la cuarta, quinta y séptima del segundo, y en la tercera del tercero de la obra francesa; y persuadido de que las imágenes asquerosas ni son donaires cómicos, ni deben presentarse jamas á un auditorio decente, omitió lo que hay de este género en la escena sexta, acto segundo, y en la quinta, acto tercero, del original. Si Moliere viviese, haria, en esta y otras piezas suyas las mismas correcciones, con mas severidad y mayor acierto.

En las ediciones francesas se advierte que la escena es en el campo; pero si por esto se entendiese unidad de lugar, seria

equivocarse mucho. El primer acto de la comedia de el *Médico á palos* debe representarse en un monte; los dos siguientes en una sala de la casa de don Gerónimo. Si Moliere (que no es creíble) imaginó que la escena fuese constantemente la misma, no dispuso su fábula en términos de que pudiera verificarse; y si en el teatro se hiciese la prueba de no mudar la decoracion segun se ha indicado, resultarian impropiedades demasiado absurdas. Esta comedia no admite unidad de lugar.

Nada resta que decir acerca de la traduccion, sino que Moratin supo darla todo el aire de originalidad que necesitaba para hacerla mas agradable al público español que habia de oirla; y en efecto representada en el teatro de Barcelona el dia 5 de diciembre de 1814, el concurso, reconociendo la fuerza cómica de que abunda en la accion y el diálogo, unió á los elogios del poeta frances los que le pareció que merecian las frecuentes infidelidades de su traductor.

Felipe Blanco dió mucha gracia y naturalidad al papel de Bartolo. Vicente Alfonso obtuvo general aceptacion en el de don Gerónimo, y Bárbara Fort, para quien era muy genial el de Martina, le desempeñó con inteligencia.

EL MÉDICO Á PALOS

COMEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAS

DON GERÓNIMO.	BARTOLO.
DOÑA PAULA.	MARTINA.
LEANDRO.	GINÉS.
ANDREA.	LUCAS.

La escena representa en el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular, con puerta en el foro, y otras dos en los lados.

La accion empieza á las once de la mañana y se acaba á las cuatro de la tarde.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

BARTOLO, MARTINA.

BARTOLO. ¡Válgate Dios y qué durillo está este tronco! El hacha se mella toda, y él no se parte... (*Corta leña de un árbol inmediato al foro; deja despues el hacha arrimada al tronco, se adelanta hácia el proscenio, siéntase en un peñasco, saca piedra y eslabon, enciende un cigarro y se pone á fumar.*) ¡Mucho trabajo es este!... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo, y me rindo, y no puedo mas... Dejémoslo y será lo mejor, que ahí se quedará para cuando vuelva. Ahora vendrá bien un rato de descanso y un cigarrillo, que esta triste vida otro la ha de heredar... Allí viene mi mujer. ¿Qué traerá de bueno?

MARTINA (*saliendo por el lado derecho del teatro*).

Holgazan, ¿qué haces ahí sentado, fumando, sin trabajar? ? Sabes que tienes que acabar de partir esa leña y llevarla al lugar, y ya es cerca de medio dia?

BARTOLO. Anda, que si no es hoy será mañana.

MARTINA. Mira qué respuesta.

BARTOLO. Perdóname, mujer. Estoy cansado, y me senté un rato á fumar un cigarro.

MARTINA. ¡ Y que yo aguante á un marido tan poltron y desidioso! Levántate y trabaja.

BARTOLO. Poco á poco, mujer, si acabo de sentarme.

MARTINA. Levántate.

BARTOLO. Ahora no quiero, dulce esposa.

MARTINA. ¡ Hombre sin vergüenza, sin atender á sus obligaciones! ¡ Desdichada de mí!

BARTOLO. ¡ Ay! ¡ qué trabajo es tener mujer! Bien dice Séneca que la mejor es peor que un demonio.

MARTINA. Miren qué hombre tan hábil, para traer autoridades de Séneca.

BARTOLO. ¿Si soy hábil? Á ver, á ver, búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui*, *quæ*, *quod vel quid*, y mas adelante, como yo lo estudié.

MARTINA. Mal haya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO. Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA. Haragan, borracho.

BARTOLO. Esposa, vamos poco á poco.

MARTINA. Yo te haré cumplir con tu obligacion.

BARTOLO. Mira, mujer, que me vas enfadando.

(*Se levanta desperezándose, encamínase hácia el foro, coge un palo del suelo y vuelve.*)

MARTINA. ¿ Y qué cuidado se me da á mí, insolente?

BARTOLO. Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA. Cuba de vino.

BARTOLO. Mira que te he de solfear las espaldas.

MARTINA. Infame.

BARTOLO. Mira que te he de romper la cabeza.

MARTINA. ¿ Á mí? Bribon, tunante, canalla, ¿á mí?

BARTOLO, (*dando de palos á Martina*). Sí? Pues toma.

MARTINA. ¡ Ay! ay! ay! ay!

BARTOLO. Este es el único medio de que calles... Vaya, hagamos la paz. Dáme esa mano.

MARTINA. ¿ Despues de haberme puesto así?

BARTOLO. ¿ No quieres? Si eso no ha sido nada. Vamos.

MARTINA. No quiero.

BARTOLO. Vamos, hijita.

MARTINA. No quiero, no.

BARTOLO. Mal hayan mis manos que han sido causa de enfadar á mi esposa... Vaya, ven, dáme un abrazo.

(*Tira el palo á un lado y la abraza.*)

MARTINA. ¡ Si reventaras !

BARTOLO. Vaya, si se muere por mí la pobrecita... Perdóname, hija mia. Entre dos que se quieren, diez ó doce garrotazos mas ó ménos no valen nada... Voy hácia el barranquitero, que ya tengo allí una porcion de raíces, haré una carguilla, y mañana con la burra la llevaremos á Miraflóres. (*Hace que se va, y vuelve.*) Oyes, y dentro de poco hay feria en Buitrago ; si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar una peineta de concha con sus piedras azules.

(*Toma el hacha y unas alforjas, y se va por el monte adelante. Martina se queda retirada á un lado, hablando entre sí.*)

MARTINA. Anda, que tú me las pagarás... Verdad es que á una mujer no le pueden faltar medios para vengarse de su marido; pero no me satisface cualquier castigo, yo quisiera uno que él sintiera de véras.

ESCENA II.

MARTINA, GINÉS, LÚCAS.

Salen por la izquierda.

LÚCAS. Vaya, que los dos hemos tomado una buena comision... ¡Y no sé yo todavía qué regalo tendremos por este trabajo.

GINÉS. ¿ Qué quieres, amigo Lúcas ? Es fuerza obedecer á nuestro amo ; ademas, que la salud de su hija á todos nos interesa... Es una señorita tan afable, tan alegre, tan guapa... Vaya, todo se lo merece.

LÚCAS. Pero hombre, fuerte cosa es que los médicos

que han venido á visitarla no hayan descubierto su enfermedad.

GINÉS. Su enfermedad bien á la vista está; el remedio es el que necesitamos.

MARTINA (*aparte*).

¡ Que no pueda yo imaginar alguna invencion para vengarme !

LÚCAS. Veremos si este médico de Miraflóres acierta con ello... Como no hayamos equivocado la senda...

MARTINA. (*aparte, hasta que repara en los dos, y les hace cortesía.*)

(Pues ello es preciso, que los golpes que acaba de darme los tengo en el corazon. No puedo olvidarlos...) Pero, señores, perdonen Vds., que no los habia visto porque estaba distraida.

LÚCAS. ¿ Vamos bien por aquí á Miraflóres ?

MARTINA. Sí, señor. (*Señalando adentro por el lado derecho.*) ¿ Ve Vd. aquellas tapias caidas junto á aquel nogueron ? Pues todo derecho.

GINÉS. ¿ No hay allí un famoso médico que ha sido médico de una vizcondesita, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego ?

MARTINA. ¡ Ah ! sí, señor. Curaba en griego, pero hace dos dias que se ha muerto en español, y ya está el pobrecito debajo de tierra.

GINÉS. ¿ Qué dice Vd. ?

MARTINA. Lo que Vd. oye. ¿ Y para quién le iban Vds. á buscar ?

LÚCAS. Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al rio.

MARTINA. ¡ Ah ! sí. La hija de don Gerónimo. ¡ Válgame Dios ! ¿ Pues qué tiene ?

LÚCAS. ¿ Qué sé yo ? Un mal que nadie le entiende, del cual ha venido á perder el habla.

MARTINA. ¡ Qué lástima ! Pues... (*Aparte, con expresion de complacencia.* ¡ Ay qué idea me ocurre !) Pues mire Vd., aquí tenemos el hombre mas sabio del mundo, que hace prodigios en esos males desesperados.

GINÉS. ¿ De véras ?

MARTINA. Sí, señor.

LÚCAS. ¿ Y en dónde le podemos encontrar ?

MARTINA. Cortando leña en ese monte.

GINÉS. Estará entreteniéndose en buscar algunas yerbas salutíferas.

MARTINA. No, señor. Es un hombre extravagante y lunático, va vestido como un pobre patan, hace empeño en parecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dió.

GINÉS. Cierto que es cosa admirable que todos los grandes hombres hayan de tener siempre algun ramo de locura mezclada con su ciencia.

MARTINA. La manía de este hombre es la mas particular que se ha visto. No confesará su capacidad á ménos que no le muelan el cuerpo á palos ; y así les aviso á Vds. que si no lo hacen, no conseguirán su intento. Si le ven que está obstinado en negar, tome cada uno un buen garrote, y zurra, que él confesará. Nosotros cuando le necesitamos nos valemos de esta industria, y siempre nos ha salido bien.

GINÉS. ¡ Qué extraña locura !

LÚCAS. ¿ Habráse visto hombre mas original ?

GINÉS. ¿ Y cómo se llama ?

MARTINA. Don Bartolo. Fácilmente le conocerán Vds. Él es un hombre de corta estatura, morenillo, de mediana edad, ojos azules, nariz larga, vestido de paño burdo, con un sombrerillo redondo.

LÚCAS. No se me despintará, no.

GINÉS. ¿ Y ese hombre hace unas curas tan difíciles ?

MARTINA. ¿ Curas dice Vd. ? Milagros se pueden llamar. Habrá dos meses que murió en Lozoya una pobre mujer, ya iban á enterrarla, y quiso Dios que este hombre estuviese por casualidad en una calle por donde pasaba el entierro. Se acercó, examinó á la difunta, sacó una redomita del bolsillo, la echó en la boca una gota de yo no sé qué, y la muerta se levantó tan alegre cantando el *frondoso*.

GINÉS. ¿ Es posible ?

MARTINA. Como que yo lo vi. Mire Vd., aun no hace tres semanas que un chico de unos doce años se cayó de la torre de Miraflóres, se le troncharon las piernas, y la cabeza se le quedó hecha una plasta. Pues, señor, llamaron á don Bartolo, él que no queria ir allá ; pero mediante una buena paliza lograron que fuese. Sacó un cierto

ungüento que llevaba en un pucherete, y con una pluma le fué untando, untando al pobre muchacho, hasta que al cabo de un rato se puso en pié, y se fué corriendo á jugar á la rayuela con los otros chicos.

LÚCAS. Pues ese hombre es el que necesitamos nosotros. Vamos á buscarle.

MARTINA. Pero sobre todo, acuérdense Vds. de la advertencia de los garrotazos.

GINÉS. Ya, ya estamos en eso.

MARTINA. Allí debajo de aquel árbol hallarán Vds. cuantas estacas necesiten.

LÚCAS. ¡ Sí ! Voy por un par de ellas.

(*Coge el palo que dejó en el suelo Bartolo, va hácia el foro y coge otro, vuelve, y se le da á Ginés.*)

GINÉS. ¡ Fuerte cosa es que haya de ser preciso valerse de este medio !

MARTINA. Y si no, todo será inútil. (*Hace que se va, y vuelve.*) ¡ Ah ! otra cosa. Cuiden Vds. de que no se les escape, porque corre como un gamo ; y si les coge á Vds. la delantera, no le vuelven á ver en su vida. (*Mirando hácia dentro á la parte del foro.*) Pero me parece que viene. Sí, aquel es. Yo me voy, háblenle Vds., y si no quiere hacer bondad, menudito en él. Á Dios, señores.

ESCENA III.

GINÉS, LÚCAS.

LÚCAS. Fortuna ha sido haber hallado á esta mujer. Pero ¿ no ves qué traza de médico aquella?

(*Los dos miran hácia el foro.*)

GINÉS. Ya lo veo... Mira, retirémonos uno á un lado y otro á otro, para que no se nos pueda escapar. Hemos de tratarle con la mayor cortesía del mundo. ¿ Lo entiendes ?

LÚCAS. Sí

GINÉS. Y sólo en el caso de que absolutamente sea preciso...

LÚCAS. Bien... Entónces me haces una señal, y le ponemos como nuevo.

GINÉS. Pues apartémonos, que ya llega.

(*Ocúltanse á los dos lados del teatro.*)

ESCENA IV.

GINÉS, LUCAS, BARTOLO.

(*Sale del monte con el hacha y las alforjas al hombro, cantando; siéntase en el suelo en medio del teatro, y saca de las alforjas una bota*).

BARTOLO. En el alcázar de Vénus,
Junto al dios de los planetas,
En la gran Constantinopla,
Allá en la casa de Meca,
Donde el gran sultan bajá
Imperio de tantas fuerzas,
Aquel alcoran que todos
Le pagan tributo en perlas;
Rey de setenta y tres reyes
De siete imperios... (*Bebe*)
De siete imperios cabeza:
Este tal tiene una hija
Que es del imperio heredera.

(*Vuelve á beber, va á poner la bota al lado por donde sale Lúcas, el cual le hace con el sombrero en la mano una cortesía. Bartolo, sospechando que es para quitarle la bota, va á ponerla al otro lado á tiempo que sale Ginés haciendo lo mismo que Lúcas. Bartolo pone la bota entre las piernas, y la tapa con las alforjas.*

Arre allá, diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota... ¡Calle! Otro zángano. ¿Qué demonios es esto? En todo caso la guardaremos y la arroparemos, porque no tienen cara de hacer cosa buena.

GINÉS. ¿Es Vd. un caballero que se llama el Señor don Bartolo?

BARTOLO. ¿Y qué?

GINÉS. ¿Que si se llama Vd. don Bartolo?

BARTOLO. No, y sí, conforme lo que Vds. quieran.

GINÉS. Queremos hacerle á Vd. cuantos obsequios sean posibles.

BARTOLO. Si así es, yo me llamo don Bartolo.

(*Quítase el sombrero y le deja á un lado.*

LUCAS. Pues con toda cortesía...

GINÉS. Y con la mayor reverencia...

LUCAS. Con todo cariño, suavidad y dulzura...

GINÉS. Y con todo respeto, y con la veneracion mas humilde...

(BARTOLO, *aparte*). Parecen arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.

GINÉS. Pues, señor, venimos á implorar su auxilio de Vd. para una cosa muy importante.

BARTOLO. ¿ Y qué pretenden Vds.? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

GINÉS. Favor que Vd. nos hace... Pero cúbrase Vd., que el sol incomodará.

LUCAS. Vaya, señor, cúbrase Vd.

BARTOLO. Vaya, señores, ya estoy cubierto... (*Pónese el sombrero, y los otros tambien.*) ¿ Y ahora?

GINÉS. No extrañe Vd. que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados, y como nosotros nos hallamos noticiosos del sobresaliente talento de Vd., y de su...

BARTOLO. Es verdad, como, que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LUCAS. Señor...

BARTOLO. Si ha de ser de encina, no la daré ménos de á dos reales la carga.

GINÉS. Ahora no tratamos de eso.

BARTOLO. La de pino la daré mas barata. La de raíces, mire Vd...

GINÉS. ¡ Oh ! señor, eso es burlarse.

LUCAS. Suplico á Vd. que hable de otro modo.

BARTOLO. Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me explico.

GINÉS. ¡Un sugeto como Vd. ha de ocuparse en ejercicios tan groseros ! Un hombre tan sabio, tan insigne médico, ¿ no ha de comunicar al mundo los talentos de que le ha dotado la naturaleza?

BARTOLO. ¿ Quién, yo ?

GINÉS. Vd., no hay que negarlo.

BARTOLO. Vd. Será el médico y toda su generacion, que yo en mi vida lo he sido. (*Aparte*. Borrachos están.)

LUCAS. ¿ Para qué es excusarse ? Nosotros lo sabemos, y se acabó.

BARTOLO. Pero, en suma, ¿ quién soy yo ?

GINÉS. ¿ Quién ? Un gran médico.

BARTOLO. ¡ Qué disparate ! (*Aparte.* ¿ No digo que están bebidos ?)

GINÉS. Con que vamos, no hay que negarlo, que no venimos de chanza.

BARTOLO. Vengan Vds. como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamas.

LUCAS. Al cabo me parece que será necesario... (*Mirando á Ginés.*) ¿ Eh ?

GINÉS. Yo creo que sí.

LUCAS. En fin, amigo don Bartolo, no es ya tiempo de disimular.

GINÉS. Mire Vd. que se lo decimos por su bien.

LUCAS. Confiese Vd., con mil demonios que es médico, y acabemos.

BARTOLO (*impaciente*). ¡ Yo rabio !

GINÉS. ¿ Para qué es fingir, si todo el mundo lo sabe?

BARTOLO. Pues digo á Vds. que no soy médico.

(*Se levanta, quiere irse, ellos lo estorban y se le acercan, disponiéndose para apalearle.*)

GINÉS. ¿ No?

BARTOLO. No, señor.

LUCAS. ¿ Con que no?

BARTOLO. El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

GINÉS. Pues amigo, con su buena licencia de Vd., tendremos que valernos del remedio consabido... Lúcas.

LUCAS. Ya, ya.

BARTOLO. ¿ Y qué remedio dice Vd.?

LUCAS. Este.

(*Danle de palos, cogiéndole siempre las vueltas para que no se escape.*

BARTOLO. Ay ! ay ! ay!... (*Quitándose el sombrero.*) Basta, que yo soy médico, y todo lo que Vds. quieran.

GINÉS. Pues bien, ¿ para qué nos obliga Vd. á esta violencia?

LUCAS. ¿ Para qué es darnos el trabajo de derrengarle á garrotazos?

BARTOLO. El trabajo es para mí que los llevo... Pero señores, vamos claros. ¿ Qué es esto? ¿ es una humorada, ó están Vds. locos?

LUCAS. ¿ Aun no confiesa Vd. que es doctor en medicina ?

BARTOLO. No, señor, no lo soy. Ya está dicho.

GINÉS. ¿ Con que no es Vd. médico?... Lúcas.

LUCAS. ¿ Con que no? (*Vuelven á darle de palos.*) ¿ Eh?

BARTOLO. ¡ Ay! ay! ¡Pobre de mí! (*Pónese de rodillas juntando las manos en ademan de súplica.*) Sí que soy médico. Sí, señor.

LUCAS. ¿ De véras?

BARTOLO. Sí, señor, y cirujano de estuche, y saludador y albéitar, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

GINÉS. Me alegro de verle tan razonable.

(*Levántanle cariñosamente entre los dos.*)

LUCAS. Ahora sí que parece Vd. hombre de juicio.

BARTOLO. (*Ap.* ¡ Maldita sea vuestra alma!...) ¿ Si seré yo médico, y no habré reparado en ello?

GINÉS. No hay que arrepentirse. Á Vd. se le pagará muy bien su asistencia, y quedará contento.

BARTOLO. Pero, hablando ahora en paz, ¿ es cierto que soy médico?

GINÉS. Certísimo.

BARTOLO. ¿ Seguro?

GINÉS. Sin duda ninguna.

BARTOLO. Pues lléveme el diablo si yo sabía tal cosa.

GINÉS. ¿ Pues como, siendo el profesor mas sobresaliente que se conoce?

BARTOLO. (*riéndose*). ¡ Ah! ah! ah!

GINÉS. Un médico que ha curado no sé cuántas enfermedades mortales.

BARTOLO. (*con ironía*). ¡ Válgame Dios!

LUCAS. Una mujer que estaba ya enterrada...

GINÉS. Un muchacho que cayó de una torre y se hizo la cabeza una tortilla...

BARTOLO. ¿ Tambien le curé?

LUCAS. Tambien.

GINÉS. Con que buen ánimo, señor doctor. Se trata de asistar á una señorita muy rica, que vive en esa quinta cerca del molino. Vd. estará allí comido y bebido y regalado como cuerpo de rey, y le traerán en palmitas.

BARTOLO. ¿ Me traerán en palmitas?

LUCAS. Sí, señor, y acabada la curacion le darán á Vd qué sé yo cuanto dinero.

BARTOLO. Pues, señor, vamos allá. ¿ En palmitas y qué sé yo cuanto dinero?... Vamos allá.

GINÉS. Recógele todos esos muebles, y vamos.

BARTOLO. No, poco á poco. (*Lúcas recoge las alforjas y el hacha. Bartolo le quita la bota y se la guarda debajo del brazo.*) La bota conmigo.

GINÉS. Pero, señor, ¡ un doctor en medicina con bota!

BARTOLO. No importa, venga... Me darán bien de comer y de beber... (*Apartándose á un lado, medita y habla entre sí; despues con ellos.* (La pulsaré, la recetaré algo... La mato seguramente... Si no quiero ser médico, me volverán á sacudir el bulto, y si lo soy, me le sacudirán tambien... Pero díganme Vds., les parece que este traje rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINÉS. No hay que afligirse. Ántes de presentarle á Vd., le vestiremos con mucha decencia.

BARTOLO (*aparte*). Si á lo ménos pudiese acordarme de aquellos textos, de aquellas palabrotas que les decia mi amo á los enfermos... saldria del apuro.

GINÉS. Mira que se quiere escapar.

LUCAS. Señor don Bartolo, ¿ qué hacemos?

BARTOLO (*aparte*).

Aquel libro de vocabulorum, que llevaba el chico al aula. ¡ Aquel sí que era bueno !

GINÉS. Vaya, basta de meditacion.

LUCAS. ¿ Será cosa de que otra vez... (*En ademan de volverle á dar.*)

BARTOLO. ¡ Qué ! no, señor. Sino que estaba pensando en el plan curativo... ¡ Pobrecito Bartolo ! Vamos.

(*Los dos le cogen en medio y se van con él por la izquierda del teatro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON GERÓNIMO, LUCAS, GINÉS, ANDREA.

D. GERÓNIMO. ¿ Con que decís que es tan hábil?

LUCAS. Cuantos hemos visto hasta ahora no sirven para descalzarle.

GINÉS. Hace curas maravillosas.

LUCAS. Resucita muertos.

GINÉS. Sólo que es algo estrambótico y lunático, y amigo de burlarse de todo el mundo.

D. GERÓNIMO. Me dejáis aturdido con esa relacion. Ya tengo impaciencia de verle. Vé por él, Ginés.

LUCAS. Vistiéndose quedaba. Toma la llave, y no te apartes de él.

(*Le da una llave á Ginés, el cual se va por la puerta del lado derecho.*)

D. GERÓNIMO. Que venga, que venga presto.

ESCENA II.

D. GERÓNIMO, ANDREA, LUCAS.

ANDREA. ¡ Ay, señor amo ! que aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece á mí que no haremos nada.

D. GERÓNIMO. ¿ Por qué ?

ANDREA. Porque doña Paulita no ha menester médicos, sino marido, marido ; eso la conviene, lo demas es andarse por las ramas. ¿ Le parece á Vd. que ha de curarse con ruibarbo, y jalapa, y tinturas, y cocimientos, y potingues y porquerías, que no sé como no ha perdido ya el estómago? No, señor, con un buen marido sanará perfectamente.

LUCAS. Vamos, calla, no hables tonterías.

D. GERÓNIMO. La chica no piensa en eso. Es todavía muy niña.

ANDREA. ¡ Niña ! Sí, cásela Vd. y verá si es niña.

D. GERÓNIMO. Mas adelante no digo que...

ANDREA. Boda, boda, y aflojar el dote, y...

D. GERÓNIMO ¿ Quieres callar, habladora ?

ANDREA. (*Ap.* Allí le duele...) Y despedir médicos y boticarios, y tirar todas esas pócimas y brebajes por la ventana, y llamar al novio, que ese la pondrá buena

D. GERÓNIMO. ¿ Á qué novio, bachillera, impertinente? ¿ En dónde está ese novio ?

ANDREA. ¡ Qué presto se le olvidan á Vd. las cosas ! ¿ Pues qué, no sabe Vd. que Leandro la quiere, que la adora, y ella le corresponde ? ¿ No lo sabe Vd. ?

D. GERÓNIMO. La fortuna del tal Leandro está en que no le conozco, porque desde que tenia ocho ó diez años no

le he vuelto á ver... Y ya sé que anda por aquí acechando y rondándome la casa; pero como yo le llegue á pillar... Bien que lo mejor será escribir á su tio para que le recoja y se le lleve á Buitrago, y allí se le tenga. ¡ Leandro ! ¡ Buen matrimonio por cierto ! ¡ Con un mancebito que acaba de salir de la universidad, y sin un cuarto en el bolsillo !

ANDREA. Su tio, que es muy rico, que es muy amigo de Vd., que quiere mucho á su sobrino, y que no tiene otro heredero, suplirá esa falta. Con el dote que Vd. dará á su hija, y con lo que...

D. GERÓNIMO. Vete al instante de aquí, lengua de demonio.

ANDREA (*aparte*). Allí le duele.

D. GERÓNIMO. Vete.

ANDREA. Ya me iré, señor.

D. GERÓNIMO. Vete, que no te puedo sufrir.

LUCAS. ¡ Que siempre has de dar en eso, Andrea ! Calla, y no desazones al amo, mujer; calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados ajenos, que al fin y al cabo, el señor es el padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor ; no tiene remedio.

D. GERÓNIMO. Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

LUCAS. El médico viene.

ESCENA III.

BARTOLO, GINÉS, D. GERÓNIMO, LUCAS, ANDREA.

GINÉS. (*Salen por la derecha Ginés y Bartolo, este vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos y baston.*)

Aquí tiene Vd., señor don Gerónimo, al estupendo médico, al doctor infalible, al pasmo del mundo.

D. GERÓNIMO. Me alegro mucho de ver á Vd. y de conocerle, señor doctor.

(*Se hacen cortesías uno á otro, con el sombrero en la mano.*)

BARTOLO. Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

D. GERÓNIMO. ¿ Hipócrates lo dice?

BARTOLO. Sí, señor.

D. GERÓNIMO. ¿ Y en qué capítulo ?

BARTOLO. En el capítulo de los sombreros.

D. GERÓNIMO. Pues si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer.

(*Los dos se ponen el sombrero.*)

BARTOLO. Pues como digo, señor médico, habiendo sabido...

D. GERÓNIMO. ¿ Con quién habla Vd. ?

BARTOLO. Con Vd.

D. GERÓNIMO. ¿ Conmigo ? Yo no soy médico.

BARTOLO ¿ No ?

D. GERÓNIMO. No, señor.

BARTOLO. ¿ No? Pues ahora verás lo que te pasa.

(*Arremete hacia él con el baston levantado en ademan de darle de palos. Huye don Gerónimo, los criados se ponen de por medio, y detienen a Bartolo.*)

D. GERÓNIMO. ¿ Qué hace Vd., hombre?

BARTOLO. Yo te haré que seas médico á palos, que así se gradúan en esta tierra.

D. GERÓNIMO. Detenedle vosotros... ¿ Qué loco me habéis traido aquí?

GINÉS. ¿ No le dije á Vd. que era muy chancero?

D. GERÓNIMO. Sí; pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

LUCAS. No le dé á Vd. cuidado. Si lo hace por reir.

GINÉS. Mire Vd., señor facultativo, este caballero que está presente es nuestro amo, y padre de la señorita que Vd. ha de curar.

BARTOLO. ¿ El señor es su padre? ¡ Oh ! perdone Vd., señor padre, esta libertad que...

D. GERÓNIMO. Soy de Vd.

BARTOLO. Yo siento...

D. GERÓNIMO. No, no ha sido nada... (*Ap.* ¡ Maldita sea tu casta!...) Pues señor, vamos al asunto.(*Saca la caja, se la presenta á Bartolo, y él toma un polvo con afectada gravedad.*) Yo tengo una hija muy mala...

BARTOLO. Muchos padres se quejan de lo mismo.

D. GERÓNIMO. Quiero decir que está enferma.

BARTOLO. Ya, enferma.

D. GERÓNIMO. Sí, señor.

BARTOLO. Me alegro mucho.

D. GERÓNIMO. ¿ Cómo?

BARTOLO. Digo que me alegro de que su hija de Vd. necesite de mi ciencia, y ojalá que Vd. y toda su familia estu-

viesen á las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y alivio.

D. GERÓNIMO. Viva Vd. mil años, que yo le estimo su buen deseo.

BARTOLO. Hablo ingenuamente.

D. GERÓNIMO. Ya lo conozco.

BARTOLO. ¿ Y cómo se llama su niña de Vd. ?

D. GERÓNIMO. Paulita.

BARTOLO. ¡ Paulita! ¡ Lindo nombre para curarse!.. ¿ Y esta doncella quién es?

D. GERÓNIMO. Esta doncella es mujer de aquel.

(*Señalando á Lúcas.*)

BARTOLO. ¡ Oiga !

D. GERÓNIMO. Sí, señor... Voy á hacer que salga aquí la chica para que Vd. la vea.

ANDREA. Durmiendo quedaba.

D. GERÓNIMO. No importa, la despertaremos. Ven, Ginés.

GINÉS. Allá voy.

(*Vanse los dos por la izquierda.*)

ESCENA IV.

BARTOLO, ANDREA, LUCAS.

BARTOLO (*acercándose á Andrea con ademanes y gestos expresivos.*)

¿ Con que Vd. es mujer de ese mocito?

ANDREA. Para servir á Vd.

BARTOLO. ¡ Y qué frescota es! ¡ Y qué... Regocijo da el verla... ¡ Hermosa boca tiene!... ¡ Ay qué dientes tan blancos, tan igualitos, y qué risa tan graciosa!... ¡ Pues los ojos! En mi vida he visto un par de ojos mas habladores ni mas traviesos.

LUCAS.

(*Ap.* ¡ Habrá demonio de hombre! ¡ Pues no la está requebrando el maldito !...) Vaya, señor doctor, mude Vd. de conversacion, porque no me gustan esas flores. ¿ Delante de mí se pone Vd. á decir arrumacos á mi mujer? Yo no sé cómo no cojo un garrote y le...

(*Mirando por el teatro si hay algun palo. Bartolo le detiene.*)

BARTOLO. Hombre, por Dios, ten caridad. ¿ Cuántas veces me han de examinar de médico?

LUCAS. Pues cuenta con ella.

ANDREA. Yo reviento de risa.

(*Encaminándose á recibir á doña Paula, que sale por la puerta de la izquierda con don Gerónimo y Ginés.*)

ESCENA V.

DON GERÓNIMO, DOÑA PAULA, GINÉS, LUCAS, BARTOLO, ANDREA.

D. GERÓNIMO. Anímate, hija mia, que yo confío en la sabiduría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tu salud. Esta es la niña, señor doctor. Hola, arrimad sillas.

(*Traen sillas los criados. Doña Paula se sienta en una poltrona entre Bartolo y su padre. Los criados detras, en pié.*)

BARTOLO. ¿Con que esta es su hija de Vd.?

D. GERÓNIMO. No tengo otra, y si se me llegara á morir, me volveria loco.

BARTOLO. Ya se guardará muy bien. ¿Pues qué, no hay mas que morirse sin licencia del médico? No, señor; no se morirá... Vean Vds. aquí una enferma que tiene un semblante capaz de hacer perder la chabeta al hombre mas tétrico del mundo. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro á Vd... ¡Bonita cara tiene!

D.ª PAULA. ¡Ah! ah! ah!

D. GERÓNIMO. Vaya, gracias á Dios que se rie la pobrecita.

BARTOLO. ¡Bueno! ¡Gran señal! ¡gran señal! Cuando el médico hace reir á las enfermas, es linda cosa... Y bien, ¿qué la duele á Vd.?

D.ª PAULA. Ba, ba, ba, ba.

BARTOLO. ¡Eh! ¿Qué dice Vd.?

D.ª PAULA. Ba, ba, ba.

BARTOLO. Ba, ba, ba, ba. ¿Qué diantre de lengua es esa? Yo no entiendo palabra.

D. GERÓNIMO. Pues ese es su mal. Ha venido á quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea Vd. qué desconsuelo para mí.

BARTOLO. ¡Qué bobería! Al contrario, una mujer que no habla es un tesoro. La mia no padece esta enfermedad, y

si la tuviese, yo me guardaria muy bien de curarla.

D. GERÓNIMO. Á pesar de eso, yo le suplico á Vd. que aplique todo su esmero á fin de aliviarla y quitarla ese impedimiento.

BARTOLO. Se la aliviará, se la quitará: pierda Vd. cuidado. Pero es curacion que no se hace así como quiera. ¿ Come bien ?

D. GERÓNIMO. Sí, señor, con bastante apetito.

BARTOLO. ¡ Malo !... ¿ Duerme ?

ANDREA. Sí, señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regularmente.

BARTOLO. ¡ Malo !... ¿ Y la cabeza la duele?

D. GERÓNIMO. Ya se lo hemos preguntado várias veces ; dice que no.

BARTOLO. ¿ No? ¡ Malo !... Venga el pulso... Pues amigo, este pulso indica... ! Claro ! está claro.

D. GERÓNIMO. ¿ Qué indica?

BARTOLO. Que su hija de Vd. tiene secuestrada la facultad de hablar.

D. GERÓNIMO. ¿ Secuestrada?

BARTOLO. Sí por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

D. GERÓNIMO. Pero ¿ de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO. Este accidente ha podido proceder y procede (segun la mas recibida opinion de los autores) de habérsela interrumpido á mi señora doña Paulita el uso expedito de la lengua.

D. GERÓNIMO. ¡ Este hombre es un prodigio!

LUCAS. ¿ No se lo dijimos á Vd. ?

ANDREA. Pues á mí me parece un macho.

LUCAS. Calla.

D. GERÓNIMO. Y en fin, ¿ qué piensa Vd. que se puede hacer?

BARTOLO. Se puede y se debe hacer... El pulso... (*Tomando el pulso á doña Paula.*) Aristóteles, en sus protocolos, habló de este caso con mucho acierto.

D. GERÓNIMO. ¿ Y qué dijo?

BARTOLO. Cosas divinas... La otra... [*La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua*]. Á ver la lengüecita... ¡ Ay qué monería!... Dijo... ¿Entiende Vd. el latin?

D. GERÓNIMO. No, señor, ni una palabra.

BARTOLO. No importa. Dijo: *Bonus bona bonum, uncias*

duas, mascula sunt muribus, honora medicum, acinax acinacis, est modus in rebus; Amaryllida sylvas. Que quiere decir, que esta falta de coagulacion en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores... acres, proclives, espontáneos, y corrumpentes. Porque como los vapores que se elevan de la region... ¿ Están Vds. ?

ANDREA. Sí, señor, aquí estamos todos.

BARTOLO. De la region lumbar, pasando desde el lado izquierdo donde está el hígado, al derecho en que está el corazon, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo : de aquí es, segun la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria), que la malignidad de dichos vapores... ¿ Me explico?

D. GERÓNIMO. Sí, señor, perfectamente.

BARTOLO. Pues como digo, supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidérmis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Doceo, doces, docere, docui, doctum: ars longa, vita brevis : templum, templi : augusta vindelicorum, et reliqua...* ¿ Qué tal? ¿ He dicho algo?

D. GERÓNIMO. Cuanto hay que decir.

GINÉS. Es mucho hombre este.

D. GERÓNIMO. Sólo he notado una equivocacion en lo que...

BARTOLO. ¿Equivocacion ? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

D. GERÓNIMO. Creo que dijo Vd. que el corazon está al lado derecho, y el hígado al izquierdo ; y en verdad que es todo el contrário.

BARTOLO. ¡ Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes ! ¿ Ahora me sale Vd. con esas vejeces ? Sí, señor, antiguamente así sucedia, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

D. GERÓNIMO. Perdone Vd. si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO. Ya está Vd. perdonado. Vd. no sabe latin, y por consiguiente está dispensado de tener sentido comun.

D. GERÓNIMO. ¿ Y qué le parece á Vd. que deberemos hacer con la enferma ?

BARTOLO. Primeramente harán Vds. que se acueste, luego a los darán unas buenas friegas... bien que eso yo mismo lo haré... y despues tomará de média en média hora una gran sopa en vino.

ANDREA. ¡ Qué disparate!

D. GERÓNIMO. ¿ Y para qué es buena la sopa en vino?

BARTOLO. ¡ Ay amigo, y qué falta le hace á Vd. un poco de ortografía ! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática que simpatiza y absorbe el tejido celular y la pia mater, y hace hablar á los mudos.

D. GERÓNIMO. Pues no lo sabía.

BARTOLO. Sí Vd. no sabe nada.

D. GERÓNIMO. Es verdad que no he estudiado ni...

BARTOLO. ¿ Pues no ha visto Vd., pobre hombre, no ha visto Vd. como á los loros los atracan de pan mojado en vino?

D. GERÓNIMO. Sí, señor.

BARTOLO. ¿ Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos tambien á doña Paulita, y dentro de muy poco hablará mas que siete papagayos.

D. GERÓNIMO. Algun ángel le ha traido á Vd. á mi casa, señor doctor... Vamos, hijita, que ya querrás descansar... Al instante vuelvo, señor don... ¿ Cómo es su gracia de Vd. ?

BARTOLO. Don Bartolo.

D. GERÓNIMO. Pues así que la deje acostada seré con Vd., señor don Bartolo... (*Se levantan los tres.*) Ayuda aquí, Andrea... Despacito.

BARTOLO. Taparla bien, no se resfríe. Á Dios, señorita.

D.ª PAULA. Ba, ba, ba, ba.

D. GERÓNIMO. (*Hace que se va acompañando á doña Paula, y vuelve á hablar aparte con Lúcas.*)

Lúcas, vé al instante y adereza el cuarto del señor, bien limpio todo, una buena cama, la colcha verde, la jarra con agua, la aljofaina, la toalla, en fin, que no falte cosa ninguna... Estás ?

LUCAS (*marchando por la puerta de la derecha*). Sí, Señor.

D. GERÓNIMO. Vamos, hija mia.

(*Vanse don Gerónimo, doña Paula, Andrea y Ginés por la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO. Yo sudo... En mi vida me he visto mas apurado... ¡ Si es imposible que esto pare en bien, imposible ! Veré si ahora que todos andan por allá dentro puedo... Y si no, mal estamos.... En las espaldas siento una desazon

que no me deja... Y no es por los palos recibidos, sino por los que aun me falta que recibir.

(*Vase por la parte del lado derecho.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

BARTOLO, DON GERÓNIMO.

(*Sale el primero sin sombrero ni baston por la derecha.*)

D. BARTOLO. Pues, señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado... ¡ El maldito, con achaque de la compostura del cuarto, no se mueve de allí !... ¡ Ay pobre Bartolo !... (*Paseándose inquieto por el teatro.*) Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

D. GERÓNIMO (*saliendo por la izquierda.*)

No ha habido forma de poderla reducir á que se acueste Ya la están preparando la sopa en vino que Vd. mandó. Veremos lo que resulta.

BARTOLO. No hay que dudar, el resultado será felicísimo.

D. GERÓNIMO. (*sacando la bolsa y tomando de ella algunos escuditos.*)

Vd., amigo don Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe, y entre tanto quiero que tenga Vd. la bondad de recibir estos escuditos.

BARTOLO. No se hable de eso.

D. GERÓNIMO. Hágame Vd. este favor.

BARTOLO. No hay que tratar de la materia.

D. GERÓNIMO. Vamos, que es preciso.

BARTOLO. Yo no lo hago por el dinero.

D. GERÓNIMO. Lo creo muy bien, pero sin embargo...

BARTOLO. ¿ Y son de los nuevos ?

D. GERÓNIMO. Sí. señor.

BARTOLO. Vaya, una vez que son de los nuevos los tomaré.

(*Los toma y se lo guarda.*)

D. GERÓNIMO Ahora bien, quede Vd. con Dios, que voy á ver si hay novedad, y volveré... Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

ESCENA II.

LEANDRO, BARTOLO.

(*Sale el primero por la puerta de la derecha recatándose.*)

LEANDRO. Señor doctor, yo vengo á implorar su auxilio de Vd., y espero que...

BARTOLO. Veamos el pulso... (*Tomando el pulso, con gestos de displicencia.*) Pues no me gusta nada... ¿ Y qué siente Vd.?

LEANDRO. Pero si yo no vengo á que Vd. me cure; si yo no padezco ningun achaque.

BARTOLO (*con despego*). ¿ Pues á qué diablos viene Vd.?

LEANDRO. Á decirle á Vd. en dos palabras que yo soy Leandro.

BARTOLO. Y qué se me da á mí de que Vd. se llame Leandro ó Juan de las Viñas?

(*Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.*)

LEANDRO. Diré á Vd. Yo estoy enamorado de doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo á suplicarle á Vd. que me proporcione una ocasion, un pretexto para hablarla y...

BARTOLO. Que es decir en castellano que yo haga de alcahuete. (*Irritado y alzando mas la voz.*) ¡ Un médico ! ¡ Un hombre como yo !.... Quítese Vd. de ahí.

LEANDRO. ¡ Señor !

BARTOLO. ¡ Es mucha insolencia, caballerito !

LEANDRO. Calle Vd., señor; no grite Vd.

BARTOLO. Quiero gritar... ¡ Es Vd. un temerario !

LEANDRO. ¡ Por Dios, señor doctor !

BARTOLO. ¿ Yo alcahuete? Agradezca Vd. que...

(*Se pasea inquieto.*)

LEANDRO. ¡ Válgame Dios qué hombre !... Probemos á ver si...

(*Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo se le pone en la mano: él le toma, le guarda, y bajando la voz habla confidencialmente con Leandro.*)

BARTOLO. ¡ Desvergüenza como ella !

LEANDRO. Tome Vd... Y le pido perdon de mi atrevimiento.

BARTOLO. Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO. Confieso que erré, y que anduve un poco...

BARTOLO. ¿ Qué errar? ¡ Un sugeto como Vd. ! ¡ Qué disparate! Vaya, con que...

LEANDRO. Pues, señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma; han venido varios médicos á visitarla; la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir; y por último, hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO. ¿ Con que todo ello es una farándula?

LEANDRO. Sí, señor.

BARTOLO. ¿ El padre le conoce á. Vd ?

LEANDRO. No, señor, personalmente no me conoce.

BARTOLO. ¿ Y ella le quiere á Vd. ? ¿ Es cosa segura?

LEANDRO. ¡Oh! de eso estoy muy persuadido.

BARTOLO. ¿ Y los criados ?

LEANDRO. Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa; Andrea está en el secreto; su marido, si no lo sabe, á lo ménos lo sospecha y calla, y puedo contar con uno y con otro.

BARTOLO. Pues bien, yo haré que hoy mismo quede Vd. casado con doña Paulita.

LEANDRO. ¿ De véras ?

BARTOLO. Cuando yo lo digo...

LEANDRO. ¿ Sería posible ?

BARTOLO. ¿ No le he dicho á Vd. que sí ? Le casaré á Vd. con ella, con su padre, y con toda su parentela... Yo diré que es Vd... boticario.

LEANDRO. Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO. No le dé á Vd. cuidado, que lo mismo me sucede á mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas

LEANDRO. ¿ Con que no es Vd. médico ?

BARTOLO. No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero con exámen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es que Vd. esté por ahí inmediato, que yo le llamaré á su tiempo.

LEANDRO. Bien está, y espero que Vd...

(*Vase por la puerta de la derecha.*)

BARTOLO. Vaya Vd. con Dios.

ESCENA III.

ANDREA, BARTOLO, LUCAS.

(*Andrea sale por la izquierda.*)

ANDREA. Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar á Vd. desairado, porque...

BARTOLO. Como no me desaires tú, niña de mis ojos, lo demas importa seis maravedís, y como yo te cure á ti, mas que se muera todo el género humano.

(*Sale por la derecha Lúcas; va acercándose detras de Bartolo, y escucha.*)

ANDREA. Yo no tengo nada que curar.

BARTOLO. Pues mira, lo mejor será curar á tu marido... ¡Qué bruto es y que celoso tan impertinente!

ANDREA. ¿Qué quiere Vd? Cada uno cuida de su hacienda.

BARTOLO. ¿Y por qué ha de ser hacienda de aquel gaznápiro, este cuerpecito tan gracioso?

(*Se encamina á ella con los brazos abiertos en ademan de abrazarla. Andrea se va retirando; Lúcas, agachándose, pasa por debajo del brazo derecho de Bartolo, vuélvese de cara hácia él y quedan abrazados los dos. Andrea se va riendo por la puerta del lado izquierdo.*)

LUCAS. ¿No le he dicho á Vd., señor doctor, que no quiero esas chanzas?... No se lo he dicho á Vd.?

BARTOLO. Pero, hombre, si aquí no hay malicia ni...

LUCAS. Vete tú de ahí... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á Vd. la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende Vd.?

BARTOLO. Pues ya se ve que lo entiendo.

LUCAS. Cuidado conmigo... (*le da un envion al tiempo de desasirse.*) Se habrá visto trasto mas enredador!

ESCENA IV.

DON GERÓNIMO, BARTOLO, LUCAS, LEANDRO.

(*Don Gerónimo sale por la izquierda.*)

D. GERÓNIMO. ¡Ay, amigo don Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO. ¡Bueno! eso es bueno. Señal de que el remedio

va obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea Vd. agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy yo... (*Llama encárandose á la puerta del lado derecho.*) Digo, don Casimiro! don Casimiro!

LEANDRO (*desde adentro*). ¡ Señor!

BARTOLO. ¡ Don Casimiro!

LEANDRO (*saliendo*). ¿ Qué manda Vd. ?

D. GERÓNIMO. ¿ Y quién es este hombre?

BARTOLO. Un excelente didascálico... boticario que llaman Vds.... eminente profesor... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas, y narcóticas, que será necesario aplicar á la enferma.

D. GERÓNIMO. Mire Vd. qué decaida está.

BARTOLO. No importa, va á sanar muy pronto.

ESCENA V.

DOÑA PAULA, ANDREA, GINÉS, DON GERÓNIMO, BARTOLO, LEANDRO, LUCAS.

(*Salen los tres primeros por la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO. Don Casimiro, púlsela Vd., obsérvela bien, y luego hablaremos.

D. GERÓNIMO. ¿ Con que en efecto es mozo de habilidad Eh ?

(*Va Leandro, y habla en secreto con doña Paula, haciendo que la pulsa. Andrea tercia en la conversacion. Quedan distantes á un lado Bartolo y don Gerónimo, y á otro Ginés y Lúcas.*)

BARTOLO. No le he conocido otro igual para emplastos, ungüentos, rosolis de perfecto amor y de leche de vieja, ceratos y julepes. ¿ Por qué le parece á Vd. que le he hecho venir?

D. GERÓNIMO. Ya lo supongo. Cuando Vd. se vale de él, no, no será rana.

BARTOLO. ¿ Qué ha de ser rana? No, señor, si es un hombre que se pierde de vista.

D.ª PAULA. Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

D. GERÓNIMO. ¿ Qué ? (*Volviéndose hácia donde está su hija.*) ¿ Si será ilusion mia... ¿ Ha hablado, Andrea?

ANDREA. Sí señor, tres ó cuatro palabras ha hablado.

D. GERÓNIMO. ! Bendito sea Dios ! ¡ Hija mia ! (*Abraza á doña Paula, y vuelve lleno de alegría hácia Bartolo, el cual se pasea lleno de satisfaccion.*) ¡ Médico admirable !

BARTOLO ¡ Y qué trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera yo querido ver á toda la veterinaria junta y entera, á ver qué hacía.

D. GERÓNIMO. Con que, Paulita, hija, ya puedes hablar, ¿ es verdad ? (*Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la mano.*)

Vaya, di alguna cosa.

GINÉS (*aparte á Lúcas*). Aquí me parece que hay gato encerrado... ¿ Eh ?

LUCAS. Tú calla, y déjalo estar.

D.ª PAULA. Sí, padre mio, he recobrado el habla para decirle á Vd. que amo á Leandro, y que quiero casarme con él.

D. GERÓNIMO. Pero si...

D.ª PAULA. Nada puede cambiar mi resolucion.

D. GERÓNIMO. Es que..

D.ª PAULA. De nada servirá cuanto Vd. me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si Vd. me quiere bien, concédame su permiso sin excusas ni dilaciones.

D. GERÓNIMO. Pero, hija mia, el tal Leandro es un pobreton...

D.ª PAULA. Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe Vd. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

D. GERÓNIMO. Pero ¡ qué borboton de palabras la ha venido de repente á la boca !.. Pues hija mia, no hay que cansarse. No será.

D.ª PAULA. Pues cuente Vd. con que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperacion.

D. GERÓNIMO. ¡ Qué es lo que me pasa ! (*Moviéndose de un lado á otro, agitado y colérico. Doña Paula se retira hácia el foro, y habla con Leandro y Andrea.*) Señor doctor, hágame Vd. el gusto de volvérmela á poner muda.

BARTOLO. Eso no puede ser. Lo que yo haré solamente por servirle á Vd., será ponerle sordo para que no la oiga.

D. GERÓNIMO. Lo estimo infinito... Pero ¿ piensas tú, hija inobediente, que...

(*Encaminándose hácia doña Paula. Bartolo le contiene.*)

BARTOLO. No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela Vd. que vaya á coger un rato el aire por el jardin, y verá Vd. como

poco á poco poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya Vd. á acompañarla, don Casimiro, y cuide Vd. no pise alguna mala yerba.

LEANDRO. Como Vd. mande, señor doctor. Vamos, señorita.

D.ª PAULA. Vamos en hora buena.

D. GERÓNIMO. Id vosotros tambien.

(*Á Lúcas y Ginés, los cuales, con doña Paula, Leandro y Andrea, se van por la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

DON GERÓNIMO, BARTOLO.

D. GERÓNIMO. ¡ Vaya, vaya, que no he visto semejante insolencia !

BARTOLO. Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenia cuando enmudeció, fué sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogióla el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porcion de palabras, y hasta que todas las vacíe, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice, ni hable con juicio.

D. GERÓNIMO. ¿ Qué dice Vd. ? Pues me convence esa reflexion.

(*Saca la caja don Gerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.*)

BARTOLO. ¡ Oh ! y si Vd. supiera un poco de numismática, lo entenderia un poco mejor... Venga un polvo.

D. GERÓNIMO. ¿ Con que luego que haya desocupado...

BARTOLO. No lo dude Vd.... Es una evacuacion que nosotros llamamos *tricolos tetrastrofos.*

ESCENA VII.

LUCAS, ANDREA, GINÉS, DON GERÓNIMO, BARTOLO.

(*Van saliendo los tres primeros por la puerta del foro.*)

GINÉS. ¡Señor amo !

LUCAS. ¡ Señor don Gerónimo !... ¡ Ay qué desdicha !

ANDREA. ¡ Ay amo mio de mi alma ! que se la llevan.

GERÓNIMO. Pero ¿ qué se llevan?

LUCAS. El boticario no es boticario.

GINÉS. Ni se llama don Casimiro.

ANDREA. El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

D. GERÓNIMO. ¿ Qué dices ? ¡ Pobre de mí ! ¿ Y vosotros, brutos, habéis dejado que un hombre solo os burle de esa manera ?

LUCAS. No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

D. GERÓNIMO. ¿ Y este pícaro de médico...

BARTOLO (*aparte lleno de miedo*).

Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.

D. GERÓNIMO. Este bribon, que ha sido su alcahuete... Al instante buscadme una cuerda.

ANDREA. Ahí habia una larga de tender ropa.

LUCAS. Sí, sí, ya sé dónde está. Voy por ella.

(*Vase por la izquierda y vuelve al instante con una soga muy larga.*)

D. GERÓNIMO. Me las ha de pagar... Pero ¿ hácia dónde se fueron ? ¡ Válgame Dios !

ANDREA. Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardin que sale al campo.

LUCAS. Aquí está la soga.

D. GERÓNIMO. Pues inmediatamente atadme bien de piés y manos al doctor, aquí en esta silla... (*Bartolo quiere huir, y Lúcas y Ginés le detienen.*) Pero me le habéis de ensogar bien fuerte.

GINÉS. Pierda Vd. cuidado... Vamos, señor don Bartolo.

(*Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la soga.*)

D. GERÓNIMO. Voy á buscar aquella bribona... Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana sin falta ninguna este pícaro médico ha de morir ahorcado... Andrea, corre, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razon. Y vosotros no perdáis de vista á ese perro.

(*Se va don Gerónimo por la derecha y Andrea por la izquierda. Lúcas y Ginés siguen atando á Bartolo.*)

ESCENA VIII.

BARTOLO, LUCAS, GINÉS, MARTINA.

GINÉS. Echa otra vuelta por aquí.

LUCAS. ¿Y no sabes que el amiguito este habia dado en la gracia de decir chicoleos á mi mujer?

GINÉS. Anda, que ya las vas á pagar todas juntas.

BARTOLO. ¿Estoy ya bien así?

GINÉS. Perfectamente.

MARTINA (*saliendo por la puerta de la derecha*). Dios guarde á Vds., señores.

LUCAS. ¡Calle, que está Vd. por acá! ¿Pues qué buen aire la trae á Vd. por esta casa?

MARTINA. El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho Vds. de él?

BARTOLO. Aquí está tu marido, Martina, mírale, aquí le tienes.

MARTINA (*abrazándose con Bartolo.*) ¡Ay, hijo de mi alma!

LUCAS. ¡Oiga! ¿Con que esta es la médica?

GINÉS. Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LUCAS. Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA. ¿Qué está Vd. ahí diciendo?

BARTOLO. Sí, hija mia, mañana me ahorcan, sin remedio.

MARTINA. ¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO. ¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera excusar, pero se han empeñado en ello.

MARTINA. Pero ¿por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?

BARTOLO. Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curacion asombrosa, y en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarme.

ESCENA IX.

D. GERÓNIMO, ANDREA, BARTOLO, LUCAS, GINÉS, MARTINA.

(*Sale don Gerónimo por la puerta de la derecha, y Andrea por la de la izquierda.*)

D. GERÓNIMO. Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflóres; esta noche sin falta vendrá la jus-

ticia y cargará con este bribon... ¿ Y tú qué has hecho, los has visto ?

ANDREA. No, señor, no los he descubierto por ninguna parte.

D. GERÓNIMO. Ni yo tampoco... He preguntado y nadie me sabe dar razon... Yo he de volverme loco... (*Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.*) ¿ Adónde se habrán ido ?... ¿ Qué estarán haciendo ?

ESCENA X.

DOÑA PAULA, LEANDRO, DON GERÓNIMO, BARTOLO, ANDREA, LUCAS, GINÉS, MARTINA.

(*Los dos primeros salen por la puerta del lado derecho.*)

LEANDRO. ¡ Señor don Gerónimo!

D.ª PAULA. ¡ Querido padre!

D. GERÓNIMO. ¿ Qué es esto? Picarones, infames!

LEANDRO (*se arrodilla con doña Paula á los piés de don Gerónimo*).

Esto es enmendar un desacierto. Habíamos pensado irnos á Buitrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tio no desaprueba este matrimonio ; pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada á su hija de Vd., que esto no sería decoroso ni á su honor ni al mio. Quiero que Vd. me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene Vd., dispuesta á hacer lo que Vd. la mande : pero le advierto que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante á quitarla la vida; y si Vd. nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

D. GERÓNIMO. Amigo, yo estoy muy atrasado y no puedo...

LEANDRO. Ya he dicho que no se trata de intereses.

D.ª PAULA. Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es á mí, no á su dinero de Vd.

D. GERÓNIMO (*alterándose*). ¿ Qué dinero tengo yo, parlera? ¿ No he dicho ya que estoy muy atrasado ? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO. Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice á Vd. que no le pediremos nada.

D. GERÓNIMO. Ni un maravedí.

D.ª PAULA. Ni medio.

D. GERÓNIMO. Y bien, si digo que sí, ¿ quién os ha de mantener, badulaques?

LEANDRO. Mi tio. ¿ Pues no ha oido Vd. que aprueba este casamiento? ¿ Qué mas he de decirle?

D. GERÓNIMO. ¿ Y se sabe si tiene hecha alguna disposicion?

LEANDRO. Sí, señor; yo soy su heredero.

D. GERÓNIMO. ¿ Y qué tal, está fuertecillo?

LEANDRO. ¡ Ay! no, señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un dia á otro...

D. GERÓNIMO. Vaya, vamos, ¿ que le hemos de hacer? Con que... (*Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otra le besan la mano.*) Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

LEANDRO. Siempre tendrá Vd. en mí un hijo obediente.

D.ª PAULA. Vd. nos hace completamente felices.

BARTOLO. Y á mí ¿ quién me hace feliz ? ¿ No hay un cristiano que me desate?

D. GERÓNIMO. Soltadle.

LEANDRO. Pues ¿ quién le ha puesto á Vd. así, médico insigne?

(*Desatan los criados á Bartolo.*)

BARTOLO. Sus pecados de Vd. que los mios no merecen tanto.

D.ª. PAULA Vamos, que todo se acabó, y nosotros sabremos agradecerle á Vd. el favor que nos ha hecho.

MARTINA. ¡ Marido mio ! (*Se abrazan Martina y Bartolo.*) Sea enhorabuena que ya no te ahorcan. Mira, trátame bien, que á mí me debes la borla de doctor que te dieron en el monte.

BARTOLO. ¿ Á ti? Pues me alegro de saberlo.

MARTINA. Sí por cierto. Yo dije que eras un prodigio en la medicina.

GINÉS. Y yo, porque ella lo dijo, lo creí.

LUCAS. Y yo lo creí, porque lo dijo ella.

D. GERÓNIMO. Y yo, porque estos lo dijeron, lo creí tambien, y admiraba cuanto decia como si fuese un oráculo.

LEANDRO. Así va el mundo. Muchos adquieren opinion de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demas.

FIN DE EL MÉDICO Á PALOS.

HAMLET

La presente tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakespeare, y la que con mas frecuencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten, y los defectos que manchan y oscurecen sus perfecciones, forman un todo extraordinario y monstruoso, compuesto de partes tan diferentes entre sí por su calidad y su mérito, que difícilmente se hallarán reunidas en otra composicion dramática de aquel autor ni de aquel teatro; y por consecuencia, ninguna otra hubiera sido mas á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakespeare, y del gusto que reina todavía en los espectáculos de aquella nacion.

En esta obra se verá una accion grande, interesante, trágica, que desde las primeras escenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de conmocion y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é inútiles, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y afectos que en ella se presentan. Vuelve tal vez á levantarse, y adquiere toda la agitacion y movimiento trágico que la convienen, para caer despues y mudar repentinamente de carácter, haciendo que aquellas pasiones terribles, dignas del coturno de Sófocles, cesen y den lugar á los diálogos mas groseros, capaces sólo de excitar la risa del vulgo. Llega el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata, amontonando circunstancias inverosímiles que destruyen toda ilusion, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interes y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel,

la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo.

Tal es en compendio la tragedia de *Hamlet*, y tal era el carácter dramático de Shakespeare. Si el traductor ha sabido desempeñar la obligacion que se impuso de presentarle como es en sí, no añadiéndole defectos, ni disimulando los que halló en su obra, los inteligentes deberán juzgarlo. Baste decir, que para traducirla bien, no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni conocer la alteracion que en él ha causado el espacio de dos siglos, sin identificarse con la índole poética del autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él en sus caídas, adivinar sus misterios, dar á las voces y frases arbitrariamente combinadas por él la misma fuerza y expresion que él quiso que tuvieran, y hacer hablar en castizo español á un extranjero, cuyo estilo, unas veces fácil y suave, otras enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras oscuro, ampuloso y redundante, no parece produccion de una misma pluma; á un escritor, en fin, que ha fatigado el estudio de muchos literatos de su nacion, empeñados en ilustrar y explicar sus obras; lo cual, en opinion de ellos mismos, no se ha logrado todavía como era menester.

Si estas consideraciones deberian haber contenido al traductor y hacerle desistir de una empresa tan superior á su talento, le animó por otra parte el deseo de presentar al público español una de las mejores piezas del mas celebrado trágico inglés, viendo que entre nosotros no se tiene todavía la menor idea de los espectáculos dramáticos de aquella nacion ni del mérito de sus autores. Otros quizas le seguirán en esta empresa, y fácilmente podrán oscurecer sus primeros ensayos; pero entretanto no desconfía de que sus defectos hallarán alguna indulgencia de parte de aquellos en quienes se reunan los conocimientos y el estudio necesarios para juzgarle.

Ni halló tampoco en las traducciones que los extranjeros han hecho de esta tragedia, el auxilio que debió esperar. M. Laplace imprimió en frances una traduccion de las obras de Shakespeare, que á pesar de sus defectos no dejó de merecer aceptacion, hasta que M. Letourneur publicó la suya, que es sin duda muy superior á la primera. Este literato poseia perfectamente el idioma inglés, y hallándose con toda la inteligencia que era menester para entender el original, pudiera haber hecho una traduccion fiel y perfecta; pero no quiso hacerlo.

Habia en su tiempo en Francia dos partidos muy poderosos, que mantenian guerra literaria y dividian las opiniones de la mul-

titud. Voltaire, apasionado del gran mérito de Racine, profesaba su escuela; se esforzó cuanto pudo por imitarle en las muchas obras que dió al teatro, y este ilustre ejemplo arrastró á muchos poetas que se llamaron Racinistas. El partido opuesto, aunque no tenia á su frente tan temible caudillo, se componia no obstante de literatos de mucho mérito, que preferian lo natural á lo conveniente, lo maravilloso á lo posible, la fortaleza á la hermosura, los raptos de la fantasía á los movimientos del corazon, y el ingenio al arte; y admirando los aciertos de Corneille, se desentendian de sus errores, é indicaban como segura y única la senda por donde aquel insigne poeta subió á la inmortalidad. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. La multitud de papeles que diariamente se esparcian por el público, ridiculizando la secta Racinista y apurando para ello cuantas sutilezas sugiere el ingenio y cuantos medios buscan la desesperacion y la envidia, si por un momento excitaban la risa de los lectores, caian despues en oscuridad y desprecio cuando aparecia en la escena francesa la *Fedra*, la *Ifigenia*, el *Bruto* ó el *Mahomet*. Entónces se publicó la traduccion de Letourneur, impresa por suscripcion, dedicada al rey de Francia, y sostenida por el partido numeroso de aquellos á quienes la reputacion de Voltaire atropellaba y ofendia. Tratóse, pues, de exaltar el mérito de Shakespeare, y de presentarle á la Europa culta como el único talento dramático digno de su admiracion, y capaz de disputar la corona á los Eurípides y Sófocles. Así pensaron abatir el orgullo del moderno trágico frances, y vencerle con armas auxiliares y extranjeras, sin detenerse mucho á considerar cuán poca satisfaccion debia resultarles de una victoria adquirida por tales medios.

Con estos antecedentes, no será difícil adivinar lo que hizo Letourneur en su version de Shakespeare. Reunió en un discurso preliminar, y en las notas y observaciones con que ilustró aquellas obras, cuanto creyó ser favorable á su causa, repitiendo las opiniones de los mas apasionados críticos ingleses en elogio de su compatriota, negándose voluntariamente á los buenos principios que dictaron la razon y el arte, y estableciendo una nueva poética, por la cual no sólo quedan disculpados los estravíos de su idolatrado autor, sino que todos ellos se erigen en preceptos, recomendándolos como dignos de imitacion y aplauso.

En aquellos pasajes en que Shakespeare, felizmente sostenido de su admirable ingenio, expresa con acierto las pasiones y defectos humanos, describe y pinta los objetos de la naturaleza, ó reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofía, allí es

fiel la traduccion ; pero en aquellos en que se olvida de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situacion en que pone á sus personajes, del carácter que les dió, de lo que dijeron ántes, de lo que debe suceder despues, y acalorado por una especie de frenesí no hay desacierto en que no tropiece y caiga, entónces el traductor frances le abandona, y nada omite para disimular su deformidad, suponiendo, alterando, sustituyendo ideas y palabras suyas á las que halló en el original ; resultando de aquí una traduccion pérfida, ó por mejor decir, una obra compuesta de pedazos suyos y ajenos, que en muchas partes no merece el nombre de traduccion.

Léjos pues de aprovecharse el traductor español de tales versiones, las ha mirado con la desconfianza que debia ; y prescindiendo de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejorar á Shakespeare con el pretexto de interpretarle, ha formado su traduccion sobre el original mismo, coincidiendo por necesidad con los traductores franceses cuando los halló exactos, y apartándose de ellos cuando no lo son, como podrá conocerlo fácilmente cualquiera que se tome la molestia de cotejarlos.

Esto es sólo cuanto quiere advertir acerca de su traduccion. Las notas que acompañan á la tragedia son obra suya ; y á excepcion de una ú otra especie que ha tomado de los comentadores ingleses (segun lo advierte en su lugar), todo lo demas, como cosa propia, lo abandona al exámen de los críticos inteligentes.

Si se ha equivocado en su modo de juzgar, ó por malos principios ó por falta de sensibilidad, de buen gusto ó de reflexion, no será inútil impugnarle ; que harto es necesario agitar cuestiones literarias relativas á esta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupacion digna, si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las letras humanas, los pocos alumnos que hoy cuenta la buena poesía, y el merecido abandono y descrédito en que van cayendo las producciones modernas del teatro.

JUICIO DEL CRÍTICO INGLES

SAMUEL JOHNSON

SOBRE HAMLET

« Si debiésemos caracterizar los dramas de Shakespaere con las circunstancias que en cada uno mas preponderan y le distinguen de los demas, tendríamos que conceder al presente la palma de la variedad. Son tan numerosos sus incidentes, que su argumento daria materia á una larga novela. En sus escenas alterna constantemente lo divertido con lo patético; lo divertido, lleno de observaciones juiciosas é instructivas; lo patético, exento, sin embargo, de toda violencia superior á la natural altura de los humanos sentimientos. Van apareciendo sucesivamente caractéres diversos, que presentan variadas formas de costumbres y de lenguaje. La pretendida locura del protagonista ofrece pasos sumamente amenos; los tristes desvanecimientos de Ofelia enternecen el corazon; y cada personaje produce el efecto calculado por el autor, desde el espectro que en el primer acto nos hiela de sangre y horror, hasta el ente ridículo que en el último nos inspira justo desprecio.

» El plan, sin embargo, no está libre de censura; la accion camina, á la verdad, en progresion contínua, pero se interponen escenas, que ni la detienen, ni la empujan. No hay razon que justifique la fingida locura de Hamlet quien nada hace que no pudiera igualmente hacer si se le creyera en su cabal juicio. Su desvarío llega á un punto exagerado, cuando trata á Ofelia con tal aspereza, que sólo puede considerarse como crueldad inútil y caprichosa.

» En todo el curso de la tragedia Hamlet es mas bien un instrumento ciego que un agente con intencion. Despues de haber convencido al rey por medio de una estratagema, nada hace para castigarle; y su muerte es al cabo obra de la casualidad sin que Hamlet intervenga en lo mas mínimo.

» La catástrofe no es feliz; el cambio de los puñales es un recurso mas bien de la necesidad que del arte. Lo mismo hubiera sido deshacerse de Hamlet con el hierro y de Laértes con la copa.

» Acúsase al poeta de haberse separado de la justicia poética y

con igual razon pudiera reconvenírsele por haber prescindido de la verosimilitud. El espectro deja la mansion de la tumba con frívolo pretexto; la venganza que reclama no llega á verificarse sino con la muerte del que ha de tomarla; y la recompensa que debiera obtenerse por el castigo de un usurpador y un asesino, queda destruida por la prematura muerte de Ofelia, la jóven, la bella, la pia, la inocente. »

HAMLET [1]

PERSONAS

CLAUDIO, Rey de Dinamarca.
GERTRUDIS, Reina de Dinamarca.
HAMLET, Príncipe de Dinamarca.
FORTIMBRAS, Prín. de Noruega.
La sombra del Rey HAMLET.
POLONIO, Sumiller de Corps.
LAERTES, hijo de Polonio.
OFELIA, hija de Polonio.
HORACIO, amigo de Hamlet.

VOLTIMAN, CORNELIO, RICARDO, GUILLERMO, ENRIQUE — Cortesanos.
MARCELO, BERNARDO, FRANCISCO — Soldados.
REINALDO, criado de Polonio.

DOS EMBAJADORES de Inglaterra.
UN CURA.
UN CABALLERO.
UN CAPITAN.
UN GUARDIA.
UN CRIADO
DOS MARINEROS.
DOS SEPULTUREROS.
CUATRO CÓMICOS.

Acompañamiento de Grandes, Caballeros, Damas, Soldados, Curas, Cómicos, Criados, etc.

La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingor, en sus cercanías, y en las fronteras de Dinamarca.

(1) Halló Shakespeare el argumento de esta tragedia en la antigua historia de Dinamarca, llena de acaecimientos increíbles y fabulosos, como lo están igualmente todas las que abrazan épocas tan remotas.

En ella se dice que Rorico reinó en Dinamarca desde los años de 3370 hasta el de 3390. Le sucedió Horvendilo su yerno, príncipe de gran valor, que se habia hecho famoso por la victoria que obtuvo de Coller, rey de Noruega, á quien mató en singular combate; pero Horvendilo reinó poco tiempo, porque movido su hermano Fengo de envidia y ambicion, le quitó la vida alevosamente, casándose despues con su cuñada Geruta

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Explanada delante del palacio Real de Elsingor. Noche oscura.

FRANCISCO, BERNARDO.

(*Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando hácia él. Estos personajes y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.*)

BERNARDO. ¿ Quién está ahí ?

hija de Rorico, valiéndose para rendirla á su voluntad de astucias y amenazas.

Hamlet, hijo de Horvendilo y Geruta, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco para disimular mejor sus designios, bien que no pudo ocultarlos en tal manera, que su tio no llegase á sospechar que la demencia que mostraba era ficcion. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa jóven fuese á un bosque donde Hamlet pasaba algunas horas del dia y hablase con él, esperando que al verla depondria toda disimulacion, y daria lugar á que notasen sus palabras y acciones los que debian ocultarse en la espesura y presenciar el suceso; pero ya fuese que alguno le advirtió de antemano, ó que su prudencia sólo se lo sugiriese, Hamlet no dió señal ninguna de juicio miéntras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta cautela, pensó el Rey en otra que le salió mucho peor. Ausentóse de la Corte por algunos dias, y dispuso que un confidente suyo se ocultase en el cuarto de la Reina, para que cuando Hamlet fuese á visitarla le observara cuidadosamente. Vino en efecto el Príncipe, y empezó á hacer locuras como acostumbraba, meneando los brazos, cantando como un gallo, y examinando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama; hirióle con la espada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Volvió despues á verse con su madre, y asegurado ya de que no habia espías que le oyesen, la reprendió ásperamente por haberse casado con el matador de su padre, la declaró el motivo de su fingida locura y la firme resolucion en que estaba de vengarse, haciéndola prometer por último que á nadie revelaria aquel importante secreto.

Viendo el Rey á su vuelta el mal éxito de sus astucias, trató

FRANCISCO. No : respóndame él á mí. Deténgase y diga quién es.

BERNARDO. Viva el Rey.

FRANCISCO. ¿ Es Bernardo ?

BERNARDO. El mismo.

FRANCISCO. Tú eres el mas puntual en venir á la hora.

BERNARDO. Las doce han dado ya ; bien puedes ir á recogerte.

FRANCISCO. Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frio que penetra, y yo estoy delicado del pecho.

BERNARDO. ¿ Has hecho tu guardia tranquilamente ?

FRANCISCO. Ni un raton se ha movido (1).

BERNARDO. Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á

sólo de acabar con el Príncipe por cualquier medio que fuese. Envióle á Inglaterra acompañado de dos consejeros suyos, á quienes dió cartas para aquel Rey, en que le rogaba que así que llegase Hamlet le hiciese matar. Este, durante el viaje, miéntras sus compañeros dormian, logró apoderarse de los despachos que llevaban, y al ver lo que se trataba en ellos, borró lo que quiso, y escribió encima expresiones tan diferentes de las suprimidas, que así que leyó las cartas el Rey de Inglaterra, hizo ahorcar á los dos mensajeros, acogió al Príncipe con extraordinarias muestras de amor, y de allí á poco tiempo le casó con su hija.

Un año despues de este suceso volvió Hamlet á Dinamarca, y halló que habiéndose esparcido la voz de que era muerto, se celebraban sus funerales. Llegó á tiempo de asistir á un banquete que daba el Rey á los señores de la corte ; Hamlet, en el desórden y alegría de la mesa, logró emborrachar á todos los grandes ; cuando los vió en estado de no poder moverse, dió fuego al palacio, fué al cuarto del Rey que estaba durmiendo, y le atravesó el cuerpo con su misma espada. Convocados despues los nobles del Reino, justificó ante ellos su conducta, le aclamaron rey, y ocupó el trono, hasta que habiéndose rebelado Vicleto, gobernador de Seelandia, murió á sus manos en una batalla en el año de 3450 del mundo, 550 años ántes de Jesucristo, segun el cómputo vulgar.

(1) *Ni un raton se ha movido.* Expresion muy natural en un soldado, y muy ajena de la sublimidad trágica. Mr. Home, en su *Ensayo sobre la crítica*, se atreve á preferirla á la de Racine en el primer acto de *Ifigenia.*

Mais tout dort, et l'armée, et les vents et Neptune.

Es menester mucha ignorancia, ó mucha pasion para dar tal fallo.

Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, díles que vengan presto.

FRANCISCO. Me parece que los oigo... Alto ahí. ¡Eh! Quién va?

ESCENA II.

HORACIO, MARCELO Y DICHOS.

HORACIO. Amigos de este país.

MARCELO. Y fieles vasallos del Rey de Dinamarca.

FRANCISCO. Buenas noches.

MARCELO. ¡ Oh honrado soldado ¡ Pásalo bien. ¿ Quién te relevó de la centinela?

FRANCISCO. Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.

(*Vase* **Francisco** ; *Marcelo y Horacio se acercan adonde está Bernardo haciendo centinela.*)

MARCELO ¡ Hola, Bernardo !

BERNARDO. ¿ Quien está ahí ? ¿ Es Horacio?

HORACIO. Un pedazo de él.

BERNARDO. Bien venido, Horacio ; Marcelo, bien venido.

MARCELO. ¿ Y qué, se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?

BERNARDO. Yo nada he visto.

MARCELO. Horacio dice que es aprension nuestra, y nada quiere creer de cuanto le he dicho acerca de esa espantosa fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga á la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el aparecido, pueda dar crédito á nuestros ojos, y le hable si quiere.

HORACIO. ¡ Qué ¡ No, no vendrá.

BERNARDO. Sentémonos un rato, y deja que asaltemos de nuevo tus oídos con el suceso que tanto repugnan oir, y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

HORACIO. Muy bien, sentémonos, y oigamos lo que Bernardo nos cuente.

(*Siéntanse los tres.*)

BERNARDO. La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo habia hecho ya su carrera para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora res-

plandece, Marcelo y yo, á tiempo que el reloj daba la una.....

MARCELO. Chit. Calla : mírale (1) por donde viene otra vez.

(*Se aparece á un extremo del teatro la sombra del Rey Hamlet armado de todas armas, con manto real, yelmo en la cabeza, y la visera alzada. Los soldados y Horacio se levantan despavoridos.*)

BERNARDO. Con la misma figura que tenia el difunto Rey.

MARCELO. Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

BERNARDO. ¿ No se parece todo al Rey ? Mírale, Horacio.

HORACIO. Muy parecido es... Su vista me conturba con miedo y asombro.

BERNARDO. Querrá que le hablen.

MARCELO. Háblale, Horacio.

HORACIO, (*encaminándose hácia donde está la sombra.*) ¿ Quién eres tú, que así usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un dia la majestad del Soberano dinamarques que yace en el sepulcro ? Habla : por el Cielo te lo pido.

(*Vase la sombra á paso lento.*)

MARCELO. Parece que está irritado.

BERNARDO. Ves? Se va como despreciándonos.

HORACIO. Detente, habla. Yo te lo mando, habla.

MARCELO. Ya se fué. No quiere respondernos.

BERNARDO. ¿ Que tal, Horacio? Tú tiemblas y has perdido el color. ¿ No es esto algo mas que aprension? ¿ Qué te parece ?

(1) *Mírale por donde viene.* La aparicion del muerto es ociosa é intempestiva en esta escena. Cuando la introduccion de tales visiones no fuese reprobada generalmente, se exigiria á lo ménos que se colocaran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles. Si empieza la tragedia con la aparicion de un espectro, ¿ cómo ha de acabar? ¿ Qué objeto mas terrible podrá presentarnos el poeta en lo restante del drama ? ¿ Por qué no se aparece desde luego al príncipe Hamlet? ¿ Sale del Purgatorio á este fin, y malgasta las horas en pasearse á oscuras y espantar centinelas ? Si desea que su hijo le vengue, ¿ no es imprudencia dejarse ver de otro que no sea él mismo ? Es increíble que un alma venida del otro mundo la yerre tan de lleno.

HORACIO. Por Dios que nunca lo hubiera creido sin la sensible y cierta demostracion de mis propios ojos.

MARCELO. ¿ No es enteramente parecido al Rey ?

HORACIO. Como tú á ti mismo. Y tal era el arnes de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso Rey de Noruega; y así le vi arrugar ceñudo la frente cuando en una altercacion colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe... ¡ Extraña aparicion es esta !

MARCELO. Pues de esa manera, y á esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademan guerrero delante de nuestra guardia.

HORACIO. Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede ; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna extraordinaria mudanza á nuestra nacion.

MARCELO. Ahora bien, sentémonos (*Siéntanse.*) ; y decidme, cualquiera de vosotros que lo sepa, ¿ porqué fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes ? ¿ Para qué es esta fundicion de cañones de bronce, y este acopio extranjero de máquinas de guerra ? ¿ Á qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados á un afan molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana ? ¿ Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches á los dias ? ¿ Quién de vosotros podrá decírmelo ?

HORACIO. Yo te lo diré, ó á lo ménos los rumores que sobre esto corren. Nuestro último Rey (1), cuya imágen acaba de aparecérsenos, fué provocado á combate, como ya sabéis, por Fortimbras de Noruega, (2) estimulado este de la mas orgullosa emulacion. En aquel desafío, nues-

(1) *Nuestro último Rey.* En el teatro es muy precioso el tiempo, y estos soldados le pierden solamente con su conversacion. El desafío del Rey de Dinamarca con el de Noruega, la invasion que premedita Fortimbras, los preparativos que se hacen para resistirle, y todo cuanto Horacio dice á sus camaradas, no tiene que ver con la accion de la tragedia; de esto y no de otra cosa debia tratarse. Dirán que es natural que en un cuerpo de guardia hablen los soldados de lo que ha sucedido en su tiempo ó de las novedades del dia; no hay duda y tambien es natural que jueguen á la perinola y duerman y ronquen.

(2) *Fortimbras de Noruega.* No se halla ningun rey de este nombre en la serie de los reyes de Noruega. Véase la nota I.

tro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida), mató á Fortimbras, el cual por un contrato sellado y ratificado segun el fuero de las armas, cedia al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos países que estaban bajo su dominio. Nuestro Rey se obligó tambien á cederle una porcion equivalente, que hubiera pasado á manos de Fortimbras, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el jóven Fortimbras, de un carácter fogoso, falto de experiencia y lleno de presuncion, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega una turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de comer determina á intentar empresas que piden valor; y segun claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados países que perdió su padre. Este es, en mi dictámen, el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitacion y movimiento en que toda la nacion está.

BERNARDO. Si no es esa, yo no alcanzo cuál puede ser... Y en parte lo confirma la vision espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto con la figura misma del Rey que fué y es todavía el autor de estas guerra.

HORACIO. Es por cierto una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época (1) mas gloriosa y feliz de Roma poco ántes que el poderoso César cayese, quedaron vacíos los sepulcros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos, y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros desti-

(1) *En la época mas feliz y gloriosa de Roma.* Horacio usa aquí un estilo digno de la tragedia; pero es de temer que Marcelo y Bernardo no sepan quién fué César, puesto que no habia nacido todavía. En cuanto á lo del *húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno*, puede asegurarse prudentemente que no le entenderian una palabra. El discurso que Horacio dirige al muerto no padece esta excepcion.

nos; el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro país y á nuestra gente... Pero... silencio... ¿Veis?... Allí... Otra vez vuelve... (*Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres y echan mano á las lanzas. Horacio se encamina hácia la sombra, y los otros dos siguen detras.*) Aunque el terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro..... Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puedes recibir algun beneficio para tu descanso y mi perdon, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu país, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ay! habla... Ó si acaso durante tu vida acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros, por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, despues de la muerte vagáis inquietos, decláralo..... Detente y habla..... Marcelo, detenle...

(*Canta un gallo á lo léjos, y empieza á retirarse la sombra; los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra los evita y desaparece con prontitud.*)

MARCELO. ¿Le daré con mi lanza?

HORACIO. Sí, hiérele, si no quiere detenerse.

BERNARDO. Aquí está.

HORACIO. Aquí.

MARCELO. Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, segun parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

BERNARDO. Él iba ya á hablar cuando el gallo cantó (1).

HORACIO. Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace dispertar al Dios del dia con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su cen-

(1) *El iba ya á hablar cuando el gallo cantó.* Horacio, que es hombre de estudios, no debia creer los disparates que dice, ni los que añade Marcelo acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y los planetas siniestros; pero todo esto va dedicado al populacho de Lóndres, á quien Shakespeare quiso agradar contándole patrañas maravillosas. El poeta dramático no ha de adular la ignorancia pública; su obligacion es censurar los vicios é ilustrar el entendimiento.

tro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinion.

(*Empieza á iluminarse lentamente el teatro.*)

MARCELO. En efecto, desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entónces ningun espíritu se atreve á salir de su morada; las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: ¡tan sagrados son y tan felices aquellos dias!

HORACIO. Yo tambien lo tengo entendido así, y en parte lo creo. Pero ved como ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy de opinion que digamos al jóven Hamlet lo que hemos visto esta noche; porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia, indispensable en nuestro celo y tan propia de nuestra obligacion?

MARCELO. Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en dónde le hallaremos esta mañana con mas seguridad.

ESCENA III.

(*Salon de palacio.*)

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, VOLTIMAN, CORNELIO, CABALLEROS, DAMAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO. Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones y á que en todo el reino sólo se observe la imágen del dolor, con todo eso, tanto ha combatido en mí la razon á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. Á este fin he recibido por esposa á la que un tiempo fué mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nacion; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos

de muerte á los epitalamios de himenco, pesados en igual balanza el placer y la afliccion. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasion ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros que el jóven Fortimbras (1), estimándome en poco, ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el reino trastorno y desunion, fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre y adquirió mi valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca, y en cuanto al objeto que hoy nos reune, veisle aquí. Escribo al rey de Noruega, tio del jóven Fortimbras, que doliente y postrado en el lecho apénas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante, pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú Voltiman, vosotros saludaréis en mi nombre al anciano Rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno que exceda los límites expresados en estos artículos. (*Les da unas cartas.*) Id con Dios, y espero que manifestaréis en vuestra diligencia el celo de servirme.

VOLTIMAN. En esta y cualquiera otra comision os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO. No lo dudaré. El Cielo os guarde.

(1) *El jóven Fortimbras estimándome en poco.* Ya se ha dicho que este Fortimbras y esta guerra nada tienen que ver con la accion del drama. Fortimbras, de quien tanto se habla, sale á decir siete versos en el cuarto acto, y á enterrar los muertos en el quinto. Los embajadores de Inglaterra, los de Dinamarca, Ricardo, Guillermo, Reinaldo, Henrique, el capitan, el cura del entierro, los marineros, los soldados del primer acto, los sepultureros y el ejército de Noruega, todo es inútil. Este cuadro está cargado de figuras que ofuscan el grupo principal. Hasta ahora entre todos los personajes que han ido saliendo á la escena, no se ha dicho cosa que importe; todo es apurar la paciencia de quien escucha, con dilaciones y rodeos.

ESCENA IV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, DAMAS, CABALLEROS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO. Y tú, Laértes, ¿ qué solicitas ? Me has hablado de una pretension : ¿ no me dirás cuál sea ? En cualquiera cosa justa que pidas al Rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿ Ni qué podrás pedirme que no sea mas ofrecimiento mio, que demanda tuya ? No es mas adicto á la cabeza el corazon, ni mas pronta la mano en servir à la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, ¿ qué pretendes ?

LAÉRTES. Respetable soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronacion ; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinacion me llaman de nuevo á aquel país, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

CLAUDIO. ¿ Has obtenido ya la de tu padre ? ¿ Qué dices, Polonio ?

POLONIO. Á fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardío consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mio ; y os ruego, señor, que se la concedáis.

CLAUDIO. Elige el tiempo que te parezca mas oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea mas conducente á tu felicidad. ¡ Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo !

HAMLET. Algo mas que deudo, y ménos que amigo (1).

CLAUDIO. ¿ Qué sombras de tristeza te cubren siempre ?

HAMLET. Al contrário, señor ; estoy demasiado á la luz.

GERTRÚDIS. Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste afliccion ; véase en él que eres amigo de Dinamarca ; ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo

(1) *Algo mas que deudo y ménos que amigo.* En el original dice : *A little more than kin, and less than kind.* No puede conservarse en castellano el juguete de las palabras *kin* y *kind.* Hanmer, en su edicion de las obras de Shakespeare publicada en 1744, dice que acaso este verso será algun proverbio usado en tiempo del autor.

á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos; el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET. Sí, señora, á todos es comun.

GERTRÚDIS. Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET. ¿Aparentar? No, señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante rio, ni la dolorida expresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las exterioridades de sentimiento, bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad ; pero son acciones que un hombre puede fingir... Aquí (*tocándose el pecho*), aquí dentro tengo lo que es mas que apariencia ; lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO. Bueno y laudable (1) es que tu corazon pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no debes ignorarlo, tu padre perdió un padre tambien, y aquel perdió el suyo. El que sobrevive, limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo es una conducta de obstinacion impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazon débil, un alma indócil, un talendo limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazon padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? iá lo que es tan comun como cualquiera de las cosas que mas á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el Cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razon, que nos da en la muerte de nuestros padres la mas frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira : « Mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte. » Modera pues, yo te lo

(1) *Bueno y laudable es.* Este discurso está lleno de verdades importantes, dichas con noble simplicidad, sin metáforas, ni ambajes, ni ornatos viciosos.

ruego, esa inútil tristeza: considera que tienes un padre en mí, puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono, y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolucion de volver á los estudios de Witemberga es la mas opuesta á nuestro deseo, y ántes bien te pedimos que desistas de ella, permaneciendo aquí estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

GERTRÚDIS. Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga: quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET. Obedeceros en todos será siempre mi primer conato.

CLAUDIO. Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés... Venid, señora. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazon. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos bríndis, sin que lo anuncie á las nubes el cañon robusto, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del Rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

ESCENA V.

HAMLET.

Oh! si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse disuelta en lluvia de lágrimas ó el Todopoderoso no asestara el cañon contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! oh Dios mio! ¡Cuán fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él; es un campo inculto y rudo, que sólo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!... No, ni tanto; aun no ha dos meses. Aquel excelente Rey que fué, comparado con este, como con un sátiro, Hiperion; tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitia llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!... ¿Para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un

mes... ¡ ah ! no quisiera pensar en esto. ¡ Fragilidad ! tú tienes (1) nombre de mujer! En el corto espacio de un mes, y aun ántes de romper los zapatos (2) con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre..... sí, ella, ella misma..... Cielos ! una fiera, incapaz de razon y discurso, hubiera mostrado fliccion mas durable... se ha casado, en fin, con mi tio, hermano de mi padre ; pero no mas parecido á él que yo lo soy á Hércules. En un mes..... enrojecidos aun los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡ Ah, delincuente precipitacion, ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso ! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero hazte pedazos, corazon mio, que mi lengua debe reprimirse.

ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO, BERNARDO, MARCELO.

HORACIO. Buenos dias, señor.

HAMLET. Me alegro de verte bueno..... Es Horacio, ó me ne olvidado de mi propio.

HORACIO. El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET. Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿ Á qué has venido de Witemberga !.... ¡ Ah Marcelo !

MARCELO. Señor!

HAMLET. Mucho me alegro de verte con salud tambien. Pero, la verdad, ¿ á qué has venido de Witemberga ?

(1) *Fragilidad! tú tienes nombre de mujer.* Literalmente dice : *Fragilidad! tu nombre es mujer!* Letourneur traduce: *¡ Oh fragilidad! la mujer y tú teneis un mismo nombre.* De cualquier modo que se diga será una locucion impropia para expresar que las mujeres son frágiles. ¿ Á qué fin usar de circunloquios falsos y pueriles para exprimir una idea tan sencilla?

(2) *Aun ántes de romper los zapatos.* Despues de esta imágen ridícula y humilde, véase estotra : *En un mes... enrojecidos aun sus ojos con el pérfido llanto se casó.* ¿ Por qué no omitió la primera, si en la segunda se incluye el mismo pensamiento con mas energía y mas decoro? Porque Shakespeare ignoraba el arte, y no sabía borrar. No puede ser otra la razon.

HORACIO. Señor... deseos de holgarme.

HAMLET. No quisiera oir de boca de tu enemigo otro tanto; ni podrás forzar mis oídos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero díme, ¿ qué asuntos tienes (1) en Elsingor? Aquí te enseñaremos á ser gran bebedor ántes que te vuelvas.

HORACIO. He venido á ver los funerales de vuestro padre.

HAMLET. No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO. Es verdad : como se han celebrado inmediatamente.

HAMLET. Economía, Horacio, economía. Aun no se habian enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda..... Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, ántes que haber visto aquel dia. ¡ Mi padre !... me parece que veo á mi padre.

HORACIO. ¿ En dónde, señor?

HAMLET. Con los ojos del alma, Horacio,

HORACIO. Alguna vez le vi. Era un buen Rey.

HAMLET. Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

HORACIO. Señor, yo creo que le vi anoche (2).

HAMLET. ¿ Le viste? ¿ Á quién?

HORACIO. Al Rey vuestro padre.

HAMLET. ¿ Al Rey mi padre?

HORACIO. Prestadme oído atento, suspendiendo un rato vuestra admiracion, miéntras os refiero este caso maravilloso, apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET. Sí, por Dios ; dímelo.

HORACIO. Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habian visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre, armada segun él solia de piés á cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y majestuoso

(1) *¿ Qué asuntos tienes en Elsingor?* Hasta ahora no se sabía cuál fuese el lugar de la escena.

(2) *Señor, yo creo que le vi anoche.* Conservando diez ó doce versos de las escenas anteriores, podria suprimirse todo lo restante, y empezar la tragedia por aquí.

por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimia el pavor, acercándose hasta donde ellos podian alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible, voyme á la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habian dicho, así en la hora como en la forma y circunstancias de aquella aparicion. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él como lo son entre sí estas dos manos mias.

HAMLET. ¿Y en dónde (1) fué eso?

MARCELO. En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela,

HAMLET. ¿Y no le hablasteis?

HORACIO. Sí, señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino, y al sonido huyó con presta fuga desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET. ¡Es cosa bien admirable!

HORACIO. Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creido que era obligacion nuestra avisaros de ello, mi venerado Príncipe.

HAMLET. Sí, amigos, sí... pero esto me llena de turbacion ¿Estáis de centinela esta noche?

TODOS. Sí, señor.

HAMLET. ¿Decís que iba armado?

TODOS. Sí, señor, armado.

HAMLET. ¿De la frente al pié?

TODOS. Sí, señor, de piés á cabeza.

HAMLET. Luego no le vísteis el rostro.

HORACIO. Le vímos, porque traia la visera alzada.

HAMLET. ¿Y qué, parecia que estaba irritado?

HORACIO. Mas anunciaba su semblante el dolor, que la ira.

HAMLET. ¿Pálido ó encendido?

(1) ¿*Y en dónde fue eso*? En todo este diálogo animado y rápido se expresa perfectamente la curiosidad, la inquietud, el terror del Príncipe.

HORACIO. No, muy pálido.

HAMLET. ¿ Y fijaba la vista en vosotros?

HORACIO. Constantemente.

HAMLET. Yo hubiera querido hallarme allí.

HORACIO. Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET. Sí, es verdad, sí... ¿ Y permaneció mucho tiempo?

HORACIO. El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento con moderada diligencia.

MARCELO. Mas, mas estuvo.

HORACIO. Cuando yo le vi, no.

HAMLET. La barba blanca, eh?

HORACIO. Sí, señor, como yo se la habia visto cuando vivia, de un color ceniciento.

HAMLET. Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

HORACIO. ¡ Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.

HAMLET. Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos que así como hasta ahora habéis callado á los demas lo que visteis, de hoy en adelante lo ocultéis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua; yo sabré remunerar vuestro celo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

TODOS. Nuestra obligacion es serviros.

HAMLET. Sí, conservadme vuestro amor, y estad seguros del mio. A Dios. (*Vanse los tres.*) El espíritu de mi padre.... con armas... no es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡ Oh si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mia. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

ESCENA VII.

Sala de la casa de Polonio.

LAERTES, OFELIA.

LAÉRTES. Ya tengo todo mi equipaje á bordo. Á Dios, hermana, y cuando los vientos sean favorables y seguro

el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de ti.

OFELIA. ¿ Puedes dudarlo ?

LAÉRTES. Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesanía, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir y no permanece; hermosa, no durable; perfume de un momento, y nada mas.

OFELIA. ¿ Nada mas (1) ?

LAÉRTES. Pienso que no ; porque no sólo (2) en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen tambien con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borron alguno la pureza de su intencion ; pero debes temer, al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia, y que vive sujeto á obrar segun á su nacimiento corresponde. Él no puede, como (3) una persona vulgar, elegir por sí mismo, puesto que de su eleccion depende la salud y prosperidad de todo un reino : y ve aquí porque esta eleccion debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Así pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en ti no darle crédito, reflexionando que en el alto lugar que ocupa nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte mas principal de Dinamarca. Considera cuál pérdida padeceria tu honor, si con dema-

(1) *¿ Nada mas?* ¡ Quien duda ya que Ofelia está enamorada de Hamlet? ¡ Con qué amable sencillez manifiesta en dos palabras el estado de su corazon! Estos rasgos caracterizan los grandes talentos.

(2) *Porque no sólo en nuestra juventud.* Este passaje está oscuro en el original como en la traduccion. Es una repeticion de lo que se ha dicho ántes, esto es, que los obsequios de Hamlet no nacen de cariño verdadero y constante, ni son mas que ímpetus fogosos de un hombre á quien le bulle la sangre en el cuerpo con la lozanía de la juventud.

(3) *Él no puede como una persona vulgar.* Voltaire en sus *Miscelánea literarias* traduce mal este pasaje, diciendo : *Un príncipe, un heredero del reino no debe trinchar la vianda por si mismo : es menester que le escojan los pedazos de ella.* Shakespeare no dice nada de esto, y no es justo atribuirle lo que no pensó.

siada credulidad dieras oidos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazon, ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia; teme, querida hermana; no sigas inconsiderada tu inclinacion; huye el peligro, colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella mas honesta es libre en exceso si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun ántes que su boton se rompa; y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son mas frecuentes. Conviene, pues, no omitir precaucion alguna, pues la mayor seguridad estriba en el temor prudente. La juventud (1), aun cuando nadie la combata, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA. Yo conservaré para defensa de mi corazon tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos declamadores (2) hacen, mostrando áspero y espinoso el camino del Cielo, miéntras como impíos y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres, sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

LAÉRTES. ¡Oh! no lo receles... Yo me detengo demasiado, pero allí viene mi padre: pues la ocasion es favorable, me despediré de él otra vez. Su bendicion repetida será un nuevo consuelo para mí.

ESCENA VIII.

POLONIO, LAERTES, OFELIA.

POLONIO. ¿Aun estás aqui? ¡Qué mala verguënza! Á bordo, á bordo: el viento impele ya por la popa tus velas, y á ti sólo aguardan. Recibe mi bendicion y procura im-

(1) *La juventud, aun cuando nadie la combate.* Esta y otras muchas máximas que se hallarán en lo restante de la obra, encierran tan sólida é importante doctrina, que se hace inútil recomendarlas á la consideracion del lector.

(2) *Algunos rígidos declamadores.* Sarcasmo del autor contra algunos de su tiempo, de quienes los poetas y cómicos se hallaban ofendidos.

primír en la memoria estos preceptos. No publiques (1) con facilidad lo que pienses, ni ejecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Une á tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste despues de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir del cascaron y aun están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrário huya de ti. Presta el oído á todos, y á pocos la voz. Oye las censuras de los demas, pero reserva tu propia opinion. Sea tu vestido tan costoso cuanto tus facultades lo permitan, pero no afectado en su hechura; rico, no extravagante, porque el traje dice por lo comun quién es el sugeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie, porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado, falta al espíritu de economía y buen órden que nos es tan útil. Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demas, consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al dia. Á Dios, y él permita que mi bendicion haga fructificar en ti estos consejos.

LAÉRTES. Humildemente os pido vuestra licencia.

(*Se arrodilla y besa la mano á Polonio.*)

POLONIO. Sí, el tiempo te está convidando, y tus criados esperan: vete.

LAERTES. Á Dios, Ofelia (*Abrázanse Ofelia y Laértes*), y acuérdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA. En mi memoria queda guardado, y tú mismo tendrás la llave.

LAÉRTES. Á Dios.

ESCENA IX.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO. ¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

(1) *No publiques con facilidad.* Estos consejos serán muy buenos, pero no son del caso. Ni el viaje de Laértes, ni el modo con que debe conducirse en Francia interesan poco ni mucho, porque nada de esto tiene relacion con la fábula: son partes episódicas desunidas, ociosas, que la dilatan sin utilidad.

OFELIA. Si gustáis de saberlo, cosas eran relativas a príncipe Hamlet.

POLONIO. Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado várias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo), debo advertirte que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mia y á tu propio honor. ¿ Qué es lo que ha pasado entre los dos? Díme la verdad.

OFELIA. Últimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO. ¡Amor! ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin experiencia en circunstancias tan peligrosas. ¡Ternura la llamas! ¿ y tú das crédito á esa ternura?

OFELIA. Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO. En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estímate en mas á ti propia, pues si te aprecias en ménos de lo que vales (por seguir la (1) comenzada alusion), harás que pierda el entendimiento.

OFELIA. Él me ha requerido de amores, es verdad ; pero siempre con una apariencia honesta que...

POLONIO. Sí por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? Prosigue.

OFELIA. Y autorizó cuanto me decia con los mas sagrados juramentos.

POLONIO. Sí, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuánta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son (2)

(1) *Por seguir la comenzada alusion.* ¿ Y qué necesidad tiene de seguirla, ni aun de haberla empezado? ¿ No es error, cuando se trata de dar consejos á una niña, oscurecérselos entre metáforas y alusiones que acaso no entenderá? Dirán que Polonio es un personaje ridículo : ¿ y no es error tambien introducir en una tragedia figuras ridículas?

(2) *Son relámpagos, hija mia.* El amor de Hamlet es : *Un hervor de la sangre,* es *una violeta que se adelanta á vivir y no permanece,* es *perfume de un momento,* es *como los relámpagos, que dan mas luz que calor, que se apagan pronto y no son fuego verdadero. Sus palabras son fementidas. No es verdadero el co-*

relámpagos, hija mia, que dan mas luz que calor : estos y aquellos se apagan pronto, y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser mas avara de tu presencia virginal: pon tu conversacion á precio mas alto, y no á la primera insinuacion admitas coloquios. Por lo que toca al príncipe, debes creer de él solamente que es un jóven, y que si una vez afloja las riendas, pasará mas allá de lo que tu le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras, que son fementidas, ni es verdadero el color que aparentan : son intercesoras de profanos deseos, y si parecen sagrados y piadosos votos, es sólo para engañar mejor. Por último, te digo claramente que de hoy mas no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar ni mantener conversacion al príncipe. Cuidado con hacerlo así : yo te lo mando. Vete á tu aposento.

OFELIA. Así lo haré, señor.

ESCENA X.

Explanada delante del palacio. Noche oscura.

HAMLET, HORACIO, MARCELO.

HAMLET. El aire es frio y sutil en demasía.

HORACIO. En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET. ¿Qué hora es ya?

HORACIO. Me parece que aun no son las doce.

MARCELO. No, ya han dado.

HORACIO. No las he oido. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. Pero ¿que significa este ruido, señor?

(*Suena á lo léjos música de clarines y timbales.*)

HAMLET. Esta noche se huelga el Rey, pasándola desvelado en un banquete con gran vocería y traspiéses de embriaguez; y á cada copa del Rin que bebe, los timbales y

lor que aparentan. Si parecen sagrados votos, es para engañar mejor. De toda esta inútil pompa de palabras é imágenes resulta un solo pensamiento : que no es verdadero ni puede ser durable el amor de Hamlet.

trompetas anuncian con estrépito sus victoriosos bríndis.

HORACIO. ¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET. Sí, se acostumbra; pero aunque he nacido en este país y estoy hecho á sus estilos, me parece que sería mas decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un exceso tal, que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones desde Oriente á Occidente. Nos llaman ébrios; manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso, y en verdad que él solo, por mas que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputacion. Así acontece frecuentemente á los hombres. Cualquiera defecto natural en ellos, sea el de su nacimiento, del cual no son culpables (puesto que nadie puede escoger su orígen), sea cualquiera desórden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razon, ó sea cualquier hábito que se aparte demasiado de las costumbres recibidas, llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celeste, serán no obstante amancilladas en el concepto público por aquel único vicio que las acompaña. Un solo adarme de mezcla quita el valor al mas precioso metal y le envilece.

HORACIO. ¿Veis, señor? ya viene.

(*Aparécese la sombra del Rey Hamlet hácia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y despues se encamina hácia ella.*)

HAMLET. ¡Ángeles (1) y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada vision, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intencion la tuya, en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar... Hamlet, mi Rey, mi padre, soberano de Dinamaraca..... ¡Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Díme ¿por qué tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro donde te dimos

(1) *Angetes y ministros de piedad.* Este discurso está lleno de vehemencia, de terror y sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situacion que sigue despues.

urna pacífica te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cuál puede ser la causa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna añadiendo á la noche horror? ¿ y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitacion espantosa con ideas que exceden á los alcances de nuestra razon? Di, ¿por qué es esto? ¿ por qué ? ¿ ó qué debemos hacer nosotros?

HORACIO. Os hace señas de que le sigáis, como si deseara comunicaros algo á solas.

MARCELO. Ved con qué expresivo ademan os indica que le acompañéis á lugar mas remoto ; pero no hay que ir con él.

HORACIO. No, por ningun motivo.

HAMLET. Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO. No hagáis tal, señor.

HAMLET. ¿Y por qué no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada; y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal?..... Otra vez me llama.... Voyle á seguir.

HORACIO. Pero, señor, si os arrebata al mar (1) ó á la espantosa cima de ese monte levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible capaz de impediros el uso de la razon, y enajenarla con frenesí... ¡Ay! ved lo que hacéis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET. Todavía me llama..... Camina. Ya te sigo.

(*La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia y la sigue.*)

MARCELO. No, señor, no iréis.

HAMLET. Dejadme.

(1) *Si os arrebata al mar.* El temor de Horacio es justo, las ideas que le sugiere espantosas; pero Hamlet ha visto ya á su padre, y ninguna consideracion le detiene, va á seguirle. ¡ Qué pavorosa agitacion se apodera del auditorio! ¡ Con qué muda inquietud se espera el éxito! ya se olvidan cuantos desaciertos han precedido; aquí triunfa el talento del poeta; ya ha conmovido con poderoso encanto los ánimos de la multitud que le sigue atónita.

HORACIO. Creedme, no le sigáis.

HAMLET. Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del leon de Nemea. Aun me llama... Señores, apartad esas manos... por Dios... ó quedará muerto á las mias él que me detenga... Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

ESCENA XI.

HORACIO, MARCELO.

HORACIO. Su exaltada imaginacion le arrebata.

MARCELO. Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

HORACIO. Sí, vamos detras de él... ¿ Cuál será el fin de este suceso?

MARCELO. Algun grave mal se oculta en Dinamarca.

HORACIO. Los Cielos dirigirán el éxito.

MARCELO. Vamos, sigámosle.

ESCENA XII.

Parte remota cercana al mar. Vista á lo léjos del palacio de Elsingor.

HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET. ¿ Adónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA. Mírame.

HAMLET. Ya te miro.

LA SOMBRA. Casi es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.

HAMLET. ¡ Oh alma infeliz!

LA SOMBRA. No me compadezcas : presta sólo atentos oídos á lo que voy á revelarte.

HAMLET. Habla, yo te prometo atencion.

LA SOMBRA. Luego que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET. ¿ Por qué?

LA SOMBRA. Yo soy el alma de tu padre, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el dia, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. ¡Oh! si no me fuera vedado mani-

festar los secretos de la prision que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaria á despedazar tu corazon ; helar tu sangre juvenil; tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus órbitas; tus anudados cabellos separarse, erizándose como las puas del colérico espin. Pero estos eternos misterios no son para los oídos humanos. Atiende, atiende, ¡ ay ! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

HAMLET. ¡ Oh Dios !

LA SOMBRA. Venga su muerte : venga un homicidio cruel y atroz.

HAMLET. ¿ Homicidio ?

LA SOMBRA. Sí, homicidio cruel, como todos lo son ; pero el mas cruel y el mas injusto y el mas aleve.

HAMLET. Refiéremelo (1) presto, para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

LA SOMBRA. Ya veo cuán dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaria de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardin dormido, me mordió una serpiente. Todos los oídos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invencion; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre, hoy ciñe su corona.

HAMLET. ¡ Oh ! Présago me lo decia el corazon. ¡ Mi tio !...

LA SOMBRA. Sí, aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas... (¡ Oh talento y dádivas malditas, que tal poder tenéis para seducir !) supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la Reina mi esposa, que yo creia tan llena de virtud. ¡ Oh Hamlet, cuán grande fué su caída ! Yo, cuyo amor para con ella fué tan puro... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fuí aborrecido, y se rindió á aquel mise-

(1) *Refiéremelo presto.* Hamlet dice bien ; el muerto no deberia distraerse en lo que no es del caso. Esta situacion, mas que otra ninguna, pide concision y rapidez ; no adornos, que son impropios del personaje que habla: no reflexiones, que el auditorio las hará.

rable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mias. Pero así como la virtud será incorruptible aunque la disolucion procure excitarla bajo divina forma, así la incontinencia, aunque viviese unida á un ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormia yo una tarde en mi jardin, segun lo acostumbraba siempre. Tu tio me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oído su ponzoñosa destilacion, la cual de tal manera es contrária á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cútis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Así fué que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa, presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡ Oh maldad horrible, horrible !... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominado incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la accion, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al cielo : deja que aquellas agudas puntas que tiene fijas en su pecho, la hieran y atormenten. Á Dios. Ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del dia. Á Dios, á Dios. Acuérdate de mí.

ESCENA XIII.

HAMLET, y despues HORACIO Y MARCELO.

HAMLET. ¡ Oh vosotros, ejércitos celestiales ! ¡ oh tierra !... ¿ y quién mas? ¿ invocaré al infierno tambien ?... ! Eh ! no... Detente, corazon mio, detente; y vos, mis ner-

vios, no así os debilitéis en un momento, sostenedme robustos... ¡ Acordarme de ti ! Sí, alma infeliz, miéntras haya memoria en este agitado mundo. ¡ Acordarme de ti ! Sí, yo me acordaré y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observacion estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa ménos digna, vivirá escrito en el volúmen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... ¡ Oh mujer, la mas delincuente ! ¡ Oh malvado, malvado ! halagüeño y execrable malvado ! Conviene (1) que yo apunte en este libro... (*Saca un libro de memorias y escribe en él*) sí.... que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado : á lo ménos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y este es mi tio..... Sí, tú eres..... ¡ Ah ! pero la expresion que debo conservar es esta : « Á Dios, acuérdate de mí. » Yo he jurado acordarme.

HORACIO, *gritando desde adentro.*

¡ Señor ! señor !

MARCELO, *gritando desde adentro.*

¡ Hamlet !

HORACIO. Los Cielos le asistan.

HAMLET. ¡ Oh ! háganlo así.

MARCELO. ¡ Hola ! eh ! señor.

HAMLET. ¡ Hola ! amigos, eh ! venid, venid acá.

(*Salen Horacio y Marcelo.*)

MARCELO. ¿ Qué ha sucedido ?

HORACIO. ¿ Qué noticias nos dais ?

HAMLET. ! Oh ! maravillosas.

HORACIO. Mi amado señor, decidlas.

HAMLET. No, que lo revelaréis.

HORACIO. No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO. Ni yo tampoco.

HAMLET. ¿ Creéis vosotros que pudiese haber cabido en el corazon humano..... Pero ¿ guardaréis secreto ?

(1) *Conviene que yo apunte en este libro.* ¿ No es risible ver á Hamlet en un despoblado, á média noche, á oscuras tiritando de frio y de horror, sacar el lapicero y el libro de memoria, y apuntar á toda prisa la recóndita verdad de que un hombre, aunque sepa sonreirse, puede ser un malvado ? ¡ Qué paraje y qué ocasion para ocuparse en escribir apuntaciones insulsas !

LOS DOS. Sí, señor, yo os lo juro.

HAMLET. No existe en toda Dinamarca (1) un infame... que no sea un gran malvado.

HORACIO. Pero no era necesario, señor, que un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

HAMLET. Sí, cierto, tenéis razon; y por eso mismo sin tratar mas del asunto, será bien despedirnos y separarnos: vosotros adonde vuestros negocios ó vuestra inclinacion os lleven... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabéis, á mi triste ejercicio, á rezar.

HORACIO. Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y órden.

HAMLET. Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas: sí por cierto, me pesa en el alma.

HORACIO. ¡Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

HAMLET. Sí por san Patricio (2) que sí la hay, y muy grande, Horacio..... En cuanto á la aparicion... es un difunto venerable..... sí, yo os lo aseguro..... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ¡Ah, mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedáis una corta merced.

HORACIO. Con mucho gusto, señor: decid cuál sea.

HAMLET. Que nunca revelaréis á nadie lo que habéis visto esta noche.

(1) *Na existe en toda Dinamarca.* Iba á decirles que no hay en Dinamarca hombre mas infame que su tio; pero se detiene, considerando que será mejor ocultarles lo que acaba de saber.

(2) *Por san Patricio.* Hamlet no podia jurar por san Patricio: este santo, apóstol de Irlanda, floreció mil años despues. En esta obra se habla de los àngeles y los diablos, de Adan, Jesucristo, la Vírgen, san Valentin, el Purgatorio, el juicio final, la sagrada Escritura, la santa Cruz, la Cuaresma, Domingo y la Eucaristía. Siendo lo peor que entre estas expresiones propias del cristianismo, y que suponen personajes mas modernos, se mezclan á las veces ideas gentílicas; de donde resulta un embrollo inconexo y absurdo. Lo mismo sucede en lo perteneciente á la historia profana, usos y costumbres. Alejandro, César, Bruto, Roscio, Heródes y Neron son posteriores á Hamlet en cuya edad no habia pólvora ni cañones, minas ni hornillos, ni títulos de duque, majestad, ni alteza, ni relojes de campana, ni estudios de Witemberga, ni morbo gálico, ni peregrinos, ni conventos.

LOS DOS. Á nadie lo diremos.

HAMLET. Pero es menester que lo juréis.

HORACIO. Os doy mi palabra de no decirlo.

MARCELO. Yo os prometo lo mismo.

HAMLET. Sobre mi espada.

MARCELO. Ved que ya lo hemos prometido.

HAMLET. Sí, sí, sobre mi espada (1).

LA SOMBRA. Juradlo.

(*Se oirá la voz de la sombra, que suena á várias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demas, horrorizados, mudan de situacion, segun lo indica el diálago.*)

HAMLET. ! Ah ! ¿ eso (2) dices ?... ¿ Estás ahí, hombre de bien ?... Vamos, ya le oís hablar en lo profundo ¿ Queréis jurar ?

HORACIO. Proponed la fórmula.

HAMLET. Que nunca diréis lo que habéis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA. Juradlo.

HAMLET. ¿ *Hic et ubique?* Mudaremos de lugar. Señores, acercaos aquí; poned otra vez las manos en mi espada, y

(1) *Sí, sí, sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los dinamarques se es jurar sobre la espada, y acaso sobre la cruz de la guarnicion. Se dice que el juramento comun de los Escitas era por la espada y el fuego. Los Irlandeses juraban por sus espadas tambien. (Hanmer, en sus *Notas á Shakespeare.*)

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aun dura en la milicia. Los caballeros juraban sacando la espada ó empuñándola, expresando en la fórmula : *por esta espada, por la cruz de esta espada.* Á esta usanza aludió don Nicolas Fernandez de Moratin en una de sus obras, donde dice :

Y es fama que á la bajada
Juro por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid

(2) *Ah! ¿ eso dices ?* Letourneur, empeñado en hermosear su ídolo, tuvo gran cuidado de omitir las expresiones familiares del original en todo este pasaje, como lo hace en otros muchos. Aquello de *hombre de bien*, lo traduce por *sombra real;* lo de *hic et ubique*, lo pone en frances, conociendo cuán ridículo es en latin; y el *topo viejo,* le trasforma en *fantasma invisible.* Esto no se llama traducir.

urad por ella que nunca diréis nada de esto que habéis oido y visto.

LA SOMBRA. Juradlo por su espada.

HAMLET. Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero ¿ como puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO. ¡ Oh ! Dios de la luz y de las tinieblas, qué extraño prodigio es este !

HAMLET. Por eso como á un (1) extraño debéis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay mas de lo que puede soñar tu filosofía. Pero venid acá, y como ántes dije, prometedme (así el Cielo os haga felices) que por mas (2) singular y extraordinaria que sea de hoy mas mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo extravagante), nunca vosotros al verme así daréis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equívocas como; sí, sí, nosotros sabemos; nosotros pudiéramos si quisiéramos... si gustáremos de hablar; hay tanto que decir en eso; pudiera ser que..... ó en fin, cualquiera otra expresion ambigua, semejante á estas, por donde se infiera que vosotros sabéis algo de mí. Juradlo : así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA. Jurad.

HAMLET. Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosostros con la mayor instancia, y creed que por mas infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimacion y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desórden... ¡ Iniquidad execrable ! Oh ! nunca yo hubiera nacido para castigarla ! Venid, vámonos juntos.

(1) *Por eso como á un extraño debéis hospedarle.* Alusion á las leyes de la hospitalidad. (Warburton, *Notas á Shakespeare.* Nótese que Hamlet juega del vocablo, dando á la palabra *extraño* la significacion de *estranjero.*

(2) *Por mas singular y extraordinaria.* Aquí anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, segun lo verifica despues.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA (1).

Sala en casa de Polonio.

POLONIO, REINALDO.

POLONIO. Reinaldo, entrégale este dinero y estas cartas.
(*Le da un bolsillo y unas cartas.*)

REINALDO. Así lo haré, señor.

POLONIO. Sería un admirable golpe (2) de prudencia, que ántes de verle te informaras de su conducta.

(1) *Escena I.* Esta escena se omite en la representacion; es del todo inútil, pertenece al género cómico, y abunda en expreciones poco decentes.

(2) *Sería un admirable golpe de prudencia.* El carácter de Polonio (lord chambelan del Rey de Dinamarca, que equivale á sumiller de corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto deliró Shakespeare, dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razon; dicen tambien que en las córtes y en los palacios hay abundancia de estos bichos ridículos, y tambien es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremes, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta expresion que corresponde á tales pasiones, la unidad de interes que nunca debe debilitarse, todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarrero y parlanchin. No basta que la naturaleza nos presente esta union confusa de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí: desecha lo inútil é inoportuno, elige lo que es conveniente á sus fines, y en esta eleccion consiste el gran secreto del arte. Es muy natural que cuando Antonio presentó en el foro romano á vista del pueblo la túnica ensangrentada de César, hubiese alguna vieja mugrienta y asquerosa que en un rincon vendiese higos ó asara castañas; pero si un pintor se atreviese á introducir esta figura grotesca en un cuadro de aquel asunto, se burlarian de él los inteligentes, y en vano gritaria para disculparse, que era natural. Sí, es natural (le dirian), pero destruye el efecto que tu pintura debia producir; es natural, pero inoportuno y ridículo, y tú eres un artífice ignorante, puesto que debiendo imitar la naturaleza te ceñiste sólo á copiarla.

REINALDO. En eso mismo estaba yo.

POLONIO. Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en París, y cómo, en que términos, con quién, y en dónde están, á quién tratan, qué gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas que conocen á mi hijo, entónces ve en derechura á tu objeto, encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de léjos, diciendo : sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco... ¿ Lo has entendido?

REINALDO. Sí, señor, muy bien.

POLONIO. Sí, le conozco un poco; pero... (has de añadir entónces) pero no le he tratado. Si es el que yo creo, á fe, que es bien calavera ; inclinado á tal ó tal vicio... y luego dirás de él cuanto quieras fingir ; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso. Habla sólo de aquellas travesuras, aquellas locuras y extravíos comunes á todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

REINALDO. Como el jugar, eh?

POLONIO. Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar, mocear..... Hasta esto bien puedes alargarte.

REINALDO. Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

POLONIO. No por cierto; ademas, que todo depende del modo con que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un jóven abandonado enteramente á la disolucion no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que parezcan nulidades producidas de falta de sujecion y no otra cosa, extravíos de una imaginacion ardiente, ímpetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

REINALDO. Pero, señor...

POLONIO. Ah ! tú querrás saber con qué fin debes hacer esto, eh?

REINALDO. Gustaria de saberlo.

POLONIO. Pues, señor, mi fin es este, y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una obra preciosa), ganarás por medio de la conversacion la confianza de aquel á quien pretendas examinar. Si él está persua-

dido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinion, diciendo: señor mio, ó amigo, ó caballero... en fin, segun el título ó dictado de la persona ó del país...

REINALDO. Sí, ya estoy.

POLONIO. Pues entónces él dice... (1) dice... ¿Qué iba yo á decir ahora?... Algo iba yo á decir. ¿En qué estábamos?

REINALDO. En que él concluirá diciendo al amigo ó al caballero...

POLONIO. Sí, concluirá diciendo... es verdad... así le dirá precisamente. Es verdad, yo conozco á ese mozo, ayer le vi, ó cualquier otro dia, ó en tal y en tal ocasion, con este ó con aquel sugeto; y allí, como habéis dicho, le vi que jugaba, allá le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota, y... (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, *videlicet*, en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad; que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulacion. Así lo harás con mi hijo, segun la instruccion y advertencias que acabo de darte. ¿Me has entendido?

REINALDO. Sí, señor, quedo enterado.

POLONIO. Pues á Dios, buen viaje.

REINALDO. Señor...

POLONIO. Examina por ti mismo sus inclinaciones.

REINALDO. Así lo haré.

POLONIO. Dejándole que obre libremente.

REINALDO. Está bien, señor.

POLONIO. Á Dios.

(1) *Pues entónces él dice.... dice.* Este olvido de Polonio es un rasgo cómico, digno de Moliere. La debilidad de su cabeza no le permite seguir sin interrupcion la serie de ideas que convienen á su propósito: su locuacidad llena estos vacíos con palabras insignificantes, habla sin tino, y pierde de vista el objeto principal de su discurso, hasta que se halla tan distante de él, que necesita preguntar al otro lo que le pensaba decir.

ESCENA II.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO. Y bien, Ofelia, ¿ qué hay de nuevo ?

OFELIA. ¡ Ay señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO. ¿ Con qué motivo ? Por Dios que me lo digas.

OFELIA. Yo estaba haciendo (1) labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las médias, sin atar, caidas hasta los piés, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... se presenta delante de mí.

POLONIO. Loco, sin duda, por tus amores, eh ?

OFELIA. Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO. ¿ Y qué te dijo ?

OFELIA. Me asió una mano y me la apretó fuertemente. Apartóse despues á la distancia de su brazo, y poniendo, así, la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atencion como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacérsele en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino; salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijo la vista en mí.

POLONIO. Ven conmigo; quiero ver al Rey. Ese es un verdadero éxtasis de amor, que siempre fatal á sí mismo en su exceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, mas que ninguna otra pasion de

(1) *Yo estaba haciendo labor.* Por la relacion de Ofelia se ve que el Príncipe ha empezado ya la ficcion de su locura. El lector espera sin duda grandes cosas de este artificio, pero en el progreso del drama se verá que no resulta nada de interesante, y que Hamlet procede en todo con suma imprudencia. Johnson dice que no se ve que esta fingida locura sea bien fundada, pues nada hace Hamlet con ella que no pudiese hacer igualmente estando en juicio.

cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero díme, ¿ le has tratado con dureza en estos últimos dias ?

OFELIA. No, señor : sólo, en cumplimiento de lo que mandasteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO. Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasion. Yo temí que era sólo un artificio suyo para perderte..... ¡ Sospecha indigna ! Eh ! tan (1) propio parece de la edad anciana pasar mas allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de provision. Vamos, vamos á ver al Rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, sería mas grande el sentimiento que pudiera causarle teniéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

ESCENA III.

Salon de palacio.

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO. Bien venido (2), Guillermo; y tú tambien, querido Ricardo. Ademas de lo mucho que se me dila-

(1) *Tan propio parece de la edad anciana.* Acostumbrados los viejos á juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha sucedido, y adquiriendo en la práctica la presuncion de acertarlo todo, no hay hecho ni circunstancia de la cual no piensen adivinar el éxito. Esto les hace pasar mas allá de los límites de la prudencia, y yerran muchas veces por exceso de prevision. En los jóvenes sucede al contrário, carecen de experiencia, no saben adivinar en el momento presente lo que será despues, la vehemencia de sus pasiones les pinta los objetos diferentes de lo que son en sí, proceden con temeridad, y sólo aprenden á fuerza de escarmientos. La debilidad de los viejos y el ejemplo de lo pasado, les hace en extremo tímidos y cavilosos; el vigor de los mancebos, y la poca práctica del mundo, les hace atrevidos. Aquella timidez y este atrevimiento son sin duda el orígen de todas sus equivocaciones.

(2) *Bien venido, Guillermo.* Ve aquí dos nuevos personajes de quienes no se tenia noticia, condenados entrambos á sufrir pullas de Hamlet y morir ahorcados en Inglaterra. En el original se llaman *Guildenstern* y *Rosencrantz*.

taba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habéis oido ya de la trasformacion de Hamlet. Así puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo exterior se parece nada al que ántes era; ni llego á imaginar qué otra cosa haya podido privarle así de la razon, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habéis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y en el genio, que tengáis á bien deteneros en mi corte algunos dias. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cuál sea la ignorada afliccion que así le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

GERTRUDIS. Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sugetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gustéis de pasar con nosotros algun tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un rey.

RICARDO. Vuestras Majestades tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO. Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros piés, con el mas puro afecto, el celo de serviros que nos anima.

CLAUDIO. Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

GERTRÚDIS. Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veáis cuanto ántes á mi doliente hijo. (*A los criados.*) Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros adonde Hamlet se halle.

GUILLERMO. Haga el cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

GERTRÚDIS. Sí. Amen.

ESCENA IV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, ACOMPAÑAMIENTO.

POLONIO. Señor, los embajadores (1) enviados á Noruega han vuelto ya, en extremo contentos.

CLAUDIO. Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO. Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazon no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de mi Rey; y si este talento mio no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del Príncipe.

CLAUDIO. Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

POLONIO. Será bien que deis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres á este gran festin.

CLAUDIO. Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. (*Vase Polonio.*) Dice que ha descubierto, amada Gertrúdis, la causa verdadera de la indisposicion de tu hijo.

GERTRÚDIS. ¡Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO. Yo sabré examinarle.

ESCENA V.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, VOLTIMAN, CORNELIO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO. Bien venidos, amigos. Dí, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano el Rey de Noruega?

VOLTIMAN. Corresponde con la mas sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegámos mandó suspender los armamentos que hacía su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor

(7) *Los embajadores enviados á Noruega.* Estos embajadores salieron en el primer acto de Elsingor, han ido á Noruega, han dado su mensaje, y ya están de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

informado despues, halló ser cierto que se dirigian en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortimbras, que sometiéndose prontamente á las represiones del tio, le ha jurado por último que nunca mas tomará las armas contra V. M. Satisfecho de este procedimiento, el anciano Rey le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que habia levantado. Á este fin os ruega concedáis paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de recíproca seguridad, expresadas aquí.

(*Saca unos papeles y se los da á Claudio.*)

CLAUDIO. Está bien : leeré en tiempo mas oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entretanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. Á la noche seréis conmigo en el festin. Tendré gusto de veros.

ESCENA VI.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO.

POLONIO. Este asunto se ha concluido muy bien. (*Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.*) Mi soberano (1), y vos, señora : explicar lo que es la dignidad de un monarca, las obligaciones del vasallo, por qué el dia es dia, noche la noche, y tiempo el tiempo, sería gastar inútilmente el dia, la noche y el tiempo. Así pues, como (2) quiera que la brevedad es el alma del talento,

(1) *Mi Soberano, y vos, Señora.* Ya se ve que todo cuanto dice Polonio en esta escena va dirigido á excitar la risa del público, y así se verifica. Los que atribuyen esta mezcla de cómico y trágico, de bajeza y sublimidad, al carácter de la nacion y no á ignorancia de los escritores, se equivocan mucho. Los Ingleses y los Españoles no son ciertamente mas risueños que los Franceses; pero entre estos últimos se ha cultivado con mas acierto la poesía dramática, han aplicado á cada uno de sus géneros los personajes, los afectos y el lenguaje que les es propio; y aquella nacion, ligera y alegre mas que otra ninguna de Europa, rie con *Turcaret* y llora con *Fedra*.

(2) *Como quiera que la brevedad.* Los exordios y rodeos de

y que nada hay mas enfadoso que los rodeos y perífrasis..... seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar uno enteramente loco? Pero dejando esto aparte...

GERTRÚDIS. Al caso, Polonio, al caso, y ménos artificios.

POLONIO. Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno. Es cierto que él está loco. Es cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto; pero dejemos á un lado esta pueril antítesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos pues en que está loco, y ahora falta descubrir la causa de este efecto, ó por mejor decir, la causa de este defecto; porque este efecto defectuoso nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... la tengo miéntras es mia: que en prueba de su respeto y sumision... notad lo que os digo..... me ha entregado esta carta. (*Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el dialogo.*) Ahora resumid los hechos y sacaréis la consecuencia. *Al ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia...* Esta es una alta frase... una falta de frase sin par... Es una falta de frase, pero oid lo demas. *Estas letras destinadas á que tu blanco y hermoso pecho las guarde: estas...*

GERTRÚDIS. ¿Y esta carta se la ha enviado Hamlet?

POLONIO. ¡Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

Duda que son de fuego las estrellas,
Duda si al movimiento falta,
Duda lo cierto, admite lo dudoso;
Pero no dudes de mi amor las ansias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco expresar mis penas con arte: pero cree que te amo en

Polonio, las protestas de que será breve (cosa que en él es imposible), las antítesis y equívocos que vierte á cada paso para afectar cultura y elegancia, las distracciones que padece, las interrupciones con que rompe el discurso continuamente, su vanidad ridícula de vasallo fiel, sagaz político, prudente padre, y el prurito de meterse en todo y hacerse hombre de importancia, llenan de sales cómicas este carácter, y manifiestan lo que el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer en otra edad y con otros principios.

extremo, con el mayor extremo posible. Á Dios, Tuyo siempre, mi adorada niña, miéntras esta máquina exista. — HAMLET. Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y ademas me ha contado las solicitudes del Príncipe segun ha ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

CLAUDIO. ¿ Y ella cómo ha recibido su amor?

POLONIO. ¿ En qué opinion me tenéis?

CLAUDIO. En la de un hombre honrado y veraz.

POLONIO. Y me complazco en probaros que lo soy. Pero ¿ qué hubierais pensado de mí, si cuando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor.. porque os puedo asegurar que aun ántes que mi hija me hablase, ya lo habia yo advertido..... ¿ qué hubiera pensado de mí Vuestra Majestad y la Reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? si haciéndome violencia á mí propio, hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿ Qué hubierais pensado de mí? No, señor, yo he ido en derechura al asunto, y la dije á la niña ni mas ni ménos : Hija, el Sr. Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y despues la mandé que se encerrase en su estancia, sin admitir recados ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el Príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó á padecer melancolías, despues inapetencia, despues vigilias, despues debilidad, despues aturdimiento, y despues (por una graduacion natural) la locura que le saca fuera de sí y qué todos nosotros lloramos.

CLAUDIO. ¿ Creéis, señora, que esto haya pasado así?

GERTRÚDIS. Me parece bastante probable.

POLONIO. ¿ Ha sucedido alguna vez... (tendria gusto de saberlo) que yo haya dicho positivamente, esto hay, y que haya resultado lo contrário?

CLAUDIO. No se me acuerda.

POLONIO. Pues separadme esta de este (*señalando la cabeza y el cuello*) si otra cosa hubiere en el asunto... ¡ Ah ! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte, aunque el centro de la tierra la sepultara.

CLAUDIO. ¿ Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

POLONIO. Bien sabéis que el príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

GERTRÚDIS. Es verdad, así suele hacerlo.

POLONIO. Pues cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detras de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra corte, enviadme á una alquería á guiar un arado.

CLAUDIO. Sí, yo lo quiero averiguar.

GERTRÚDIS. Pero, veis? (1) ¡ Que lástima! Leyendo viene el infeliz.

POLONIO. Retiraos, yo os lo suplico : retiraos entrambos, que le quiero hablar si me dais licencia.

ESCENA VII.

POLONIO, HAMLET.

POLONIO, (*al salir Hamlet leyendo en un libro.*)
¿ Cómo os va, mi buen señor?

HAMLET. Bien, á Dios gracias.

POLONIO. ¿ Me conocéis ?

HAMLET. Perfectamente. Tú vendes peces.

POLONIO. ¿ Yo? No, señor.

HAMLET. Así fueras honrado.

POLONIO. ¿ Honrado decís ?

HAMLET. Sí, señor, que lo digo. El ser honrado, segun va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO. Todo eso es verdad.

HAMLET. Si el sol engendra (2) gusanos en un perro muerto, y aunque es un dios, alumbra benigno con sus rayos á un cadáver corrupto... ¿ No tienes una hija?

(1) *Pero veis? ¡ Qué lastima!* Hasta ahora todos los personajes de la tragedia original han hablado casi siempre en verso, pero de aquí en adelante usa el autor con mas frecuencia la mezcla de verso y prosa, en lo que tambien han querido hallar un primor sus panegiristas.

(1) *Si el sol engendra gusanos.* De aquí en adelante hallarán muchas expreciones en boca de Hamlet que carecen de sentido; pero debe considerarse que hace el papel de loco.

POLONIO. Sí, señor, una tengo.

HAMLET. Pues no la dejes pasear al sol. La concepcion es una bendicion del cielo, pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

POLONIO. Pero ¿ qué queréis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces... ¡ Está rematado, rematado!... Y en verdad que yo tambien, siendo mozo, me ví muy trastornado por el amor... cuasi tanto como él. Quiero hablarle otra vez ¿ Qué estáis leyendo?

HAMLET. Palabras, palabras, todo palabras.

POLONIO. ¿ Y de qué se trata ?

HAMLET. ¿ Entre quién ?

POLONIO. Digo que de qué trata el libro que leéis.

HAMLET. De calumnias. Aquí dice (1) el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ámbar abundante y goma de ciruela, que padecen gran debilidad de piernas y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mio, aunque yo plena y eficazmente lo creo, con todo eso no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos; porque al fin vos seriais sin duda tan jóven como yo, si os fuera posible andar hácia atras como el cangrejo.

POLONIO. Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿ Queréis venir, señor, adonde no os dé el aire?

HAMLET. ¿ Adónde ? ¿ Á la sepultura ?

POLONIO. Cierto, que allí no da el aire. ¡ Con qué agudeza responde siempre ! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razon y salud tal vez no se logran. Voyle á dejar, y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya...

HAMLET. No me puedes pedir cosa que con mas gusto te conceda, exceptuando la vida, eso sí, exceptuando la vida.

POLONIO. Á Dios, señor.

HAMLET. ¡ Fastidiosos y extravagantes viejos !

POLONIO (*á Guillermo y Ricardo que salen por donde él se va*). Si buscáis al Príncipe, vedle ahí.

(1) *Aquí dice el malvado satírico.* Algunos quieren que este pasaje aluda á unos versos de Juvenal, sát. X.

ESCENA VIII.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

RICARDO. Buenos dias, señor.

GUILLERMO. Dios guarde á vuestra Alteza.

RICARDO. Mi venerado Príncipe.

HAMLET. ¡Oh buenos amigos! ¿Comó va? ¡Guillermo, Ricardo, guapos mozos! ¿Cómo va? ¿Qué se hace de bueno?

RICARDO. Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO. Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airon al tocado de la fortuna.

HAMLET. ¿Ni de suelas á su calzado?

RICARDO. Ni uno ni otro.

HAMLET. ¿Qué hay de nuevo?

RICARDO. Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET. Señal que el dia del juicio va á venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas... Permitid que os pregunte mas particularmente. ¿Por qué delitos os ha traido aquí vuestra mala suerte á vivir en prision?

GUILLERMO. ¿En prision decís?

HAMLET. Sí, Dinamarca es una cárcel.

RICARDO. Tambien el mundo lo será.

HAMLET. Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos; y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO. Nosotros no éramos de esa opinion.

HAMLET. Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una verdadera cárcel.

RICARDO. Será vuestra ambicion la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET. ¡Oh Dios mio! Yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez, y creerme soberano de un estado inmenso..... Pero estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO. Todos esos sueños son ambicion, y todo cuanto al ambicioso le agita no es mas que la sombra de un sueño.

HAMLET. El sueño en sí no es mas que una sombra.

RICARDO. Ciertamente, y yo considero la ambicion por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET. De donde resulta que los mendigos son cuerpos, y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos.... Iremos un rato á la corte, señores, porque á la verdad no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS. Os iremos sirviendo.

HAMLET. ¡ Oh ! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados, que á fe de hombre de bien me sirven indignamente. Pero decidme por nuestra amistad antigua : ¿ qué hacéis en Elsingor?

RICARDO. Señor, hemos venido únicamente á veros.

HAMLET. Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso : no obstante, agradezco vuestra fineza... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. ¿ Y quién os ha hecho venir ? ¿ Es libre esta visita ? ¿ Me la hacéis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza; vaya, decídmelo.

GUILLERMO. ¿ Y qué os hemos de decir, señor?

HAMLET Todo lo que haya acerca de esto. Á vosotros os envían sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesion, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del Rey y tambien la Reina os han mandado que vengáis.

RICARDO. Pero ¿ á qué fin?

HAMLET. Eso es lo que debéis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afecto, por todo aquello, en fin, que sea para vosotros mas grato y respetable, que me digáis con sencillez la verdad. ¿ Os han mandado venir, ó no ?

RICARDO. (*mirando á Guillermo*). ¿ Qué dices tú ?

HAMLET. Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos : si me estimáis de véras, no hay que desmentirlos.

GUILLERMO. Pues, señor, es cierto: nos han hecho venir.

HAMLET. Y yo os voy á decir el motivo ; así me anticiparé á vuestra propia confesion, sin que la fidelidad que debéis al Rey y á la Reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones ; y este accidente ha sido tan funesto á mi salud,

que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril: ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre majestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Qué admirable fábrica es la del hombre! ¡Qué noble su razon! ¡Qué infinitas sus facultades! ¡Qué expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones! ¡Y en su espíritu qué semejante á Dios! Él es sin duda lo mas hermoso de la tierra, el mas perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿qué juzgáis que es en mi estimacion ese purificado polvo? El hombre no me deleita... ni ménos la mujer... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobáis mi opinion.

RICARDO. En verdad, señor, que no habéis acertado mis ideas.

HAMLET. ¿Pues por qué te reias cuando dije que no me deleita el hombre?

RICARDO. Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de cuaresma daréis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET. El que hace de rey sea muy bien venido; su majestad recibirá mis obsequios como es de razon, el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patan dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama expresará libremente su pasion, ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y qué cómicos son?

RICARDO. Los que mas os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

HAMLET. ¿Y por qué andan vagando así? ¿No les sería mejor para su reputacion y sus intereses establecerse en alguna parte?

RICARDO. Creo que los (1) últimos reglamentos se lo prohiben.

(1) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de 1597 se publicó en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre ellos á los cómicos. (Hanmer.) Véase tambien la nota 1 del acto primero pág. 483 (*).

HAMLET. ¿ Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad ? ¿ Acude siempre el mismo concurso ?

RICARDO. No, señor, no por cierto.

HAMLET. ¿ Y en qué consiste ? ¿ Se han echado á perder ?

RICARDO. No, señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método ; pero hay aquí una cria de (1) chiquillos, vencejos chillones, que gritando en la declamacion fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el exceso. Esta es la diversion del dia ; y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman), que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pié en los otros.

HAMLET. ¡ Oiga ! ¿ Con que son muchachos ? ¿ Y quién los sostiene ? ¿ Qué sueldo les dan ? ¿ Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar ? Y cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, como parece verosímil que suceda, si carecen de otros medios, ¿ no dirán entónces que sus compositores los han perjudicado haciéndoles declamar contra la profesion misma que han tenido que abrazar despues ?

RICARDO. Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes y la nacion ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba hasta que el poeta y el cómico reñian y se hartaban de bofetones.

HAMLET. ¿ Es posible ?

GUILLERMO. ¡ Oh si lo es ! Como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

HAMLET. ¿Y qué, los chicos han vencido en esas peleas ?

(1) *Pero hay aquí una cria de chiquillos.* Ya echará de ver el lector que en todo este pasaje duerme profundamente el padre del teatro inglés. Aquí se trata de las compañías de cómicos que representaban en Lóndres á fines del siglo XVI, entre las cuales tenian mucho aplauso la de los músicos de la capilla real, y otra que llamaron *Children of the revels* (Niños de la diversion), las cuales por el concurso que atraian excitaron la envidia de los demas cómicos, como se ve en esta escena claramente. Cuan grande sea el desacierto de poner en boca de Hamlet tales discursos, no hay para qué ponderarlo. Letourneur confiesa de buena fe que en este pasaje Shakespeare *se aparta un poco de su asunto*. En efecto, se aparta un poco.

RICARDO. Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules con maza y todo.

HAMLET. No es extraño. Ya veis mi tio Rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él miéntras vivió mi padre, ahora dan veinte, cuarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es mas que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

GUILLETMO. Ya están ahí los cómicos.

HAMLET. Pues, caballeros, muy bien venidos á Elsingor: acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo comun en ceremonias y cumplimientos; pero permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga, pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos... Pero mi tio padre, y mi madre tia, á fe que se equivocan mucho.

GUILLERMO. ¿En qué, señor.

HAMLET. Yo no estoy loco sino cuando sopla el nornordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña.

ESCENA IX.

POLONIO Y DICHOS.

POLONIO. Dios os guarde, señores.

HAMLET. Oye aquí, Guillermo, y tú tambien... un oyente á cada lado. ¿Veis aquel vejestorio que acaba de entrar? Pues aun no ha salido de mantillas.

RICARDO. Ó acaso habrá vuelto á ellas, porque segun se dice, la vejez es segunda infancia.

HAMLET. Apostaré que me viene á hablar de los cómicos, tened cuidado.... Pues señor, tú tienes razon: eso fué el lúnes por la mañana, no hay duda.

POLONIO. Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET. Señor, tengo que daros una noticia. (*Imitando la voz de Polonio.*) Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO. Señor, los cómicos han venido.

HAMLET. Tuh! tuh! tuh!

POLONIO. Como soy hombre de bien que sí.

HAMLET. Cada actor viene caballero en burro.

(*Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dice poco despues.*)

POLONIO. Estos son los mas excelentes actores del mundo, así en la tragedia (1) como en la comedia, historia ó pastoral, en lo cómico-pastoral, trágico-histórico tragi-có-

(1) *Así en la tragedia como en la comedia.* Á esta especie de catálogo que hace Polonio de los varios géneros de piezas dramáticas que se representaban en tiempo del autor, pudieran añadirse otros muchos que se hallan en la *Biografía dramática* de Erskine Baker. Nuestros poetas, aunque no han pecado ménos que los ingleses en confundir los géneros y estilos, han sido mas moderados en dar á sus piezas denominaciones arbitrarias y ridículas. En nuestro teatro no se conocen mas clases que estas : *Auto*, *Comedia*, *Tragicomedia*, *Tragedia*, *Sainete* (que no es mas que comedia en un acto), *Entremés* (que equivale á farsa), y *Zarzuela* (que es lo mismo que ópera cómica), y ningun autor español ha dado á sus dramas otros nombres que estos. No obstante, el abate Betinelli en su obra de *il Risorgimento d'Italia*, cap. 3, dice hablando del teatro español : *Nuevos nombres inventaren para tan nuevas representaciones. Una se llamaba comedia de capa y espada, otra de dos partes ó jornadas, otra de tres ingenios, autos sacramentales, alegóricos, historiales*, y *otras extravagancias semejantes á estas.* Es lástima por cierto hallar en un literato de tan conocido mérito equivocaciones que desacreditarian á un pedante folicularío y superficial. Ningun autor español ha dado el nombre de *capa y espada* á sus comedias, aunque vulgarmente se llaman así aquellas en que no entran personajes heróicos, para distinguirlas de las demas. Los *autos*, sean de composicion alegórica ó historial, nunca han tenido otro nombre que el de *autos;* y el ser una pieza de dos ó tres jornadas, de uno ó mas ingenios, no es circunstancia que la quite el ser rigurosa tragedia ó comedia, ni el formar dos ó tres o mas fábulas de un solo personaje, quiere decir que los géneros se alteren y confundan. *Ifigenia en Tauris* no es mas que una segunda parte de *Ifigenia en Aulide*, y una y otra son tragedias. *Ircana en Julfa é Ircana en Hispahan* son la segunda y tercera parte de la *Esposa persiana*, y todas tres comedias arregladas de las mejores del teatro italiano. En este deberia haber buscado el docto Betinelli ejemplos de extravagancia, que no hallará tan abundantes ni en el español, ni en el inglés, ni en otro alguno de Europa ; y es ciertamente demasiada generosidad atribuirnos la invencion de tales ridiculeces, cuando Italia puede reclamar este elogio que se la debe de justicia. Véanse aquí unos cuantos nombres de los que sus autores

mico histórico-pastoral, escena (1) indivisible, poema ilimitado... Qué! Para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y en cuanto á las reglas de composicion y la franqueza cómica, estos son los únicos.

HAMLET. ¡ Oh Jepté, juez de Israel!.....
¡ Qué tesoro poseiste !
POLONIO. ¿ Y qué tesoro era el suyo, señor ?
HAMLET. ¿ Qué tesoro ?

No mas que una hermosa hija
A quien amaba en extremo.

POLONIO. Siempre pensando en mi hija.
HAMLET. ¿No tengo razon, anciano Jepté.

han dado á las piezas dramáticas, y juzgue el que sea imparcial á quién pertenece por excelencia el título de inventor : *Archicomedia caprichosa-moral. Anatopismo músico. Archidrama musical. Accion regi-cómica moral. Comedia infernal. Comedia tropológica. Comedia tragicomedia en comedia. Comi-drama-Capricho satiri-cómico. Drama heroi-cómico-histórico. Drama civil y rústico. Drama melo-trágico. Dramática-grotesca. Epopeya trágica. Fábula eteróclita. Fábula trágico-regia-pastoral. Inventiva pastoral escénica-representable. Ópera heroi-tragi-satiri-cómica. Ópera anagramati-cómica. Parábola sacro-dramática. Representacion eremítica espiritual. Tragi-comedia ideal. Tragi-comedia pastoral piscatoria. Trágico-sátira. Tragi-comedia pastrocómica-tricumena.* Si no bastan los títulos citados, véase la *Dramaturgia de Leon Allaci*, y se hallarán algunas docenas mas; pero estos solos prueban suficientemente que el erudito italiano procedió con suma ligereza y absoluta ignorancia de la literatura extranjera, que faltó á la imparcialidad de buen crítico, y que fingiendo lo que no existe, se olvidó de que en su tierra se habian escrito, *Archidramas, Anatopismos y Etopeyas, y Fábulas eteróclitas y anagramati-cómicas, infernales, eremíticas y tricumenas.*

(1) *Escena indivisible.* Hay quien ha creido que por *escena indivisible* deba entenderse *escena fija*, sacando de aquí la consecuencia de que en tiempo de Shakespeare habia ya quien escribiese dramas con unidad de lugar; pero como no hay autoridad ni documento que apoye esta opinion, ni se dice quién fué el poeta que tales obras compuso, ni quién las imprimió, ni quién las vió, no será temeridad presumir que jamas habrán existido. Estas piezas y las tres comedias de Lope escritas con arte, y las mil tragedias atribuidas á Malara, por quien no sabe el trabajo que cuesta hacer una, pueden ponerse en la lista de los bienes deseados.

POLONIO. ¡ Señor ! si me llamáis Jepté cierto es que tengo una hija á quien amo en extremo.

HAMLET. ¡ Oh ! no es eso lo que se sigue?

POLONIO. ¿ Pues qué sigue, señor?

HAMLET. Esto :

No hay mas suerte que Dios, ni mas destino.

Y luego ya sabes :

Que cuanto nos sucede él lo previno.

Lee la primera (1) línea de aquella devota cancion, y ella sola te manifestará lo demas. Pero, veis ? Ah vienen otros á hablar por mí.

ESCENA X.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, POLONIO Y CUATRO COMICOS.

HAMLET. Bien venidos, señores : me alegro de veros á todos tan buenos. Bien venidos..... ¡ Oh! oh camarada antiguo ! mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te vi. ¿ Vienes á Dinamarca á hacerme parecer viejo á mí tambien ? ¡ Y tú, mi niña, oiga ! ya eres una señorita : por la Vírgen, que ya está vuesa merced una cuarta mas cerca del cielo desde que no la he visto. Dios (2) quiera que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detras del primer objeto que se me presenta, como halconero frances. Yo quiero al instante una relacion. Sí, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasaje afectuoso.

(1) *La primera línea de aquella devota cancion* En este pasaje y el anterior en que habla de Jepté, se alude á las coplas devotas ó villancicos que se cantaban por las calles en tiempo del autor.

(2) *Dios quiera que tu voz*, Hamlet habla con un muchacho, que hace papel de mujer.

CÓMICO 1º. ¿ Y cuál queréis, señor?

HAMLET. Me acuerdo de haberte oido en otro tiempo una relacion que nunca se ha representado al público, ó una sola vez cuando mas... Sí, y me acuerdo tambien que no agradaba á la multitud : no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entónces, y aun á otros cuyo dictámen vale mas que el mio, una excelente pieza, bien dispuesta la fábula, y escrita con elegancia y decoro. No faltó sin embargo quien dijo que no habia en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructivo y elegante, y mas brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relacion que Eneas hace á Dido, y sobre todo cuando habla de la muerte de Príamo. Si la tienes en la memoria... empieza por aquel verso... deja, deja, veré si me acuerdo.

Pirro feroz como la hircana tigre.....

(*Todos los versos de esta escena los dicen con declamacion trágica.*)

No es este; pero empieza con Pirro... ah!...

Pirro (1) feroz, con pavonadas armas,
Negras como su intento, reclinado

(1) *Pirro feroz con pavonadas armas.* Algunos eruditos han creido que Shakespeare quiso en estos versos (sean suyos ó ajenos) burlarse del estilo declamatorio, hinchado y retumbante : otros, que no los han hallado defectuosos, son de contrário parecer. Esta variedad de opiniones nace sin duda de que todos ellos han dado por supuesto que Shakespeare no podia hacer ni aprobar cosa que no fuese perfecta. Los que no le juzguen impecable, hallarán estos versos muy dignos de su pluma : fantasía robusta, imágenes atrevidas, expresion gigantesca, pompa de estilo, mucha descripcion, adornos inoportunos, viciosa abundancia; tales son las prendas que caracterizan este y el siguiente pasaje, y ellas delatan el verdadero autor Las armas negras como la intencion de Pirro; la sangre cuajada, que le cubre de la frente al pié; el aire de su espada, que postra al débil Príamo; el Ilion, que como si fuera sensible á tanto golpe, desploma sus techos; la rueda de la fortuna, precipitándose hecha pedazos desde el cielo hasta los abismos; Hécuba, que intenta extinguir con su llanto el incendio de Troya : Pirro, que deshace en trozos

Dentro en los senos del caballo enorme,
Á la lóbrega noche parecia.
Ya su terrible, ennegrecido aspecto
Mayor espanto da. Todo le tiñe
De la cabeza al pié caliente sangre
De ancianos y matronas, de robustos
Mancebos y de vírgenes, que abrasa
El fuego de inflamados edificios
En confuso monton; á cuya horrenda
Luz que despiden, el caudillo insano
Muerte y estrago esparce. Ardiendo en ira,
Cubierto de cuajada sangre, vuelve
Los ojos, al carbunclo semejantes,
Y busca, instado de infernal venganza,
Al viejo abuelo Príamo.....

Prosigue tú.

POLONIO. ¡Muy bien declamado, á fe mia! con buen acento y bella expression.

CÓMICO. I.° Al momento
Le ve lidiando ¡ resistencia breve!
Contra los Griegos : su temida espada
Rebelde al brazo ya, le pesa inútil.
Pirro, de furias lleno, le provoca
Á liza desigual : herirle intenta,
Y el aire solo del funesto acero
Postra al débil anciano. Y cual si fuese
Á tanto golpe el Ilion sensible,
Al suelo desplomó sus techos altos,
Ardiendo en llamas, y al rumor suspenso.
Pirro..... ¿Le veis? la espada que venía
Á herir del Teucro la nevada frente,
Se detiene en los aires, y él inmoble,
Absorto y mudo y sin accion su enojo,
La imágen de un tirano representa
Que figuró el pincel. Mas como suele
Tal vez el cielo en tempestad oscura

menudos el cadáver de Príamo; las estrellas, ojos del cielo, humedecidos en lágrimas, son expresiones ó ideas tan propias del autor de *Hamlet*, que equivalen á cualquiera demostracion. Y si lo gigantesco, lo recargado, lo inoportuno y redundante de ellas impide á sus apasionados reconocerlas por suyas, sirvan de compensacion á estos defectos las dos excelentes comparaciones de la calma que precede al rayo, y el golpe de los cíclopes sobre las armas de Marte.

Parar su movimiento, de los aires
El ímpetu cesar, y en silenciosa
Quietud de muerte reposar el orbe,
Hasta que el trueno, con horror zumbando,
Rompe la alta region; así un instante
Suspensa fué la cólera de Pirro,
Y así, dispuesto á la venganza, el duro
Combate renovó. No mas tremendo
Golpe en las armas de Mavorte eternas
Dieron jamás los cíclopes tostados,
Que sobre el triste anciano la cuchilla
Sangrienta dió del sucesor de Aquiles.
¡Oh fortuna falaz!.... Vos, poderosos
Dioses, quitadla su dominio injusto:
Romped los rayos de su rueda y calces,
Y el eje circular desde el Olimpo
Caiga en pedazos del abismo al centro.

POLONIO. Es demasiado largo.

HAMLET. Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Este sólo gusta de ver bailar ó de oir cuentos de alcahuetas, ó si no se duerme. Prosigue con aquello de Hécuba.

MICO 1.° Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida Reina...

HAMLET. ¡La mal ceñida reina!

POLONIO. Eso es bueno, mal ceñida reina, bueno!

MICO 1.° Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida reina, el pié desnudo,
Girar de un lado al otro, amenazando
Extinguir con sus lágrimas el fuego...
En vez de vestidura rozagante
Cubierto el seno, harto fecundo un dia,
Con las ropas del lecho arrebatadas
(Ni á mas la dió lugar el susto horrible),
Rasgado un velo en su cabeza, donde
Antes resplandeció corona augusta....
Ay! quien la viese, á los supremos hados
Con lengua venenosa execraria.
Los Dioses mismos, si á piedad le mueve
El linaje mortal, dolor sintieran
De verla, cuando al implacable Pirro
Halló esparciendo en trozos con su espada,
Del muerto esposo los helados miembros.

Lo ve, y exclama con gemido triste,
Bastante á conturbar allá en su altura
Las deidades de Olimpo, y los brillantes
Ojos del cielo humedecer en lloro.

POLONIO. Ved como muda de color y se le han saltado las lágrimas. No, no prosigáis.

HAMLET. Basta ya, presto me dirás lo que falta. Señor mio, es menester hacer que estos cómicos se establezcan, ¿lo entiendes? y agasajarlos bien. Ellos son sin duda el epítome histórico de los siglos, y mas te valdrá tener despues de muerto un mal epitafio, que una mala reputacion entre ellos miéntras vivas.

POLONIO. Yo, señor, los trataré conforme á sus méritos.

HAMLET. ¡Qué cabeza esta! No, señor, mucho mejor. Si á los hombres se les hubiese de tratar segun merecen, ¿quién escaparia de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza y á tu propio honor: cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO. Venid, señores.

HAMLET. Amigos, id con él. Mañana habrá comedia. Oye aquí tú, amigo: díme, ¿no pudierais representar *La Muerte de Gonzago?*

CÓMICO 1.° Sí, señor.

HAMLET. Pues mañana á la noche quiero que se haga. ¿Y no podrias, si fuese menester, aprender de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza? Podrás?

CÓMICO 1.° Sí, señor.

HAMLET. Muy bien: pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagáis burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

RICARDO. Señor.

HAMLET. Id con Dios.

ESCENA XI.

HAMLET.

Ya estoy solo. ¡Qué abatido, qué insensible soy! ¿No es admirable que este actor, en una fábula, en una ficcion, pueda dirigir tan á su placer el ánimo, que así agite y desfigure el rostro en la declamacion, vertiendo de sus

ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas á lo que quiere expresar? Y esto por nadie : por Hécuba. ¿Y quién es Hécuba para él, ó él para ella, que así llore sus infortunios? ¡Pues qué no haria si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo! Inundaria el teatro con llanto, su terrible acento conturbaria á cuantos le oyesen, llenaria de desesperacion al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusion, y sorprenderia con asombro la facultad de los ojos y los oídos. ¡Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permanezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! ¿Qué? ¿Nada merece un rey con quien se cometió el mas atroz delito para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? ¿Quién se (1) atreve á llamarme villano, ó á insultarme en mi presencia, arrancarme la barba, soplármela al rostro, asirme de la nariz, ó hacerme tragar legía que me llegue al pulmon? ¿Quién se atreve á tanto? ¿Sería yo capaz de sufrirlo? Sí, que no es posible, sino que yo sea como la paloma que carece de hiel, incapaz de acciones crueles : á no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno, deshonesto, homicida, pérfido seductor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. Pero ¿por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mio, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza), afeminado y débil desahogue con palabras el corazon, prorumpa en execraciones vanas como una prostituta (2) vil ó un pillo

(1) ¿*Quién se atreve á llamarme villano*? El pensamiento es : ¿será posible que yo (no acostumbrado jamas á que nadie me insulte) tolere ahora tan graves ofensas? Sí, que ha faltado en mí sin duda el antiguo valor, pues no he tomado ya venganza de un enemigo que detesto. Esta reflexion de Hamlet es justa y oportuna; pero las imágenes ridículas con que la amplifica y adorna, lo echan todo á perder.

(2) *Prostituta vil.* Letourneur omitió en la version de este monólogo lo de arrancar las barbas y soplarlas, el asir las narices, la lejía, la paloma sin hiel, la prostituta y el pillo de cocina, no obstante haber prometido solemnemente en el prólogo que su traduccion *será exacta y fiel, formando una copia parecida donde se verán la composicion, las actitudes, el colorido, las bellezas y los defectos del cuadro original.*

de cocina? ¡Ah! no, ni aun sólo imaginarlo. ¡Eh!... Yo he oido que tal vez asistiendo á una representacion hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusion del teatro, que á vista de todos han publicado sus delitos; que la culpa, aunque sin lengua, siempre se manifestará por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tio algun pasaje que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo mas vivo del corazon, observaré sus miradas: si muda (1) de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparicion que vi. pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es difícil presentarse bajo la mas agradable forma; sí. y acaso como él es tan poderoso, sobre una imaginacion perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolía, me engaña para perderme. Yo voy á adquirir pruebas mas sólidas, y esta representacion ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del Rey.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA.

Galería de palacio.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO. ¿Y no os fué posible indagar en la conversa-

(1) *Si muda de color, si se estremece.* ¿Y está seguro Hamlet de que el Rey se estremecerá y mudará de color? ¿No es de creer que un malvado, cauto, artificioso, halagüeño, que no siente remordimientos de su culpa, y que ha sabido con tanta destreza disimularla, sabrá tambien conservar en aquella ocasion una tranquilidad aparente que desbarate todas las ideas del Príncipe? Cuando vea por la escena que le han de representar, que Hamlet sabe ya las circunstancias de la muerte de su padre y el agresor de ella, ¿tardará un momento en quitarle la vida, ó podra omitir un nuevo delito que le es necesario, estando tan hecho á cometer otros mayores? Hamlet, que ha fingido hasta ahora estar loco, ya parece que lo es de véras, pues no conoce que puede ser víctima de su propio artificio.

cion que con él tuvisteis, de qué nace aquel desórden de espíritu que tan cruelmente altera su quietúd con turbulenta y peligrosa demencia?

RICARDO. El mismo reconoce los extravíos de su razon, pero no ha querido manifestarnos el orígen de ellos.

GUILLERMO. Ni le hallamos en disposicion de ser examinado, porque siempre huye de la cuestion con un rasgo de locura, cuando ve que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

GERTRÚDIS. ¿Fuisteis bien recibidos de él?

RICARDO. Con mucha cortesía.

GUILLERMO. Pero se le conocia una cierta sujecion.

RICARDO. Preguntó poco, pero respondia á todo con prontitud.

GERTRÚDIS. ¿Le habéis convidado para alguna diversion?

RICARDO. Sí, señora, porque casualmente habíamos encontrado una compañía de cómicos en el camino: se lo dijímos, y mostró complacencia al oirlo. Están ya en la corte, y creo que tienen órden de representarle esta noche una pieza.

POLONIO. Así es la verdad, y me ha encargado de suplicar á vuestras Majestades que asistan á verla y oirla.

CLAUDIO. Con mucho gusto: me complace en extremo saber que tiene tal inclinacion. Vosotros, señores, excitadle á ella, y aplaudid su propension á este género de placeres.

RICARDO. Así lo haremos.

ESCENA II.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO. Tú, mi amada Gertrúdis, deberás tambien retirarte, porque hemos dispuesto que Hamlet, al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre á Ofelia. Su padre (1) y yo, testigos los mas aptos para el fin, nos colocaremos donde veamos sin ser vistos: así podremos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del príncipe conoceremos si es pasion de amor el mal de que adolece.

(1) *Su padre y yo, testigos los mas aptos.* Véase la nota primera del primer acto.

GERTRÚDIS. Voy á obedeceros, y por mi parte, Ofelia, ¡oh cuánto desearia que tu rara hermosura fuese el dichoso orígen de la demencia de Hamlet! Entónces yo deberia esperar que tus prendas amables pudieran para vuestra mutua felicidad restituirle su salud perdida.

OFELIA. Yo, señora, tambien quisiera que fuese así.

ESCENA III.

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

POLONIO. Paséate por aquí, Ofelia. Si vuestra Majestad gusta, podemos ya ocultarnos. Haz que lees en este libro (*dándola un libro*) : esta ocupacion disculpará la soledad del sitio... ¡ Materia es por cierto en que tenemos mucho de que acusarnos! ¡ Cuántas veces con el semblante de la devocion y la apariencia de acciones piadosas engañamos al diablo mismo!

CLAUDIO. Demasiado cierto es..... (*Aparte.*) ¡ Qué cruelmente ha herido esa reflexion mi conciencia! El rostro de la meretriz, hermoseada con el arte, no es mas feo despojado de los afeites, que lo es mi delito disimulado en palabras traidoras. ¡ Oh qué pesada carga me oprime!)

POLONIO. Ya le siento llegar, señor ; conviene retirarnos.

ESCENA IV.

HAMLET, OFELIA.

(*Hamlet dirá este monólogo, creyéndose solo. Ofelia á un extremo del teatro lee.*)

HAMLET. Existir (1) ó no existir, esta es la cuestion.

(1) *Existir ó no existir.* Johnson explica la situacion de Hamlet y la serie de sus ideas, en esta forma : « Hamlet que se ve ofendido del modo mas atroz, no hallando camino de vengarse sin exponerse al mayor peligro, raciocina de esta manera. Ántes que yo pueda formar plan ninguno, conviene decidir si despues de esta vida hemos de existir ó no. Yo aquí la cuestion, cuya resolucion determinará si es mas conveniente al decoro y á la razon sufrir en paciencia los ultrajes de la fortuna, ó armarme contra ella y acabar con la vida todos mis males. Si morir es lo mismo que

¿Cuál es mas digna accion del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ú oponer los brazos á este torrente de calamidades y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿ No mas? ¿ Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza ?... Este es término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir..... y talvez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo ; porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razon harto poderosa para detenernos. Esta es la consideracion que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿ Quién, si esto no fuese, aguantaria la lentitud de

dormir, este sería un término apetecible; pero si morir es soñar, esto es, conservar todavía la sensibilidad, en tal caso bien es detenerse un poco á reflexionar qué especie de sueños pueden ocurrir despues de la muerte. Esta consideracion, este temor de lo futuro, nos hace sufrir por tanto tiempo la calamidad : esto da fuerzas á la conciencia y entorpece la resolucion. Hamlet iba á contraer á sí mismo, y á las circunstancias en que se halla, estas observaciones generales; pero la vista inopinada de Ofelia interrumpe sus reflexiones. »

No obstante la opinion que se acaba de exponer, podria notarse que el discurso de Hamlet es impropio de la situacion en que se halla. Porque ¿ cuáles pueden ser sus ideas? ¿ Quiere matarse? No es ocasion : su padre le pide venganza, el Cielo le avisa á fuerza de prodigios que el tirano debe morir, y él ha de ser el instrumento. ¿ Teme perecer en la empresa? Este temor es indigno de un alma grande, indigno de quien está seguro de la justicia de su causa, y debe contar con el favor de la Omnipotencia, que pues le ordena aquella accion, sabrá darle los medios de ejecutarla, y disipará todos los peligros. Un hombre animado de tal impulso ¿ es bien que tema la muerte, ni le asuste la consideracion de la eternidad ? ¿ Ha creido acaso que es ficcion del demonio la aparicion que vió? Pues si todo es falso, nada hay que emprender : su tio no es ni usurpador ni fratricida. Tales son las dificultades que ocurren acerca del soliloquio de Hamlet, el cual no parece convenir á las circunstancias presentes. Colóquese, por ejemplo, en el primer acto ántes de la escena en que los soldados hablan al príncipe, y entónces será oportuno cuanto se dice en él.

Prescindiendo de estos reparos, de cuya solidez juzgarán los inteligentes, el monólogo de Hamlet es uno de los pasajes mas aplaudidos de esta tragedia, y merece serlo.

los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres mas indignos, las angustias de un malpagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con solo un puñal? ¿Quién podría tolerar tanta opresion, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa mas allá de la muerte (aquel país desconocido, de cuyos límites ningun caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, ántes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta prevision nos hace á todos cobardes: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia por esta sola consideracion mudan camino, no se ejecutan, y se reducen á designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

OFELIA. ¿Cómo os habéis sentido, señor, en todos estos dias?

HAMLET. Muchas gracias. Bien.

OFELIA. Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras que deseo restituiros mucho tiempo ha, y os pido que ahora las toméis.

HAMLET. No, yo (1) nunca te di nada.

OFELIA. Bien sabéis, señor, que os digo verdad..... Y con ellas me disteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidlas, que un alma generosa considera como viles los mas opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí. (*Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas.*)

HAMLET. ¡Oh! oh! ¿Eres honesta?

OFELIA. Señor.....

HAMLET. ¿Eres hermosa?

OFELIA. ¿Qué pretendéis decir con eso?

(1) *No, yo nunca te di nada.* No se halla razon que disculpe la dureza bárbara con que Hamlet trata en esta escena á la inocente y sensible Ofelia. Pudiera muy bien hacer con ella el papel de loco, sin despreciarla ni abatirla.

HAMLET. Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

OFELIA. ¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

HAMLET. Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una alcahueta, ántes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenia esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te queria ántes, Ofelia.

OFELIA. Así me lo dabais á entender.

HAMLET. Y tú no debieras haberme creido, porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemo original..... Yo no te he querido nunca.

OFELIA. Muy engañada estuve.

HAMLET. Mira, vete á un convento: ¿para qué te has de exponer á ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con mas pecados sobre mi cabeza que pensamientos para explicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo para llevarlos á ejecucion. ¿A qué fin los miserables como yo han de existir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados: no creas á ninguno de nosotros; vete, vete á un convento... ¿En dónde está tu padre?

OFELIA. En casa está, señor.

HAMLET. Sí: pues que cierren bien todas las puertas, para que si quiere hacer locuras las haga dentro de su casa. Á Dios. (*Hace que se va, y vuelve.*)

OFELIA. ¡Oh mi buen Dios, favorecedle!

HAMLET. Si te casas, quiero darte esta maldicion en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Vete á un convento. Á Dios. Pero... escucha: si tienes necesidad de casarte, cásate con un tonto, porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras... Al convento, y pronto. Á Dios.

(*Hace que se va, y vuelve.*)

OFELIA. ¡El Cielo, con su poder le alivie!

HAMLET. He oido hablar mucho de vuestros afeites y embelecos. La naturaleza os dió una cara, y vosotras os haceis otra distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar aniñado, pasáis por inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos. Pero no hablemos mas de esta materia, que me ha hecho perder la razon..... Digo sólo que de hoy en adelante no habrá mas casamientos : los que ya están casados (exceptuando uno), permanecerán así ; los otros se quedarán solteros... Vete al convento, vete.

ESCENA V.

OFELIA.

¡ Oh que trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetracion del cortesano, la lengua del sabio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del Estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza que estudiaban los mas advertidos, todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la mas desconsolada é infeliz de las mujeres, que gusté algun dia la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiende, aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesí. ¡ Oh cuánta, cuánta es mi desdicha de haber visto lo que vi, para ver ahora lo que veo!

ESCENA VI.

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO. ¡ Amor! Qué! No van por ese camino sus afectos: ni en lo que ha dicho, aunque algo falto de órden, hay nada que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su melancolía, y recelo que ha de ser un mal el fruto que produzca. Á fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra á pedir en mi nombre los atrasados tributos. Acaso el mar y los países diferentes podrán con la variedad de objetos alejar esta pasion que le ocupa, sea la que

fuere, sobre la cual su imaginacion sin cesar golpea. ¿Qué te parece?

POLONIO. Que así es lo mejor. Pero yo creo, no obstante, que el orígen y principio de su afliccion provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para qué nos cuentes lo que te ha dicho el príncipe, que todo lo hemos oido.

ESCENA VII.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO. Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgáis á propósitio, sería bien que la Reina retirada á solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste á que la manifieste sus penas, hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitís, me pondré en paraje de donde pueda oir toda la conversacion. Si no logra su madre descubrir este arcano, enviadle á Inglaterra, ó desterradle donde vuestra prudencia os dicte.

CLAUDIO. Así se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atencion.

ESCENA VIII.

Salon de palacio.

(*El salon estará iluminado : habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta con pabellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.*)

HAMLET, Y DOS COMICOS.

HAMLET. Dirás (1) este pasaje en la forma que te le he declamado yo ; con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos : mas

(1) *Dirás este pasaje.* Vé aquí un príncipe á quien se le acaba de aparecer el alma de su padre, entretenido en dar lecciones de representar. ¡ Qué tranquilidad de ánimo ! Así se gastan cinco actos en una fábula que pudiera holgadamente reducirse á tres.

valdria entónces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire : moderacion en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el huracan de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresion. Á mí me desazona en extremo ver á un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere exprimir, y rompe y desgarra los oídos del vulgo rudo, que sólo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaria azotar á un energúmeno de tal especie : Heródes de farsa, mas furioso que el mismo Heródes. Evita, evita este vicio.

CÓMICO 1.º Así os lo prometo.

HAMLET. Ni seas tampoco demasiado frio : tu misma prudencia debe guiarte. La accion debe corresponder á la palabra, y esta á la accion, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que mas se oponga al fin de la representacion, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su propia imágen, cada nacion y cada siglo sus principales caractéres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, excitará la risa de los ignorantes ; pero no puede ménos de disgustar á los hombres de buena razon, cuya censura debe ser para vosotros de mas peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos cómicos que otros aplaudian con entusiasmo, por no decir con escándalo, los cuales no tenian acento ni figura de cristanos, ni de gentiles, ni de hombres, que al verlos hincharse y bramar no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres hechos por algun mal aprendiz : tan inicuamente imitaban la naturaleza.

CÓMICO 1.º Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET. Corregidle del todo, y cuidad tambien que los que hacen (1) de payos no añadan nada á lo que está es-

(1) *Los que hacen de payos*. En tiempo del autor solian los cómicos ingleses introducir discursos y aun escenas enteras, inventadas de repente en el teatro, para dar novedad á los dramas y lucir la prontitud de su ingenio ; de lo cual resultaban defectos muy considerables, y á este abuso alude Shakespeare.

crito en su papel; porque algunos de ellos para hacer reir á los oyentes mas adustos, empiezan á dar risotadas, cuando el interes del drama deberia ocupar toda la atencion. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican el ridículo empeño de lucirlo. Id á prepararos.

ESCENA IX.

HAMLET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET. Y bien, Polonio, ¿ gustará el Rey de oir esta pieza?

POLONIO. Si, señor, al instante, y la Reina tambien.

HAMLET. Ve á decir á los cómicos que se despachen. ¿ Queréis ir vosotros á darles prisa?

RICARDO. Con mucho gusto.

ESCENA X.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET. ¿ Quién es?... ¡ Ah ! Horacio.

HORACIO. Veisme aquí, señor, á vuestras órdenes.

HAMLET. Tú, Horacio, eres un hombre cuyo trato me ha agradado siempre.

HORACIO. Oh ! Señor...

HAMLET. No creas que pretendo adularte : ¿ ni qué utilidades puedo yo esperar de ti, que exceptuando tus buenas prendas, no tienes otras rentas para alimentarte y vestirte? ¿ Habrá quien adule al pobre? No... Los que tienen almibarada la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza estúpida, y doblen los goznes de sus rodillas donde la lisonja encuentre galardon. ¿ Me has entendido ? Desde que mi alma se halló capaz de conocer á los hombres y pudo elegirlos, tú fuiste el escogido y marcado para ella ; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta dispueta á sonar segun ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo

le colocaré en el centro de mi corazon; sí, en el corazon de mi corazon, como lo hago contigo. Pero yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del Rey: una de sus escenas contiene circunstancias muy parecidas á las de la muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que, cuando este paso se represente, observes á mi tio con la mas viva atencion del alma: si al ver uno de aquellos lances su oculto delito no se descubre por sí solo, sin duda el que hemos visto es un espíritu infernal, y son todas mis ideas mas negras que los yunques de Vulcano. Examínale cuidadosamente; yo tambien fijaré mi vista en su rostro, y despues uniremos nuestras observaciones para juzgar lo que su exterior nos anuncie.

HORACIO. Está bien, señor; y si durante el espectáculo logra hurtar á nuestra indagacion el menor arcano, yo pago el hurto.

HAMLET. Ya vienen á la funcion: vuélvome á hacer el loco, y tú busca asiento.

ESCENA XI.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, HORACIO, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO, Y ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CABALLEROS, PAJES Y GUARDIAS.

(*Suena marcha dánica.*)

CLAUDIO. ¿Cómo estás, mi querido Hamlet?

HAMLET. Muy bueno, señor; me mantengo del aire como el camaleon, engordo con esperanzas. No podréis vos cebar así á vuestros capones.

CLAUDIO. No comprendo esa respuesta, Hamlet, ni tales razones son para mí.

HAMLET. Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la universidad? eh?

POLONIO. Sí, señor, así es, y fuí reputado por muy buen actor.

HAMLET. ¿Y qué hisciste?

POLONIO. El papel de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAMLET. Muy bruto (1) fué el que cometió en el Capitolio tan capital delito. ¿ Están ya prevenidos los cómicos ?

RICARDO. Sí, señor, y esperan sólo vuestras órdenes.

GERTRÚDIS. Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte á mi lado.

(*Gertrúdis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su órden las damas y caballeros. Hamlet se sienta en el suelo á los piés de Ofelia.*)

HAMLET. No, señora, aquí hay un iman de mas atraccion para mí.

POLONIO. ¡ Ah ah ! ¿ habéis notado eso ?

HAMLET. ¿ Permitiréis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA. No, señor.

HAMLET. Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA. Sí, señor.

HAMLET. ¿ Pensáis que yo quisiera cometer alguna indecencia ?

OFELIA. No, no pienso nada de eso.

HAMLET. ¡ Qué dulce cosa es... (2).

OFELIA. ¿ Qué decís, señor ?

HAMLET. Nada.

OFELIA. Se conoce que estáis de fiesta.

HAMLET. ¿ Quién, yo ?

OFELIA. Sí, señor.

HAMLET. Lo hago sólo por divertiros. Y bien mirado, ¿ qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre que contenta está, y mi padre murió ayer.

OFELIA. ¡ Eh ! no, señor, que ya hace dos meses.

HAMLET. ¿ Tanto ha? ¡ Oh ! pues quiero vestirme todo de

(1) *Muy bruto fué el que cometió.* Estas puerilidades y equívocos necios no son propios de la tragedia, ni de la comedia, ni de obra ninguna escrita con gusto y juicio. En tiempo de Shakespeare se hizo tan comun esta corrupcion, que los mas graves predicadores llenaban sus oraciones de tales frialdades, y no es de admirar que se usara en el teatro lo que se aplaudia en el púlpito. Véase la *Vida de Shakespeare*, escrita por Hanmer.

(2) El pasaje que se ha dejado en blanco es uno de aquellos cuya traduccion podria ofender la modestia de los lectores. El original dice :

That's a fair thought to lie between maids' legs!

arminios, y llévese el diablo el luto. ¡ Dios mio ! ¡ Dos meses ha que murió, y todavía se acuerdan de él ! De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviva quizás medio año ; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que si no, por la Vírgen santa no habrá nadie que de él se acuerde, como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio :

Ya murió el caballito de palo,
Y ya le olvidaron así que murió.

(*Suenan* (1) *trompetas, y se da principio á la escena muda. Salen el duque y la duquesa (que lo harán los Cómicos* 1.° *y* 2.°): *al encontrarse, se saludan y abrazan afectuosamente : ella se arrodilla, mostrando el mayor respeto : él la levanta, y reclina la cabeza sobre el pecho de su esposa. Acuéstase el duque en un lecho de flores, y ella se retira al verle dormido. Sale el Cómico* 3.° (*que hace el papel de Luciano, sobrino del duque*), *se acerca, le quita al duque la corona, la besa, le derrama en el oído una porcion de licor que lleva en un frasco, y hecho esto se va. Vuelve la duquesa, y hallando muerto á su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale Luciano con dos ó tres que le acompañan, y hace ademanes de dolor ; manda retirar el cadáver, y quedando á solas con la duquesa, la solicita y la ofrece dádivas : ella resiste un poco y le desdeña, pero al fin admite su amor. Vanse.*)

OFELIA. ¿ Qué significa esto, señor ?

(1) *Suenan trompetas.* En esta escena muda se representa la muerte del Rey Hamlet, con todas sus circunstancias, delante de Claudio, que sufre en paciencia tal espectáculo sin darse por entendido. ¿ Pues por qué no hace lo mismo en adelante ? No se adivina la razon. Ó debió interrumpir esta escena luego que vió el argumento de ella, ó debia sufrir con igual serenidad la declamacion que sigue despues, en la cual nada hay que pudiera ofenderle de nuevo, habiendo visto ya puestas en accion sus maldades. Así es que este personaje se contradice en su modo de proceder : cuando ve la representacion muda, tolera mucho ; y cuando oye los versos, demasiado poco. En cuanto á la temeridad del príncipe, de presentar al tirano tal espectáculo, ya se hicieron algunas observaciones en la nota del acto segundo, pág 519.

HAMLET. Eso es un asesinato oculto, y anuncia grandes maldades.

OFELIA. Segun parece, la escena muda contiene el argumento del drama.

ESCENA XII.

COMICO 4.° Y DICHOS.

HAMLET. Ahora lo sabremos por lo que nos diga ese actor: los cómicos no pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

OFELIA. ¿No dirá este lo que significa la escena que hemos visto?

HAMLET. Sí por cierto, y cualquiera otra escena que le hagáis ver. Como no os avergoncéis de representársela, él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFELIA. ¡Qué malo, qué malo sois! Pero dejadme atender á la pieza.

CÓMICO 4.° Humildemente os pedimos
Que escuchéis esta tragedia,
Disimulando las faltas
Que haya en nosotros y en ella.

HAMLET. ¿Es esto prólogo, ú mote de sortija?

OFELIA. ¡Qué corto ha sido!

HAMLET. Como cariño de mujer.

ESCENA XIII.

COMICO 1.°, COMICO 2.° Y DICHOS.

CÓMICO 1.° Ya treinta (1) vueltas dió de Febo el carro
Á las ondas saladas de Nereo
Y al globo de la tierra, y treinta veces
Con luz prestada han alumbrado el suelo
Doce lunas, en giros repetidos,
Despues que el dios de Amor y el Himeneo

(1) *Ya treinta vueltas dió.* No deja de estar un poco embrollada esta cuenta: no obstante, parece que todo ello suma treinta años y un mes.

Nos enlazaron, para dicha nuestra,
En nudo santo el corazon y el cuello
CÓMICO 2.° Y ¡oh! quiera el Cielo que otros tantos giros
Á la luna y al sol, señor, contemos
Ántes que el fuego de este amor se apague.
Pero es mi pena inconsolable al veros
Doliente, triste, y tan diverso ahora
De aquel que fuisteis... Tímida recelo....
Mas toda mi afliccion nada os conturbe;
Que en pecho femenil llega al exceso
El temor y el amor. Allí residen
En igual proporcion ambos afectos,
Ó no existe ninguno, ó se combinan
Este y aquel con el mayor extremo.
Cuán grande es el amor que á vos me inclina,
Las pruebas lo dirán que dadas tengo;
Pues tal es mi temor. Si un fino amante,
Sin motivos tal vez vive temiendo,
La que al veros así toda es temores,
Muy puro amor abrigará en el pecho.
CÓMICO 1.° Sí, yo debo dejarte, amada mia;
Inevitable es ya: cederán presto
Á la muerte mis fuerzas fatigadas;
Tú vivirás, gozando del obsequio
Y el amor de la tierra. Acaso entónces
Un digno esposo...
CÓMICO 2.° No, dad al silencio
Esos anuncios. ¡Yo! ¿Pues no serian
Traicion culpable en mí tales afectos?
¿Yo un nuevo esposo? No; la que se entrega
Al segundo señor, mató al primero.

HAMLET. Esto es zumo de agenjos.

CÓMICO 2.° Motivos de interes tal vez inducen
Á renovar los nudos de Himeneo,
No motivos de amor: yo causaria
Segunda muerte á mi difunto dueño,
Cuando del nuevo esposo recibiera
En tálamo nupcial amantes besos.
CÓMICO 1.° No dudaré que el corazon te dicta
Lo que aseguras hoy: fácil creemos
Cumplir lo prometido, y fácilmente
Se quebranta y se olvida. Los deseos
Del hombre á la memoria están sumisos,
Que nace activa y desfallece presto.

Así pende (1) del ramo acerbo el fruto,
Y así maduro, sin impulso ajeno,
Se desprende despues. Difícilmente
Nos acordamos de llevar á efecto
Promesas hechas á nosotros mismos,
Que al cesar la pasion cesa el empeño.
Cuando de la afliccion y la alegría
Se moderan los ímpetus violentos,
Con ellos se disipan las ideas
Á que dieron lugar, y el mas ligero
Acaso los placeres en afanes
Muda tal vez, y en risa los lamentos.
Amor, como la suerte, es inconstante :
Que en este mundo al fin nada hay eterno,
Y aun se ignora si él manda á la fortuna,
Ó si esta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del lugar sublime
Se precipita, le abandonan luego
Cuantos gozaron su favor : si el pobre
Sube á prosperidad, los que le fueron
Mas enemigos su amistad procuran,
(Y el amor sigue á la fortuna en esto)
Que nunca al venturoso amigos faltan,
Ni al pobre desengaños y desprecios.
Por differente senda se encaminan
Los destinos del hombre y sus afectos,
Y sólo en él la voluntad es libre,
Mas no la ejecucion, y así el suceso
Nuestros designios todos desvanece.
Tú me prometes no rendir á nuevo
Yugo tu libertad.....Esas ideas
¡ Ay! morirán cuando me vieres muerto.

CÓNICO 2.° Luces me niegue el sol, frutos la tierra,
Sin descanso y placer viva muriendo,
Desesperada y en prision oscura,
Su mesa envidie al eremita austero;
Cuantas penas el ánimo entristecen,
Todas turben el fin de mis deseos
Y los destruyan, ni quietud encuentre
En parte alguna con afan eterno,
Si ya difunto mi primer esposo,
Segundas bodas pérfida celebro.

(1) *Así pende del ramo.* Esto no es mas que una ociosa amplificacion de lo que ha dicho ya.

HAMLET. Si ella no cumpliese lo que promete...

Mucho juraste... Aquí gozar quisiera
Solitaria quietud : rendido siento
Al cansancio mi espíritu. Permite
Que alguna parte le conceda al sueño
De las molestas horas.
(*Se acuesta en un lecho de flores.*)
COMICÓ 2.º Él te halague
Con tranquilo descanso, y nunca el Cielo
En union tan feliz pesares mezcle. (*Vase.*)

HAMLET. ¿ Y bien, señora, qué tal os va pareciendo la pieza?

GERTRÚDIS. Me parece que esa mujer promete demasiado.

HAMLET. Sí, pero lo cumplirá.

CLAUDIO. ¿ Te has (1) enterado bien del asunto ? ¿ Tiene algo que sea de mal ejemplo?

HAMLET. No, señor, no. Si todo ello es mera ficcion : un veneno... fingido ; pero mal ejemplo, qué ! no señor.

CLAUDIO. ¿ Cómo se intitula este drama?

HAMLET. *La Ratonera.* Cierto que sí... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena... el duque se llama Gonzago, y su mujer Baptista... Ya, ya veréis presto..... Oh ! es un enredo maldito ! ¿ Y qué importa? Á vuestra Majestad y á mí, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede incomodar : al rocin (2) que esté lleno de mataduras le hará dar coces ; pero á bien que nosotros no tenemos desollado el lomo.

ESCENA XIV.

COMICO 3.º Y DICHOS.

HAMLET. Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del duque.

(1) ¿ *Te has enterado bien del asunto?* ¡ Á buen tiempo lo pregunta el Rey ! ¿ Pues no ha visto ya que se representa la muerte que dió á su hermano, su casamiento con la Reina y la usurpacion del trono? Claudio parece en toda esta escena un hombre estúpido.

(2) *Al rocin que esté lleno de mataduras.* ¡ Sublimes imágenes para una tragedia ! Letourneur se guardó muy bien de traducirlas.

OFELIA. Vos suplís perfectamente la falta del coro.

HAMLET. Y aun pudiera servir de intérprete entre vos y vuestro amante, si viese puestos en accion entrambos títeres.

OFELIA. ¡Vaya, que tenéis una lengua que corta!

HAMLET. Con un buen suspiro que deis, se la quita el filo.

OFELIA. Eso es: siempre de mal en peor.

HAMLET. Así hacéis vosotras en la eleccion de maridos, de mal en peor... Empieza, asesino... Déjate de poner ese gesto de condenado y empieza. Vamos..... el cuervo graznador está ya gritando venganza.

CÓMICO III.° Negros designios, brazo ya dispuesto
Á ejecutarlos, tósigo oportuno,
Sitio remoto, favorable el tiempo,
Y nadie que lo observe. Tú, extraido
De la profunda noche en el silencio
Atroz veneno, de mortales yerbas
(Invocada Proserpina) compuesto;
Infectadas tres veces, y otras tantas
Exprimidas despues, sirve á mi intento;
Pues á tu actividad mágica, horrible,
La robustez vital cede tan presto.

(*Acércase adonde está durmiendo el Cómico 1.°; destapa un frasquillo, y le echa una porcion de licor en el oído.*)

HAMLET. ¡Veis? Ahora le envenena en el jardin para usurparle el cetro. El duque se llama Gonzago... Es historia cierta, y corre escrita en muy buen italiano. Presto veréis como la mujer de Gonzago se enamora del matador.

(*Levántase Claudio lleno de indignacion. Gertrúdis, los caballeros, damas y acompañamiento hacen lo mismo, y se van segun lo indica el diálogo.*)

OFELIA. El Rey se levanta.

HAMLET. ¡Qué? ¿Le atemoriza un fuego aparente?

GERTRÚDIS. ¿Qué tenéis, señor?

POLONIO. No paséis adelante, dejadlo.

CLAUDIO. Traed luces. Vamos de aquí.

TODOS. Luces, luces.

ESCENA XV.

HAMLET, HORACIO, COMICO 1.°, COMICO 3.°

HAMLET. (*Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen despues. Los Cómicos* 1.° *y* 3.° *estarán retirados á un extremo del teatro, esperando sus órdenes.*)

El ciervo herido llora,
Y el corzo no tocado
De flecha voladora,
Se huelga por el prado :
Duerme aquel, y á deshora
Veis este desvelado :
Que tanto el mundo va desordenado (1).

Y dígame, señor mio : si en adelante la fortuna me ratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿ no podria hacerme lugar entre un coro de comediantes?

HORACIO. Mediano papel.

HAMLET. ¿ Mediano ? excelente.

Tú sabes, Damon querido,
Que esta nacion ha perdido
Al mismo Jove, y violento
Tirano le ha sucedido
En el trono mal habido,
Un.... ¿ quién diré yo ? un.... un sapo.

(1) *Que tanto el mundo va desordenado.* Ya logró Hamlet cuanto pretendia : el Rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado á huir por no manifestar mas claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el gran secreto. Cierto es que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso ; cierto es que la Providencia quiere su muerte ; la vision terrible que habló al príncipe no es ficcion diabólica como temió ; es el alma indignada de un rey, de un esposo, de un padre infeliz. ¡ Qué ideas, qué afectos no debe excitar en el jóven Hamlet este momento en que se le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas ! Horror, piedad filial, ira, venganzas ; esto ha de sentir, de esto ha de hablar..... ¿ Quién hubiera creido que se pondria á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tio ?

HORACIO. Bien pudierais haber conservado el consonante.

HAMLET. ¡Oh! mi buen Horacio: cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO. Sí, señor, bien lo he visto.

HAMLET. ¿Cuando se trató del veneno?

HORACIO. Bien, bien le observe entónces.

HAMLET. ¡Ah! Quisiera algo de música (*Á los cómicos*): traedme unas flautas..... Si el Rey no gusta de la comedia, será sin duda porque... porque no le gusta. Vaya un poco de música.

ESCENA XVI.

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLERMO.

GUILLERMO. Señor, ¿permitiréis que os diga una palabra?

HAMLET. Y una historia entera.

GUILLERMO. El Rey...

HAMLET. Muy bien, ¿qué le sucede?

GUILLERMO. Se ha retirado á su cuarto con mucha destemplanza.

HAMLET. ¿De vino, eh?

GUILLERMO. No, señor, de cólera.

HAMLET. Pero ¿no sería mas acertado írselo á contar al médico? ¿No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que se le aumente?

GUILLERMO. ¡Oh! señor, dad algun sentido á lo que habláis, sin desentenderos con tales extravagancias de lo que os vengo á decir.

HAMLET. Estamos de acuerdo. Prosigue pues.

GUILLERMO. La Reina vuestra madre, llena de la mayor afliccion, me envía á buscaros.

HAMLET. Seáis muy bien venido.

GUILLERMO. Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si queréis darme una respuesta sensata, desempeñaré el encargo de la reina; si no, con pediros perdon y retirarme se acabó todo.

HAMLET. Pues, señor, no puedo.

GUILLERMO. ¿Cómo?

HAMLET. Me pides una respuesta sensata, y mi razon está un poco achacosa : no obstante, responderé del modo que pueda á cuanto me mandes, ó por mejor decir á lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre...

RICARDO. Señor, lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiracion.

HAMLET. ¡Oh maravilloso hijo! que así ha podido aturdir á su madre. Pero dime, ¿esa admiracion no ha traido otra consecuencia? ¿No hay algo mas?

RICARDO. Sólo que desea hablaros en su gabinete ántes que os vayáis á recoger.

HAMLET. La obedeceré, si diez veces (1) fuera mi madre. ¿Tienes algun otro negocio que tratar conmigo?

RICARDO. Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estimabais mucho.

HAMLET. Y ahora tambien. Te lo juro, por estas manos rateras.

RICARDO. Pero ¿cuál puede ser el motivo de vuestra indisposicion? Eso, por cierto, es cerrarvos mismo las puertas á vuestra libertad, no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentís.

HAMLET. Estoy muy atrasado.

RICARDO. ¿Cómo es posible, cuando tenéis el voto del Rey mismo para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET. Sí, pero miéntras nace la yerba..... Ya es un poco antiguo el tal refran. ¡Ah! ya están aquí las flautas.

ESCENA XVII.

COMICO 3.º Y DICHOS.

HAMLET. Dejadme ver una... ¿Á qué tengo de ir ahi? (*Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademan obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.*) Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, segun me cercas por todos lados.

GUILLERMO. Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con

(1) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir : Aunque fuera diez veces mas delincuente de lo que es, la obedeceré, porque al fin es mi madre.

mi obligacion me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero tambien é importuno.

HAMLET. No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO. Yo no puedo, señor.

HAMLET. Vamos.

GUILLERMO. De véras que no puedo.

HAMLET. Yo te lo suplico.

GUILLERMO. Pero si no sé palabra de eso.

HAMLET. Mas fácil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demas dedos segun convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca, y verás qué lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los puntos.

GUILLERMO. Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonía. Como ignoro el arte...

HAMLET. Pues mira tú en que opinion tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo mas íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el mas grave al mas agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe á mí con mas facilidad que á una flauta? No, dame el nombre del instrumento que quieras; por mas que le manejes y te fatigues, jamas conseguirás hacerle producir el menor sonido.

ESCENA XVIII.

POLONIO Y DICHOS.

HAMLET. ¡Oh! Dios te bendiga.

POLONIO. Señor, la Reina quisiera hablaros al instante.

HAMLET. ¿No ves allí aquella nube que parece un camello?

POLONIO. Cierto, así en el tamaño parece un camello.

HAMLET. Pues ahora me parece una comadreja.

POLONIO. No hay duda, tiene figura de comadreja.

HAMLET. Ó como una ballena.

POLONIO. Es verdad, sí, como una ballena.

HAMLET. Pues al instante iré á ver mi madre. Tanto harán estos, que me volverán loco de véras. Iré, iré al instante.

POLONIO. Así se lo diré.

HAMLET. Fácilmente se dice : al instante viene.... Dejadme solo, amigos.

ESCENA XIX.

HAMLET.

Este es el espacio (1) de la noche apto á los maleficios. Esta es la hora en que los cementerios se abren. y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podria yo beber caliente sangre : ahora podria ejecutar tales acciones, que el dia se estremeciese al verlas. Pero vamos á ver á mi madre. ¡ Oh corazon! no desconozcas la naturaleza, ni permitas que en este firme pecho se albergue la fiereza de Neron. Déjame ser (2) cruel, pero no parricida. El puñal que ha de herirla esté en mis palabras, no en mi mano : disimulen el corazon y la lengua : sean las que fueren las execraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

(1) *Este es el espacio de la noche.* Segun las antiguas supersticiones vulgares, la noche era execrable y profana, y el dia puro y santo. (Warburton, *Notas á Shakespeare.*)

(2) *Déjame ser cruel pero no parricida.* La ternura filial de Hamlet es uno de los rasgos mas felices de que pudo usar el autor para hacer interesante este personaje. Hamlet va á ver á la Reina, la hablará á solas, la hará conocer la atrocidad de su delito, la reprenderá ásperamente, llenará su corazon de angustias; pero á pesar de la justa indignacion que le agita, nada intentará contra la vida de su madre. Estos grandes afectos producen el patético tan esencial á la tragedia; y si en medio de su violento choque se ven triunfar aquellas pasiones virtuosas que la naturaleza inspira, no hay entónces alma sensible que pueda resistirse á la conmiseracion y al llanto.

Hanmer en la *Vida de Shakespeare*, cotejando la fábula de *Hamlet* con la *Electra* de Sófocles, dice así : « En ambas tragedias se ve precisado un jóven príncipe á vengar la muerte de su padre : sus madres son igualmente culpadas, entrambas han sido parte en el asesinato de sus esposos y se han casado despues con los agresores de aquel delito. Oréstes baña sus manos en la

ESCENA XX.

(Gabinete.)

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO. No, no le quiero aquí, ni conviene á nuestra seguridad dejar libre el campo á su locura. Prevenios, pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe á Inglaterra. El interes de mi corona no permite ya exponerme á un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

GUILLERMO. Al momento dispondremos nuestra marcha. El mas santo y religioso temor es aquel que procura la existencia de tantos individuos, cuya vida pende de vuestra Majestad.

RICARDO. Si es obligacion en un particular defender su vida de toda ofensa, por medio de la fuerza y el arte, ¿cuánto mas lo será conservar aquella en quien estriba la felicidad pública? Cuando llega á faltar el monarca, no muere él solo, sino que á manera de un torrente precipitado arrebata consigo cuanto le rodea: como una gran

sangre de su misma madre; y aunque no se ve esta bárbara accion en el teatro, se ejecuta tan cerca de él, que el espectador oye los gritos de Clitemnestra pidiendo favor á Egisto é implorando perdon de su hijo que la mata, miéntras Electra desde la escena le anima al parricidio. Hamlet, movido como Oréstes del amor á su padre y de la misma resolucion de vengar su muerte, no detesta ménos el delito de su madre (que se hace mayor que el de Clitemnestra, por el incesto); pero el poeta inglés con admirable prudencia y artificio le hace abstenerse de usar con su madre violencia alguna. Esto es saber distinguir acertadamente el horror y el terror: la última de estas pasiones es propia de la tragedia; pero la primera debe siempre evitarse con el mayor conato.

Si Hanmer hubiera comparado el *Hamlet* de Shakespeare con la *Electra* de Eurípides, sería mayor todavía la preferencia del poeta inglés. La fábula de aquella tragedia griega, los caractères de Electra y Oréstes, las circunstancias de la muerte de Clitemnestra, engañada y asesinada por sus hijos, todo está manchado de tan negros colores, y resulta un hecho tan abominable y atroz, que en ningun teatro moderno podria tolerarse.

rueda colocada en la cima del mas alto monte, á cuyos enormes rayos están asidas innumerables piezas menores, que si llega á caer no hay ninguna de ellas, por mas pequeña que sea, que no padezca igualmente en el total destrozo. Nunca el soberano exhala un suspiro, sin excitar en su nacion general lamento.

CLAUDIO. Yo os ruego que os prevengáis sin dilacion para el viaje. Quiero encadenar este temor, que ahora camina demasiado libre.

LOS DOS.

Vamos á obedeceros con la mayor prontitud.

ESCENA XXI.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO. Señor, ya se ha encaminado al cuarto de su madre : voy á ocultarme detras de los tapices para ver el suceso. Es seguro que ella le reprenderá fuertemente ; y como vos mismo habéis observado muy bien, conviene que asista á oir la conversacion álguien mas que su madre, que naturalmente le ha de ser parcial, como á todas sucede. Quedaos á Dios : yo volveré á veros ántes que os recojáis, para deciros lo que haya pasado.

CLAUDIO. Gracias, querido Polonio.

ESCENA XXII.

CLAUDIO.

¡ Oh, mi (1) culpa es atroz ! Su hedor sube al cielo,

(1) *Oh! mi culpa es atroz.* Ya se ha dicho que el carácter del Rey está lleno de contradicciones, y la que se advierte en esta escena no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viaje de Hamlet á Inglaterra para que le maten allí así que llegue, y apénas ha resuelto esta nueva maldad, se presenta en la escena lleno de compuncion y arrepentimiento, haciendo cuantos esfuerzos son posibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

Si se perdona lo inconexo y mal preparado de esta situacion, se hallarán en ella excelentes pensamientos de filosofía cristiana

llevando consigo la maldicion mas terrible: la muerte de un hermano. No puedo recogerme á orar, por mas que eficazmente lo procuro ; que es mas fuerte que mi voluntad el delito que la destruye. Como el hombre á quien dos obligaciones llaman, me detengo á considerar por cual empezaré primero, y no cumplo ninguna... Pero si este brazo execrable estuviese aun mas teñido en la sangre fraterna, ¿ faltará en los cielos piadosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma ? ¿ De qué sirve la misericordia, si se niega á ver el rostro del pecado ? ¿ Qué hay en la oracion sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir á caer, ó de adquirirnos el perdon habiendo caido ?... Sí, alzaré mis ojos al Cielo, y quedará borrada mi culpa... Pero ¿ qué género de oracion habré de usar ? Olvida, Señor, olvida el horrible homicidio que cometí... ¡Ah ! que será imposible, miéntras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad : mi ambicion, mi corona, mi esposa... ¿ Podrá merecerse el perdon cuando la ofensa existe ? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia y corrompe con dádivas la integridad de las leyes : no así en el Cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á reconocer nuestras faltas todas sin excusa, sin rebozo alguno... En fin, en fin, ¿ qué debo hacer ?... Probemos lo que puede el arrepentimiento... ¿ y qué no podrá ?... Pero ¿ qué ha de poder con quien no puede arrepentirse ? ¡ Oh situacion infeliz ! ¡ Oh conciencia ennegrecida con sombras de muerte ! ¡ Oh alma mia aprisionada ! que cuanto mas te esfuerzas para ser libre, mas quedas oprimida. ¡ Angeles, asistidme ! Probad en mí vuestro poder. Dó-

¿ Qué mas puede decirse acerca de la bondad infinita de Dios, sobre la necesidad de la oracion y sus saludables efectos, ó sobre la diferencia inmensa que existe entre la justicia humana y la divina, inalterable, incorruptible ? Estas máximas de eterna verdad hacen grande efecto en el teatro cuando se introducen oportunamente, y cuando (como en esta ocasion) no degeneran en declamacion moral ó discurso académico, sino que tocadas ligeramente y unidas á los afectos del personaje que las dice, ilustran la razon é indican al hombre el camino de la virtud.

blense mis rodillas tenaces ; y tú, corazon mio de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo, puede enmendarse.

(*Se arrodilla y apoya los brazos y la cabeza en un sillon.*)

ESCENA XXIII.

CLAUDIO, HAMLET.

HAMLET. Esta es la ocasion propicia. Ahora está rezando, ahora le mato... (*Saca la espada ; da algunos pasos en ademan de ir á herirle ; se detiene, y se retira otra vez hácia la puerta.*) Y así se irá al Cielo... ¿ Y es esta mi venganza ? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la Gloria : ¿ no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa ? Él sorprendió á mi padre acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que mayo tiene flores... ¿ Quién sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar ? Pero segun nuestra razon concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿ Y quedaré vengado dándole á este la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mia, vuelve á tu lugar y espera ocasion de ejecutar mas tremendo golpe. Cuando esté (1) ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres incestuosos del lecho, ú cometa acciones contrárias á su salvacion, hiérele entónces : caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. (*Envaina la espada.*) Mi madre me espera. Malvado, esta medicina que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

(1) *Cuando esté ocupado en el juego* Hamlet quisiera matar al Rey, pero le detiene la consideracion de que si le quita la vida miéntras está pidiendo perdon á Dios de sus pecados, podrá salvarse; y suspende el golpe para cuando, cogiéndole ménos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenacion. Este proyecto horrible es propio de un monstruo implacable y feroz, no de un príncipe virtuoso y magnánimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

ESCENA XXIV.

CLAUDIO.

Mis palabras suben al Cielo, mis afectos quedan en la tierra. (*Se levanta con agitacion.*) Palabras sin afectos nunca llegan á los oídos de Dios.

ESCENA XXV.

(*Cuarto de la Reina.*)

GERTRUDIS, POLONIO, HAMLET.

POLONIO. Va á venir al momento. Mostradle entereza: decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas é intolerables; que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y la justa indignacion que excitó. Yo entretanto (1) retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

HAMLET, *gritando desde adentro.* ¡Madre! madre!

GERTRÚDIS. Así te lo prometo: nada temo. Ya le siento llegar. Retírate.

(*Polonio se oculta detras de unos tapices.*)

ESCENA XXVI.

GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO.

HAMLET. ¿Qué me (2) mandáis, señora?

GERTRÚDIS. Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET. Madre, muy ofendido tenéis al mio.

GERTRÚDIS. Ven, ven aquí: tú me respondes con lengua demasiado libre.

(1) *Yo entretanto retirado aquí.* Véase la nota 1 del primer acto.

(2) *Qué me mandáis, señora?* En esta escena se compensan los defectos de plan y estilo con el grande interes de la situacion, lo animado y rápido del diálogo, la viveza de las pinturas, y la agitacion de los afectos.

HAMLET. Voy, voy allá... y vos me preguntáis con lengua bien perversa.

GERTRÚDIS. ¿ Qué es esto, Hamlet ?

HAMLET. ¿ Y qué es eso, madre?

GERTRÚDIS. ¿ Te olvidas de quien soy ?

HAMLET. No, por la cruz bendita que no me olvido. Sois la Reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo y... ojalá no fuera así... ¡ Eh! sois mi madre.

GERTRÚDIS. Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con mas acuerdo.

HAMLET. Venid (*Hamlet, asiéndo de un brazo á Gertrúdis, la hace sentar.*), sentaos, y no saldréis de aquí, no os moveréis, sin que os ponga un espejo delante en que veáis lo mas oculto de vuestra conciencia.

GERTRÚDIS. ¿ Qué intentas hacer? ¿ Quieres matarme?..... ¿ Quién me socorre ?..... ¡ Cielos !

(*Al ver Gertrúdis la extraordinaria agitacion que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla, y grita despavorida pidiendo socorro. Polonio quiere salir de donde está oculto, y despues se detiene. Hamlet advierte que los tapices se mueven, sospecha que Claudio está escondido detras de ellos, saca la espada, da dos ó tres estocadas sobre el bulto que halla, y prosigue hablando con su madre.*)

POLONIO. Socorro pide... ¡ oh !...

HAMLET. ¿ Qué es esto ?.... Un raton..... Murió... (1) Un ducado á que ya está muerto.

POLONIO. ¡ Ay de mí.

GERTRÚDIS. ¿ Qué has hecho ?

HAMLET, Nada... ¿ Qué sé yo ?... ¿ Si sería el Rey?

GERTRÚDIS. ¡ Qué accion tan precipitada y sangrienta !

HAMLET. Es verdad, madre mia, accion sangrienta, y casi tan horrible como la de matar á un Rey y casarse despues con su hermano.

(1) *Murió.* La muerte de Polonio no produce efecto trágico, semejante en esto á la de Arlequin. Aquel personaje ha sido poco necesario á la fábula : no ha excitado mas afectos que el de la risa, no ha sido un malvado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte ; y la accion de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellada y brutal.

GERTRÚDIS ¿ Matar á un Rey ?

HAMLET. Sí, señora, eso he dicho. (*Alza el tapiz, y aparece Polonio muerto en el suelo.*) Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco..... Á Dios. Yo te tomé por otra persona de mas consideracion. Mira el premio que has adquirido: ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad... (*Volviendo á hablar con Gertrúdis, á quien hace sentar de nuevo.*) No, no os torzáis las manos..... Sentaos aquí, y dejad que yo os tuerza el corazon. Así he de hacerlo, si no le tenéis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce, opuesto á toda sensibilidad.

GERTRÚDIS. ¿ Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes ?

HAMLET. Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresía á la virtud; arrebata las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vejigatorio en ella, que hace mas pérfidos los votos conyugales que las promesas del tahur; una accion que destruye la buena fe, alma de los contratos, y convierte la inefable religion en una compilacion frívola de palabras; una accion, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desórden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

GERTRÚDIS. ¡ Áy de mí ! ¿ Y qué accion es esa, que así exclamas al anunciarla con espantosa voz de trueno ?

HAMLET. Veis aquí presentes en esta y esta pintura (*Señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del Rey Hamlet, y otro de Claudio*) los retratos de dos hermanos. ¡ Ved cuanta gracia residia en aquel semblante ? Los cabellos (1) del sol, la frente como la del mismo Júpiter, su vista imperiosa y amenazadora como la de Marte, su gentileza semejante á la del mensajero Mercurio cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡ Hermosa combinacion de formas, donde cada uno de los díoses imprimió su carácter para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo ! Este fué vuestro

(1) *Los cabellos del sol.* Es lástima que Hamlet se distraiga en estos floreos impertimentes : la situacion en que se halla pide vehemencia de afectos y sobriedad de estilo.

esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo, que como la espiga con tizon destruye la sanidad de su hermano. ¿ Los veis bien? ¿ Pudísteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmudo? ¡ Ah! ¿ lo veis bien?.. Ni podéis llamarlo amor porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia : ¿ y qué prudencia descenderia desde aquel á este? Sentidos tenéis, que á no ser así, no tuvierais afectos ; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podria incurrir en tanto error ; ni el frenesí tiraniza con tal exceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos cuya diferencia es tan visible..... ¿ Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así ? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oídos, el olfato solo, una débil porcion de cualquier sentido, hubiera bastado á impedir tal estupidez... ¡ Oh modestia ! ¿ y no te sonrojas ? ¡ Rebelde infierno ! si así pudiste inflamar las médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se enciende, y es ya el entendimiesto el que prostituye al corazon.

GERTRÚDIS. ¡ Oh Hamlet! no digas mas..... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET. ¡ Y permaneces así entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso, envilecida en corrupcion, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura !...

GERTRÚDIS. No mas, no mas, que esas palabras como agudos puñales hieren mis oídos... No mas, querido Hamlet.

HAMLET. Un asesino..... un malvado..... vil..... inferior mil veces à vuestro difunto esposo... escarnio de los reyes, ratero del imperio y el mando, que robó la preciosa corona, y se la guardó en el bolsillo.

GERTRÚDIS. No mas...

ESCENA XXVII.

GERTRUDIS, HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET. Un rey de botarga..... ¡Oh espíritus (1) celestes! defendedme, cubridme con vuestras alas... ¿Qué quieres, venerable sombra?

GERTRÚDIS. ¡Ay! que está fuera de sí.

HAMLET. ¿Vienes acaso á culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasion y la tardanza, olvida la importante ejecucion de tu precepto terrible ?... Habla.

LA SOMBRA. No lo olvídes. Vengo á inflamar de nuevo tu ardor casi extinguido. ¿Pero, ves ? Mira como has llenado de asombro á tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás que la imaginacion obra con mayor violencia en los cuerpos mas débiles. Háblala, Hamlet.

HAMLET. ¿En qué pensáis, señora ?

GERTRÚDIS. ¡Ay triste! ¿y en qué piensas tú, que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo ?.... Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles; y tus cabellos que pendian, adquiriendo vida y movimiento, se erizan y levantan como los soldados á quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! Oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitacion la paciencia fria... ¿Á quién estás mirando ?

HAMLET. Á él, á él... ¿Le veis que pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarian á conmover las piedras..... ¡Ay ! no me mires así : no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles ; no sea que al ejecutarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GERTRÚDIS. ¿A quién dices eso ?

HAMLET. ¿No veis nada allí ?

GERTRÚDIS. Nada, y veo todo lo que hay.

(1) *Espíritus celestes defendedme.* Esta aparicion del muerto es inútil. Dice que viene á inflamar el ardor casi extinguido de Hamlet, y á fe que no tiene razon : nunca el príncipe se ha manifestado mas ardiente que en esta escena. Si hubiese venido cuando se entretenia en dar lecciones de representar á los cómicos, ya era otra cosa.

HAMLET. ¿Ni oisteis nada tampoco?

GERTRÚDIS. Nada mas que lo que nosotros hablamos.

HAMLET. Mirad allí.... ¿Le veis?.. Ahora se va ... Mi padre.... con el traje mismo que se vestia... ¿Veis por donde va?.. Ahora llega al pórtico.

ESCENA XXVIII.

GERTRUDIS, HAMLET.

GERTRÚDIS. Todo es efecto de la fantasía. El desórden que padece tu espíritu produce esas ilusiones vanas.

HAMLET. Desórden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervalo y anuncia igual salud en sus compases... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba, y veréis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah madre mia! en merced os pido que no apliquéis al alma esa uncion halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograréis sólo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera que interiormente la corrompe .. Confesad al Cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro, y no extendáis el beneficio sobre las malas yerbas, para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo á mi virtud, ya que en esta delincuente edad la virtud misma tiene que pedir perdon al vicio; y aun para hacerle bien, le halaga y le ruega.

GERTRÚDIS. ¡Ay, Hamlet! tú despedazas mi corazon.

HAMLET. Sí? Pues apartad de vos aquella porcion mas dañada, y vivid con la que resta mas inocente. Buenas noches... Pero no volváis al lecho de mi tio. Si carecéis de virtud, aparentadla al ménos. La costumbre (1), aquel mónstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demas es un demonio, tal vez es un ángel cuando sabe dar á las buenas acciones una cierta facilidad con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche: este esfuerzo os hará mas fácil la abstinencia próxima, y la que siga despues la hallaréis mas

(1) *La costumbre, aquel monstruo.* Estas reflexiones son justas, propias de la situacion, y dichas con la brevedad conveniente dan expresion y movimiento al diálogo, no le ofuscan ni debilitan.

fácil todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresion misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones, y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspiréis de véras á la bendicion del cielo, entónces yo os pediré vuestra bendicion.... La desgracia este hombre (*Hace ademan de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándole en el suelo otra vez, vuelve á hablar á Gertrúdis*) me aflige en extremo; pero Dios lo ha querido así: á él le ha castigado por mi mano, y á mí tambien precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré adonde convenga, y sabré justificar la muerte que le di. Basta. Buenas noches. Porque (1) soy piadoso, debo ser cruel, ve aquí el primer daño cometido; pero aun es mayor el que despues ha de ejecutarse... ¡Eh! escuchad otra cosa.

GERTRÚDIS. ¿Cuál es? ¿Qué debo hacer?

HAMLET. No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Debéis declarar al Rey cuanto hay en el caso: decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio..... Sí, decídselo; porque ¿cómo es posible que una reina hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia á aquel (2) gato viejo, murciélago, sapo torpísimo? ¿Cómo sería posible callárselo? Id, y á pesar de la razon y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pájaros se vuelen; y semejante al mono (tan amigo de hacer experiencias), meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

GERTRÚDIS. No, no lo temas; que si las palabras se forman del aliento, y este anuncia vida, no hay vida ni aliento en mí para repetir lo que me has dicho.

HAMLET. ¿Sabéis que debo ir á Inglaterra?

GERTRÚDIS. ¡Ah! ya lo habia olvidado. Sí, es cosa resuelta.

HAMLET. He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscípulos (de quienes yo me fiaré como de una víbora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensaje, facilitarme la marcha, y conducirme al precipicio. Pero yo los dejaré hacer; que es mucho gusto ver volar al

(1) *Porque soy piadoso, debo ser cruel.* Quiere decir, que el amor que tuvo á su padre le obliga á ser sanguinario y vengativo.

(2) *Aquel gato viejo.* Á Letourneur se le olvidó traducir todo este pasaje.

minador con su propio hornillo, y mal irán las cosas, ó yo excavaré una vara no mas debajo de sus minas, y les haré saltar hasta la luna. ¡Oh, es mucho gusto cuando un pícaro tropieza con quien se las entiende!... Este hombre me hace ahora su ganapan... (*Quiere llevar á cuestas el cadáver, y no pudiendo hacerlo cómodamente, le ase de un pié, y se le lleva arrastrando*) le llevaré arrastrando á la pieza inmediata. Madre, buenas noches... Por cierto que el señor consejero (que fué en vida un hablador impertinente) es ahora bien reposado, bien serio y taciturno. Vamos, amigo, que es menester sacaros de aquí y acabar con ello. Buenas noches, madre.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO. Esos suspiros, esos profundos sollozos alguna causa tienen: díme cuál es; conviene que la sepa yo..... ¿En dónde está tu hijo?

GERTRÚDIS. Dejadnos solos un instante. (*Vanse, Ricardo y Guillermo.*) ¡Ah señor, lo que he visto esta noche!

CLAUDIO. ¿Qué ha sido, Gertrúdis? ¿Qué hace Hamlet?

GERTRÚDIS. Furioso está como el mar y el viento cuando disputan entre sí cuál es mas fuerte. Turbado con la demencia que le agita, oyó algun ruido detras del tapiz; saca la espada, grita: un raton, un raton; y en su ilusion frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

CLAUDIO. ¡Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfreno insolente amenaza á todos: á mí, á ti misma, á todos en fin. Oh!... ¿y cómo disculparemos una accion tan sangrienta? Nos la imputarán sin duda á nosotros, porque nuestra autoridad deberia haber reprimido á ese jóven loco, poniéndole en paraje donde á nadie pudiera ofender. Pero el excesivo

amor que le tenemos nos ha impedido hacer lo que mas convenia; bien así como el que padece una enfermedad vergonzosa, que por no declararla, consiente primero que le devóre la sustancia vital. ¿Y adónde ha ido?

GERTRÚDIS. Á retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura llora el error que ha cometido. Así el oro (1) manifiesta su pureza, aunque mezclado tal vez con metales viles.

CLAUDIO. Vamos, Gertrúdis, y apénas toque el sol la cima de los móntes haré que se embarque y se vaya: en tanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia para ocultar ó disculpar un hecho tan indigno.

ESCENA II.

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO. ¡Oh Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude..... Hamlet, ciego de frenesí, ha muerto á Polonio y le ha sacado arrastrando del cuarto de su madre. Id á buscarle; habladle con dulzura; y haced llevar el cadáver á la capilla. No os detengáis. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Vamos, que pienso llamar á nuestros mas prudentes amigos, para darles cuenta de esta imprevista desgracia y de lo que resuelvo hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la extension del orbe, y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañon á su blanco), errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá sólo al viento insensible. ¡Oh!..... Vamos de aquí... mi alma está llena de agitacion y de terror.

(1) *Así el oro.* Como el rey acaba su discurso con una comparacion, la reina, que no quiere ser ménos, le responde con otra. En nuestro teatro hay mucho de esto tambien. Si don Félix se compara con el heliotropio que sigue al sol, doña Isabel le asegura que ella es como el iman enamorado del norte: si dice don Cárlos que su amor es único y solo como el fénix de Arabia, doña Leonor le replica que su constancia es el escollo combatido en vano de las tempestades y las ondas. Este prurito de discretear, volviéndose los interlocutores décima por décima, concepto por concepto, no está ya en uso. La buena crítica ha desterrado del teatro estos ornatos inoportunos y ajenos de toda verisimilitud.

ESCENA III.

Cuarto de Hamlet.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET. Colocado ya en lugar seguro..... Pero.....

RICARDO, (*desde adentro*) ¡Hamlet! señor!

HAMLET. ¿Qué ruido es este? ¿Quién llama á Hamlet?.... Oh! ya están aquí.

(*Salen Ricardo y Guillermo.*)

RICARDO. Señor, ¿qué habéis hecho del cadáver?

HAMLET. Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO. Decidnos en dónde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET. ¡Ah!... no lo creáis, no.

RICARDO. ¿Qué es lo que no debemos creer?

HAMLET. Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mio... Y ademas, ¿qué ha de responder el hijo de un rey á las instancias de un entremetido palaciego?

RICARDO. ¿Entremetido me llamáis?

HAMLET. Sí, señor, entremetido; que como una esponja chupa del favor del Rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes, á lo último de su carrera es cuando sirven mejor al príncipe: porque este, semejante al mono, se los mete en un rincon de la boca; allí los conserva, y el primero que entró es el último que se traga. Cuando el Rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te exprime, y quedas enjuto otra vez.

RICARDO. No comprendo lo que decís.

HAMLET. Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oídos tontos.

RICARDO. Señor, lo que importa es que nos digáis en dónde está el cuerpo, y os vengáis con nosotros á ver al Rey.

HAMLET. El cuerpo (1) está con el Rey; pero el Rey no está

(1) *El cuerpo está con el Rey.* Steevens lo interpreta así: *El cuerpo está en la casa del actual Rey; pero el verdadero* (esto es, el precedente Rey) *no está con su cuerpo.* Á M. Eschenberg le parece mas natural de esta manera: *El ataúd está cerca del Rey; pero*

con el cuerpo. El Rey viene á ser una cosa, como...

GUILLERMO. ¿Qué cosa, señor?

HAMLET. Una cosa que no vale nada... pero guarda Pablo... Vamos á verle.

ESCENA IV.

Salon de palacio.

CLAUDIO.

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ¡Qué peligroso es dejar en libertad á este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razon, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que esta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

ESCENA V.

CLAUDIO, RICARDO.

CLAUDIO. ¿Qué hay, qué ha sucedido?

RICARDO. No hemos podido lograr que nos diga adónde ha llevado el cadáver.

CLAUDIO. Pero él ¿en dónde está?

RICARDO. Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.

CLAUDIO. Traedle á mi presencia.

RICARDO. Guillermo, que venga el príncipe.

el Rey no está todavía en el ataúd; que es decir : no está muerto aun como debia estarlo. Letourneur cree que se pudiera explicar en estos términos : *El Rey no está con el cuerpo*, esto es : *Claudio no es mas que un cuerpo sin alma, no tenemos Rey, no hay un verdadero Rey dentro de su cuerpo.* Si todos los comentadores de Góngora viniesen á interpretar este pasaje, no podrian disipar la oscuridad en que está envuelto.

ESCENA VI.

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO, CRIADOS.

CLAUDIO. Y bien, Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

HAMLET. Ha ido á cenar.

CLAUDIO. ¿Á cenar? Adónde?

HAMLET. No adonde coma, sino adonde es comido, entre una numerosa congregacion de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los comedores. Nosotros (1) engordamos á los demas animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo que nos come despues. El rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes, pero se sirven á una misma mesa. En esto pára todo.

CLAUDIO. ¡Ah!

HAMLET. Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha co mido á un rey, y comerse despues el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO. ¿Y qué quieres decir con eso?

HAMLET. Nada mas que manifestar como un rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

CLAUDIO. ¿En dónde está Polonio?

HAMLET. En el Cielo. Enviad á alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entónces podéis vos mismo irle á buscar á otra parte. Bien que si no le halláis en todo este mes, le oleréis sin duda al subir los escalones de la galería.

CLAUDIO. Id allá á burcarle. (*Vanse los criados.*)

HAMLET. No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

CLAUDIO. Este suceso, Hamlet, exige que atiendas á tu propia seguridad, la cual me interesa tanto como lo de-

(1) *Nosotros engordamos.* No hay dificultad en decir con Hamlet que engordamos á los demas animales para alimentarnos con ellos, y que los gusanos engordan despues comiéndonos á nosotros : tampoco es de admirar que un hombre se coma un pez que tragó á un gusano que se habia alimentado del cadáver de un rey. Todo esto es verdadero y posible ; el mal está en que no viene á cuento, en que es ocioso y ridículo, y en que un príncipe de Dinamarca se explica en este pasaje como un arriero de Sacedon.

muestra el sentimiento que me causa la accion que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Prepárate pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viaje á Inglaterra.

HAMLET. ¿Á Inglaterra?

CLAUDIO. Sí, Hamlet.

HAMLET. Muy bien.

CLAUDIO. Sí, muy bien debe parecerte, si has comprendido el fin à que se encaminan mis deseos.

HAMLET. Yo veo un ángel que los ve... Pero vamos á Inglaterra. ¡Á Dios, mi querida madre!

CLAUDIO. ¿Y tu padre, que te ama, Hamlet?

HAMLET. Mi madre..... Padre y madre son marido y mujer; marido y mujer son una carne misma; con que.. mi madre... ¡Eh! Vamos á Inglaterra.

ESCENA VII.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO. Seguidle inmediatamente: instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comision, está sellado y pronto. Id, no os detengáis. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aun miras sangrientas las heridas que recibiste del acero dinamarques y en dócil temor me pagas tributos, no dilates tibia la ejecucion de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin, te pide con la mayor instancia la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe, por mas feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazon la tranquilidad ni la alegría.

ESCENA VIII.

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca.

FORTIMBRAS, UN CAPITAN, SOLDADOS.

FORTIMBRAS. Id, capitan (1), saludad en mi nombre al monarca danes: decidle que, en virtud de su licencia, Fortimbras pide el paso libre por su reino, segun se le ha prometido. Ya sabéis el sitio de nuestra reunion. Si algo quiere su Majestad comunicarme, hacedle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

CAPITAN. Así lo haré, señor.

FORTIMBRAS. Y vosotros, caminad con paso vagaroso.

ESCENA IX.

UN CAPITAN, HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, SOLDADOS.

HAMLET. Caballero (2), ¿ de dónde son estas tropas?

CAPITAN. De Noruega, señor.

HAMLET. Y decidme, ¿ adónde se encaminan?

CAPITAN. Contra una parte de Polonia.

HAMLET. ¿ Quién las acaudilla?

CAPITAN. Fortimbras, sobrino del anciano Rey de Noruega.

HAMLET. ¿ Se dirigen contra toda Polonia, ó sólo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITAN. Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porcion de tierra, de la cual (exceptuando el

(1) *Id, capitan.* Este es el príncipe de Noruega, tan prometido en los dos primeros actos : no hay que esperar que este nuevo personaje tome parte alguna en el enredo de la fábula; luego que haya dicho média docena de versos, se irá á Polonia, la conquistará, y volverá sin falta ántes que se acabe la tragedia.

(2) *Caballero, ¿ de dónde son estas tropas!* El lector notará que Hamlet, habiéndose embarcado en Elsingor parair á Inglaterra, se encuentra en el camino con un ejército de Noruega que marcha á Polonia. Conviene confesar que la geografía de Shakespeare no es de las mas exactas.

honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaria, ni pienso que produzca mayor interes al de Noruega ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

HAMLET. ¿ Sin duda el polaco no tratará de resistir?

CAPITAN. Ántes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

HAMLET. De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados, no decidirá la posesion de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y excesiva abundancia que revienta en lo interior, sin que exteriormente se vea la razon por que el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

CAPITAN. Dios os guarde.

(*Vanse el capitan y los soldados.*)

RICARDO. ¿ Queréis proseguir el camino?

HAMLET. Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

ESCENA X

HAMLET.

Cuantos (1) accidentes ocurren, todos me acusan, excitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿ Qué es el hombre que funda su mayor felicidad y emplea todo su tiempo sólo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no mas. No, aquel que nos formó dotados de tan extenso conocimiento que con él podemos ver lo pasado y futuro,

(1) *Cuantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo que ha dicho otras veces : culpa su inaccion y hace nuevos propósitos de venganza. Las reflexiones de su discurso ó son inoportunas, ó encierran malísima doctrina. Fortimbras, que emprende la conquista de un país que no vale cinco ducados, y va á sacrificar veinte mil hombres por un capricho, es un frenético, y su ejemplo no debe ser imitado de ningun príncipe justo, ni aplaudido de quien tenga sana razon. Los locos y los héroes desprecian igualmente la vida; la diferencia está en que aquellos la exponen por pequeños motivos, y estos (apreciándola en todo lo que vale) hacen de ella voluntario sacrificio cuando la necesidad de las circunstancias, su obligacion, la privada ó la comun utilidad lo exigen.

no nos dió ciertamente esta facultad, esta razon divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues, brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay mas parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer; puesto que hay en mí suficiente razon, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército, conducido por un príncipe jóven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambicion generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y expone su existencia frágil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros mas terribles, y todo por un objeto de tan leve interes. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar sólo cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hallar una razon plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo, pues, permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida... estímulos capaces de excitar mi razon y mi ardimiento, que yacen dormidos? Miéntras para vergüenza mia veo la destruccion inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aun no es suficiente sepultura á tantos cadáveres... ¡Oh! de hoy mas, ó no existirá en mi fantasía idea ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas.

ESCENA XI.

Galería de palacio.

GERTRUDIS, HORACIO.

GERTRÚDIS. No, no quiero hablarla.

HORACIO. Ella insta por veros. Está loca, es verdad; pero eso mismo debe excitar vuestra compasion.

GERTRÚDIS. ¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

HORACIO. Habla mucho de su padre, dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad: solloza,

se lastima el pecho, y airada trastorna con el pié cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas en que apénas se halla sentido; pero la misma extravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin con que las dice, y dando á sus palabras una combinacion arbitrária, segun la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulacion expresiva, llegan á creer que puede haber en ella algun asomo de razon; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado mas infeliz.

GERTRÚDIS. Será bien hablarla, ántes que mi repulsa esparza conjeturas fatales en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. (*Vase Horacio.*) El mas frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algun grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

ESCENA XII.

GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

OFELIA. ¿En dónde está la hermosa Reina de Dinamarca?

GERTRÚDIS. ¿Cómo va, Ofelia?

OFELIA. (*Estos versos, y todos losque siguen en el presente acto, los canta Ofelia.*)

¿Como al amante
Que fiel te sirva,
De otro cualquiera
Distinguiria?
Por las veneras
De su esclavina,
Bordon, sombrero
Con plumas rizas,
Y su calzado
Que adornan cintas

GERTRÚDIS. ¡Oh querida mia! ¿y á qué propósito viene esa cancion?

OFELIA. ¿Eso decís?... Átended á esta:

Muerto es ya, señora,
Muerto y no está aquí.
Una tosca piedra
Á sus plantas vi,
Y al césped del prado
Su frente cubrir.

Ah! ah! ah! (*Dando risotadas.*)

GERTRÚDIS. Sí, pero Ofelia...

OFELIA. Oid, oid.

Blancos paños le vestian.....

ESCENA XIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

GERTRÚDIS. Desgraciada! ¿Veis esto, señor?

OFELIA. Blancos paños le vestian
Como la nieve del monte,
Y al sepulcro le conducen
Cubierto de bellas flores,
Que en tierno llanto de amor
Se humedecieron entónces.

CLAUDIO. ¿Cómo estás, graciosa niña?

OFELIA. Buena : Dios os lo pague..... Dicen que la lechuza fué ántes una doncella, hija de un panadero... ¡Ah!... Sabemos lo que somos ahora, pero no lo que podemos ser..... Dios vendrá á visitaros.

CLAUDIO. Alusion á su padre.

OFELIA. Pero no, no hablemos mas en esto; y si os preguntan lo que significa, decid :

De san Valentino (1)
La fiesta es mañana :

(1) *De san Valentino.* En estos versos se alude á una costumbre popular muy antigua en Inglaterra. Las muchachas solteras tenian gran cuidado de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer dia de mayo al rayar el alba; y el jóven que las veia primero, aquel creian que fuese el que la fortuna las destinaba para marido ó galan.

En una comedia de Cervántes, intitulada *Pedro de Urdemalas*, se hace mencion de otra práctica vulgar en España, muy seme-

Yo, niña amorosa,
Al toque del alba
Iré á que me veas
Desde tu ventana,
Para que la suerte
Dichosa me caiga.
Despierta el mancebo,
Se viste de gala.

CLAUDIO. ¡Graciosa Ofelia!
OFELIA. Sí, voy á acabar: sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

Ay mísera! Cielos!
¡Torpeza villana!
¿Qué galan desprecia
Ventura tan alta?
Pues todos son falsos,
Le dice indignada:
Ántes que en tus brazos
Me mirase incauta,
De hacerme tu esposa
Me diste palabra.

CLAUDIO ¿Cuánto ha que está así?
OFELIA. Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... (*Se entristece y llora.*) Pero yo no puedo ménos de

jante á la que se acaba de referir. Las mozas casaderas se ponian á la ventana en la noche de san Juan, con el cabello suelto y un pié desnudo dentro de un barreño lleno de agua, y estaban atentas á escuchar el primer nombre que dijesen en la calle, suponiendo que así debia llamarse el que habia de ser su marido. Á esto aluden los siguientes versos de *Benita* en la citada comedia:

Yo por conseguir mi intento
Los cabellos doy al viento,
Y el pié izquierdo á una bacía
Llena de agua clara y fria,
Y el oido al aire atento.
Eres, noche, tan sagrada,
Que hasta la voz que en ti suena,
Dicen que viene preñada
De alguna ventura buena
A quien la escucha guardada.
Haz que mis oidos toque
Alguna que me provoque
Á esperar suerte dichosa, etc.

llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fria... Mi hermano lo sabrá... preciso... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos..... (*Con mucha viveza y alegría.*) Vamos la carroza. Buenas noches, señoras, buenas (1) noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO, (*á Horacio*). Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

ESCENA XIV.

CLAUDIO, GERTRUDIS.

CLAUDIO. ¡ Oh ! todo es efecto de un profundo dolor : todo nace de la muerte de su padre; y ahora observo, Gertrúdis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado él mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio, cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razon, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables sólo á los brutos; y por último (y esto no es ménos

(1) *Buenas noches.* La locura de Ofelia, aunque de nada sirve á la accion principal, es un episodio que produce en la representacion admirable efecto. No se caracteriza, como la del príncipe, con bufonadas ni chocarrerías, ni indirectas amargas : la demencia de Ofelia es verdadera; la de Hamlet mal fingida. La muerte de Polonio inopinada y cruel llena su alma sensible de afliccion, turba su entendimiento, y en cuanto hace y dice lo manifesta. Se va al campo, y teje guirnaldas y festones de flores y yerbas que amontona sin eleccion; con ellos se corona y adorna; vaga inquieta de una parte en otra, sin hallar en nada placer; solloza y rie, se enfada tal vez, pero á nadie ofende; pisa y trastorna cuanto halla al paso, enmudece melancólica, y prorumpe despues cantando versos que aprendió en tiempo mas feliz, unos alusivos al estado de su corazon, y otros en que no se ve conexion ni objeto; á todos saluda cariñosa, con todos reparte los rústicos dones que lleva en la falda : á cada momento se distrae, habla de su padre y suspira, se acuerda de su hermano, desea verle, y cuando le ve no le conoce. Su risa, sus cantares, su furor, su alegría, sus lágrimas, su silencio, son toques felices de un gran pincel que dió á esta figura toda la expresion imaginable.

esencial que todo lo restante), su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan extraños casos, se oculta entre sombras misteriosas, sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oídos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Gertrúdis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes á un tiempo.

(*Suena á lo léjos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente.*)

GERTRÚDIS. ¡ Ay ! Dios ¿ Qué estruendo es este.?

ESCENA XV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, UN CABALLERO.

CLAUDIO. ¿ En dónde está mi guardia?... Acudid... defended las puertas... ¿ Qué es esto ?

CABALLERO. Huid (1), señor. El Océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu mas espantoso, que el que manifiesta el jóven Laértes ciego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor ; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno) se olvidan y se desco-

(1) *Huid, señor.* Todo lo restante de este acto está lleno de accidentes atropellados é inverisímiles. Laértes, que partió para Francia al empezarse la tragedia, está ya de vuelta en Elsingor, furioso por vengar la muerte de su padre sucedida la noche antecedente. Hecho cabeza del vulgo amotinado que le aclama Rey, combate y dispersa las guardias del palacio y entra en él seguido de sus parciales, sin que hasta ahora se haya tenido noticia alguna de que la nacion esté disgustada con el soberano, sin que se alcance por qué el pueblo pone los ojos en un caballero particular como Laértes, que pasa su vida en hacer viajes, olvidándose del príncipe legítimo heredero del trono, á quien ama tan ciegamente, que hasta sus defectos los aplaude como virtudes. Estas inconsecuencias manifiestan que el autor se cansó poco en estudiar el plan de su tragedia; pero en aquel tiempo (exceptuando en Italia, donde ya se conocia el arte) todos los poetas dramáticos hacian lo mismo. Lope de Vega. Hardy y Shakespeare siempre escribieron de prisa.

nocen. Gritan por todas partes : « nosotros elegimos por rey á Laértes. » Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite : « Laértes será nuestro rey, viva Laértes. »

GERTRÚDIS. ¡ Con qué alegría sigue ladrando esa traílla pérfida el rastro mal seguro en que va á perderse !

CLAUDIO. Ya han roto las puertas.

ESCENA XVI.

LAERTES, CLAUDIO, GERTRUDIS, SOLDADOS Y PUEBLO.

LAÉRTES. ¿ En dónde está el Rey ? (*Volviéndose hácia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.*) Vosotros, quedaos todos afuera.

VOCES. No, entremos.

LAÉRTES. Yo os pido que me dejéis.

VOCES. Bien, bien está.

LAÉRTES. Gracias, señores. Guardad las puertas... y tú, indigno príncipe, dame á mi padre.

GERTRÚDIS. Ménos, ménos ardor, querido Laértes.

LAÉRTES. Si hubiese en mí una gota de sangre con ménos ardor, me declararia por hijo espurio : infamaria de cornudo á mi padre, é imprimiria sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

CLAUDIO. Pero, Laértes, ¿ cuál es el motivo de tan atrevida rebelion?... Déjale, Gertrúdis, no le contengas... no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes : la traicion no puede como quisera penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la ejecucion todos sus designios..... Díme, Laértes, ¿ por qué estás tan airado?... Déjale Gertrúdis... Hablá tú.

LAÉRTES. ¿ En dónde está mi padre?

CLAUDIO. Murió.

GERTRÚDIS. Pero no le ha muerto el Rey.

CLAUDIO. Déjale preguntar cuanto quiera.

LAÉRTES. ¿ Y cómo ha sido su muerte?... ¡ Eh !... no, á mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llé-

vese el mas atezado demonio los juramentos de vasallaje, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvacion en el abismo mas profundo... La condenacion eterna no me horroriza : suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada... Sólo aspiro, y este es el punto en que insisto, sólo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

CLAUDIO. ¿ Y quién te lo puede estorbar?

LAÉRTES. Mi voluntad sola, y no todo el universo ; y en cuanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

CLAUDIO. Buen Laértes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre, ¿ está escrito acaso en tu venganza que hayas de atropellar sin distincion amigos y enemigos, culpados é inocentes?

LAÉRTES. No, sólo á mis enemigos.

CLAUDIO. Querrás, sin duda, conocerlos.

LAÉRTES. ¡Oh ! á mis buenos amigos yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelícano amoroso los alimentaré, si necesario fuese, con mi sangre misma.

CLAUDIO. Ahora hablaste como buen hijo, y como caballero. Laértes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razon, como á tus ojos la luz del dia.

VOCES. Dejadla entrar.

(*Ruido y voces dentro.*)

LAÉRTES. ¿ Qué novedad... qué ruido es este?

ESCENA XVII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, OFELIA, ACOMPAÑAMIENTO.

(*Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres, trayendo en el faldellin muchas flores y yerbas.*)

LAÉRTES. ¡ Oh calor activo, abrasa mi cerebro! ¡ Lágrimas, en extremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los Cielos te juro que esa de-

mencia tuya será pagada por mí con tal exceso, que el peso del castigo tuerza el fiel, y baje la balanza... ¡ Oh rosa de mayo! amable niña ! mi querida Ofelia ! mi dulce hermana!... ¡ Oh Cielos! ¿ y es posible que el entendimiento de una tierna jóven sea tan frágil como la vida del hombre decrépito ?... Pero la naturaleza (1) es muy fina en amor, y cuando este llega al exceso, el alma se desprendre tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

OFELIA. Lleváronle en su ataúd
Con el rostro descubierto.
Ay no ni, ay ay ay no ni.
Y sobre su sepultura
Muchas lágrimas llovieron.
Ay no ni, ay ay ay no ni.

Á Dios, querido mio. Á Dios.

LAÉRTES. Si gozando de tu razon me incitaras á la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

OFELIA. Debéis cantar aquello de :

Abajito está (2) :
Llámele, señor, que abajito está.

¡Ay, qué á propósito viene el estribillo !... El pícaro del mayordomo fué el que robó á la señorita.

(1) *La naturaleza.* Este concepto alambicado, que se rompe de puro sutíl, pudiera tener lugar en una oda amorosa de Solís, ó en un soneto de Villamediana ; en boca de Laértes son muy inverisímiles tales expresiones :

Et ce n'est point ainsi que parle la nature.

(2) *Abajito está.* Por no dejar este pasaje en blanco ha sido necesario sustituir una traduccion casi arbitrária. El original dice : *Dow a-down an you call him a-down-a.* Estas palabras, en que no hay sentido alguno, como tambien las anteriores de *Ay no ni, ay ay no ni*, son estribillos usados en tiempo del autor. En nuestras comedias se hallan á cada paso intercalares semejantes : por ejemplo, en la de *Guardarse á sí mismo*, cantan :

Luneta
Atada allá de la sonsoneta.

En la de *El garrote mas bien dado :*

Yo soy tiritiritayna,
Flor de la jacarandayna.
Yo soy tiritiritina,
Flor de la jacarandina.

LAÉRTES. Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el mas concertado discurso.

OFELIA. Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. (*Á Laértes.*) Tomad, amigo, para que os acordéis... Y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAÉRTES. Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan, y á sus memorias tristes.

OFELIA (*á Gertrúdis*). Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y ruda... (1) para vos tambien, y este poquito es para mí... Nosotros podemos llamarla yerba santa del domingo... vos la usaréis con la distincion que os parezca... (*A Claudio.*) Esta es una margarita... Bien os quisiera dar algunas violetas, pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario (2)
De plumas vário
Me da placer.

LAÉRTES. Ideas funestas, afliccion, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo, todo en su boca es gracioso y suave.

OFELIA
Nos deja, se va,
Y no ha de volver.
No, que ya murió,
No vendrá otra vez...
Su barba era nieve,
Su pelo tambien.

Estos y los estribillos modernos de la tirana, la jota, el caballo, cucú, holehole, chandé, trompilipitrompili, zerengue, cachirulo y otros de esta especie, ni pueden traducirse á otra lengua, ni en la nuestra significan nada.

(1) *Y ruda para vos tambien.* La ruda se llamaba en Inglaterra yerba santa del domingo, porque los curas católicos usaban de ella, mezclándola con la bebida que daban á los energúmenos cuando los exorcizaban, y esto se practicaba en los domingos. (Warburton en sus *Notas á Shakespeare.*)

(2) *Un solitario.* El pájaro solitario, segun la opinion vulgar de Inglaterra, recordaba la memoria de los difuntos á quienes se habia tenido en vida mayor cariño; y cuando una de estas aves entraba en alguna casa, creian que anunciase la muerte próxima de alguno de aquella familia. (Letourneur, *Notas á Shakespeare.*)

Se fué ¡ dolorosa
Partida! se fué.
En vano exhalamos
Suspiros por él.
Los Cielos piadosos
Descanso le dén.

Á él y á todas las almas cristianas. Dios lo quiera... Eh! señores, á Dios.

ESCENA XVIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES.

LAÉRTES. ¡ Veis esto, Dios mio!

CLAUDIO. Yo debo tomar parte en tu afliccion, Laértes: no me niegues este derecho. Óyeme aparte. Elige entre los mas prudentes de tus amigos aquellos que te parezca. Oigannos á entrambos, y juzguen. Si por mí propio ó por mano ajena resulto culpado, mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mio, todo te lo daré para satisfacerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos, buscaremos los medios de aliviar tu dolor.

LAÉRTES. Hágase lo que decís... Su arrebatada muerte, su oscuro funeral, sin trofeos, armas ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo está clamando del cielo á la tierra por un exámen el mas riguroso.

CLAUDIO. Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

ESCENA XIX.

Sala en casa de Horacio.

HORACIO, UN CRIADO.

HORACIO. ¿Quiénes son los que me quieren hablar?

CRIADO. Unos marineros que, segun dicen, os traen cartas.

HORACIO. Hazlos entrar. (*Vase el criado.*) Yo no sé de que

parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

ESCENA XX.

HORACIO, DOS MARINEROS.

MARINERO 1.º Dios os guarde.

HORACIO. Y á vosotros tambien.

MARINERO 1.º Así lo hará, si es su voluntad. Estas cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra, vienen dirigidas á vos, si os llamáis Horacio, como nos han dicho.

HORACIO. (*lee la carta.*) « Horacio : luego que hayas leido esta, dirigirás esos hombres al Rey, para el cual les he dado una carta. Apénas llevábamos dos dias de navegacion, cuando empezó á darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navío era poco velero, nos vimos precisados á apelar al valor. Llegámos al abordaje : yo salté el primero en la embarcacion enemiga, que al mismo tiempo logró desaferrarse de la nuestra, y por consiguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabian lo que se hacian, y se lo he pagado muy bien. Haz que el Rey reciba las cartas que le envío, y tú ven á verme con tanta diligencia como si huyeras de la muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oído, que te dejarán atónito; bien que todas ellas no serán suficientes á expresar la importancia del caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su camino á Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. Á Dios. Tuyo siempre. — HAMLET. »

Vamos. Yo os introduciré para que presentéis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me llevéis despues adónde queda el que os las entregó.

ESCENA XXI.

Gabinete del Rey.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO. Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo,

y me darás lugar en el corazon como á tu amigo, despues que has oido con pruebas evidentes que el matador de tu noble padre conspiraba contra mi vida.

LAÉRTES. Claramente se manifiesta..... Pero decidme: ¿por qué no procedéis contra excesos tan graves y culpables cuando vuestra prudencia, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberian excitaros tan particularmente á reprimirlos?

CLAUDIO. Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles, para mí han sido muy poderosas. Una es (1) que la reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mia) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razon por que no puedo proceder contra el agresor públicamente, es el grande cariño que le tiene el pueblo, el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del príncipe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á huracan tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAÉRTES. Sí, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre, y hallo á una hermana en la mas deplorable situacion... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo mas sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas... Pero llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

CLAUDIO. Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta... Presto te informaré de lo demas. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos tambien, y que espero darte á conocer la..... Pero..... ¿Qué noticias traes?

(1) *Una es que la Reina su madre*. Los astros que no se mueven sino dentro de su propia esfera, el pueblo que baña en su afecto las faltas del príncipe, la fuente que muda los troncos en piedras, las flechas que no pueden resistir al huracan y se vuelven al arco, son floreos calderonianos que producen el mismo delicioso aturdimiento en el vulgo de Lóndres que en el de Madrid.

ESCENA XXII.

CLAUDIO, LAERTES, UN GUARDIA.

GUARDIA. Señor, veis aquí cartas del príncipe : esta para vuestra Majestad, y esta para la Reina.

(*Da unas cartas á Claudio.*)

CLAUDIO. ¡ De Hamlet ! ¿ Quién las ha traido ?

GUARDIA. Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Horacio, que las recibió del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO. Oirás lo que dicen, Laértes. Déjanos solos.

ESCENA XXIII.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO. (*lée una carta.*) « Alto y poderoso señor : os hago saber como he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os pediré el permiso de ver vuestra presencia real ; y entónces, mediante vuestro perdon, os diré la causa de mi extraña y repentina vuelta. — HAMLET. »

¿ Qué quiere decir esto ? ¿ Se habrán vuelto los otros tambien, ó hay alguna equivocacion, ó acaso todo es falso ?

LAÉRTES. ¿ Conocéis la letra ?

CLAUDIO. (*examinando con atencion la carta.*) Sí, es de Hamlet.. *Desnudo*.. y en una enmienda que hay aquí, dice : *solo*... ¿ Qué puede ser esto ?

LAÉRTES. Yo nada alcanzo... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazon... Sí, yo viviré, y le diré en su cara : tú lo hiciste, y fué de esta manera.

CLAUDIO. Si el caso es cierto... ¡ Eh ! ¿ Cómo es posible ?..... ¿ Y qué otra cosa puede ser ?..... ¿ Quieres dirigirte por mí, Laértes ?

LAÉRTES Sí, señor, como no procuréis inclinarme á la paz.

CLAUDIO. Á tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora disgustado de este viaje y rehusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medito, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no excitará el aura

mas leve de acusacion : su madre misma absolverá el hecho juzgándole casual.

LAÉRTES. Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho mas si disponéis que yo sea el instrumento que las ejecute.

CLAUDIO. Todo sucede bien... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de ti delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demas que tienes no movieron tanto su envidia como esta sola, que en mi opinion ocupa el último lugar.

LAÉRTES. ¿ Y que habilidad es, señor?

CLAUDIO. No es mas que un lazo en el sombrero de la juventud, pero que la es muy necesario ; puesto que así son propios de la juventud los adornos ligeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste por abrigo y decencia... Dos meses ha que estuvo aquí un caballero de Normandía... Yo conozco á los franceses muy bien, he militado contra ellos, y son por cierto buenos jinetes ; pero el galan de quien hablo era un prodigio en esto. Parecia haber nacido sobre la silla, y hacía ejecutar al caballo tan admirables movimientos como si él y su valiente bruto animaran un cuerpo solo ; y tanto excedió á mis ideas, que todas las formas y actitudes que yo pude imaginar no llegaron á lo que él hizo.

LAÉRTES. ¿ Decís que era normando ?

CLAUDIO. Sí, normando.

LAÉRTES. Ese es Lamond, sin duda.

CLAUDIO. El mismo.

LAÉRTES. Le conozco bien, y es la joya mas preciosa de su nacion.

CLAUDIO. Pues este, hablando de ti públicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y ejercicio á la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque ; tanto, que dijo alguna vez que sería un espectáculo admirable verte lidiar con otro de igual mérito, si pudiera hallarse ; puesto que segun aseguraba él mismo, los mas diestros de su nacion carecian de agilidad para las estocadas y los quites cuando tú esgrimias con ellos. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entónces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso para batallar contigo. Fuera de esto...

LAÉRTES. ¿ Y qué hay ademas de eso, señor?

CLAUDIO. Laértes, ¿ amaste á tu padre, ó eres como las

figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante cuando las falta un corazon?

LAÉRTES. ¿Por qué lo preguntáis?

CLAUDIO. No porque piense que no amabas á tu padre, sino porque sé que el amor (1) está sujeto al tiempo, y que el tiempo extingue su ardor y sus centellas, segun me lo hace ver la experiencia de los sucesos. Existe en medio de la llama de amor una mecha ó pábilo que la destruye al fin: nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la salud misma degenerando en plétora perece por su propio exceso. Cuanto nos proponemos hacer, deberia ejecutarse en el instante mismo en que lo deseamos, porque la voluntad se altera fácilmente, se debilita y se entorpece segun las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entónces aquel estéril deseo es semejante á un suspiro que, exhalando pródigo el aliento, causa daño en vez de dar alivio... Pero toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve. ... ¿Qué accion emprenderias tú para manifestar mas con las obras que con las palabras que eres digno hijo de tu padre?

LAÉRTES. ¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

CLAUDIO. Cierto que no deberia un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer límites una justa venganza; pero, buen Laértes, haz lo que te diré. Permanece oculto en tu cuarto; cuando llegue Hamlet, sabrá que tú has venido: yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza den un nuevo lustre á los elogios que hizo de ti el frances. Por último (2), llegaréis á veros; se harán

(1) *El amor está sujeto al tiempo.* En este pasaje se repiten las mismas ideas que puso el autor en boca del cómico en el acto tercero.

(2) *Por último llegaréis á veros.* El medio que discurre Claudio para quitar la vida al principe, es el mas arriesgado que pudo escoger: quiere hacerle morir en su palacio á vista de su madre, de sus amigos, de toda la corte, ó herido por un florete sin boton ó emponzoñado con el ungüento del charlatan ó con la bebida que ha de prepararle. ¿Pues cómo no teme que la muerte de Hamlet, producida por tales medios, descubrirá la traicion á los ojos de todos, y que no habrá nadie que no le juzgue autor ó cómplice? ¿Cómo no teme que resulten alborotos en el pueblo, ú ofendido de la alevosa muerte de su príncipe, ó há-

apuestas en favor de uno y otro..... él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes ; de suerte, que te será muy fácil, con poca sutileza que uses, elegir una espada sin boton, y en cualquiera de las jugadas tomar satisfaccion de la muerte de tu padre.

LAÉRTES. Así lo haré, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto ungüento, que compré de un charlatan, de cualidad tan mortífera, que mojando un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte, sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por mas que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada en este veneno, para que apénas le toque muera.

CLAUDIO. Reflexionemos mas sobre esto..... Examinemos qué ocasion, qué medios serán mas oportunos á nuestro engaño : porque si tal vez se malogra, y equivocada la ejecucion se descubren los fines, valiera mas no haberlo emprendido. Conviene pues que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera..... Déjame ver si..... Harémos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y... Sí, ya hallé el medio. Cuando con la agitacion os sintáis acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate), él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida expresamente una copa, que al gustarla sólo, aunque haya podido librarse de tu espada, veremos cumplido nuestro deseo. Pero... calla..... ¿ Qué ruido se escucha ? (*Suena ruido dentro.*)

ciéndose de la parte del matador, á quien poco ántes ha proclamado rey ? ¿ No es de creer que en esta general conmocion Claudio será la víctima sacrificada á la venganza pública ? ¿ Hay circunstancia en este proyecto que no le manifieste peligroso y absurdo ? ¿ Es posible que un rey malvado no halle medios mas seguros de consumar un delito de esta especie sin dilacion, sin publicidad, sin exponerse á perder en la empresa el cetro y la vida ? La ausencia del príncipe le facilita la ejecucion ; ¿ por qué no estorba su venida á Elsingor ? porqué no le hace morir en el camino, donde nadie lo vea ni lo sepa, y salva entónces todas las dificultades, su maldad queda oculta, y se libra de un enemigo que aborrece ? Hasta ahora se ignoraba cuál fuese el carácter de Laèrtes ; pero al ver que adopta el plan propuesto por el Rey, nadie dudará que es un mal caballero sin ideas de honor ni de virtud.

ESCENA XXIV.

GERTRUDIS, CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO. ¿ Qué ocurre de nuevo, amada Reina ?

GERTRÚDIS. Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra : tan inmediatas caminan. Laértes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAÉRTES. ¡ Ahogada!... ¿ En dónde ?... Cielos !

GERTRÚDIS. Donde (1) hallaréis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imágen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, ortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominacion grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fué, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y extendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio..... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbian, la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte llena de angustias.

LAÉRTES. ¡ Qué ! ¿ en fin se ahogó ? ¡ Mísero !

GERTRÚDIS. Sí, se ahogó, se ahogó.

LAÉRTES. ¡ Desdichada Ofelia ! demasiada (2) agua tienes

(1) *Donde hallareis un sauce.* La narracion de la muerte de Ofelia es bastante breve, y aunque se omitiera el segundo período, en que se hace enumeracion de las flores que la adornaban, nada se perderia. En situaciones semejantes á esta, no se toleran largos discursos ; porque si el suceso debe excitar violentos afectos en el personaje que escucha, no es natural que los reprima por dar lugar á que el nuncio lo luzca con una vana verbosidad.

(2) *Demasiada agua tienes ya.* El agua que llora Laértes nada tiene que ver con el agua en que su hermana acaba de ahogarse :

ya ; por eso quisiera reprimir la de mis ojos..... Bien, que á pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre por mas que el valor se avergüence..... Pero luego que este llanto se vierta, nada quedará en mí de femenil ni de cobarde... Á Dios, señores... Mis palabras de fuego arderian en llamas si no las apagasen estas lágrimas imprudentes. (*Vase Laértes.*)

CLAUDIO. Sigámosle, Gertrúdis, que despues de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Cementerio contiguo á una iglesia.

SEPULTUREROS 1.º Y 2.º

SEPULTURERO 1.º ¿ Y es la que ha de (1) sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvacion ?

SEPULTURERO 2.º Dígote que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver, y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEPULTURERO 1.º Yo no entiendo como va eso... Aun si se

por mucho que llore, no crecerá el arroyo, ni la difunta recibirá daño alguno. Tampoco tiene razon en creer que sus palabras puedan encenderse, porque las palabras no se encienden jamas ; y la precaucion de apagarlas con lágrimas parece inútil. Todo cuanto dice Laértes en este pasaje es afectado, falso, pueril, de pésimo gusto.

(1) *Y es la que ha de sepultarse.* Las ridiculeces y chocarrerías de que esta obra está llena, las han dicho hasta ahora las personas mas principales : Hamlet, el sumiller de corps del Rey de Dinamarca, los grandes y caballeros han hecho á ratos papel de bufones. En las primeras escenas del acto quinto se presentan nuevos personajes, y tales, que por lo que dicen y lo que son, apénas podrian tolerarse en la farsa mas grosera y soez. Se ve una iglesia, un cementerio, dos sepultureros cavando una sepul-

hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO 2.° Así han juzgado que fué.

SEPULTURERO 1.° Yo, no, eso fué *se offendendo*; ni puede haber sido de otra manera, porque... ve aquí el punto de la dificultad. Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una accion, y toda accion consta de tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar; de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO 2.° Qué!..... Pero óigame ahora el tio Socaba.

SEPULTURERO 1.° No, deja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí está un hombre. Muy bien... Pues señor, si este hombre va y se mete dentro del agua, se ahoga á sí mismo; porque por fas ó por nefas, ello es que él va... Pero atiende á lo que digo. Si el agua viene hácia él y le sorprende y le ahoga, entónces no se ahoga él á sí propio... Compadre Rasura, el que no desea su muerte no se acorta la vida.

SEPULTURERO 2.° Y qué ¿ hay leyes para eso?

SEPULTURERO 1° Ya se ve que las hay, y por ellas se guia el juez que examina estos casos.

SEPULTURERO 2.° ¿ Quieres que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarian en sagrado.

SEPULTURERO 1.° En efecto, dices bien; y es mucha lástima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo

tura, esparciendo por el teatro la tierra, las calaveras y huesos destrozados, diciéndose el uno al otro bufonadas y equívocos frios, para excitar la risa del vulgo en medio de tanto horror. El célebre Garrick tentó una vez representar esta tragedia suprimiendo lo mas repugnante y absurdo: quitó por consiguiente los sepultureros y los huesos; pero aunque tuvo en su favor la aprobacion de los hombres de juicio, el concurso abandonaba su teatro, y acudia á deleitarse con *Hamlet*, tal cual salió de las manos de Shakespeare, que se representaba al mismo tiempo en el de Covent-Garden. El pueblo inglés gusta de horrores y bufonadas, discursos filosóficos, lenguaje altísono, batallas y entierros, brujas, aparecidos, cachetes, triunfos, música, suplicios y cadáveres. Esto podrá tal vez consolar en parte la envidia de las naciones que no han producido un Bacon ni un Newton.

especial privilegio entre todos los demas cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... Vamos allá con el azadon... (*Pónense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espuertas, y entre ella calaveras y huesos.*) Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesion de Adan.

SEPULTURERO 2.° ¿ Pues qué, Adan fué caballero (1)?

SEPULTURERO 1.° ¡ Toma! como que fué el primero que llevó armas... Pero voy á hacerte una pregunta, y si no me respondes á cuento, has de confesar que eres un...

SEPULTURERO 2.° Adelante.

SEPULTURERO 1.° ¿ Cuál es el que construye edificios mas fuertes que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navíos?

SEPULTURERO 2.° El que hace la horca, porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

SEPULTURERO 1.° Agudo eres, por vida mia. Buen edificio es la horca; pero ¿ cómo es bueno? Es bueno para los que hacen mal : ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fábrica mas fuerte que una iglesia; con que la horca podria ser buena para ti... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO 2.° ¿ Cuál es el que hace habitaciones mas

(1) ¿ *Pues qué, Adan fué caballero*? Aquí hay un juego de palabras que no puede conservarse en la traduccion. La voz inglesa *arms* significa igualmente armas y brazos. Dice el tio Socaba que Adan fué el primero que tuvo brazos; el tio Rasura lo entiende mal, y replica que Adan no tuvo armas. Socaba, citándole la Escritura, insiste en que Adan no podia cavar si no hubiese tenido brazos. Los apasionados de Shakespeare hallarán poco que admirar en este pasaje, el cual traducido á la letra es como sigue :

SEPULTURERO 1.° *Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesion de Adan.*

SEPULTURERO 2.° *¿ Pues qué, Adan fué caballero?*

SEPULTURERO 1°. *Toma! como que fué el primero que llevó armas* (brazos).

SEPULTURERO 2.° *Qué! si nunca las tuvo.*

SEPULTURERO 1.° *¿ Vaya, tú debes de ser algun gentil... ¿ Pues cómo entiendes aquello de la Escritura? La Escritura dice : Adan cavó; ¿ y cómo podia cavar sin brazos* (armas)? *No hay remedio. Pero voy á hacerte una pregunta, etc.*

durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navíos?

SEPULTURERO 1.° Sí, dímelo, y sales del apuro.

SEPULTURERO 2.° Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO 1.° Pues vamos.

SEPULTURERO 2.° Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO 1.° Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo que no saldrá de su paso por mas que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace duran hasta el dia del juicio?... Anda, ve ahí á casa de Juanillo, y tráeme una copa de aguardiente.

ESCENA II.

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO 1.°

SEPULTURERO 1.° (*cantando.*) Yo amé en mis primeros años,
Dulce cosa lo juzgué;
Pero casarme, eso no,
Que no me estuviera bien.

HAMLET. ¡Qué poco (1) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta!

(1) *Qué poco siente ese hombre.* Si parece extraño que los sepultureros hagan papel en una tragedia, mas lo parecerá que un príncipe trame conversacion con ellos, sufra sus necedades, y se divierta en revolver los huesos y moralizar sobre las calaveras. ¡Y qué imágenes amontona el autor! Horrendas, asquerosas, repugnantes, ridículas. ¡Y qué estilo tan ajeno del decoro trágico! La calavera del que pedia prestado el caballo, de la cual el señor gusano se apoderó; la del letrado que se enriqueció á fuerza de equívocos y embrollos, y no se querella aunque se ve estropeada con el azadon y llena de barro; la altercacion con el sepulturero sobre si es la sepultura suya ó no; la explicacion de lo que puede durar sin corromperse un hideputa de un curtidor; las profundas reflexiones de Hamlet sobre los dados y chitas que se hacen con los huesos de muerto; sobre que los compradores de tierras son mas brutos que las terneras y carneros; sobre si sería posible tapar un tabique hendido ó un barril de cerveza con las cenizas de César y Alejandro... ¿puede darse cosa mas impertinente, mas necia y soez? ¡Qué desengaño para los que piensan que un poeta sólo necesita ingenio!

HORACIO. La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET. Así es la verdad. La mano que ménos trabaja tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO 1°, (*cantando.*) La edad callada en la huesa
Me hundió con mano cruel,
Y toda se destruyó
La existencia que gocé.

HAMLET. Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo y con ella podria tambien cantar... ¡ Cómo la tira al suelo el pícaro ! Como si fuese la quijada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podria ser muy bien la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió engañar el cielo mismo. ¿ No te parece?

HORACIO. Bien puede ser.

HAMLET. O la de algun cortesano que diria : felicísimos dias, señor excelentísimo ; ¿ cómo va de salud, mi venerado señor?... Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacía grandes elogios del potro del caballero Zutano para pedírsele prestado despues. ¿ No puede ser así ?

HORACIO. Sí, señor.

HAMLET. Oh ! sí por cierto ; y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadon de un sepulturero.... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera entre nosotros medios para observarlas.... Pero ¿costó acaso tan poco la formacion de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (1) se divierta en sus garitos con ellos?... Eh ! Los mios se estremecen al considerarlo.

SEPULTURERO 1.° (*cantando.*) Una piqueta
Con una azada,
Un lienzo donde
Revuelto vaya,
Y un hoyo en tierra
Que le preparan :
Para tal huésped
Eso le basta.

(1) *Para que esa gente se divierta.* En el original se hace mencion de un juego antiguo que llamaban *loggats :* las piezas con que la gente ordinaria le jugaba, solian hacerse de huesos de muertos.

HAMLET. Y esa otra ¿por qué no podria ser la calavera de un letrado?. .¿ Adónde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Por qué sufre ahora que ese bribon grosero le golpee contra la pared con el azadon lleno de barro?... ¡ Y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!... Este seria quizas, miéntras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones, reconocimientos, transacciones, seguridades mutuas, pagos, recibos... Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas : todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó, cabrian difícilmente en su ataúd; y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones no le han podido asegurar otra posesion que la de un espacio pequeño, capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... ¡ Oh! y á su opulento sucesor tampoco le quedará mas.

HORACIO. Verdad es, señor.

HAMLET. ¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO. Sí, señor, y de piel de ternera tambien.

HAMLET. Pues dígote que son mas irracionales que las terneras y carneros los que fundan su felicidad en la posesion de tales pergaminos... Voy á tramar conversacion con este hombre. (*Al sepulturero.*) ¿ De quién es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO 1.° Mia, señor (1). (*Canta.*)

Y un hoyo en tierra
Que le preparan :
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET. Sí, yo creo que es tuya porque estás ahora den-

(1) *Mia, señor*. La oscuridad que se nota en este pasaje nace de la varia significacion del verbo *to lie*, que unas veces es *mentir* y otras *estar*. De aquí resulta en el original un equívoco ridículo que no se ha podido conservar en la traduccion.

HAMLET. *Sí, yo creo que es tuya porque estás* (mientes) *ahora dentro de ella.*

SEPULTURERO. *Vos estáis* (mentís) *fuera de ella, y por eso no es vuestra : por lo que hace á mí, yo no estoy* (no miento) *dentro de ella; pero no obstante es mia.*

HAMLET. *Tú estás* (mientes) *en ella, y estando en ella dices, que es tuya ; pero la sepultura es para los muertos, etc.*

tro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos : con que has mentido.

SEPULTURERO 1.º Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET. ¿Para qué muerto cavas esa sepultura?

SEPULTURERO 1.º No es hombre, señor.

HAMLET. Pues bien, ¿para qué mujer?

SEPULTURERO 1.º Tampoco es eso.

HAMLET. ¿Pues qué es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO 1.º Un cadáver que fué mujer; pero ya murió... Dios la perdone.

HAMLET. ¡Qué taimado es! Hablémosle clara y sencillamente, porque, si no, es capaz de confundirnos á equívocos. De tres años á esta parte he observado cuanto se va sutilizando la edad en que vivimos... Por vida mía, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le desollará el talon... ¿Cuánto tiempo ha que eres sepulturero?

SEPULTURERO 1.º Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio el dia que nuestro último rey Hamlet venció á Fortimbras.

HAMLET. ¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO. 1º ¡Toma! ¿No lo sabéis ?Pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo dia en que nació el jóven Hamlet, el que está loco y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET. ¡Oiga! ¿Y por qué se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO 1.º Porque... porque está loco, y allí cobrará su juicio ; y si no lo cobra, á bien que poco importa.

HAMLET. ¿Por qué?

SEPULTURERO 1.º Porque allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET. ¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO 1.º De un modo muy extraño, segun dicen.

HAMLET. ¿De qué modo?

SEPULTURERO 1.º Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET. Pero ¿qué motivo dió lugar á eso?

SEPULTURERO 1.º ¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande por espacio de treinta años.

HAMLET. ¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO 1.º De suerte que si él no corrompia ya en

vida (como nos sucede todos los dias con muchos cuerpos galicados, que no hay por donde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años seguramente.

HAMLET. ¿Pues qué tiene él mas que otro cualquiera?

SEPULTURERO 1°. Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor mio, es la cosa que mas pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET. ¿De quién es?

SEPULTURERO 1°. ¡Mayor hideputa, loco!..... ¿De quién os parece que será?

HAMLET. Yo ¿cómo he de saberlo?

SEPULTURERO 1°. ¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rin por los cabezones.... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del Rey.

(*El sepulturero le da una calavera á Hamlet.*)

HAMLET. ¿Esta?

SEPULTURERO 1°. La misma.

HAMLET. ¡Ay pobre Yorick!... Yo le conoci, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo di besos sin número... ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares, y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aun puedes reirte de tu propia deformidad... Vé al tocador de alguna de nuestras damas, y dila para excitar su risa, que por mas que se ponga una pulgada de afeite en el rostro, al fin habrá de experimentar esta misma trasformacion... (*Tira la calavera al monton de tierra inmediato á la sepultura.*) Díme una cosa, Horacio.

HORACIO. ¿Cuál es, señor?

HAMLET. ¿Crees tú que Alejandro metido debajo de tierra tendria esa forma horrible?

HORACIO. Cierto que sí

HAMLET. ¿Y exhalaria ese mismo hedor?... Uh!

HORACIO. Sin diferencia alguna.

(*El sepulturero* 1.°, *acabada la excavacion, sale de la sepultura y se pasea hácia el fondo del teatro. Viene despues el sepulturero* 2.° *que trae el aguardiente ; beben y hablan entre sí, permaneciendo retiradoe hasta la escena siguiente, como lo indica el diálogo.*)

HAMLET. ¡ En qué abatimiento hemos de parar, Horacio!... ¿ Y por qué no podria la imaginacion seguir las ilutres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de algun barril?

HORACIO. Á fe que sería excesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET. No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado. Alejandro se redujo á polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro... ¿ Y por qué con este barro en que él está ya convertido no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... ¡ Oh ! Y aquella tierra que tuvo atemorizado al orbe, servirá tal vez para reparar las hendiduras de un tabique contra las intemperies del invierno... Pero callemos... hagámonos á un lado, que... Sí... aquí viene el Rey, la Reina, los grandes... ¿ Á quién acompañan? ¡ Qué ceremonial tan incompleto es este !..... Todo ello me anuncia que el difunto que conducen dió fin á su vida con desesperada mano... Sin duda era persona de calidad... Ocultémonos un poco, y observa.

ESCENA III.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORACIO, UN CURA, DOS SEPULTUREROS, ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CABALLEROS Y CRIADOS.

(*Conducen entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, vestida con túnica blanca y corona de flores. Detras sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atrevasando el teeatro á paso lento, hasta llegar adonde está la sepultura. Suena el cla-*

mor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un extremo del teatro.)

LAERTES. ¿ Qué otra ceremonia falta (1)?

HAMLET. Mira, aquel es Laértes, jóven muy ilustre.

LAÉRTES. ¿ Qué ceremonia falta?

EL CURA. Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caido sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAÉRTES. ¿ Con que no se debe hacer mas?

EL CURA. No mas. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAÉRTES. Dadla tierra pues. (*Ponen el cadáver de Ofelia en la sepultura.*) Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á ti, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, miéntras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET. ¡ Qué!... ¡ La hermosa Ofelia !...

GERTRÚDIS. Dulces dones á mi dulce amiga. (*Esparce flores sobre el cadáver.*) Á Dios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

LAÉRTES. ¡ Oh! una y mil veces sea maldito aquel cuya accion inhumana te privó á ti del mas sublime entendimiento !.. No... esperad un instante, no echéis la tierra to-

(1) *¿ Qué otra ceremonia falta?* Á una escena de cementerio y sepultura no podia seguir otra cosa que un entierro, y veisle que viene á paso grave y tardo, con sus bayetas, su ataúd, sus clérigos y su acompañamiento detras, en tanto que suena la campana fúnebre, á cuyo sonido el gran concurso que llena los teatros de Covent-Garden y Hay-Market enmudece atónito. Esto agrada al vulgo, y en todas las naciones le hay, y quienes adulen su ignorancia, y le aturdan sin enseñarle.

davía... no... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... (*Métese en la sepultura.*) Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagáis un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul extremidad del Olimpo que toca los cielos.

HAMLET. ¿Quién es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su afliccion á las estrellas errantes. haciéndolas detenerse admiradas á oirle ?... Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(*Atravesando por en medio de todos, va hácia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laértes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.*)

LAÉRTES. El demonio lleve tu alma.

HAMLET. No es justo lo que pides..... Quita esos (1) dedos de mi cuello; porque aunque no soy precipitado ni colérico, algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle..... Quita de ahí esa mano.

CLAUDIO. Separadlos.

GERTRÚDIS. ¡ Hamlet ! Hamlet !

TODOS. Señores !

HORACIO. Moderaos, señor.

HAMLET. No ; por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRÚDIS. ¿ Qué causa puede haber, hijo mio?..

HAMLET. Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos

(1) *Quita esos dedos de mi cuello.* Ve aquí un príncipe y un gran señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateando un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándose de puñadas el uno al otro. A la extravagancia de la presente situacion se junta la desigualdad del diálogo : humilde y grosero en boca de Laértes cuando insulta al clérigo zafio, y en la de Hamlet cuando habla de los cuatro mil hermanos y del gato y el perro; inflado y campanudo cuando uno y otro empiezan á echar bravatas y hablan de las estrellas errantes, ya de levantar un monte con espuertas de tierra que tueste su frente en la zona tórrida, y otras baladronadas dignas de Pyrgopolinices. Habla la Reina, y todo es diferente. ¡ En qué hermosa actitud se presenta esparciendo flores sobre el cuerpo de su dulce amiga! ¡ Qué triste reflexion la de que esperó adornar con ellas su tálamo nupcial, no ya su sepulcro! ¡ Qué inquietud materna al ver la furia de Hamlet y su peligro! ¡ Qué bellísima comparacion la de la paloma cubriendo inmóvil sus nuevas crias!

juntos no podrán con todo su amor exceder al mio.... ¿Qué quieres hacer por ella? Dí.

CLAUDIO. Laértes, mira que está loco.

GERTRÚDIS. Por Dios, Laértes, déjale.

HAMLET. Díme lo que intentas hacer. (*Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan.*) ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil (1), devorar un caiman? Yo lo haré tambien.... ¿Vienes aquí á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella? Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de móntes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparacion un terron pequeño... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

GERTRÚDIS. Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algun tiempo; pero despues, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crias, le veréis sin movimiento y mudo.

HAMLET. Óyeme: ¿cuál es la razon de obrar así conmigo?... Siempre te he querido bien... Pero... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quiera estorbarlo, el gato mayará, y el perro quedará vencedor.

(*Vase Hamlet, y Horacio le sigue.*)

CLAUDIO. Horacio, vé, no le abandones..... Laértes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia miéntras dispongo lo que importa en la ocasion presente... Amada Gertrúdis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo... Esta sepultura se adornará con un monumento durable... Espero que gozarémos brevemente horas mas tranquilas; pero entretanto conviene sufrir.

ESCENA IV.

Salon del palacio, el mismo que sirvió para la representacion, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET. Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora

(1) *Esil.* Lago inmediato á Elsingor.

quisiera informarte de lo demas; pero ¿te acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO. ¿No he de acordarme, señor?

HAMLET. Pues sabrás (1), amigo, que agitado continuamente mi corazon en una especie de combate, no me permitia conciliar el sueño, y en tal situacion me juzgaba mas infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad,... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo... Sí, confesemos que tal vez nuestra in-

(1) *Pues sabrás, amigo.* Horacio acompañado de los marineros fué á buscar á Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingor; pero ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordado de hablar de una cosa tan interesante como es el saber lo que le sucedió en su viaje al príncipe, y por qué extraños accidentes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los ve salir al principio del quinto acto, espera oir de su boca todo el suceso; pero esta esperanza le burla. Horacio no es demasiado curioso, el príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, y luego sigue el entierro y los arañazos. Pudiera, no obstante, disimularse la tardanza de Hamlet, si su relacion no estuviese llena de circunstancias inverisímiles. ¿Tan poco recelosos estaban del príncipe los dos mensajeros, tan dormilones eran, tan mal guardados tenian los despachos del Rey, que así se los dejan quitar? ¿Es verisímil que Hamlet llevara en la faltriquera el sello de su padre? ¿Es creíble que Claudio no use ya de otro diferente, ó que permita que el príncipe conserve en su poder un mueble tan peligroso? Es mucha casualidad que en el combate referido en la carta dirigida á Horacio, fuese Hamlet el único que saltara al bajel enemigo; ni lo es menor la de separarse inmediatamente las dos naves y cesar el ataque, como si el corsario no hubiese tenido otro fin que el de salvar al príncipe. Preso Hamlet, se ignora por qué medios pudo librarse, ni como halló piratas tan desinteresados y compasivos. Dícese en la carta, y en esta escena se confirma, que los dos mensajeros siguieron su viaje á Inglaterra. ¿Para qué? ¿No saben ya que el Rey quiere deshacerse de Hamlet, y que á este fin le ha enviado en su compañía? ¿Pues á qué prosigue el viaje, que es inútil ya? ¿No era mas natural volverse atras, seguir al corsario ó informarse á lo ménos de su derrota, presentarse al Rey, y hacerle saber lo ocurrido para que determinase lo que en tal caso conviniera? El autor quiso que Hamlet volviese á ver el entierro, quiso que los otros muriesen ahorcados, y no se paró en delicadezas: así salió este episodio tan mal combinado, que no hay en él la menor apariencia de verdad.

Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.

Véase la nota 1 del primer acto.

discrecion suele sernos útil, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se malogran: prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por mas que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO. Así es la verdad.

HAMLET. Salgo pues de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero; y á tientas, favorecido de la oscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles, y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideracion, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del Rey. Una órden precisa, apoyada en várias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y..... ¡oh! mil temores y anuncios de mal si me dejan vivo..... En fin, decia que luego que fuese leida, sin dilacion, ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HORACIO. ¿Es posible?

HAMLET. Mira la órden aquí (*Le enseña un pliego, y vuelve á guardársele*): podrás leerla en mejor ocasion. Pero ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO. Sí, yo os lo ruego.

HAMLET. Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habian empezado el drama aun ántes de que ya hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una órden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenia?

HORACIO. Sí, señor.

HAMLET. Una súplica del Rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad floreceria como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendria la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable con otras expresiones no ménos afectuosas; pidiéndole por último, que vista que fuese aquella carta, sin otro exámen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO. ¿ Y cómo la pudiste sellar ?

HAMLET. Aun esto mismo parece que lo dispuso el Cielo, porque felizmente traia conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el Rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma direccion, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje, y nadie nota el cambio..... Al dia siguiente ocurrió el combate naval : lo que despues sucedió, ya lo sabes.

HORACIO. De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

HAMLET. Ya ves que ellos han solicitado este encargo : mi conciencia no me acusa acerca de su castigo .... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO. ¡ Oh, qué Rey este !

HAMLET. ¿ Juzgas tú que no estoy en obligacion de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y mi rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida valiéndose de medios tan aleves... ¿ no será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿ No será culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer como hasta aquí maldades atroces ?

HORACIO. Presto le avisarán de Inglaterra cuál ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET. Sí, presto lo sabrá; pero entretanto el tiempo es mio, y para quitar á un hombre la vida un instante basta... Sólo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laértes, en que olvidado de mí propio, no vi en mi sentimiento la imágen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí..... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba á sus quejas, irritó en exceso mi cólera.

HORACIO. Callad... ¿ Quién viene aquí?

ESCENA V.

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE.

ENRIQUE. En hora (1) feliz haya regresado Vuestra Alteza á Dinamarca.

(1) *En hora feliz.* Este nuevo personaje es un cortesano zala-

HAMLET. Muchas gracias, caballero.... ¿ Conoces á este moscon?

HORACIO. No, señor.

HAMLET. Nada se te dé, que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por mas que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él, ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del Rey..... Es la corneja mas charlera que en mi vida he visto; pero, como te he dicho ya, posee una gran porcion de polvo.

ENRIQUE. Amable príncipe, si Vuestra Grandeza no tiene ocupacion que se lo estorbe, yo le comunicaria una cosa de parte del Rey.

HAMLET. Estoy dispuesto á oirla con la mayor atencion... Pero emplead el sombrero en el uso á que fué destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

ENRIQUE. Muchas gracias, señor..... ¡ Eh ! el tiempo está caluroso.

HAMLET. No, al contrário, muy frio. El viento es norte.

ENRIQUE. Cierto que hace bastante frio.

HAMLET. Ántes yo creo..... á lo ménos para mi complexion hace un calor que abrasa.

ENRIQUE. ¡ Oh ! en extremo... sumamente fuerte, comó.... yo no sé cómo diga..... Pues, señor, el Rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

HAMLET. Tened presente que el sombrero se.....

mero que afecta cultura y elegancia en el hablar, con poquísimo caudal de talento : así que vierte los dos ó tres períodos que llevaba estudiados, se atasca y no sabe qué decir. La presente escena no es mas trágica que las anteriores : las voces y frases afectadas de que usa Henrique (en el original se llama Osrik), las réplicas y correcciones de Hamlet, la altercacion sobre si el tiempo es caloroso ó frio, las instancias cariñosas para que se ponga el sombrero, la burla que de él hace imitando su estilo ponderativo y crespo, son chistes cómicos que sólo tienen el defecto de no ser oportunos. Si el autor no hubiese hecho morir de mala muerte á Polonio, Ricardo y Guillermo, cualquiera de ellos hubiera desempeñado este papel sin necesidad de aumentar personajes, cuyo número si es excesivo, aun cuando sea necesario, embaraza mucho la fábula. En esta hay treinta y dos interlocutores ; no es fácil hacer nada bueno con tanta gente.

ENRIQUE. ¡Oh! señor... lo hago por comodidad... cierto... Pues ello es que Laértes acaba de llegar á la corte.... ¡Oh! es un perfecto caballero, no cabe duda. Excelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos... Cierto, hablando sin pasion, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza, porque en él se hallan cuantas prendas pueden verse en un caballero.

HAMLET. La pintura que de él hacéis no desmerece nada en vuestra boca, aunque yo crei que al hacer el inventario de sus virtudes, se confundirian la aritmética y la memoria, y ambas serian insuficientes para suma tan larga. Pero sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu, y de tan particular y extraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exactitud posible) no se hallará su semejanza sino en su mismo espejo; pues el que presuma buscarla en otra parte, sólo encontrará bosquejos informes.

ENRIQUE. Vuestra Alteza acaba de hacer justicia imparcial en cuanto ha dicho de él.

HAMLET. Sí; pero sépase á qué propósito nos enronquecemos ahora entremetiendo en nuestra conversacion las alabanzas de ese galan.

ENRIQUE. ¿Cómo decís, señor?

HORACIO. ¿No fuera mejor que le hablarais con mas claridad? Yo creo, señor, que no os sería difícil.

HAMLET. Digo que ¿á qué viene ahora hablar de ese caballero?

ENRIQUE. ¿De Laértes?

HORACIO. ¡Eh! ya vació cuanto tenia, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET. Sí, señor, de ese mismo.

ENRIQUE. Yo creo que no estaréis ignorante de...

HAMLET. Quisiera que no me tuvierais por ignorante, bien que vuestra opinion no me añadiria un gran concepto... Y bien, ¿qué mas?

ENRIQUE. Decia que no podéis ignorar el mérito de Laértes.

HAMLET. Yo no me atreveré á confesarlo, por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á sí mismo.

ENRIQUE. Yo lo decia por su destreza en el arma, puesto que, segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET. ¿ Y qué arma es la suya ?

ENRIQUE. Espada y daga.

HAMLE.. Esas son dos armas... Vaya, adelante.

ENRIQUE. Pues, señor, el Rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturon, colgantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¡ Cureñas como ellas!... Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET. ¿Y á qué cosa llamáis cureñas?

HORACIO. Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudierais acabar el diálogo.

ENRIQUE. Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones...

HAMLET. La expresion sería mucho mas propia si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas... ¿ Con que esto es lo que apuesta el frances contra el dinamarques? ¿ Y á qué fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

ENRIQUE. El Rey ha apostado que si batalláis con Laértes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé; y él dice que en las mismas doce os dará nueve cuando ménos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignáis de responder.

HAMLET. ¿Y si respondo que no?

HENRIQUE. Quiero decir, si admitís el partido que os propone.

HAMLET. Pues, señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala, porque si Su Majestad no lo ha por enojo, esta es la hora critica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere asi, y el Rey se mantiene en lo dicho, la haré ganar la apuesta si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

ENRIQUE. ¿ Con que se lo diré en esos términos?

HAMLET. Esta es la sustancia; despues lo podéis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

ENRIQUE. Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á Vuestra Grandeza.

HAMLET. Siempre vuestro, siempre.

ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET. Él hace muy bien de recomendarse á sí mismo; porque, si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO. Este me parece un vencejo que empezó á volar y chillar con el cascaron pegado á las plumas.

HAMLET. Sí, y aun ántes de mamar hacía ya cumplimientos á la teta... Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben acomodarse al gusto del dia con esa exterioridad halagüeña y obsequiosa... y con ella tal vez suelen sorprender el aprecio de los hombres prudentes; pero se parecen demasiado á la espuma, que por mas que hierva y abulte, al dar un soplo se reconoce lo que es; todas las ampollas huecas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

ESCENA VII.

HAMLET, HORACIO, UN CABALLERO.

CABALLERO. Señor, parece que Su Majestad os envió un recado con el jóven Enrique, y este ha vuelto diciendo que esperabais en esta sala. El Rey me envía á saber si gustáis de batallar con Laértes inmediatamente, ó si queréis que se dilate.

HAMLET. Yo soy constante en mi resolucion y la sujeto á la voluntad del Rey. Si esta hora fuese cómoda para él, tambien lo es para mí: con que hágase al instante ó cuando guste, con tal que me halle en la buena disposicion que ahora.

CABALLERO. El Rey y la Reina bajan ya con toda la Corte.

HAMLET. Muy bien.

CABALLERO. La Reina quisiera que ántes de comenzar la batalla, hablarais á Laértes con dulzura y expresiones de amistad.

HAMLET. Es advertencia muy prudente.

ESCENA VIII.

HAMLET, HORACIO.

HORACIO. Temo que habéis de perder, señor.

HAMLET. No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de ejercitarme, y creo qué le llevaré ventaja..... Pero..... no podrás imaginarte qué angustia siento aquí en el corazon..... ¿Y sobre qué?..... No hay motivo.

HORACIO. Con todo eso, señor...

HAMLET. ¡Ilusiones vanas!... Especie de presentimientos, capaces sólo de turbar un alma femenil.

HORACIO. Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay para que empeñaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y les diré que estáis indispuesto.

HAMLET. No, no..... Me burlo yo de tales presagios, Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una Providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser despues : todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre, al terminar su vida, ignora siempre lo que podria ocurrir despues, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir (1).

(1) *Sepa morir*. La voz comun de que el corazon no es traidor carece de fundamento : despues de ocurrido un mal, se dice que lo anunciaba el corazon; pero ántes de suceder no lo adivina. Los presentimientos que anuncian desgracia ó felicidad son casi siempre vanos, y si tal vez aciertan, es casualidad no mas. La prudencia es la única luz que en tal oscuridad nos guia, y esta nos abandona á lo mejor, y nos engaña. Nuestro destino es ignorar lo que sucederá despues; y cuando nos obstinamos en penetrarlo, pasamos de la ignorancia al error. Dispóngase el ánimo á cualquier fortuna, hágase fuerte para sufrir los golpes de la adversidad, aparte de sí al temor que anuncia desdichas que no vendrán, ó si vienen, nos hace incapaces de tolerarlas; y pues vivimos bajo la mano de una Providencia irresistible, sólo nuestra fortaleza hará menor el número de los males. Tal es la opinion de Hamlet.

ESCENA IX.

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, ENRIQUE, CABALLEROS, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO. Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento. (*Hace que Hamlet y Laértes se den la mano.*)

HAMLET. Laértes, si estáis (1) ofendido de mí, os pido perdon. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presenten saben, y aun vos mismo lo habréis oido, el desórden que mi razon padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazon, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera acion en fin capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar, que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laèrtes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí: y si en tal ocasion (en que él á sí propio se desconocia) ofendió á Laértes, no fué Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. ¿ Pues quién pudo ser ? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrário. Permitid pues que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intencion, y espero de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpon sobre los muros de ese edificio, y por error herí á mi hermano.

LAÉRTES. Mi corazon, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante ni admitir reconciliacion alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Miéntras llega este caso, admite con afecto recíproco el que me anunciáis, y os prometo de no ofenderle.

(1) *Si estais ofendido.* Al acercarse la catástrofe, hace el autor mas amable al protagonista. Hamlet, reconociendo el exceso que cometió, pide perdon á Laértes de haberle ofendido. Su candor y su generoso proceder hacen saltar mas la perfidia de sus enemigos que le preparan una muerte tan alevosa.

HAMLET. Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento; y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

LAÉRTES. Sí, vamos.. Uno á mí.

HAMLET. La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAÉRTES. No os burléis, señor.

HAMLET. No, no me burlo.

CLAUDIO. Dales floretes, jóven Enrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

HAMLET. Sí, señor, y en verdad que habéis apostado por el mas débil.

(*Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrúdis se sientan junto á la mesa, y todos los demas segun su clase ocupan los asientos restantes. Quedan en pié los criados que sirven las copas, Hamlet y Laértes que se disponen para batallar, y Horacio y Enrique en calidad de jueces ó padrinos.*)

CLAUDIO. No temo perder. Yo os he visto ya esgrimir á entrambos, aunque él haya adelantado despues, por eso mismo el premio es mayor á favor nuestro.

LAÉRTES Este es muy pesado. Dejadme ver otro.

(*Enrique presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laértes escoge otro.*)

HAMLET. Este me parece bueno..... ¿Son todos iguales?

ENRIQUE. Sí, señor.

CLAUDIO. Cubrid esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet da la primera ó segunda estocada, ó en la tercera suerte da un quite al contrário, disparen toda la artillería de las almenas. El Rey beberá á la salud de Hamlet echando en la copa una perla mas preciosa que la que han usado en su corona los cuatro últimos soberanos daneses... Traed las copas, y el timbal siga á las trompetas, las trompetas al artillero distante, los cañones al cielo, y el cielo á la tierra: ahora brinda el Rey de Dinamarca á la salud de Hamlet..... Comenzad, y vosotros que habéis de juzgarlo, observad atentos.

HAMLET. Vamos (1).

LAÉRTES. Vamos, señor. (*Batallan Hamlet y Laértes.*)

HAMLET. Una.

LAÉRTES. No.

HAMLET. Que juzguen.

ENRIQUE. Una estocada, no hay duda.

LAÉRTES. Bien, á otra.

CLAUDIO. Esperad... Dadme de beber. (*Claudio echa una perla en la copa y bebe, alarga despues la copa á Hamlet, y él rehusa tomarla. Suena á lo léjos ruido de trompetas y cañonazos.*) Hamlet, esta perla es para ti, y brindo con ella á tu salud. Dadle la copa.

HAMLET. Esperad un poco... (*Vuelven á batallar.*) Quiero dar este bote primero. Vamos... Otra estocada. ¿Que decís?

LAÉRTES. Sí, me ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO. ¡Oh! nuestro hijo vencerá.

GERTRÚDIS. Está grueso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo y límpiate el rostro.. La Reina brinda á tu buena fortuna, querido Hamlet. (*Toma la copa y bebe; Claudio lo quiere estorbar, y Gertrúdis bebe segunda vez.*)

HAMLET. Muchas gracias, señora.

CLAUDIO. No, no bebáis.

GERTRÚDIS. ¡Oh! señor, perdonadme, yo he de beber.

CLAUDIO. ¡La copa envenenada!.. Pero... no hay remedio.

HAMLET. No, ahora no bebo, esperad un instante.

GERTRÚDIS. Ven, hijo mio, te limparé el sudor del rostro.

LAÉRTES. Ahora veréis si le acierto.

(*Laértes habla con Claudio en voz baja, miéntras Gertrúdis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.*)

(1) *Vamos.* Habiendo visto ya la escena de la sepultura y los mojicones, no parecerá tan extravagante como lo es en efecto el haber introducido un desafío de espada para desenlazar una tragedia. La Reina muere por una equivocacion, tomando la copa del veneno que estaba prevenido para Hamlet; y es de admirar en esto la falta de precaucion de Claudio, y el poco esfuerzo que hace para impedir que beba la Reina, á quien ciertamente no queria matar. Laértes muere tambien por otra casualidad; ni se alcanza como pudo verificarse naturalmente el trueque de las espadas, lo cual (como observa Johnson) mas parece un recurso de la necesidad, que un rasgo del arte.

CLAUDIO. Yo pienso que no.

LAÉRTES. No sé qué repugnancia siento al ir á ejecutarlo.

HAMLET. Vamos á la tercera, Laértes... Pero bien se ve que lo tomáis á fiesta : batallad, os ruego, con mas ahinco. Mucho temo que os burléis de mí.

LAÉRTES. ¿ Eso decís, señor ? Vamos.

(*Batallan.*)

ENRIQUE. Nada, ni uno ni otro.

LAÉRTES. Ahora... esta...

(*Vuelven á batallar ; se enfurecen, trúcanse las espadas y quedan heridos los dos. Horacio y Enrique los separan con dificultad. Gertrúdis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusion.*)

CLAUDIO. Parece que se acaloran demasiado... Separadlos.

HAMLET. No, no, vamos otra vez.

ENRIQUE. Ved qué tiene la Reina... Cielos !

HORACIO. ¡ Ambos heridos ! ¿ Qué es esto, señor ?

ENRIQUE. ¿ Cómo ha sido, Laértes ?

LAÉRTES. Esto es haber caido en el lazo que preparé... justamente muero víctima de mi propia traicion.

HAMLET. ¿ Qué tiene la Reina ?

CLAUDIO. Se ha desmayado al veros heridos.

GERTRÚDIS, No, no... ¡ La bebida !... ¡ Querido Hamlet !... ¡ La bebida !... ¡ Me han envenenado !

(*Queda muerta en la silla.*)

HAMLET ¡ Oh, qué alevosía... Oh !... Cerrad las puertas... Traicion... Buscad por todas partes... (1).

LAÉRTES. No, el traidor está aquí. (*Dirá esto sostenido por Enrique.*) Hamlet, tú eres muerto... No hay medicina que pueda salvarte : vivirás média hora apénas... En tu mano está el instrumento aleve bañado con ponzoña su aguda punta... ¡ Volvióse en mi daño la trama indigna !... Vesme aquí postrado para no levantarme jamas... Tu ma-

(1) *Buscad por todas partes.* De aquí en adelante hasta la conclusion de la tragedia es natural el estilo sin ser humilde, elegante sin vicioso ornato de metáforas, comparaciones líricas, ni frases huecas y gigantescas : digno de la situacion y de los personajes.

dre ha bebido un tósigo..... No puedo proseguir..... El Rey, el Rey es el delincuente.

(*Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atraviesa la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oir las últimas palabras de Laértes.*)

HAMLET. ¿ Está envenenada esta punta ? Pues, veneno, produce tus efectos.

TODOS. Traicion, traicion.

CLAUDIO. Amigos, estoy herido... Defendedme.

HAMLET. ¡ Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña... ¿ Está la perla aquí ? Sí, toma (1), acompaña á mi madre.

LAÉRTES. ¡ Justo castigo !... Él mismo preparó la pocion mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y... ¡ Oh, no caiga sobre ti la muerte de mi padre y la mia, ni sobre mí la tuya !

(*Cae muerto.*)

HAMLET. El Cielo te perdone... Ya voy á seguirte... Yo muero, Horacio .. Á Dios, reina infeliz... (*Abrazando el cadáver de Gertrúdis.*) Vosotros que asistís pálidos y mudos con el temor á este suceso terrible... Si yo tuviera tiempo... (*Empieza á manifestar desfallecimiento y angustias de muerte. Parte de los circunstantes le acompaña y sostiene. Horacio hace extremos de dolor.*) La muerte es un ministro inexorable que no dilata la ejecucion..... Yo pudiera deciros... pero no es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, refiere la verdad y los motivos de mi conducta á quien los ignora.

HORACIO. ¿ Vivir ? No lo creáis. Yo tengo alma romana, y aun ha quedado aquí parte del tósigo.

(*Busca en la mesa el jarro del veneno, echa porcion de él en*

(1) *Toma, acompaña á mi madre.* Ve aquí lograda por un accidente la venganza que pidió el muerto al principio del drama, la cual no se verifica sin que en ella perezca tambien el mismo á quien el Cielo encargó la ejecucion. Todos los principales personajes de esta tragedia mueren, culpados é inocentes; sin que esta matanza general sirva de aumentar el efecto trágico, pues al contrário le disminuye, dividiendo el interes que deberia concentrarse en uno solo. Los cuatro cadáveres que ensangrientan la escena forman un objeto horrendo, no terrible. Parece que el autor hizo la crítica de su obra cuando dijo por boca de Fortimbras que tal espectáculo sólo es propio de un campo de batalla.

una copa, va á beber. Hamlet quiere estorbárselo. Los criados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet, y la tira al suelo.)

HAMLET. Dame esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡ Oh, querido Horacio ! si esto permanece oculto, qué manchada reputacion dejaré despues de mi muerte ! Si alguna vez me diste lugar en tu corazon, retarda un poco esa felicidad que apeteces : alarga por algun tiempo la fatigosa vida en este mundo llena de miserias, y divulga por él mi historia..... ¿ Qué estrépito militar es este ? (*Suena música militar, que se va aproximando lentamente.*)

ESCENA X.

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE, UN CABALLERO, ACOMPAÑAMIENTO.

CABALLERO. El jóven Fortimbras, que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que oís á los embajadores de Inglaterra.

HAMLET. Yo expiro, Horacio ; la activa ponzoña sufoca mi aliento... No puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero me atrevo (1) á anunciar que Fortimbras será elegido por aquella nacion. Yo, moribundo, le doy mi voto... Díselo tú é infórmale de cuanto acaba de ocurrir... ¡ Oh ! Para mí sólo queda ya... silencio eterno. (*Muere.*)

HORACIO. ¡ En fin se rompe ese gran corazon !.. Á Dios, á Dios, amado príncipe. (*Le besa las manos, hace ademanes de dolor.*) ¡ Los coros angélicos te acompañen al celeste descanso !... Pero ¿ cómo se acerca hasta aquí ese estruendo de atambores ?

(1) *Me atrevo á anunciar.* Este pasaje está un poco oscuro. Parece que el autor quiere decir que Inglaterra, como dependiente de Dinamarca, daba sus votos en la eleccion de los soberanos daneses. Hamlet insinúa su deseo de que Fortimbras le suceda en el trono, y espera que Inglaterra aprobará y confirmará tal eleccion.

ESCENA XI.

FORTIMBRAS, DOS EMBAJADORES, HORACIO, ENRIQUE, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO.

FORTIMBRAS. ¿ En dónde está ese especlo [1] ?

HORACIO. ¿ Qué buscáis aquí ? Si no qu ver desgracias espantosas, no paséis adelante.

FORTIMBRAS. ¡ Oh ! Este destrozo pide sangrienta venganza..... Soberbia muerte, ¿ qué festin dispones en tu morada infernal, que así has herido con un golpe solo tantas ilustres víctimas ?

EMBAJADOR. 1° ¡ Horroriza el verlo !... Tarde hemos llegado con los mensajes de Inglaterra. Los oídos á quienes debíamos dirigirlos, son ya insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero ¿ quién nos dará las gracias de nuestra obediencia ?

HORACIO. No las recibiriais de su boca aunque viviese todavía, que él nunca dió órden para tales muertes. Pero puesto que vos viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os halláis juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico, disponed que esos cadáveres se expongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entónces haré saber al mundo que lo ignora el motivo de estas desgracias. Me oiréis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces ; sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia, y al fin proyectos malogrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTIMBRAS. Deseo con impaciencia oiros, y convendrá

(1) *¿ En dónde está ese espectáculo!* Como el personaje de Fortimbras es del todo inútil, no es maravilla que esta segunda salida suya sea tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad con que ha conquistado á Polonia y vuelve vencedor es prodigiosa por cierto ; pero no es ménos singular que en dos ó tres dias hayan llegado á Inglaterra Ricardo y Guillermo, y ya estén los embajadores ingleses en Elsingor con la noticia del mal despacho que hallaron en Lóndres aquelles infelices.

que se reuna con este objeto la nobleza de la nacion. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna ; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasion es justo reclamarlos.

HORACIO. Tambien puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formará sonido alguno... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecucion un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTIMBRAS. Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes á un guerrero. ¡ Ah ! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un excelente monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y háganselo todos los honores de la guerra..... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento mas es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros haced que salude con descargas todo el ejército.

FIN DE HAMLET.

INDICE

El Viejo y la Niña..... 1
La Comedia nueva..... 87
El Baron..... 131
La Mojigata..... 209
El Sí de las Niñas..... 313
La Escuela de los Maridos..... 379
El Médico á palos..... 425
Hamlet..... 457

París. — Tip. Garnier hermanos, 6, rue des Saints-Pères.

3 0112 115867548

IMP E. DE